3 1761 09545830 3

POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elpeluquerodelre00orte

LS
0773p

EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

EL PELUQUERO DEL REY.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE IV.)

NOVELA ORIGINAL

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

235547
7.9.29

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MANINI HERMANOS,

calle de la Palma Baja, núm. 61.

1860.

APROBADA POR LA CENSURA DE NOVELAS.

Es propiedad de Manini hermanos.

PRÓLOGO.

I.

Dos Cartas.

Uno de los últimos dias del mes de marzo de 1637, y precisamente cuando el sol llegaba á la mitad de su carrera, dos mujeres, ambas jóvenes, bonitas á cual mas y vestidas con lujo, se asomaron á uno de los balcones del antiguo alcázar real que daban sobre el *Campo del Moro* y desde los que se descubria el tranquilo Manzanares y su verde pradera, los bosques de la *Casa de Campo* y las alamedas de la *Florida*. Una de ellas tenia los cabellos rubios y brillantes como hilos de oro, los ojos azules como el cielo en un dia sereno de otoño, y el cútis blanco y terso como el nácar. Su talle era esbelto, su continente grave, y su mirada tranquila, muchas veces adusta, pero sin que su indiferencia ó seriedad robase nada á los encantos de su indisputable belleza. La otra tenia los cabellos negros, finos y relucientes, los ojos negros tambien y sombreados por larguísimas pestañas, y el cútis ligeramente moreno. No era de estatura tan elevada

como la rubia, pero su talle era mas flexible, sus movimientos mas rápidos, mas enérgicos, siempre graciosos y no pocas veces provocativos. Su mirada era en ocasiones penetrante y ardiente, y en algunos momentos lánguida y de una dulzura sin igual, pero siempre conmovedora, irresistible, una de esas miradas que constantemente buscan el corazon aunque las pupilas las envien al rostro. Ni la una ni la otra pasarian de los veintidos años ni quizás llegarian á los veintiuno; y hubiera sido imposible decir cuál de ellas era mas bonita, ni elegir entre ambas sin quedarse con las dos.

Por su edad, su porte y el sitio en que se encontraban con el descuido de quien está en terreno propio, debian ser doncellas de la reina doña Isabel de Borbon, aunque bien podian ser ellas reinas de hermosura y gracia.

Sin duda se habian colocado allí para disfrutar de lo apacible del dia y del panorama que se descubria desde el elevado balcon, pues la pradera del Manzanares estaba llena de gente que paseaba en todas direcciones, y los campos empezaban á cubrirse de verdura.

Pasaron algunos momentos sin que se dirigiesen la palabra, hasta que la morena, que debia ser mas habladora y menos reservada, dijo mientras que palidecia ligeramente, y señalando á uno de los grupos de la pradera:

—Ya lo veis, amiga mia, el de Osuna, el de Alburquerque y hasta el grave comendador don Juan, dejan á las damas principales para adularla y galantearla.

—¿A quién?—preguntó con indiferencia la rubia.

—¿Pues no la conoceis?

—Es...

—¿Quién ha de ser?

—Sí... pero... no es cosa nueva...

—Ni menos escandalosa por ser antigua.

—Sin embargo...

—Dicen que ya no es reina sino en los corrales de comedias; así lo dicen, pero ¿quién sabe si es verdad?

—Poco nos importa,—replicó la rubia, encogiéndose de hombros.

—¡Oh!... Sois demasiado indulgente.

—¿Qué he de hacer?

—¿Pero no os sentís ofendida?

La rubia iba á contestar con otra frase de indiferencia; pero se detuvo al ver que á la derecha del Manzanares se levantaba una nube de polvo.

—Mirad,—dijo á su vez.

—¡El rey!—exclamó la morena.

—Sí, el rey.

En medio del remolino de polvo se distinguieron ocho ginetes que galopaban en direccion al Campo del Moro.

Las dos jóvenes guardaron silencio.

Los que paseaban en la pradera corrieron de un lado para otro, y se colocaron de manera que pudiesen ver al monarca.

Este, acompañado de su primer ministro y favorito el conde-duque de Olivares, y seguido de gentiles-hombres, pajes y escuderos, avanzó, contestando con sonrisas á los saludos y aclamaciones de la multitud.

La mujer de quien antes habian hablado las dos jóvenes se habia colocado en primera fila y fijó una mirada afanosa en el rey; pero este pasó volviendo la cabeza á otro lado.

El rostro de la jóven morena, que no habia perdido un solo movimiento del monarca, se dilató, y sus lábios se entreabrieron para dejar salir una leve sonrisa de triunfo.

Los ojos de la rubia se habian animado, y mientras seguia con su afanosa mirada á la régia comitiva, se tiñó su rostro de un vivo carmin.

—¡Es él!—dijo para sí y en tanto que admiraba con secreta satisfaccion la gallarda apostura de uno de los gentiles-hombres que acompañaban á Felipe IV.

La cabalgata atravesó la pradera y el Campo del Moro, subió á todo correr la tortuosa cuesta de la Vega, y desapareció al doblar rápidamente el cubo de la Almudena.

—¿Os quedais?—preguntó entonces la morena.

—No,—contestó la rubia.

Y ambas dejaron el balcon, atravesaron dos espaciosos aposentos y se encontraron en una galería.

Al estremo derecho de esta habia parado un hombre envuelto en un largo ferreruelo de paño verde oscuro, y al opuesto lado un pajecillo.

—¿Vais á la cámara de su majestad?—dijo la morena á la rubia.

—Sí,—contestó esta.

—Entonces os dejo porque voy á ver á doña Blanca.

—Adios, amiga mia.

Siguió la de los ojos negros hácia la derecha, y la otra por el lado opuesto, cuidando ambas de ver si alguien las observaba.

Cuando la primera pasó junto al embozado del ferreruelo verde, dejó caer disimuladamente en el suelo un papel y prosiguió su camino. El hombre, que debia ser ladino, aparentó no advertir esto, pero se movió como por casualidad y puso un pié sobre el papel.

El paje siguió de lejos á la rubia, y cuando dejaron la galería y se encontraron en un solitario aposento:

—Toma,—dijo en voz baja y sin detenerse la doncella.

Y el mancebo recibió de esta un papel hecho muchos dobleces, y desapareció.

Ambas jóvenes eran efectivamente doncellas de Isabel de Borbon, y por si el lector tiene curiosidad de saber sus nombres, le diremos que la rubia se llamaba Inés, y la morena Margarita.

Tres minutos despues, y sin duda por casualidad, el hombre del ferreruelo verde y el pajecillo, se encontraron en el estremo de otra galería por donde debia pasar el rey para entrar en su cámara, y se pararon.

No tuvieron que esperar sino algunos instantes.

Felipe IV llegó seguido de su servidumbre y dirigió una mirada de inteligencia al del ferreruelo.

Este hizo con la cabeza una señal afirmativa, pero tan disi-

muladamente, que no pareció sino que se inclinaba por respeto.

Uno de los gentiles-hombres que iban en la comitiva y que apenas tendria veinticinco años, clavó á su vez en el paje una mirada escudriñadora.

El mancebo se cruzó entonces de brazos, lo cual debia ser una señal convenida, porque se animaron los negros ojos del gentil-hombre y su rostro se dilató con muestras de la mas viva alegría.

¿Qué significaba todo aquello?

Un observador astuto hubiera tenido materia para divertirse y ocasion para coger el hilo de algunas intrigas amorosas.

II.

Dos diálogos.

Puesto que no hemos podido leer las dos cartas que tan disimuladamente dieron Inés y Margarita, llevaremos al lector á que escuche dos conversaciones que le pondrán al corriente de lo que significaban aquellos cambios de papeles y señas.

Cuando el rey entró en su aposento acudieron algunos sirvientes para mudarle el vestido, que tenia lleno de polvo; pero el monarca, á pesar de que era la hora de comer, les dijo que se esperasen y llamáran á su escudero Hernando para hablar antes con él.

Pocos instantes despues entró en la cámara un hombre como de treinta años, de rostro aguileño, ojos redondos, pardos, vivos, de pupila reluciente y mirada penetrante. Era de mediana estatura, pero bien formado y de complexion fuerte. Con decir que llevaba un ferreruelo de paño verde oscuro, no tendremos necesidad de añadir que era el mismo á quien vimos recoger la carta de Margarita.

Cuando entró y vió que no habia en el aposento nadie mas que el rey, se le acercó sin ceremonias de ninguna especie, aunque con aire un tanto respetuoso.

Felipe IV estaba entonces en lo mejor de su edad: tenia treinta y dos años, y hacia diez y seis que ocupaba el trono. Pasaba por ser uno de los hombres mas hermosos de su tiempo, aunque en realidad su belleza consistia mas bien en su carácter dulce y en la afabilidad de su trato, que cautivaba, pues siempre tenia frases lisonjeras para todo el mundo, y especialmente para las mujeres, que no escuchaban de su boca sino palabras galantes. Tenia un talento esclarecido, y era mediano poeta y protector de los de su tiempo. Pero como estas cualidades no son suficientes para gobernar un pueblo, Felipe IV fué uno de los que mas contribuyeron á la ruina de España. Era amigo de fiestas y galanteos, pero enemigo de entender en los negocios de Estado, que estaban al arbitrio del conde-duque, verdadero rey, que disponia de todo á su placer, antes mirando la conveniencia propia que la pública.

Nada mas decimos por ahora del rey poeta, del alma de aquella córte brillante, espléndida, bulliciosa y alegre como ninguna: los acontecimientos de esta historia lo irán dando á conocer.

—¿La has visto?—preguntó el monarca á Hernando.

Por toda contestacion sacó el escudero un papel.

—Venga,—repuso Felipe.—Así me gusta, pocas palabras y buenas obras. Bien, Hernando, bien, tú hablas con las manos: eres un hombre de provecho... Veamos lo que dice... Supongo... que se habrá reconciliado conmigo, que ya estará convencida...

—Desde un balcon ha visto á vuestra majestad atravesar la pradera, y eso ha sido bastante. Pero en cambio la Calderona estará con calentura y no podrá representar esta noche.

El rey se sonrió, y desdoblando el papel, leyó la siguiente lacónica carta:

«Estoy convencida y tranquila por ahora. Esta noche á las doce en punto. Necesito mas que nunca de vos, porque sufro mucho: L. R. sospecha de mí, y yo no sé de quién sospechar.»

—No te has equivocado, —dijo el monarca, despues de haber leido.

—Me alegro, señor.

—Pero dice que la reina sospecha.

—Es verdad.

—¿Lo sabias?

—Se murmura.

—¿Pero con qué fundamento? ¿Quién ha podido esparcir esas voces, cuando se ha guardado tanta reserva?

—No importa.

—¿Pero qué se dice?

—Tal como lo he oido se lo repetiré á vuestra majestad.

—Sí, sí, —replicó Felipe IV con afanosa curiosidad.—Cuéntamelo todo.

—Se ha empezado á murmurar con chistes, ó mejor dicho, con desvergüenzas.

—¡Hernando!—exclamó el rey palideciendo.

—Esta mañana dijeron: «doña Margarita come menos que antes y engorda mas.»

—¡Oh!...

—Y Quevedo, como siempre, era de los que mas murmuraban.

—Quevedo acabará por enojarme.

—No es suya la culpa, sino de quien ha esparcido la voz.

—¿De nadie sospechas?

—Lo averiguaré.

—Sí, Hernando, averígualo, porque parece imposible que se haya sabido semejante cosa; nada se advierte en Margarita, ni puede advertirse... ¡Oh!... Caro habrá de costarle el secreto á quien ha tenido la habilidad de averiguarlo.

—Pues mañana se dirá en toda la córte.

—Es preciso que doña Margarita salga de palacio.

—Fácil será conseguirlo si la reina sospecha.

—Sí, sí,—replicó el rey, levantándose y paseando meditabundo por la habitacion.—Es preciso, y á tu cuidado lo dejo.

—Soy de opinion contraria á la de vuestra majestad,—repuso tranquilamente el escudero.

—¿No piensas que llegará un dia en que será imposible ocultarlo?

—Pero al menos ahora...

—Estoy cansado de murmuraciones y chismes.

—Señor,—repuso Hernando,—ese es mal añejo que no puede curarse, y como la picadura del mosquito, que mas escuece cuanto mas se rasca.

—Yo seria feliz, completamente feliz, si no hubiera lenguas murmuradoras.

—Es decir, si vuestra majestad fuese un rey sin córte, ó si los cortesanos no tuviesen lengua.

—Tienes razon, Hernando; no hay medicina para ese mal. Hablemos de otra cosa,—repuso el monarca, volviendo á sentarse.

—Necesita vuestra majestad ver á doña Margarita.

—Esta noche me espera.

—¿Por la ventana segun se convino?

—Sí, porque nada me dice en contrario, ni podria ser de otra manera.

—¿Es decir?...

—Que vendrás á las once para acompañarme,—contestó el rey.

—Bien, señor.

—Quizás por última vez, porque si sospecha la reina, Margarita estará mas vigilada que nunca, y no habrá medio de que nos veamos con frecuencia.

—Ni es prudente, señor, porque eso de entrar por la ventana ofrece inconvenientes graves.

—¡Oh!—murmuró Felipe, inclinando la cabeza sobre el pecho con muestras de tristeza.—Será forzoso, no debo dar un escándalo de esa naturaleza; pero sufriré mucho, Hernando, sufriré mucho, porque ninguna mujer ha sabido cautivar mi corazon como esa; á ninguna he amado con tanta ternura, y la prueba es

la reserva que he guardado, pues solo tú sabes el secreto de esos amores que hasta el de Olivares los ignora.

—Desgraciadamente, señor, muy pronto dejarán de ser un secreto.

—Y lo peor de todo es que si la reina sospecha, acabará por averiguarlo sin que le quede duda, porque tiene quien le ayude.

—Lo hecho no puede deshacerse, señor, y ya no debe vuestra majestad pensar mas que en prevenir otros males.

—Ciertamente, dejemos lo que ya no ha de remediarse; pero tengo que sentir la pérdida de Margarita, cuya desgracia está muy cerca.

—Por lo que pueda suceder será bueno que esta noche se despida vuestra majestad de ella, y deje convenido lo que en adelante deba hacerse.

—¿Sabes, Hernando, que es horrible la desgracia de esa infeliz?

—No le espera una suerte muy risueña.

—Tiene bienes de fortuna, es verdad, pero se encuentra huérfana, y si sale de palacio tendrá que volver al lado de su tio que es un viejo hipócrita, impertinente, egoista y que no le perdonará la debilidad de su amor.

Quedó el monarca pensativo y triste, porque en realidad amaba á Margarita con una ternura que nunca habia sentido por ninguna mujer.

Pasaron algunos momentos, y Hernando, que era previsor y enemigo de perder el tiempo, dijo:

—Señor, perdone vuestra majestad si le recuerdo que es la hora de comer y aun no se ha mudado el vestido ni peinado, y como aquí todo se comenta, pudieran sospechar algunos que nuestra conversacion es demasiado interesante cuando vuestra majestad se olvida de vestirse y hasta de comer.

—Y la reina esperará...

—Y los cortesanos contarán los minutos y luego me mirarán al rostro para observar si salgo pálido, triste ó alegre.

—Es verdad, buen Hernando, mi fiel Hernando,—dijo el

monarca, pasándose las manos por la frente y procurando dar á su rostro la acostumbrada espresion de dulzura y contento que siempre tenia.

—¿Puedo retirarme, señor?

—Sí, déjame y dí que entren á vestirme.

Nuestros lectores habrán comprendido que algun lazo mas que el amor existia entre el monarca y Margarita, lazo que no era posible romper porque no habia de pasarse mucho tiempo sin que la jóven dijese á Felipe IV: «Señor, este es el fruto de nuestro amor, la prueba de mi estravío, el testigo de mis sacrificios, el recuerdo de vuestros goces y mis desgracias.» Y aunque esto no era cosa que pudiese atormentar al rey, porque ya se habia visto en otros casos iguales, sin embargo, le daba que pensar porque Margarita no era al fin una mujer como la comedianta María Calderon, sino una jóven de esclarecida cuna, de nobles sentimientos y que no habia vendido su honra, sino que la habia sacrificado á su amor.

Este secreto estuvo bien guardado por el rey y su escudero, únicos que lo poseian, pero como el diablo las carga y nada puede haber oculto en este pícaro mundo, sucedió que una casualidad de nadie temida ni aun sospechada descubrió, no los amores del rey, sino el estado de Margarita, y este descubrimiento, ¡quién lo dijera! fué hecho por una indiscreta mujer de humilde condicion, tan humilde que con respecto á los entrantes y salientes de palacio pudiéramos llamarle el último mono. Esta mujer era habladora en estremo, una de esas que dicen que los secretos les comen las entrañas si los callan veinticuatro horas, y comunicó su sospecha á un paje mas indiscreto aun, el cual, haciendo cundir la noticia, dió ocasion para que se comentase, se hiciesen deducciones y se llegase al fin á pensar en el rey.

Tal fué el orígen de las murmuraciones.

Y como hemos prometido al lector dos diálogos, lo llevaremos para que escuche el segundo, á un aposento amueblado lujosamente de una casa de la calle de Santiago.

Allí, sentado en un sillon, estaba el gentil-hombre conocido

ya de nuestros lectores. Tenia en una mano un papel y hablaba con el pajecillo, diciéndole:

—Por la feliz nueva que me has traido con esta carta, quiero regalarte diez escudos de oro, y para que puedas gastarlos á tu placer y divertirte cuanto quieras, quedas por tres dias libre de todo servicio; pero á condicion de que no te emborraches, porque el vino suelta la lengua y podrias comprometer la reputacion de doña Inés de Guevara.

—Seguro podeis estar de mi discrecion,—contestó el pajecillo;—así como tambien de que si me alegra la buena noticia que he traido, es mas por el contento que os ha dado que por los escudos que me regalais: y en cuanto al permiso para holgar tres dias, no lo quiero, señor, porque mi mayor gusto es serviros.

—Jóven eres, pero sabes vivir,—replicó sonriendo el caballero;—y doblo la cantidad del regalo por la agudeza de tu contestacion.

—Gracias, señor.

—Y he de hacerte rico si continúas siéndome tan leal como hasta el presente.

—Señor, dos años hace que amais á mi señora doña Inés de Guevara, y nadie ha traslucido ni sospechado siquiera semejantes amores. A mí solamente habíais confiado el secreto á pesar de mis pocos años, y ya veis que os he pagado la confianza guardándolo bien, puesto que nadie lo ha sabido. La fortuna me ha ayudado, porque en tanto tiempo sin dejar un dia de llevar y traer cartas y recados, no he cometido una torpeza; y eso que en muchas ocasiones, y hoy mismo, me observaba el hombre á quien mas temo porque lo creo el mas astuto de cuantos pisan el alcázar.

—¿Quién?

—Ese escudero llamado Hernando tan favorecido del rey.

—Guárdate de él, no porque es malo, sino por su mucha astucia: no te has equivocado.

—Me alegro saberlo.

—¿Y dices que hoy?...

—Ha andado el mismo camino que yo, pero con la diferencia

de que él nada ha podido sospechar de mí, y yo me he convencido de que es verdad cuanto dice la murmuracion.

—No sé á lo que aludes, —repuso el caballero cuyo contento lo habia hecho tan afable que seguia sosteniendo placenteramente la conversacion con el pajecillo.

—Hoy, —dijo este, —se aseguraba en palacio que doña Margarita, la amiga de doña Inés, tenia relaciones amorosas con el rey.

—Imposible.

—Aseguraban mas aun.

—¡Mas que eso!

—Sí, señor.

—¿Qué puede ser?

—Que su majestad tendria muy pronto uno de esos hijos que no pueden llamarle padre.

—Calumnias, Andrés, calumnias.

—Eso mismo pensé yo.

—Doña Margarita no ha merecido nunca del rey ni una mirada.

—Pero sí otra cosa.

—¿Tú tambien te has vuelto maldiciente?

—Me he vuelto observador, —replicó el paje que debia ser algo travieso.

—No me gusta que murmures.

—Pero sí os agradará que os refiera lo que he visto.

—Sepamos.

—Así como yo aguardaba á mi señora doña Inés, Hernando esperaba en la misma galería y al estremo opuesto, á doña Margarita.

—Estaria allí por casualidad.

—Lo mismo que yo.

—¿Qué pruebas tienes?

—Que doña Margarita se separó de doña Inés y fué á pasar junto al escudero.

—¿Nada mas?

—Algo mas que no pude ver, pero que adivino fácilmente.

—Esplícate.

—En el mismo sitio donde os esperé para deciros que yo tenia en mi poder la carta, esperó tambien Hernando.

—Seria para saludar al rey.

—Para decirle que sí con un movimiento de cabeza, lo que debia significar que tambien tenia una carta que darle.

—Eres muy malicioso.

—Digo solamente lo que ví.

—¿Y qué hizo el rey?

—Sonrió como vos cuando me crucé de brazos.

—No sé hasta qué punto serán exactas tus observaciones, pero sea de ello lo que quiera, no te mezcles en esos enredos porque llamarás la atencion, la fijarán en tí, te observarán como tú observas, y puede suceder que descubran lo que tanto me importa callar.

—Señor, yo miro, escucho y callo.

—Serás hombre de provecho.

—Para conseguirlo haré cuanto pueda.

—Ahora, —dijo el caballero que queria leer otra ú otras veces la carta de Inés y entregarse á los dulces pensamientos de su cercana y amorosa felicidad, —ahora déjame.

—Bien, señor.

—Pero antes dime si te pareció que estaba contenta doña Inés.

—Lo que puedo aseguraros es que estaba hermosa como nunca.

—¡Adulador!

—Os juro...

—Contesta á lo que te he preguntado.

—Advertí una cosa nueva.

—¿Qué fué?—dijo el caballero, inclinándose hácia adelante con muestras de la mas viva curiosidad.

—Mejor dicho dos cosas.

—¿Cuáles?

—Que nunca las he observado.

—Acaba.

—Que se puso encarnada como si le fuese á brotar sangre por las megillas.

—¡Oh!—exclamó el enamorado, cuyo rostro se encendió tambien.

—¿Os sorprende?

—La agitacion quizás...

—Andaba muy reposadamente.

—El miedo de ser observada...

—Yo creí que el miedo hacia palidecer.

—Segun la causa...

—Eso es otra cosa.

—¿Y qué mas?

—La mano con que me dió la carta le temblaba como si tuviese alferecía.

—¡Oh!—volvió á exclamar el caballero, estremeciéndose tambien.

—¿Os parece estraño?

—Nada tiene eso de particular.

—Pues yo temí que la carta os trajese una mala noticia.

—Ya ves que te has equivocado.

—Siempre sucede lo mismo.

—Déjame.

El pajecillo salió brincando de contento, y el amante de Inés volvió á leer la carta, que decia:

«Eres dueño de mi honra porque yo no soy dueña de mi voluntad. Ven á las doce en punto y entra segun me dijistes, que todo estará preparado.»

—¡Oh!—exclamó el caballero.—Apenas puedo creer en tanta dicha. ¡Van á realizarse mis ensueños, vá á ser mia!..... ¡Cuánto me ama!

Y besó repetidas veces el papel mientras que la púrpura de su pasion asomaba á su rostro.

—No tendrá que arrepentirse: todo lo sacrifica á la impa-

ciencia de mi amor y yo lo sacrificaré todo al amor que me profesa. Dice que soy dueño de su honra, pero ella es dueña de mi corazon: que no tiene voluntad... yo tampoco la tengo mas que para adorarla. ¡Oh!... Inés mia, ya verás lo que es mi corazon.

Largo rato pasó el caballero pensando en su cercana dicha, y muchas veces besó la carta que se la anunciaba, hasta que quedó silencioso, inmóvil, como si la idea de los goces que le esperaban lo hubiesen aletargado.

No habia pensado el enamorado mancebo que el hombre propone y Dios dispone, y que podia muy bien suceder que la esperanza de su dicha se convirtiese en humo ó en otra cosa peor. Allá lo veremos, pues ahora solo podemos decir que el resto del dia pasó sin novedad.

III.

Dos inconvenientes.

Por ahora nos basta decir que la reina doña Isabel de Borbon era una de las mujeres mas hermosas de la córte, y que aunque su aspecto era grave, majestuoso, en su trato era dulce, afable en estremo, y tenia el don de hablar á cada cual en el lenguaje que le cuadraba. Sabia ser reina y mujer, y como esposa, supo tambien sufrir con admirable resignacion las locuras amorosas de Felipe IV. Sin embargo, muchas veces tuvo que recurrir á toda su energía para defender su dignidad de reina, su decoro de esposa y su amor propio de mujer, pero sin ir nunca mas allá del punto á que le obligaban las circunstancias. Si tuvo ó no alguna amorosa debilidad, impulsada por el despecho mas que por la falta de virtud, no es ahora del caso, y ya trataremos de ello si á cuento viniese: lo dicho es bastante para la breve escena que vamos á referir.

Eran las once de la noche y doña Isabel estaba en su dormitorio, disponiéndose para acostarse. La acompañaban Margarita y otra doncella, y ambas esperaban la órden de ejercer sus funciones.

—Margarita,—dijo la reina despues de algunos momentos

de silencio, y fijando en la jóven una mirada penetrante, —estais pálida, ¿os sentís indispuesta?

—No, señora, —contestó algo turbada Margarita, porque comprendió que habia caido en el desagrado de la reina, segun se lo indicaba el que esta le diese el tratamiento de vos.

—Sin embargo, será prudente que os acosteis.

—Ya sabe vuestra majestad que esta noche me toca de servicio.

—No importa, lo hará Blanca por vos.

—Darle esa molestia cuando yo estoy buena...

—Que descanseis, —interrumpió doña Isabel, haciendo un ademan de despedida que no daba lugar á réplica.

—Agradezco á vuestra majestad el cuidado que se toma por mí, —dijo Margarita inclinándose respetuosamente.

Y dió un paso para salir.

—Por aquí, —repuso la reina señalando hácia la izquierda.

—¡Por ahí! —repitió sorprendida la jóven.

—Sí, ocupad la cama de Blanca... deseo teneros cerca por si os poneis mala.

Margarita palideció, y en algunos segundos no acertó á moverse. Su plan estaba desbaratado: no podria acudir á la cita, porque el aposento que se le destinaba no tenia mas salida que por el dormitorio de la reina. Además, tan estraña y repentina determinacion le hizo creer que habia sido descubierta. ¿Pero cómo? ¿Por quién?

—Estoy perdida, —dijo para sí la desdichada. —Pero es preciso obedecer para no aumentar las sospechas.

Y salió con pasos tan firmes como pudo.

Le era imposible avisar al rey, porque en nadie tenia confianza, y debia estar expiada por sus mismas compañeras.

—¿Quién me ha vendido? —decia para sí, mientras se envolvia entre las ropas de la cama, no para dormir, sino para derramar lágrimas y exhalar tristes suspiros.—Nadie mas que Hernando está en el secreto, pero él... ¡imposible!... siquiera por miedo al rey lo habrá callado. ¡Oh!... Esto es horrible; mi des-

honra está descubierta, y la reina me arrojará ignominiosamente de palacio: lo sabe todo, ya no me queda duda, y cuando me ha estorbado salir, es prueba de que tampoco ignora la cita de esta noche. ¿Intentará sorprender á Felipe? ¡Desdichada de mí!... ¡Y no tengo una madre en cuyo seno depositar mis lágrimas!

Las megillas de la desdichada y hermosa jóven se cubrieron de llanto.

Mientras este inconveniente estorbaba que Margarita acudiese á la cita, el amante de Inés, que ningun estorbo tenia para acudir á la suya, se preparaba á salir. Como estaba de buen humor, se divertia hablando con su travieso paje, mientras este le ayudaba á vestir.

—Andrés, — decia el caballero, — me parece que no has acertado al aconsejarme que me ponga estas mangas acuchilladas de azul.

—Descuidad, señor, que las encontrará bien mi señora.

—Pues yo hubiera elegido las verdes y blancas.

—Si fuera de dia...

—Tienes razon... Bien, Andrés, están bien.

—¿Qué os falta?

—Mi ferreruelo.

—Aquí lo teneis.

—Entonces...

—¿Pero y la espada?

—Es verdad, la habia olvidado.

—Cuando tal vez os haga mas falta.

—O me sirva de estorbo, —replicó el caballero, pensando que tenia que subir por una escala.

—Acordaos que hace tres noches os quisieron robar en el mismo sitio por donde tendreis que pasar ahora, y que anoche, para que no lo asesinaran, se vió en grande aprieto vuestro amigo el señor conde.

—Esta noche me favorece la fortuna, y no puede sucederme nada malo.

—Dios lo quiera.

—No amengües mi felicidad con tristes augurios.

—Quiero solamente decir que no está demás que vayais prevenido.

—Lo iré, porque hoy me dejo guiar por tus consejos.

—Si tomaseis el que os he dado de no ir solo...

—Ya te he dicho que eso seria descubrir el secreto de mis amores.

—Pues yo os acompañaré.

—Si tuvieras fuerzas como tienes alientos...

—Poco ó mucho, en algo os ayudaria.

—Eso,—dijo el caballero para sí,—seria descubrirte otro secreto que tú ignoras.

Y sonrió maliciosamente.

—Tomad la espada, señor,—dijo el paje llevando una larga toledana.

—Esa no.

—Es la mejor que teneis.

—Pero muy pesada.

—¿Qué importa?

—Dame la que me regaló mi tio.

—No tiene de bueno mas que la empuñadura de plata.

—Andrés...

—Es un estoque endeble y mal templado, que en caso de apuro se romperia á los primeros golpes.

—No importa: obedece, Andrés.

El paje fué de mala gana por el lujoso estoque, y lo presentó á su señor.

—¿Qué hora es?—dijo este.

—Aun no han dado las once y media, señor.

—¡Qué noche tan larga!

—Cuando la paciencia es corta los minutos parecen años.

—Eres aficionado á los retruécanos.

—No tengo otra cosa en qué pensar.

—Mi sombrero.

—Aquí está, señor.

—Bien, nada me falta.

—¿Os vais ya?

—Sí.

El amante de Inés se embozó en su ferreruelo y salió.

La noche no estaba como el dia.

Empezaba á brillar la luna, pero soplaba un viento fuerte y frio que obligó á nuestro caballero á subir el embozo.

—¡Al fin se me olvidaron los guantes!—dijo mientras atravesaba la calle de Santiago.—Casi estoy seguro que á propósito no me los ha dado ese bribonzuelo Andrés para que lleve así mas libres las manos por si tengo que hacer uso de la espada.

Llegó á la esquina de la calle, y al mirar hácia la iglesia de Santiago, le pareció ver que en la sombra que esta proyectaba se habian movido algunos bultos.

—¿Tendria razon Andrés?—dijo.

Volvió á mirar, pero nada observó que le infundiese sospechas.

—Aprension... Ese muchacho me hará ver visiones.

Desenvainó la espada, siguió adelante, y en pocos momentos llegó junto á la iglesia.

—¡Silencio!

—¡Quieto!

—¡Entregaos!

Así oyó el caballero decir, y sin tiempo para retroceder, se vió rodeado de tres hombres y tres espadas que amenazaban su vida.

—¡Vive el cielo!—exclamó.

—¡Silencio, por Satanás!—repitió uno de los asesinos.

—¡Paso, canalla!

—El dinero y atrás.

—¡Atrás decís!—exclamó el caballero, acordándose de que Inés lo esperaba.

—Sí, pero antes el dinero y las joyas.

—Antes moriré que retroceder un paso.

—Pues lo conseguireis.

—Dejadme...

—Que tenemos prisa.

—Yo os haré correr...

—¡Por Satanás!

—¡Vive Dios!

—¡A él!

—¡Asesinos!

Trabóse la pelea, y el silencio de la noche fué interrumpido por el chis chas de los aceros que se movian con rapidez.

—Aun es tiempo, —dijo uno de los asesinos.

—De que mueras, —replicó el caballero.

Y efectivamente, su estoque atravesó el pecho del ladron.

Oyóse un ay de muerte.

—¡Atrás, canalla miserable! ¡Paso si no quereis seguir la suerte de vuestro compañero!

Los asesinos dejaron escapar un rugido de cólera, y arremetieron con mas furia al amante de Inés.

Este no se acobardó porque era valiente y en estremo diestro para manejar la espada.

Trascurrieron algunos minutos sin que volviese á correr la sangre.

—Esto se vá haciendo pesado,—dijo el caballero.—¡Fuera, villanos!

Y con tal empuje dió sobre uno de los ladrones, que le obligó á retroceder hasta la pared del templo.

—¡No te escaparás ahora, menguado!—gritó al asestarle una estocada.

Pero como el otro le arremetiese al mismo tiempo por la derecha, intentó volverse, perdió la direccion el golpe y la espada dió en la pared, rompiéndose en dos pedazos.

—¡Está desarmado!—dijo uno de los asesinos.

—¡Muera!

Y aunque el amante de Inés sacó la daga para seguir defendiéndose, antes que pudiese hacer uso de ella, le atravesó el pecho uno de los asesinos.

—¡Cobardes!—exclamó el desdichado.—¡Oh!...

Estaba herido de muerte y cayó al exhalar un grito desgarrador.

En aquel momento se oyó ruido de voces y pasos por la calle de Santiago, y los ladrones, viéndose perdidos, huyeron precipitadamente, internándose en las callejas de San Nicolás.

Pocos instantes despues llegaron tres hombres con una linterna y las espadas desnudas. El uno era el pajecillo Andrés, y los otros dos criados del gentil-hombre.

Llegar, ver en tierra á su amo y arrojarse sobre él, exhalando un grito de dolor, fué obra de un segundo para el paje.

—¡Don Juan, don Juan!—exclamó el pobre niño con acento que llegaba al alma.

Y un raudal de lágrimas salió de sus ojos.

—Andrés,—dijo el caballero con voz desfallecida.—Me muero... ¡pobre Andrés!...

—¿Quién os ha asesinado?... ¡Oh!...

—Unos ladrones...

—Corred,—dijo el paje á los otros criados.—Buscadlos, no pueden estar lejos...

—Aquí hay un hombre muerto...

—Y la espada de nuestro señor está rota...

—¡Corred!

—No... ya es tarde,—repuso don Juan.—Socorredme... me muero... Andrés... ya sabes lo que dejo en el mundo... eres un niño, pero tienes un gran corazon... ¡Ah!... ¡Inés!... ¡Inés mia!...

El desdichado caballero no pudo hablar mas.

—Sí,—dijo el paje,—soy un niño, pero seré un hombre y la serviré, seré su esclavo, su perro... ¡Oh!... ¡Don Juan!... ¡Amo mio!.... ¡No morireis!.... ¡Dios no os dejará morir!.... ¡Ah!... ¡Esto es horrible!

Y la desdichada criatura, transida de dolor, lloraba sin acertar á moverse.

—Cada momento que pasa es un tesoro,—dijo uno de los criados;—pierde la sangre...

—Llevémosle,—añadió el otro despues de convencerse de que aun vivia don Juan.

El paje tomó la linterna, recogió los dos pedazos de la espada de su señor, y siguió á los otros sirvientes que conducian al caballero.

Toda la servidumbre de don Juan se puso en movimiento, y sin perder un instante salieron los unos en busca de médicos y los otros á dar parte á la justicia.

Andrés, sin separarse del lado de su señor, daba repetidas órdenes como si fuese el amo de la casa, y todos lo obedecian sin saber por qué.

Pronto llegó un cirujano y un alcalde con algunos alguaciles.

Se reconoció la herida, se declaró ser mortal, y vuelto en sí el caballero se le hizo la primera cura y tomó declaracion, concluido lo cual, se dispuso el herido á otorgar testamento; pero antes llamó á su paje y le dijo:

—¿Han avisado al rey?

—¡Oh!... Nadie ha pensado en ello...

—Vé á palacio... pero no solo... y le dirás tú mismo cómo estoy... pero antes, procura ver á doña Inés...

—No quisiera separarme de vos...

—Aun viviré algunas horas.

—Ya el alcalde habrá dado parte á su majestad.

—Pero doña Inés... dile que muero pronunciando su nombre... que me consagre un recuerdo... No te detengas...

Andrés salió solo á pesar del encargo de don Juan, y se dirigió corriendo al alcázar. El nombre de su señor y el asunto que lo llevaba le abrieron todas las puertas, pero cuando llegó á la antecámara del rey, le dijeron los gentiles-hombres de servicio:

—No se puede ver á su majestad.

—Que no debo esperar un instante,—replicó Andrés, cuya agitacion apenas le dejaba hablar.—Don Juan se muere.

—¡Que don Juan se muere!—exclamaron sorprendidos los gentiles-hombres.

—Sí, tiene el pecho atravesado de una estocada.

—¡Oh!

El paje refirió lo ocurrido.

—¡Vive Dios! ¡Nuestro amigo don Juan!...

—¿Os negareis ahora á dar aviso á su majestad?

—Es imposible.

—¡Imposible y os llamais amigos de mi desdichado señor!...

—Hay un inconveniente insuperable...

—Os digo que se muere...

—¿Sabes guardar un secreto?—dijo al paje uno de los gentiles-hombres.

—¡Que si sé guardar un secreto cuando soy el depositario de los de mi señor!...

—Preciso es decírtelo, buen paje.

—Pero...

—Su majestad ha salido por la escalera escusada.

—¡Oh!...

—No nos lo ha dicho, pero lo sabemos.

—¿Y qué he de hacer?

—Esperar...

—Perderé mucho tiempo... Entre tanto voy al cuarto de la reina...

—Estará acostada.

—No importa.

Andrés salió, corriendo hasta las habitaciones de doña Isabel con intento de ver si al dar la noticia salia doña Inés. Pero las doncellas que estaban de servicio lo detuvieron tambien, sin que le valiese decir lo sucedido.

Siguiéronse exclamaciones y repetidas preguntas, pero ninguna de las doncellas se atrevió á despertar á su majestad, ni en ello insistió el paje, porque su objeto era ver á doña Inés cuanto antes.

—Decidme,—preguntó entonces el paje,—¿y doña Inés de Guevara?

—En su cuarto y durmiendo,—le contestaron.

—Ya sabeis que es muy buena amiga de mi señor...

—Sí, sí,—contestó maliciosamente una de las doncellas.—Lo estimaba mucho...

—Y parece natural y justo que se le diga lo que ocurre...

—¿Hemos de despertarla para darle una mala nueva?

—Al fin ha de recibirla...

—Además, nos está prohibido...

—Pero este es un caso estraordinario.

—Le avisaremos, buen paje,—replicó una de las doncellas;—pero soy de opinion que no le digas mas sino que está herido don Juan, pero no de muerte, porque doña Inés es muy impresionable.

—¡Oh!... avisadle... ya lo haré de manera que no se impresione mucho...

—Espera.

La doncella salió; pero volvió á los pocos instantes, diciendo:

—Doña Inés no está en su cama ni en su aposento, ni se le vé en los inmediatos.

—¡Oh!—exclamó el pajecillo.

Y dándose una palmada en la frente, salió corriendo mientras decia:

—No habia pensado en ello... habrá ido al sitio donde tuviera la cita con mi señor... ¡Desdichada!

Y volvió al cuarto del rey, á quien tampoco encontró.

Entonces, temiendo que don Juan se muriese sin volver á verlo, salió el angustiado paje del alcázar.

IV.

Dos equivocaciones.

Mientras don Juan luchaba con la muerte, Inés sola en su aposento, abria un armario y sacaba una cosa que parecia ser una madeja de cuerda.

Aunque el cielo estaba despejado, como ya hemos dicho, el viento silbaba furiosamente.

—Tengo miedo,—dijo la doncella al oir el crugido de una ventana, cuyas hojas fueron sacudidas por el aire.—Pero está cerca y pronto vendrá... Son las doce menos cuarto... ¡Ah!... ¡Un cuarto de hora, solo un cuarto de hora me queda! Ya no es tiempo de retroceder ni tampoco puedo... ¡Lo amo tanto!..... ¡Dios mio! perdonadme, mi voluntad es impotente, mi pasion es mas violenta que fuerte mi virtud.

Estremecióse Inés, sus megillas se encendieron, y repuso:

—Fio en su hidalguía, no me abandonará, cumplirá su juramento de lavar la mancha que vá á echar sobre mi frente.

Luego se envolvió en un ancho albornoz, tomó una bugía, y salió resueltamente del aposento, atravesando otros dos espacio-

sos y solitarios, y llegando á uno que no tenia otra puerta que la que le dió entrada y frente á la cual habia una ventana grande.

El mueblaje de aquella habitacion se componia de una mesa dorada, un divan y varios sillones y taburetes forrados de terciopelo azul.

Inés dejó la luz en la mesa, abrió la ventana, y desenvolviendo la cuerda que habia sacado del armario, y que era una escala, la arrojó á la parte de afuera y la aseguró, volviendo á cerrar, pero sin correr la falleba.

—Poco debe tardar,—murmuró.

Y despues de mirarse en un espejo y sonreir, sentóse en el divan.

Volvió á silbar el viento, y la jóven, entregándose á sus pensamientos amorosos, quedó inmóvil.

La luz de la bugía reflejaba en sus dorados cabellos.

Sus ojos medio cerrados, el tinte de sus tersas megillas que revelaba el fuego de su amor, y el descuido con que estaba recostada, la hacian aparecer tan bella, tan encantadora, que hubiera sido imposible mirarla sin sentirse arrebatado por la pasion. Nunca está una mujer tan hermosa como cuando á sus solas se entrega á la idea de los goces, para ella ignorados, de un amor que enciende su pecho.

En aquellos momentos era feliz. ¿Cómo habia de pensar que el hombre en quién tenia fijo su pensamiento, con quien despierta soñaba, estaba en lucha con la muerte y debia muy pronto exhalar el último aliento? Empero ningun presentimiento triste turbó los goces celestiales de la desdichada.

Mientras esto sucedia, Felipe IV estaba en su aposento con el fiel Hernando y se disponia á salir.

—Pocos minutos faltan ya para las doce,—dijo el monarca, embozándose en un ancho ferreruelo de fino paño gris.

—¿Vamos ya, señor?

—Sí, que aunque no es largo el camino tenemos que ir despacio y con cautela.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Toma la luz, Hernando.

El escudero tomó una linterna de plata que habia sobre una mesa y que ya estaba encendida.

—¡Oh!—repuso el rey,—ya tenia muchos deseos de verme á solas con Margarita.

Y brillaron sus ojos y se enrojecieron sus megillas.

—Señor, no olvide vuestra majestad que la prudencia y la conveniencia aconsejan que sea la última vez...

—Sí, Hernando, estoy decidido á llevar á cabo mi plan: no volveré á ver á Margarita hasta que salga de palacio.

—Sea en buen hora.

—Vamos, que apenas tenemos tiempo para llegar.

El monarca, precedido del escudero, salió por una puertecilla.

Siguieron un estrecho pasillo, bajaron una escalera de caracol, atravesaron un patio y llegaron á otro pequeño despues de haber dejado atrás algunas habitaciones.

El patio era cuadrilongo, y debia ser poco frecuentado porque estaba lleno de yerva. En uno de sus lados habia como una garita grande, gallinero ó perrera, que todo podia ser, con techo de vigas y caña y que tendria unos ocho piés de altura.

A mayor elevacion y en la misma pared, habia una ventana de la cual, y á favor de los resplandores de la luna, podia verse pendiente sobre el tejadillo una escala de cuerda.

—Ha sido puntual, señor,—dijo Hernando.

—Lo cual prueba que tenia muchos deseos de verme.

—Pues poco ha de tardar...

—Pon la escalera.

—Aquí está,—contestó el escudero, señalando á una escalera de mano que habia apoyada en una de las paredes de la garita.

—Si no asalto murallas,—dijo el rey, encaramándose con agilidad y sonriendo,—sé ponerme en peligro para conquistar corazones.

—Cuidado, señor, que ese techo es endeble y resbaladizo.

—Tenlo tú con la puerta, que al mio queda lo demás.

El monarca se puso sobre el techo, asió la escala y trepó con ligereza.

Entre tanto Inés seguia con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados, pensando en don Juan y esperándolo con impaciencia.

El silencio era profundo, y la doncella, inmóvil y muda, parecia contar las palpitaciones de su corazon.

Volvió á soplar con furia el viento, crugieron las hojas de la ventana y se abrieron violentamente.

Creyó la jóven que esto habia sido efecto del aire, y levantó la cabeza y miró á la ventana; pero al ver destacarse en ella la figura de un hombre, no dudó que era su amante, y poniéndose de pié para salirle al encuentro, dió un paso y colocó en la boca el dedo índice de su mano izquierda como para indicar al caballero que callase y no hiciese ruido.

Pero al mismo tiempo, la ráfaga de viento que habia penetrado por la ventana hizo vacilar la llama débil de la bugía y la estinguió.

El aposento quedó en la mas completa oscuridad.

En otras circunstancias hubiera Inés exhalado un grito de terror, pero entonces, no solamente no tuvo miedo, sino que se alegró porque aquella casualidad le evitaba cierto rubor que comenzaba á sentir.

A oscuras no podemos ver á los personages de aquella singular escena: solamente nos es dado escuchar, y teniendo paciencia, dejar que los acontecimientos nos pongan en claro lo que ahora está oscuro.

Por el ruido que se oyó, dedúcese que el monarca entró en el aposento, y creyendo que la mujer que habia allí era Margarita, anduvo á tientas para encontrarla, siguiendo la direccion de una voz que le decia muy quedito:

—Por aquí... silencio...

Inés estaba tambien muy creida de que el hombre que habia entrado era don Juan, y como ni podia buscarse otra luz ni nin-

LAMINA 1.ª—Levantó la cabeza y miró á la ventana, pero al ver destacarse en ella la figura de un hombre, no dudó que era su amante.....

guno de ellos podia hablar en voz alta, siguieron ambos en su error, avanzando arrimados á la pared.

Volvió á silbar el viento con mas fuerza, llevando en sus álas el canto lúgubre de las lechuzas que tenian su nido en la torre de la histórica iglesia de Santa María.

La noche no podia ser mas tenebrosa, y bien puede asegurarse que en toda la villa no se encontraba un solo enamorado rondador por atrevido que fuese, y si alguna ronda de alguaciles se veia, era tambien cosa estraña. No habia quien no hubiese buscado el abrigo del hogar. Es verdad tambien que en aquellos tiempos y á semejante hora dormian profundamente los honrados vecinos de la tres veces coronada, y solo la gente de mal vivir y los enamorados andaban por la calle á caza de bolsillos, corazones y besos que solian costar la vida; pero entonces eran moneda corriente las cuchilladas, sorprendiéndose el paseante nocturno si al recojerse no habia tenido un encuentro en que su toledana hiciese el principal papel.

Por eso el pajecillo Andrés habia rogado á su señor que le permitiese acompañarle y que llevara su tizona, que no se hubiera hecho pedazos como el primoroso estoque.

Mientras el huracan rugia, trayendo los ecos que robaba á las cavernas de las vecinas montañas, y al girar chirriaban las enmohecidas veletas, y al desgajarse, crugian las ramas de los árboles, y la tierra se levantaba en espesos remolinos que recorrian largo trecho como fantasmas sin forma, entre tanto, decimos, doña Margarita, envuelta entre las ropas de su nuevo lecho, lloraba silenciosamente su desgracia, y don Juan de Luna luchaba con la agonía, y el escudero Hernando maldecia y juraba, haciéndosele una hora cada minuto de los que pasaba en el solitario patio, y creyendo por la ley del egoismo que allí soplaba el viento con mas furia que en ninguna parte.

Las esplicaciones que mediaron entre el monarca y doña Inés, cuando reconocieron su desgraciada equivocacion, no debieron ser muy satisfactorias, porque Felipe salió del aposento cabizbajo y pensativo, y con tono de mal humor dijo á su escudero:

—Vamos, Hernando, de prisa.

—¿Hay peligro?

—Sí,—contestó el rey mientras se alejaban de allí rápidamente.—No he visto á Margarita; en su lugar habia otra dama... doña Inés de Guzman...

—¡Doña Inés!...

—Sí.

—La rubia mas hechicera que hay bajo el cielo.

—Esperaba á su amante que podia llegar de un momento á otro.

—¿Don Juan de Luna?

—¿Tenias noticias de esos amores?

—Sospechas, señor.

—Me encontré burlado.

—¿Y era la cita á la misma hora?

—Sí.

—Rara casualidad.

—Desgraciada,—repuso Felipe.

Y luego refirió á su escudero lo que le habia sucedido.

—¿Y cómo no habrá acudido á la cita don Juan?—dijo Hernando.

—Lo peor seria que hubiese venido antes.

—Y se hubiese encontrado con doña Margarita como vuestra majestad con doña Inés.

El rey palideció.

—Vamos mas aprisa,—dijo.

Llegaron á la cámara sin haber encontrado á nadie en los pasillos y habitaciones que atravesaron.

—Hernando,—dijo el monarca al dejarse caer en un sillon,—es preciso que vayas á ver si don Juan de Luna acude á la cita, porque yo tengo curiosidad de saber en qué acaba esta comedia.

El escudero obedeció, pero á los pocos instantes volvió pálido y agitado.

—¿Qué sucede?—le preguntó sorprendido el monarca.

—Señor...

—¿Has visto á don Juan?

—Don Juan no ha venido, señor, porque lo han asesinado unos ladrones junto á Santiago.

—¿Qué dices?—replicó el monarca, estremeciéndose.

—La verdad, señor.

—¡Oh!...

—Mientras vuestra majestad escalaba la ventana, el infeliz agonizaba entre los brazos de sus criados.

—¿Quién ha traido esa noticia?

—Un paje de don Juan que vino á participároslo de órden de su señor, y habiéndole dicho que vuestra majestad dormia, se fué dejando el recado.

Felipe IV se estremeció, tal vez sintió remordimientos, y para tranquilizarse no encontró mas medio que el de tomar con el empeño mayor el castigo de los criminales.

—¿Qué hace la justicia?—dijo.—¿Qué hace el conde-duque?... ¡Oh!... La córte está llena de ladrones y asesinos que viven sin que nadie los incomode hasta que se comete un crímen: entonces ahorcan á uno y aparecen ciento mas.

En aquel momento, y cuando el monarca iba á mandar que llamasen á su primer ministro, anunciaron la llegada del alcalde de casa y córte.

Este iba á dar la noticia del triste suceso y á decir que los criminales estaban ya en poder de la justicia.

—¿Y mi buen Luna?—replicó Felipe.—¿Qué es de Luna?

—Aun vive, señor,—dijo el alcalde.

—¿Hay esperanzas de salvarlo?

—Ningunas, señor.

—Esto es horrible... ¡Mi mas querido gentil-hombre, mi vasallo mas leal!

—Era un cumplido caballero.

—¡Pronto!—gritó el monarca, agitando una campanilla de oro.

La servidumbre acudió en tropel.

—¡Mi carroza!—repuso Felipe.—¡Mi carroza, pronto, volando!

—Al momento, señor.

—Voy corriendo...

—En seguida...

—¡Y no me habíais dicho nada!...

—Creimos que vuestra majestad estaba durmiendo...

—Habeis hecho mal en no despertarme si dormia, en no interrumpirme si despachaba...

—Señor...

—Se trataba de la vida de Luna, de mi querido Luna que vale mas que todos vosotros... ¿Qué haceis? ¿Qué esperais? ¿No he pedido mi carroza? Quiero verlo antes que muera, honrarlo públicamente.

Diez minutos despues salia Felipe IV del alcázar.

Algunos criados precedian el coche con hachones encendidos y contra cuya llama luchaba en vano el viento que, como antes, soplaba réciamente.

La honra no podia ser mas pública ni con mas luz para ser de noche, así como la deshonra no pudo haber sido mas callada ni mas en tinieblas.

El carruaje, seguido de un numeroso acompañamiento, se dirigió á la calle de Santiago.

V.

La reina sigue cuidando de la salud de sus doncellas.

Don Juan espiró aquella madrugada, despues de haber tenido la honra de besar las manos al rey. Como desde el amanecer no se habló de otra cosa en palacio que de este suceso, fué inevitable ocultarlo á doña Inés.

Semejante desgracia, despues de lo sucedido la noche anterior, produjo en el espíritu de la jóven tan doloroso trastorno, que no tuvo fuerzas para resistirlo, y pocos minutos despues de saber que habia muerto su amante, se encontraba en su lecho presa de una violenta fiebre, cuyos resultados podian ser muy funestos, segun opinaba el doctor que la asistia.

Si es verdad que hay dias aciagos, aquel debia ser uno, pues no fué Inés la sola persona que tuvo que sufrir dolores de esos que dejan en el alma huellas indelebles.

Margarita, pensando en lo que le habia sucedido con la reina, no pudo dormir en toda la noche, hasta que al despuntar la aurora, rendida por el cansancio, cerró sus ojos al sueño, de manera que despues de amanecido no habia despertado, ni nadie la despertó, porque lo habia prohibido la reina.

Cerca de las ocho de la mañana eran ya, y doña Isabel de

Borbon, despues de haber dado algunas órdenes, entró en el aposento donde Margarita dormia.

La frente de la reina estaba contraida y sus megillas pálidas.

Despues de cerrar la puerta de la habitacion, acercóse al lecho, contempló á la jóven con sombría mirada, y murmuró:

—A mucho te has atrevido, desdichada. Te perdió tu hermosura, quizá no debes ser del todo responsable de tu falta, pero al fin tu liviana ligereza ha ofendido á la reina y á la esposa, y no pensastes que esto era muy peligroso. ¡Oh!... Mucho has querido remontar tu vuelo, á mucho te has atrevido, niña vanidosa, pero no tardarás en reconocer todo el valor de tu falta, y pronto verás que al querer igualarte á tu reina, te has confundido con los últimos y mas despreciables seres de la sociedad. ¡Ah!... No pensastes que son muy resbaladizas las gradas del trono, y que la dama de un rey suele subir entre sonrisas y adulaciones, pero siempre baja entre silbidos, mofa y desprecio. Dios te perdone y te ilumine. Si lo que son dudas y sospechas que tocan en realidades fuesen realidades que no dieran lugar á dudas, esperimentarias toda la fuerza de mi enojo; pero me contentaré con atajar la ofensa y entregarte á tus remordimientos y triste situacion. La reina vela tu sueño... ¡cuántas veces te habrás tú aprovechado del mio!... ¡Oh!... ¡Despertad, señorita! —añadió en voz alta.

Margarita abrió los ojos, y al ver á doña Isabel, no pudo reprimir un grito de sorpresa y miedo.

—¡Señora! —exclamó al mismo tiempo que intentaba incorporarse.

—Quieta, quieta, —dijo doña Isabel.

—Perdone vuestra majestad...

—Estais pálida, temblais...

—La sorpresa de ver aquí á vuestra majestad y el disgusto de haber faltado á mi deber permaneciendo en la cama...

—Dí órden para que no os despertasen, por la misma razon que anoche os dispensé de hacer servicio.

—Gracias, señora, por tanta bondad, pero estoy buena...

—Deseos de estarlo, —replicó la reina; —deseos nacidos de

vuestro celo por servirme, lo cual es muy loable, pero nada prudente, porque la salud es antes que todo. Hace por lo menos dos meses que habeis perdido el color, enflaqueceis por dias, y se advierte en vos cierto abatimiento que denota la falta de fuerzas.

Ya no quedó duda á Margarita de que habian sido descubiertos sus amores y aun se sospechaba algo mas, y se sintió desfallecer; pero acudiendo á su amor propio de mujer, recobró los alientos, y mirando á la reina, no vió ya en ella mas que á su rival.

—Señora,—dijo,—vuestra majestad se interesa demasiado por mí; no estoy enferma...

—El médico os aconsejó, no hace muchos dias, que mudaseis de aires, y como os abandonais sin mirar que cuando penseis acudir al remedio será tarde, me veo precisada á hacer yo lo que es mas interés vuestro que mio.

—Si en ello se empeña el doctor, acabará por matarme.

—El verano se acerca, los calores de Madrid son insoportables, y temo por vuestra salud; así que, he dispuesto que aprovecheis la ocasion de estar en San Sebastian vuestro tio para ir á pasar con él una temporada de cuatro, seis, ocho meses ó un año, todo el tiempo que necesiteis para restableceros.

Margarita palideció.

—El viaje,—prosiguió la reina,—lo hareis con toda comodidad, en un coche mio, y llevareis buena guarda para que nada os suceda.

—Señora...

—Todo está dispuesto, acabo de dar las últimas órdenes y dentro de media hora podreis partir.

La jóven quedó como petrificada y no acertó á contestar.

—Que Dios os dé salud, y decid á vuestro buen tio que la alteracion que en vos encuentre no ha sido por falta de cuidados mios, sino por descuidos vuestros.

Estas últimas palabras las pronunció la reina con acento tan marcado de particular intencion, que Margarita exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Desdichada de mí!—exclamó.

Y mientras el llanto bañaba su pálido rostro, salió del aposento la reina con grave continente.

En seguida entró otra doncella, mas que para consolar ni ayudar á Margarita, para espiarla y evitar que diese aviso al rey. Así lo comprendió la infeliz, cuando despues de vestirse dijo que queria escribir á una amiga suya para despedirse, y su compañera no lo permitió.

Antes de la media hora señalada por la reina partió Margarita bien acompañada, ó mejor dicho, bien vigilada, sin que hasta medio dia supiese nada Felipe IV, á quien dió la noticia su escudero, con cuanto pudo averiguar sobre lo sucedido la noche anterior.

Algunos dias despues dijo el monarca á su esposa:

—Echo de menos á dos de vuestras doncellas.

—¿Dos?...

—Sí, doña Inés...

—Está enferma.

—Y doña Margarita.

—La despedí y salió de la córte.

—¿No os servia bien?

—Servia para mas de lo que yo necesitaba.

Felipe IV no volvió á nombrar semejante cosa, porque se convenció de que la reina estaba bien enterada de todo; pero hizo las gestiones convenientes para tener noticias de doña Margarita, y no olvidó que doña Inés era una mujer llena de encantos.

La enfermedad de esta fué larga y penosa, pero al fin se salvó.

VI.

Resolucion de Inés.

Tres meses pasaron sin que el rey pudiese conseguir que Inés lo recibiese en su aposento y á solas como la noche desgraciada de las equivocaciones.

Ya se habia trasladado la corte al palacio del Buen Retiro.

Una mañana entró el escudero Hernando en la cámara real.

El monarca acababa de vestirse y pensaba en Margarita á quien no habia visto en algunos dias.

—Señor,—dijo Hernando,—empiezan á variar de aspecto los negocios.

—¿Qué nuevas me traes?

—Una carta de doña Inés.

—¡Una carta!—exclamó Felipe sorprendido.

—Que pongo en manos de vuestra majestad.

—Es decir, que ahora que he dejado algunos dias de rogarle, me escribe.

—Así son las mujeres.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, señor, ni una palabra; pero el papel dará esplicaciones mas ciertas á vuestra majestad.

—Todo lo que toca á esa mujer es raro, hasta su belleza,—dijo el rey mientras abria la carta.

Y luego leyó lo siguiente:

«Esta noche á las doce estaré en el bosquecillo de Apolo junto á la estátua. No vayais con intento de insistir en vuestras pretensiones.»

—¡Es singular!—dijo Felipe.—¿Qué quiere sino ha de dar oidos á mis palabras de amor? ¿Sabes, Hernando, que la tenaz resistencia de esta mujer va atormentándome mas de lo que yo hubiera creido? ¿Obrará así para hacerse mas interesante?

—Creo, señor, que vuestra majestad debe olvidarla para evitarse mortificaciones.

—¿Eres de opinion que nada conseguiré?

—Tal creo.

—¿Y en qué te fundas?

—En nada mas que en el carácter de doña Inés.

—Quizás no te equivocas, y para no verme contrariado, la olvidaré si esta noche no se ablanda.

—Vuestra majestad piensa muy acertadamente.

—Procura hablarle en todo el dia, dile que he leido su carta, y que á pesar de la advertencia que me hace, haré lo que desea.

—Bien, señor.

—Y si tienes ocasion de entrar con ella en mas razonamientos, dale á entender que su desvío apaga el fuego de mi pasion en vez de encenderlo mas y que acabaré por olvidarla.

—Lo haré como vuestra majestad me lo ordena, aunque dudo tener semejante ocasion, porque doña Inés parece que huye de todo el mundo desde aquella noche.

—El dolor de la pérdida de su amante...

—Y la desgraciada casualidad de apagarse la bugía.

A las doce en punto de aquella noche, el monarca y su escudero salieron de palacio y se internaron en las calles de árboles de los jardines.

El cielo estaba puro y trasparente.

La luna brillaba como un espejo y derramaba sus resplandores sobre los bosques y praderas del Buen Retiro.

El silencio y la soledad daban á aquella noche mayor misterio, mas encanto.

Percibíase el ruido igual, sordo y continuado del murmurio de los arroyos al correr en trenzas cristalinas y de las fuentes al juguetear sus borbotones.

Si el canto del buho llegaba hasta allí, el de la tórtola, amoroso y lánguido, solia oirse tambien en lo mas espeso de los bosques.

El céfiro, que apenas se dejaba sentir, estaba embalsamado con el aroma de las flores.

—Hermosa noche,—dijo el rey.—¡Oh!... Parece buscada á propósito para gozar las delicias del amor bajo ese cielo trasparente y salpicado de estrellas, al resplandor de esa plateada luna, entre esas flores perfumadas, sobre ese mullido césped, arrullado por las tórtolas y la mansa corriente de los arroyos y acariciado por el vientecillo leve. Es imposible, Hernando, que Inés se muestre insensible á mis amorosos ruegos bajo la influencia de tales encantos que arroban y hacen sentir tan tierna y dulcemente.

—Si no estuviera tan reciente la muerte de don Juan de Luna...

—Tiempo bastante ha pasado para que se mitigue el dolor de Inés.

—Lo amaba mucho...

—¿Pero si no es para corresponderme, para qué me ha llamado?

—No lo acierto, señor.

—¿Nada pudistes adivinar hoy en su semblante?

—Nada, señor, ni me dió ocasion para ello, pues como dije á vuestra majestad, apenas me escuchó y solo se detuvo para decirme que agradecia mucho á vuestra majestad que le otorgase su demanda.

—¿Pero su rostro?...

—Pálida y contraida la frente, triste, pensativa y con todo el aspecto de quien está cansado de vivir.

—¡Pobre niña!—dijo el monarca que se sintió conmovido.—Es desgraciada.

—En fin, señor, estaba lo mismo que la ha visto vuestra majestad muchas veces desde la muerte de don Juan.

—Siempre taciturna, revelando en su semblante el dolor mas profundo.

—Sin duda por eso han dado en llamarla Artemisa.

—Y la consumirá la pena si es tal como parece, pues no hay quien tanto resista.

—No cabe duda que sufre mucho, señor.

Aquí interrumpieron la conversacion y siguieron silenciosamente, pensando el monarca cuál seria el objeto de la cita, y Hernando que era posible que aun les diese mucho que hacer la fatal equivocacion.

Largo rato anduvieron hasta que, llegando á un bosquecillo, se pararon y dijo el escudero:

—Aquí es, señor.

—Espérame sin separarte,—contestó el rey.

—Y aun mas prudente seria que no entrase solo vuestra majestad.

—¿Temes algo?

—Nada.

—¿Entonces?...

—Lo digo, señor, porque al fin doña Inés llevó un chasco muy pesado, y como las mujeres son vengativas...

—Ninguna lleva á mal que la galanteen aunque den muestras de haberse ofendido.

—Es verdad, pero tienen tan estrañas ideas, que siempre es bueno ir con precaucion.

—¿Tienes algun motivo de recelo?

—Repito á vuestra majestad que ninguno.

—Bien podria ser que hubieses traslucido cualquiera cosa que te infundiese sospechas.

—Nada, pero el lugar es solitario y el rey tiene siempre enemigos.

—No importa, espérame aquí.

—Ya sabe vuestra majestad la seña, y al menor asomo de peligro...

—Solo me espera Cupido que hiere sin matar,—replicó el monarca.

—Guarde el cielo á vuestra majestad.

Felipe se internó en el bosquecillo mientras decia para sí:

—Noche deliciosa y llena de encantos... Va á realizarse uno de mis deseos. ¿Habrá venido ya?

Despues de haber andado algunos minutos por la espesura, se encontró en un espacio circular cubierto de menuda yerva y en cuyo centro habia una estátua de Apolo.

El resplandor de la luna penetraba allí, y con su ayuda pudo el monarca ver á una mujer que habia sentada en un banco de piedra.

Era Inés cuya belleza interesaba entonces mas que nunca. Estaba vestida de negro y su figura se destacaba en el verde de los árboles y la yerva. Como alumbraba la luna con tanta claridad, podia distinguirse fácilmente su rostro pálido, sus hermosos ojos azules como el cielo que la cubria, y algunos mechones de sus dorados cabellos que se escapaban del manto con que estaba cobijada.

Brillaron las pupilas de Felipe, y acercándose á la jóven, dijo con dulce y tierno acento:

—Si es posible la completa felicidad...

—Guarde el cielo á vuestra majestad,—interrumpió Inés con grave tono y levantándose respetuosamente.

—Sentaos,—repuso el monarca, estendiendo sus manos para tomar las de la jóven.

Pero esta se retiró un paso y dijo:

—Gracias, señor.

—¿Esquivais mi compañía?

—Ya veis que la he buscado.

—Entonces...

—Delante del rey...

—He dejado en palacio la corona y solo traigo el corazon, que es vuestro...

—Perdone vuestra majestad...

—Ese tratamiento...

—Es el que dá un vasallo.

—Pero vos...

—Lo soy de vuestra majestad.

—Pues, bien, obedecedme, os ruego, os mando que os senteis porque de otro modo no os escucharé.

—Obedezco, señor,—dijo Inés, sentándose al lado del monarca.

—¿Si soy vuestro señor, cómo me habeis mandado venir?

—Lo supliqué á vuestra majestad, no como quien invoca un derecho, sino como quien pide una gracia; y si á tanto me atreví fué porque se trataba de una cosa que para mí vale mucho, y no podia ser de otra manera que viniendo vuestra majestad.

—Doña Inés,—repuso el monarca, volviendo á intentar en vano cojer una mano de la jóven,—ya sabeis... Pero tanto desvío...

—Cumple á mi honra y á mi conciencia.

—¿Es decir que aun os mostrais sorda á mis ruegos, insensible á mi amoroso afan?

—Tan sorda, señor, que si vuestra majestad hiciera lo mismo conmigo, no tendria igual mi desgracia.

—No os comprendo.

—Me esplicaré si vuestra majestad me lo permite,—repuso la jóven.

—Me habeis llamado, diciendo que queríais hablarme á solas y de un asunto de mucho interés, me citais para la media noche y elegís este sitio apartado y encantador donde no hay mas testigos que las flores, la luna y las estrellas, y ahora...

—Vuestra majestad se ha equivocado.

—No es la primera vez que me equivoco por dicha mia, ni vos estais tampoco libre de equivocaciones.

—Antes el cielo me hubiese quitado la vida...

—Perdonadme, que no ha sido mi intento recordaros sucesos tristes.

—No ha menester recuerdos, mi dolor.

—Que es justo, doña Inés, pero que debe haberse templado ya.

—Hay dolores que acaban con la vida...

—Exagerais...

—Tal vez, pero...

—Dejemos lo que no puede hacer mas que aumentar vuestra tristeza, y escuchadme.

—Si vais á hablar de vuestro amor...

—¿No me escuchareis?

—Sí, pero vuestra majestad perderá un tiempo precioso.

—¿Os obstinais?...

—Un error fatal me puso en vuestros brazos, señor, y solo así podeis tener de mí un recuerdo que jamás hubierais tenido.

—Pero ya que así sucedió y que la desgraciada muerte de don Juan os ha hecho libre...

—Ya que así ha sucedido, lloraré mi desdicha, pero cumpliré mis deberes.

—Permitidme que os haga una observacion.

—¡Si supieseis cuánto sufro!—dijo Inés con tristísimo acento.

—Con intencion deliberada estabais aquella noche resuelta á faltar á esos deberes...

—Esperaba unirme al hombre en cuya honradez me decidí á depositar mi honor, y aunque esto era una grave falta, la creí perdonable en los momentos en que, dominada por mi pasion, no pude escuchar la voz del deber. Así debió comprenderlo vuestra majestad.

—¿Y remediareis acaso vuestra desgracia con negarme la dicha de vuestro amor?... Doña Inés...

—Señor, yo no he nacido para dama de un rey porque tengo el orgullo de una reina.

—¡Doña Inés!

—Nací para esposa fiel, y aunque soy criatura débil que puede dejarse arrastrar por la pasion, no soy criatura miserable que se deje manchar por el oro ni que se deslumbre por el brillo de una corona.

—Por eso os amo mas,—dijo el rey con ardor:—por eso, doña Inés, mi mayor dicha...

—Basta, señor, que no puedo escucharos,—replicó la jóven.

—¡Oh!...

—Si me permitís hablar de lo que me importa mas que la vida, seré breve, y sino me iré á cumplir mis deberes sirviendo á vuestra augusta esposa de quien soy criada, pero de quien jamás seré rival.

—Sois muy cruel...

—Soy muy severa.

—Sin vuestro amor es mi vida un tormento.

—Con vuestro amor seria mi existencia una carga pesada.

—¡Doña Inés!...

—Señor, no me obligueis á levantarme.

—Tanta dureza...

—¿Quereis escucharme?

—¿Pero qué teneis que decirme? ¿A qué me habeis llamado?

—Si me dejaseis hablar...

—¡Oh!... Esplicaos.

—Poco tengo que decir á vuestra majestad,—repuso Inés con voz conmovida.

—Cuanto os plazca.

—Será esta quizás la última vez que nos veamos...

—¿Os vais de palacio?

—Sí, señor.

—¿Acaso mi esposa?...

—Antes que me mande salir como á doña Margarita...

—¿Pero sospecha?

—Nada.

—Entonces...

—Sospechará muy pronto.

—¿Y qué, cuando os negais á concederme el mas leve favor, esperais otro de mí?

—Mi desgracia no podrá ocultarse dentro de algunos dias,—repuso Inés.

—Vos...

—Estoy en el mismo caso que doña Margarita.

—Pero...

—¿No me comprendeis?

—Tambien... vos...

—¡Soy madre!—exclamó Inés.

Y cubriéndose el rostro con las manos, dejó que de sus ojos saliese un torrente de lágrimas.

—¡Oh!—murmuró Felipe IV.

Y quedó silencioso y meditabundo.

Pasaron algunos instantes en que solo se oyeron los sollozos de doña Inés y el murmurio lejano de algun arroyo.

La desdichada jóven sufria mucho.

El monarca empezaba á pensar, como su escudero, que la equivocacion de aquella noche podia dar aun mucho que hacer; pero como el arrepentimiento nada remediaba, pensó luego, que si al fin la desgracia habia sucedido, y habrian de sufrirse tarde ó temprano sus consecuencias, era lo mas conveniente consolarse, y puesto que lo mismo habia de costar, debia sacarse el mayor partido posible de lo mismo que se deploraba.

Esto, como comprenderán nuestros lectores, no estaba de acuerdo con las ideas de Inés; pero el rey era bastante vanidoso para no creer que sus ruegos ablandasen al fin el corazon de la hechicera rubia que estaba mas bella cuanto mas pálida y ojerosa, y mas interesante cuanto mas llorosa y triste.

—Enjugad el llanto,—dijo Felipe con dulzura, y despues de algunos momentos.—¿Por qué os abandonais así á vuestro dolor? Nada temais...

—¡Mi honra, señor, mi honra!—exclamó Inés con acento desgarrador.—Mi nombre, que es el de mi anciano y virtuoso padre... ¡Ah!...

—Vuestra desgracia quedará oculta, y nada sufrirá ese nombre que tan puro ha sabido conservar vuestro buen padre.

—¡Ah, señor!... Si vuestra majestad no me proteje, se hará pública mi falta, y yo moriré de dolor, de vergüenza y de remordimientos.

—Tranquilizaos, jamás os abandonaré...

—¡Por lo que mas amais!...

—Por vos á quien adoro,—dijo el monarca con apasionado acento.—Todo mi poder es vuestro: ¿qué quereis?

—Vuestra proteccion para ocultar mi falta.

—Será un secreto impenetrable...

—No puedo permanecer en palacio sin peligro de ser descubierta.

—Es verdad,—dijo Felipe pensativo.

—Tampoco puedo volver al lado de mi padre, porque tendria que confesárselo todo...

—Es verdad... es verdad...

—Solo un medio hay, pero sin la ayuda de vuestra majestad no puedo ponerlo en práctica.

—Esplicaos,—repuso el monarca.

Inés exhaló un suspiro, y algo mas tranquila por el desahogo del llanto, dijo:

—Aunque no sé cómo ha podido averiguarse, es el caso, señor, que nadie en la córte ignora hoy mis amores con don Juan de Luna, y todos comprenden que mi tristeza y el dolor de que doy muestras claras, es por la muerte del que debió ser mi esposo.

—Así sucede.

—Y no se equivocan, solo que no saben que otra desgracia mayor, y tambien irreparable, me atormenta.

—En cuanto á eso, podeis estar tranquila.

—Pues bien, señor, nada de estraño tiene que una mujer

que ha perdido á su amante, se retire del mundo y se encierre en una celda para llorar su desdicha.

—¿Quereis ir á un convento?—replicó sorprendido el monarca.

—Quiero, señor...

—Imposible; en vuestro estado...

—Escuchadme.

—Esplicaos.

—Lo que quiero es que todo el mundo crea que me retiro á un convento, porque ya sé que es imposible otra cosa.

—Pero vuestro padre...

—Tambien ha de creer lo mismo.

—Difícil es, por no decir imposible.

—Mi padre es anciano, tiene poca salud, y no podrá hacer un viaje desde Córdoba, donde se encuentra, para venir á verme. Le escribiré diciéndole mi resolucion, la aprobará, y luego saldré de Madrid como para irme á un convento cualquiera de Valladolid, Burgos ú otra poblacion, pero me volveré para vivir oculta, hasta que libre ya de todo cuidado, pueda en realidad ir al convento, dejando á vuestro arbitrio la suerte de nuestro hijo.

—¿Y mientras llega este último caso?...

—Daré á mi padre noticias mias como si lo hiciese desde la celda, y las cartas suyas tendrá vuestra majestad cuidado de que se intercepten y vengan á mi poder.

—Bien combinado está el plan.

—Pero si vuestra majestad no me ayuda no podré llevarlo á cabo.

—¿Y por qué os habeis de encerrar luego en una celda? ¿No seria mejor que dijeseis que habíais conocido que no era para vos la vida del cláustro, y fingieseis que salíais del convento lo mismo que habíais fingido entrar en él? ¿Por qué privaros de la libertad cuando ya nada teníais que temer?

—Porque así es mi deseo, señor. Esa libertad que tanto estimaria yo en otras circuntancias, me es odiosa, y el tiempo que pase fuera del convento, será para mí de martirio. Quiero la so-

ledad y el retiro para llorar mi desgracia, sin que el mundo fije en mí su mirada de curiosidad impertinente; así cumple tambien á mi honra, y solo así acallaré las acusaciones de mi conciencia. Con voluntad falté á mis deberes, y sin intencion ofendí á la augusta esposa de vuestra majestad, á quien debo el cariño de una madre, pero aunque sin intencion, al cabo la ofendí, y de ello fué causa mi liviandad.

—Con la intencion se peca.

—Y con las obras tambien, señor.

—Doña Inés, vuestro proyecto es loco en cuanto á encerraros en un convento.

—Locura será, pero una locura que dará algun reposo á mi agitado espíritu.

—Os ayudaré en vuestro plan para que nadie se aperciba de vuestra desgracia, pero despues...

—¡Compadecedme!—exclamó Inés con acento que conmovió al monarca.

—Bien,—dijo este con la esperanza de que, calmado el dolor de la jóven, conseguiria hacerle variar de propósito.—Tiempo nos queda: ocupémonos ahora de lo primero.

—Vuestra majestad será generoso...

—Y vos tambien, no siendo tan esquiva.

—Señor...

—Doña Inés, yo quisiera no insistir pidiéndoos correspondencia; pero es tal la pasion que habeis encendido en mi pecho, que no soy dueño de mi voluntad.

—Dejadme, señor; no aumenteis mis sufrimientos...

—¿Os atormenta la idea de mi amor?—replicó el monarca con amargura.

—Tened lástima de mí... ¡soy tan desgraciada!...

—Yo os haré olvidar vuestros pesares...

—¡Imposible!

—Si no me amais ahora, dejad que yo os muestre mi amor, que es, ¡por ese cielo os lo juro! tan intenso como nunca lo sentí.

—No os amaré jamás...

—Os lo pediré de rodillas,—dijo el rey, cuyos encendidos ojos devoraban con mirada ardiente el rostro pálido de Inés.—Mi corazon, mi poder, mi corona, todo será vuestro, pero en cambio que yo escuche de vuestros lábios una palabra, siquiera una palabra de amor...

—Apartaos...

—No puedo,—replicó el monarca, logrando al fin coger una mano de la jóven.

—¡Apartaos!.,.

—No, no,—dijo Felipe, trastornado ya por la pasion.

Y mientras sentia afluir á su rostro toda su sangre, y brillaban sus pupilas mas que las estrellas que tachonaban el cielo, estampó un beso ardiente en la mano temblorosa de Inés, y exclamó:

—¡Cuánto te amo!

La desdichada jóven dejó escapar un grito.

—¡Noche feliz!—repuso el monarca.

—Apartaos, idos ó yo me iré,—replicó la infeliz niña, que apenas podia respirar.

—No, no os ireis, porque yo no os dejaré...

—Abusais de mi debilidad...

—¿Qué importa?

—Llamaré en mi ayuda...

—¿A quién?

—A vuestra hidalguía.

—¡Mi hidalguía!—repitió Felipe, conteniendo algun tanto los arrebatadores impulsos de su amoroso deseo.

—Estamos solos,—repuso Inés;—solo Dios y vuestra nobleza pueden ampararme, porque yo no tengo fuerzas ni aun para sostenerme...

—¡Doña Inés!...

—Si decidido estais á cometer un abuso indigno de un monarca y de un caballero, decidlo, señor, porque así me evitaré el trabajo inútil de resistir.

—¿Y si yo os dijese que sí?

—Decidlo ó dejadme.

—Pues bien, sereis mia.

De los ojos de Inés volvió á salir abundante llanto, y con voz débil y mientras se abandonaba casi desfallecida en los brazos del rey, dijo con amargura:

—Jamás os amaré... ¡Consumad vuestra heróica hazaña!...

—¡Doña Inés!—exclamó Felipe, bajando con vergüenza los ojos.

—No os amaré, no,—repuso la jóven,—porque la cobardía no puede inspirar amor.

—¡Señora!...

—Aquí me teneis; no opondré la mas leve resistencia..... ¡Envaneceos con vuestro glorioso triunfo!

—¡Oh!—exclamó el monarca, sin acertar á moverse.

—¡Dios mio!—dijo la desdichada jóven con acento de súplica conmovedora.—¿Por qué me castigais así?

Y levantando la cabeza para mirar al cielo, bañó el resplandor de la luna su rostro pálido y sus ojos llenos de lágrimas.

Felipe IV se sintió tan conmovido que abandonó la mano de Inés, y levantándose, dijo:

—Perdonad, señora...

—¡Gracias, señor, gracias!—exclamó la jóven.—Ahora conozco vuestro corazon de rey...

—Ahora conozco yo tambien el poder de la virtud y la desgracia... Doña Inés, ya sabeis que no es para Hernando un secreto la fatal equivocacion de aquella noche...

—Lo sé.

—Entendeos con Hernando, que es astuto y leal, y contad conmigo para todo.

—Gracias, señor.

—¿Habeis venido sola?

—Sí...

—Os acompañaré...

—No es prudente.

—¿Os quedais?

—Si vuestra majestad me lo permite...

—Que el cielo os guarde y os consuele, —dijo el monarca.

Y se alejó triste y meditabundo, mientras que Inés quedaba anegada en llanto.

—Ya empezaba vuestra majestad á tenerme con cuidado,—dijo el escudero al rey, cuando este salió del bosquecillo.

—Vamos, —fué la única contestacion de Felipe.

Y anduvieron largo trecho sin hablar.

—Hernando, —dijo al fin el monarca.

—Señor...

—Doña Inés se encuentra en el mismo estado que doña Margarita.

—Motivos hay para ello, señor, —contestó el escudero sin dar muestras de sorpresa.

—Pero no por eso deja de desagradarme menos que haya sucedido.

—Es verdad, porque ya van siendo muchos, —se atrevió á decir Hernando.

—Es preciso, —repuso Felipe, —que nadie se aperciba de semejante desgracia.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Mañana dirá doña Inés que quiere retirarse á un convento.

—Mal lugar para que el secreto quede guardado.

—Obtenido el permiso de su padre, saldrá de Madrid para... Burgos.

—Bien, señor.

—Tú dispondrás las cosas de manera que pueda volverse secretamente á Madrid sin llegar al convento.

—Eso ya es otra cosa.

—Y le tendrás dispuesta una casa y servidumbre de personas que no la conozcan.

—Todo se hará como vuestra majestad lo ordene.

—Para los demás detalles, entiéndete con doña Inés: yo no tengo que decirte otra cosa sino que hagas lo que ella desee.

—¿En qué sitio de Madrid quiere vuestra majestad que alquile la casa?

—Me es indiferente.

—Porque supongo...

—No he de visitar á doña Inés.

Al oir esto fué cuando el escudero quedó sorprendido.

—Entonces...

—Se ha negado á concederme hasta el mas pequeño favor.

—Ya se ablandará.

—No, Hernando, esa mujer no se parece á ninguna.

—Como aun está reciente la muerte de don Juan...

—Será lo mismo dentro de diez años.

—Para guardar las apariencias...

—Es una mujer estraordinaria. ¡Oh!... No he conocido otra igual.

—¿Será hipocresía para interesar mas el corazon de vuestra majestad?

—No, Hernando, es virtud y orgullo.

—Nunca lo hubiera creido.

—Pues es la verdad.

—¿De manera?...

—Que vengo como fuí.

—Paseo mal empleado.

—Y estoy comprometido á protegerla.

—Tanto peor.

—No puedo hacer otra cosa si he de obrar como caballero,—repuso el monarca.

—¿Y cuando venga al mundo ese fruto, no de amor, sino de equivocaciones, qué hará doña Inés?

—Irse de veras al convento.

—¿Y su hijo?

—Quedará á mi cuidado, ó mejor dicho, al tuyo.

—No me alcanzará el tiempo para atender á nodrizas y...

—Cuidado, Hernando.

—Perdone vuestra majestad.

—No sin razon,—dijo para sí el escudero,—temí que la equivocacion nos diese mucho que hacer.

—¿Qué hora es?—preguntó el rey.

—La una.

—En cuanto amanezca irás á ver á María para decirle que tampoco me espere hoy, porque tengo que ocuparme de negocios muy urgentes.

—Bien, señor.

Felipe IV y su escudero llegaron á palacio y entraron por la misma puerta escusada por donde habian salido.

Media hora despues dormia el monarca, y Hernando atravesaba el Prado de San Gerónimo para internarse en las calles de la villa, pensando que si el rey no se enmendaba, no le bastarian los caudales del tesoro real para criar hijos y sostenerlos siquiera decentemente.

VII.

Empieza á dar que hacer la equivocacion.

Seis meses pasaron y era el último dia de Páscua de Navidad.

Acababan de dar las diez de la noche, y los habitantes de la coronada villa y córte estaban ya recogidos en sus hogares, acostados los unos y sentados junto al fuego los otros, porque el frio era intenso y la lluvia espesaba cada vez mas.

El rey habia despedido á sus cortesanos y estaba en su cámara delante de una chimenea, hablando con su escudero Hernando.

—¿Con que tú crees,—decia Felipe,—que no ha de pasar de esta noche?

—Tal creo, señor, segun estaba hace dos horas.

—¡Pobre doña Inés!

—No es digna de lástima mas que en un concepto.

—Tendrá que separarse de su hijo apenas lo vea nacer, y esto es doloroso.

—Es verdad, pero se salvó su honra que era lo que ella mas deseaba.

—¿Estás seguro de que nadie ha traslucido el secreto?

—Segurísimo.

—¿Y dices que ya está todo preparado?

—Todo, señor: la nodriza espera, y en cuanto al doctor, ya dije á vuestra majestad que no me habia parecido prudente decirle nada hasta el último momento, para evitar cualquier indiscrecion.

—Bien pensado, pero temo que se niegue.

—Así sucederá, pero yo le convenceré con razones de oro acuñado.

—A tu cuidado queda: veremos cómo te portas en esta ocasion.

—Lo que me contraria es la lluvia porque será un inconveniente para que el buen doctor Cañete se decida.

—Ciertamente, la noche no está para andar por esas calles con un desconocido sospechoso y los ojos vendados.

—Me costará mas trabajo decidirlo.

—Mucho confias, Hernando, en salir bien de tu empresa: yo hubiera recurrido á otros medios, pero puesto que tú eres el responsable, nada quiero decirte.

—Dejadme obrar, señor.

—Tienes dinero...

—Es cuanto necesito.

—¿Y si mientras estás aquí?...

—Vendrán á avisarme.

—Pero no te lo dirán estando conmigo.

—Ya he dicho de órden de vuestra majestad que me pasen recado.

—Veo que piensas en todo.

—Repito á vuestra majestad que tengo tomadas todas mis medidas.

Iba el monarca á contestar, pero se detuvo al ver á un gentilhombre que asomó á la puerta y llamó á Hernando.

—Señor,—dijo este.

—No te detengas,—le contestó Felipe,—y acuérdate de lo que te he dicho.

—No lo olvidaré, señor.

—Que el cielo te guie.

Salió el escudero, se embozó bien en su ancha capa y tomó hácia la calle de la Almudena despues de desenvainar su tizona como era costumbre en aquellos tiempos.

La lluvia espesaba mas y mas, y las calles estaban convertidas en arroyos.

Era la oscuridad profunda, pues aunque entonces se comenzaba ya á pensar en el alumbrado público, los faroles puestos eran muy pocos, y aun esos estaban apagados á las diez.

La noche estaba en efecto para atemorizar á cualquiera, y con razon temia el monarca que el doctor Cañete no quisiese seguir al escudero; pero este, fiado en su travesura y buena estrella, siguió adelante muy convencido de que conseguiria su intento.

—¡Voto á Satanás!—exclamó.—Empieza á soplar el viento, y la lluvia azota la cara.

Y dejando atrás la calle de la Almudena y atravesando la plazuela de San Salvador, hoy de la Villa, continuó su camino con rapidez hasta pasar la calle del Cordon y encontrarse en Puerta Cerrada.

Allí se detuvo, miró á todos lados, y convencido de que nadie lo observaba, se acercó á una puertecilla estrecha, levantó el aldabon y dió tres récios golpes.

Nadie contestó, pasaron algunos instantes y el escudero volvió á llamar con mas bríos.

Entonces se abrió una ventana del piso segundo y dijeron desde adentro:

—¿Quién llama?

—Abrid,—gritó Hernando.

—¿Pero quién es?—volvieron á decir.

—¿No me conoceis, señora Natalia?

Por la ventana asomaron una cabeza de mujer, un brazo y un candil que se apagó.

—No os conozco,—dijo la que se habia asomado.—Si no decís quién sois...

—Pues bajad y me conocereis, — replicó á voz en grito el escudero.—La noche no está para esperar.

—¿A quién buscais?

—Al señor doctor Cañete.

—¿Vuestro nombre?

—¡Vive Dios!... Vengo de parte de mi señor don Juan de Contreras, y os suplico, señora Natalia, que no me tengais aquí mucho tiempo porque estoy hecho una sopa y medio helado.

—Voy á decírselo á mi señor.

—Advertirle que urge, y si baja desde luego, será mejor.

—¿Pues qué le ha sucedido al señor don Juan?

—Despues lo sabreis... Abrid pronto.

Cerróse la ventana, pasaron cinco minutos y se sintieron pasos en la escalera y luego en el portal.

—Andad aprisa, — gritó entonces el escudero.

La puerta se abrió y Hernando entró en el portal con sorpresa de una mujer de cincuenta años, rechoncha y colorada, que le dijo á la vez que levantaba un candil á la altura de su cabeza:

—¿A dónde vais?

—Arriba, —contestó el escudero.

—Pero no os conozco...

—Pues no hace muchas noches que vine, precisamente dos dias antes de Navidad.

—¡Ya!—dijo la vieja.—Entonces estaba yo en la cama con un resfriado atroz, y os abriria mi sobrina.

—Es verdad, no me acordaba...

—Pero entonces no sé cómo me conoceis ni sabeis mi nombre.

—Porque vuestro amo habla mucho de vos, poniéndoos en los cuernos de la luna.

—¡Es tan bueno!...

—Se conoce que os quiere como una madre,—dijo Hernando que empezaba á subir la escalera sin que la señora Natalia pensase ya en estorbárselo.

—Y yo lo quiero como á un hijo, — contestó la vieja cerrando y siguiendo al escudero.

—Le falta boca para alabar vuestra fidelidad y el interés que tomais en todo lo de la casa.

—En cuanto á eso bien puede estar seguro: hace veintidos años que le sirvo y no me acusa la conciencia de haber descuidado un solo dia mi obligacion.

—¿Y lo económica que sois?... ¡Ah!... Eso es cosa que tiene loco de contento al señor doctor: como que dice que no acierta á comprender cómo podeis acudir á las necesidades de la casa con lo que gastais.

Llegaron al cuarto segundo, entraron, y la vieja dijo, señalando al estremo de un pasillo:

—Allí está el señor doctor.

El escudero atravesó el pasillo, se cubrió el rostro con el embozo, y entró en un aposento donde estaba el doctor.

Era este un hombre de cuarenta años, de calva frente, enjuto rostro y ojuelos pardos y vivos que brillaban á través de unos anteojos que sujetaba en su nariz curva y afilada.

—¿Venís de parte del señor don Juan?—preguntó con voz algo gangosa.

—Vengo,—respondió Hernando sin bajar el embozo,—para hablaros de un asunto de mucha importancia, y os ruego que me escucheis sin obligarme á descubrir el rostro, porque de mostrarlo peligraria la honra de una dama.

Sorprendido quedó el doctor, y despues de medir con una penetrante mirada al escudero, dijo:

—No sé si debo escucharos ni aun permitiros que permanezcais aquí.

—Nada temais.

—Habeis principiado valiéndoos de una mentira para entrar.

—No tenia otro medio.

—Pero es mal antecedente.

—Os hablaré sin acercarme á vos.

Meditó Cañete algunos instantes, y luego repuso:

—Bien, no os acerqueis y hablad, dejando antes vuestras armas lejos de vos.

Hernando se cubrió el rostro con un antifaz negro, se desembozó y puso fuera de su alcance su espada y su daga.

—¿Es bastante?—preguntó.

—Sí.

—Pues escuchadme y resolved pronto porque vá en ello la honra y la vida de una dama.

—Os escucho.

—Se necesita de vos ahora mismo para que auxilieis con vuestra ciencia á una mujer que vá á ser madre.

—Es mi deber,—contestó tranquilamente el doctor.

—Pero no habeis de saber quién es.

—La ciencia no necesita el nombre del paciente.

—¿De manera que hasta ahora no dais importancia ninguna al servicio que se os pide?

—Ninguna,—dijo Cañete con indiferencia,—y lo prestaré de valde si así es preciso.

—No me equivoqué al buscaros, señor doctor.

—Proseguid.

—Tampoco podeis ver el rostro de la dama en cuestion.

—Que se lo cubra con un antifaz ligero para que no le fatigue.

—No habeis de saber la calle en donde vive.

—¿Vendrá ella aquí?

—No.

—Entonces no acierto cómo puede ser.

—Muy fácilmente.

—Sepamos.

—Ireis con los ojos vendados.

—Eso es ya otra cosa.

—¿Le dais ahora mas importancia al asunto?

—Mucha.

—¿Por qué?

—Porque temo que me asesinen.

—Bien puede suceder, pero os haré algunas observaciones para que os tranquiliceis.

—Es difícil.

—¿Teneis muchos enemigos?

—Creo que ninguno, pero no puedo asegurarlo.

—¿Entonces con qué fin habrian de asesinaros?

—No lo sé.

—Para robaros no puede ser, porque todo el mundo sabe que sois pobre.

—Es verdad.

—Son pues, vanos vuestros temores.

—No del todo.

—Decidíos y hareis una buena obra á la vez que ganareis cien ducados,—dijo el escudero.

Y sacando algunas monedas de oro las puso sobre la mesa.

—Eso,—dijo el doctor con su imperturbable calma,—merece la pena de arriesgar algo, pero no tanto como quereis.

—¿Os parece poco?

—¿Es rica la persona que paga?

—Sí, mucho.

—Pues iré si triplicais la cantidad.

Hernando sacó un puñado de monedas de oro, y contó hasta completar trescientos ducados.

—Bien,—dijo el doctor,—voy á tomar mi capa.

—Falta otra cosa.

—¿Cuál?

—Es preciso señalar á la criatura que vá á nacer, de manera que en cualquier tiempo pueda reconocérsela.

Cañete meditó algunos instantes, se levantó, sacó de un armario un botecillo que contenia un ungüento, y dijo:

—Haré de modo que en un sitio cualquiera de la cabeza no le nazca pelo jamás.

—Bien pensado.

—¿Cuánto vale vuestra receta?

—Poco ó nada.

Hernando añadió otra moneda á los trescientos ducados.

—Gracias.

—Vamos pues.

El médico guardó el dinero, se puso su sombrero y su capa y dijo:

—Tomad vuestras armas y no perdamos tiempo.

La señora Natalia los acompañó hasta la puerta, y cuando estuvieron en la calle, dejó Cañete que el escudero le vendase los ojos y lo guiase.

Para ir á la calle del Sacramento que era donde vivia doña Inés, dieron tanta vuelta y revuelta que tardaron media hora en llegar.

Cuando se detuvieron y Hernando llamó, dijo para sí el médico:

—Estamos cerca de Santa María, pero no puedo acertar en qué calle.

La puerta de la casa de doña Inés se abrió en seguida, subieron al piso principal y entraron en un gabinete espacioso amueblado con lujo.

Hernando quitó la venda á Cañete, señaló á una puerta y le dijo:

—Entrad.

El médico entró en el aposento inmediato.

Veinte minutos despues se oyó un grito agudo.

Volvió á reinar un profundo silencio.

Hernando se paseaba con impaciencia de un estremo á otro del gabinete.

Pasó un cuarto de hora y el médico salió.

—He concluido,—dijo.

—¿Y la paciente?—preguntó el escudero.

—Bien.

—¿Habeis hecho la señal al recien nacido?

—Sí.

—¿Es varon ó hembra?

—Varon.

—Vamos.

—Cuando gusteis.

El escudero volvió á vendar los ojos al doctor, y este se dejó conducir sin hablar una palabra.

Por diferente camino que antes, pero siempre dando mil encontrados rodeos, anduvieron otra media hora.

—Hemos llegado,—dijo Hernando, deteniéndose á la puerta de la casa del médico y dejándole libre la vista.

—¿Habeis quedado satisfecho?

—Sí.

—Me alegro.

—¿Y vos bien pagado?

—Generosamente.

—Pues voy á haceros una advertencia.

—Decid.

—No intenteis seguirme por si os cuesta la vida.

—Descuidad.

—Ni tampoco averiguar quién es la dama, porque es un secreto peligroso.

—Podeis iros tranquilo.

—¿Cuento con vos para otro dia si fuese necesario?

—Sí, mientras no me propongais cometer un crímen.

Y mientras resonaba el aldabon y contestaba desde arriba la vieja, se alejó rápidamente el escudero, volviendo á casa de doña Inés.

Esta se encontraba en su lecho y abrigaba cariñosamente á una criatura.

—¿Venís por él?—preguntó con afan á Hernando.

—Sí, señora.

—¡Tan pronto!...

—Es preciso.

—¡Ah!... Dejádmelo hasta que amanezca.

—Tengo órden de obedeceros.

—Sí, sí...

—Pero no olvideis que puede importaros la honra.

—¡Dios mio!—exclamó tristemente la dama.

Y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Valor!

—¡Y no lo veré mas!...

—Sí, lo vereis antes de partir para Burgos.

—¡Hijo mio!...

—Señora...

—¡No podrás llamarme madre!...

—Os estais matando...

—¿Qué me importa?

—Tranquilizaos que no podemos decir lo que sucederá mañana.

—A vuestro cuidado lo confio.

—¿Qué nombre ha de ponérsele?

—El de su padre.

—Así se llama mi hijo.

—¿Vos teneis tambien un hijo?

—Hace quince dias que nació.

—Estoy mas tranquila... sabeis lo que es el amor de padre y comprendereis el mio.

Doña Inés contempló á la inocente criatura con toda la ternura de una madre, y luego la besó mil veces.

—Basta... os haceis daño,—dijo el escudero.

Y tomó al niño, saliendo del aposento no sin ganas de llorar y mientras decia:

—¡Pobre madre!

Como mejor pudo abrigó á la criatura con su ferreruelo, y despues de encargar á una doncella que no se separase de su señora, abandonó la casa sin detenerse un instante.

VIII.

Cuchilladas y tijeretadas.

Seguia lloviendo á torrentes y silbando con furia el viento.

Eran ya mas de las doce y hubiera sido imposible, ó muy dificultoso, encontrar en las calles una sola persona, siquiera fuese un rondador enamorado, á pesar de que resiste la mas récia lluvia el impermeable paraguas del amor.

Hernando se lanzó entre las tinieblas, pisando lodo y metiéndose en charcos no sin maldecir la lluvia y el viento y dar diente con diente de frio, y se dirigió, á tientas puede decirse, calle del Sacramento arriba para buscar la de la Almudena.

—¡Noche de Satanás!—exclamaba.—No parece sino que este diluvio esperaba para caer la noche en que yo tuviese que correr de un lado para otro toda la villa. ¡Vive el cielo! Y gracias que con este aguacero, ni aun los ladrones se atreverán á salir de sus madrigueras y tengo libre el paso sin que nadie me lo estorbe, porque de otro modo no sé lo que seria de mí teniendo que hacer uso de la espada con el embarazo de este bulto viviente que no me dejaria dar un solo golpe ni quitar los que me asestasen.

Así murmuraba el remojado escudero, cuando al pasar por la calle de Milaneses para bajar hácia San Ginés, y cuando iba mas descuidado, se abrió repentinamente la puerta de una casa y con grande alboroto de gritos y porrazos salieron algunos hombres

con muestras de estar ardiendo en ira, segun se golpeaban sin descanso ni compasion.

En poco estuvo que el desprevenido escudero no rodase arrollado por la enfurecida turba, pero logró sostenerse de pié, y no con intento de tomar parte en la descomunal pelea, sino con el de defenderse si era acometido por aquellos espiritados, sacó la espada y se arrimó á la pared, procurando resguardar al niño cuanto le fué posible.

Eran seis contra dos, estos armados de garrotes, y aquellos de espadas y puñales; pero los segundos, aunque en número inferior, se defendian bizarramente y descargaban tan fieros garrotazos donde veian brillar una tizona, que hubieran quedado vencedores á no ser tan completa la oscuridad que impedia dirigir los golpes con acierto.

Hernando, arrimado á la pared y estendiendo el brazo derecho armado de su espada, gritó:

—¡Fuera de aquí!

Estas palabras fueron su perdicion, porque reparando en él los que tenian los palos, lo tomaron por uno de sus enemigos al ver relumbrar la tizona, y sin mas ni mas descargaron tan tremendo golpe en la cabeza del escudero, que el infeliz cayó sin sentido.

—¡Uno en tierra!—gritaron.

Y dándose garrotazos y cuchilladas, se alejó la desalmada turba por la calle de la Almudena.

La lluvia comenzó á aflojar; pero soplaba el viento mas frio que nunca.

Pasó un cuarto de hora y los gemidos del niño turbaron el silencio de la calle.

Por la de Santiago desembocó entonces un embozado provisto de una linterna, y al oir los gritos del recien nacido se acercó á donde estaba Hernando muerto ó que tal lo parecia.

Desagradable era el encuentro, y bien lo demostró el de la linterna, dejando escapar una exclamacion de horror y retrocediendo un paso.

—Un hombre muerto,—dijo con trémula voz,—y un niño que parece acabado de nacer... *¡Fugite!*—añadió con acento cómico.

Y se dispuso á volver atrás para no verse comprometido.

Empero deteniéndose nuevamente, y ya fuese picado por la curiosidad ó movido por la compasion, repuso:

—Veamos... Esa inocente criatura se morirá si queda ahí... Todo será correr si siento pasos... ¡Adelante, Canuto del Rincon, que eres hidalgo y tienes obligacion de ser compasivo y valiente!

Y se acercó lentamente á Hernando, no sin que le temblasen las piernas, que á favor de la luz pudo verse que eran delgadas como alambres, en armonia con todo su cuerpo, estremadamente flaco, y de su rostro enjuto y un si es no es grotesco. Su nariz era larga y afilada, su boca grande y de lábios delgados, y redondos sus ojuelos pardos vivos y alegres. Todas sus facciones eran en estremo movibles, y en sus cómicos ademanes se advertia tal soltura y flexibilidad, que no parecia sino que estaba descoyuntado.

La turbacion del miedo no le permitió pararse á examinar si Hernando estaba vivo ó muerto, y solamente impulsado por un sentimiento de generosa compasion, pensó apoderarse del niño para salvarle la vida.

—Comprendo,—dijo,—lo que ha sucedido aquí: este niño debe ser fruto de unos amores ilícitos, y cuando este hombre se lo llevaba para ocultar la deshonra, se ha descubierto el pastel, y los hermanos, padre ó parientes de la madre infeliz, le han dado alcance y lo han matado, bien porque fuese el amante ó encargado por este. Debe ser dama principal, porque los pañales son finísimos... Me llevo esta criatura inocente... La criaré, y cuando encuentre á sus padres... ¿Y qué prueba me dará el que lo reclame de que tiene derecho á llevársela?... ¡Oh!... ¡Feliz idea!...

El buen Canuto del Rincon, como él mismo se habia llamado, puso la linterna en el suelo, sacó una reluciente y larga tijera que llevaba en una bolsa de cuero entre otros objetos, y cortó en

direccion curvilínea un pedazo de la capa del escudero, guardándolo cuidadosamente.

Luego tomó al niño, lo abrigó con su capa, miró á todos lados por si alguien lo observaba, y volviendo á coger la linterna, se alejó presurosamente.

Otro cuarto de hora pasó, y el escudero exhaló un suspiro, movióse, abrió los ojos, se oprimió la cabeza y dijo:

—¿Qué me ha sucedido?

Pareció meditar algunos instantes, se incorporó, buscó á tientas al hijo de doña Inés, y no encontrándolo dejó escapar un grito de espanto y una imprecacion horrible.

—¡Dios mio!—exclamó luego, poniéndose de pié.—Me lo han robado... ¿Qué vá á ser de mí? ¡Oh!... Esto es horrible; no me queda de vida mas tiempo que el que tarde en saberlo el rey... ¡Desdichado de mí!

El escudero, en el colmo de la desesperacion, se golpeó furiosamente, corrió de un lado para otro de la calle como un loco, y juró, maldijo y lloró. Pero todo fué en vano porque no se veia en los alrededores alma viviente.

Buscó entonces su espada, la recogió y dudó algunos momentos si debia matarse.

—La vida no me importa,—dijo,—pero tengo una esposa y un hijo... no me pertenezco... ¿Qué haré?... ¡Oh!... ¿Qué haré, Dios mio?

Se cruzó de brazos, meditó algunos instantes y luego exclamó:

—¡Estoy resuelto!... Sí, es preciso... ¡Pobre Catalina!

El infeliz Hernando echó á correr sin mirar donde pisaba, y en pocos momentos dejó atrás la calle de Milaneses, la Costanilla de Santiago, la calle de las Hileras y llegó á la de Bordadores, deteniéndose delante de una casa de apariencia mezquina y llamando á la puerta con desatentados golpes.

IX.

El cambio.

No tardaron un segundo en responder al escudero, y este se encontró pocos instantes despues en un aposento amueblado no mas que con decencia, y en estremo limpio. Cerca de una cama habia una cuna donde dormia un niño, y á su lado una mujer que no tendria mas de veintidos años, blanca, rubia, de azules ojos y rostro de cándida y dulce espresion.

Era la esposa de Hernando, que al ver á su marido, se levantó; pero este, sin acercarse á ella como tenia de costumbre, llegó donde el niño dormia, lo miró con angustioso afan, besólo con ternura y dejó en su frente angelical una lágrima.

El niño exhaló un gemido leve.

Hernando se dejó caer en un sillon como si se hubiesen agotado sus fuerzas, y se cubrió el rostro con las manos.

Su esposa palideció, miró al padre y al hijo, se estremeció convulsivamente, y permaneció inmóvil sin atreverse á dar un solo paso.

—Hernando, —dijo al fin con acento de temor.

—Catalina... acércate... ¡Somos muy desgraciados! —exclamó el escudero.

Y recibió en los brazos á su esposa que rompió á llorar.

—¡Dios mio!... ¿Qué sucede?—dijo con voz ahogada la pobre mujer.

—Estoy desesperado, Catalina, desesperado y loco, —replicó Hernando, levantándose y recorriendo el aposento de un lado para otro.

—Sosiégate, Hernando...

—¡Oh!... ¡Suerte cruel!...

—Hemos sido felices hasta ahora y alguna vez ha de tocarnos sufrir, —repuso Catalina, no pensando ya sino en consolar á su esposo. —Dios dá y quita la felicidad, y debemos conformarnos con lo que dispone. Por grande que sea la desgracia que nos amenace, por muy malo lo que nos haya sucedido...

—¡Estoy en peligro de morir ahorcado!

Catalina exhaló un grito agudo y miró con espantados ojos á su marido.

—¿Qué dices?—balbuceó.—¡Oh!... ¿Qué dices? Habla... esplícate... ¡Por Dios, Hernando!...

—Que peligra mi cabeza...

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Qué has hecho para que peligre tu cabeza?

—¿Qué he hecho? Nada, Catalina: mas bien debieras preguntarme lo que han hecho conmigo...

—Esta duda es horrible,—dijo Catalina, que temblaba como si tuviese una convulsion.

—Mas horrible es mi desgracia... ¡Oh!... ¡Noche maldita!

—No grites, Hernando; pueden oirte, y si te persiguen...

—No, nadie me persigue mas que la mala ventura... ¡Vive Dios!

Brillaban como dos luces los ojos del escudero: sus miembros estaban contraidos, y era imponente la espresion terrible de su semblante.

Catalina, mujer de carácter tímido, estaba turbada en estremo, aturdida, no sabia si hablar ó callar, ni acertaba á moverse. Las palabras de su marido le habian hecho esperimentar una sensacion violenta de terror.

Algunos minutos permanecieron ambos sin pronunciar una palabra.

El escudero pareció sosegarse un poco, volvió á sentarse y dijo:

—Catalina, ven á mi lado, tengo que confiarte un secreto de mucha importancia, un secreto peligroso, y que es menester guardarlo tan cuidadosamente como un puñal de punta envenenada.

—Tus palabras me espantan, Hernando.

—¡Ah!... Mas ha de espantarte lo que voy á decirte.

—Debe ser horrible, porque tú no te turbas por nada, ningun peligro te arredra, y ahora...

—Prepárate á tener valor para resistir un golpe tremendo, para decidirte en una alternativa cruel, elegir entre mi vida y...

—Tu vida es antes que todo, primero que la mia...

—¡Aun no sabes lo que tengo que decirte!—replicó el escudero con amargura,—pero tal vez lo comprendas, sabiendo que he estado á punto de darme yo mismo la muerte...

—¡Hernando!...

—Me ha salvado tu recuerdo y el de nuestro hijo, sí, nuestro hijo que necesita de mí ahora mas que nunca...

—Esplícate... ¡Oh!... esplícate... ¡Dios mio!...—exclamó Catalina, cuya agitacion se aumentaba por instantes.

—Escúchame con atencion...

—Sí, sí, ya te escucho.

—El rey,—dijo el escudero, bajando la voz,—salió una noche... Pero... esto no importa... Oye, una dama principal y doncella honrada, cometió cierto amoroso desliz, cuyo resultado ha sido el mas natural, es decir, tener un hijo que ha nacido esta noche. El padre de este niño es el rey, por una equivocacion, es verdad, pero al fin es su padre, y obrando como debe, me encomendó el cuidado del recien nacido. Ya habia yo preparado cuanto era menester, buscando una nodriza que lo criase, y tomando mil precauciones para que no se descubriese la falta de la dama. Hasta aquí todo ha ido bien: hace hora y media que nació el niño, lo tomé para llevarlo á casa de la nodriza, y al atravesar la calle de Milaneses, no sé por dónde, como vomitados por la tierra, se

apareció una turba de gente endemoniada, riñendo furiosamente. Viéndome en tal situacion, saqué la espada, no para tomar parte en la pelea, sino para defenderme en caso de que aquella canalla me acometiese en su ceguedad; pero cata aquí, que no bien hube desenvainado el acero, recibo un golpe atroz en la cabeza, y... no sé mas: caí sin sentido, y cuando volví de mi aturdimiento, busqué al niño, y... ¡no lo encontré!... ¡Oh!... ¡Me lo han robado!

—¡Dios mio!—exclamó Catalina.

—¿Comprendes todo el peligro de mi desgracia?

—Sí, sí, harto lo comprendo...

—El rey me preguntará mañana: «¿Y mi hijo?» Yo le contestaré: «Señor, me lo han robado;» y él dirá entonces sencillamente: «No te robarán otro.» Y me ahorcarán.

—¡Por Dios, Hernando!—exclamó Catalina, poseida de mortal terror.—No digas eso...

—No lo diré, pero sucederá...

—Exageras...

—Te equivocas, Catalina.

—El rey no será tan cruel, tan injusto...

—Ha perdido á su hijo.

—Pero tú no tienes la culpa.

—¿Quién sabe lo que sospechará?

—Has espuesto tu vida; nada mas has podido hacer por servirlo.

—No conoces el mundo, Catalina, ni sabes lo que es el enojo de un rey.

—Lo has servido siempre con lealtad...

—Eso no vale nada... es cumplir con un deber... Estoy perdido, Catalina; enteramente perdido: si no me ahorcan, me impondrán otro cualquier castigo quizás peor.

—¿Y qué hemos de hacer? ¿Cómo salir de este apuro?

—No hay mas que un medio de salvacion.

—¿Cuál?—preguntó afanosamente Catalina.

—El rey no conoce á su hijo...

—¿Y piensas?...

—Que me salvo sustituyéndolo con otro.

—Sí, sí... ¡Ah!... ¡Nos hemos salvado!

—¿Pero dónde está ese otro? ¿De dónde saco un niño acabado de nacer ó que tenga pocos dias?

Catalina comprendió entonces el significado del beso que al entrar habia dado el escudero á su hijo, y dejando escapar una exclamacion dolorosa, corrió hácia la cuna.

—¡Hijo mio!... ¡Hijo de mis entrañas!...—dijo con acento entrecortado por los sollozos.

—¡Catalina!...

—Todo lo comprendo, Hernando... Tengo que decidirme entre tu vida y nuestro hijo...

—¡Oh!... Eso no... Antes que renunciar á mi hijo...

—¡Separarnos de él!...

—¡Jamás!

—Tu vida está en peligro...

—No importa.

—Hernando, tú has venido resuelto á poner á nuestro hijo en lugar del otro...

—No,—dijo ruborizándose el escudero.

—¿Por qué lo niegas? Ya sé que no lo haces por cobardía...

—Pues bien, Catalina, es la verdad, estaba decidido á ello, pero no será menester separarlo de nuestro lado; solamente renunciaremos á llamarle hijo y al nombre de padres...

—Y le haremos pasar la amargura de que se tenga por el hijo de una liviandad.

—¡Y habré de negarle mi nombre!

—¡Oh!... Eso es muy cruel...

—Me falta el valor...

—Pero es preciso,—replicó Catalina resueltamente:—te salvarás, yo renunciaré á todo.

Trascurrió largo rato de triste silencio.

La dolorida madre, con la mirada fija en su hijo, estaba inmóvil y derramaba lágrimas abundantes.

Hernando, con la cabeza inclinada sobre el pecho y la frente contraida, se habia entregado tambien á su dolor, pero pensaba que faltaba aun hacer á su hijo la señal hecha en la cabeza al de doña Inés, y que debia servirle para ser reconocido por el rey. Fácil era proporcionarse el ungüento, pero no bastaba, era tambien preciso, por lo que pudiera suceder, que hubiese alguna diferencia entre los dos niños, y una persona que atestiguase que eran dos los de la señal y los distinguiese, diciendo cuál fué el nacido aquella noche. Para esto habia que recurrir al doctor Cañete y decidirlo, lo cual presentaria dificultades que no podrian vencerse. Por dinero no se apuraba Hernando; tenia el bolsillo del rey que no miraria la cuenta de los gastos de aquella noche; pero el doctor se habia prestado á todo, no solamente por el dinero, sino porque estaba convencido de que no le hacian servir de instrumento de ninguna intriga infame, y bien podia haberla en lo que le iba á pedir el escudero, lo cual suponia la intencion de un cambio de los niños, tal vez para dar al uno la fortuna que pertenecia al otro.

Esto, como decimos, dió mucho que cavilar á Hernando, pero como no era hombre que se detenia al encontrar inconvenientes, sino que luchaba hasta vencer ó ser vencido, se decidió á visitar otra vez al doctor Cañete, y levantándose, dijo:

—El tiempo vuela y es preciso acabar antes que venga el dia. Catalina, voy á llevarme el niño y volveré con él antes de dos horas.

—¡Llevartelo!

—Sí.

—¿No has dicho que no se separaria de mí?

—Y así es la verdad; pero es preciso que le hagan la misma señal que al hijo del rey, aunque de manera que puedan distinguirse, por si el otro parece algun dia, como tengo esperanza de que sucederá.

—¿Y qué señal le harán?

—Ponerle un ungüento en un lado de la cabeza para que allí le quede como un lunar donde no volverá á nacerle pelo.

—¿Le harán daño?...

—Ninguno.

—Pero eso bien pudiera hacerse aquí.

—La persona que debe ejecutarlo no vendria, ni es tampoco prudente que venga si ha de guardarse el secreto.

Catalina quedó pensativa.

—No tengas cuidado,—repuso el escudero.

—Jura que no me engañas.

—Te lo juro.

—Que lo traerás antes del amanecer.

—Lo juro por nuestro amor y por la vida de nuestro hijo.

—Estoy mas tranquila...

—Dámelo.

—¡Hace tanto frio esta noche!

—Lo abrigaré con mi capa.

—Está mojada... toma la otra.

—Bien.

Catalina hizo que su esposo cambiase de capa, envolvió cuidadosamente al niño en un grueso paño, y le besó repetidas veces.

—Adios, Catalina,—dijo el escudero, tomando á su hijo.

—Otro beso... ¡Hijo mio!...

—No me detengas.

—Tápalo bien.

—Descuida.

—¿Y si te lo roban?

—¡Oh!... A un padre no se le roba tan fácilmente su hijo como el hijo de otro.

—¡Que el cielo te guie!

Salió Hernando, y Catalina se dejó caer en un sillon, falta de aliento y llena de angustia.

X.

Empieza á peligrar el secreto.

Iba despejándose el cielo, calmando el frio y dejando de soplar con tanta furia el viento; pero la oscuridad era la misma y no estaban las calles menos llenas de agua y lodo.

El escudero, con mas ojos que Argos y tan sobre áscuas que no hubiera habido Mercurio que lo adormeciese, se hacia todo oidos y al mas leve rumor tomaba sus precauciones para no ser sorprendido como antes: si todo no hubiera sido sombra, la suya le habria infundido recelo: tal era el temor que tenia de que le sucediese una nueva desgracia.

—¡Oh!—decia para su coleto y mientras andaba presurosamente:—Maldita noche, y sobre todo, maldita equivocacion. Ahora me falta que el doctor Cañete, que no tiene un pelo de tonto, se niegue á dar el ungüento: y para completar mi desgracia, no seria menester mas sino que doña Inés se empeñase en ver á su hijo antes de marchar á Burgos, lo cual pondria de manifiesto la intriga y despues de tanto sudar y correr me quedaria en la misma peligrosa situacion en que ahora estoy. ¡Voto al infierno!... Es muy triste que el rey se divierta y yo pague: si al menos se hubiese equivocado conmigo doña Inés... ¿Qué es aquello?—añadió parándose y mirando.—No... no es nada... me ha-

bia parecido un bulto... ¡Oh!... En mi vida he tenido miedo hasta esta noche condenada... ¡Vive Dios!

Siguió adelantando el buen escudero, y al cabo de algunos instantes volvió á decir:

—Por supuesto, que he de buscar al hijo del rey hasta en las entrañas de la tierra. Una cosa me ocurre... ¿Por qué no he de decir dentro de unos dias, mañana mismo, que el niño ha muerto? Cosa es muy natural, y con mas razon cuando esta noche ha podido darle una pulmonía. ¡Oh!... No es mala idea... Sin embargo, puede tener graves inconvenientes... seria menester justificar esa muerte para dejar satisfecha á la madre y aun al mismo rey... Es muy difícil, no debo arriesgarme... Basta de enredos, que entre bastantes estoy.

Llegó Hernando á casa del doctor, se puso el antifaz y llamó á la puerta con golpes mas fuertes que antes.

Nadie respondió entonces: sin duda dormian profundamente, soñando la señora Natalia con la misteriosa salida de su amo, y este con los trescientos ducados que habia recibido en oro de tan buena ley.

Tuvo el escudero que llamar segunda vez, y luego tercera, y al fin, abriéndose la ventana se oyó preguntar:

—¿Quién es?

—Abrid,—gritó Hernando.

—¿Pero quién sois?—volvió á preguntar la señora Natalia.

—El que ha venido antes de parte del señor don Juan.,.

—Mi amo está durmiendo...

—Despertadlo.

—No puede ser.

—Lo despertaré yo á fuerza de golpes.

—Os digo...

—¡Vive Dios!... Abrid ó no paro de llamar hasta que se me caigan las manos.

—Esperad.

—No será mucho.

Cerróse la ventana, pasaron algunos minutos, desconfió el

escudero, y ya iba á descargar nuevos golpes cuando sintió que bajaban la escalera.

Al fin la puerta se abrió.

—¡Voto al infierno, y qué sueño tan pesado teneis! —exclamó Hernando.

Y tomó la escalera arriba sin esperar á mas.

—¿A dónde vais?—le preguntó la señora Natalia.

—A ver á vuestro amo...

—Aguardad, que está en la cama...

—No importa.

—Me obligareis á correr.

Llegaron arriba, y la señora Natalia condujo á Hernando al dormitorio del doctor.

Este se encontraba en la cama.

—Seguramente no esperaríais verme tan pronto,—le dijo el escudero.

—Es verdad, vuestra visita me sorprende.

—Y á mí me disgusta.

—¿Os habíais olvidado alguna cosa?

—Sí.

—¿Cuál?

—Preguntaros si queríais otros cien ducados en oro.

—Cañete miró fijamente al escudero y contestó:

—No.

El niño, que hasta entonces habia tenido la prudencia de callar, exhaló un gemido.

—¿Qué es eso?—preguntó el doctor.

—Una criatura,—respondió Hernando, dejando ver á su hijo.

—Todo es raro y misterioso esta noche.

—Por desgracia mia.

—Señor hidalgo, ó lo que quiera que seais, ¿quereis esplicaros? ¿A qué habeis venido con esa criatura? No es la que yo recibí en mis manos hace pocas horas...

—No, porque este niño nació hace quince dias.

—¿Sabeis,—dijo el doctor con alguna sequedad,—que ya me vá disgustando este enredo?

—Señor doctor...

—Y digo que vá disgustándome porque supongo que vendreis con alguna nueva exigencia, puesto que empezais por ofrecerme dinero.

—Es verdad, necesito de vos, y negarme lo que quiero pediros será como sentenciarme á morir.

—Esplicaos y os diré pronto y de una vez lo que determino, porque tengo ganas de dormir.

—Lo que deseo, aunque de mucha importancia para mí, es muy sencillo para vos.

—Sepamos.

—Es preciso que hagais con este niño lo que con el otro, es decir, ponerle el ungüento...

—¡Ah!—interrumpió el doctor,—no es tan sencillo lo que pedís.

—No es ningun crímen...

—Es solamente una señal,—replicó Cañete;—pero una señal que puede servir para cometer un grave delito, por ejemplo, el de que confundiéndose las dos criaturas, pueda sustituirse la una con la otra, bien para robar una herencia ó para otro fin que no será nada bueno.

—Estoy dispuesto á pagaros generosamente.

—¿Pensais que se me conquista con oro?

—Pienso...

—Os habeis equivocado: vuestros trescientos ducados no me hubiesen obligado á serviros, si como ahora, hubiera yo visto entonces un delito tras la peticion.

—Señor doctor...

—Os cansareis en vano. Antes acepté porque no ví otra cosa mas que el secreto de la honra de una mujer y la buena intencion de no abandonar al recien nacido, como lo probaba el querer señalarlo para que en todo tiempo hubiera podido ser reconocido por su madre.

LÁMINA 2.ª—Es preciso que hagais con este niño lo que con el otro, es decir, ponerle el ungüento.

—Y ahora se trata, —repuso el escudero, —de otra honra y algo mas, y de otro niño á quien debe señalarse, no para que se confunda y equivoque con aquel, sino para distinguirlos y estorbar que el uno pueda ser sustituido por el otro.

—Entonces no necesitais de mí, —replicó el doctor, desplegando una sonrisa maliciosa.

—¡Que no necesito de vos!

—No, porque basta con que el uno esté señalado y el otro no, para que no se confundan.

—Pero el que no tenga señal no tendrá prueba con que justificar quién es.

—Le haremos otra diferente.

—No puede ser.

—Vuelvo á deciros que os habeis equivocado: contásteis con que el dinero lo allanaria todo, sin pensar que es lo que menos sirve en ciertas ocasiones.

—Os juro que no se trata de ningun crímen.

—No lo niego, pero...

—Señor doctor, aceptad y hareis un beneficio de mucha importancia.

—Tengo sueño, —dijo tranquilamente el doctor, —y os suplico que me dejeis dormir.

—¡Oh!...

—Nada conseguireis.

—Si quereis mas de cien ducados...

—No.

—Aquí me tendreis toda la noche.

—Perdereis un tiempo precioso, —replicó Cañete con un tono que no dejaba duda de su firme resolucion.

Hernando inclinó la cabeza tristemente, quedó pensativo, y despues de algunos momentos volvió á decir:

—No habeis pensado en una cosa.

—¿Cuál?

—Que ese ungüento podré proporcionármelo fácilmente, porque su composicion no será un secreto vuestro.

—No es un secreto, ni habrá quien tenga inconveniente en dároslo.

—Ya veis, pues, señor doctor, que vuestra negativa no dará mas resultado que el de haceros perder el dinero que os he ofrecido, mientras que yo lo ganaré y además tendré lo que deseo.

—Lo cual prueba, —replicó el doctor desplegando otra sonrisa, —que habeis cometido una torpeza viniendo á buscarme.

El escudero se mordió los lábios.

—Pues bien, —dijo, — si he solicitado de vos lo que cualquiera podia darme, ha sido para tener en todo tiempo quien atestiguase que este niño no es el hijo de la dama á quien habeis asistido esta noche; pero ya que estais enterado de que son dos los de la señal, me importa lo mismo.

—¿Y cómo habria yo de distinguirlos dentro de algunos meses.

—Muy fácilmente.

— No lo acierto.

—¿No habeis hecho al recien nacido la señal en el lado derecho de la parte posterior de la cabeza?

—Sí.

—Pues haciéndola á este en el lado izquierdo...

—Eso es ya otra cosa.

—¿Teneis ahora inconveniente?

—Dejadme meditar algunos instantes.

—Bien.

El doctor dejó caer la frente entre las manos y quedó inmóvil.

Hernando le miraba con indecible afan, y sentia pasar los segundos con la pesadez de siglos. Las palpitaciones de su corazon hubieran podido contarse, tan fuertes eran.

—Pondré el ungüento al niño, —dijo al fin Cañete.

—¡Oh!... ¡Me habeis salvado!— exclamó el escudero sin poder dominar su alegría.

—Tened la bondad de esperarme en ese otro aposento mientras me visto.

Hernando salió, y Cañete llamó á la señora Natalia con pretesto de que le diese su ropa, vistiéndose en pocos instantes, no como para pasar de una habitacion á otra y volver á la cama, sino bien abrigado y como si hubiese de salir á la calle.

Esta circunstancia pasó desapercibida para el escudero, que á pesar de ser muy ladino no estaba entonces mas que para pensar en su apurada situacion.

Sacó el doctor el ungüento, lo aplicó á la tierna criatura, y luego dijo:

—Estais servido, caballero.

—Voy á entregaros los cien ducados,—replicó el escudero á la vez que metia una mano en un bolsillo.

—Guardad vuestro dinero,—repuso el doctor.

—No saldré sin haberos pagado...

—Nada quiero.

—Es lo convenido...

—Os equivocais, no os he dicho que aceptase los cien ducados.

—¿Pero qué perdeis?

—Con los trescientos que ya me disteis, estoy pagado demás.

—Sois un hombre raro.

—Es cuestion de conciencia, caballero.

—¿Quereis que os hable con franqueza?

—Decid.

—Me disgusta que seais tan concienzudo.

—Lo siento, pero no tomaré un solo real,—contestó el doctor, siempre con la misma calma.

Hernando quedó pensativo.

—Cuidado, señor Cañete,—dijo despues de algunos instantes,—que este secreto es peligroso.

—Para vos que lo posee.

—Y mas para el que intente averiguarlo.

—Procuraré olvidar que os he visto.

—No del todo por lo que pueda suceder.

—¿Pensais pedirme otra cosa?

—No, pero conviene que tengais presente que el niño que tiene la señal á la derecha es el que ha nacido esta noche, veintisiete de diciembre, de una dama de cabellos rubios.

—Os complaceré guardándolo en la memoria.

Hernando se levantó, y despues de abrigar á su hijo, repuso:

—¿Os obstinais en no recibir dinero alguno?

—Sí.

—Algun dia podré darme á conocer y pagaros si teneis tanta prudencia como talento.

—¿Os vais?

—Sí, señor doctor.

—Voy yo mismo á abrir la puerta, porque mi ama de gobierno es algo curiosa, y si el niño llora en la escalera...

—Siento que os incomodeis.

—Es bien poco...

—Hace mucho frio.

—Me pondré la capa y el sombrero.

Hízolo así el doctor con pretesto de evitarse un constipado, y tomando la luz, repuso:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

Bajaron; el escudero volvió á dar las gracias á Cañete y salió.

—Esto va picando en historia, —dijo el médico mientras hacia como que cerraba la puerta.—Ese hombre debe ser un cortesano muy travieso y nada tonto, pero yo he sido sopista en Salamanca y en Alcalá. El secreto es peligroso, no lo dudo, pero ¿quién sabe si bien esplotado podrá hacer mi fortuna? La madre del niño debe ser dama principal, y el padre no será nada menos... ¿Y esta otra criatura que debe haber nacido hace lo mas dos semanas? Veremos, veremos.

Cañete salió á la calle sin hacer el mas leve ruido, y aunque era completa la oscuridad, pudo distinguir un bulto que se alejaba hácia la calle de Toledo.

—Es él, —murmuró.—No se me escapará.

Y siguió á buena distancia al escudero que á su vez iba diciendo para sí:

—Este doctor debe haber sido un estudiante muy travieso, pero yo he estudiado en la corte lo que no se aprende en Salamanca.

Espiado y espía siguieron silenciosamente.

Llegó Hernando á su casa, llamó, le abrieron y entró no sin mirar antes atrás por si alguien lo habia seguido.

Entonces Cañete salió de detrás de una esquina donde habia tenido la precaucion de ocultarse, y se acercó á la casa.

—De dia, —dijo, —la examinaré mejor, pero desde luego puedo asegurar que no es aquí á donde vine con los ojos vendados: aquí no debe haber tapices flamencos ni muebles dorados. Tengo muy buena memoria local, recuerdo perfectamente todo, las vueltas y revueltas que dí, y volveré á darlas hasta encontrar la calle.

Apenas salió el sol, se dedicó Cañete á sus averiguaciones, llegando á saber que el hombre del niño era un escudero del rey llamado Hernando: deduciendo de aquí que el recien nacido era fruto de unos amores del rey.

¿Pero quién era la dama rubia?

El doctor dió vueltas y revueltas con algun acierto, pero á pesar de su buena memoria, le fué imposible encontrar la calle del Sacramento.

—Habré de contentarme, —se dijo, —con lo que hasta ahora sé y con lo que sospecho, pero tengo el hilo y tarde ó temprano encontraré el ovillo.

Mas adelante veremos si lo consiguió.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPITULO I.

Por entre hierros.

Principiaba el mes de junio del año de 1655, es decir, habian trascurrido diez y ocho años desde los sucesos que hemos referido.

Eran las doce de la noche y ya estaban desiertas las calles de Madrid, á pesar de que era precisamente la hora en que comenzaba á respirarse un ambiente fresco y puro.

El cielo estaba cuajado de estrellas y la luna brillaba con tanta claridad, que casi hubiera podido leerse sin mas luz que su resplandor.

No era esto lo que mas agradaba á los enamorados rondadores, y sin embargo, el cielo puro y sonriente y la pálida luz del astro de la noche, parecian convidar al amor á entregarse á todas sus delicias. Los encantos de la naturaleza suelen ser demonios tentadores: la fuente de todos los sentimientos de ternura se abre al sentir en una noche apacible de estío el rostro acariciado por la fresca y perfumada brisa: el amor ha hecho muchas víctí-

mas en esas noches serenas y al resplandor de la luna que todo lo embellece y lo hace aparecer fantástico; pero habrá hecho muy pocas, quizás ninguna, mientras rugia el huracan ó retumbaba el trueno al vomitar rayos las nubes.

Al hablar de lo solitario de las calles, no hemos querido decir que ni un ser viviente transitase por ellas, sino que eran muy pocos y de estos era uno cierto embozado que bajaba por la calle de Bordadores, y que á pesar de llevar el rostro casi del todo oculto, daba muestras de ser jóven por los brios con que caminaba.

Cuando llegó á la mitad de la calle, se detuvo delante de una casa de dos pisos, en cuya fachada blanca daba de lleno el resplandor de la luna; silbó, miró á una reja del piso bajo, y esta se abrió silenciosamente pocos momentos despues, asomando la cabeza y parte del cuerpo de una mujer, cuyo retrato podremos hacer fácilmente á favor de la luna.

Era jóven, y el azabache abrillantado no hubiera podido competir con su cabellera ni sus grandes ojos sombreados por largas pestañas que daban la mas dulce languidez á sus miradas de conmovedora espresion. Que su cútis era blanco, no lo hubiera confesado el nácar por envidia, ni de su concha hubieran salido las perlas á ver antes las que con nombre de dientes escondia la jóven bajo sus lábios rojos y de frescura virginal. Su rostro ovalado, su frente despejada y tersa y la candidez y ternura que se pintaban en su semblante, completaban aquella belleza rara. Al asomarse apoyó una mano en los hierros de la reja, pero una mano tan blanca, mórbida y bonita, que perdonamos al galan el haberse apoderado de ella y besádola con ardor antes de pronunciar una palabra: hay manos que tienen la desgracia ó la fortuna de no poderse dejar ver sin peligro.

Si la jóven era encantadora, bien podia tambien envanecerse con su hermosura el galan. El color azul de sus ojos no debia temer la competencia del que aquella noche presentaba el cielo, ni su cabellera sedosa y rubia, que se escapaba en algun desórden por debajo de su sombrero, era menos brillante que el oro. El perfil de todas sus facciones era atrevido y daba á su rostro

cierta espresion de varonil energía, que contrastaba singularmente con la dulzura de su tranquila mirada. Lo mismo que la jóven, podia asegurarse que no tenia veinte años, y por su vestido y sus maneras no era difícil adivinar su educacion esmerada y que poseia una buena fortuna, ya que no fuese hijo de un acaudalado señor, pues llevaba prendas, como su espada y el joyel de su sombrero, que hubieran podido hacer la felicidad de una modesta familia.

Despues que el atrevido mancebo estampó en la mano de la jóven el ósculo ardiente de su pasion, exclamó con un arrebato que bien claramente revelaba lo que sentia:

—¡Isabel!

Y sin pronunciar una palabra mas, quedó como estasiado, contemplando con encendida mirada el rostro encantador de la doncella.

—¡Felipe!—murmuró la niña con trémula voz.

Y tampoco dijo mas, pero sus ojos, en vez de contemplar á su amante, se bajaron y de ellos se escaparon dos lágrimas que corrieron silenciosas por sus megillas, y fueron á perderse en su seno visiblemente agitado.

—¡Isabel!—volvió á decir el mancebo con acento conmovido.—Isabel, ¿por qué lloras? ¿Por qué, dí, se empañan tus ojos con lágrimas, cuando debieran brillar con el fuego de tu amor?

—Porque han nacido para llorar... ¡Ah!... Nuestro amor, Felipe, no es para mí un amor de placeres y sonrisas, sino de sufrimientos y llanto.

—¡De sufrimientos!... ¿Temes acaso que yo te olvide?

—Tal vez así seria menor mi tormento...

—¡Isabel!—exclamó Felipe sorprendido.—¿Qué significan tus palabras?... ¡Ah!... No acierto á comprender cómo puedes ser mas feliz recibiendo un desengaño... ¿No me amas?

—¡Que si te amo!... ¿No son de amor estas lágrimas que salen de mis ojos y las desdichas que me atormentan?

—Entonces, tu mayor desgracia deberia ser mi olvido...

—Nuestra mayor desgracia es la pasion que insensatamente alimentamos en nuestro pecho, porque tendremos que ahogarla á costa quizás de nuestra vida.

—Esplícate, Isabel, por Dios, esplícate,—dijo el mancebo con voz agitada.

—Todo lo sabrás...

—¿Ha llegado nuestro amor á noticia de tu madre?

—Nada sospecha.

—¿Temes que se oponga porque mi cuna no sea tan esclarecida como la tuya?

Y al decir esto Felipe, se pusieron sus megillas coloradas como el carmin.

—Ignoro cual sea la nobleza de tu linage,—replicó Isabel, poniéndose tambien encarnada:—nunca te lo he preguntado porque me bastaba conocer la nobleza de tu corazon. ¿Qué importa la cuna?

—Nada, Isabel, nada...

—Yo mas bien que tú he podido abrigar el temor de que tu familia no me considere bastante para aspirar á tu nombre.

—¡Mi familia!—murmuró tristemente el mancebo.—No temas que les parezca tu nombre oscuro, comparado con el mio.

—Es que hasta hoy no he sabido una triste historia que me ha llenado de amargura,—repuso Isabel con acento de temor.

—¡Una historia!—replicó sorprendido nuevamente Felipe.

—Sí...

—Me haces temblar, Isabel; son esta noche tan misteriosas tus palabras...

—¿No dejarás de amarme, Felipe?—preguntó la jóven con acento que parecia llevarse tras sí el alma.

—¿Qué sucede, Isabel?... ¡Oh!... ¡Habla!...

—¿Pero me amarás siempre?

—¿Lo dudas?

—¿Me amarás aun cuando mi nombre sea el mas humilde?

—Aun cuando no tuvieses ninguno...

—Todo lo sabrás... ¡Ah!... ¡Gracias, Felipe, gracias!...

—Pues en nombre de nuestro amor te suplico que me digas lo que tanto te ha hecho sufrir...

—Oye, Felipe,—replicó Isabel, secando el llanto y procurando dominar su emocion.—No he conocido mas que á mi madre, y cuando en los primeros años de mi razon le pregunté por mi padre, me contestó: «No lo tienes, hija mia.» Yo creí entonces que me lo habia arrebatado la muerte, y oré con fervor pidiendo á Dios por él mientras que mi pobre madre lloraba. Crecí, pregunté nuevamente, recibí la misma contestacion, y entonces quise saber el nombre del autor de mis dias... ¡Ah!... Mi buena madre me dijo: «Es un secreto que debes ignorar hasta que tengas mas edad y se haya de decidir de tu suerte.» Desde entonces oculté mi justa y natural curiosidad, pero no pudiendo al fin contenerla, y mas que todo, para saber decirte mi nombre, volví á preguntar á mi madre y...

—¿Te lo ha dicho?—interrumpió afanosamente el doncel.

—Sí, oye sus mismas palabras: «Hija mia, tu padre no ha muerto, pero su nombre no te pertenece porque es el esposo de otra mujer y tú el fruto de mi deshonra...» ¡Oh!—exclamó Isabel, ocultando el rostro entre las manos y dejando que otra vez corriesen sus lágrimas.

—¡Qué felicidad!—dijo Felipe, respirando con fuerza y con la alegría del que siente libre su garganta de una mano que lo ahoga.—¡Qué felicidad Isabel!

—¡Felipe!—exclamo la jóven, clavando en su amante una mirada de sorpresa.

—¡Ah!...

—¿Qué dices?... ¿Llamas felicidad?...

—Sí, sí, felicidad que á nada puede compararse...

—¿Has perdido la razon?

—Tal vez de alegría...

—Pero...

—Tiempo es ya de que lo sepas... Isabel, yo tampoco tengo padres y soy el fruto de un amor ilegítimo... ¡Ya no puedo temer que tu madre me eche en cara la oscuridad de mi cuna! ¡No

podrá pedirme un nombre que tampoco lleva su hija!... Isabel, ha desaparecido la nube que empañaba el horizonte de nuestro amor.

La mas viva alegría se pintaba en el rostro del mancebo, cuyos ojos brillaban como dos luces.

—Por Dios, Felipe,—replicó Isabel, cuya agitacion crecia,—no te dejes halagar por tan risueñas esperanzas, porque será mas duro el desengaño...

—¿Por qué? ¿Quién ha de oponerse á nuestra union?

—¿No piensas que si mi madre me ha descubierto este secreto es porque ha llegado el dia en que han decidido de mi suerte?

—¡Decidir de tu suerte!... ¡Oh!... Isabel... Me estremezco... Habia olvidado... Habla pronto...

—Me destinan al claustro...

—¡Oh!—exclamó Felipe, palideciendo y sin poder respirar en algunos instantes.

—Sí... quieren encerrarme en un convento...

—¿Y no has dicho?...

—Que seria la mujer mas desgraciada...

—¿Y á pesar de eso?...

—Mi madre llora, pero me dice que no hay medio de oponerse á semejante determinacion.

—No, Isabel,—replicó el mancebo con energía,—no será, imposible; yo estorbaré que se cometa ese abuso.

—Creo que será en vano.

—Hablaré á tu madre...

—No lo intentes.

—Acudiré al rey que nada me niega...

—No, Felipe, no...

—Sí, todo se lo diré y...

—¡Desdichado!... ¡El rey es... mi padre!

—¡Oh!—exclamó el mancebo.

Y quedó abatido como si repentinamente hubiera perdido sus fuerzas.

—El rey... es... tu padre,—murmuró con voz ahogada.

—Sí...

—¡Suerte cruel!...

—¡Ah! Felipe, van á sacrificarme, á separarnos...

—¿Pero... el mismo rey es quien ha dispuesto?...

—Sí, es suya la determinacion...

—¿Y con qué derecho, Isabel? ¿Con qué derecho dispone de tu felicidad?

—¡Con qué derecho!... ¿Eso me preguntas tú que vives en la corte y conoces el mundo?... Con el derecho de su poder.

—Es verdad, Isabel; el rey es mas fuerte que nosotros, y nada importa la razon y la justicia...

—Y me sacrificarán.

—No,—replicó Felipe, recobrando su energía y mientras sus ojos brillaban como dos luces.—No me resignaré á sufrir callando tan bárbara arbitrariedad...

—¿Qué has de hacer?

—Es mucho el poder del rey, pero nuestro amor es mas fuerte.

—Todo será en vano...

—Mañana mismo se lo diré todo al que le llamo padre, y que si no lo es, me quiere como tal; le pintaré nuestra triste situacion y me ayudará á conseguir del monarca el permiso de nuestra union.

Isabel hizo un gesto de desconfianza y siguió llorando.

—Es astuto, valiente y decidido,—prosiguió el doncel,—y conoce el corazon del rey mas que el suyo.

—¿Y si se negara á ayudarte?

—Entonces, Isabel, lucharemos y la suerte decidirá.

—¡Que lucharemos!...

—Sí, nuestro amor nos dará fuerzas...

—¡Dios mio!...

—¿Estás decidida á arrostrarlo todo?

—¡Todo, Felipe, todo, hasta la muerte!—exclamó Isabel con acento de firme resolucion.—Si no hay quien nos ayude, lucharemos solos y no me verás retroceder ante ningun peligro.

—Entonces venceremos.

—Sin tu amor no quiero la vida...

—¡Cuánto te adoro!—exclamó el doncel, besando con ternura las manos de la jóven.

—¡Felipe, Felipe!

—Cálmate, Isabel; ten esperanza que la justicia está de nuestra parte.

—Largo rato permanecieron silenciosos los amantes.

Isabel dejaba correr el llanto y exhalaba suspiros dolórosos.

Felipe, con la cabeza inclinada sobre el pecho y el rostro contraido, meditaba mil locos proyectos.

—¿Cómo se llama tu madre?—preguntó al fin y como iluminado por una feliz idea.

—Margarita de Guevara...

—En otro tiempo viviria en la corte...

—Fué doncella de doña Isabel de Borbon.

—¡Oh!... La conocerá el que me ha criado, por que hace muchos años que sirve al rey.

—¿Quién es? Tambien lo conocerá mi madre.

—Sin duda, porque no he hablado de él con nadie que no lo conozca: en diciendo Hernando, un antiguo escudero de su majestad...

—¡Hernando!...

—¿Lo ha nombrado alguna vez tu madre?

—Sí... creo que debe ser el mismo, el señor Hernando Prieto, el hombre de confianza de mi padre...

—Ese es.

—Una vez estuvo en San Sebastian, y despues que vivimos en Madrid, ha venido varias, aunque pocas, á ver á mi madre.

—Sin duda de parte del rey.

—Nunca he podido averiguar el objeto de sus misteriosas visitas, porque siempre hablaba á solas con mi madre.

—Quizás él ha sido el portador de la sentencia que te condena á encerrarte en un convento...

—Hace ocho dias que vino...

—¡Oh!... No sé si debo alegrarme...

—Temo, Felipe, que ese hombre se oponga á nuestro amor.

—Lo dudo, porque entre su cariño y el de un padre no encuentro diferencia. ¡Si supieras con cuánta ternura ha cuidado de mí!

—Pero no se atreverá á desobedecer al rey.

—Hará cuanto pueda para inclinarlo á nuestro favor.

—¡Ay! Felipe, nuestra situacion es muy crítica, nos amenazan muchos peligros...

—Lucharemos, Isabel; mientras me ames tendré valor y fuerzas para todo.

—Mi amor no acabará sino con mi vida...

—¡Isabel!—exclamó el mancebo con todo el fuego de su amor.

—Felipe,—replicó lánguidamente la doncella,—ya es hora de que nos separemos.

—¡Tan pronto!...

—Puede sorprendernos mi madre...

—¿Qué importa?

—No agravemos nuestra situacion.

—Es verdad... preciso es ser prudentes...

—Sí... Adios...

—Mañana sabrás lo que mi buen padrino me diga cuando yo le descubra nuestro amor.

—Dile que no podemos vivir separados...

—Le hablará la voz de mi corazon.

—¡Felipe!...

—¡Tu amor ó la muerte!

—Adios... adios...

La ventana se cerró silenciosamente.

—¿Qué seria de mí sin ella?—dijo el enamorado mancebo, clavando una mirada afanosa en el sitio donde habia estado Isabel.—Yo sabré conmover el corazon del buen Hernando, es noble y generoso y me ama como á un hijo. ¿Por qué han de estor-

bar nuestra union? ¿Qué interés han de tener en hacernos infelices? Cuando el rey sepa que nos amamos, desistirá de su proyecto, que lo habrá concebido sin mas fin que el de asegurar el porvenir de su hija; y como puede obtener el mismo resultado casándola conmigo, nos dará su licencia sin ninguna dificultad. ¡Ah!... No es tan mala nuestra situacion.

Los enamorados lo ven todo de color de rosa, y por eso no debe estrañarse que Felipe creyese que iba á encontrar tan llano el camino de su felicidad.

Así pensando, se alejó calle arriba.

CAPITULO II.

De cómo Felipe supo con sorpresa que su felicidad dependia de un pedazo de paño.

No habia comenzado á salir el sol, cuando ya el mancebo, aguijoneado por su amorosa impaciencia, dejó la cama y se vistió con ligereza; pero como Hernando no tenia los mismos motivos para madrugar, dormia profundamente aun, lo cual aumentó la impaciencia de Felipe, y hasta lo desesperó, porque en la situacion en que se encontraba, era para él un siglo cada minuto. No habia mas que resignarse ó despertar, faltando al respeto, á quien tanto le debia, y convencido de ello al fin, asomóse el mancebo á una ventana para entretener el tiempo, viendo amanecer.

El escudero Hernando no vivia ya en la humilde casa de la calle de Bordadores; un año despues del nacimiento de Felipe, cambió repentinamente su fortuna, con sorpresa de todos los cortesanos, y abandonando su antigua morada, se trasladó á una casa espaciosa de la calle de la Almudena, la amuebló con lujo y tomó dos criados que hubieran podido honrar á un opulento señor. Se murmuró al principio, se intentó descubrir la causa de tan estra-

ño cambio, pero nadie lo adivinó, y al fin hubieron de contentarse con decir que no podia ser de buena procedencia la improvisada fortuna del escudero. Algunos años despues, cuando se vió que Hernando llevaba el lujo hasta el estremo de tomar un paje para que sirviera esclusivamente á su hijo, sospecharon que este no era tal, pero otros afirmaron que sí, y todos volvieron á quedar como antes, es decir, sin saber nada. El caso es que el astuto escudero tuvo bastante habilidad para hacer que todo el mundo dudase, y el secreto quedó perfectamente guardado. Doña Inés habia muerto á los tres dias de nacer su hijo, y Catalina dejó tambien este mundo cuando apenas contaba el suyo dos años, llevando ambas su secreto al sepulcro. Hernando no habia podido saber quién le habia robado al hijo del rey: en los diez y ocho años que habian trascurrido, no dejó de hacer averiguaciones, pero fueron vanas, no encontró el mas leve indicio, y si alguna esperanza le quedó, fué por la seguridad que tenia de que el pedazo que echó de menos en su capa, cortado de cierta manera, no podia ser sino un medio de comprobacion que habia querido tener el que se llevó al recien nacido. La lucha que habia tenido que sostener Hernando para negar á su hijo el nombre de tal, no es ahora del caso, ya la conoceremos; lo dicho basta para comprender los sucesos que tenemos que referir.

Con mas ó menos paciencia, entregado á sus amorosos pensamientos y dejándose halagar por esperanzas risueñas, aguardó Felipe, y cuando ya el sol se habia dejado ver por completo, le avisaron que se habia levantado su padre.

Este no era ya el Hernando á quien conocimos: sus cabellos estaban casi blancos, y una espresion de amarga tristeza anublaba constantemente su semblante; empero conservaba sus fuerzas y agilidad y la energía de su espíritu.

Cuando vió entrar en su aposento á Felipe con el rostro pálido y le oyó dar los buenos dias con alguna turbacion, comprendió que alguna cosa estraordinaria acontecia, y dijo:

—¿Qué tienes, Felipe?

—Nada,—contestó el doncel, bajando los ojos.

—Alguna novedad quieres comunicarme.

—Es verdad, padre mio, —repuso el mancebo, dando á Hernando el título de padre, porque sabia que así le agradaba.

—Siéntate y dime lo que ocurre, que debe ser de importancia segun la agitacion que advierto en tí.

—Sí, de mucha importancia para mí, y aun para vos que tanto me amais.

—Esplícate, —repuso el escudero, clavando en su hijo una mirada escudriñadora.

Y se dispuso á escuchar con aparente calma, mientras que el mancebo, cada vez mas turbado, no acertaba á hablar.

Hubo algunos instantes de silencio.

Los primeros rayos del sol penetraron por la ventana y se oyeron los trinos de las aves que entonaban su cántico matutino.

Hernando contemplaba á su hijo con ternura, y su instinto de padre le dió á conocer que el hermoso mancebo sufria mucho.

—Ha sido feliz hasta ahora, —dijo el escudero para sí; —pero ya vá á empezar la lucha con el mundo... ¡Pobre hijo mio!

Y luego añadió en voz alta:

—Espero que me digas...

—Sí, escuchadme y sed indulgente.

—Háblame, Felipe, como se habla á un padre.

—¡Oh!... Así lo haré, porque necesito vuestros consuelos y vuestra ayuda: ya sabeis que no he tenido nunca secretos para vos, y que he escuchado vuestros consejos como los escucha un hijo.

—Lo sé... Gracias, Felipe, —repuso el escudero conmovido por la ternura del doncel.

Este pareció meditar algunos instantes, y luego dijo:

—¿Hace muchos años que estais al servicio de su majestad?

—Sí, muchos... mas de veinte, —contestó Hernando, palideciendo ligeramente al oir la pregunta de su hijo.

—De manera, —repuso este, —que habreis conocido á casi todas las doncellas que tuvo la difunta reina doña Isabel de Borbon...

—Sí, —interrumpió sorprendido el escudero.

—Y os acordareis de una que se llamaba...

—¿Doña Inés?—dijo Hernando con visible turbacion, y creyendo que el secreto se habia descubierto.

—No, —respondió Felipe sin advertir la turbacion de su padre.

Este respiró como si le hubiesen quitado un gran peso.

—Pues si no es doña Inés, será doña Ana, ó doña María...

—No, no, tampoco: se llamaba doña Margarita de Guevara.

—¡Doña Margarita de Guevara!—repitió Hernando volviendo á palidecer.

—Sí.

—Una morena de ojos negros...

—Sí, que ha vivido algunos años en San Sebastian de Vizcaya...

—Es verdad... recuerdo... vagamente...

—¿Vagamente no mas?

—Como hace tantos años...

—¿Pero no la habeis visto despues?

—Sí, pero... ¿Y por qué me preguntas por doña Margarita?

—Vais á saberlo.

—¿La conoces?

—No.

—¿Entonces?...

—Me interesa mucho su historia que no os es desconocida.

—Felipe...

—Habladme con franqueza, no me decís la verdad...

—¿Pero qué tiene que ver doña Margarita?...

—Ya lo sabreis... Os repito que es de mucha importancia lo que tengo que deciros, porque de ello depende mi felicidad.

Hernando temió nuevamente que Felipe hubiera descubierto el secreto; pero disimulando, respondió:

—Pues bien, conocí á doña Margarita y sé su historia como la saben cuantos frecuentan la corte; pero ten entendido que esos

secretos, por públicos que lleguen á hacerse, son siempre peligrosos.

—No pretendo descubrir ninguno ni tomar parte en intrigas palaciegas: tranquilizaos.

—Prosigue,—dijo Hernando, que efectivamente se tranquilizó.

—¿Es verdad que el rey tuvo amores con doña Margarita de Guevara?

—Sí.

—¿Y que el fruto de esos amores fué una niña?...

—Sí, todo eso es verdad,—replicó alarmado el escudero, que empezó á sospechar lo que realmente habia.

—¿Y esa niña vive y se llama Isabel?...

—¡Felipe!

—Y vos visitais á doña Margarita,—prosiguió diciendo con agitacion el doncel.

—Pero...

—Y viven en la calle de Bordadores...

—¡Oh!...

—Decid...

—¡Felipe, Felipe!—exclamó Hernando con voz trémula.

—¿Es verdad todo eso?

—Sí, pero...

—¿Y es verdad tambien que el rey ha decidido encerrar á esa jóven en un convento?

—Acaba, Felipe, acaba de una vez...

—Decidme si es cierto...

—Sí, todo, todo...

—¡Oh!...

—¿Pero qué te importa la hija del rey?

—Repetid que es una verdad lo del convento,—repuso el doncel, cuyos miembros se agitaban convulsivamente.

—Sí, sí...

—¡Desdichado de mí!—exclamó Felipe con acento doloroso.

—¡Felipe!...

—¡Compadecedme, ayudadme, salvadnos!...

—¿Pero esa niña?...

—¡La amo, padre mio!...

—¡Desgraciado!—exclamó á su vez el escudero.

Y temblando como su hijo, con el pecho agitado y el rostro descompuesto, quedó silencioso.

—¡La amo y será mas que quitarme la vida el separarla de mí!... ¡Ayudadme!... ¡Oh!... ¡Sed mi padre!

Felipe cogió entre las suyas las manos del escudero y las besó repetidas veces, llenándolas de lágrimas.

—¡Pobre hijo mio!—murmuró Hernando.—¡Pobre hijo mio!

Reinó un profundo silencio.

No sabremos decir cuál de aquellos dos hombres sufria mas. La situacion no podia ser mas angustiosa para ambos.

Al fin Hernando se pasó las manos por la frente, hizo un esfuerzo como para dominar las violentas sensaciones que le atormentaban, y dijo con ternura:

—Felipe, hijo mio, empiezas á sufrir y no debes abatirte á los primeros golpes de la desgracia: yo he devorado amarguras que no pueden compararse á las que te reserva tu fatal amor; he sentido dolores mas agudos que el que puede causarte la pérdida de la mujer á quien amas; he luchado con sentimientos que me han desgarrado el corazon: tengo, pues, derecho á aconsejarte porque puedo presentarte el ejemplo.

—¡Isabel es mi vida, padre mio!

—Felipe, ven á llorar sobre mi pecho tus desgracias, que nadie las comprenderá como yo, nadie como yo te consolará; pero olvida ese amor, olvídalo, hijo mio, porque Isabel no puede ser tuya.

Felipe miró con ojos espantados al escudero, y exclamó:

—¡Que no puede ser mia!... ¿Por qué? Decid. ¿Por qué no puede ser mia?

—Porque os separa un abismo.

—¡Un abismo porque es hija del rey!

—Entre vosotros está el imposible.

—¡Esplicaos, por Dios, esplicaos!

—Es un secreto que no puedes conocer...

—¡Siempre los secretos! —murmuró el jóven con dolorosa amargura.

—Harto me cuestan, Felipe.

—¿Y he de resignarme á morir sin probar á vencer esos inconvenientes?

—No hay medio.

—Hablad al rey, padre mio; rogadle y se ablandará su corazon...

—No lo esperes.

—Yo se lo diré, le suplicaré, y cuando sepa que de ello depende mi felicidad y mi vida, la vida de su hija...

—Cuando sepa que os amais, —interrumpió el escudero, — apresurará la entrada de su hija en el convento y os dirá lo mismo que yo: «Entre vosotros, desdichados, hay un abismo, está el imposible.»

—¡Oh!... Eso es una arbitrariedad horrible...

—Es una desgracia.

—¿Pero no hemos de intentar vencerla?

—Seria agravarla...

—Ese misterio...

—Es mi martirio.

—¡Vuestro martirio!

—Espantoso.

—Padre mio, mi razon se trastorna al intentar descubrir...

—Felipe, —interrumpió Hernando, —no desoigas mis consejos...

—¡No tengo fuerzas para dominar mi pasion!

—Tienes voluntad...

—Dadme á conocer ese secreto, y tal vez así, comprendiendo yo el imposible, podré vencer mi pasion.

—¡Descubrirte el secreto! —replicó el escudero estremeciéndose.—¡Oh!... No sabes lo que pides...

—¿Desconfiais de mi discrecion?

—No, pero debes ignorarlo si has de ser feliz.

—¡Feliz por la misma causa que se opone á mi felicidad!... ¿qué significan vuestras palabras?... ¡Ah!... Esto es incomprensible... ¡Me volveré loco!

El desdichado mancebo se pasó las manós por la frente que sentia abrasada, y añadió con acento á la vez de desesperacion y súplica:

—¡Ese secreto!... ¡Oh!... ¡Ese secreto!...

—Felipe,—dijo Hernando con acento sombrío,—mi cabeza está pendiente de ese secreto.

—¡Eso mas!

—Sí.

—¡Dios mio!...

—Sufro mas que tú: hace diez y ocho años que mi vida es un tormento... ¡No sabes el horrible sacrificio que me cuestas!

Estas palabras, que nunca habian salido de boca del escudero, sorprendieron nuevamente á Felipe, aumentando sus dudas y su curiosidad, porque siempre habia creido que no debia otra cosa á Hernando que cariño y los cuidados de su educacion, y aun estos pagados largamente por una mano misteriosa que debia ser la de su desconocido padre. ¿Qué podian, pues, significar aquellas indicaciones? ¿Qué clase de secretos eran aquellos? El jóven cavilaba, se atormentaba, y no sin fundamento temia volverse loco al intentar descifrar los enigmas que tanta importancia tenian para su felicidad.

—Perdonad,—dijo el pobre enamorado despues de algunos momentos,—perdonad, padre mio, pero no me convenceré de que son invencibles los obstáculos que se oponen á mi amor: todo, absolutamente todo puede vencerse luchando con constancia. ¡Ah!... Si yo conociera esos inconvenientes...

—Pues bien,—interrumpió resueltamente Hernando,—si con tantas fuerzas te sientes...

—¿Vais á descubrirme el secreto?—preguntó vivamente el doncel.

—¿Quieres saber en qué estriba tu felicidad?

—Sí, sí...

—Espera, —dijo el escudero.

Y levantándose, se acercó á un cofre de nogal con cerradura de hierro cincelado, lo abrió y sacó un ferreruelo de paño gris cuidadosamente doblado.

—Mira, Felipe; pero antes, júrame que á nadie dirás lo que puede hacer tu dicha.

—Os lo juro.

Hernando desdobló la capa, haciendo observar á Felipe la falta del pedazo que le habia cortado Canuto del Rincon.

—¿Qué significa esto?—preguntó el jóven.

—El dia que consigas saber quién guarda el pedazo de paño que aquí falta, podrás ser esposo de Isabel y conocer á tu padre.

Felipe miró á Hernando como para convencerse de que este no se habia vuelto loco, y luego dijo:

—¿Es posible que mi felicidad dependa de semejante cosa?

—Te lo juro,—contestó solemnemente Hernando.

—¿Pero ese pedazo de paño?...

—Lo guarda una persona que no sé quién es ni he podido encontrarla en diez y ocho años.

—¡Oh!—exclamó Felipe cuya sorpresa habia llegado á su colmo.—Este misterio...

—Es mi tormento, ya te lo he dicho.

—¡Vuestro tormento y mi desdicha!... ¡Oh!... ¡Dios mio, dadme fuerzas y calma porque sino acabaré por perder el juicio!

—Ya sabes que ese pedazo de paño puede hacerte dueño de un nombre que ambicionas y de una mujer á quien amas.

—Lo buscaré, padre mio, lo buscaré...

—El cielo te ilumine porque me harás el hombre mas feliz del mundo. Pero dudo que salgas bien en tu empresa, y te aconsejo que no abrigues ninguna esperanza, porque es lo mas probable que te suceda lo que á mí; ya te he dicho que hace diez y ocho años que busco sin descanso...

—Pero dadme algunas esplicaciones.

—Pocas serán.

—Por Dios, padre mio.

—La noche del tercer dia de Páscua de Navidad del año de 1637, atravesaba yo la calle de Milaneses en direccion del arrabal de San Ginés, y recibí un golpe en la cabeza que me hizo caer sin sentido. Cuando recobré el conocimiento, habian cortado de mi capa el pedazo en cuestion, sin dejar indicio alguno que pudiera guiarme para encontrar á la persona que lo hizo.

—¿Pero no sabeis con qué fin?

—Sí, pero ese es precisamente el secreto que debes ignorar. Lo que te he dicho es bastante: el que cortó el ferreruelo no lo negará: solo falta que la casualidad te lo depare.

—¿Quién os dió el golpe en la cabeza?

—Uno que formaba parte de una turba de villanos que repentinamente salieron de una casa, acuchillándose con desesperacion. Creo que me hirieron equivocadamente y que ninguno de ellos cortó la capa, sino alguno que despues pasó por allí.

Felipe quedó largo rato pensativo, pero nada pudo deducir de las esplicaciones de Hernando.

Era punto menos que imposible descubrir á la persona que tenia el anhelado trozo de capa, mas cuando no se debia hacer uso del secreto.

La situacion del doncel no podia ser mas triste en todos conceptos, y para no desesperarse necesitaba recurrir á una resignacion y prudencia que no eran propias de su edad.

Despues de muchas reflexiones y casi convencido de que le seria imposible conseguir lo que el escudero no habia conseguido en diez y ocho años con sus relaciones, valor, atrevimiento y astucia, el mancebo se preguntó qué derecho tenia nadie para atormentarlo y disponer tan arbitrariamente de su suerte, concluyendo por sospechar que se abusaba de su buena fé y que aquellos misterios eran ardides para hacerle desistir de sus amorosas pretensiones, oponiendo á sus deseos imaginarios fantasmas que se desvanecerian como el humo si encontraban decision y firmeza.

Tales sospechas, muy naturales en quien está dominado por

una pasion, exaltaron la imaginacion de Felipe, decidiéndole a rebelarse contra todo el que se opusiera á su amor, y hasta inspirándole la idea de echar al escudero en cara el abuso que hacia de una autoridad que no correspondia sino á un padre.

Bien conoció Hernando por la espresion que tomaba el rostro del mancebo, que este comenzaba á dejarse dominar por la desesperacion, y así, obrando prudentemente y guardando en su pecho toda la amargura de sus paternales dolores, no dijo una palabra mas y volvió á doblar el ferreruelo con intencion de poner fin á aquella escena.

Empero Felipe estaba decidido á luchar con todo, á defender los derechos de libertad que creia tener, y no pudiendo ya contenerse, dijo con toda la energía de su desesperada resolucion:

—El medio de salvacion que me proponeis es un imposible...

—Desgraciadamente, —replicó el escudero con amargura,— me lo ha demostrado así la esperiencia; pero has dicho que te señalase dónde estaba tu felicidad para conquistarla tú mismo, y he satisfecho tu deseo.

—¡Mi dicha sujeta á una cosa tan miserable!...

—Trae el pedazo de paño que falta á mi ferreruelo y te lo cambiaré por la licencia del rey para casarte con Isabel de Guevara, y te daré además un padre y un nombre.

—Acudiré á su majestad, —replicó el loco mancebo con cierta entonacion de ridícula amenaza.

Hernando lo miró como si le tuviese lástima, y dijo:

—Acude á Felipe IV, y antes que el sol se ponga habrá desaparecido Isabel.

—¡Oh!... ¡Esto es horrible! —exclamó el doncel, apretando los puños con desesperacion.

—Felipe...

—Señor Hernando, —replicó el mancebo fuera de sí, —quiero saber á quién debo el pan que como.

—A una mano que permanecerá siempre oculta para tí.

—¿Con que no es á vos?

—No, —contestó Hernando, palideciendo como un cadáver.

—¿Y desde que nací?...

—Ni un solo real me cuestas,—replicó el escudero á la vez que se oprimia el pecho con fuerza convulsiva.

—¿Os debo?...

—Nada.

—Vuestros cuidados...

—Me los pagan generosamente,—volvió á decir Hernando que sufria tormentos horribles.

Y sintiendo que le faltaban las fuerzas, tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer al suelo.

—Me habeis demostrado cariño y con cariño os he pagado...

—Lo sé... por eso nada reclamo... á nada soy acreedor...

—¿Con qué derecho, pues, me estorbais el paso en el camino de la felicidad?—dijo Felipe, cuyos ojos brillaban con el fuego de la calentura que trastornaba su razon.—¿En qué fundais esa autoridad que labra mi desdicha? No sois mi padre, y si habeis cuidado de mí...

—Ya... me han pagado,—murmuró el pobre escudero que apenas podia hablar.—¡Oh!... Si yo fuera vuestro padre... Entonces... Pero... decís bien... nada os obliga...

—Intentais sacrificar mi corazon...

—Y el mio... ¡Oh!... El mio... lo has desgarrado... ¡Ah!... ¡Lo has desgarrado sin piedad!...

El infeliz padre no pudo mas y se dejó caer en una silla mientras que de sus ojos brotaban dos lágrimas de dolor y su espíritu sostenia una lucha cuyo tormento nadie podia comprender. Nada habia exagerado, las palabras de su hijo le habian desgarrado el corazon.

¡Desdichado padre!

En el espíritu del mancebo se operó instantáneamente una reaccion completa, y como el ciego que repentinamente vé la luz, comprendió toda la injusticia y la crueldad de sus palabras, sintió los remordimientos de la conciencia, se estremeció convulsivamente, sintió que lo abandonaban sus fuerzas, y acudiendo tambien á sus ojos lágrimas del dolor mas profundo, cayó de rodillas

delante del escudero y exclamó con acento ahogado por la emocion y los sollozos:

—¡Perdon, padre mio!... ¡Ah!... ¡Perdon!... Estaba loco... ¡Perdon sino quereis que me maten los remordimientos! ¡Llamadme vuestro hijo!.... ¡Perdonadme, decidme que me arranque el corazon y me lo arrancaré sin vacilar!.... ¡Padre mio, perdon!

El alma sensible y generosa del mancebo habia respondido á la voz de la justicia y la naturaleza.

—¡Hijo mio!... ¡Pobre hijo mio!—exclamó el escudero, abrazando al jóven.

—¡Perdonadme!...

—Pobre hijo mio... Estabas loco y...

—Sufro mucho, pero yo ahogaré mi pasion aun á costa de mi vida...

—No, Felipe, no la ahogarás porque te será imposible, pero escucha mis consejos... ¡Si yo pudiera hacerte feliz!... ¡Ah!...

—Pero decidme,—repuso el mancebo mas tranquilo ya,—¿no debo abrigar ninguna esperanza?

—Muy leve.

—Entonces no es el imposible el que me separa de Isabel.

—Poco menos.

—¿Pero qué he de hacer?... ¡Ah!... ¿Qué he de hacer, padre mio?

—Ante todo procurar que el rey no sepa que amas á su hija.

—Eso no es bastante para conseguir mi deseo.

—Ciertamente, pero no puedo aconsejarte mas por ahora, y si no olvidas á Isabel, si intentas contrariar los planes del rey por algun medio violento, piensa bien lo que haces, y sobre todo, que yo no lo sepa, porque tendré que ser entonces tu mayor enemigo.

—¡Situacion horrible!

—Sufre y calla, Felipe; resígnate y espera, que la mejor ayuda que puedes encontrar es el tiempo.

—¡Pobre Isabel!

—Es digna de compasion: ha empezado á padecer muy pronto: pero Dios se apiadará de vosotros y de mí.

—Estoy mas tranquilo, padre mio: gracias por vuestros consuelos.

Poco mas hablaron y el escudero salió para ir á ver al rey.

Felipe quedó entregado á sus tristes meditaciones, y aunque arrepentido de haber sido injusto con Hernando, no tenia intencion de desistir de su propósito, y formaba mil planes para estorbar los del rey.

La situacion debia ser, sin embargo, mas apurada para los jóvenes amantes y mas dolorosa para Hernando.

Este se habia arrepentido muchas veces de haber sustituido al hijo del monarca con el suyo, y entonces se arrepintió mas; pero ya no tenia remedio, pues aun cuando arriesgando su cabeza hubiera declarado la verdad, el rey hubiese dudado y exigido pruebas que era imposible dar porque no habia otras que la declaracion del doctor Cañete, y este hacia mucho tiempo que no estaba en la corte ni se sabia de él.

CAPITULO III.

Quién era el Peluquero del rey.

En la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos relatando, y aun muchos años despues, el primer edificio que se encontraba al entrar en la calle Mayor, por la que fué Puerta de Guadalajara, y hoy del Sol, era el convento de San Felipe el Real, con sus famosas covachuelas y su mas famosa gradería donde los ociosos de entonces se reunian á todas horas para comunicarse las últimas noticias y murmurar de todo el mundo, matando así el tiempo, como suele decirse, ó con mas exactitud, esperando que el tiempo los matase. Confundíanse allí todas las clases de la sociedad, se veian hombres de todas edades y habia mil distintas conversaciones á la vez, riendo los unos, disputando acaloradamente los otros, este entretenido en mirar á las mujeres que sin cesar pasaban por allí, aquel embebido en sus ideas, y cual escuchando lo que se hablaba en un grupo donde sin compasion se roian reputaciones ó se daban noticias de importantes acontecimientos en los paises donde se mantenian estériles guerras. Aquel era el punto mas concurrido de la corte: desde que amanecia hasta una hora despues de anochecido estaban llenas de gen-

te las gradas de San Felipe, y el que queria saber lo que el dia anterior habia sucedido en la villa, no tenia que hacer mas que dirijirse allí y preguntar ó escuchar.

Todo esto desapareció no hace muchos años: el convento se vendió y demolió cuando en España se empezó á comprender que los conventos no alimentaban con la sopa á muchos mendigos, sino que hacian muchos pobres quitando de la circulacion pública inmensos capitales, que puestos á la especulacion, hacen ya innecesaria la sopa. Desapareció, pues, el convento, sus gradas y covachuelas, y en su lugar se vé una manzana de casas que lleva el nombre del capitalista que las edificó.

Despues del convento, esquina á la calle de Esparteros y con vuelta á la de Postas, habia entonces una casa de tres pisos, pequeña y de esterior humilde, con estrecho y muy sucio portal, de suelo resbaladizo, empinada y oscura escalera, que conducia al cuarto principal, al segundo y á la bohardilla, algunos balcones y ventanas desiguales en sus tres fachadas y un cuarto tienda con puertas á la calle Mayor y á la de Esparteros. Sobre cada una de estas puertas y pendientes de un alambre habia una vacía de cobre, y en la pared, hecho con pintura azul, un letrero que decia:

CANUTO DEL RINCON
PELUQUERO Y BARBERO
DE S. M. EL REY NUESTRO
AUGUSTO SEÑOR.

El interior de la tienda no tenia nada de particular: entonces no hubiera podido concebirse que en una barbería estuviesen las paredes llenas de grandes espejos con marcos dorados, hubiese colgaduras, alfombras, cómodos sillones y cuantos adornos ha inventado el lujo, ni que se llamase salon ó gran salon, á despecho de la gramática, la retórica, el diccionario de la lengua y el sentido comun. Es verdad que á muchos que han estado cinco años en un colegio y asistido otros siete á una universidad, les hemos oido decir *saloncito*, con la misma frescura que mi lavandera dice *bajé á bajo*, y podria decir *ojazitos*, por aquello de que para significar ojos grandes se les llama ojazos, y para darles mas

importancia no encontraria inconveniente en decir *grandes ojazos*, como los barberos y limpia-botas *gran salon*, y que por consiguiente, para significar ojos pequeños deberia buscarse el diminutivo de ojazos que es *ojazitos*, como *saloncito* de salon. Pero dejando á la Academia de la lengua lo que es suyo, y volviendo nosotros á lo que nos importa, diremos que en la tienda de Canuto del Rincon habia lo siguiente: ocho sillas, un banco de pino, que en las noches de verano se colocaba en la calle junto á la puerta, para sentarse en él y tomar el fresco sin temor de que la policía urbana reparase en semejante cosa, como tampoco repara en nuestros dias cuando los vecinos de algunas calles se sientan formando corro en la acera y obligan á los transeuntes á ir por el empedrado con mengua de las botas y los piés y notable disminucion en la venta del papel de multas, que como otros muchos papeles, incluso el sellado, no sirve en España mas que para aumentar el número de papeles inútiles; habia tambien, y seguimos nuestra descripcion, una mesa de nogal, y sobre ella dos peines, un bote de vidrio, una tigera grande, dos vacías de cobre y una piedra de afilar colocada dentro de un plato de Talavera, sin duda para recoger el aceite que de ella gotease; en la pared habia un espejo que no tendria mas de un pié de largo, un navajero de badana encarnada con seis navajas, un pedazo de lienzo y una guitarra de cinco cuerdas, y colgada de un alambre que pendia del techo, una jaula prision de un canario.

La tienda de Canuto era muy concurrida por personas de todas clases que iban, no solamente á limpiar su cara y arreglar sus cabellos, sino á pasar algunos ratos en conversacion, pues el establecimiento podia competir con las gradas de San Felipe en cuanto á ser el lugar donde se podian adquirir noticias de todas clases, y el barbero era hombre divertido por su carácter raro, además de que tenia en su compañía á un mancebo que tocaba la guitarra con raro primor y cantaba como una sirena. Tambien ocupaba Canuto el cuarto principal de la casa y en él recibia á las señoras de la clase media que solian ir á peinarse en dias de fiestas y saraos.

La reputacion del barbero era envidiada por todos los de su oficio, y él, envanecido con la hidalguía de su cuna y con la honra de ser el que ponia las manos en la cabeza del rey, no se hubiera cambiado ni por un comerciante rico ni por un labrador honrado. La verdad es que Canuto era un hombre conocido de todos los habitantes de Madrid, y aun habia llegado á adquirir cierta celebridad. Se le tenia por hombre honrado, pero codicioso, y muchos le creian malicioso y astuto, mientras que otros no le concedian sino el sentido comun; pero en lo que todos estaban conformes, y no podia haber duda, era en que el buen Canuto podia competir con todos los habladores de la villa, pues su locuacidad no tenia ejemplo.

La mañana en que tuvo lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior, y tambien cuando la aurora esparcia sus resplandores, llegó á la puerta de la casa del peluquero un jóven apuesto de bizarro continente, y que todo lo mas tendria diez y nueve ó veinte años. Tenia el rostro aguileño, la frente espaciosa, los ojos grandes, negros, vivos y de centellante pupila. Su cabellera negra y sedosa, peinada con descuido, sus cejas del mismo color, finas y arqueadas graciosamente, sus largas pestañas y una sospecha, perdónesenos la frase, de bigote tambien negro, completaban su varonil y no comun belleza de atractivos que nos atreveremos á llamar irresistibles para cualquier mujer que hubiese contemplado algunos minutos al mancebo. No debia ser persona de noble calidad, porque su traje, aunque lujoso hasta cierto punto, carecia de los adornos y bordados que en aquella época eran solamente permitidos á los nobles de sangre. Sin embargo, nadie hubiera tenido dificultad en creer que era un mancebo de elevada clase, vestido de aquel modo por conveniencia ó capricho. En la espresion de su semblante revelaba un atrevimiento, una audácia que no era propia de su edad, sino de un hombre de esos valientes intrépidos que ante nada cejan cuando han dado el primer paso, y á nada temen en ninguna circunstancia de la vida. Tambien se adivinaba en el fuego de sus ojos un ingénio agudo y vivo, y una astucia tan precoz como la intrepidez que dejaba sos-

pechar. Fuese ó no cierto lo que aparentaba, lo que no podia ponerse en duda era su belleza y el don de fascinar con su mirada penetrante y espresiva.

Cuando llegó á la puerta no llamó, sino que echando atrás la capa, sacó una llave, abrió y entró, volviendo á cerrar y subiendo la escalera bastante de prisa á pesar de que estaba completamente oscura. Como la de abajo, abrió la puerta del cuarto principal sin hacer el mas leve ruido y penetró hasta un gabinete muy escasamente iluminado por la claridad que se deslizaba por el postigo de una ventana.

—He llegado á tiempo, —murmuró el jóven despues de pararse y escuchar. —Duerme todovía.

Y echando una ojeada á la puerta de una alcoba, de donde salia el ruido de una respiracion agitada, entró en otra que habia en frente, se desnudó y acostó en una cama, sino lujosa, blanda y limpia, quedándose dormido á los pocos instantes.

Cerca de una hora pasó sin que nada interrumpiese el silencio que reinaba en toda la casa.

Se dejaron ver los primeros rayos del sol.

Se oyó el crugido de alguna ventana ó puerta al abrirse, el de pasos en la calle y ese rumor que al amanecer se estiende en las poblaciones.

La luz del dia permitió al fin ver todos los objetos de las habitaciones donde hemos hecho entrar al lector, y que eran un gabinete y dos alcobas, en una de las cuales dormia Canuto del Rincon, ó el señor Canuto, como todos le decian.

Una mujer que tendria sesenta años, pequeña, de cuerpo grueso y de cándido rostro, asomó á la puerta del gabinete, y gritó con voz chillona:

—Señor amo.

—Ya, ya, —contestó medio despertando el peluquero.

—Es muy de dia...

—Bien, voy á levantarme, —repuso Canuto.

Y se restregó los ojos, esperezóse, bostezó y salió de la cama á los pocos momentos.

Renunciamos á pintar al peluquero en ropas menores y con un gorro de dormir blanco y de forma cónica: hubiera podido tomársele por un esqueleto acabado de salir de un baño de cal.

Aunque tenia fama de codicioso, y efectivamente lo era, no lo daba á conocer en la ropa que era bastante fina y nueva, y esto consistia en que á la avaricia reunia la vanidad y la presuncion. Púsose unas calzas de seda y calzones de beludillo azul atados bajo la rodilla con grandes lazos de cinta de color de rosa muy subido, jubon de tafetan del mismo color y ropilla igual á los calzones, con brahoneras de seda muy abultadas, y tambien de color de rosa como los lazos, y zapatos de cordoban negro, completando su adorno una valona de lienzo fino blanco, tan ancha que le llegaba á los hombros y le cubria gran parte del pecho y la espalda. Peinó esmeradamente su cabellera blanqueda por sus cincuenta y mas años, pero negra otra vez por la virtud de un unto cuyo secreto poseia él solamente y le habia valido bastante dinero. Con no menos cuidado arregló y retorció su bigote, que era larguísimo y espeso, cualidad que disimulaba un poco el hundimiento de sus flacas megillas, en cuyos huecos hubieran podido esconderse sin ninguna dificultad dos huevos de gallina. Aunque ya hicimos su retrato, volveremos á decir que su curva, larga, delgada y movible nariz hubiera podido servirle de abanico, ya por su forma y tamaño, cuanto por la facilidad con que la agitaba, ó mas bien sacudia de derecha á izquierda, especialmente en los casos de apuro ó en los momentos de alegría. Su boca era grande y de lábios muy delgados, y sus ojuelos redondos, verdes como esmeraldas y vivos y alegres. Era flaco de cuerpo, muy flaco, y sus movimientos parecian los de un gracioso de comedia que se hubiese propuesto hacer reir mas con los ademanes que con los chistes. Canuto del Rincon era, en fin, un tipo raro, una verdadera caricatura, y difícilmente podia mirársele sin que provocase la risa su estravagante figura. Cuando acabó de vestirse y de rezar sus oraciones, porque era muy buen cristiano, santiguóse, salió al gabinete, abrió la ventana de par en par, y acercándose á la puerta, gritó:

—¡Marcelina!

La mujer que antes habia entrado, volvió.

—Buenos dias tenga vuestra merced,—dijo.—Alabado sea Dios y la Vírgen santísima, su bendita Madre, amen.

—Amen,—repuso Canuto.

—¿Qué manda vuesa merced?

—¿Hace mucho que se levantó mi sobrino?

—El señor Felipe duerme todavía,—contestó la vieja.—¿Pues qué, no lo ha visto vuestra merced?

—¡Que duerme!... ¡Oh!—exclamó el peluquero con acento de sorpresa y levantando al cielo las manos.—¡A estas horas y la tienda sin abrir, y las navajas sin afilar!... ¿Qué dirá de mí el que lo sepa?

Y entrando en la alcoba donde estaba el mancebo, se acercó á la cama y gritó:

—¡Señor sobrino, señor sobrino!

Despertó el jóven, miró sorprendido al peluquero, y dijo mientras estiraba los brazos:

—Buenos dias, mi querido tio.

—¿Qué significa esto?—replicó Canuto con afectada severidad.—Sabeis la hora que es y que está la tienda sin abrir y las navajas sin afilar y...

—No lo sé, ni es culpa mia, porque no he despertado.

—Pues en eso precisamente consiste la falta, caballerito.

—Sosegaos, mi querido tio y protector,—repuso Felipe con tono cariñoso;—sosegaos y pensad que la falta es de esa vieja pesada que no me ha llamado...

—Respetad á los mayores en edad, saber y gobierno: ¿lo entendeis?

—En edad, es mayor que yo, porque ella tiene sesenta años; en gobierno, tambien, porque yo, ni aun á mí mismo puedo ni sé gobernarme; pero en saber... sí, sí, tambien es mayor y muy mayor, porque es necesario que tengais entendido, por lo que pueda importar, que la tal Marcelina tiene mas conchas que un galápago, que es una ostra, un...

—¡Silencio!

—Obedezco.

—Vestíos, que yo os diré lo que hace al caso sobre vuestra conducta.

—Al momento.

—Entre tanto voy á la tienda para desquitar el tiempo que habeis perdido y hacer lo que vos debiérais tener hecho ya.

—No os molesteis, porque yo me visto en menos tiempo del que necesitais para bajar.

—No importa, en la tienda os aguardo para hablar largamente.

—Como os plazca.

—Y cuidado con decir una palabra á la señora Marcelina, porque ya sabeis que le tengo mandado que no os llame.

—Bien, —contestó el jóven mientras salia de la cama y empezaba á vestirse: —nada le diré, pero permitidme que en el fondo de mi corazon...

—Cuidado con lo que se habla, señor Felipe.

Este exhaló un suspiro é hizo un gesto de resignacion, aunque interiormente lo que sentia eran ganas de reir.

—Es preciso que os enmendeis, —repuso el peluquero, siempre con la misma cómica severidad.

—¿Pero en qué consiste mi delito? ¿En qué para que así os enojeis? ¿No os respeto y os amo como si fueseis mi padre?

—Con quererme no haceis otra cosa mas que pagarme: ya sabeis, señor Felipe, ó señor sobrino, como os llamo para cubrir las apariencias, ya sabeis los sacrificios que me costais.

—Me lo habeis dicho muchas veces.

—Un sentimiento de compasion me hizo salvaros la vida con riesgo inminente de la mia. Todavía me acuerdo de aquella noche: llovia y tronaba como si hubiese llegado el fin del mundo. ¡Qué noche, Dios santo, qué noche! Entonces no era yo peluquero de su majestad, pero ya contaba con una buena parroquia de los principales señores de la corte. El señor marqués de Santa Rosalía tuvo aquella noche el capricho de peinarse á las doce,

sin duda para ir á ver á alguna dama, y volvia yo por cierta calle, cuando cata aquí que tropiezo con un hombre muerto, un hombre á quien habian asesinado. ¡Qué horror, Felipe, qué horror!... Con el cadáver habia un niño recien nacido que eras tú...

—¿Pero y las señas del muerto?—replicó Felipe, cuya frente se habia contraido durante el relato de Canuto.

—¡Las señas!... ¿Era cosa de examinarle el rostro en aquellas circunstancias?

—¿Teníais miedo?

—Sí, pero un miedo que cualquiera hubiese tenido, el de que asomase una ronda y me echase mano, creyendo que yo era el asesino; y entonces nada hubiera podido librarme de la horca: ya ves que no debia perderse un momento, sino apartarse corriendo de allí.

—Pero bastaba un instante, y mas para vos que conoceis á todo el mundo.

—No, Felipe, no,—repuso el peluquero que, entusiasmado con su relato, habia olvidado su enojo y empezaba á tutear al jóven.—Sonaban pasos en la calle inmediata, y ademas oí que que abrieron una reja como para escuchar y observar. Otro cualquiera se hubiese alejado de allí para huir del peligro, pero yo que lo arriesgo todo cuando se trata de hacer un bien, dejé mi linterna sobre un guarda-canton... ¡oh!... parece que lo estoy viendo, un guarda-canton de cuatro palmos de altura... aun está en el mismo sitio, y muchas veces lo contemplo y exclamo: «¡Oh, piedra, mudo testigo de mi generosa accion, sobre tu cúspide tosca coloqué mi linterna!...» Una vez desembarazado de la linterna, me acerqué al cadáver, te tomé en mis brazos, estampé un beso en tu frente, te abrigué con mi capa y me alejé despues de tomar prudentes precauciones para reconocer á tus padres, si algun dia parecian, precauciones fundadas en la sospecha que tuve de que el hombre que te llevaba no estaba muerto, ó que aun estándolo, alguien heredaria su ropa.

—Eso es lo que no he podido comprender nunca,—dijo Felipe.—¿Qué tiene que ver la ropa del hombre que me llevaba con

mis padres? ¿Dejásteis en sus bolsillos algun papel? ¿Por qué no me esplicais eso?

—Es mi contraseña, y dejaria de ser tal si no guardase el secreto.

—¿Pero no tengo yo el derecho de saber cuanto se refiere á mi nacimiento?—replicó el jóven con impaciencia.

—Hay por medio intereses...

—¡Siempre misterios!...

—He gastado mis ahorros y cuanto he ganado para criarte y educarte como si fueses el hijo de un marqués: tuvistes una nodriza en Pinto, que me costaba tres ducados mensuales; te he costeado un maestro que te ha enseñado á leer y escribir mejor que un covachuelista, y ahora ves que nada escaseo para que pases una vida cómoda y te presentes con toda decencia, hasta con lujo, pues solo un hidalgo de buena fortuna podria llevar esa ropilla de paño fino como la seda y ese jubon de tafetan valenciano.

—No puedo quejarme de vos,—contestó Felipe:—es verdad que gastais mas de lo que debeis en mí; pero todo eso lo daria por conocer á mis padres, por un nombre cualquiera.

—Aun no he perdido las esperanzas de que lo consigas, y como por el pañal en que te encontré envuelto sospecho que eres hijo de personas de calidad noble, te he educado con todo esmero para que nada tengan que echarme en cara. Es verdad que he gastado mas de lo que podia, pero tu padre me resarcirá, así como tambien será justo pagándome, no solamente lo que contigo he gastado, sino mis afanes y el riesgo que aquella noche corrí, con mas, la recompensa debida á mi buen proceder.

—No puede ocultar su avaricia,—dijo para sí el jóven.

Y luego añadió en voz alta:

—Permitidme señor Canuto que os diga una cosa.

—¿Cuál?

—Que no debeis haber tenido mucha habilidad para buscar á mis padres, porque en diez y ocho años que van trascurridos...

—¿Y qué has conseguido tú en tres años?

—Primeramente, tres años que hace conozco el secreto, no

son diez y ocho, y además, me faltan antecedentes que siempre os negais á darme. Os pregunto por la calle en donde me encontrásteis, y no quereis decírmelo; os pido las señas del hombre que me tenia, y me contestais que no las sabeis, llevando vuestra reserva hasta el punto de ocultarme una señal que me habeis dicho habia en mi envoltura.

—¡Oh!—murmuró el peluquero, agitando su larga nariz y quedando pensativo.

—Eso es injusto,—añadió Felipe con tono de enérgica resolucion,—y así jamás conseguiré salir de mi triste estado.

—¡Señor Felipe!—exclamó Canuto, volviendo á dar á su acento la entonacion sublime á que era tan aficionado.—¿Así os rebelais contra la autoridad respetabilísima de mi generoso proceder y mis pecuniarios sacrificios? ¿Así me pagais el haber hecho creer á todo el mundo que sois mi sobrino, es decir, que corre por vuestras venas mi sangre, la sangre de un Rincon? ¡Negra ingratitud!

—¿Y de qué me sirven vuestros sacrificios ni el título de sobrino que me habeis dado?—replicó Felipe sin alterarse.

—¡Oh!—exclamó el peluquero con tono compungido y elevando al cielo una mirada.—Bien dice el refran: «cria cuervos y te sacarán los ojos.»

—Pero criar cuervos para encerrarlos en una jaula y que se mueran de tristeza, no es hacer un bien.

—¿Habeis perdido el juicio?

—Lo que yo necesito, señor Canuto, es un nombre, que aunque no sea tan ilustre como el vuestro, sea mio, y sino mi libertad para lanzarme al mundo y salir de la triste condicion de barbero: ¿lo entendeis?

—¡Horror, horror!—exclamó Canuto, ocultando el rostro entre las manos.

Felipe se encogió de hombros y dijo:

—Es necesario que salgamos de esta situacion.

—He debido esperar esto. Muchas veces os habeis rebelado contra mi autoridad, habeis demostrado vuestra ingratitud, y ni

consejos ni amenazas han valido para moderar vuestro atrevimiento.

—Ingrato no soy; os amo casi como á un padre, os lo juro,—replicó el mancebo, dando á su rostro la mas noble espresion;—pero no puedo vivir así, quiero morir ó ser algo mas que un miserable barbero; no pongais vallas á mis aspiraciones, dejadme obrar, y si en la lucha venzo, ya vereis cómo pago con creces lo que habeis hecho por mí.

—¿Pero qué intentas?

—Ante todo, buscar á mis padres, y si no los encuentro, haré cualquier cosa, todo menos pasar la vida tranquilamente rapando barbas, seré soldado si no encuentro otro camino mejor.

—¡Abandonarme!

—Eso no es abandonaros.

—¿Quereis mas libertad de la que teneis? ¿Habeis olvidado que algunas noches, sin mi licencia ni temor á mi enojo, no habeis vuelto á casa hasta el amanecer, obligándome á que os prohiba semejante desórden del modo mas severo? ¿No teneis por vuestros los dias de fiesta y os doy mi permiso y dinero para que vayais á los corrales de comedias y á la botillería? ¿Qué mas quereis á los diez y ocho años, mancebo loco?

—Un nombre, ya os lo he dicho; un nombre, y... ¡no ser barbero!

—Es decir, que ahora que soy viejo y vos podeis ayudarme á ganar la subsistencia, quereis dejarme solo.

—¡Oh!—murmuró Felipe, inclinando la cabeza y dando en su rostro señales de la emocion que sentia.

—¡Abandonarme ahora!...

—Basta, señor Canuto,—interrumpió el jóven;—olvidad lo que he dicho, me quedaré á vuestro lado, seré barbero y trabajaré sin descansar.

—¡Felipe!—exclamó el peluquero con dulzura.

—Pero en cambio, si quereis decirme todo lo que tiene relacion con mi nacimiento, para que me sea mas fácil encontrar á mis padres...

—Sí, todo lo sabrás, —interrumpió Canuto. —Tu noble proceder me obliga; pero cuida de ser discreto y prudente.

—Descuidad.

—Ven que voy á enseñarte el pañal en que ibas envuelto, un papelito que llevabas entre la faja, y lo que ya te he dicho que ha de servir de contraseña.

—Gracias, mi querido protector.

Canuto llevó á Felipe á otro aposento, y le dijo:

—Siéntate para que me escuches mejor.

Luego se acercó á un armario, le abrió y sacó una caja de nogal cerrada con llave.

El mancebo la miró con afan.

—Aquí, —dijo Canuto, —lo tengo todo guardado cuidadosamente. Mira.

Y abriendo, sacó un lienzo fino, y enseñó á Felipe una de las puntas que estaba bordada.

—Esto es una letra, —repuso.

—Sí, una F.

—Y sobre ella...

—Se ha querido figurar el aro de una corona.

—Lo has comprendido.

Las megillas de Felipe se pusieron rojas, y sus negros ojos brillaron como dos áscuas.

—Sí, —dijo, —está bien claro, mi padre tiene corona, pero como no me pertenece, porque no soy hijo legítimo, la han dejado á medio hacer. Lo que no puede adivinarse es, si la corona es de duque, marqués ó conde... ¡Oh!...

—Y esta F...

—Será la primera letra de su nombre...

—Creo que no.

—¿Del de mi madre?

—Tampoco.

—¿Entonces?...

—Del tuyo, es decir, del que querian ponerte.

—Tal vez.

—Mira la prueba,—repuso Canuto.

Y sacó un papelito donde con letra muy menuda decia:

«Felipe, Augusto, Juan, Francisco, María.»

—¡Ah!—exclamó el mancebo, cogiendo el papel y besándolo mientras que de sus ojos salian dos gruesas lágrimas.—¡Esto debe estar escrito por mi madre!... ¡Pobre madre mia!... Tambien habrá regado muchas veces con su llanto este lienzo mientras lo bordaba... ¡Oh!... ¡Y no puedo abrazarla!

Por algunos instantes no se acordó el jóven mas que de besar aquellos objetos. ¡Con cuánta violencia palpitaba su corazon, y cómo sin vacilar hubiera dado entonces la mitad de su vida por ver á su madre!

—Creí,—dijo Canuto, que tambien se sentia conmovido,—que no estabas bautizado y que los nombres que habia en este papel eran los que tu madre queria que te pusiesen.

—Seguramente no os equivocasteis, y os agradezco que hayais cumplido su voluntad.

—Solo una cosa me falta que decirte.

—¿La calle donde me encontrásteis?

—La de Milaneses: allí verás el guarda-canton...

—¿Y la contraseña de que me habeis hablado?

—Aquí la tienes,—contestó el peluquero.

Y sacó el pedazo de paño que habia cortado de la capa de Hernando.

—¿Qué significa esto?

—Que de la capa, bien mojada por cierto, del cadáver ó herido, corté este pedazo para comprobar en todo tiempo y convencerme de que la persona que te reclame tiene derecho á ello.

—¿Pero las señas de aquel hombre?.,.

—Nada puedo decirte porque no le examiné el rostro.

—¡Oh!...

—Al dia siguiente empecé mis averiguaciones, pero todo fué inútil, ni siquiera se hablaba de que hubiesen muerto á nadie la noche anterior, y cuando yo decia que habian asesinado á un hombre en la calle de Milaneses, todos se encogian de hombros

En las gradas no se hizo mencion de ninguna riña, cuaudo no pasa dia sin que se hable de tres ó cuatro pendencias y robos. Sin embargo, no desmayé y seguí haciendo pesquisas, pero sin ningun resultado. Seis años despues conseguí que el rey me nombrase su peluquero, y mi entrada á todas horas en palacio me hizo volver á mis averiguaciones con mas ardor que nunca; pero como antes, nada pude saber, y así ha pasado el tiempo hasta hoy. Es cuanto puedo decirte, si tú eres mas afortunado, me alegraré porque deseo tu felicidad.

Felipe quedó silencioso, revolviendo en su mente mil encontrados pensamientos y sin saber qué hacer en aquella situacion. Ya no le quedaba duda de que su padre era un hombre ilustre, segun lo indicaba el trozo de corona, y decimos que no le quedaba duda porque, á pesar de que el bordado no era una prueba, él lo consideraba como tal. Lo que sufrió en aquellos momentos es imposible hacerlo comprender: su ambicion, sus instintos de independencia y su orgullo le atormentaron como nunca, agitando su espíritu á la vez que las tiernas emociones que sentia al contemplar los recuerdos de su madre.

El peluquero estaba tambien meditabundo y solia mover su larga nariz porque pensaba en el buen negocio que haria si Felipe encontrase á sus padres.

Largo rato pasó sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra, hasta que, guardando nuevamente Canuto el papel, el lienzo y el paño, y poniendo en el armario la cajita, dijo:

—Voy á la tienda, Felipe. Quédate algunos momentos para sosegarte, y baja luego porque ya es hora de que vengan nuestros parroquianos madrugadores.

Quedó solo el mancebo, se pasó las manos por la frente, echando atrás su negra y reluciente cabellera, y dijo:

—Imposible, no puedo permanecer tranquilo. ¡Yo hijo de un duque, de un marqués ó conde y resignarme á pasar la vida sin ser mas que un miserable barbero!... ¡No, y cien veces no!... ¡Y ella!... ¡Oh!... Ella tal vez me amaria si yo tuviese un nombre... ¡Locuras!... ¿Y quién sabe?...

Sus negros ojos se animaron y su pálida frente se enrojeció.

—¡Es tan hermosa! —murmuró con acento de lánguida dulzura.—¡Ah!... ¡Y no puedo decirle que la amo, no sabe lo que sufro cuando la veo ni cómo mi corazon palpita al escuchar su voz!

No sabemos á qué dulces ideas se entregaria Felipe, pero sí podemos decir que su hermoso semblante se dilató, se entreabrió su boca como para sonreir y cada instante brillaron mas sus negras pupilas.

Así permaneció largo rato; pero luego se contrajo su frente, cambió en adusta la mirada dulce de sus ojos, apretó los puños y exclamó:

—¡Tengo valor para todo! ¡Moriré ó venceré!

La voz de Marcelina lo interrumpió.

—Señor Felipe,—gritó la vieja, — vuestro tio os llama.

—Me habia olvidado de él... ¡Si supiera que he pasado la noche fuera de casa!

Felipe bajó á la tienda, y por uno de los esfuerzos de su poderosa voluntad, consiguió dar á su semblante una espresion de sencilla alegría que no dejaba sospechar lo que pasaba en su interior.

CAPITULO IV.

Una carta de cinco renglones y una respuesta de cinco palabras.

A las diez de aquella mañana despertó el rey Felipe IV, y antes de recibir á nadie preguntó por su escudero Hernando y ordenó que entrase en el régio dormitorio.

—El cielo guarde á vuestra majestad,—dijo el escudero, acercándose al monarca.

—Y á tí,—contestó este que parecia haber despertado de buen humor.—¿Qué noticias corren por la villa?

—Ningunas, señor.

—¿Ni me traes tampoco de doña Ana?

—Tampoco.

—¿No salió al fin anoche?

—No, señor.

—¿Ni fué el conde?

—Tampoco.

—¿Y don Pedro?

—Menos.

—De manera...

—Que pasó la noche sola.

—¿Hubo serenatas?

—Ninguna.

—Cosa rara fué.

—Pero no faltó quien rondase.

—¿El desconocido de siempre?

—El mismo, y no pude equivocarle porque la luna favoreció mis observaciones.

—Dímelo todo,—repuso Felipe, incorporándose con muestras de vivo interés.

—Nada de particular: llegó, se detuvo frente á la casa y permaneció allí cerca de media hora sin moverse, contemplando los balcones por cuyas rendijas se escapaban algunos destellos de la luz que dentro habia.

—¿Y luego?

—Se alejó sin haber tocado ni cantado.

—¿Quién será ese hombre?

—Fácil es saberlo si vuestra majestad quiere,—contestó Hernando.

—Evitemos los escándalos.

—Por eso no hago mas que observar.

—Hasta ahora no ha estorbado.

—Y es posible que doña Ana no se haya apercibido de semejante galanteo.

—Así debe ser.

—Supongo que se cansará de contemplar los balcones.

—Sin embargo, las mujeres son muy caprichosas, y si doña Ana observase la rara conducta de ese hombre...

—Es muy difícil que suceda.

—Pero no imposible.

—Ella no se asoma ninguna noche aun cuando él toque su guitarra y cante con su voz dulce las canciones mas tiernas.

—¿Y si vá tambien de dia?

—Puedo asegurar á vuestra majestad que no.

—Esa mujer me quita el sueño, Hernando.

—Es muy hermosa, señor.

—¿Creerás que anoche no he podido dormir lo menos en dos horas, pensando en ella?

—Lo siento, porque si continúa como hasta ahora...

—¿Debo perder la esperanza?

—Creo que sí, señor.

—¡Oh!—murmuró el monarca, palideciendo ligeramente.

Y quedó silencioso por algunos momentos.

—¿Y Felipe?—dijo, cambiando de conversacion y mientras se dejaba caer nuevamente en la cama.

—Fuera está esperando que vuestra majestad lo reciba.

—Que entre, quiero verlo.

Iba Hernando á salir para llamar al jóven, pero se detuvo al ver á un gentil-hombre que asomó á la puerta con un pliego.

—Señor...

—Adelante,—contestó el rey.

—Una carta de doña Margarita de Guzman, y como vuestra majestad tiene mandado...

—Sí, sí... venga.

—Hernando palideció.

Felipe IV abrió la carta, pero se detuvo, y entregándola á su escudero le dijo:

—Lee tú... la luz no me viene bien.

Tomó Hernando el papel, y esforzándose para ocultar su turbacion, leyó lo siguiente:

«Señor, deseo ver á V. M. para pedirle una gracia. Mi hija ama á un paje vuestro llamado Felipe que ha sido criado por Hernando Prieto. Ya sabe V. M. que nada tengo en el mundo que pueda consolar mis amarguras mas que mi hija, y no quisiera sacrificarla.»

—¡Hernando!—exclamó el rey, sentándose en la cama como si le hubiese picado una vívora.

—Señor,—balbuceó el escudero temblando.

—¡Felipe enamorado de Isabel, de su hermana!...

—Así dice...

—Pero tú...

—Nada sabia, señor.

—Continúa leyendo.

—No dice mas... saluda á vuestra majestad y firma...

—Esto me faltaba, Hernando. ¡Se aman, se aman y son hermanos!...

—Sí, hermanos...

—¿Y qué hemos de hacer?

—Señor,—dijo el escudero que no acertaba á hablar,—es preciso evitar á toda costa...

—¿Pero qué ha de hacerse?—interrumpió el monarca con impaciencia.

—El convento... y...

—Pero entre tanto se verán, y como se aman y no saben que son hermanos...

—Vuestra majestad... ordenará...

—¿Dónde se han visto?

—Lo ignoro... esta es la primera noticia que tengo de semejante cosa...

—Corre, Hernando, corre y dí á doña Margarita... dile...

—¿Qué, señor?

—No debe descubrírsele por completo el secreto, quiero respetar la memoria de doña Inés...

—Entonces le diré...

—Solamente que «Felipe es hermano de Isabel.»

—Encargándole...

—Que vigile á su hija mientras entra en el convento, pero que no le descubra el secreto...

—Bien, señor.

—Una idea me ocurre,—dijo Felipe IV, dándose una palmada en la frente:—haremos salir á mi hijo de la córte por unos dias, y mientras...

—Comprendo.

—Dile que se prepare á marchar para dentro de tres horas, y entre tanto no lo pierdas de vista.

—Mucho va á sufrir.

—¿Por qué?

—Está enamorado...

—Y tú torpe como nunca.

—Señor...

—No has de decirle que tengo noticia de sus amores, y así marchará tranquilo y descuidado.

—Es verdad.

—No te detengas.

—¡Pobre hijo mio!—dijo para sí el escudero.

—Cuidado, Hernando; mira que el asunto es muy grave.

—Harto lo sé.

—Dí á Felipe que espere tu vuelta, pero que no entre porque estoy ahora muy alterado.

El escudero salió para cumplir las órdenes del monarca, y este quedó pensativo y nada contento porque sospechó que los tales amores habian de darle mucho que hacer.

CAPITULO V.

Donde volveremos á ver á doña Margarita.

Hernando, no muy tranquilo, se dirigió á casa de doña Margarita, pensando, lo mismo que el rey, que aquellos amores habian de proporcionarle muchos disgustos. Su situacion era demasiado penosa y delicada: tenia que ver sufrir á su hijo sin poder ayudarle ni consolarlo, verlo quizás morir á impulsos de su dolor y mostrársele casi insensible mientras se desgarraba su corazon de padre.

Doña Margarita, aunque no tan pronto, esperaba una contestacion del rey, de manera que no le sorprendió la visita del escudero.

Estaba la dama sola en un gabinete cuando le anunciaron la llegada de Hernando.

—Que entre,—dijo, no con la voz clara y vibrante de su juventud, sino con acento lánguido.

Y dirigió á la puerta una mirada que tampoco era la viva y

ardiente de sus veinte años, pues aunque estaba en lo mejor de su edad, el llanto que le habian hecho derramar sus desgracias habia apagado el brillo de sus negros y encantadores ojos.

El escudero entró pálido, y no tan turbado como hubiera debido estar, gracias á su costumbre de dominarse.

—¿Venís de parte del rey?—le preguntó afanosamente doña Margarita.

—Sí, señora,—respondió Hernando:—su majestad me envia.

—¿Ha recibido mi carta?

—Aun no hace media hora.

—¡Si supiera cuánto le agradezco su prontitud en contestarme!

—Hay asuntos, señora, que no deben dilatarse un momento, y el que os ha obligado á escribir á su majestad es uno de tantos y ocupa toda su atencion.

—¡Mi pobre hija!...

—Sí, es muy desgraciada desde que nació.

—Nadie como vos puede saberlo.

—Y me pesa, señora, porque, francamente, es muy desagradable no ver mas que lágrimas y dolores.

—Pues á pesar de todo, señor Hernando, si el rey desiste de su idea de encerrar á mi hija en un convento, y consiente en que se case con el hombre á quien ama, me consideraré feliz.

—Sí,—dijo el escudero que no se atrevia á dar la contestacion,—una madre... no tiene mas felicidad que la de su hija...

—Y así lo habrá comprendido su majestad...

—Así lo comprende... no desconoce que el llanto de vuestra hija es vuestro llanto, que su dicha es la vuestra...

—¿Y vos,—repuso la dama,—nada sabíais de esos amores?

—Nada, señora; absolutamente nada: ¡si yo los hubiese sospechado siquiera!

—¿Pues no os los ha descubierto hoy Felipe?

—¿Felipe?—repitió turbado el escudero.—Sí, pensaria de-

círmelo, pero... no lo he visto hoy porque... salí de casa antes que despertarse...

—Supongo que aprobareis...

—Soy de la opinion de su majestad.

—Pero aun no me habeis dicho...

—Es verdad...

—¿Traeis alguna carta?

—No.

—¿El rey os ha dicho?...

—Cinco palabras para que os las repita.

—¡Cinco palabras!—repuso doña Margarita con tono de estrañeza.

—Sí, señora.

—Y son...

—Contadlas bien y no las olvideis.

—¡Oh!—replicó la dama.—Me haceis temblar... vuestro semblante... vuestro acento...

—Su majestad no puede responder otra cosa que lo que voy á deciros.

—Acabad,—repuso afanosamente doña Margarita.

—El rey... os contesta diciendo que...

—¡Oh!... ¡De una vez!

—Felipe es hermano de Isabel.

Doña Margarita no pudo reprimir un grito de espanto; sus ojos se abrieron estremadamente, y fijó en el escudero una mirada de sin igual sorpresa.

—¡Oh!—exclamó con voz ahogada.—¿Qué habeis dicho, qué habeis dicho?

—Que son hermanos,—repuso el escudero, cuyo corazon palpitó con estremada violencia.

—¡Hermanos!

—Sí, y por consiguiente...

—Pero esplicaos...

—¿Qué mas he de deciros?...

—No comprendo...

—Es muy sencillo, señora: Felipe es hijo del rey.

—Pero su madre...

—No puedo deciros quién es porque su majestad quiere guardar el secreto para que no padezca la honra de una dama.

—Esa reserva...

—Nada importa el nombre de la madre de Felipe; sea quien fuere, siempre tendremos el mismo resultado.

—¡Dios mio!—exclamó la dama con acento de la mas dolorosa angustia.—¿Qué vá á ser de mi pobre hija?

—¡Oh!—dijo Hernando, apretando los puños con despecho.—¿Y qué vá á ser del infeliz mancebo á quien ama?

—¡Hija mia!

—No tiene él quien pueda decirle lo mismo...

—Ambos son dignos de compasion.

—¡Desdichados!

—¿Y qué he de hacer en tal situacion, señor Hernando? ¿Qué he de hacer?... ¡Ah!... Aconsejadme...

—Señora, no podeis hacer mas que decir á vuestra hija que considere su amor como un sueño, porque es un imposible su union con el paje de su majestad; pero habeis de decírselo de modo que quede enteramente convencida de que es imposible, realmente imposible.

—Ese golpe le hará sucumbir...

—Y tened en cuenta que no puede descubrírsele el secreto, ya porque no es prudente, ya porque se enojaria á su majestad.

—¿Y en cuanto á Felipe?

—Yo le diré tambien que olvide á vuestra hija.

—Temo que intenten alguna locura: se aman y serán capaces de todo.

—No perdais de vista un momento á doña Isabel.

—Poca es toda vigilancia contra las trazas del amor, bien lo sabeis, señor Hernando.

—Es verdad, pero Felipe saldrá dentro de dos horas de la corte, y cuando vuelva habrá desaparecido vuestra hija.

—¿Y si ella se negase á ser monja?

—No creo que suceda así.

—¿Pero y si sucediese?

—Si se niega y resiste con esa firmeza que suelen tener las mujeres y contra la que nada vale, no será monja.

—¿Qué haremos entonces?

—Dejarla porque no hay medio para arrancarle de los lábios el juramento religioso; pero en cambio el poder del rey y el vuestro, son bastante para tenerla encerrada en un convento y estorbar que vuelva á ver á su amante.

—Es verdad, basta nuestro poder para atormentarla, para quitarle la vida lentamente, haciéndole sufrir los dolores de una horrible agonía.

—A nadie puede acusarse mas que á la fatalidad.

—No por eso es menor la desgracia.

—Señora, en esta ocasion necesitamos de todas nuestras fuerzas.

—Vos, al fin...

—Sufro tanto como vos.

—No sois padre...

—Es verdad,—dijo el escudero con amargura.

Y se oprimió el pecho porque apenas podia respirar.

Hubo algunos instantes de triste silencio. Doña Margarita lloraba mientras que Hernando, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, se paseaba á lo largo de la habitacion.

La situacion de ambos era muy dolorosa: tenian que sacrificar á sus hijos cuando tanto los amaban, separarlos cuando su mayor felicidad hubiera sido verlos unidos.

—Señora,—dijo al fin el escudero que sostenia en su espíritu una lucha horrible,—por lo que pueda suceder, os advierto que para todo podeis contar conmigo, pues aunque no pienso hacer al rey ninguna traicion, ni proteger esos amores, estoy dispuesto á dar la vida para endulzar, ya que otra cosa no sea, los dolores de esas desdichadas criaturas. Figuraos que Felipe es mi hijo y comprendereis hasta dónde llega mi deseo de aliviar su desgracia.

—Acepto vuestro ofrecimiento, señor Hernando, pues me servireis de mucho en mi situacion, porque de todo el mundo necesitaré.

—Ahora decid á vuestra hija que olvide á Felipe y que se disponga para entrar en el convento antes de seis dias.

—¡Infeliz!

—Mucho, señora,—tanto como Felipe,—replicó el escudero cuyo egoismo de padre no permitia que se considerase á la jóven mas desgraciada que á su hijo.

Doña Margarita exhaló un suspiro y enjugó su llanto.

—Dios me dé fuerzas,—dijo.

—Bien las necesitais,—repuso Hernando disponiéndose á salir.

—¿Os vais?

—Sí, señora.

—¿Volvereis?

—Al anochecer para que me digais el resultado de la entrevista que vais á tener con doña Isabel.

—Podeis figuraos...

—Sí, como si lo presenciase.

—¿Vais ahora á ver al rey?

—Sí.

—¿Qué le direis?

—Que he cumplido sus órdenes y que estais dispuesta á evitar que sigan esos amores cuya sola idea horroriza.

—Sí, sí... ¡Hermanos!... ¡Oh!...

—Que Dios os consuele, señora.

—Y á vos os guie, señor Hernando.

El escudero salió con el pecho agitado y la cabeza trastornada, diciendo para sí:

—¡Pobre hijo mio!... Puede ser feliz, y... ¿Por qué no ha de serlo? ¿Qué importa que el rey me pida cuentas de su hijo ni que me encierren en un calabozo ó me ahorquen por no haberlo guardado bien? ¿Qué me importa si es dichoso Felipe?... ¡Ah!... Pero no me creerian, se me pedirian pruebas y no tengo otras

que el testimonio del doctor Cañete que ha desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado. ¡Si yo encontrase al doctor!... Entonces mi hijo seria feliz aunque me costase la vida... Es preciso buscar al doctor y acabar este enredo: el rey será generoso conmigo; lo he servido lealmente y comprenderá que si me robaron á su hijo no fué mia la culpa.

Entre tanto doña Margarita, despues de hacer un esfuerzo para aparecer todo lo tranquila que le fuese posible, se dirigió al aposento de Isabel.

CAPITULO VI.

La madre y la hija.

Además de que doña Margarita poseia una pingüe renta, Felipe IV se habia mostrado liberal y espléndido con su antigua dama y su hija, de manera que esta, aun que retirada enteramente de todo trato, vivia con lujo y sin que nada echase de menos ni tuviese que desear su capricho. Su dormitorio era un aposento cuadrado con ventana á un jardin ó huerto, y estaba amueblado con todo el gusto y la riqueza imaginables. Las paredes estaban tapizadas de tela de seda color de rosa, encerrado el lecho entre cortinages del mismo color que daban á la estancia un aspecto de pureza y alegría propias de la niña inocente que se entregaba allí al sueño con todo el descuido de sus pocos años. Los muebles eran pocos, pero tambien de mucho valor: algunos sillones tallados primorosamente y forrados de igual tela que las colgaduras, una mesa dorada y un reclinatorio de ébano con un Crucifijo y almohadones de terciopelo morado que contrastaban singularmente con los risueños adornos del resto de la habitacion.

Isabel sabia que el escudero estaba hablando con su madre,

y como sospechaba el objeto de aquella entrevista, se habia encerrado en su dormitorio para orar fervorosamente, pidiendo á Dios que su padre hubiese accedido á sus deseos y la dejase en libertad de unirse al hombre á quien tanto amaba.

Con el temor y el deseo del que espera su sentencia de vida ó muerte, contando los segundos mientras que de sus lábios salian las fervientes palabras del rezo y las tiernas súplicas de su amor, así esperó la desdichada niña á su madre que entró en el aposento pálida y con el rostro contraido, porque le habia sido imposible aparentar serenidad en aquellos momentos de angustia y dolor profundo.

—¡Madre mia!—exclamó Isabel, corriendo á los brazos que doña Margarita le tendia.

—Siéntate, hija mia,—dijo la dama, esforzándose cuanto pudo para que el llanto no saliese de sus ojos.

—¿Habeis recibido contestacion del rey?—preguntó afanosamente la jóven.

—Sí.

—¿Y accede?...

—Escúchame.

—¡Ah!... Estais pálida... tiemblan vuestras manos... ¿Qué teneis que anunciarme?—dijo Isabel fijando en su madre una mirada que parecia querer penetrar hasta el corazon.

—Siéntate, Isabel,—repuso la dama mientras se oprimia el pecho como para contener las violentas palpitaciones de su corazon.

—Ya estoy sentada, madre mia; pero decidme...

—¿Tienes fé en mis palabras?

—¡Que si tengo fé en vuestras palabras!—repitió sorprendida la doncella.—¿Por qué me preguntais eso?

—Contéstame, Isabel.

—¿Lo dudais, madre mia?

—No, pero quiero estar completamente segura de que solo una indicacion te bastará sin mas esplicaciones.

—Algun mal me espera...

—De uno muy grande te has librado; de uno que si llegáras á conocer, te llenarias de horror antes de esperimentarlo.

El rostro de Isabel se puso pálido como el de un cadáver.

—Esplicaos, madre mia,—dijo.—¡Oh!... esplicaos porque me parece que nada hay tan horrible como la duda que en estos momentos me atormenta.

—¿Crees que alguien puede amarte como yo?

—No.

—¿Crees que si fuese necesario no daria yo la vida por tí, por una sola hora de tu felicidad?

—Sí, madre mia, sí.

—Pues bien, hija mia, tu madre que tanto te ama, tu madre que daria por tí la existencia y que no puede ser feliz si tú no lo eres, te manda olvidar á Felipe.

Isabel clavó en la dama una mirada de espanto, se oprimió el pecho y quiso exhalar un suspiro, pero se escapó de su garganta un grito desgarrador.

—¡Isabel!—repuso doña Margarita.

—¡Oh!... ¡Madre mia!—exclamó la doncella, rompiendo á llorar y arrojándose en los brazos de su madre.

Ninguna de las dos pudo pronunciar una palabra en largo rato: solo se oyeron los sollozos y ahogados suspiros que exhalaban como si con ellos saliese el corazon hecho pedazos.

Isabel regaba con su llanto el seno de su madre, y esta lloraba tambien y sus lágrimas caian en la negra y reluciente cabellera de la jóven.

¡Cuadro de dolor que ningun pincel hubiera acertado á representar, que ninguna pluma es bastante á esplicarlo!

—¡Madre mia!—volvió al fin á decir la doncella.

—¡Hija mia, hija de mis entrañas!—exclamó doña Margarita con acento que daba claras muestras de lo que sufria.

—¡Que olvide á Felipe!

—Sí...

—¿Y por qué, madre querida? ¿Por qué he de olvidarlo?

—Es preciso...

—¿No es digno de mi amor? ¿Es porque, como yo, no tiene un nombre?

—Entre vosotros,—dijo la dama con acento sombrío,—está el imposible.

—¡El imposible!

—Sí.

—¿Pero por qué?

—No puedes saberlo, ni me lo preguntes porque me desgarras el corazon.

—¡Oh!... El imposible es olvidarlo...

—Pide á Dios fuerzas...

—No, madre mia, no lo olvidaré porque mi voluntad es muy débil ante mi pasion. ¿No lo ha pensado así mi padre? ¿No le habeis dicho que yo amaba á Felipe con todo mi corazon, y que sin él no hay para mí felicidad?

—Sí, Isabel; tu padre comprende toda la intensidad de tu pasion y sabe que no serás feliz; pero hay otra cosa superior á su deseo, superior al mio y aun á tu mismo amor.

—¡Ah!—exclamó la niña, levantando al cielo sus negros ojos llenos de lágrimas.—¿En qué os ofendí, Dios mio?

—Resignacion, Isabel...

—¡Resignacion!—replicó la jóven á la vez que sus pupilas brillaban repentinamente y enderezaba su talle con febril energía.—¡Resignacion porque es la voluntad del rey sacrificarme!... No, madre mia, no me resignaré á morir sin haber defendido mi existencia contra el capricho y la arbitrariedad.

—¡Isabel!—exclamó asustada doña Margarita.

—No intenteis convencerme porque será en vano,—repuso la jóven con acento firme y mientras su rostro tomaba una espresion de energía que solo hubiera cuadrado á un hombre de mucho valor.—¿Quién tiene derecho á disponer de mi corazon? ¿Por qué quieren sacrificarme? ¿Por qué, decid, he de olvidar al hombre á quien tanto amo?

—Ya te he dicho que es un secreto...—repuso doña Margarita.

—¡Un secreto!... ¡Una tiranía injustificable y que yo rechazo!

—¿Qué estás diciendo?... ¡Oh!...

—No obedeceré al rey, amaré á Felipe y seré suya á despecho del mundo entero. ¿Quieren estinguir mi pasion? Que me quiten la vida.

—Tu razon se trastorna...

—No, madre mia,—replicó Isabel, cuya energía iba en aumento,—no es que mi razon se trastorna, sino que es la vez primera que he demostrado que tengo un corazon grande y una voluntad de hierro.

—¡Oh!...

—¿No es el rey mi padre?

—Sí...

—Pues yo tengo el alma de rey.

—¡Desdichada!...

—¡Harto lo soy!

—Deliras...

—Si me da fuerzas mi locura, bien haya porque me salvará.

—Sosiégate, Isabel,—dijo con dulzura doña Margarita.

—Estoy tranquila, y os convencereis de ello cuando veais que mañana, lo mismo que hoy, me resisto á obedecer al rey.

—No es solo el rey, sino tambien yo quien te mando olvidar á Felipe, yo que tanto anhelo tu bien, yo que daria mi vida por una hora de tu felicidad.

—¡Vos, madre mia!—repuso con amargura la jóven.—No, vos no podeis exigirme tan cruel sacrificio, no me lo imponeis por vuestra voluntad sino por temor á mi padre, porque no teneis valor para resistir.

—¡Isabel!—exclamó la infeliz doña Margarita con desgarrador acento.—¡Me estás atormentando horriblemente! ¡Oh!... ¡Que no tiene valor una madre para defender á su hija!...

—Madre mia, perdonadme si os he ofendido, pero no espereis que obedezca al rey.

—Es tu padre,—replicó severamente la dama.

—Mientras me niegue ese dulce nombre, mientras no diga á la faz del mundo que soy su hija, no le reconozco mas autoridad que la de rey.

—¿Sabes lo que dices, desdichada?

—Sí, madre y señora, sé lo que digo, y sobre todo, sé lo que siento y no puedo hacer otra cosa.

Doña Margarita temió que su hija hubiese perdido el juicio y la miró con sorpresa y espanto.

—No estoy loca, no,—repuso la jóven como si hubiese comprendido el significado de aquella mirada.

—¡Isabel, hija mia!...

—En fin, ¿qué quieren de mí? ¿Qué han determinado?

—Ayer te lo dije...

—¡Encerrarme en un convento!... ¡Jamás!

—¿De qué servirá tu resistencia contra el poder del rey?

—¿Cómo me obligarán?

—Tu inesperiencia te engaña...

—Ya sé que el rey tiene la fuerza, pero ¿se atreverán sus esbirros á poner las manos sobre mí? ¿Qué han de hacer si yo no me muevo? No, madre mia, no llevarán su audácia hasta el estremo de sacarme de aquí arrastrándome.

—¡Caminas á un precipicio horrendo!...

—A sus bordes estoy, lo sé,—replicó la infeliz niña, cuya fiebre iba en aumento;—pero ¡ay del que me precipite al fondo de ese abismo!

—¿Qué has de hacer, niña débil y desamparada?

—Luchar hasta morir, y luego... ¡ah!... ¡luego queda la justicia de Dios!—dijo Isabel, levantando al cielo sus crispadas manos.

—¡Isabel, Isabel!—exclamó la dama poseida del mayor espanto.

—Decid al rey que desafío su poder, que venga él mismo si quiere y se convencerá de que mi corazon es tan grande como el suyo; decidle que no iré al convento si no me llevan atada de piés

y manos y con una mordaza que me impida gritar, pidiendo justicia y venganza.

La mirada de Isabel infundia miedo; sus pupilas brillaban como dos luces fosfóricas, y sus miembros se agitaban convulsivamente.

Doña Margarita contempló á su hija por algunos instantes y comprendió que era peligroso prolongar aquella violenta escena.

—Isabel,—dijo,—te dejo para que medites con calma sobre tu situacion.

—Ya os he dicho que estoy decidida á resistirme, y resistiré.

—Mañana hablaremos...

—Será para atormentarnos en vano.

—No has querido escuchar mis consejos, has sospechado de mis palabras...

—No puedo hacer otra cosa, mi pasion es superior á todo.

—Que el cielo te ilumine,—dijo doña Margarita con grave y frio acento.

Y se levantó, dando un paso hácia la puerta sin mirar á su hija.

—¡Madre mia!—exclamó Isabel con acento desgarrador y estendiendo los brazos.

—¿Qué quereis, doña Isabel?—preguntó la dama sin volver la cabeza.

—¡Un beso, madre mia!.. ¡Perdonadme!... ¡Sufro mucho!...

—Me habeis desobedecido...

—¡Madre mia, madre mia!—gritó la jóven, cayendo de rodillas.—¡Un beso!... ¡Un beso ó matadme!...

—¡Isabel!—murmuró doña Margarita que se sentia ahogada.

—¡No puedo olvidar á Felipe!... ¿Lo entendeis?... ¡No puedo!... ¡Ah!... ¡Quitadme la vida y me hareis el mayor bien que puedo esperar en la tierra!... ¡Compadecedme!... ¡Compadeceos de vuestra hija que tanto os ama!...

Doña Margarita no pudo resistir mas: su corazon de madre

palpitó como si fuese á saltarle del pecho en mil pedazos.

—¡Hija mia!... ¡Pobre hija mia!—exclamó.

Y recibió en sus brazos á la desdichada niña, cubriendo de besos su abrasada y pálida frente.

No pudieron decirse una palabra mas.

Despues de algunos momentos se separaron.

Isabel se arrodilló ante el Crucifijo para orar y llorar.

Doña Margarita se encerró en su aposento, y agotadas sus fuerzas por las rudas sensaciones que habia esperimentado, por las encontradas emociones que habian agitado su espíritu, se dejó caer en su lecho.

A pesar de todo, la jóven no estaba dispuesta á ceder, sino firmemente resuelta á resistir hasta el último estremo, pues como ella misma habia dicho, tenia un corazon grande y una voluntad firme. No sin razon habia desafiado el poder del rey; se sentia con fuerzas para todo porque estaba dotada de un alma privilegiada. Si el hijo de Hernando hubiese tenido el mismo carácter, tanto atrevimiento, de seguro habrian dado mucho que hacer; pero el mancebo, aunque dotado de un valor no comun, carecia de audácia y respondia con demasiada facilidad á los sentimientos de ternura: por eso lo vimos ceder ante las lágrimas de Hernando, como hubiera cedido á una mirada del rey, á quien no se hubiera atrevido á desobedecer ni á faltar al respeto.

CAPITULO VII.

El escudero reconoce que aun le queda travesura para intrigar.

Cuando el escudero volvió al alcázar encontró al rey vestido y esperándolo con la impaciencia que era natural sintiese, porque el asunto era en estremo delicado. Espantábale la sola idea de aquellos amores, y no podia estar tranquilo hasta que tuviese la seguridad de que nada debia temerse.

—¿La has visto?—preguntó á Hernando apenas este entró en la cámara.

—Sí, señor,—contestó el escudero que aun estaba pálido como un cadáver.

—¿Le has dicho?...

—He cumplido las órdenes de vuestra majestad.

—¿Qué te ha contestado? ¿Cuál es su opinion?

—Señor, me respondió, como yo esperaba, con una exclamacion de espanto y de sorpresa.

—¿Pero luego?...

—Se lamentó de la suerte de su hija y lloró como madre.

—Debe haber sufrido mucho.

—Y es lo peor que ahora empieza á sufrir y que Dios sabe cuándo acabará.

—¿Qué temes, Hernando?

—Yo, lo que debe siempre temerse en cuestiones de amor.

—Esplícate, que me pones en cuidado.

—Doña Margarita ha empezado por preguntarme qué se hará si su hija se niega resueltamente á ser monja.

—¿Y cómo ha de negarse si se lo manda su madre y yo á quien respetará como padre y como rey?

—Señor,—dijo Hernando que tenia la idea de aumentar las dificultades para ganar tiempo,—no es muy fácil que se niegue, pero no es imposible sin que le cueste mas trabajo que decir no.

—Lo dudo.

—Cuando lo teme su madre que debe conocerla, algo tendrá de resuelto y firme el carácter de doña Isabel.

—No creo que tal suceda, Hernando.

—Yo tambien lo dudo, señor, pero no estoy tranquilo ni lo estaré hasta verla en el convento.

—¿Crees que una niña puede tener valor para tanto?

—Doña Isabel tiene ya diez y ocho años, que es lo mismo que decir veinticinco en un hombre, y además debe tenerse en cuenta que las mujeres, si bien son mas débiles que nosotros, cuando se deciden á una cosa no retroceden ante ninguna dificultad y mueren antes que declararse vencidas, porque en ellas las pasiones y el amor propio obran con una fuerza incalculable. Por eso se les vé siempre tocar los estremos, y ó son volubles hasta parecer locas, ó constantes á toda prueba.

—Bien las conoces, Hernando.

—No sé si por desgracia.

—Con que es decir,—repuso el monarca despues de algunos instantes de reflexion,—que doña Margarita ha empezado á dudar de la sumision de su hija.

—Exactamente.

—Urge, pues, entonces hacer salir á mi hijo de la corte.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—¿No eres de mi opinion?

—Si he de hablar á vuestra majestad con franqueza...

—Sí.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Doña Margarita teme que su hija se niegue á ser monja, y yo temo mas.

—¿Qué?

—Que se resista á entrar en el convento.

—¡Imposible!

—Es menester suponerlo todo, señor.

—¿Y aun sucediendo así?...

—De nada servirá entretener á vuestro hijo fuera de Madrid, porque á su vuelta, tarde ó temprano, encontrará á la que ama.

—Pero entre tanto...

—Será echar leña al fuego y el dolor se convertiria en desesperacion.

—Tal vez,—dijo el rey pensativo.

—Y dos amantes desesperados son dos locos capaces de cuanto puede imaginar quien ha perdido la cabeza.

—Tienes razon.

—Sentiré dar á vuestra majestad un consejo desacertado.

—La intencion es buena y todos podemos equivocarnos.

—Yo creo que no debe determinarse la marcha de vuestro hijo hasta saber si doña Isabel está dispuesta á entrar en el convento.

—Entonces la aplazaremos, y segun convenga se obrará.

—Bien, señor.

—¿Cuándo has de ver á doña Margarita?

—A la noche.

—Pues esperaremos; pero mientras vigila á Felipe, á tu cuidado dejo el evitar que se vean.

—Puede vuestra majestad estar tranquilo.

—No olvides que son hermanos.

—¡Olvidarlo!...

—Fatal equivocacion.

—Para nadie mas fatal que para mí,—se dijo el escudero.

—Déjame, Hernando,—repuso el monarca.

—Que el cielo guarde á vuestra majestad.

—Te espero á la noche...

—En cuanto deje á doña Margarita vendré.

El escudero salió, buscó en la antecámara á Felipe y se lo llevó á otro aposento donde podian hablar sin ser observados ni escuchados.

—Hijo mio, una cosa se me olvidó advertirte esta mañana.

—¿Cuál?

—Si el rey llega á tener noticia de tus amores y te habla de ellos directa ó indirectamente, procura darle á entender que olvidarias á su hija sin hacer un gran sacrificio.

El mancebo miró con sorpresa á Hernando.

—¿Acaso sospecha?...

—Puede sospecharlo.

—Pero...

—Es una prevencion y te conviene no olvidarla.

—¡Oh!... esplicaos...

—Nada tengo que decirte; te repito que es solo una advertencia.

—¿Hay alguna esperanza?

—No.

—Esta duda...

—Vuelve á tu puesto, Felipe.

—En vos confio...

—Adios.

El escudero salió del alcázar, bajó la cuesta de la Vega, atravesó el puente de Segovia y se dirigió hácia donde hoy está la hermita de San Isidro. En el sitio que le pareció mas solitario, se detuvo, puso la capa en el suelo á la sombra de un árbol y se sentó, cruzando los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho.

Una arruga se marcó entre sus cejas, y como si se hubiese petrificado, permaneció inmóvil mas de media hora.

—Es mucho atrevimiento,—murmuró al fin,—y mi cabeza peligrará como nunca, pero antes que todo es mi hijo. ¡Oh!... No he perdido nada de mi antigua travesura y aun puedo engañarlos. Tal vez necesite la ayuda de otro... ¿Y á quién recurriré?... ¡Ah!—exclamó, dándose una palmada en la frente.—¡Feliz idea!... Ninguno como él.

Levantóse, tomó su capa y á buen paso volvió á la villa, encaminándose á su casa.

Ya lo esperaba su hijo para comer.

—Felipe,—dijo Hernando al mancebo,—toma papel y escribe.

El jóven obedeció.

—Pon lo que yo te diga.

—Ya espero.

Hernando dictó las siguientes palabras:

«Conozco la intriga. No temas las amenazas y resiste hasta el último estremo.»

—¿Nada mas?—preguntó Felipe cuando hubo concluido y en tanto que miraba con sorpresa á su padre.

—Nada mas sino que dobles el papel y lo selles.

—¿Quereis esplicarme?...

—¿Tienes fé en mí?

—Completa.

—Dame el papel y no me preguntes.

—¡Siempre misterios!—murmuró tristemente el jóven.

—Calma y esperanza, hijo mio.

—Pero decidme al menos si Isabel corre algun peligro.

—El mismo que ayer.

—La duda me mata, padre mio.

—No intentes salir de ella si no quieres aumentar tu tormento. Este papel es otra prevencion, y te lo pido por si me fuese necesario antes de que volvamos á vernos, que no será hasta

bien entrada la noche, porque esta tarde te toca acompañar al rey.

Contra su costumbre, comieron silenciosamente aquel dia Hernando y su hijo: ambos tenian mucho y muy triste en que pensar.

Apenas la noche estendió sus tinieblas, el escudero se dirigió á casa de doña Margarita.

Esta acababa de sostener otra lucha con su hija, pero nada habia adelantado.

—Estamos perdidos,—dijo la dama al escudero apenas lo vió.

—¡Perdidos!—repitió este, fingiendo que se turbaba, aunque en realidad sintió la mas viva alegría.

—Sí, señor Hernando.

—¿Pues qué sucede?

—Mi hija...

—¿Se niega á ser monja?

—Sí.

—Era de esperar.

—No es eso todo.

—¿Mas aun?

—¡Ah!... mucho mas que eso.

—No adivino...

—Se resiste á entrar en el convento.

—¡Desobedece al rey!

—Con una firmeza sin igual.

—Señora, eso es muy grave.

—¿Qué hemos de hacer?... ¡Oh!... Yo no tengo fuerzas para tanto...

—Esperemos un dia, señora; tal vez pasado el primer arrebato de dolor...

—No conoceis á mi hija, señor Hernando.

—¿Pero tendrá valor?...

—Para todo.

—¡Una niña!

—Sí, pero una niña que me ha dicho: «que venga el rey, desafío su poder. ¿Quién será bastante para sacarme de aquí si yo no me muevo?»

—¿Y creeis que mañana tendrá el mismo valor, la misma firmeza?

—Sí.

—No soy de vuestra opinion.

—¡Si la conociéseis!...

—Exagerais, señora: una niña puede decir todo eso en un momento de arrebato, pero es incapaz de sostenerse.

—¡Pluguiera al cielo que no os equivocáseis!

—Seguro estoy de lo que digo.

—Si la hubiéseis tenido siempre á vuestro lado, y como yo, con el interés de madre, hubiéseis estudiado su carácter, temeríais lo mismo que yo temo.

—Demos tiempo al tiempo, señora,—repuso Hernando,—y veremos quién de los dos se equivoca: si mañana la encontrais tan firme y resuelta como hoy, me convenceré de que me he equivocado y pensaremos en lo que ha de hacerse.

—Bien, decid al rey lo que pasa y que determine, añadiéndole que estoy con gran cuidado.

—Lo sabrá, y yo volveré mañana. Entre tanto vigilad á vuestra hija para evitar que vea á su hermano.

—¿No habia pensado su majestad que su hijo saliese hoy mismo de Madrid?

—Sí, pero nada se ha hecho, esperando saber cómo vuestra hija se presentaba.

—Entonces vigilad vos por vuestra parte al mancebo,—repuso doña Margarita.

—Descuidad, señora.

Pocas palabras mas se cruzaron entre la dama y el escudero, y este salió, dirigiéndose al alcázar mientras decia para sí:

—Bueno, el asunto va tomando proporciones, la niña parece tener mucho corazon y merece que se comprometa uno por ella: no me dejará en mal, estoy seguro de ello, como tambien

de que con lo que Felipe le escribe acabará de tener valor para todo. Ya he principiado y es preciso acabar; la felicidad de mi hijo es lo primero. Si se descubre la intriga me costará la cabeza porque voy á jugar con Felipe IV como se juega con un rey de ajedrez; pero lo tendré siempre en jaque, ganaré tiempo, y cuando me dejen sin torres ni caballos y esté para morir la reina con el último de mis alfiles, echaré á rodar el tablero y todo se pondrá en claro.

CAPITULO VIII.

Una partida de ajedrez.

El rey escuchó sorprendido el relato que le hizo el escudero de lo sucedido entre doña Margarita y su hija, y no fué poco lo que le atormentó la desobediencia de esta y el giro desagradable que empezaba á tomar el asunto.

—¿Y se atreverá, —decia con acento de profundo enojo, — se atreverá á resistir de esa manera?

—Las mujeres, —contestó Hernando, —escudadas con su debilidad se atreven á todo.

—¿Pero será posible, Hernando?

—Por seguro puede tenerlo vuestra majestad.

—¡Oh! yo le haré comprender lo que puedo y lo que valgo.

—Preciso es, señor, determinar sériamente y sin miramientos.

—Me haré obedecer.

—Tal vez arrebatada por el esceso del dolor...

—No, Hernando; bien se conoce que la niña es audaz.

—Mañana lo veremos.

—¿Has quedado en ver á doña Margarita?

—Sí, señor.

—Pues no faltes, y en seguida...

—Vendré á dar cuenta á vuestra majestad.

—Si no he despertado que me despierten.

—Bien, señor.

—Déjame ahora y vuelve mas tarde...

—¿Y cómo atiendo al asunto de doña Ana?

—Es verdad, lo habia olvidado...

—Voy á intentar esta noche conocer al misterioso galan.

—Pero cuida de que no haya ningun escándalo.

—Descuide vuestra majestad.

—Al salir dí que pase el peluquero.

—Que Dios guarde á vuestra majestad, señor.

Salió Hernando y encontró á Canuto que esperaba á que el rey le mandase entrar para peinarlo por cuarta vez aquel dia.

—Señor Canuto,—le dijo el escudero,—en vuestra busca vengo.

—¡Señor Hernando!—exclamó Rincon, haciendo una profundísima reverencia en que lució la soltura de sus miembros que, como ya hemos dicho, parecian estar desconyuntados.—Hace dos dias que no os veo.

—Pero en los que me he acordado mucho de vos.

—No os echo yo en olvido,—replicó Canuto, desplegando una cómica sonrisa para pagar lo que él creia un cumplimiento y que era, sin embargo, una frase dicha con mucha intencion.

—Gracias, amigo mio.

—¿Y su majestad?—preguntó el peluquero.

—Os espera.

—¡Y nada me decíais!

—¿He tenido tiempo?

—Es verdad... Perdonadme que os deje: la obligacion es antes que todo, y ya sabeis, señor Hernando, que yo soy esclavo de mis deberes.

Alejóse Canuto, y el escudero, saliendo á otra habitacion, sentóse como quien nada tiene que hacer ó tiene que esperar.

Pasó media hora.

—Nunca ha tardado tanto,—dijo para sí el Hernando con

impaciencia.—Como de costumbre hablará mucho, y como el rey suele divertirse escuchándole, me hará aguardar todavía buen rato.

Pero se equivocó porque en aquel instante asomó el buen Canuto, que pasó de largo sin reparar en el escudero.

Este lo siguió á larga distancia, y cuando estuvieron en la calle, se le acercó, dándole una palmada en un hombro y diciéndole:

—No tan de prisa, seor buen mozo.

—¡Otra vez! —exclamó el peluquero.—Pues esta es noche de sorpresas.

—¿Habeis tenido alguna mas?

—Sí.

—Siendo agradables...

—Y mucho.

—Me alegro.

—Suponed... es decir, sabed, —repuso Canuto que empezó á sentir la necesidad de hablar, —que el rey me ha preguntado si yo tenia familia, y como le contesté que no, me dijo que estrañaba que no me hubiese casado. Hasta aquí nada hay que sorprenda; pero sucedió, que hablando mas del asunto y diciéndole yo que tenia conmigo un sobrino que era mancebo de muchas esperanzas, mostró el deseo de conocerlo, prometiéndome protegerle si era tal como yo se lo pintaba. Esto, como comprendereis, me sorprendió agradablemente.

—Mucho debeis á su majestad.

—Pues es nada: la proteccion del rey... ¡Bah!... Os digo que me parece un sueño.

—Y sin embargo, es una realidad como otras que vereis, porque estais en camino de hacer fortuna. Su majestad se acuerda de vos...

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo.

—¿Os ha hablado?...

—Algunas veces...

—¡Oh!—exclamó Canuto, frotándose las manos.—Cuando os digo que hoy es dia de sorpresas...

—No para mí.

—¿Acaso sabíais ya que el rey queria conocer á mi sobrino?

—Tal vez.

—¡Tal vez!... Estais misterioso. ¿Quereis esplicarme?...

—No puedo, pero si obrais con tino y sois discreto y prudente, lo adivinareis aun cuando fueseis menos astuto de lo que sois.

—Me ponen en cuidado vuestras palabras.

—Hablemos de otra cosa,—dijo Hernando con tono de indiferencia.

—¿No quereis ser franco?

—Decidme cómo es que no conozco á vuestro sobrino.

—Porque ha dado la casualidad de que no esté en la tienda las veces que habeis ido. Pero...

—¿Y aunque me califiqueis de curioso, podré preguntaros á dónde vais?

—Y yo os lo diré con mucho gusto.

—Si es reservado...

—No tal, y menos para vos.

—Gracias.

—Me dirijo á casa de un antiguo compañero, gran jugador de ajedrez, con quien suelo pasar algunos ratos de noche.

—No sabia yo que fueseis jugador de ajedrez.

—Mediano,—dijo Canuto con tono de modestia, pero que manifestaba que se tenia por un hábil jugador.

—¿Quereis echar la partida conmigo?

—Aceptado, pero os advierto que no sé mas que la marcha de las piezas y...

—No importa.

—¿Y á dónde iremos?

—A la taberna de Marcos que es amigo mio y nos servirá bien.

—Perfectamente.

—Allí hablaremos y os enseñaré alguna jugada nueva.

—¿Y nada me direis de lo que su majestad os ha hablado con respecto á mí?

—En el ajedrez es el rey la figura principal,—contestó Hernando maliciosamente.

Canuto se sonrió porque habia comprendido el equívoco, y agitando su nariz, dijo:

—Debeis ser un gran jugador.

—Pero tened presente que con mi manera de jugar es muy peligroso dar un jaque al rey, porque siempre tengo una torre para matar al contrario.

Canuto agitó nuevamente la nariz y se dijo:

—Eso significa una torre de Simancas, de Segovia ú otra cualquiera. Tenemos intriga, pero intriga de importancia: el rey debe haber comprendido que yo puedo servirle para algo mas que peinarle, y ahora me esplico la repentina proteccion que me ha prometido.

Y luego añadió en voz alta:

—Precisamente la torre es una figura que me desagrada.

—Guardaos, pues, de ella.

Contra su costumbre calló el peluquero; pero no fué por falta de ganas de hablar, sino porque iba diciendo para sí:

—¿De qué se tratará? Asunto de importancia debe ser... ¡Cuidado, Canuto del Rincon, con meterte en el colmenar sin careta! Las intrigas de palacio son peligrosas; pero algo es menester arriesgar; y bien mirado, si el peligro es mucho, tambien es crecida la ganancia. No hay duda que estoy en camino de ser rico; y además voy á ser el depositario de los secretos del rey. ¡Oh!... ¡Con cuánta envidia me mirarán los cortesanos, pues aunque se guarde el secreto, esas cosas se traslucen, se adivinan sin saber cómo! Hernando es reservadísimo, y sin embargo, no hay quien ignore que posee todos los secretos de su majestad. ¡Y qué gran político es este demonio de escudero! ¡Cómo sin decir nada que pueda comprometerle me ha hecho comprender que tenemos que ocuparnos de un negocio secreto, y que interesa mucho al rey, y me ha amenazado con un calabozo y algo mas si

soy traidor! Bien, señor Hernando, bien: haríais el mejor embajador del mundo. ¡Oh!—añadió Canuto, moviendo de derecha á izquierda su larga nariz, y mientras sus ojuelos brillaban.—No hay cuidado: esta noche he de aguzar todo mi ingénio para probar que soy tan buen intrigante y cortesano como habilísimo peluquero. ¿Pues qué, estudié en vano latin, y no aprendí nada de mi primer amo el canónigo, catedrático de Alcalá, y de tanto sopista á quien rapé las barbas? Si el señor Hernando me ha creido lego, se equivoca, y pronto verá que no le voy en zaga, y aun le gano en algunas cosas, y que tenemos que tratar como de potencia á potencia.

La vanidad era el flaco del peluquero: Hernando lo conocia bien, y pensaba atacar por este lado débil, seguro de conseguir cuanto queria.

—Mucho le han dado que pensar mis palabras,—iba diciendo para sí el escudero.—Calla, lo cual prueba que cavila mucho, porque si no le seria imposible sujetar la lengua. Lo menos se figura que antes de un año podrá salir de su condicion humilde de peluquero para convertirse en un poderoso señor. ¡Pobre Canuto! lo ciega la pícara vanidad, y yo sabré sacar de ella tan buen partido, lo mismo que de su codicia, que es su primera, ó quizás su única pasion. Y sin embargo de su amor propio, que á veces le turba la razon, es astuto y tiene ingénio bastante para hacer algo de provecho. Es el hombre que yo necesitaba. Creo que la suerte me protegerá en esta intriga. Nadie diria sino que el rey está de acuerdo conmigo, segun el grandísimo favor que me ha hecho en preguntarle á Canuto por su sobrino y prometerle proteccion. Bueno, el asunto marcha, y casi tengo la seguridad de que he de salir bien.

Pensando cada cual en la táctica que habia de seguir para lograr su deseo, llegaron á la calle de Santiago y entraron en una taberna, muy acreditada en aquellos tiempos, por los vinos que allí se bebian y unas tortillas de huevos y escabeche de Rueda, que tenian fama de ser bocado digno de un príncipe. Allí acudian personas de todas clases y condiciones, y no era estraño ver á la

par que artesanos y asesinos, hidalgos de buen porte y mercaderes acomodados que hubiesen tenido á deshonra entrar en otra taberna; pero la de Marcos se miraba de distinto modo que las demás, y como la costumbre hace ley, nadie se admiraba ni criticaba que una persona decente entrase allí á satisfacer el capricho de comer una de las célebres tortillas, sin mas escrúpulo que si entrase en la botillería. No habia mas diferencia entre los nobles y plebeyos, los ricos y los pobres concurrentes á la taberna de Marcos, que el acostumbrar los unos á ocupar distinto aposento que los otros. El dueño del establecimiento era hombre que sabia dónde le apretaba el zapato; tenia un talento especial para contentarlos á todos, y no habia quien entrase allí una vez que no saliese complacido y con ganas de volver otro dia. La taberna estaba establecida en una casa miserable de dos pisos, que ya no existe.

El escudero y Canuto pasaron sin detenerse la primera habitacion, que estaba llena de gente plebeya, atravesaron la segunda, donde habia personas mas decentes, y entraron en un aposento reducido que estaba desocupado. Allí no habia mas que dos mesas, algunos banquillos y una candileja de hierro clavada en la pared y que esparcia trabajosamente su rojiza luz.

—¡Maese! —gritó Hernando.

El tabernero entró.

Era un hombre flaco, de mediana estatura, ojos vivos, rostro moreno y alegre, y facciones aguileñas.

—Aquí me tiene vuestra merced,—dijo acercándose al escudero.

—Traednos,—repuso este,—una buena magra, dos botellas del añejo que ya sabeis acostumbro yo á beber, otra luz que no infunda tristeza y el ajedrez.

—Voy á servir á vuesa merced al momento, señor Hernando.

—Otra cosa.

—¿Qué mas quereis?

—Que nadie entre aquí; para lo cual cerrareis esa puerta. Vamos á empeñar una partida en que se atraviesan cincuenta ducados, y no queremos que se nos interrumpa ni distraiga.

—Sereis complacido.

—Pagaré lo que dejeis de ganar por no ocuparse esa mesa,—repuso Hernando.

—¿Quién ha pedido nada á vuesa merced?

—Pero yo lo ofrezco.

—¡No faltaba mas! Ni un maravedí, señor Hernando; ni un solo maravedí recibiré por tan pequeña cosa, siendo vuestra merced mi mejor parroquiano, y debiéndole, como le debo, la honra de que beba mi vino.

—Gracias.

—¿Quereis algo mas?

—No.

—Voy, pues, por el tablero, la magra y las botellas.

El tabernero salió, volviendo pocos minutos despues con lo que Hernando habia pedido, y dejándolo sobre una de las mesas, se fué, cerrando la puerta.

Cuando estuvieron solos nuestros amigos, se sentaron uno frente al otro, y Hernando, so pretesto de que tenia los ojos irritados, colocó de manera el belon que habia llevado el tabernero, que la luz dió de lleno en el rostro de Canuto.

—Veamos,—dijo el escudero, poniendo en su lugar las figuras.—Mucho cuidado con las torres, porque, procediendo con nobleza, ya os he dicho que es donde está la fuerza de mi juego.

El peluquero sonrió maliciosamente.

—Bueno,—repuso para sí Hernando,—se dá por entendido y acepta.

Y luego añadió en voz alta:

—Ya sabeis que es cuestion de cincuenta ducados, y esta cantidad merece que fijeis vuestra atencion.

—¡Cincuenta ducados!—exclamó Canuto.

—Aquí están,—replicó el escudero, poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro nuevecitas, y con cuyo brillo pareció que querian competir los ojos del peluquero, segun relumbraron con el fuego de la codicia.

—Mucho arriesgar es eso para mí,—dijo Canuto,—pues

aunque recibo un buen salario de su majestad y tengo una parroquia muy numerosa, cincuenta ducados...

—¿Teneis miedo?

—No, amigo mio; ya sé que no puede ganarse sin esponerse á perder.

—Entonces...

—Acepto, á pesar de que sois muy fuerte en la marcha de las torres, que son las figuras que mas descuido.

—¿Sabeis una cosa, señor Canuto?

—Decídmela.

—Que no me equivoqué al teneros por uno de los hombres mas astutos que he conocido.

La vanidad hizo asomar una sonrisa á los lábios del peluquero.

—Me mirais con los ojos de la amistad,—dijo.

—Os aseguro...

—Cuando es preciso aguzo el ingénio, y si no alcanzo mas que otros, tampoco suelo quedarme atrás.

—Si, como yo, hubieseis estado contínuamente en palacio y entre las intriguillas y enredos de la corte, de seguro hubieseis dado bastante que hacer y hecho vuestra fortuna.

—¡Oh!—exclamó el peluquero, moviendo tres ó cuatro veces su nariz-abanico.—Esos son mis sueños dorados. Si yo consiguiera que su majestad me diese habitacion en palacio como á otros de sus servidores...

—¿Lo habeis solicitado?

—No, porque esa gracia de nada me serviria si no me aumentaba el salario para compensar lo que perderia con la parroquia que acude á mi tienda, y que necesariamente tendria que cerrar.

—¿Por qué?

—Porque ni podria yo acudir á ella, ni seria decoroso en mi nueva posicion.

—Dejándola á vuestro sobrino...

—Bien pudiera desempeñar el encargo si quisiera, pero si he de deciros la verdad, señor Hernando, es un poco ligero de cabe-

LAMINA 3.ª — Probaremos el jamon y daremos un tiento á las botellas...

za, y aunque sabe el oficio con tanta perfeccion como el mejor maestro de la villa, no le tiene aficion.

—Todo puede arreglarse.

—¡Ah!—exclamó Canuto, exhalando un suspiro.

—Un poco que el rey os dé y otro poco que ayude vuestro sobrino...

—Pero ese poco...

—Lo tendreis, y aun un mucho si sabeis ganarlo.

—Me sobra voluntad.

—Entonces consideradlo hecho.

—¡Señor Hernando!

—No hablemos de eso por ahora,—replicó el escudero.

—Olvidamos nuestra partida...

—Es verdad.

—Mi rey espera un jaque...

—Vamos á ver.

—Pero antes probaremos el jamon y daremos un tiento á las botellas que pueden reventar si no las vaciamos. Bueno, buenísimo, dulce como un almibar,—dijo el escudero, engulléndose un trozo de la magra.

—Es verdad,—repuso Canuto, haciendo lo mismo.—Si no es alpujarreño se le parece mucho.

—Veo que sois inteligente.

—Un poco.

—¿Y en cuanto al vino?

—No lo desconoce mi paladar.

—Vaya un vaso á la salud de...

—Nuestra primera partida de ajedrez,—dijo el peluquero, levantando el codo á la altura de la frente.

Y vació su vaso, castañeteó la lengua y se relamió el bigote.

—Legítimo de Valdepeñas,—repuso:—tres años de edad.

—¡Gran catador!—exclamó el escudero.—Yo le eché cuatro, pero ahora que lo he paladeado bien, soy de vuestra misma opinion.

—Estoy seguro de no haberme equivocado.

—Bueno será repetir para que no quede duda.

—No hay ningun inconveniente.

Comieron otro pedazo de jamon y volvieron á vaciar los vasos.

—¿Qué tal?—preguntó Canuto.

—Estoy convencido,—contestó Hernando, inclinando la cabeza como en señal de respeto ante la autoridad del rapa-barbas.

—Habeis empezado mal,—dijo este, volviendo á mirar las monedas:—si os sucede lo mismo en el juego vendrán á mis manos esos cincuenta ducados en oro.

—¿Para qué los quereis si sois rico?

—¿Qué estais diciendo?

—Así lo asegura la gente.

—Mi sobrino me cuesta mucho dinero.

—Pero además del rey contais con los primeros señores de la corte, y aun con muchas damas que son las que pagan mas largamente.

—Es verdad, pero...

—Ved una cosa que os envidio.

—¿El ser peluquero?

—Sí, porque vereis entre vuestras manos muchas cabelleras hermosas de mujeres mas hermosas aun.

—Eso sí, pero la costumbre...

—Olvidamos nuestra partida,—interrumpió el escudero.

—Sí, dejemos las cabelleras y las damas.

—Ocupaos de este alfil,—repuso Hernando, moviendo una de las figuras.

—Mala salida.

—¿Por qué?

—Vais á poner en peligro al rey.

—Me queda esta torre,—contestó sonriendo Hernando.

—¡Oh!—murmuró Canuto, agitando su nariz.

—¿Quereis ganar los cincuenta ducados?

—Ya debeis suponerlo.

—Pues olvidaos del rey.

—¿Entonces contra quién juego?

—Contra mi reina.

—¿Y los caballos?

—Figuraos que no están porque no han de estorbaros; los muevo muy rara vez.

—Estraño modo de jugar.

Canuto quedó pensativo por algunos instantes, luego miró alternativamente á Hernando y las monedas, movió la nariz y jugó con la esperanza de adivinar mas adelante lo que significaban aquellas disimuladas indicaciones.

—Supongamos,—dijo el escudero al mover otra figura,—que este alfil oculta al rey.

—Es todo lo contrario.

—Bien, pero eso no importa para suponerlo.

—Ciertamente.

—No lo veis porque toda vuestra atencion se fija en las torres.

—¿Otra vez?—dijo para sí Canuto.—Esto ya pica en historia: tanto amenazar significa que el asunto es grave y que no debo nombrar á su majestad ni darme por entendido de que Hernando venga de su parte.

Y luego añadió en voz alta:

—De tantas cosas me habeis hablado, amigo mio, que empiezo á aturdirme.

—No mas que de tres.

—De los cincuenta ducados...

—De las damas á quienes peinais...

—Y de mi habitacion en palacio.

—Nada mas.

—Esa última es la que mas se aleja de la verdad.

—Esta noche habeis de hacer muchas suposiciones, señor Canuto.

—No os comprendo.

—Decís que lo que está mas lejos es que el rey os conceda habitacion en palacio.

—Tal creo.

—Pues bien,—repuso Hernando á la vez que sacaba el papel escrito por Felipe y que ya conocen nuestros lectores;—suponed que esto es una órden de su majestad para que se os dé un buen aposento en el alcázar y se os doble el salario, lo mismo que habeis supuesto que este alfil defiende á mi rey.

Canuto miró con sorpresa al escudero y no acertó á responder una palabra.

—¿No lo quereis?—dijo Hernando...

—Pero esto...

—¿Preferís que adelante la torre?

—¡Maldita torre!—exclamó el peluquero que se puso pálido como un difunto.—¿Sabeis que se va empeñando la partida muy formalmente y que no acierto á mover un alfil?

—Es que hace aquí mucho calor.

—Sin duda, porque sudo á mares.

—Otro vaso y nos refrescaremos.

—Venga, pues.

Y el pobre Canuto que estaba verdaderamente aturdido, apuró su vaso con toda la avidez de un sediento.

—¿Se os ha despejado la cabeza?—dijo Hernando.

—¿Me creereis si os digo que no lo sé?

—¡Señor Canuto!

—Quisiera esplicarme, y no acierto...

—Os toca jugar.

—Decidme una cosa con franqueza,—repuso el peluquero, haciéndose aire con su capa porque estaba sofocado.

—¿Qué?

—¿Me amenaza algun peligro?

—Indudablemente.

Canuto se estremeció y agitó su larga nariz.

—¡Oh!—murmuró.

—Estais espuesto á perder la partida, los cincuenta ducados, la habitacion en el alcázar...

—¿Y la torre?

—Nada significa si sois discreto.

—Amigo mio, nunca habia yo jugado al ajedrez con un cortesano.

—¿Os pesa haber aceptado la partida?

—No, pero temo perderla.

—Aprendereis nuevas jugadas...

—Segun lo que me cuesten...

—Continuemos.

Volvieron á jugar, guardando silencio por algunos instantes.

—¿Con que para vuestro gusto,—dijo al fin Hernando,—una de las damas mas hermosas que peinais es?...

—Es la encantadora viuda doña Ana de Rivadeneira, condesa de Fuensanta.

—Pronto habeis variado de opinion.

—¿Acaso he hablado de otra?

—De la hija de doña Margarita de Guzman...

—Os equivocais.

—Esa jugada os vá á hacer perder los cincuenta ducados.

Canuto fijó una mirada penetrante en el escudero y dijo:

—No me acordaba...

—Eso es otra cosa, pero lo habeis dicho.

—No lo niego.

—Como tampoco negareis que si ganais esta noche la habitacion en el alcázar, es decir, si os llevais ese papel, es posible que se os caiga del bolsillo al peinar á doña Isabel y que ella lo recoja sin que nadie, ¿lo entendeis? nadie, ni aun vos mismo lo veais.

—Ya pareció aquello,—dijo para sí Canuto.—¿Quién habia de sospecharlo? ¿Será posible que el rey esté enamorado de esa hermosa niña, ó mas bien, que no tenga escrúpulos al intentar seducirla? ¡Y quieren hacerme el intermediario, el lleva y trae del veneno que ha de matar su honra!... ¡Oh!... Me vá disgustando el juego.

—Sospecho,—repuso maliciosamente Hernando,—que meditais dar jaque al rey, y os recuerdo la torre...

—No, no,—interrumpió Canuto, limpiándose el sudor que corria por su frente.

—Y si perdeis la partida, no faltará quien ocupe la habitacion que se os destina en palacio, ni quien tome esas monedas.

—Lo cual quiere decir que el que se mete á redentor...

—Acaba por ser crucificado.

—Teneis razon,—replicó Canuto, pasándose las manos por la frente y mirando el oro.

—Pues como os he dicho, si se os cayese ese papel...

—Perdonad, señor Hernando; se me ocurre una duda.

—¿Cual?

—Pudiera suceder que se me pidiesen esplicaciones ó se me hiciese alguna pregunta.

—Señor Canuto,—replicó el escudero á la vez que adelantaba un caballo,—atended á vuestro juego, que si dejais en descubierto al rey adelantaré una torre...

—No lo olvido...

—Así os conviene.

—Pero os he preguntado...

—Mirad lo que os contesto,—interrumpió Hernando.

Y se encogió de hombros.

—Eso significa...

—Que con semejante movimiento se puede contestar á todas las preguntas.

—Pero hay personas que se empeñan en hacerle á uno hablar y...

—Con tal que uno se empeñe en no hacer otra cosa mas que encogerse de hombros...

—¿Y si suplican?

—Aunque se arodillen.

—¿Y si se enfadan?

—Aunque se desesperen.

—¿Y si amenazan?

—Aunque sea con un puñal.

—Pero el compromiso puede llegar á tal punto...

—Encogerse de hombros y volver la espalda.

—Es posible que griten y descubran el secreto.

—No.

—Hay que suponerlo todo, señor Hernando.

—Todo menos eso.

—¡Oh!—dijo Canuto, agitando su nariz.—Cada vez comprendo menos la jugada.

—Por vuestra fortuna.

—Pero...

—Hay secretos peligrosos.

—Hablemos claramente, señor Hernando,—dijo resueltamente el peluquero que ya estaba arrepentido de haber tomado parte en un asunto que tenia todas las apariencias de ser muy peligroso.

—Bien, hablemos con claridad.

—Separad este maldito tablero.

—Estais complacido.

—¿Qué significa todo esto?

—¿Aun no lo sabeis?

—No sé otra cosa mas, sino que ese papel ha de entregarse secretamente.

—Y ganais esos cincuenta ducados, y mas adelante...

—Bien, pero ¿qué he de decir á doña Isabel?

—Ni una palabra.

—¿Y á su majestad?

—Si le haceis la mas ligera indicacion caereis en su desagrado y podeis contar con un encierro en Segovia.

—¡Oh!...

—De manera que solamente si el rey me pregunta...

—No os preguntará.

—¿Pero y si lo hiciese?

—Será para probaros, y aunque os mandase terminantemente hablar y os amenazase, debeis jurar que no lo comprendeis.

—¡Qué rareza!

—Para que sepais cómo debeis obrar, os diré que al hablarme su majestad de este asunto ha fingido referirme como por distraccion un pasage que habia leido en una comedia, y como por olvido ha dejado ese papel en el sillon donde estaba sentado.

—¿Y á qué conduce esa farsa?

—Es preciso guardar las apariencias... son las fórmulas... En fin, ya aprendereis el juego cortesano, ó mejor dicho, la comedia. Dentro de palacio no puede hablarse claramente, es preciso valerse de mil rodeos, indirectas y figuras de lenguage.

—Por eso una vez que llegué tarde á peinar al rey, en vez de decirme, «me has hecho esperar y te despediré de mi servicio» no hizo mas que mirar su relój y decir mientras sonreia sin mirarme siquiera: «es tal hora y tantos minutos:» y los que presenciaron esto, me dieron luego el pésame, contando con que habia ya concluido de ser peluquero de su majestad.

—Pues así sucede en todo y mucho mas en asuntos que pueden comprometer.

—Descuidad, que la palabra que me saquen del cuerpo dejo que me la claven en la frente.

—Tomad, pues, los cincuenta ducados.

—¿Qué necesidad tenia el rey de pagarme, cuando estoy obligado á obedecele?

—¿Y qué tiene que ver su majestad con nada de esto? Es cosa mia, os he necesitado, os propongo un negocio, aceptais y os pago como es justo y segun lo estipulado.

—Pero...

—Continuemos la partida,—interrumpió Hernando;—voy á jugar una torre...

—No,—replicó vivamente Canuto,—no podemos seguir; el juego está incompleto porque os falta una figura...

—¿Cuál?

—El rey...

—¿No lo tengo?

—Al menos no lo veo.

—Habeis ganado.

—¡Oh!—exclamó el peluquero sin poder contener su alegría.—Me ha protegido la fortuna.

—Vuestro tino.

—Casualidad.

—Veo que dentro de poco podreis darme leccion.

—El tiempo dirá.

—Son vuestros los cincuenta ducados.

Canuto sonrió maliciosamente, agitó su nariz, tomó el dinero y el papel y dijo:

—¿Ireis mañana á mi tienda para afeitaros?

—Sí.

—Conocereis á mi sobrino...

—Me alegraré si tiene tanto ingénio como vos.

—A su lado soy un topo.

—Entonces no faltaré.

—Y si quereis ocuparlo en algo, bien podeis hacerlo con entera confianza.

—Tal vez lo necesite.

—Apuremos el jamon.

—Y las botellas.

—No quedará de la mia ni una gota.

Dieron fin á la magra y al vino mientras Canuto, tranquilo ya y mas alegre de lo que solia estar, habló tanto que el escudero, ó no tuvo ocasion de decir una palabra, ó no lo intentó porque estaba absorto en sus pensamientos.

Un cuarto de hora despues salieron de la taberna y se separaron, dirigiéndose cada cual á su casa.

—Estoy en camino de hacer mi fortuna,—iba diciendo para sí Canuto;—y aunque lo de la torre no es cosa que me agrada, si bien lo pienso, nada debo temer porque es solo una amenaza para en caso de que yo haga una traicion. ¿Qué gesto pondrá la hechicera Isabel cuando reciba la carta y vea que es nada menos que del rey?

Entre tanto decia tambien el escudero:

—He dado el primer paso y ya no puedo retroceder. Si el

rey supiera que lo he hecho el héroe de una intriga amorosa que nada tiene que ver con él, y que su peluquero es el que anda en el negocio, de seguro, y á salir muy bien librado, me encerraba en la torre con que yo he hecho temblar al buen Canuto. Pero antes es mi hijo, y todo lo arriesgaré por él, todo se lo sacrificaré.

Ni el peluquero encontró en su casa á su sobrino, ni Hernando á su hijo.

CAPITULO IX.

Una serenata, un papel y una disputa.

A las doce de aquella noche, que estaba clara y serena como la anterior, entró en la calle del Sacramento un embozado, miró si alguien lo seguia ó lo observaba, y convencido de que estaba solo en la calle y bien cerrados todos los balcones y puertas, se ocultó en el hueco de una, de tal modo que era imposible verlo aun pasando por su lado.

Cinco minutos despues llegó otro hombre, embozado tambien hasta los ojos, miró como el primero y escuchó sin ver ni oir nada, y se detuvo, pero en medio de la calle. Levantó la cabeza, pareció fijar toda su atencion en una casa, que si mal no recordamos era la misma donde habia vivido y muerto la desgraciada doña Inés, y quedó inmóvil.

Así trascurrieron algunos instantes.

La quietud y el silencio no podian ser mas absolutos.

Todos los vecinos debian dormir profundamente. No se escapaba ni el mas leve destello de luz por las rendijas de los balcones y ventanas.

El segundo embozado volvió á mirar á uno y otro lado de la calle, retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared frontera á la casa de que hemos hecho mencion, y sacando de debajo de su ferreruelo una guitarra, la templó y comenzó á tañer con sorprendente maestría.

El que estaba oculto levantó la cabeza como para observar si se abria alguna ventana ó balcon.

El músico no podia ser mas hábil, ni mas dulces los acordados sones del armonioso instrumento: no hubiera podido escucharse, sin conmoverse, la espresiva y lánguida melodía que brotó de las vibradoras cuerdas.

¿Palpitaria algun corazon al compás de los gratos acordes? No lo sabemos. Los balcones permanecieron cerrados y ni el mas leve rumor se sintió en la casa á donde con tanto interés miraban los embozados.

Despues de algunos momentos, el músico, con voz clara y dulce y tiernísimo acento, entonó una cancion en que pintaba el tormento de amar callando y sin esperanza de ser correspondido. No pronunció el nombre de ninguna mujer, pero habló de ojos negros como la noche eterna de su desventura, como el horizonte de su porvenir desdichado.

Concluyó la trova, sus últimos ecos se perdieron con los de la guitarra, y el enamorado exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

Entonces se abrió uno de los postigos de un balcon, y á favor de la luna se vió asomar una mano blanca y desprenderse de ella un papel que revoloteó hasta llegar al suelo.

Una misma idea debió surgir en la mente de los embozados, porque los dos, como si á la vez hubiesen sido impulsados por un solo resorte, se adelantaron para coger el papel.

La situacion tuvo entonces tanto de cómica como de grave, porque ambos, al inclinarse, vieron junto á su pecho la reluciente punta de una espada y tuvieron que detenerse.

— ¡Atrás! —exclamaron á la vez.

Y se enderezaron, brillaron sus ojos y levantaron el brazo derecho armado con la tizona.

—Atrás he dicho, —repitió el músico.

—Alejaos, —replicó el otro.

—Ese papel es para mí.

—Será para quien se lo lleve.

—¡Vive Dios!

—¿Quién sois?

—Quien no sabe retroceder.

—¿Y si os disputo el terreno?

—Tengo espada.

—No quisiera yo mataros por tan poca cosa como un pedazo de papel.

—Pues entonces os mataré, —replicó el músico.

—¿Estais dispuesto á cometer la locura de sostener el lance?

—Resuelto á que no os lleveis ese papel sin haberme quitado antes la vida.

—¿Y si yo hiciese una señal y viniesen á ayudarme?

—Probaríais que sois un cobarde; pero yo no retrocederia.

—¿Tantos son vuestros alientos?

—Pocos necesita para morir quien está desesperado como yo.

—Debeis ser muy jóven.

—No os importa.

—Intentaré haceros comprender vuestra locura y así evitaré una desgracia.

—Será en vano.

—¿Quereis escucharme?

—Si hablais poco...

—Ese papel no os pertenece.

—Ha sido la respuesta á mi cancion.

—Yo lo esperaba hace media hora oculto en el hueco de esa puerta, y sin duda no han tenido ocasion de echarlo antes.

—¿Es decir que vos la amais tambien?

—Sí.

—¿Y sois correspondido?—dijo el músico con voz reconcentrada.

—Sí.

—¡Oh!...

—Ya veis que la razon está de mi parte.

—Entonces debe morir uno de nosotros porque nos estorbamos mútuamente.

—Vos no sois correspondido.

—No lo sabeis.

—Lo habeis dicho en vuestra cancion.

—Tal vez empiezo á serlo.

—¿Aun pensais que es para vos el papel?

—Pienso que quiero llevármelo, y nada mas.

—Tanta arrogancia...

—Cuadra bien á quien sabe sostenerla.

—Vuestros pocos años...

—¡Vive el cielo!—exclamó el músico con tono de impaciente coraje.

—Mancebo...

—Basta de palabras.

—¿Os empeñais?...

—¡En guardia!

—Veremos si vuestro brazo es como vuestra lengua.

—Tal vez.

Se cruzaron las espadas.

A los primeros golpes conoció el embozado espía la fuerza y destreza no comunes de su enemigo y una serenidad que indicaba mucho valor.

—Está visto,—dijo para sí,—que no cederá y que si seguimos concluiremos por quedar uno sin vida, quizás yo.

Y luego añadió en voz alta:

—Os conviene ceder.

El de la guitarra contestó con una estocada que milagrosamente pudo el otro parar.

—Esperad,—dijo el primer embozado.

—¿Cedeis?

—Es vuestro el papel, pero no lo será la dama.

El combate se suspendió.

—Pero si la cuestion del papel concluye, no así la de nuestra rivalidad...

—Tambien.

—¿Renunciais á la dama?

—No la amo...

—Entonces...

—Es un secreto.

—¿Sois su pariente?

—No puedo decirlo.

—Quiero salir de dudas.

—Habeis cantado, os contestan con ese papel, yo paso y os dejo... ¿por qué habeis de obligarme á nada?

—Pero...

—No sospecheis que el miedo me ha hecho ceder, porque me es fácil probar lo contrario.

—Vuestra conducta es muy estraña...

—¿Por qué ocultais vuestro nombre?

—Porque me conviene.

—Respetad mi secreto como yo el vuestro.

El músico pareció meditar y luego dijo:

—¿Volvereis por aquí?

—No lo sé.

—¿Dais vuestra palabra de que no amais?...

—No amo á doña Ana, os lo juro.

—Pero si otra vez nos vemos...

—No me tengais por enemigo.

—Que el cielo os guarde, —replicó el de la guitarra.

El otro se alejó pausadamente.

—Si ese no es su amante, otro lo será y con él debe haberme equivocado la condesa. ¿Cómo habia de escribirme si supiera quién soy?

El enamorado mancebo recogió el papel.

—¡Oh! —exclamó.— No puedo leerlo ahora.

Sin embargo, como la luna alumbraba, intentó á su claridad

el misterioso amante leer la carta, pero solo pudo ver que no tenia escrito mas que un renglon.

—¡La mitad de mi vida por una luz!—exclamó con el mismo acento que Ricardo *Corazon de leon* debió decir: «¡Todo mi reino por un caballo!»

Pero como ni un miserable candil fuese en su ayuda, echó una mirada de tierna despedida al balcon, que habia vuelto á cerrarse, y mas bien que andando, corriendo, tomó hácia la calle de la Almudena mientras decia:

—Estraña aventura. ¿Quién será ese hombre? ¿Qué interés tendrá en los amores de la condesa si él no la ama? ¿Por qué me dijo que no era mi enemigo y que la dama no seria mia? ¿Qué pudo moverle á cambiar tan repentinamente de parecer y dejarme la carta que un momento antes me disputaba con la vida? Por miedo no ha sido, pues muestras ha dado de ser valiente: cruzó su espada con serenidad, su brazo no tembló, y me asestó algunos golpes maestros, parando los mios con no menos destreza. ¡Oh!... Es preciso aclarar este misterio. ¿Pero cómo? Seria menester ante todo conocer á ese hombre, lo cual no es fácil. ¿Y qué dirá esta carta en un solo renglon? ¿Si será una advertencia para que no me atreva á tanto otra vez?... ¡Ah!... Diabólica idea me ocurre... ¿Habrá creido alguna de sus doncellas que la amo?... ¡Vive Dios!... El chasco seria muy pesado y no me haria ninguna gracia.... Tal vez Teresa que tiene los ojos negros y presume de bonita.... Lo que es el embozado no se equivocó.

Entre estas y otras reflexiones y sin acertar á esplicarse lo que le habia sucedido, llegó el mancebo á San Felipe el Real y llamó con fuertes golpes á la puerta de la casa de Canuto.

Pocos momentos despues le abrieron, encontrándose frente á frente con la señora Marcelina que le dijo con su acostumbrado tono de mal humor:

—Señor Felipe, hace mas de una hora que duerme vuestro tio.

El jóven, que como nuestros lectores habrán comprendido,

era el pupilo del peluquero, respondió mientras subia de dos en dos los escalones:

—¿Y qué os importa?

—Bien os habeis aprovechado de la licencia de vuestro tio,—repuso la vieja.—Es mas de la una.

—Callad y dadme una luz.

—La teneis en vuestro aposento.

—Buenas noches.

—Mas bien buenos dias.

El jóven entró en su dormitorio, se acercó á la luz, desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«Si no sois quien sospecho, olvidadme.»

Ni estaba firmado ni decia otra cosa.

Felipe se restregó los ojos como si dudase de lo que veia y volvió á leer hasta cuatro veces el enigmático escrito.

—Esto es para volverse loco,—dijo mientras dejaba caer en la cama su capa y su sombrero como si le estorbase, y se paseaba á lo largo de la alcoba con visible agitacion.—¿Cómo he de saber si soy el mismo de quien sospecha? O esto es una burla ó... No lo comprendo... dudo si estoy soñando... ¡Oh!—exclamó, sentándose abatido.—No puede sospechar de mí... ¿Cómo ha de pensar en un pobre barbero la mujer mas hermosa de la córte, jóven, rica, adulada, solicitada por los primeros nobles?... ¡Soy un nécio!

El jóven dejó caer la cabeza entre las manos, exhaló un penoso suspiro y quedó inmóvil.

—Soy un miserable barbero,—murmuraba de vez en cuando con amargura.—Soy un miserable barbero y ella una gran señora, la condesa de Fuensanta, la admiracion de los hombres, la envidia de las mujeres... ¡Oh!... ¡Cómo se mofaria de mí, con qué despreciativa compasion me miraria si supiese que he tenido el atrevimiento de ir á enamorarla, cantando bajo sus balcones!...

Pero como el abatimiento era muy pasagero siempre en aquel espíritu privilegiado, levantó el jóven la cabeza á los pocos ins-

tantes, brillaron sus ojos con todo el fuego de su indomable energía, y dijo con acento firme:

— Si me falta un nombre me sobra corazon, y el que se atreva á despreciar al huérfano pobre, al barbero humilde, tendrá que darle cuentas al hombre fuerte y atrevido que no reconoce mas nobleza que la del alma ni mas autoridad que la de Dios. Soy libre, independiente; nada me han dado los hombres y nada les debo; nací como todos y como todos moriré; ¿qué me falta para que quieran tenerme en menos que á los demás?

Y aquel espíritu fuerte, independiente, revolucionario como se le hubiera llamado en nuestros dias, se sintió dispuesto á todo, nada temió desde aquel momento.

—Amo á doña Ana, —dijo; — la amo con locura y no retrocederé en mi propósito. Aclararé los misterios de esta noche, sabré lo que significan las palabras estampadas en este papel y quién es el hombre que tan singularmente quiso disputármelo y se arrepintió.

Felipe besó la carta, la guardó, y desnudándose se acostó con intencion de dormir; pero no pudo conciliar el sueño hasta que la aurora empezó á descorrer el velo de la noche.

CAPITULO X.

Buenas disposiciones que el peluquero demostró para la intriga.

Aquella noche habia rondado tambien el hijo del escudero delante de la casa de Isabel; pero esta no salió á la reja, porque le fué imposible burlar la vigilancia de su madre.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, tomo Canuto la bolsa de cuero en que llevaba los peines, tijeras, cepillos y demás objetos necesarios para ejercer su oficio, y dijo á Felipe:

—Cuida bien de la tienda, y que esperen si alguien me busca, porque yo volveré pronto.

—¿Y si tardaseis?—preguntó el mancebo.

—No tardaré, porque solamente voy á peinar á doña Margarita y su hija.

—Bien, mi querido tio: cuidaré de la tienda, diré que esperen, y...

—Nada mas.

—¿Y quién irá á peinar á doña Ana?

—Probablemente tú, porque tengo que hacer aquí.

En los ojos de Felipe brilló un relámpago de alegría.

—Vos dispondreis lo que mas os plazca, y yo obedeceré.

Canuto se miró al espejo para convencerse de que no se habia descompuesto su valona, arregló los lazos de sus calzones, y satisfecho de sí mismo, salió de la tienda con la sonrisa en los lábios y la mano izquierda en la cadera, contoneándose como un mozalvete presumido cuando pasa junto á la mujer á quien enamora.

Las ágiles y larguísimas piernas del peluquero atravesaron en diez ó doce pasos no mas, la calle Mayor, y lo llevaron en pocos minutos á San Ginés.

—Bien, —murmuró deteniéndose á la puerta de la casa de doña Margarita: —ha llegado el momento en que he de poner á prueba toda mi audácia y habilidad: el asunto es sério, gravísimo, peligroso, y una torpeza seria mi completa ruina, y comprometeria á su majestad. ¡Oh!... Ya saben á quien han buscado para el desempeño de esta comision delicadísima. Es verdad que no hay que hacer otra cosa mas que entregar el papel y encogerse de hombros, suceda lo que suceda; pero esto requiere cierto tino que no tendria cualquiera, y un leve gesto puede echarlo todo á perder. Veamos, Canuto del Rincon, mucha serenidad, porque de este primer paso depende tu fortuna; prueba una vez mas que mereces la fama de astuto é ingenioso que gozas en toda la villa, y que eres digno de que el gran rey don Felipe IV deposite en tí su confianza.

Luego agitó dos ó tres veces su larga nariz, volvió á componer su cuello y sus lazos, y entró en la casa.

—Tal vez no quiera peinarse la señora, —le dijo un criado.

—¿Por qué? —preguntó Canuto.

—Está algo indispuesta...

—Lo siento con toda mi alma. ¿Y es cosa que ofrece cuidado?

—No.

—Estará en cama...

—Se ha levantado, pero...

—Me contentaré, —repuso el peluquero, —con tener la honra de peinar á doña Isabel.

—Tambien ha pasado mala noche.

—¡Diablo!—exclamó Canuto, agitando la nariz.

—Sin embargo, se les dirá que habeis venido.

—Sí, sí, porque si les duele la cabeza, tal vez se les despejará peinándolas...

—Esperad.

El sirviente pasó el recado, y volvió diciendo:

—Mi señora doña Margarita no quiere peinarse, pero ha mandado que se peine doña Isabel.

Canuto hizo un esfuerzo para que no lo delatase la alegría que intentó asomar á su rostro.

Pocos momentos despues se encontraba en el dormitorio de Isabel, á quien acompañaba una doncella.

La jóven estaba medio recostada en un sillon, con muestras de la mayor languidez. Una palidez mortal cubria su rostro, de donde no habian podido borrarse las señales inequívocas del llanto.

El peluquero se deshizo en cumplidos, y despues de informarse del estado de salud de Isabel, miró de soslayo á la criada, y dijo para sí:

—No pensé en este estorbo. ¡Oh! Y la tal doncella tiene la pícara costumbre de no quitarme los ojos mientras peino á su señora. Primer inconveniente que es preciso salvar.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Os peinareis aquí?

—Sí,—contestó Isabel.

—Como gusteis, señorita, aunque estaríais mejor...

—Lucía, mi peinador—interrumpió la jóven.

—Aquí está,—dijo la criada.

Y colocó sobre los hombros de su señora el blanco y finísimo lienzo.

Canuto sacudió su nariz, porque se encontraba muy apurado.

—¿Y los peines?—preguntó.

—Tambien están aquí,—repuso Lucía presentando una caja de ébano, que contenia varios objetos de tocador.

—Sois prevenida.

—Nada falta.

—¿Nada?—replicó el peluquero mientras deshacia una arruga del peinador y agitaba repetidas veces su descomunal nariz.—Miradlo bien...

—Os digo que está todo.

—Tanto mejor,—repuso Canuto, principiando á deshacer las relucientes trenzas de la jóven, que parecia no ver ni oir lo que pasaba á su al rededor.

Hubo algunos instantes de silencio.

La criada permanecia inmóvil y en actitud respetuosa al lado de Isabel.

Los ojuelos de Canuto brillaron.

—¡Ah!—exclamó.—Algo y muy importante se os ha olvidado.

—¿Qué?

—¿No lo echais de menos?

—No.

—Como es cosa que no teneis que sacarla ningun dia, porque siempre está en el mismo sitio...

—Teneis razon... el espejo.

—No lo necesito,—dijo Isabel, saliendo de su distraccion por un instannte.

—Sí, traedlo,—repuso Canuto,—para que pueda vuestra señora ver si queda bien el peinado.

Lucía salió del aposento.

No habia tiempo que perder: la ocasion no podia ser mas oportuna.

—¡Oh!—dijo para sí el peluquero.—¡Triunfé!

Y sacó la carta, dejándola caer en la falda de la jóven.

Esta, sorprendida, miró primero el papel y luego á Canuto.

—¿Qué es esto?—dijo.

El peluquero se encogió de hombros y continuó su trabajo con admirable serenidad.

—¿Qué significa esto?—volvió á decir Isabel.

Pero se oyeron los pasos de Lucía, é instintivamente ocultó la jóven la carta.

—Un hilo de perlas,—repuso despues de echar una rápida ojeada al espejo y poseida de curiosidad.

Lucía salió otra vez.

Canuto siguió peinando como si nada tuviese que ver con la carta.

Isabel rompió el sello, conoció la letra de su amante, y sus megillas, antes tan pálidas, se tiñeron de un vivo carmin.

—¡Ah!—exclamó cuando hubo leido las pocas palabras que contenia el papel.

Y volvió á interrogar con la mirada á Canuto.

Pero este no dió señales de haberse apercibido de nada, porque se acordó que el escudero era muy fuerte en el juego de la torre.

—¿Qué os ha dicho?—pregunto la hermosa niña con acento afanoso y mientras sus negros ojos brillaban como dos luces.

—No os movais, porque se descompone esta trenza...

—¿Pero qué os ha dicho?

Canuto se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo habeis visto?—replicó Isabel con creciente afan y sin poder disimular su agitacion.—¿No os ha dado él mismo esta carta?

El peluquero hizo un gesto que queria decir: «No sé de qué me hablais.»

—Responded... ¡Oh!... ¡Responded!...

—Hoy no quedareis bien peinada, porque no os estais quieta...

—¿Os burlais?

—Perdonad, señorita, si vuelvo á rogaros que no os movais...

—¿Pero quién os ha dado este papel?—interrumpió la jóven.

Canuto se encogió otra vez de hombros.

—Señor Canuto,—dijo severamente Isabel,—si habeis pensado...

—Ya están aquí las perlas,—interrumpió el peluquero.

La criada entró.

Isabel volvió á ocultar la carta.

—No son esas perlas las que he pedido, —dijo á Lucía.— Trae las otras... Pronto...

—Voy al momento...

—Y guarda estas.

La doncella salió sorprendida de que la jóven cuidase tanto de su adorno, cuando momentos antes ni aun espejo queria.

—Señor Canuto, —dijo Isabel, —respondedme pronto. ¿Cuándo lo habeis visto? ¿Qué os ha dicho? ¿Esperais contestacion?

—Os he preguntado si estaba esta trenza colocada á vuestro gusto, y espero que me contesteis.

—Esto es ya demasiado, —replicó la jóven, clavando en el peluquero una mirada penetrante.

—Por lo demás, —repuso Canuto que empezaba á encontrarse apurado, —por lo demás, estoy á vuestras órdenes, y serviros será para mí una honra sin igual, y una dicha incomparable.

—¿Sabeis el contenido de esta carta?

El peluquero se encogió de hombros.

—No importa, —añadió Isabel, —decidle que ya habia yo hecho lo que me encarga. Ahora no puedo escribir, pero mañana os llevareis una carta. ¿Cuándo lo vereis?

Canuto hizo un gesto que nada queria decir y permaneció silencioso.

Isabel lo miró con estrañeza y sin poder adivinar qué significaba tan singular proceder. ¿Por qué semejante reserva con ella? El silencio y los gestos de Canuto no eran una burla, porque no podia burlarse quien se habia decidido á tomar el encargo de la carta con grave riesgo de ser sorprendido. ¿Pero qué fin se proponia al negarse á contestar? ¿Tenia órdenes para obrar así ó era torpeza ó ignorancia suya? De cualquier modo habia bastante motivo para desesperarse.

—¡Oh! —exclamó la jóven sin poder contener su despecho

y con tan imperioso tono, que hizo estremecer al peluquero.—Pronto, decidme quién os ha entregado este papel y qué os ha dicho, ó no lo recibiré, llamaré á mi madre y le diré que habeis abusado de su confianza.

Canuto palideció, hizo un cómico gesto de espanto y agitó su nariz; pero aun tuvo valor para resistir y encogerse de hombros.

Comprendió Isabel que el miedo podia darle un buen resultado, y aprovechando aquellos momentos, se atrevió á decir:

—Os descubriré si no me dais esplicaciones, y tened entendido que si el rey sabe lo que habeis hecho...

—¡El rey!—exclamó Canuto, interrumpiendo á la jóven.

Y se estremeció convulsivamente, parecióle que se erizaban sus cabellos, y sintió palpitar su corazon con estremada violencia. Algunas gotas de sudor frio corrieron por su frente, y ya iba en su turbacion á cometer la imprudencia de decir algunas palabras que aplacasen el enojo de la jóven, cuando se acordó de las amenazas de Hernando, y particularmente de la torre, y se contuvo, diciendo para sí:

—Hablar es dar jaque al rey y esponerse á que el contrario juegue la torre... ¡Silencio, Canuto!

—¿Lo habeis entendido?—repuso Isabel con la precipitacion é impaciencia consiguiente á los escasos instantes que le quedaban para poder entrar en esplicaciones.

—¡El rey!—volvió á murmurar Canuto con acento ahogado.

Y agitó repetidas veces su larga nariz.

—Sí, el rey que consideraria como el mayor de los crímenes la mas leve proteccion á estos amores.

Los papeles se trocaron: la sorpresa, y sorpresa en el último grado fué entonces del aturdido peluquero. ¿De qué amores hablaba Isabel? ¿Pues no era el monarca el amante y suya la carta?

—¿Qué significa esto?—dijo para sí el pobre Canuto, que comenzaba á arrepentirse de haberse metido en aquel enredo.—¿Con que el rey me castigaria porque lo sirvo? ¿Con que el rey

consideraria un crímen la proteccion dada á sus amores? Pero segun se esplica, no es del rey el papel... ¡Oh!... Y Hernando me ha dicho que el rey... ¿Serán fórmulas cortesanas?... ¡Por mi ánima que estoy para volverme loco!... Sin embargo, ya el intrigante escudero me previno que era posible que me amenazasen para hacerme hablar y poner á prueba mi discrecion... No caeré en el lazo; aprendí anoche mucho en aquella partida de ajedrez, y si aun no soy maestro, puedo decir que empiezo á conocer el tablero cortesano. No hay que dar jaque al rey, porque la torre acabaria con todos los alfiles. Canuto del Rincon, ten ánimo y serenidad, otro gesto y todo ha concluido.

—¿A qué aguardais?—repuso la jóven.—Decidíos pronto, esplicaos ó sabreis lo que cuesta enojar al rey.

Canuto se encogió de hombros y calló, aunque no estaba del todo tranquilo.

—Señora,—dijo mirando á la puerta, con el mismo afan que el náufrago al puerto donde está la salvacion.—Señora... hoy...

Lucía entró.

—¡Por fin!—exclamó el pobre peluquero, respirando con toda la fuerza de sus pulmones y mientras sacudia su nariz.—Por fin he podido colocar esta trenza á mi gusto.

Isabel se mordió los lábios.

—Aquí están las perlas,—dijo Lucía.

—Vuestra señora ha variado de opinion: ya no quiere las perlas... He concluido...

—¿Os vais?—preguntó la jóven.

—¿No está el peinado á vuestro gusto?

—Sí...

—¿Quereis que lo deshaga?

—No... Idos.

—Que el cielo os guarde.

Canuto salió precipitadamente, temeroso de que lo llamase Isabel, y volviendo á tomar el camino de su casa, dijo:

—No estoy del todo satisfecho. Si son fórmulas de la come-

dia cortesana, como dice Hernando, me parecen exageradas. Aquí hay misterio y es preciso aclararlo. Veremos cómo se esplica el maestro de ajedrez y obraré segun convenga, porque si trasluzco que para el medro de otros quieren jugar conmigo, intrigaré por mi cuenta, y allá se verá quién engaña á quién. Se me hace duro de creer que el monarca galantee á esa niña. ¡Oh!... Aun no habeis ganado la partida, señor Hernando, y si cojo el hilo de la intriga, impondré condiciones. Es intrincado y peligroso el tablero cortesano, pero todo será hasta que yo lo conozca, y entonces, señor maestro, os diré á mi vez y aprovechando vuestras lecciones: «vuestra torre tiene en jaque á mi reina; cuidado que jugaré mi rey.»

Otras muchas reflexiones se hizo Canuto que estaba decidido á no representar un mal papel en la misteriosa intriga, y acelerando el paso, llegó á su casa en pocos minutos.

CAPITULO XI.

Mas sospechas.

Aquel era dia de sorpresas y dudas; los personajes de nuestra historia debian encontrarse cada vez mas confusos por lo mismo que mas que nunca necesitaban averiguar.

Ya hemos visto al buen Canuto salir de casa de doña Margarita perplejo, aturdido y sin poder esplicarse lo que significaba aquel enredo, en el cual representaba un papel, que siquiera por lo comprometido, no dejaba de ser importante. Así que, cuando entró en su tienda, iba con la cabeza inclinada sobre el pecho y tan distraido que se sentó sin cuidarse de colocar su capa de modo que no formase arrugas ni descompusiese los lazos de sus calzones.

Felipe, sentado descuidadamente, tocaba la guitarra, y sin interrumpirse miró de soslayo al peluquero y dijo para sí:

—¿Qué le sucede á mi buen tio postizo? Anoche vino poco menos que bailando de alegría; esta mañana se levantó algo pensativo, pero tambien contento, y ahora vuelve taciturno. Parece que hay dias destinados á importantes acontecimientos. Yo tambien he tenido desde anoche mil alternativas de contento y tristeza, y estoy en áscuas hasta ver qué semblante me pone doña Ana; pero entre tanto, he dicho: «á grandes apuros grandes re-

medios,» y he tomado la guitarra porque vale mas esperar cantando que llorando. Y puesto que mi canto no ha de interrumpir en sus meditaciones al señor Canuto del Rincon, porque, segun parece, está tan distraido que no vé ni oye, entonaré la cancion de feliz recuerdo que fué contestada con el disputado papel que me ha dejado con mas dudas de las que tenia.

Sonrió dulcemente el mancebo, sus megillas se cubrieron de púrpura y dió principio á la cancion que ya le oimos en la calle del Sacramento.

Quiso la casualidad que en aquel instante llegára á la puerta un hombre, que no era ni mas ni menos que Hernando, el cual, al oir el canto se detuvo y arrugó el entrecejo, diciendo para sí:

—No me equivoco; es la misma trova y... ¡por mi ánima!... juraria que tambien es la misma voz.

Luego contuvo la respiracion como para no perder ni una nota de la música, y escuchó con afanosa curiosidad.

—No hay duda,—repuso despues de algunos momentos;—es la misma voz. ¿Pero quién puede cantar en la barbería de Canuto, que sea persona digna de galantear á la condesa y aun de ser correspondido, como lo prueba el papel que cayó del balcon? Preciso es salir de dudas. Creo que pronto sabré quién era el mancebo que anoche cruzó su espada con la mia.

Y entró en la tienda.

Canuto no veia ni oia nada de lo que pasaba á su al rededor, pero sí tuvo ojos para el escudero, porque apenas este entró en la barbería, levantóse aquel precipitadamente y exclamó:

—¡Señor Hernando!

Felipe Augusto, como le llamaremos en adelante para distinguirlo del hijo del escudero, dejó la guitarra.

—No interrumpais vuestro canto,—dijo Hernando sin contestar al peluquero y examinando con su penetrante mirada al jóven, á quien tomó, no por lo que era, sino por un caballero estravagante, calavera, que tenia el capricho de pasar algun rato de ócio en la barbería y la despreocupacion de tocar y cantar allí, ni mas ni menos que si fuese el barbero.

El mancebo miraba tambien con atencion á Hernando, porque al oirle hablar se habia acordado del hombre que la noche anterior quiso llevarse el papel.

—Ya habia concluido cuando entrasteis,—respondió Felipe Augusto despues de algunos momentos.

Hernando lo miró entonces con mas afan, porque creyó haber reconocido aquella voz al hablar lo mismo que al cantar.

—Caballero,—dijo, siguiendo en su error de que tenia delante á una persona de calidad noble,—habeis suspendido vuestra cancion á la mitad, y lo siento, porque me gustaba mucho.

Las sospechas del mancebo se aumentaron.

—Amigo mio,—replicó Canuto,—ya tendreis tiempo de oir la cancion, y otras muchas, y así lo deseo yo tambien; pero ahora tengo que hablaros, os esperaba con impaciencia, y os ruego que subais á mi aposento.

—¿Y vais á dejar la tienda abandonada?—preguntó Hernando que buscaba un pretesto para seguir la conversacion con el jóven.

—¿Pues no queda mi sobrino?

—¡Vuestro sobrino!... ¿Dónde está?

—Ahí lo teneis... ¡Es verdad que no lo conocíais!

—¿Este... es... vuestro sobrino?—repuso el escudero con tono de sorpresa.

—El mismo, amigo mio: el mismo de quien os hablé anoche.

Hernando volvió á contemplar á Felipe Augusto como si aun dudase.

—¿Qué os parece?—dijo Canuto con satisfaccion.

—No creí que fuera un mancebo de tan gentil apostura. Lástima es que pase su juventud en este rincon.

—Si su majestad lo proteje...

—Lo protejerá.

—Ya os dije que queria conocerlo.

Permitidme que permanezca aquí algunos instantes, y que escuche el final de la cancion. ¿Y cómo se llama?

—Felipe Augusto.

—Lo mismo que el rey.

—Será un motivo mas...

—Solamente, —repuso Hernando sonriendo con toda la dulzura de un cortesano consumado, —solamente que es preciso que sea juicioso, pues segun me indicasteis...

—La verdad, es algo travieso, es decir, un poco desaplicado porque le tiene horror al oficio...

—Los pocos años... Le gustará mas ocuparse en enamorar doncellas... y como canta bien, preferirá emplear el tiempo dando serenatas...

Felipe Augusto palideció ligeramente.

—Sí, le gusta, —replicó el peluquero que, como siempre, cuando empezaba á hablar se olvidaba de todo, — eso preferiria, pero yo que tengo esperiencia y sé cómo se pierden los hombres, no le doy libertad para tanto y le obligo á recogerse á las diez en este tiempo.

—Pero alguna noche...

—Sí, por gracia particular... Anoche le dí permiso y...

—Bien hecho, — dijo Hernando sin dejar su sonrisa; — la severidad no debe exagerarse.

—¡Oh! —dijo para sí el mancebo. — Este es el embozado de anoche.

Y continuó examinando al escudero con mirada afanosa.

—Me gusta un término medio, —repuso Canuto.

—En vuestro sobrino está el no abusar de vuestra condescendencia. Cuidado, señor Felipe Augusto, con las rondas nocturnas, que no pasa dia sin que se cuente una desgracia, y á muchos cuesta la vida la inocente diversion de andar á deshora por la calle. Teneis pocos años, podeis, aun sin intencion, molestar á cualquier loco espadachin, y...

—En cuanto á eso, —replicó Canuto, —casi estoy tranquilo, porque á no ser que le acometiesen tres ó cuatro hombres...

—¡Oh!... ¿Tanto confiais en su brazo?

—Puede dar leccion á muchos que se tienen por maestros: no sé quién le ha enseñado á manejar la espada, pero os ase-

guro que lo hace bien... Y luego, tiene la ventaja de una serenidad...

—No hay duda,—dijo para sí el escudero,—es el músico de anoche. ¿Pero habia de atreverse á enamorar á la condesa, ni esta habia de dignarse corresponderle? ¡Vive Dios! Preciso es aclarar este misterio. El mozo tiene buena pinta y no seria estraño que hubiese cometido la locura de enamorarse de doña Ana. Esto no puede quedar así. ¡Bueno fuera que el rey tuviese por rival á un barbero!

Y luego añadió en voz alta:

—Señor Felipe, ya os habrá dicho vuestro tio que su majestad quiere protegeros; pero habeis de ser juicioso.

—Gracias por el consejo,—contestó el jóven, desplegando una sonrisa.

—Ganareis mucho en tomarlo, porque, como ya os he dicho, es muy peligroso andar por la calle de noche á ciertas horas. Por mi parte os aseguro que me encerraria al oscurecer si no me obligase á salir el servicio del rey.

—¿Servís á su majestad?—preguntó el mancebo, cuyo rostro se anubló repentinamente.

—Tengo la honra de ser su escudero.

—Y su criado mas querido.

—¡Oh!—murmuró Felipe Augusto.

Y luego dijo para sí:

—Ahora lo comprendo todo... ¡Vive el cielo!

—¿Te ha sorprendido saber quién es el señor?—replicó Canuto.

—No lo conocia...

—Pero entre tanto olvidamos nuestro asunto principal, señor Hernando.

—Sí... es verdad,—dijo el escudero distraidamente, porque estaba muy preocupado con el descubrimiento que acababa de hacer.

—¿No quereis subir?

—Vamos... Hasta luego, señor Felipe Augusto.

Este dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y meditabundo. A su viva penetracion no podia ocultarse que el escudero era el hombre que la noche anterior le habia disputado el papel, ni tampoco que debia haber ido allí por órden del rey.

—¿Con que este,—dijo despues de algunos instantes,—es el famoso Hernando Prieto á quien todo el mundo conoce, ó por lo menos ha oido nombrar? ¿Con que es el célebre escudero depositario de todos los secretos amorosos del rey, como si dijéramos, el libro de memorias de Felipe IV? Bien, muy bien. Ya no me cabe duda de que es el mismo de anoche, porque su voz y algunas de sus misteriosas frases me lo han probado, así como puede asegurarse que por órden del monarca ronda en la calle del Sacramento. ¡Oh!... El asunto va siendo mas sério de lo que parece. ¡Yo rival del gran Felipe IV! ¡Yo, sin padres, sin nombre y por añadidura aprendiz de barbero!... ¿Tengo la cabeza segura sobre los hombros?... Lo que sí tengo,—añadió el jóven, cuya frente se contrajo,—son celos. ¡Oh!... El rey no puede ya seducir con su hermosura porque va siendo viejo, pero tiene una corona y las mujeres suelen apreciar mas el oropel que el oro, y mas el oro que el corazon.

Volvió á quedar pensativo, y luego, levantando con energía la cabeza, repuso mientras que sus negros ojos brillaban como dos luces:

—No importa: si el rey ama á la condesa, yo tambien, y nada temo: si en persona fuera á disputarme el amor de la mujer á quien adoro, le responderia como respondí anoche á Hernando cuando intentó llevarse el papel. Nada soy, nada tengo mas que la vida y en nada la aprecio sin el amor de doña Ana. Lucharemos, Felipe IV, y veremos quién teme á quién: tú tienes oro y servidores que te ayuden: yo tengo mi audácia, mi corazon, mi cabeza y mi brazo.

Mientras á tales reflexiones se entregaba el mancebo, Canuto y Hernando hablaban, diciendo el primero:

—Mi apuro ha sido grande.

—Pero ya habeis visto que encojeros de hombros como os aconsejé os ha hecho triunfar.

—Aun no os lo he dicho todo, señor Hernando. ¡Oh!... Solo de pensar en ello...

—¿Hay mas?

—Sí.

—¿Qué?

—Me amenazó.

—Os reiríais...

—Me dijo que iba á llamar á su madre...

—Por asustaros.

—Y lo consiguió.

—¿Y qué hicísteis?

—Aun tuve serenidad para encojerme de hombros y hablarle del peinado.

—¡Bien!

—Mas todavía.

—¡Vive el cielo!

—Me preguntó si yo sabia quién era: le dije que sí, aunque no sé mas sino que es hija de...

—¿De quién?—interrumpió vivamente Hernando.

—De doña Margarita.

—Es verdad. ¿Y luego?

—Me amenazó segunda vez... ¿con quién direis?

—No adivino...

—¡Con el rey!—dijo Canuto, bajando la voz como si tuviese miedo y abriendo estremadamente los ojos.

—¡Con el rey!—exclamó el escudero no muy tranquilo.

—Sí.

—¿Y qué os dijo?

—Escuchad sus mismas palabras: «Diré á su majestad que me habeis traido esta carta, lo cual será vuestra perdicion, porque es menester que sepais que el rey consideraria como el mayor de los crímenes, la mas leve proteccion á estos amores.»

—¿Y vos?

—Temblé de piés á cabeza, lo confieso.

—Pero al fin...

—Me armé de valor, me decidí á jugar el todo por el todo, me sonreí, miré de soslayo á la hermosa niña...

—Acabad,—interrumpió afanosamente Hernando.

—Me encogí de hombros.

—¡Ah!... Os habeis salvado del precipicio á cuyo borde os puso la astucia de esa traviesa niña.

—Pero...

—Habeis estado á punto de dar jaque-mate al rey.

—Y entonces...

—La torre hubiera dado al traste con vuestra mala jugada.

—¡Oh!—exclamó Canuto, palideciendo y agitando su nariz.—¡Maldita torre!...

—Habeis salido bien de la primera prueba.

—Sin embargo...

—Sois un héroe, señor Canuto.

—¿Pero qué amores son esos que el rey castigaria?...

—¿No comprendeis que os tendian un lazo?

El peluquero quedó pensativo.

—Así será,—dijo al fin.

—Ya habeis visto que os amenazó con su madre y no llevó á cabo su amenaza.

—Ciertamente.

—Os lo repito, han querido probaros.

—Pues no les habrán quedado ganas de hacer otra prueba.

—No se contentarán con la de hoy.

—¿A caso no es bastante?

—No.

Canuto miró al escudero, agitó la nariz y se dijo:

—Quieres engañarme, pero afortunadamente he conocido la intriga, tengo el hilo, sacaré el ovillo y veremos quién amenaza á quién.

—Hasta ahora todo vá bien,—repuso Hernando.

—¿Y mañana?

—Probablemente os dará ella una carta.

—¿La tomo?

—Sí.

—¿Y si vuelve á pedirme esplicaciones?

—No le contestais.

—¿Direis á su majestad?...

—Que no se olvide de la proteccion que ha prometido á vuestro sobrino; pero cuidad de él y no le permitais que pase las noches fuera de casa.

—Ya os he dicho que se recoge temprano: solamente anoche...

—¿Anoche nada mas?

—Sí.

—¿Estais seguro de ello?

—Como que duerme cerca de mí.

—Puede burlar vuestra vigilancia.

—¿Sospechais?...

—Nada; pero como parece travieso...

—No hay cuidado.

—Desagradaria mucho al rey...

—Os aseguro que no sale ninguna noche.

—No podeis jurarlo.

—Sí, porque lo veo dormir.

—¿Me habré equivocado?—se preguntó el escudero.—Me hace dudar... El que enamora á la condesa vá todas las noches y... Yo lo averiguaré.

Y luego añadió en voz alta:

—Hablemos de otra cosa que tambien me interesa.

—Como gusteis.

—Sin duda habreis conocido,—repuso Hernando,—á un médico que se llamaba Cañete y que hace diez y ocho ó veinte años vivió en Puerta Cerrada.

—¡El doctor Cañete!...

—El mismo.

—Flaco, de poca estatura...

—Sí.

—¿Quién no lo conocia?

—¿Era parroquiano vuestro?

—No.

—¿Y podreis decirme lo que ha sido de él?

—Hace muchos años que no lo he visto ni tengo noticia de su paradero.

—¿Habrá muerto?

—Tal vez.

—Necesito averiguarlo.

—¿Y quereis que yo pregunte?

—Sí, pero que nadie, ni el mismo doctor, entienda que es cosa mia.

—Descuidad.

—Vos tratais con muchas personas y no os será difícil complacerme.

—Con el mayor gusto, amigo mio.

—Y con vuestro provecho porque os recompensaré vuestro trabajo.

—Nada de eso, amigo mio,—replicó Canuto cuyos ojuelos se animaron.—¡Pues no faltaba mas!

—Diez ducados...

—Os digo que no...

—Es mi gusto.

—Entonces... aceptaré.

—Pues daos prisa y ambos quedaremos contentos,—repuso Hernando á la vez que se levantaba.

—¿Os vais ya?

—Sí.

—¿Sin darme mas esplicaciones?

—¿Sobre lo de Cañete?

—No.

—De lo demás nada tengo que deciros: silencio, discrecion, tino...

—Ya veis que...

—Y tomad la carta si os la dan.

Hernando y Canuto bajaron otra vez á la tienda, encontrando á Felipe Augusto en el mismo sitio donde lo habian dejado.

—Felipe,—dijo el peluquero,—prepárate para ir á peinar á la señora condesa de Fuensanta.

—¿Peina vuestro sobrino á doña Ana?

—Va algunos dias en mi lugar.

Hernando reflexionó algunos momentos y luego dijo para sí:

—No habia pensado en semejante cosa... Ahora dudo que sea el barbero el cantor de anoche, porque si se ven de dia y con entera libertad, ¿para qué habian de andarse con papelitos por la ventana á media noche?... Cada vez estoy mas confuso.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Con que podeis, señor Felipe, envaneceros de que peinais á la mas hermosa dama de la corte?

—Honra á que renunciaria de buena gana,—respondió el mancebo.

—¿Por qué?

—Porque la señora condesa es muy descontentadiza y me sofoca cada vez que la peino.

—Es algo caprichosa y rara,—dijo Canuto,—pero buena y nunca dice nada que pueda ofender.

—Pues bien, querido tio, yo me alegraria de no peinarla,—replicó el mancebo.

—Es preciso, tengo que hacer y no puedo ir hoy.

—¿Qué significa esto?—volvió á decirse Hernando mas confuso cada vez.—No quiere aprovechar la ocasion de verla... ¿Será para desorientarme porque me haya conocido en la voz como yo á él? ¡Oh!... Mucho cuidado con este mancebo que no tiene un pelo de tonto ni se le puede engañar como á su tio.

Y temeroso de que el jóven llegase á saber la intriga referente á la hija del monarca, llamó aparte á Canuto y le dijo:

—Escusado es advertiros que nuestro asunto es tambien reservado para vuestro sobrino...

—Por supuesto.

—Es jóven, sin esperiencia y puede cometer una indiscrecion.

—Descuidad.

—Que el cielo os guarde.

—¿Hasta mañana?

—Sí.

—A esta misma hora.

—No faltaré.

Hernando salió muy pensativo y se dirigió al alcázar real para ver al rey.

No menos pensativo quedó Felipe Augusto, y tanto, que á pesar del vivo deseo que tenia de ver á la condesa, fué menester para que se levantase que Canuto se lo mandara nuevamente.

El hermoso jóven tomó su capa y su sombrero y salió mientras el peluquero decia:

—¿Con que ha sido una prueba lo de la amenaza de decírselo al rey?... No lo creo. Ese Hernando es muy astuto y quiere engañarme... ¡Ah!—exclamó, dándose una palmada en la frente y agitando la nariz.—¡Felicísima idea! ¡Golpe maestro y digno de un consumado cortesano! ¿Me encarga el escudero particularmente que no confie el secreto á Felipe? Pues haré lo contrario, se lo diré, sino todo, lo que me convenga. ¿Quién sabe si el muchacho me sacará de dudas y apuros? Es travieso, sabe la historia amorosa de todas las damas de la corte, y de seguro no ignorará quién es el amante de doña Isabel. Confio en la discrecion de Felipe porque aunque tiene pocos años es reflexivo como un viejo, y me ayudará con entusiasmo porque su mayor gusto es enredar.

CAPITULO XII.

Siguen aumentándose las sospechas y las dudas.

El buen Canuto se frotó alegremente las manos, agitó repetidas veces la nariz, y ya iba á seguir combinando su plan, cuando fué interrumpido por la llegada de un hombre flaco, de rostro enjuto y aguileño y que lo mismo representaba sesenta años por las arrugas de su frente, que cuarenta por la agilidad de sus miembros. Su boca era ancha, sus lábios delgados y blanquecinos, y casi imberbe, pareciéndolo mas porque no dejaba crecer el escaso bigote con que lo habia dotado la naturaleza. De sus ojos no podemos hablar porque los llevaba cubiertos con unos anteojos de cristales verdes con cortinillas á los lados de tafetan del mismo color y sujetos por un cordon que ataba á la cabeza.

—Guárdeos Dios, —dijo con varonil acento, dulce y agradable en vez de la voz chillona y cascada que cualquiera hubiese esperado de aquel cuerpo.

Y se quitó el sombrero de anchas alas, dejando ver su cabe-

za calva enteramente en la parte superior y cubierta en la posterior de pelo gris muy áspero que caia en enmarañada coleta de mechones desiguales sobre su cuello.

Su vestido era de paño verde sin ningun adorno, y su espada con empuñadura de acero liso y vaina de cuero negro.

Bien mirado, nada tenia de particular aquel hombre, y sin embargo, era uno de esos que llaman la atencion sin saber por qué.

Canuto lo miró atentamente de piés á cabeza, y siguiendo su costumbre de tratar con respeto á cuantos entraban en su tienda, fuesen nobles ó villanos, le dijo:

—¿Quiere afeitarse vuestra merced?

—Sí, —contestó el de los anteojos.

—¿Y peinarse tambien?

—No, porque tendria que desatar mis anteojos...

—Volveré á ponérselos á vuestra merced para que no se incomode.

—Me molesta la luz.

—Eso es otra cosa, —repuso el peluquero mientras se remangaba.—Lo primero es la salud, la comodidad. Yo soy lo mismo, por nada me incomodo ni martirizo mi cuerpo... Tenga vuesa merced la bondad de sentarse aquí... Bien... así...

—Os agradeceré que me afeiteis pronto.

—En dos minutos, caballero... Paño limpio, navaja bien afilada por mano de mi sobrino que no tiene igual para sentar la navaja en la piedra.

—Pues no creo que será un buen barbero.

—¡Cómo! ¿Lo conoceis?

—Sí.

—No recuerdo haberos visto nunca en la tienda.

—Es la primera vez que he venido.

—Es decir que habreis conocido á Felipe Augusto...

—En otra parte.

—Tal vez en la botillería, —dijo Canuto mientras untaba con el jabon el rostro del nuevo parroquiano.

—No recuerdo, —contestó este.

—O en los corrales de comedias.

—Es posible.

—O en la pradera del Manzanares, á donde le gusta ir á pasear.

—Bien puede ser.

—¿Y por qué dice vuestra merced que no será un buen barbero?

—Me parece así.

—Pues sabed que todos mis parroquianos, que son muchos y personas de calidad, prefieren que mi sobrino los afeite, á pesar de que, como vais á ver, yo no cedo á nadie en ligereza de manos.

—Pero como no tiene aficion al oficio...

—Mucho sabe vuestra merced, —replicó Canuto un tanto disgustado de que Felipe no ocultase su aversion á rapar barbas.

—Por casualidad.

—¿Habeis tratado mucho á mi sobrino?

—Creo que alguna vez.

—¡Creeis!...

—Tengo mala memoria.

El peluquero miró con cierta desconfianza y curiosidad al desconocido.

—¿Tiene, —repuso este, —vuestro mismo apellido el señor Felipe Augusto?

—¿No lo sabeis?

—Ignoro si es hijo de un hermano ó de una hermana vuestra.

—De un primo tercero, —contestó Canuto intentando descubrir la mirada de su interlocutor.

Pero fué en vano, porque los ojos de este estaban completamente ocultos.

—Lo decia, —repuso el de los anteojos, —porque como en nada os parece...

—Ni tampoco su padre.

—¿Era tambien peluquero?

—Era,—dijo Canuto algo turbado, porque no sabia qué contestar,—era... médico.

—¡Ah!... Médico...

—Sí.

—No ha habido en Madrid uno á quien yo no conozca. ¿Cómo se llamaba?

—Estaba establecido en un pueblo de Castilla la Vieja...

—Eso es otra cosa.

—Y á propósito,—dijo Canuto, acordándose del encargo del escudero que debia valerle diez ducados.—Puesto que vuestra merced ha conocido á todos los médicos de Madrid, tendrá tambien noticias de uno que se llamaba Cañete...

El desconocido se estremeció ligeramente.

—¿Os he hecho daño?—le preguntó el barbero.

—Creí que me habíais cortado...

—No, no, señor.

—Bien... adelante...

—Pues como he dicho á vuestra merced, el doctor Cañete...

—Lo conocí.

—¿Era vuestro amigo?

—Era... sí... era mi amigo.

—¿Y qué ha sido de él?

—Hace mucho tiempo que dejo la córte.

—¿Pero sabeis dónde se encuentra?

—No.

—¿Ni sospechais?...

—Tampoco.

—Quizás haya muerto...

—Bien puede ser.

—Vuestra merced no afirma nada.

—Ni nada niego, señor Canuto.

—Levantad la cabeza... así...

—Con que decíais que el doctor Cañete...

—Era amigo de uno mio que me ha preguntado porque nada sabe de él.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—No he visto en toda mi vida hombre tan curioso como este,—dijo para sí Canuto.

Y luego añadió en voz alta:

—Es inútil que os diga su nombre, porque no lo conocereis.

—Yo conozco á todos los habitantes de Madrid.

—Es forastero.

—Sé quien es.

—¿Que sabeis?...

—Sí.

—Puede ser...

—El señor Hernando Prieto.

—El peluquero miró al desconocido con cierto temor supersticioso, y repuso:

—Se ha equivocado vuestra merced.

—No.

—Digo que...

—Y algo tambien os regalaria de buena gana el escudero porque le dieseis noticia del doctor Cañete.

Canuto palideció y agitó su nariz.

—Ya veis que estoy bien enterado,—repuso el de los anteojos.

—¿Os ha hecho á vos el mismo encargo?

—Tal vez.

—¿Acaso no lo sabeis?

—Ya os he dicho que tengo mala memoria.

—¿Quién es este hombre?—dijo para sí Canuto.

Y quedó silencioso y pensativo.

El otro calló tambien.

—Preciso es saber quién es,—pensó el peluquero al concluir de afeitar.

Y entonces dijo al otro:

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Habeis quedado contento?

—Del todo.

—Me alegro, pues aunque no tengo la honra de conocer á vuestra merced...

—Es que no os acordais de mí.

—¿Pues cuándo os he visto otra vez?

—Hace muchos años.

—¡Muchos años!

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí.

—Antes habeis dicho que era esta la primera vez que honrabais mi establecimiento.

—Lo cual os prueba, como os he advertido, que tengo muy mala memoria.

—Es verdad.

—Pero no es mejor la vuestra.

—Pues yo creia lo contrario,—dijo Canuto á tiempo que levantaba un brazo para colocar en el navajero su herramienta.

—¿Os acordais,—repuso con indiferencia el desconocido y mientras volvia á ponerse su raido sombrero pardo,—os acordais del tercer dia de páscua de Navidad del año de 1637?

Canuto palideció, se estremeció, y la navaja se le escapó de la mano, cayendo al suelo.

—¿Qué os sucede?—repuso el de los anteojos.

—Nada... Con que... decíais...

—Que si teníais presente...

—Sí, sí... pero... ¿qué tiene que ver ese dia?...

—Fué el que estuve aquí.

—¿Pero media alguna circunstancia?...

—Ninguna.

—¿Entonces?...

—He querido decir que no es la primera vez que me veis.

—No me acordaba.

—¿Pero cómo es,—repuso el desconocido,—que vuestro sobrino no está en la tienda ayundándoos?

—Ha ido á peinar á la señora condesa de Fuensanta.

—¿Que vive en la calle del Sacramento?

—Sí.

—En aquella casa que tiene cuatro balcones...

—La misma.

—¡Oh! la condesa es la mujer mas hermosa de la corte.

—¿La conoceis?

—Sí: ¿no es una dama de cabellos y ojos negros como el azabache?

—Sí, señor.

—¿Que tendrá veintidos años?

—Y que es viuda.

—Y que vive sola desde que murió su madre...

—Hace tres años.

—Cuando tenia pocos mas de cuarenta.

—Es verdad.

—Pero que no se parecia á su hija.

—En nada.

—Porque tenia los cabellos rubios...

—Como el oro.

—¿Hace mucho tiempo que habitan esa casa?

—Mucho.

—Quizás diez años...

—Mas de quince tambien.

—Antes habia en aquella casa un gabinete con sillones y mesas doradas, y dentro otro con muebles de ébano y chimenea de mármol blanco...

—Y ahora tambien.

—Esto hace ya muchos años, tal vez mas de quince...

—Pues en nada ha variado.

—¿Y el padre de doña Ana?

—Murió tambien.

—¿En Madrid?

—En Cataluña.

—No lo conocí.

¿Qué significaban tantas y tan distintas preguntas como aquel hombre hacia? Esto dió mucho que pensar á Canuto, y tanto, que guardó silencio para poder meditar mejor.

El desconocido dejó caer sobre la mesa un escudo de oro.

—Que el cielo os guarde, —dijo, dando un paso para irse.

—Espere vuestra merced, —replicó el peluquero mientras miraba con relumbrantes ojos la relumbrante moneda.—Espere vuestra merced, caballero, que voy á darle la vuelta...

—Guardad lo que sobra, —repuso el de los anteojos.

Y salió mientras decia para sí:

—Creo que al fin lograré mi intento. Mas de cuarenta veces he hecho esta prueba sin resultado; pero mi constancia triunfará. Sin embargo, encuentro muchas contradicciones. Mis sospechas con respecto á la difunta condesa se confirman; pero de seguro ignora el secreto doña Ana, porque de otro modo no permitiria que su hermano estuviese en la triste posicion en que se halla. Si yo tuviera un pretesto para examinarle la cabeza... ¿Y el otro niño? Debe ser el que ha criado el escudero. ¡Ah! si yo no hubiese perdido quince años... ¿Pero por qué está el uno con el peluquero? ¿Para qué me busca Hernando ahora? ¿Habrá llegado el dia de poner en claro el enredo? Tal vez, pero habrán de pagarme muy largamente la molestia de aquella noche. Veremos, —añadió despues de algunos instantes.—El peluquero es hombre de quien se puede sacar partido.

Entre tanto Canuto miraba y remiraba con alegres ojos la moneda, y mientras sacudia su nariz, decia:

—¿Pero quién será ese hombre, quién será? ¡Oh! me ha dejado aturdido al hablarme de Felipe Augusto, haciendo ciertas indicaciones. ¿Será su padre que haya tenido alguna noticia ó sospecha del paradero de su hijo y venga disfrazado para convencerse de la verdad? Pero seria mejor para todos que se esplicase de una vez. ¡Ojo alerta, Canuto del Rincon! —exclamó el peluquero con su entonacion tragi-cómica.—Calma, prudencia y ti-

no, que te vas metiendo en muchos enredos; calma y tino, que tienes la fortuna á la puerta de tu casa y la ahuyentaría el menor desacierto. Hernando, el rey, doña Isabel, Felipe, doña Ana, el hidalgo de los anteojos, el doctor Cañete... ¡Oh!... ¿Qué significa todo esto? La verdad es que hasta ahora no he podido entender una palabra: toda esa gente y las cartas, indirectas, preguntas, misterios y averiguaciones me traen confuso. Y la base, el centro, la piedra angular de todo es Hernando, que debe tener una gran cabeza cuando ya no se ha vuelto loco. Necesito que Felipe Augusto me ayude, y estoy decidido á descubrirle una parte de la intriga.

CAPITULO XIII.

Donde se dá á conocer á doña Ana de Rivadeneira, condesa de Fuensanta.

Si quieres, lector, que sigamos á Felipe Augusto, ven y verás que el hermoso mancebo llegó á la calle del Sacramento, entró en casa de la condesa de Fuensanta, y dijo al criado que le abrió la puerta:

—Vengo á peinar á la señora.

El sirviente dió el recado á otro y este á una doncella, y á los pocos momentos mandaron entrar al jóven.

Si como nosotros, el doctor Cañete lo hubiese acompañado, hubiera exclamado al llegar al aposento donde esperaba la condesa: «¡Aquí fué!» Porque los muebles de ébano y la chimenea de mármol eran los que habia visto la noche en que lo sacó de su casa el escudero. Esto se esplica fácilmente. Ya digimos que doña Inés habia muerto á los tres dias de nacer su hijo: pues bien, entonces llegó el conde de Fuensanta con su familia á Madrid y se quedó con la casa y su mueblaje que era lujosísimo, como costeado por el espléndido monarca para una mujer de quien estaba enamorado. Esto esplica, pues, que el aposento donde nació Felipe Augusto, conservase todos sus adornos y estuviese en el mismo estado que diez y ocho años antes.

Allí, sentada con encantador abandono, habia una mujer, cuyo retrato no podremos hacer con exactitud porque no hay pinceles ni plumas que puedan retratar á algunas mujeres. La que nos ocupa tenia unos ojos grandes, rasgados, negros, de pupila ardiente, luminosa, de mirada espresiva y á veces tan enérgica, imponente y penetrante, como en otras ocasiones dulce, tierna y de languidez conmovedora y provocativa, aumentando sus hechizos unas pestañas negras y largas, espesas y finísimas. Tales eran sus ojos, tal encanto tenian sus miradas, que cuando en la corte se nombraba á la condesa de Fuensanta, se decia que el alma la tenia en los ojos ó que sus ojos eran su alma. Aquellos ojos, bajo unas cejas arqueadas y una frente espaciosa, noble, altiva rodeada de cabellos negros y relucientes como el azabache bruñido, en un rostro ovalado y de trasparente blancura como el nácar, hacian que la condesa fuese la mujer mas hermosa de la corte, y que de tal tuviese fama, fama merecida, porque así como sus ojos, tenia una boca de lábios rojos y frescos que se movian no sabemos cómo, pero que arrebataban, enloquecian, y hubieran podido competir con los que en la forma de una dama se puso Satanás para tentar la virtud de San Antonio. Además su talle era esbelto, sus formas como no pudo ni siquiera soñarlas el mas poético escultor pagano, y su voz dulce como el sonido de un arpa. Tenia tambien la jóven condesa, ese no sé qué inesplicable que suele hacer encantadoras á muchas mujeres de dudosa belleza; de manera que esto, unido á sus perfecciones, la hacia como decirse suele, una mujer irresistible.

Rara era su belleza, pero mas raro era su carácter que nadie habia acertado á comprender: si tenia mucho que admirar su físico, mas tenia que estudiar su moral. Tan pronto parecia una mujer casquivana como juiciosa; lo mismo podia creerse en su virtud que dudar de ella, y cuando se la creia dotada de un alma de pasiones ardientes, aparecia como la criatura mas insensible. La franqueza y la espontaneidad alternaban, al parecer, con la doblez y la reserva, la inocencia con la malicia y la astucia, y la altivez con la modestia. ¿Era la condesa una de esas mu-

jeres que atraviesan el camino de la vida vacilando, sin saber á dónde van y sin acordarse de dónde vienen? No, porque tenia bastante talento, bastante juicio y sobrado corazon. Si nadie habia acertado á comprender su carácter ni sus ideas, era precisamente porque ella no habia cuidado de ocultarlas á nadie. La mujer que quiera estraviar el juicio que de ella se forme, que desee no ser conocida para que no puedan calificarla con seguridad, que se presente al mundo tal como sea, dejando ver con toda claridad sus ideas, sus instintos y hasta sus mas recónditos sentimientos; pero si se vale de una máscara que oculte su espíritu y su corazon, no conseguirá mas que disimular por un breve tiempo algunas pasiones ó debilidades, y entonces el mundo sabrá á qué atenerse para juzgar, la llamará hipócrita y no se habrá equivocado. Doña Ana era una mujer de pasiones ardientes y gran corazon, de ideas agenas á la generalidad de las mujeres y mas agenas á su siglo. Su cabeza en un hombre hubiera sido la cabeza de un revolucionario: su corazon en un rey se hubiera parecido mucho al de don Pedro I de Castilla; esto, advirtiendo que nosotros no calificamos á este monarca de cruel, sanguinario y bárbaro, sino de grande, generoso, ilustrado, recto, justiciero y bondadoso. Doña Ana tenia veinte y dos años y hacia cuatro que estaba viuda despues de uno de matrimonio. Su marido habia sido un noble flamenco riquísimo que cuando se casó tenia mas de cuarenta años, y mas de cuarenta mil defectos y achaques. Como se comprenderá, ella no le amó y así se lo dijo antes de casarse, pero él se sonrió y quedó satisfecho con la esperanza de ser amado algun dia. Hizo doña Ana igual confesion á su padre, y este insistió fundándose en razones aritméticas. La jóven aceptó entonces el sacrificio sin suplicar ni quejarse, y fué una esposa modelo de virtudes. Enviudó, perdió luego á su padre y despues á su madre, y dueña absoluta de su patrimonio y su libertad, se presentó al mundo tal como era, y el mundo, despues de mil observaciones, sin saber á qué atenerse, no pudiendo juzgarla, le llamó estravagante y quedó satisfecho. Desde entonces, es decir, desde que se tuvo á doña Ana por *escén-*

trica, fué la mujer de moda, y como moscas á la miel, acudió al sabroso panal de su corazon una nube de enamorados que para hacerse amar hicieron todas las ridiculeces imaginables; pero todos fueron presa de su misma golosina, encontraron hiel donde buscaron azúcar, ni uno solo pudo envanecerse con haber recibido el mas leve favor; doña Ana los trató como á verdaderas moscas, si bien les agradeció la ocasion que le habian dado de divertirse.

Tal era doña Ana de Rivadeneira, condesa de Fuensanta. Y puesto que ya la conocen nuestros lectores, volveremos á tomar el hilo de nuestra historia.

Tratándose de una mujer como la que hemos pintado, se comprenderá que era muy difícil y peligroso meterse en averiguaciones como las que tanto interesaban á Felipe Augusto sobre el misterioso papel de la noche anterior; pero el mancebo era sobradamente audaz, ingenioso y travieso para ceder ante ningun obstáculo: por el contrario, la sola idea de que la lucha debia ser tenaz y requeria fuerzas de gigante, era un incentivo para que el jóven la acometiese: su altivez necesitaba aquel triunfo, si lo alcanzaba, porque era un triunfo que podia envanecer.

Cuando Felipe Augusto vió á la condesa, enrojecieron sus megillas; pero pasada bien pronto la primera sensacion, saludó respetuosamente y dijo:

—Señora, á mi tio le ha sido imposible venir y me envia para que peine vuestra señoría y le ruegue...

—Ya os he dicho, señor Felipe Augusto, —interrumpió doña Ana con dulcísimo acento y desplegando una sonrisa mas dulce, —que soy enemiga de esas fórmulas de tratamiento que solamente suelo recibir de mis criados.

—De vuestros criados, y el mas humilde, soy yo, —repuso el mancebo con un tono que mas que servil era galante.

—Vos sois... mi peluquero, que es lo mismo que decir, el dueño de mi cabeza, —replicó la dama con ese acento de bondad que en momentos de buen humor usan los señores con sus sirvientes.

—Pues de la cabeza al corazon no hay mucha distancia, —dijo atrevidamente Felipe; —de manera que algun dia mereceré la honra de que me tengais el afecto que puede esperar quien tan bajo como yo se encuentra si mira vuestra altura.

—¿Quién os enseñó á peinar? —repuso la condesa, fijando en el mancebo una de sus irresistibles miradas.

—Mi tio.

—¿Y todo vuestro tiempo lo invertísteis en perfeccionaros en el oficio?

—Bastante gasté en cosa que nada se le parece, señora, —contestó sin turbarse Felipe Augusto.

—¿No os agrada ser peluquero?

—No, señora, —dijo el jóven mientras preparaba los peines y pomadas, viendo si estaban limpios y si faltaba alguno.

—¿Por qué?

—Es muy triste pasar la vida metido entre cuatro paredes, sentado pacientemente la mitad del tiempo y rapando barbas la otra mitad. ¿No ha nacido el hombre mas que para eso? Si es así, —prosiguió Felipe con mas calor del que hubiera querido y mientras se animaban sus negros ojos, —declaro á la raza humana de inferior condicion á todo ser viviente.

—Alto picais, mancebo, —dijo la condesa, volviendo á Felipe la espalda y colocándose delante de un espejo donde se retrataba la hermosa figura del jóven.

—Señora, —repuso este que se sintió herido en su amor propio, —si picar alto es ambicionar llegar hasta donde las fuerzas de cada uno puedan llevarle, entonces alto pico, muy alto, señora condesa.

—¿Tanta seguridad teneis en vos mismo? —replicó la dama con algun sarcasmo. —¿No temeis que os engañe vuestro deseo?

—Tal vez, señora, —dijo el mancebo cuya frente se contrajo y cuyo atrevimiento creció con la amarga burla de doña Ana. —Tal vez me engañe mi deseo, pero estoy seguro de que no me engañaria mi voluntad, y lo que podria suceder seria que muriese en la demanda; y como morir luchando es morir como

los héroes, morir con gloria, y esa es una de mis ambiciones, se verian cumplidos mis deseos, hasta en mi muerte encontraria mi triunfo.

—¿Quién os ha enseñado esas palabras que suenan tan bien, pero que dicen tan mal?

—Dios que me dió el pensamiento.

—Ilusiones de la juventud.

—¡Oh!—exclamó Felipe, cuyos ojos despidieron dos centellas, y poniendo una mano sobre el corazon.—Algo tengo aquí que palpita y arde y no son ilusiones.

Doña Ana se oprimió tambien el pecho, sus ojos se iluminaron, miró en el espejo el retrato del jóven, y dijo para sí mientras su corazon palpitaba con violencia:

—¡Es grande, digno de mí!... ¡Y tan hermoso!...

Y luego, dejando que otra vez asomase á sus lábios la sonrisa que antes vagaba en ellos, añadió en voz alta:

—Pero en suma, ¿á qué aspirais?

—No quiero que me tengais por loco ya que me habeis juzgado débil,—contestó Felipe Augusto, devolviendo sonrisa por sonrisa, ironía por ironía.

—¿No podré hacerle doblar la cabeza avergonzado?—se preguntó la condesa.

Y con tono de marcada burla añadió:

—Vaya, señor Felipe Augusto...

—Señora,—interrumpió el mancebo respetuosamente, pero con alguna sequedad,—¿me dais vuestro permiso?

Y estendió el peinador como para colocarlo en los hombros de doña Ana.

Esta se mordió los lábios, no con despecho, pero sí algo contrariada, y contestó:

—Sí, empezad; pero no os escuso de contestarme á lo que os he preguntado.

—Señora...

—Parece que sois...

—¡Ah!—exclamó el mancebo, cuyo semblante tomó de re-

pente una espresion de indefinible ternura.—Decidme quién soy, ¡oh! decídmelo.

Doña Ana lo miró sorprendida.

—Sí, decídmelo,—prosiguió Felipe con acento suplicante,—decídmelo porque no lo sé. ¿Acaso no lo sabeis? ¿Ni siquiera lo sospechais?—añadió con intencion marcada y aludiendo al papel de la noche anterior.

Las megillas de la condesa se enrojecieron por un instante.

—¿Estais loco?—dijo con leve, pero visible turbacion.

—¡Tal vez!—murmuró tristemente el mancebo.

—Me preguntais quién sois...

—Vos lo ignorais...

—No á fé.

—¿Es decir?...

—Que sois, ó mas exactamente dicho, os tengo por sobrino de Canuto del Rincon, peluquero del rey.

—Pues os habeis equivocado,—replicó el jóven resueltamente.

La condesa lo miró mas sorprendida que antes, y repuso:

—¡No sois su sobrino!...

—No, señora.

—¿Sois su hijo?

—Tampoco.

—No os comprendo.

—Soy, por mi desgracia, un huérfano sin nombre ni patria... ¡Oh!...

—¡Huérfano sin nombre!...

—Ignoro quiénes son mis padres...

—Pero...

—Debo la amarga existencia que arrastro á la generosidad de Canuto que me recogió en los momentos en que debí espirar á las pocas horas ó pocos minutos de haber nacido.

—¿Y él os ha criado?...

—Dándome el título de sobrino...

—¿Y sin haber podido hasta ahora saber?...

—Nada, señora.

—¿Pero no hay ninguna sospecha, ningun indicio que pueda guiaros en vuestras averiguaciones?—dijo la condesa vivamente interesada.

—Casi nada.

—Casi, es algo.

—Lo que en diez y ocho años no ha podido conseguir Canuto que á todo el mundo conoce...

—Referidme eso,—dijo doña Ana, en cuyo rostro se pintó la impresion de ternura y el vivo afan que le habia producido la revelacion del mancebo.—Referídmelo si no es un secreto que yo deba ignorar.

—¡Secretos para vos!—repuso Felipe Augusto con acento tan tierno que la dama tuvo que hacer un esfuerzo para que el llanto no asomase á sus ojos.

Ambos se habian olvidado completamente del peinado. ¿Y cómo acordarse de semejante cosa? Se amaban, tenian una ocasion de comunicarse su ternura sin que ella se viese obligada á descender de su altura de noble dama para decir á un pobre barbero: «te amo» ni él atreverse á salir de su esfera para pedir amor á quien era posible que lo despreciase, recordándole la distancia á que se encontraba. Desaprovechar doña Ana aquellos momentos en que podia sin riesgo de su decoro, sin descender de su elevada clase, mostrarse tierna y cariñosa con el mancebo, consolarle y tal vez prestarle ayuda, hubiera sido una pérdida irreparable. Desaprovecharlos Felipe cuando podia hacerse escuchar, conmover con sus palabras, sin qué se le pudiera acusar de atrevido ni insolente, hubiera sido una necedad, y con doble razon cuando el jóven estaba en el caso de hablar á todos de su desgracia, porque así solamente podria la casualidad depararle algunas noticias sobre su misterioso nacimiento.

—Os agradezco la confianza que os inspiro,—dijo la condesa despues de algunos instantes y mirando al jóven con tanta ternura que este se sintió arrebatado por su pasion y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Me honro depositándola en vos, —contestó Felipe.

—Decíais...

—Que Canuto me salvó la vida.

—¿Pero cómo?

—Hace diez y ocho años, una noche que volvia á su casa, me encontró en los brazos de un hombre que estaba tendido en la calle, muerto ó herido.

—¿Y él que conoce á todo el mundo no conoció al que os tenia en sus brazos?

—Ni siquiera lo intentó, temeroso de que entre tanto lo sorprendiese una ronda, aunque tengo para mí que fué la turbacion del miedo lo que le hizo cometer semejante torpeza, pues bien mirado, mas tiempo perdió en cortar con su tijera un pedazo de la capa del desconocido para que le sirviese de comprobacion. Ya habreis conocido que Canuto es muy aficionado á todo lo raro y misterioso, y bastaba que fuese lo mas sencillo reconocer al hombre que me llevaba, para que desechase este medio por vulgar y prefiriese el del corte de la capa por lo que tenia de novelesco ó parecido á intriga de comedia.

—Es verdad, sin duda habeis acertado: su turbacion, porque no debe ser valiente, y su aficion á lo raro porque él lo cree sublime, fueron causa de que dejase escapar la mejor ocasion.

—¡Pobre Canuto!... Es su debilidad y yo se la perdono.

—¿Y nada mas que el pedazo de capa hay que pueda servir de guia?

—El pañal en que yo iba envuelto y un papel con algunos nombres de santos, que sin duda eran los que debian ponérseme al bautizarme, lo cual ejecutó fielmente Canuto.

—¿Y ese pañal?...

—Es finísimo y está bordado en una de sus puntas, sin duda, por la mano de mi madre... ¡Ah! —exclamó el jóven, cuyos negros ojos se humedecieron. —Ayer por primera vez en mi vida ví tan querida prenda y pude besarla... ¡Madre mia!

Una lágrima corrió por las tersas megillas de la condesa.

—¡Infeliz jóven! —murmuró. —¡Y qué noble corazon!...

—¡Gracias, señora, gracias!—exclamó Felipe Augusto, dando un paso hácia la dama.—Llorais por mis desgracias como yo ayer por mi madre sobre sus recuerdos... Vuestras lágrimas son las primeras que he visto derramar por mí; vos sois la única persona que ha comprendido mis sufrimientos... ¡Cuán grande y noble debe ser vuestro corazon!... ¡No me equivoqué!... ¡Ah!...

Y el mancebo, trastornado por la doble emocion que esperimentaba, se inclinó mientras que á la vez brotó de sus ojos una lágrima de gratitud y una mirada de amor.

La condesa, como si no pensase lo que hacia, estendió el brazo derecho, y Felipe, despues de dudar un instante, le cogió respetuosamente la mano y estampó en ella un beso que tuvo todas las apariencias de humilde y ceremonioso.

—¿Qué haceis?—dijo la dama, dudando si aquello era una muestra de gratitud ó un amoroso desman.

—Perdonad, señora,—balbuceó el mancebo.—Mi agradecimiento tal vez me ha llevado...

—No habia de ser otra cosa,—interrumpió la condesa que se habia puesto roja como el carmin.—Lo digo porque nada he hecho que tengais que agradecerme...

—¿No os habeis interesado en mi desgracia?

—Es un deber de todos consolar al afligido...

—¡Me habeis hecho feliz!

—¡Que os he hecho feliz!...

—Nadie sino vos me ha mirado con ternura; en ningun corazon han encontrado eco mis palabras mas que en el vuestro...

—Pero aun no me habeis dicho...

—¿Qué?...

—Lo que tiene bordado el pañal...

—Una F, que debe ser la de mi nombre...

—¿Y qué mas?...

—El cerco de una corona...

—¡De una corona!—exclamó sorprendida doña Ana.

—Sí, señora.

—¿Y pensais?...

—Nada: mi fantasía, con la ayuda de mi ambicion, ha ido hasta donde no debiera... Las ilusiones de la juventud, los sueños del que busca un padre y un nombre...

—Es verdad.

—Mis sueños son mi única felicidad.

—¿Y no habeis pensado ver si alguien conoce la letra con que está vuestro nombre escrito en el papel de que me habeis hablado?

—Teneis razon; bien pudiera suceder que alguien la conociese...

—¿Quereis traerme el papel? Comprobaré la letra con las de muchas cartas que conservo de amigas de mi madre, y ¿quién sabe si así encontraremos á la vuestra? Todas las señales son de que vuestros padres eran personas nobles...

—Así parece.

—Y tal vez...

—Sí, sí, os deberé mi felicidad...

—Traédmelo hoy mismo.

—Gracias, señora.

—Ahora,—repuso la condesa, procurando dominar su emocion y temerosa de haber ido mas lejos de lo que permitian las conveniencias de su decoro,—seguid diciéndome lo que ambicionais...

—Ahora,—dijo Felipe Augusto, dominándose tambien y desplegando una sonrisa,—os peinaré, porque todavía no soy caballero mas que en sospecha.

Y tomó el peine para comenzar su tarea, siempre enojosa, menos cuando tenia entre sus manos los negros cabellos de doña Ana.

—Bien,—repuso esta,—peinadme; pero decidme entre tanto qué clase de lucha es esa que pensais emprender para conquistaros otro puesto en la sociedad.

—Aun no me he decidido, señora, pero en último caso, seré soldado, pelearé y sabré morir ó lograré mi deseo.

—¿Os sentís con valor?...

—Para todo.

—¿Hasta para conquistar el corazon de una mujer?—preguntó doña Ana con alegre tono.

—Señora, la conquista del corazon de una mujer no es una prueba de valor, sino la fortuna de un capricho.

—Bien, señor Felipe Augusto, no esperaba menos de vuestro ingénio.

—Gracias, señora, pero puedo probaros que soy muy torpe,—replicó el mancebo, mientras temblaban sus manos al deshacer las sedosas y perfumadas trenzas de cabellos de doña Ana.

Hubo algunos minutos de silencio, durante los cuales ninguno de los dos enamorados acertó á pronunciar una palabra, y sin embargo, ambos tenian necesidad de hablarse.

—¿No es bastante lo sucedido para esplicarme las palabras misteriosas del papel de anoche?—decia para sí el mancebo.—¿Debo dudar que me ama? ¿No ha dicho mas de lo que yo podia esperar con el interés que ha mostrado por mí, con permitirme besar su mano y últimamente con preguntarme si soy capaz de conquistar el corazon de una mujer? No es poco, no: ¿pero no puede tambien ser que solo le mueva un sentimiento de generosa compasion? Sí; y en cuanto á sus indicaciones y sus preguntas, bien pueden ser hijas de la curiosidad, divertimiento del ócio... ¡Ah! no debo dejarme llevar de ilusiones porque seria horrible el desengaño: necesito averiguar con certeza sin que me quede duda, y así lo haré antes que acabe el dia.

Entre tanto, la dama, consultando tambien con ella misma, se preguntaba:

—¿Me habré equivocado? ¿No seria él quién anoche, como otras veces, cantó? ¿Se llevaria el papel el otro embozado que apareció como llovido del cielo? Las espadas se cruzaron, pero tal vez el mancebo, como de pocos años al fin, cederia á su competidor. Sin embargo, parece muy valiente y atrevido. De todas maneras, necesito saber á dónde fué á parar mi carta porque puede ponerme en ridículo la aventura si ha caido en manos de alguno de mis enemigos: está escrita de mi letra y puede compro-

meterme... ¡Oh!... Fuí imprudente en demasía... me cegó la pasion... ¿Y quién será el otro? No es don Juan, ni el conde, ni don Alonso, porque los hubiera conocido por la voz. ¿Será algun espía del rey?... Nada tendrá de estraño... ¡Ya me enoja el amor impertinente del monarca! Sea como quiera, necesito averiguar quién se llevó el papel, y si fué Felipe no se irá sin que yo lo sepa.

Meditó doña Ana y tambien Felipe Augusto, sin que por el pronto acertasen á encontrar un medio para conseguir lo que deseaban.

—¿En qué os ocupais en vuestros ratos de ócio?—dijo al fin la condesa.

—Me queda poco tiempo libre, señora.

—Pero de noche no peinareis ni afeitareis...

—Algunas veces tambien.

—Solo algunas veces...

—Canuto es muy severo, apenas me deja salir para divertirme.

—¿Os recojeis temprano?

—No me permite estar fuera de casa mas que hasta las diez.

Doña Ana palideció y dijo para sí:

—¡No era él!

—Pero confieso mi pecado,—añadió Felipe Augusto;—muchas noches lo desobedezco, aunque lo hago de manera que lo ignore...

—¡Ah!—exclamó la dama, exhalando un suspiro como si la hubiesen aliviado de un gran peso.

—¿Os he hecho mal?—preguntó vivamente el jóven.

—Un poco... no es nada...

—Perdonad...

—Con que decíais...

—Que algunas noches...

—¿Nada mas que algunas?—interrumpió la condesa con marcado afan.

—¿Por qué he de ocultároslo? Todas.

—En el rostro de la condesa se pintó la mas viva alegría.

—¿Y cómo, —dijo, —lo haceis?

—Tengo dobles llaves y espero á que Canuto duerma.

—Es una travesura imperdonable, —replicó doña Ana con tono de cariñosa reconvencion.

—Si me quitáran esos momentos de completa libertad no podria vivir.

—¿Pero no pensais que puede sucederos alguna desgracia?

—¿Cuál?

—De noche están las calles llenas de ladrones y asesinos, y puede costaros la vida vuestra travesura.

—Ya os he dicho, señora, que no doy ninguna importancia á la muerte.

—¡Tan jóven!...

—En años, pero no en desgracias.

—¿Y qué haceis á deshora en la calle?

—Me paseo, respiro el aire libre y doy á mis pensamientos curso sin que nadie me interrumpa.

—Ahora no decís la verdad, —repuso la condesa, sonriendo encantadoramente.

—¿En qué pensais que me ocupo?

—¿No os acompaña Cupido en vuestras nocturnas escursiones?

—Pues bien, —contestó Felipe que se puso encarnado como una amapola,—no quiero negároslo, ya os he dicho que para vos no tengo secretos...

—¿Estais enamorado?

—Sí.

—Gracias por la confianza.

—Con un confesor como vos...

—¿Y os habla por el balcon vuestra dama?

—Antes, —dijo el mancebo que nunca habia estado tan torpe para peinar, —antes debiérais haberme preguntado si mi amor tiene correspondencia.

—Supongo que un mancebo tan atrevido como vos no se

contentará con ir á contemplar las ventanas de la mujer á quien ama.

—Tal vez.

—Si ahora comienza el galanteo...

—No, señora.

—¿Entonces?...

—Yo mismo no lo sé.

—Lo adivino.

—¿Qué?

—Como buen barbero sabreis tañer la guitarra con primor y cantar romances tiernos, y dareis serenatas á esa mujer. ¿Me he equivocado?

—No, señora,—dijo Felipe Augusto que en aquel instante parecia absorto en profundas meditaciones.

—¿Y ninguna muestra de amor habeis recibido?

—Lo ignoro.

—¡Que lo ignorais!...

—Mis amores son de una naturaleza muy rara.

—Todo en vos es estraño.

Felipe no contestó; quedó por algunos segundos inmóvil como una estátua.

Y sonriendo despues dijo:

—Pronto, muy pronto sabré si debo tener esperanza de ser correspondido.

El acento con que pronunció estas palabras indicaba que habia encontrado un medio para saber si la carta de la noche anterior era de la condesa.

—Cada vez me dejais mas sorprendida.

—Mas lo estoy yo de lo que me sucede.

—¿Hay mas rarezas?

—Mas misterios.

—Vuelvo á deciros que todo en vos es estraño, señor Felipe.

—Es verdad.

—Veo que á vuestra edad podeis contar ya muchas aventuras.

—Nada divertidas.

—¿Hay tambien peligros?

—¿Dónde no se encuentran?

—¿Algun rival?...

—Lo sospecho.

—¿No se os ha presentado?

—Sí.

—Entonces...

—Pero me ha disputado el terreno de un modo muy particular.

—Los enamorados siempre lo disputan con la espada.

—La del que digo se ha cruzado ya con la mia.

—¿Y cedísteis?

—¡Jamás!... ¡Oh!... Antes morir cien veces.

—¿Lo vencísteis en la lucha?—preguntó la condesa cada vez con mas afan.

—No, señora,—respondió el jóven que en aquel momento llevaba lo mejor de la partida por la tranquilidad que le daba la seguridad que tenia de salir con su intento.

—¿Huyó?

—Es valiente.

—No comprendo entonces...

—Pidió una tregua.

—Tendria miedo.

—Me atrevo á jurar que no.

—¿Y al fin?...

—Quedó para mí el objeto de la disputa...

—¿La dama?...

—No...

—¿Pues no era ella?...

—Un papel.

—¡Un papel!...

—Que echaron desde un balcon.

—¿Y vos os lo llevásteis?

—Sí.

—¿Y era efectivamente para vos?

—No lo sé, ni tampoco de quién venia.

—¿De quién sino de la dama en cuestion podia ser?

—De otra de las que habitan la misma casa, y que creyéndose el objeto de mi galanteo, echase el papel.

—Teneis razon,—dijo la condesa que sintió la mas viva alegría al ver que el mancebo no estaba convencido de que fuese de ella la carta.

—Pero lo averiguaré muy pronto,—repuso Felipe Augusto.

—¿Y si no podeis?

—Podré.

—Mucho contais con vuestro ingénio.

—Y no me equivoco.

—Lo veremos,—replicó la condesa cuyo amor propio se picó.

Y desde aquel momento se decidió á hacer todo lo posible para que el jóven no averiguase de quién era la carta hasta que se diese por vencido. Ella sabia ya cuanto deseaba, pero su vanidad de mujer necesitaba aquel triunfo.

—¿Y de qué medio os valdreis?

—Todavía no lo he pensado.

—¿Confesareis vuestra derrota si no conseguís vuestro intento?

—Con entera franqueza.

—Veremos pues,—volvió á decir doña Ana.

—Veremos, señora.

—Habeis picado mi curiosidad.

—¿Qué os parece esta trenza?

—Admirable.

—¿Y este rizo?...

—Así... bien. Sois un peluquero sin igual... Perfectamente.

El peinado habia concluido.

Felipe Augusto contempló á la condesa con todo el interés de su pasion.

Doña Ana desplegó una sonrisa tan arrebatadora, que el mancebo sintió encenderse la sangre en sus venas.

—¿Volvereis á traerme el papel?—dijo la dama.

—A la hora que señaleis.

—Cualquiera es buena para hacer un beneficio...

—Gracias, señora: el cielo premiará vuestro generoso proceder y yo os bendiciré noche y dia.

La condesa se levantó para pasar á otro aposento y concluir su tocado.

—Adios, señor Felipe Augusto,—dijo;—no os olvideis del papel que tanto os interesa...

—Dos son los que han de hacer mi felicidad,—replicó el mancebo con intencion marcada.

Y con su audácia sin igual clavó una mirada ardiente en la condesa.

Esta sonrió levemente, volvió la espalda y se alejó con la majestad de una reina.

—¡Oh!—exclamó el mancebo al verla desaparecer.—¡Estoy loco!...

Y se oprimió el pecho, se pasó las manos por la frente, exhaló un suspiro y salió pálido y agitado.

CAPITULO XIV.

De la alianza ofensiva y defensiva que concertaron el peluquero y Felipe Augusto.

Felipe Augusto llegó á su casa ébrio de alegría. Ya casi no dudaba del amor de la condesa, y muy pronto iba á tener la mas completa seguridad: no podia ser mas ingenioso el medio que habia ideado para tener una prueba de que el misterioso papel de la noche anterior estaba escrito por doña Ana. Esta pensaba resistirse mucho tiempo antes de confesar su amor; pero no contaba con el ingénio y travesura del jóven. Podia decirse que eran tal para cual, habian nacido el uno para el otro, para amarse ó aborrecerse.

Cuando Canuto vió entrar al mancebo, se animó su semblante y exclamó:

—¡A Dios gracias que has venido!

—¿Acaso he tardado?—preguntó con estrañeza Felipe Augusto.

—¡Que si has tardado!... ¿No lo sabes? Sin duda te ha hecho esperar la condesa una hora.

—Me mandó entrar sin detenerme.

—Entonces no lo entiendo.

—¡Ah!... Ya caigo: es que se ha pasado el tiempo hablando...

—¡Hablando! ¡Tú de conversacion con doña Ana!

—¿Y por qué no? Hemos tratado de un asunto muy interesante...

—¡Hemos tratado!—replicó sorprendido el peluquero.—Vamos, está visto, hoy es dia de acontecimientos estraordinarios.

—Bien podeis decirlo.

—¿A tí tambien?...

—Ahora sabreis...

—¿Tienes que decirme algo de particular?

—Mucho.

—Acabaré por no entenderme.

—¿Pues qué pasa?

—Paciencia, señor Felipe Augusto; calma que el asunto es grave. Necesito de tí, pero te advierto que si no eres prudente...

—Esplicaos,—dijo el mancebo sorprendido á su vez.

—Lo haré si puedo, porque has de saber, querido Felipe, que estoy turbado, aturdido, confuso, mareado, y dudo, sospecho, vacilo y... en fin, estoy á punto de volverme loco.

—Pues á buena parte venís en busca de ayuda, á mí que necesito la vuestra.

—¿Es decir que acabaremos por volvernos locos los dos?

—Creo que sí.

—Me consuelas.

—No puedo hacer mas.

—Felipe, veo que te chanceas; has venido muy alegre y todo lo tomas á broma.

—Señor Canuto, mi querido protector, estamos perdiendo un tiempo precioso.

—¡Idea feliz!... Tienes razon.

—Tengo que deciros...

—Antes yo á tí.

—¿Es mucho?

—Bastante.

—Lo siento porque tengo prisa.

—¡Felipe!

—Me espera mi protectora la condesa de Fuensanta.

Canuto abrió estremadamente los ojos y la boca y contempló al mancebo sin acertar á pronunciar una palabra.

—Tenemos mucho que hablar,—añadió Felipe;—mucho sobre que tratar doña Ana y yo.

—¿Quieres esplicarte?—dijo al fin Canuto.

—Es lo que deseo.

—La condesa y tú... Ya no estraño que el de los anteojos me hablase de tí y de doña Ana y sus padres, y hasta de los muebles de la casa, y de Hernando, y del tercer dia de páscua, y...

—¿Acabareis de esplicaros?—interrumpió el mancebo con impaciencia.—¿Quién es el de los anteojos? ¿Qué os han dicho de la condesa y de sus padres?

—Felipe, estamos metidos en un laberinto que ni el de Creta. ¿Sabes lo que es el laberinto de Creta? A mí me lo esplicó don Francisco de Quevedo...

—Lo que sé es que cada vez nos confundimos mas.

—Eso voy viendo.

—Empecemos por esplicarnos, uno primero y luego el otro.

—Tienes una cabeza mejor organizada que la mia, Felipe.

—Gracias.

—Empecemos.

—Os escucho,—dijo el jóven sentándose.

—No me parece á propósito este sitio, porque á lo mejor nos interrumpirán.

—Tal creo.

—¿Qué hemos de hacer?

—Cerremos la tienda.

—¡Cerrar la tienda! ¿Sabes lo que dices?

—Sí.

—¿Pero no piensas?...

—Que no nos dejarán hablar.

—¡Oh!... Estamos en un compromiso...

—Señor Canuto,—dijo el mancebo con tono de impaciencia,—acabemos de una vez: tengo prisa, me espera la condesa, quizás se acerca el momento de mi completa felicidad...

—La situacion es grave, los momentos preciosos... ¡Cerremos la tienda!—exclamó el peluquero á la vez que agitaba su larga nariz.

Felipe Augusto no esperó mas, cerró la tienda y subió con Canuto al aposento que ya conocen nuestros lectores.

Sentáronse ambos y se contemplaron un momento con afanosa curiosidad.

Dos tipos mas opuestos no hubieran podido encontrarse.

—Si habeis de hablar primero,—dijo al fin el jóven,—comenzad que ya os escucho.

El peluquero dió á su rostro toda la cómica gravedad de que era susceptible, agitó su nariz, tosió, se limpió el sudor que corria por su frente, y dijo:

—Felipe Augusto, ya sabes que he hecho por tí los mayores sacrificios y que en diez y ocho años no he dejado un dia de darte pruebas de mi ternura.

—Lo sé.

—En pago de todo eso y de mucho mas que ignoras y callo en gracia de la brevedad, quiero que me jures que lo que voy á revelarte no saldrá de tí aunque te pusieran en un tormento.

—Os lo juro,—contestó Felipe á quien no agradaba este exordio en tales momentos.

—No esperaba menos de tí: ya estoy tranquilo y voy á empezar por hacerte una pregunta.

—Me dispongo á contestaros.

—No recuerdo si alguna vez has ido á peinar á doña Margarita de Guzman y á su hija.

—Nunca.

—Es verdad, pero quizás las conozcas...

—Sí: la hija es de las mujeres mas hermosas de Madrid; tiene los ojos negros...

—La misma. No me equivoqué; tú debias conocerlas y saber algunas particularidades de su vida.

—Lo mismo que vos sabreis y que saben otros.

—Te equivocas porque nada sé ni he intentado averiguarlo porque creí que nada curioso tendria su historia.

—Pues yo os la contaré como á mí me la contaron por una casualidad.

—Sí, mi querido Felipe,—repuso Canuto, cuyos ojos brillaron alegremente.—Dímelo todo... ¡Ah!... Van á trocarse los papeles, señor escudero.

—El rey...

—¿Con qué es verdad?—interrumpió el peluquero medio levantándose de la silla y haciendo un gesto que desfiguró horriblemente su rostro.—¿Con qué es verdad que el rey?... ¡Oh!... ¿Quién habia de decirlo?

—¿Qué encontrais en ello de particular, señor Canuto? ¿Es cosa que admire la de que el rey se haya enamorado?

—¡Pero no respetar la inocencia de una niña!...

—Si era niña ó no, lo ignoro.

—¡Si era niña!—exclamó Canuto.—¿Acaso no lo es ahora?

—¿Pero qué estais diciendo? ¿Habeis perdido el juicio?—replicó el mancebo.—¡Niña doña Margarita de Guzman cuando debe ya tener cuarenta años!

—¡Felipe!...

—Os repito....

—Vamos, no me queda duda, estoy loco, me han vuelto loco. ¿Qué tiene que ver el rey con doña Margarita?

—Nada y mucho.

—¿Entonces?

—¿Me dejareis acabar?

—Sí, Felipe, acaba porque si no salgo de dudas no sé lo que será de mí.

—Pues bien, sabed que doña Margarita de Guzman fué doncella de la difunta reina doña Isabel de Borbon.

—Bien.

—Y se cuenta y asegura por algunos, que el rey estuvo enamorado de ella....

—¿De doña Margarita?

—Sí.

—¿Y qué mas?—preguntó afanosamente Canuto.

—Se dice tambien que de esos amores fué resultado doña Isabel....

—¡Es la hija del rey!—exclamó Canuto con tono de espanto—¡La hija del rey!

—Así se asegura por algunos.

—No sabes la importancia de esa revelacion, Felipe. ¡Oh!... ¡Su hija!...

—¿Pero quereis esplicarme?...

—No puedo porque ahora es mayor mi confusion, y en vez de salir de dudas....

—Pero decid lo que pasa y todo se aclarará.

—Antes acaba de darme cuantas noticias puedas sobre doña Margarita y su hija.

—Nada mas sé.

—¿Ni si tiene doña Isabel algunos amores?

—Tampoco.

—¡Por Dios, Felipe, repasa la memoria! Tú sabes todo lo que sobre galanteos se murmura en la villa.

—Si os interesa, no será difícil averiguar los que tengan relacion con doña Inés.

—¡Que si me interesa!—repuso Canuto agitando por la trigésima vez su nariz.—Figúrate que es asunto en que está interesada mi fortuna, quizás mi cabeza....

—¿Os habeis metido á intrigante?

—Me han metido en un enredo del que no puedo salir, y por eso te pido ayuda.

—Contad conmigo.

—Ante todo es preciso saber si doña Isabel tiene algun amante, y luego si este tiene algo que ver con el señor Hernando Prieto.

—¿Tambien en ese asunto danza el señor Hernando Prieto?

—¿Qué quiere decir tambien?—preguntó vivamente Canuto.

—Como el tal escudero es el alma de todas las intrigas....

—Es verdad.

—Pues bien, averiguaré lo que deseais, pero tendré que salir de noche....

—Siempre que quieras: tienes licencia para todo, pero sé prudente, Felipe, muy prudente y discreto porque puede costarme la cabeza.

—Podeis estar tranquilo.

—Mira que el señor Hernando....

—¿Os engaña?

—Tal sospecho.

—Pues precisamente es hombre que me desagrada y tendré el mayor gusto en contrariar sus planes.

—Segun, porque tambien puede convenirme..... Voy á decírtelo todo,—añadió Canuto con tono de misterio.

Y despues de levantarse, mirar al aposento inmediato y convencerse de que nadie lo escuchaba, prosiguió diciendo:

—Anoche jugué al ajedrez con el señor Hernando, y vino á resultar de la partida que me regalase cincuenta ducados en oro y me prometiese que su majestad me concederia la gracia de darme habitacion en palacio.

—¿Y en cambio de qué era todo eso?

—De que yo me encargase de llevar una carta á doña Isabel, carta que segun las indirectas del escudero, era nada menos que del rey, admírate ¡del rey!...

—¿Y la habeis llevado?

—Sí.

—Habeis hecho mal.

—Puede ser.

—Es preciso poner en claro esa intriga, porque si no, servireis de instrumento ciego, arriesgando mucho sin esponeros á ganar sino muy poco.

—Tienes razon, Felipe: siempre he dicho que eras hombre

de mucho ingénio, y con tu ayuda estoy seguro de que nos burlaremos del señor Hernando.

—Es preciso hacernos dueños del secreto, y así impondreis condiciones que tendrán que aceptar y vos sereis quien mas gane.

—¡Oh, mancebo sin igual, honra de nuestro muy honrado gremio!—exclamó Canuto entusiasmado.

—Referidme todo lo que haya, hasta lo que os parezca mas insignificante.

—Todo lo sabrás,—repuso el peluquero que empezaba á tranquilizarse y aun á entusiasmarse con la idea del triunfo.

Y contó al jóven cuanto le habia sucedido, con el firme convencimiento de que no debia guardar la menor reserva con él.

Felipe Augusto escuchó con atencion religiosa, meditó y luego dijo:

—Señor Canuto, temo que se abusa del rey, lo cual no me pesa porque Felipe IV y yo, no somos amigos, ó para hablar con mas exactitud, yo no profeso mucho cariño al monarca.

—¡Desdichado!—exclamó el peluquero espantado.

—No os asusteis porque no se trata de hacer ningun mal á su majestad; pero me complaceria verle contrariado, y sobre todo por mí.

—Felipe...

—Decia que me parece que el escudero abusa del nombre de su majestad.

—¿Y en qué te fundas?

—En lo que me habeis referido.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Lo primero, averiguar si doña Isabel tiene algun amante.

—¿Y luego?

—Obraremos segun convenga.

—Pero entre tanto...

—Os haceis el tonto, decís á todo amen, y procurais que el señor Hernando no trasluzca vuestras sospechas ni que yo tengo conocimiento de nada.

—Perfectamente: seguiré tu consejo.

—Bien,—repuso el jóven:—de este asunto nada tenemos ya que decir.

—Nada.

—Ahora os toca escucharme.

—Sí, lo de la condesa...

—Doña Ana me ha prometido ayudarme á buscar á mis padres.

—¿Le has dicho?...

—¿Por qué no?

—Felipe...

—¿Puedo hacer averiguaciones callando?

—Es verdad. ¿Y qué piensa hacer doña Ana?

—Ha ideado un medio que no se me habia ocurrido.

—¿Cuál?

—Reconocer la letra del papel donde están escritos mis nombres.

—¿Pero cómo?

—Cotejándola con otras muchas de damas principales, amigas de la difunta condesa, para ver si la casualidad nos favorece.

—Creo que no será menester,—dijo Canuto,—porque sospecho que estamos en camino de encontrar á tus padres, segun las misteriosas palabras del hombre de los anteojos.

—¿Pero quién es ese hombre? Ya lo habeis nombrado antes...

—Es lo que me faltaba decirte, escucha y verás como no voy desacertado.

—¡Ah!... ¡Dia feliz!...

—Para tí lo será, pero yo me he visto muy apurado.

—Habladme de ese hombre...

—No lo conozco; por primera vez lo he visto hoy que ha venido á afeitarse, y te confieso que me ha puesto en gran cuidado.

—¿Pero qué os ha dicho?

—Casi no lo sé, porque me ha hablado de muchas cosas

á la vez. Todo lo niega, sin embargo de que parece que todo lo sabe. Me ha preguntado por tí y ha hecho ciertas indicaciones sobre tu vida y hasta tus inclinaciones, como si te conociera mucho; me ha hablado de la noche fatal del tercer dia de Páscua, de Hernando, de la condesa de Fuensanta, de los padres de esta y hasta de la casa que habitan y los muebles que tienen; pero de una manera particular, sin que pudiesen comprometerle sus palabras, y fijándose mucho en averiguar quiénes eran tus padres y el grado de parentesco que nos unia. Muchas veces me dejó tan confuso que ni acertaba á contestarle, y para mayor sorpresa me habló de un encargo que hoy me ha hecho el escudero.

—¿Y vos no habeis podido siquiera sospechar quién es ese hombre?

—Nada, Felipe, nada. Él sabe mi vida, la tuya y la de todo el mundo, y aparenta ignorarlo todo; procura averiguar, y al mismo tiempo se muestra indiferente á todo.

—¿Sus señas?

—Ningunas.

—¡Ningunas!—repuso el mancebo cada vez mas sorprendido.

—Su rostro es el de un viejo de sesenta años ya consumido, y su agilidad la de un jóven. Nada puede deducirse de sus gestos ni miradas porque lleva tapados los ojos con unos demonios de anteojos verdes con cortinillas de tafetan que hacen verdaderamente el oficio de antifaz. Su vestido es decente, como el de un hidalgo que tiene para vivir, pero nada mas que para vivir con modestia, y sin embargo paga con monedas de oro.

—¿Y decís que os ha hablado de la condesa?

—Sí.

—¿Y de mí?

—Mucho y con todo el interés que podia conocerse en su esterior frio. ¡Oh!... A través de aquel rostro que parece de piedra he creido adivinar que tú eras el objeto de sus afanes.

—¿Pero qué tiene que ver la condesa?...

—¿Y sus padres? ¿Y la época en que estos murieron, el

tiempo que estuvieron separados, los hijos que tuvieron, la edad de doña Ana y hasta los muebles de la casa? Y advierte que en estos pormenores, y en si la difunta condesa tenia los cabellos rubios, los ojos azules y el cútis blanco, se ha fijado mucho como si fuese lo que mas le importaba.

—¿Y habeis dejado que se vaya ese hombre sin saber quién es, sin tener la seguridad de volver á verlo?

—¿Y qué habia de hacer?

—¡Oh!...

—Si he de decirte la verdad he sospechado que era tu padre disfrazado de aquel modo.

—¡Mi padre!...

—¿Por qué no?

—Necesito ver á ese hombre, hablarle, pedirle esplicaciones...

—Te contestará que nada sabe.

Felipe Augusto quedó pensativo, intentó adivinar lo que significaba todo aquello, esplicarse la conducta del hombre de los anteojos, pero no logró mas que confundirse, aumentar sus dudas, oscurecer sus sospechas, aturdirse, en fin, casi tanto como el peluquero.

—Señor Canuto, —dijo al fin el jóven, —nuestra situacion ha cambiado, no hay duda que se preparan sucesos importantes que han de decidir de nuestra suerte, y que tenemos lo mismo amigos que enemigos ocultos.

—Soy de tu opinion, Felipe.

—Es, pues, preciso prepararnos á todo, poniéndonos de acuerdo, y así conseguiremos nuestro intento.

—En una palabra, —dijo Canuto con el aire de quien cobra grandes alientos despues de haberse visto muy apurado, —queda entre nosotros concertada una alianza ofensiva y defensiva.

—Ni mas ni menos.

—Y todos nuestros esfuerzos se dirigirán...

—A dos cosas.

—Que son...

—Buscar á mis padres.

—Bien.

—Y hacer vuestra fortuna.

—Tenemos que luchar con adversarios muy temibles.

—Uno, el escudero, que es maestro consumado en la intriga.

—Y otro, el hombre de los anteojos verdes que parece mas ladino que el señor Hernando.

—Pues bien, esta noche trataremos mas despacio el asunto.

—Ahora dadme el papel donde están escritos mis nombres.

—Cuidado con perderlo...

—Mas me interesa que á vos.

—¿Vas á ver á la condesa?

—Sí.

Canuto sacó el papel y se lo entregó al mancebo.

Este lo besó, guardólo cuidadosamente y salió para ir á ver á doña Ana.

—Estoy orgulloso de mi discípulo, —dijo el peluquero mientras bajaba para volver á abrir la tienda.—Este muchacho vale mucho, y con su ayuda venceré á Hernando. ¿Pero y si encuentra á sus padres y me abandona?... ¡Oh!... No será tan ingrato, me ama y tiene un corazon muy noble.

CAPITULO XV.

De cómo Felipe Augusto dió pruebas de mucho ingenio y mas travesura.

Lo que sobre el hombre de los anteojos habia dicho el peluquero á Felipe Augusto, dió á este mucho qué pensar, y mas que todo lo que se referia á la condesa de Fuensanta.

—A lo que parece,—murmuraba el mancebo,—yo soy el objeto principal de las averiguaciones de ese hombre misterioso, y no comprendo qué tenga que ver conmigo la familia de doña Ana, su habitacion y hasta sus muebles. Presumo que ese viejo de rostro de piedra, como dice Canuto, va á darnos mucho que hacer, mas que el escudero con sus intrigas, y temo que mi amor, aunque á nadie lo he descubierto, haya sido adivinado.

Muchas reflexiones se hizo Felipe Augusto, pero en vano atormentó su magin, porque nada pudo adivinar ni comprender de aquel enredo.

—¡Vive Dios!—exclamó al fin, levantando la cabeza y exhalando un suspiro.—Acabaré por volverme loco sin adelantar nada. Dejemos venir los sucesos para obrar segun convenga. Ahora no debo pensar mas que en mi proyecto para averiguar si el misterioso papel está escrito por doña Ana, pues aunque su

conducta de hoy debiera haberme convencido de que sabe que soy yo quien la galantea y que no es indiferente á mi amor, sin embargo, no es prudente dar entero crédito á tales demostraciones, porque las mujeres son muy caprichosas y la condesa puede haber tenido la humorada de seguirme la corriente para divertirse, y mas si sabe que alguna de sus doncellas se cree galanteada y me ha escrito el disputado papel. ¿Y cuál seria mi ridículo si yo, dejándome llevar de locas esperanzas, sin mas fundamento que esas equívocas demostraciones, le declarase mi pasion y ella me contestase con una carcajada burlona y me echase una mirada de desden y humillante compasion?... ¡Oh! —añadió el jóven, cuyas megillas se tiñeron de púrpura y cuya frente se contrajo. —Semejante burla... No, no, mas vale no pensar en semejante cosa... si llegase ese caso dudo de mí, creo que no respetaria á doña Ana ni como señora ni como mujer. Es imposible que eso suceda: se interesa por mí, ha llorado por mis desgracias y no puede hacerme el juguete de un capricho ruin... Sí, la he visto llorar al escucharme, y su llanto prueba... ¡que se compadece de mí!... ¡Ah!... De compadecer á amar hay mucha distancia... Necesito una prueba que no me deje duda, y pronto la tendré porque no sospechará que le tiendo un lazo hasta que haya caido en él.

El mancebo sonrió porque estaba satisfecho de su plan y siguió apresuradamente hasta llegar á la calle del Sacramento sin ver que allí habia parado un hombre que lo observó cuidadosamente, mientras que con el embozo de su ferreruelo ocultaba la parte de rostro que no cubrian unos grandes anteojos verdes que llevaba.

—Es la segunda vez, —murmuró el espía, que era el mismo á quien hemos visto ya en la tienda de Canuto. —Esperaré.

El mancebo entró en casa de doña Ana, dijo que avisasen á esta su llegada, y pocos momentos despues volvió á encontrarse en el aposento de los muebles de ébano y frente á la hermosa viuda.

Palpitó con violencia el corazon de Felipe, mientras que no

menos intranquilamente se agitaba el de la condesa, viéndose en las megillas de ambos el carmin que á ellas hizo brotar la pasion.

—Señora,—dijo Felipe Augusto, fingiendo mas turbacion de lo que verdaderamente esperimentaba y un pesar que estaba muy lejos de sentir,—perdonadme si abuso de vuestra bondad; pero como á nadie tengo en el mundo que se interese por mí...

—Ya os he dicho,—interrumpió doña Ana con dulzura,—que deseo veros feliz.

—Pero acaso soy demasiado importuno...

—Os mandé que volviéseis: hasta ahora no habeis hecho mas que obedecerme.

—Perdonadme,—volvió á decir el mancebo, cuya turbacion pareció aumentar;—tengo que pediros una nueva gracia... y...

—Será la primera; ninguna me habeis pedido todavía,—replicó la condesa con mas dulzura de acento y desplegando una encantadora sonrisa.

—¡Cuán generosa sois!...

—¿Por qué os turbais, señor Felipe Augusto?

—Ya os lo he dicho, porque abuso de vos.

—Hablad, no temais enojarme...

—Gracias, señora...

—¿Acaso no he escuchado con interés el relato de vuestra desgracia, no habeis comprendido mi deseo de favoreceros?

—Por la misma razon que tan benévola os habeis mostrado conmigo...

—Esplicáos.

—Señora, me persigue la desgracia.

—¿Pero qué os sucede?

—Que Canuto no ha creido que vuestra generosidad haya llegado hasta el punto de prometerme ayuda para encontrar á mis padres, y se ha negado á darme el papel donde están escritos mis nombres. ¡Oh! Es una crueldad, así se lo he dicho, pero...

—¿Y por qué duda? ¿Acaso no puedo yo hacer una buena

obra?—replicó doña Ana con acento de enojo.—¿Quién le ha dicho á Canuto que yo no tiendo la mano á la desgracia donde quiera que la veo?

—No es que dude de la generosidad de vuestro corazon, sino de mi veracidad. Ya sabeis que me tiene en concepto de atolondrado, y teme que le engañe para cometer alguna imprudencia.

—¿Cómo os habiais de atrever á tanto?

—Cree que me atrevo á todo, y han sido vanas mis razones, mis súplicas y... hasta mi llanto. ¡Ah!... ¡Estoy desesperado, señora!—exclamó el doncel, apretando los puños.—¿Con qué derecho dispone ese hombre de mi suerte? ¿Quién asegura que un dia que se pierda no es perderlo todo? ¿No puede suceder que mi madre esté agonizando, y que por llegar una hora despues me vea privado de su bendicion? Y se perderá esa hora, y un dia y mas tambien, porque Canuto se queja de su jaqueca y se ha metido en la cama, lo cual le impedirá mañana venir para oir de vuestra boca lo que no cree de la mia.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó doña Ana que de buena fé creyó al mancebo, sin sospechar el lazo que este le tendia.—Decís bien, un dia puede ser mucho.

—Señora, solo hay un medio; pero si he de deciros la verdad, no me atrevo á rogaros...

—¿Cuál?

—Si os dignáseis hacer una indicacion, no mas que una ligera indicacion... es decir, afirmar mis palabras con una sola vuestra por escrito...

—¡Soy muy torpe!—exclamó alegremente la condesa.—No se me habia ocurrido semejante cosa... ¿Y era eso no mas la gran merced que teniais que pedirme?

—¿Os parece poco? ¡Vuestro sello en manos de Canuto!... ¡Una carta vuestra!.... ¡Ah!.... Estoy seguro que semejante honra le hará tal sensacion que se curará de la jaqueca.

—Haré dos beneficios á la vez, repuso la dama sonriendo al escuchar la exageracion del jóven.

LÁMINA 4ª.—Y se inclinó para dejarse caer de rodillas.

—Os soy deudor...

—De nada... Ahora mismo, tomad,—dijo doña Ana.

Y sentándose delante de una mesa donde habia tintero y papel, escribió lo siguiente:

«Señor Canuto, entregad á vuestro sobrino el...»

No pudo seguir, porque Felipe Augusto, que se habia acercado á la mesa y con mirada afanosa devoraba el escrito, la interrumpió diciendo, mientras que parecia que por sus megillas iba á brotar sangre:

—Basta, señora.

—¿Cómo?—replicó sorprendida la condesa sin ver aun la red en que tan inocentemente habia caido.

—Sí... basta para... comprobar la letra...

—¡Ah!—exclamó la dama.

Y mientras la púrpura del rubor cubria su hermosa frente, inclinó sobre el pecho la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Perdon, perdon!—exclamó Felipe Augusto con acento que parecia llevar tras sí el alma.—¡Os amo tanto!... ¡Perdonadme!...

Y se inclinó para dejarse caer de rodillas.

Empero en aquel instante se levantó la cortina de una de las puertas y asomó un lacayo diciendo:

—Señora condesa...

—¿No os sentís mejor?—preguntó entonces el mancebo.—Llamaré á vuestras doncellas...

—No es menester... ya pasó... fué un vahido... ¿Quién me llama?—dijo la dama, mirando á la puerta.

—Un escudero de su majestad pide ver á vuestra señoría,—contestó el lacayo.—¿Le diré que la señora condesa está indispuesta?

—No... que entre...

—Los delicados instintos de Felipe Augusto le hicieron comprender la situacion embarazosa de doña Ana, y para evitarle el tormento del natural rubor que deberia sentir al encontrarse á solas con él en aquellos momentos, decidió irse.

—Quedáos, —dijo al lacayo, —por si repite el vahido á la señora condesa: yo daré el recado al salir.

Una furtiva mirada de agradecimiento fué la respuesta de doña Ana.

—¿Con que decís, —añadió el jóven, —que solo estas esencias que habeis apuntado aquí son las que ha de poner mi tio á la pomada?

Y tomó el papel en que la dama habia comenzado á escribir.

—Sí... esas nada mas...

—Sereis obedecida, señora.

—Guardeos el cielo...

—Mucha salud dé á vuestra señoría.

Salió Felipe Augusto sin poder apenas respirar, y aunque su rostro pálido y su mirada ardiente daban claras muestras de la agitacion de su espíritu, esforzóse para aparentar tranquilidad.

Así atravesó algunos aposentos, hasta que se encontró con Hernando que lo miró maliciosamente y dijo:

—¿Vos por aquí?

—Me mandó venir mi tio...

—Yo vengo de parte del rey.

—La señora condesa os espera...

—¿Cómo traeis vos el recado?

—Se ha quedado con ella su lacayo porque está algo indispuesta.

—Bien decia su majestad: «cuando doña Ana no ha venido hace cuatro dias, debe estar mala.»

—Pues el rey se equivocó, porque la indisposicion es cosa de ahora mismo.

—No es la vez primera que su majestad se equivoca, —dijo Hernando con una intencion que no pudo comprender el mancebo.

—Ni será la última, —replicó este con una malicia que el escudero no desconoció.

—Decid á vuestro tio que luego iré á verlo.

—Sereis servido.

Felipe Augusto salió con ánimo de pasearse fuera de la villa y entregarse libremente á sus amorosos pensamientos.

Como antes, lo observó el hombre de los anteojos verdes sin que en él reparase el mancebo, porque nada veia ni oia de cuanto pasaba á su alredor: en aquellos momentos era completamente feliz.

Entre tanto el escudero entró en el aposento en que doña Ana se encontraba.

—Señora,—dijo respetuosamente,—su majestad me ha mandado venir para que me informe de vuestra salud, pues está con cuidado porque hace seis dias que no habeis embellecido con vuestra presencia los salones de palacio.

Y mientras así hablaba el ladino escudero, examinó atentamente con su mirada de águila el rostro pálido aun de la condesa, diciendo luego para sí:

—Algo sucede. Tambien él estaba muy pálido y turbado.

—Decid á su majestad,—contestó la dama,—que le agradezco mucho la honra que me hace al acordarse de mí, y que sino he ido á palacio estos dias, ha sido porque algunas ocupaciones de importancia me lo han estorbado.

—¿Ireis esta noche?

—Creo que no.

—Tal vez habrá lectura de versos... si vais,—repuso Hernando con marcada intencion.

—¿Son algunos de su majestad?

—Sí, señora.

—Entonces iré,—dijo doña Ana sonriendo.

—No sabeis cuánto se alegrará el rey.

—¡Me honra tanto!...

—Teneis un lugar preferente en su corazon...

—El monarca es todo bondad para sus vasallos... Hacedle presente mi agradecimiento.

—¿Y puedo asegurarle que ireis?

—Ya os he dicho que sí.

—¿Nada mas teneis que ordenarme, señora condesa?

—Nada... que Dios os guarde.

—Y á vos para encanto de la corte... Así me ha mandado su majestad que os salude,—dijo el escudero.

Y haciendo una profunda reverencia, salió.

—¿Abrigará el rey alguna esperanza?—dijo la condesa cuando se quedó sola.—Yo se la quitaré... Sin embargo, ahora no me conviene mostrarme muy desdeñosa porque tal vez sospecharia.

Quedó pensativa por algunos instantes, y luego prosiguió diciendo:

—¿Qué es lo que he hecho?... ¡Dios mio!... Quizás he faltado á mi dignidad... ¡Pero lo amo tanto!... ¡Ah!... ¡Con cuánta delicadeza me evitó el rubor de mirarlo en aquellos momentos inolvidables!... ¡Es digno de mí! Vale mas que ninguno de esos necios vanidosos que me asedian con su amor... Y me ha vencido en buena lid... ¡No importa la derrota del ingénio si el corazon alcanza el triunfo!... ¡Comparáos con él los que le despreciariais al saber que no tiene un nombre y que no os cuidariais de preguntar si tiene corazon!... Por eso me llaman estravagante y caprichosa, porque mientras todos miran el vestido y preguntan el nombre, yo miró la cabeza y pregunto por el corazon. Sí, me tienen por estravagante y caprichosa porque he despreciado á cien nobles poderosos envidiados de mil mujeres; ¿pero cuál de ellos encierra en su pecho el tesoro que Felipe Augusto? Lo amo, sí,—prosiguió arrebatadamente la condesa;—soy rica y libre, enteramente libre, y me siento con fuerzas y con orgullo bastante para despreciar la necia murmuracion y decir al mundo: «Este hombre oscuro es dueño de mi corazon porque lo merece y ha sabido conquistarlo.»

Si mucho era el amor de Felipe Augusto, mas enamorada estaba la condesa. Desde que quedó viuda y huérfana, dueña absoluta de sus acciones y su patrimonio, anduvo buscando un hombre sin encontrarlo en ninguno de los que con mas ó menos empeño solicitaron su corazon. Al fin encontró á Felipe Augusto y lo amó con todo el ardimiento de quien, como ella, no tiene mas

que una afeccion. No se crea que despreciaba á los nobles porque fuese inclinada á esa clase que se llama *pueblo* en el diccionario político: al mancebo lo hubiese amado lo mismo con un nombre ilustre que sin ninguno: se habia formado en su mente el tipo de un hombre tal como ella creia que debia serlo el que hubiera de hacerla feliz, encontró la copia en Felipe Augusto, y nada mas averiguó, cuidándose muy poco, ó mejor dicho, no acordándose de las exigencias de la sociedad.

CAPITULO XVI.

Cómo tomó Isabel el consejo de Felipe.

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, doña Margarita entraba en el aposento de su hija, cuyo semblante habia recobrado, sino toda, parte de la alegría y animacion que siempre habia tenido.

Al ver á su madre se levantó la jóven con muestras de respeto.

—Siéntate, Isabel, — dijo doña Margarita, haciéndolo ella; — siéntate, pues aunque es poco lo que tenemos que hablar, quiero que me escuches sosegadamente.

—Estoy á vuestras órdenes, madre mia, — contestó la doncella; — pero si antes de hablar quereis concederme una gracia...

—¿Cuál?

—Un beso.

—Despues que me respondas á lo que tengo que preguntarte, porque antes no sé si lo mereces.

Isabel palideció, inclinó la frente que pareció anublarse por una profunda tristeza, y dijo despues de sentarse:

—Os escucho, madre y señora.

—Ayer,—repuso doña Margarita,—te rebelastes contra la autoridad de tu rey y de tus padres, y ciega por la pasion fatal que te domina, desoistes mis consejos y resististes mis mandatos.

—Madre mia...

—Escúchame.

Isabel volvió á inclinar la cabeza y guardó silencio.

—Creo,—dijo su madre,—que tu conducta de ayer fué un acto ageno á tu voluntad, que en aquellos momentos estaba subyugada por la pasion; es decir, que en la intensidad de tu dolor tuvistes un instante de locura completa y como loca obrastes, por lo cual no seria justo hacerte responsable de tu rebeldía, pues nadie puede responder de sus acciones cuando estas no son hijas de la voluntad, sino del estravío de un vértigo mas digno de compasion que de castigo. Amas á Felipe con todo el ardor de tus pocos años, con toda la ternura de tu alma noble; él es bueno, digno de tí, y como tú, huérfano sin nombre para que la igualdad fuese mas perfecta; ningun inconveniente habia previsto vuestro amor; al setender la mirada en el horizonte de la vida no se presentó á vuestros ojos ni la mas ligera nube; teníais tristes recuerdos, lágrimas de lo pasado, pero lo porvenir era de alegres esperanzas, sonrisas y flores; yo misma, que hubiera podido ser el único obstáculo á vuestra felicidad, aprobé vuestros deseos y os prometí ayuda si llegaba á ser necesaria; de manera que nada, absolutamente nada habia que hubiera podido hacerte temer el golpe que has recibido, y cuando las desgracias no se esperan, es la impresion mas fuerte y mas dolorosos sus efectos. ¿Qué estraño es, pues, que al recibir la noticia de la determinacion de tu padre, te trastornara el dolor, te enloqueciera? Al pasar repentinamente de la luz á las tinieblas, de la risa al llanto, de la suprema felicidad á la mas horrible desgracia, fácilmente

se pierde la razon y la criatura mas resignada se deja llevar de la locura de la desesperacion: es muy peligroso arrancar de una vez y en un solo instante todas las ilusiones de un alma tierna y sensible; muy peligroso, Isabel, y yo hubiera querido matar esas ilusiones lentamente; pero no podia ser: el mal era muy grande, inminente el peligro de una desgracia, cuya sola idea horroriza, y era preciso acudir pronto al remedio, cortar sin compasion la parte dañada antes que la gangrena llegase al corazon.

Los labios de Isabel se movieron como para sonreir incrédula y amargamente, pero se contuvo y siguió escuchando con muestras de atencion y respeto.

—Así lo hice, —prosiguió doña Margarita, —y no me sorprendió tu arrebato: comprendí tu dolor, y mas que severa estuve cariñosa; no te obligué á obedecerme con la autoridad de madre, te aconsejé con la ternura de hermana, y esperé á que el primer arrebato de tu dolor pasara, segura de que volverias á ser la hija sumisa y cariñosa cuando imperase en tí la razon. Pienso que no me equivoqué: en tu semblante he conocido que la excitacion primera habia ido calmándose gradualmente, que ya eres dueña de tu voluntad, y por eso he venido á hablarte. Ahora debes ser responsable de tus acciones y puedo castigar tu desobediencia porque lo que fué ayer locura, seria hoy maldad.

—Bien habeis dicho, madre y señora mia, —contestó Isabel sin que se alterase la espresion de su rostro; —bien habeis dicho, amo á Felipe con todo el ardor de mis pocos años, y vos sabeis cómo se ama á mi edad: ninguna nube he visto que empañara el horizonte de nuestro porvenir, todo eran para nosotros esperanzas risueñas, no veíamos ni el mas leve obstáculo á nuestros amorosos deseos, y nos dormimos en brazos de nuestras ilusiones; por eso al despertar sobre las espinas de una realidad horrible, ha sido mi dolor como ningun otro puede haber. Tal vez enloquecida por el arrebato de mi dolor, os falté al respeto con las palabras que manifesté mi resolucion de no ser monja. Perdonadme, no hablaba yo sino mi dolor; debí haber usado de palabras respetuosas para negarme á obedecer. La calma ha

vuelto á mi espíritu, tambien es verdad, la razon impera en mí, y ya soy otra vez la hija cariñosa y sumisa: disponed de mi vida y me vereis morir sin vacilar, sin quejarme y bendiciéndoos. ¡Ah!—prosiguió mientras se contraia su hermosa frente.—Vuestros dolores son los mios como los mios son vuestros, y bien quisiera yo evitároslos siquiera por ahorrármelos á mi...

—Isabel,—interrumpió severamente la dama que adivinó lo que iba á decir su hija.

—Madre mia, escuchadme, os lo suplico; escuchadme.

—¿Cuál es tu resolucion?

—Antes quisiera yo saber con qué derecho intenta el rey sacrificarme á su capricho.

—Isabel, si te unieras á Felipe y despues supieras el motivo por qué se intentaba estorbar esa union, me maldecirias porque antes de haberte otorgado mi permiso no te habia quitado la vida.

Doña Margarita creyó que estas palabras iban á impresionar vivamente á su hija; pero esta no hizo el mas leve gesto que indicara haberse siquiera sorprendido, y con la misma aparente calma respondió:

—Yo no tengo miedo á los fantasmas, y no es otra cosa ese misterio con que se pretende atemorizarme. ¿He de renunciar á mi amor, que es mas que mi vida, solo porque me dicen que hay á mis piés un abismo que yo no veo? ¿Qué significan esas palabras de «te amenaza un peligro horrible», qué significan ni qué valor tienen si no me dicen cuál es el peligro? Hasta ahora, madre mia, es para mí puramente imaginario el inconveniente que se opone á nuestro amor; dádmelo á conocer para que yo pueda apreciarlo en lo que vale, y vereis entonces cómo mi juicio falla y me ordena la razon obedecer y sacrificarme. Para el corazon vuestro lenguaje es propio, y si á mi corazon nada mas hablais, os responderá que no puede olvidar á Felipe; pero si apelais á la razon, esta para juzgar y decidir pide algo mas que palabras misteriosas.

—¿Es esa la fé que tienes en el cariño de tu madre? ¿No

basta á tu razon que yo diga que á tus piés se abre un abismo aunque no lo veas?

—¿Y por qué no he de conocerlo para intentar salvarlo? ¿Quién os asegura que yo, con el interés de mi propia felicidad, no encontraria medio de superar lo que vos teneis por un imposible y puede ser para mí no mas que un inconveniente mas ó menos fácil de vencer?

Doña Margarita palideció mas de lo que estaba: el frio razonamiento de su hija le hizo comprender que seria en vano cuanto hiciese para convencerla.

—Isabel,—dijo la dama que queria abreviar aquella escena,—para hablar á tu razon como exijes, seria preciso descubrirte un secreto que no puedes conocer.

—¡Un secreto!—murmuró la jóven.

—Sí, un secreto horrible...

—Madre mia,—interrumpió Isabel con acento de amargura,—es preciso que lo sepais... ¡Sois víctima de un engaño!

—¡Isabel!—exclamó sorprendida la dama.—¿Sospechas acaso?...

—No sospecho, lo sé, la intriga es conocida y no caeré en el lazo que me tienden.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué es lo que sabes? ¿Quién te ha dicho que todo es una intriga para engañarte?

—Lo lo que vos llamais un secreto, no lo es; os repito que os engañan, que os han hecho creer lo que no existe...

—¡Isabel, Isabel!—exclamó doña Margarita con voz ahogada.—Esplícate... ese secreto...

—Es una farsa ridícula, sois el instrumento inocente y ciego de la tiranía del rey...

—¿Pero conoces tú el secreto?...

—No.

—¿Entonces?...

—Nada mas puedo decirlos.

—¿Y por qué ayer no me hicistes la misma observacion?

—Permitidme que tambien lo calle...

—¡Oh!... ¡Dios mio!...

—Madre mia, creedme, os engañan...

—No, no pueden engañarme... tengo pruebas...

—Yo tambien.

—Esto es horrible...

—Si, muy horrible,—dijo Isabel con energía;—muy horrible, pero no conseguirán su intento los que quieren arrancarme el corazon.

—¡Isabel!...

—Estoy resuelta á todo, hoy lo mismo que ayer, mañana lo mismo que hoy, y en vano esperareis á que con el tiempo se debilite la fuerza de mi voluntad; al contrario, cada dia, cada hora que pasa, me siento con mas valor para resistir.

—¡Desdichada!—exclamó doña Margarita con desgarrador acento.

—No nos atormentemos mas. Decid al rey que no seré monja y que á despecho de su poder amaré á Felipe: decídselo y por segunda vez añadidle que si no se convence de la firmeza de mi resolucion, que venga y lo oirá de mis lábios y así comprenderá por mi acento que antes que obedecerle me dejaré matar.

—¡Basta!—interrumpió doña Margarita con acento imponente y levantándose.

—¡Madre mia!...

—¿Te niegas á obedecer?

—Sí.

—No soy vuestra madre,—replicó la dama.

Y se dirigió á la puerta del aposento.

—¡Madre mia!—exclamó la infeliz jóven, estendiendo los brazos y cayendo de rodillas.

—No os conozco,—dijo doña Margarita sin volver la cabeza.

—¡Que me desgarrais el alma!

—Obedeced...

—No,—replicó Isabel con breve acento y á la vez que ocultaba el rostro entre las manos.

Y luego, levantándose por medio de un movimiento nervio-

so, pasándose las manos por la frente y oprimiéndose el pecho, dió algunos pasos, llegó al reclinatorio, y arrodillándose exclamó:

—¡Dios mio!... ¡Amparadme!... ¡Dadme fuerzas!... ¡Ah!... ¡Me ahogo!... ¡Lágrimas, dadme lágrimas, Dios mio!...

Y abrazó con fuerza convulsiva el crucifijo, dejó caer la cabeza á los piés de la santa efigie y quedó inmóvil.

Sufria mucho: su respeto y amor filial luchaban con su ardiente pasion. ¡Lucha horrible y desgarradora!

CAPITULO XVII.

De cómo el escudero siguió enredando el asunto.

Una hora despues llegó Hernando á casa de doña Margarita y fué recibido al instante por esta, que se hallaba en un estado de agitacion y angustia difícil de describir.

La dolorida madre refirió al escudero la escena que acababa de tener lugar, repitiendo palabra por palabra todas las de Isabel.

Fingió el astuto Hernando sorprenderse, aunque esperaba aquel resultado, y con muestras de una turbacion que estaba muy lejos de sentir, dijo:

—Estoy aturdido, señora: la firmeza de vuestra hija es inconcebible en su edad. El asunto toma un gravísimo aspecto y temo que su majestad se enoje hasta el punto de que tengamos disgustos muy sérios. Tan bien como yo, mejor quizás, conoceis el carácter del rey: muy bondadoso, muy dulce, muy blando mientras no se le contradice, pero cuando conoce que se intenta luchar con él, entonces es temible. Además su determinacion es justa, vos misma comprendeis todo lo horrible y repugnante de esos amores: son hermanos... ¡Oh!... Es preciso apurar todos los medios para cortar el mal.

—¿Pero qué pueden significar las palabras de mi hija cuan-

do dice que todo ello es un engaño, que soy un instrumento de la tiranía de su padre?

—No lo sé, señora, y me dá eso mucho qué pensar. Que son hermanos no me cabe duda.

—Esto es para perder el juicio.

—Tambien me llama la atencion que ayer no os dijese lo mismo, lo cual hace sospechar que alguien le ha dado algun aviso.

—Eso mismo he pensado, pero no sé cómo haya podido suceder.

—De Felipe, respondo, porque no lo he perdido de vista un momento.

—¡Oh!... Preciso será al fin y al cabo hablarle con claridad. ¡Pobre hija mia!

—¡Señora!... ¿Estais en vuestro juicio? Decir á doña Isabel que su amante es su hermano, es lo mismo que matarla.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Dios me libre de aconsejar.

—Pero es menester determinar algo; esta situacion es muy violenta.

—Su majestad decidirá.

—La lucha no puede prolongarse.

—Ciertamente.

—Conozco á mi hija, ha dicho que no, y desde luego os aseguro que no cederá.

—Soy de vuestra opinion; pero ¿cómo quereis que yo me atreva á dar consejos á vuestra hija, y á Felipe, que lo amo como si fuese mi hijo?

—¿Y cómo ha tomado él la determinacion de su majestad?

—¿Cómo?... Está desesperado, loco, y me costó gran trabajo contenerle para que no fuese al alcázar y armase un escándalo. Afortunadamente su carácter es en estremo dulce, y pasado el primer arrebato, dió mas muestras de dolor que de coraje; pero lo consumirá la tristeza, no respondo de su vida, señora.

—¡Pobre mancebo!

—¡Oh!... Es horrible su desgracia, y desde luego aseguro que sucumbirá al fin al terrible golpe que ha recibido.

—¿No habia determinado su majestad hacerle salir de la corte?

—Despues varió de opinion; pensó que seria echar leña al fuego.

—Lo cierto es, señor Hernando, que mi hija se muere y no hay remedio para el mal.

—Si yo hubiera tenido noticia de esos amores antes de que echasen tan profundas raices en el corazon...

—Pero ya hemos acudido tarde.

—Es verdad...

—Decid al rey lo que sucede, hacedle comprender el peligro de esta penosa situacion. ¡Ah!... ¡Mi hija sucumbirá!—exclamó la dama, dejando escapar el llanto que difícilmente habia contenido hasta entonces.—Decidle que se morirá sin que yo pueda consolarla... ¡Por Dios, señor Hernando!

—Señora, todo lo sabrá el rey, todo, y resolverá lo que quiera; pero es lo malo que no hay remedio, y sea cual sea la determinacion de su majestad, el resultado será funesto. ¿Qué ha de hacerse? Nó lo sé. He pasado la noche sin dormir, cavilando, y no se me ha ocurrido una idea para aliviar al menos los sufrimientos de esas desdichadas criaturas. Todos mis proyectos daban por resultado la muerte con una agonía lenta y espantosa.

—¡Dios mio!—exclamó doña Margarita, elevando al cielo una mirada suplicante y dolorosa.—Si á costa de mi vida pueden aliviarse los tormentos de mi pobre hija, moriré contenta.

Hernando era padre, amaba á su hijo con frenesí y se sintió profundamente conmovido al ver á la angustiada madre suplicar.

—¡Oh!—dijo el escudero para sí.—¡Maldita hora aquella en que no tuve valor para confesar al rey la pérdida de su hijo!... ¡Y no encuentro al doctor Cañete!

Y luego añadió en voz alta:

—Señora, perdonad si no os dirijo una palabra de consuelo, pero lo necesito para mí, sufro tanto como vos, porque amo á Felipe como padre.

—No hay consuelo para mí.

—Nos estamos atormentando; pongamos fin á esta conversacion... Voy á ver al rey, le diré lo que pasa y vendré á comunicaros su resolucion.

—Ya podeis comprender con cuánta ansia os espero,—repuso la dama.

—Descuidad...

—Que Dios os guarde.

—Y á vos os consuele.

Salió Hernando pensativo y triste, aunque no tanto como lo estaba doña Margarita, porque él que poseia el secreto tenia alguna esperanza.

—En último caso,—decia mientras se encaminaba al alcázar real,—aclararé el misterio, y si el rey no cree por mi sola palabra que Felipe es mi hijo, protegeré la fuga de este con la jóven, y que vayan á vivir á Francia. Es verdad que esto puede costarme la cabeza, pero no es justo que por salvarme yo sucumban esas pobres criaturas; y sobre todo, por la felicidad de mi hijo doy gustoso mi vida. Además, esto ha de tener fin alguna vez; bastante he rodado en este mundo pícaro, y dentro de pocos años seré un viejo que para nada serviré. Esta situacion podré prolongarla quince ó veinte dias, y si al fin de estos nada he adelantado en mis averiguaciones sobre el paradero del doctor Cañete, si no tengo siquiera alguna remota esperanza, declaro la verdad suceda lo que suceda.

Llegó al alcázar, preguntó por el rey, le contestaron que estaba peinándose, y entró en la cámara real porque las puertas todas de palacio estaban siempre abiertas para el escudero.

Canuto ejercia sus funciones.

Rodeaban al rey los servidores á quienes tocaba asistirlo en el tocador, sirviendo mas bien á Canuto porque eran los que iban dándole peines, pomadas y cuanto era necesario.

Apenas el monarca vió á su escudero, advirtió que este se encontraba preocupado y triste, y le preguntó:

—¿Qué sucede, Hernando?

—Señor,—contestó este que habia concebido una diabólica

idea para estraviar el juicio del peluquero si acaso dudaba de las indicaciones hechas cuando jugaron al ajedrez.—Señor, vengo fatigado porque he tenido que luchar poco menos que brazo á brazo con dos locos que iban á acuchillarse. Pero al fin conseguí separarlos.

—¿Y dónde ha sucedido eso?—dijo el rey.

—En la calle de Bordadores, señor.

—¿Y á estas horas y en tal sitio se atrevieron á escandalizar?

—Ni mas ni menos. Salia yo de una casa...

—¿Sin duda,—interrumpió Felipe IV,—de ver á aquella familia de quien otras veces me has hablado?

—Sí, señor.

Canuto comprendió que se trataba de doña Margarita y su hija, y agitó su larga nariz, haciéndose todo oidos para escuchar.

—¿Y cómo tienen aquel asunto de que tambien me has hablado?—volvió á preguntar el rey, aparentando indiferencia.

—Mal, señor: hay un inconveniente muy grave, y si al fin se arregla no será voluntariamente.

—¿Qué es esto?—dijo el peluquero para sí.—Sin duda me equivoqué. Hernando no me engañaba; la carta era del rey... ¡Ah!... Escuchemos.

—Bien está así,—dijo el rey á Canuto.—Basta.

—Señor, este lado...

—No... Ya he dicho que está bien... Déjame.

El peluquero se mordió los lábios, agitó su nariz y se retiró despues de los mas reverentes saludos.

Pocos momentos despues salieron los demás, y cuando el monarca y su escudero se quedaron solos, dijo aquel:

—Esplícate, Hernando. ¿Insiste mi hija en su loca negativa?

—Con una firmeza que asombra. Su madre ha tenido con ella otra conferencia y la ha encontrado con mas calma, pero con mayor resolucion.

—¡Hernando!—exclamó el rey palideciendo.

—Ha vuelto á desafiar el poder de vuestra majestad.

—¡Oh!... Eso es demasiado; semejante audacia necesita castigo.

—Permítame vuestra majestad que interceda por doña Isabel: está bien castigada con lo que sufre.

Felipe IV quedó pensativo por algunos momentos y luego repuso:

—Es preciso á toda costa evitar la desgracia que tan cerca tenemos. Yo soy responsable de lo que pueda suceder, y aun cuando me cueste sufrir mucho el atormentar á mi hija, cumpliré con mi deber, dejaré tranquila mi conciencia.

—¿Descubrirá vuestra majestad el secreto?...

—No, á menos que me fuera imposible convencerla de otro modo.

—Peligroso es...

—Mucho, porque puede costarle la vida.

—Lo mismo cree su madre.

—¡Pobre Margarita!

—Su situacion es la mas penosa: vé sufrir á su hija y no puede consolarla.

—Creo, Hernando, que lo mas prudente será dejar que pasen algunos dias, y si aun entonces se muestra mi hija tan rebelde y firme como ahora, yo mismo iré á verla, puesto que desafía mi poder, y haré el último esfuerzo.

—Pienso que es la resolucion mas acertada.

—Entre tanto, que la vigilen, que su madre no la pierda un instante de vista.

—En cuanto á eso no hay cuidado, señor.

—Ya sabes que los enamorados son capaces de todo.

—Pero como en travesuras de amor ha sido maestra doña Margarita, es difícil engañarla.

—¡Noche fatal aquella en que la hermosa doña Inés tuvo el capricho de esperar á su amante y este cometió la imprudencia de salir solo y casi desarmado!

—La culpa de todo fué el viento que soplaba con tanta furia.

¡Ah!... Siempre temí que aquella endiablada equivocacion nos diese mucho que hacer.

—Hernando, vuelve hoy mismo á ver á doña Margarita.

—Me espera con mucho afan para saber lo que vuestra majestad ha resuelto.

—¡Lo que he resuelto!... ¡Oh!... Nada. ¿Qué he de hacer? Son hermanos y seria un crímen horrendo permitir esa union. ¿Pero cómo estorbarla? Ella se resiste y no se convence porque ignora el motivo de mi determinacion, y segun se vé, ni súplicas ni amenazas bastarán para hacerle obedecer; de manera que no queda mas que un camino, descubrirle el secreto, y esto es tan peligroso como que quizás el horror, los remordimientos, aunque infundados, y la lucha que tendria que sostener su conciencia con su pasion, acabarian con la existencia de esa desdichada criatura. ¡Oh!... Estremece solo el pensar lo que sentiria al oir decir, «ese á quien amas es tu hermano.» Bastante es esto para que pierda instantáneamente la vida ó se vuelva loca, y si así no sucede, comenzará una agonía lenta que la matará en poco tiempo.

—Apurado es el caso, señor.

—Tanto, que no puede evitarse un peligro sin caer en otro. Es como si uno tuviera una enfermedad de muerte y que solo pudiera curarse con un veneno. ¿Qué haria el médico, sanar matando con la ponzoña, ó dejar morir para evitar la muerte que debia producir el medicamento?

—Si lo fuese yo dejaria que la enfermedad quitase la vida al paciente, por si mientras esto sucedia la naturaleza por sí sola curaba el mal.

—Es precisamente lo que he determinado: no puede haber mas salvacion que el tiempo.

—Vuestra majestad obra en esta ocasion con su acostumbrado tino.

—¡Ay, Hernando!—repuso el monarca, moviendo la cabeza con aire de duda.—Desconfio del resultado. En cuanto á Felipe, ya es otra cosa; pero las mujeres ¡oh! las mujeres son mas temibles en esta clase de luchas, su tenacidad no tiene igual,

pues cuando se deciden á resistir, nada temen, todo lo arrostran, de todo son capaces. Una sola cosa me dá esperanza, aunque muy leve, y es la poca edad de mi hija.

Volvió el rey á quedar pensativo, y Hernando guardó silencio.

—¿Tienes alguna otra noticia que darme?—dijo al fin el monarca.

—Solamente decir á vuestra majestad que he estado en casa de la condesa...

—Me habia olvidado de ella. ¡Oh!... Los amores de mi hija ocupan toda mi atencion... ¿Y la has visto?

—Sí, señor.

—¿Está enferma?

—No, señor.

—¿Cómo ha escusado su ausencia?

—Con la verdad que es no haber querido venir, pero diciendo esto con toda cortesía, pretestando ocupaciones graves.

—Tambien se presenta mal ese asunto, y en verdad que lo siento porque la hermosura de doña Ana me ha cautivado, y me enamora mas por lo mismo que es una mujer incomprensible.

—¡Cuántos hay que dicen lo mismo que vuestra majestad!

—Y á todos les sucede lo mismo que á mí.

—Señor, empiezo á sospechar que la condesa no es dueña de su corazon.

—¡Hernando!—exclamó el monarca, cuyas megillas enrojecieron, y sacudiendo la languidez que sentia pocos momentos antes.

—Cuidado, señor, que nada sé de positivo; por eso he dicho que empiezo á sospechar.

—Pero en algo se fundarán tus sospechas.

—Ciertamente.

—Esplícate,—repuso Felipe IV con vivo afan.

—El desconocido galan de siempre volvió anoche á cantar.

—¿Y hubo señales de que fuese escuchado?

—Sí, señor.

—¿Se asomó alguien?...

—Una mano solamente.

—¿Y esa mano?...

—Dejó caer un papel.

—¡Oh!—exclamó el monarca, arrugando la frente.—¿Y qué hicistes?

—Al mismo tiempo que el músico, intenté recojer el papel.

—Supongo que lo traes...

—No, señor.

—¡Qué torpeza!... ¿Dejastes que se lo llevára?

—Me incliné para tomar el billete á la vez que presenté la punta de mi espada, pero el galan hizo lo mismo tan á tiempo, que ambos nos quedamos iguales, es decir, chasqueados.

—¿Y luego?...

—Puede figurárselo vuestra majestad: se cruzaron algunas palabras y tras estas los aceros.

—¿Te desarmó?

—Debo confesar que á intentarlo, tal vez lo hubiera conseguido; pero tiraba á matarme.

—¿Con habilidad?

—Con una maestría que nunca he visto, y eso que me he encontrado en muchos lances iguales. Figúrese vuestra majestad un brazo de hierro, una serenidad imperturbable y un arrojo temerario, y tendrá idea de lo que es el músico cuando trueca la guitarra por la tizona. Bien tañe, pero mucho mejor esgrime; y eso que, á lo que pude traslucir, es mancebo de pocos años, quizás no ha cumplido los veinte.

—¿Y al fin?

—Me convencí de que no cederia, y que por consiguiente, el resultado seria que quedase sin vida uno de los dos. Suponiendo que me hubiese favorecido la fortuna, lo cual era muy dudoso, el papel debia costar sangre y un escándalo; y como esto no convenia, pedí que se suspendiese el combate y cedí el papel.

—Bien hecho.

—Pero el galan me dijo entonces que aun así era preciso que nos acuchillásemos porque sus celos pedian mi sangre.

—¡Qué obstinacion!

—Muy natural.

—¿Y qué hicistes entonces?

—Decirle que yo no amaba á la condesa, lo cual le dejó confuso. Me pidió esplicaciones y yo le contesté que respetara mi secreto como yo el de su nombre que no quiso manifestar.

—¿Y luego?

—Me fuí sin haberlo conocido ni él á mí, aunque con esperanzas de averiguar mas.

—¿Por qué no lo seguistes?

—Era mala ocasion: estaba sobre aviso, y pensé hacerlo otra noche, porque no habia de ser la última que cantase.

—Es preciso averiguar mas, Hernando.

—Segun el mismo galan me dijo, y por la letra de la cancion, hasta entonces no habia logrado correspondencia; pero es natural que no le echasen el billete para despedirlo, porque basta para esto no dar muestras de haberle escuchado.

—Ha llegado el caso de que muestres toda tu habilidad. No descanses hasta saber quién es ese mancebo tan dichoso.

—No me he dormido, señor.

—¿Has averiguado algo?—preguntó el monarca con viveza.

—Tengo sospechas, pero nada mas.

—¿Crees que es el conde?

—No, señor.

—¿Don Juan?

—Tampoco.

—¿El comendador Linares ó el hijo del marqués del Valle?

—Ninguno de esos.

—¿Pues quién?

—Señor, si me equivoco no quiere decir que soy torpe, porque cualquiera en mi lugar, con lo que he visto, hubiera sospechado lo mismo que yo.

—Acaba.

—Ruego á vuestra majestad que me escuche algunos momentos, porque quiero referirle lo que ha sucedido, saber lo que de ello piensa vuestra majestad, y si opina como yo, quedaré tranquilo.

—Bien, pero sé breve.

—Diré pocas palabras...

—Sepamos.

—Esta mañana fuí á casa del peluquero Canuto para afeitarme, y al llegar á la puerta, oí que dentro cantaban la misma cancion de anoche. Me detuve, escuché, y reconocí la voz del misterioso galan. Acabó la música, entré lleno de alegría y dando gracias á la casualidad, y ví en la tienda al autor que era un mancebo hermosísimo, con unos ojos negros y brillantes como centellas, espresivos y de penetrante mirada.

—¡Oh!—murmuró el rey atormentado por los celos.—¿Y lo conocistes?

—No, señor.

—¿Su aspecto?

—Noble, altivo...

—¿Su ropa?...

—Sencilla, como la de cualquier hidalgo.

—Prosigue.

—Le hablé y fijó en mí una mirada escudriñadora porque sin duda reconoció mi voz. Respondióme y no me quedó duda de que era el mismo galan misterioso. Seguimos la conversacion y mostró grande ingenio.

—¡Oh!... Sin duda era el mismo.

—Tal creí, pero luego dudé y aun llegué á burlarme de mí mismo por haber sospechado.

—¿Por qué?

—Canuto me dijo el nombre del afortunado mancebo...

—¿Quién es?

—Sentiré enojaros, señor...

—¿Quién es?—volvió á decir afanosamente el rey.

—Un sobrino del peluquero de vuestra majestad.

—¡Oh! —exclamó el monarca, apretando los puños.—¿Te burlas de mí, Hernando?

—Señor...

—¿Has perdido el juicio?

—Creo que lo ha perdido doña Ana.

—¡Hernando!

—Señor, perdone vuestra majestad.

—Te perdono en gracia de la buena intencion.

—Aun no lo he dicho todo, y espero que vuestra majestad cambiará de opinion.

—¿Hay mas?

—Sí, señor.

—Habla, Hernando; esplícate para convencerme de que ni tú has perdido la razon ni yo estoy soñando.

—Me esplicaré.

—Con algun fundamento sospeché que el galan desconocido era el que estaba en la barbería.

—Pero al saber que era el sobrino de Canuto, debistes pensar una de dos cosas: ó que te habias equivocado, ó que si tal habia sido su atrevimiento de enamorar á la condesa, esta no podia corresponderle.

—Sin embargo, señor, tuve en cuenta que el tal mancebo, segun su mismo tio me tiene dicho, es algo ligero de cabeza y atrevido como él solo: y en cuanto á ser correspondido, el billete que echaron por el balcon significa mucho.

—Entonces,—replicó el rey que no podia comprender que un barbero galantease á la condesa y fuese correspondido,—entonces es cosa clara que el rondador nocturno es otro cuya voz se parece á la de ese mancebo.

—Bueno será que meditemos despacio el asunto, porque ha de saber vuestra majestad, que no pudiendo ir hoy Canuto á peinar á doña Ana, envió á su sobrino, como hace otros dias...

—¿Y qué se deduce de eso?

—Que el mancebo fué, peinó á doña Ana y se retiró.

—No comprendo...

—Y una hora despues, —prosiguió Hernando, — volvió á casa de la condesa, esta lo recibió...

—¡Oh! —murmuró el monarca, cuya frente se contrajo.

—Yo interrumpí la visita, y para que yo entrase salió él, pálido, con los ojos chispeantes, mientras que la condesa, con el pretesto de un desmayo que decia haber sufrido, daba natural esplicacion de la palidez que tambien cubria su rostro, de su turbacion y aun agitacion.

Felipe IV clavó una mirada sombría en el escudero y exclamó con voz reconcentrada:

—¡Hernando, Hernando!...

—Señor...

—¡Oh!... ¿Qué estás diciendo?

—Lo que he visto... Pero no son mas que sospechas, ya lo he dicho á vuestra majestad.

—¿Se habrá atrevido ese loco mancebo?...

—Si lo viese vuestra majestad conoceria en su rostro que tiene un corazon muy grande. Su frente, sus ojos y hasta sus ademanes dicen mucho.

—Hernando, —repuso el monarca, — es preciso, ¿lo entiendes? es preciso averiguar eso de una manera que no deje duda. Las apariencias suelen engañar.

—Por eso, señor, he dicho que sospecho y nada mas.

—¡Un barbero!... ¡Oh!... ¡Un barbero miserable!...

—Pero que no lo parece.

—¿Con que es tan hermoso?

—Como no hay otro en la corte, y además, su aire, sus maneras y hasta sus palabras son las de un mancebo de noble cuna y esmerada educacion. Aseguro á vuestra majestad que el que no lo conozca se engaña y lo toma por un noble de distinguida posicion.

—¡Oh! — murmuró el rey mas atormentado por los celos cuanto mas realzaba Hernando las prendas personales de Felipe Augusto.

Como el fin que el escudero se proponia era distraer la aten-

cion del rey para que no se ocupase mucho de los amores de Isabel, sintió la satisfaccion mas viva al ver el efecto que sus palabras habian producido.

—Señor, —dijo despues de algunos momentos, — he pensado situarme esta noche frente á la casa de Canuto, esperar, y si el mancebo sale, seguirle.

—Buena idea.

—Falta que vuestra majestad me diga lo que he de hacer si va á la calle del Sacramento.

—Observarlo, escuchar la cancion por si de ella puede colegirse el estado de esos amores, y nada mas. Es preciso evitar escándalos, ya sabes que se murmura mucho.

—Cumpliré las órdenes de vuestra majestad.

—Ahora vuelve á casa de Margarita.

—Bien, señor.

—¡Oh!... Veremos si me traes otra mala nueva, hoy es dia aciago.

—Prescisamente, tras los dias de desgracia es cuando vienen los de felicidad.

El monarca despidió con un ademan á su escudero, y se entregó á meditaciones nada halagüeñas.

—Se me rebela mi hija, —dijo; —un miserable barbero me disputa el corazon de la mujer á quien amo, y para vencer en ninguna de ambas luchas es bastante mi poder de rey. ¿Y será posible que una niña débil y un mozalvete se burlen de mí?... ¡Oh!... Preciso es hacerles conocer la temeridad de su locura.

El escudero, entre tanto, á pesar de la órden del rey, se dirigió á su casa en vez de ir á la de doña Margarita. Lo esperaba Felipe que era para él lo mas interesante.

CAPITULO XVIII.

Donde daremos algunas esplicaciones para inteligencia del lector.

El doctor Cañete, tan buscado por el intrigante escudero, tan necesario para justificar que Felipe no era hermano de Isabel, no habia muerto, vivia, y como tal vez habrán sospechado nuestros lectores, era el hombre misterioso de los anteojos verdes que tanto habia dado qué pensar á Canuto. Su repentina desaparicion de la corte y el disfraz con que luego se presentó, son puntos que debemos esplicar, y vamos á hacerlo con la brevedad que nos sea posible.

Ya digimos que Cañete, con su buena memoria y tino, logró acertar que la casa á donde lo habian llevado con los ojos vendados, estaba cerca de la calle de la Almudena: pues bien, desde el dia siguiente á la noche en que nació Felipe Augusto, el astuto doctor espió todos los pasos del escudero y pudo observar que este iba con frecuencia á una casa de la calle del Sacramento. No necesitó mas Cañete; examinó la puerta, el portal y la escalera; creyó reconocer por el tacto lo que no habia podido mirar, y para convencerse, tuvo la feliz ocurrencia de ir de noche y dar en la puerta un golpe con el aldabon, cuyo sonido reconoció tambien.

Entonces no le quedó duda, pero le faltaba saber quién vivia allí, lo cual creyó que podria averiguar tan fácilmente como habia averiguado el nombre y todas las circunstancias de Hernando, y que este era padre de un niño nacido quince dias antes; pero se engañó: nadie supo decirle quién habitaba aquella casa; los criados, con estrañeza de la vecindad, eran discretos, poco menos que mudos, y en cuanto á los amos, no se les habia visto salir ni entrar, ni asomarse á las ventanas. No perdió la esperanza el doctor; su astucia le suministraria medios para conseguir lo que tanto deseaba; pero al dia siguiente, es decir, á los dos de la nocturna aventura, se vió precisado á abandonar sus averiguaciones para ocuparse de otra cosa que le importaba mas.

Tenia el doctor un hermano en América á quien no habia visto en mas de veinte años; pero hacia dos meses que le habia escrito, anunciándole su vuelta á España. No tuvo mas noticias Cañete hasta el dia á que nos referimos que recibió una carta de un amigo suyo de Sevilla, participándole la llegada del hermano, pero añadiendo que antes de su arribo á aquella ciudad habia enfermado, agravándose hasta el punto de ofrecer cuidado, por lo cual era prudente que fuera á verlo. El doctor no vaciló; olvidóse de todo ante el peligro de su hermano á quien, no solamente deseaba abrazar, sino tambien auxiliar con su ciencia, y aquel mismo dia salió de Madrid.

El amigo no habia exagerado. Cañete encontró á su hermano enfermo, y aunque muy dolorosamente, se convenció de que no era posible salvarle la vida.

Algunos dias luchó el enfermo con la muerte, y conociendo que habia llegado su hora postrera, quiso arreglar todos sus negocios. Habia dejado en América bienes de alguna consideracion; otorgó testamento á favor de su hermano, y le aconsejó que fuese allá para hacerse cargo de la herencia, pues era posible que su derecho, quisiera ponerlo en duda uno que pretendia ser su hijo natural.

El doctor tomó el consejo y partió para América un mes despues de la muerte de su hermano. Este no se habia equivocado,

la herencia produjo un pleito, y Cañete tuvo que permanecer en la Habana seis años. Posesionado de la herencia, emprendió algunos negocios mercantiles, y en ellos perdió cantidades respetables. Entonces se trasladó á Méjico con la idea de dar nuevo giro á sus asuntos; pero sufrió nuevas pérdidas, y convencido de su mala fortuna ó desacierto en los negocios, realizó el modesto capital que le quedaba y volvió á España despues de una ausencia de diez y seis años.

Fijó nuevamente su residencia en Madrid, y aunque dueño de una fortuna que le permitia vivir con desahogo, no se sintió satisfecho, y como en otro tiempo, ambicionó mas caudal y mas elevado rango. Entonces se acordó de la estraña aventura que diez y ocho años antes le habia dado esperanzas de lograr sus deseos, y decidió reanudar el hilo de su abandonada intriga.

Meditó, trazó su plan, y se hizo las siguientes observaciones:

—Dios sabe quién habitará ya la casa de la calle del Sacramento. Quizás habrán desaparecido del mundo Hernando, su hijo y el otro niño, y en este caso nada tengo que hacer. Pero tambien es posible que vivan todos ellos, y si así sucede, habrá llegado tal vez el dia en que el escudero necesite mi declaracion para distinguir aquellas criaturas, por lo cual me conviene que no sepa lo que ha sido de mí, pues de este modo podré poner precio á mi persona. Esto es lo primero que he de procurar, y el conseguirlo es fácil: han pasado diez y seis años, y como es natural, ha cambiado mi rostro, por lo que con poco que me lo oculte y disfrace, nadie me reconocerá. Hecho esto, empezaré mis averiguaciones que se dirigirán á dos puntos: uno, saber dónde pára el niño que nació aquella noche y quién es su madre, pues de su padre tengo las sospechas que me infundieron el lujo de la casa y el que Hernando Prieto anduviera en el asunto: el otro estremo es sobre el segundo niño, lo cual me dará menos que hacer, si como presumo está en compañía del escudero, que es su padre. Que hubo una sustitucion de criaturas, es cosa que no puede dudarse; el por qué se hizo y con qué fin, es lo que está muy os-

curo. Despues de los años que han pasado, las dificultades son mayores que nunca; pero con astucia, prudencia y constancia, las venceré.

Cañete puso en práctica su plan desde aquel dia, obteniendo buen resultado. Pronto supo que el escudero tenia en su compañía á un jóven á quien habia educado como á un hijo de un duque, y que el favor que gozaba con el rey habia aumentado; pero no tuvo tanta fortuna en lo demás: en la casa de la calle del Sacramento habitaba doña Ana de Rivadeneira desde muchos años atrás, y nadie se acordaba de quién hubiera vivido antes allí. Preguntó entonces por la condesa difunta, y por lo que supo, sospechó si esta seria la madre del niño que buscaba. Por la conversacion que tuvo con Canuto, hemos visto que las apariencias podian engañarle: la época en que poco mas ó menos se decia que el conde habia estado separado de su esposa, el tiempo que se recordaba vivian en aquella casa, las señas personales de la condesa y hasta los muebles, hubieran hecho creer á cualquiera lo que creyó el doctor.

—Voy aproximándome,—dijo.

Y siguió sus averiguaciones.

Pero nada supo, ni remotamente, sobre el niño que suponia ser hijo de la condesa.

Entonces volvió á perder la esperanza y decidió entregarse en brazos de la casualidad.

Desde aquel dia se le vió en todas partes; en tabernas, botillerías, teatros y paseos, entablando conversacion con el primero que veia á su lado. En el espacio de dos años encontró á muchos huérfanos que ignoraban quiénes fuesen sus padres, y poco mas ó menos, con ellos y las personas que los habian criado, observó la misma conducta que con Canuto; pero nadie dió á entender que comprendia las embozadas frases del astuto doctor. Ya pensaba variar de sistema, cuando una noche entró en la taberna de Marcelo y se sentó cerca de cuatro ó cinco jóvenes que bebian y hablaban alegremente. Pidió vino, apuró un vaso, dejó caer la cabeza sobre la mesa y fingió dormir para escuchar sin ser sospe-

choso. Unos mas temprano, otros mas tarde, fueron yéndose los que bebian, no quedando mas que dos ni otra gente en la taberna. Cansados de reir, aquellos, que parecian ser muy amigos, entablaron una conversacion séria, y al cabo de un cuarto de hora supo el doctor que ambos no habian conocido padres ni tenian esperanzas de encontrarlos.

—Sufren la misma desgracia,—dijo para sí Cañete,—y hablan de ella porque se comprenden. Es preciso saber quiénes son... Pero no puedo seguir mas que á uno... ¿A cuál?... Aquel que es de tan interesante belleza y parece mejor educado.

El mancebo á quien se referia era Felipe Augusto.

Lo siguió hasta dejarlo en su casa, y desde aquella noche, el mancebo tuvo un espía constante de sus acciones y hasta de muchas de sus palabras. Como lo vió ir muchos dias á la casa de la calle del Sacramento, se fijó en él mas que se habia fijado en otros; pero le llamó la atencion que galantease á doña Ana, y acabó por creer que el barbero, si era el que buscaba, no sabia que en aquella casa habia nacido. Fácil le fué al doctor adquirir noticias sobre la vida é inclinaciones del mancebo, que era bastante conocido, y cuando creyó oportuno adelantar en sus averiguaciones, se dirigió al peluquero.

Sabemos lo demas: solo nos resta decir que Cañete, despues de hablar con Canuto, creyó que al fin habia encontrado lo que buscaba y se preparó á entrar de lleno en la ejecucion de sus planes. Los recursos de su imaginacion eran muchos, y ademas tenia la ventaja de haberse aproximado mas que ninguno á la verdad; pero comenzaba tambien á participar de las dudas y equivocaciones que estraviaban á los otros.

Con estas esplicaciones queda terminado el lugar que ocupaban los principales personajes de esta historia, y comprenderá el lector lo que tenemos que referir sin esponerse tambien á dudas y equivocaciones.

En cuanto al primer paso de importancia que dió Cañete, será objeto de un nuevo capítulo; en el presente hemos cumplido nuestro propósito de esplicar, y ahora vamos á cumplir nuestro deseo

de concluirlo para empezar otro y llevar al lector á donde no ha estado aun.

Vuelve, pues, la hoja, quien quiera que seas, jóven ó viejo, sesentona romántica, ó niña de ojos hechiceros y tentadora belleza, y perdona la libertad del tuteo, que es privilegio de los que escribimos, no distinguir de rey ni Roque, así como ni Roque ni rey nos distinguen.

CAPITULO XIX.

Quién era el hombre de los anteojos verdes, con lo demás que se dirá.

Esquina á la calle de las Fuentes y plazuela de Herradores habia en la época á que nos referimos, una casita de dos pisos, pequeña y de feo y pobre aspecto. Por el lado de la calle de las Fuentes tenia, en el piso bajo, la puerta y una ventana con reja de hierro, y en el superior un balconcillo y dos ventanas desiguales. A esta casa estaba unida por la parte posterior otra cuya fachada principal daba á la calle de las Hileras que, como la de las Fuentes, era entonces poco menos que un derrumbadero casi intransitable, pues hacia pocos años que el barrio de San Ginés habia dejado de ser un arrabal habitado por gente pobre, entre la que figuraban las miserables hilanderas ó *hileras* en lenguaje anticuado, que vivian en la calle á que nos referimos y que le dieron su nombre. Esta casa, es decir, la segunda, era poco mas ó menos como la primera y estaba ocupada por un antiguo chalan muy conocido en la villa, á quien llamaban por sobrenombre *Culebra*, que tambien especulaba alquilando caballos. La indus-

tria de *Culebra* le habia permitido vivir con desahogo, pero nadie lo consideraba rico, por lo cual habia causado gran sorpresa el año anterior la noticia de que habia comprado la casa que habitaba y la otra de que hemos hecho mencion, pagando al contado y en buena moneda al otorgarse la escritura. La esplicacion de esto, con la de otras cosas de interés y que tienen relacion con la presente historia, la daremos mas adelante, pues ahora necesitamos entrar en la casa de la calle de las Fuentes para saber quién vivia allí, lo cual no habian podido aun averiguar con certeza los curiosos vecinos.

Un portal estrecho, y una escalera mas estrecha y empinada, permitian subir al piso principal, compuesto de tres habitaciones que eran las que tenian el balcon y las dos ventanas, una alcoba y una cocina. En la primera de estas habitaciones no habia mas muebles que unas cuantas sillas; en la segunda, una cama pequeña; en la siguiente una mesa con un tintero y algunos papeles, y dos sillones, y en la alcoba otra cama, pero mas grande, mas cómoda y mas decente que la primera, un estante de pino que lo menos tendria ocho pies de altura, y dos cofres.

La misteriosa persona que habitaba la casa era el doctor Cañete, el cual no tenia á su servicio mas que un esclavo negro que habia traido de América.

Sobre este esclavo debemos decir cuatro palabras. En Cuba pertenecia á un rico propietario, hombre brutal que imponia á sus infelices negros los mas atroces castigos. El pobre Juan, que así se llamaba el que nos ocupa, tuvo la desgracia de replicar un dia á su señor, y este mandó que castigasen la audacia del esclavo, atravesándole la lengua con un hierro candente, lo cual se ejecutó con tan bárbara exactitud y de tal manera, que el infeliz quedó imposibilitado para hablar. Poco tiempo despues, el brutal señor, sin acordarse de que Juan estaba privado del uso de la palabra, le hizo una pregunta, y como por toda contestacion hiciese el esclavo un gesto, creyendo el amo que era una burla, ordenó que lo azotasen y despues lo ahorcasen. Se ejecutó la primera parte de la sentencia que dejó al negro casi sin vida, y

cuando se iba á ejecutar la segunda, la casualidad llevó á casa del propietario á Cañete, el cual, enterado del suceso, propuso comprar el esclavo, ofreciendo por él doble cantidad de la que valia. La codicia pudo mas que el deseo de venganza, y Juan pasó á ser propiedad de Cañete. Apurado se vió este para salvarle la vida, pero al fin lo consiguió, y entonces le dijo: « Juan, eres libre, y si quieres puedes dejarme. » El pobre negro tenia un corazon muy noble y contestó vertiendo lágrimas y arrojándose á los pies de su salvador. ¡Ah! si el desdichado hubiera podido espresar con palabras lo que sentia, el doctor se habria convencido mas de lo que estaba de que al hombre no se le doma ni sujeta como al tigre, y de que al renunciar al dominio sobre el cuerpo del esclavo, se habia hecho dueño absoluto del corazon de un hombre. Juan siguió, pues, al doctor, sirviéndole desde entonces de ayuda de cámara, de cocinero y de cuanto era menester, dedicándose con tanto afan á complacerle, que no necesitaba para obedecer mas que un gesto, una mirada. Con semejante criado, que no podia esplicarse de ningun modo, porque ni aun escribir sabia, se comprenderá que fueron inútiles las tentativas de los vecinos curiosos para averiguar quién era, siquiera cómo se llamaba el hombre de los anteojos verdes. Tentaron tambien la discrecion de Culebra, pero nunca pudieron saber por este á quién habia alquilado la casa, pues siempre contestaba á los impertinentes preguntadores: « Es un hidalgo que me paga religiosamente; pero tiene un nombre tan raro que no he podido retenerlo en la memoria. » Entonces le replicaban algunos: « ¿Y cómo podeis darle recibo de los alquileres si no sabeis su nombre? » « Porque no quiere tomarlo, respondia Culebra, con lo cual prueba que conoce mi honradez. »

El hombre de los anteojos verdes era, pues, un ente curiosísimo para los de su barrio, y no entraba ni salia en su casa una sola vez sin que llamase la atencion de los vecinos.

La noche en que estamos se encontraba el doctor en el gabinete de la alcoba, y á la luz de un belon de cobre que habia sobre la mesa, leia sin el auxilio de sus famosos cristales verdes,

sino solo con sus ojos que nada habian perdido de su brillo, viveza y espresion.

Dieron las once en el reloj del alcázar y Cañete dejó el libro.

—Juan, —dijo en voz baja.

Pero fué bastante para que el negro, que parecia dormir profundamente en la cama del aposento inmediato, se levantase instantáneamente y acudiera al llamamiento. En cuanto al sueño, podia compararse al esclavo con un perro: siempre que se lo permitian las faenas domésticas, que eran bien pocas, se dejaba caer en su lecho y dormia; pero su sueño era tal, que para despertarle bastaba que el zumbido de un mosquito sonase en otro aposento cualquiera de la casa: puede asegurarse que Juan dormia, ó parecia dormir, lo menos diez y seis horas de las veinticuatro que tiene el dia; todos sus ócios los pasaba en la cama; estaba siempre, ó en pie y trabajando, ó acostado y durmiendo; nunca se le ocurria sentarse; pero en cambio, como el perro que duerme ó aparenta dormir á todas horas, á cualquiera del dia ó de la noche, Juan despertaba al mas leve ruido, se arrojaba con presteza de su lecho, y sin sentir el aturdimiento natural del que acaba de dormir, estaba dispuesto á todo. El doctor llevaba siempre consigo la llave de la puerta de su casa y abria sin llamar; pero ni una sola vez le sucedió, fuese de dia ó de noche, tarde ó temprano, dejar de encontrar al pie de la escalera al negro, que siempre despertaba al chirrido de la llave y bajaba antes que se hubiese abierto la puerta.

Como hemos dicho, Juan acudió al primer llamamiento de su amo.

Este se levantó y se puso los anteojos, lo cual indicaba que iba á salir.

El negro le presentó entonces el sombrero y la capa.

—Volveré tarde, quizás á la madrugada, —dijo Cañete, dando un paso hácia la puerta.

Juan hizo con la cabeza una señal afirmativa para significar que estaba enterado y que ya sabia lo que tenia que hacer, y luego, tomando el belon, acompañó á su amo hasta la puerta de la calle.

Cañete atravesó la plazuela de Herradores, donde en aquella época habia cuatro ó cinco que con su inaguantable martilleo atormentaban á la vecindad desde el amanecer hasta que anochecia; luego entró en la calle de la Almudena y siguió hasta llegar á San Felipe.

Allí se detuvo, miró á la casa del peluquero, vió que por una de las ventanas del aposento de este salia luz, y dijo:

—No duermen.

Y se ocultó en el hueco de la puerta de una de las covachuelas del convento.

Un cuarto de hora despues llegó otro hombre, miró tambien á la casa de Canuto, y al ver la luz pronunció las mismas palabras que el doctor y fué á ocultarse en el hueco de la puerta del palacio de Oñate.

Era el escudero.

—Otro que viene á lo mismo que yo,—dijo entonces Cañete.—No me cabe duda que es Hernando.

Trascurrió media hora.

La puerta de la casa de Canuto se abrió y salió Felipe Augusto tomando calle arriba como para buscar la de Bordadores.

Entonces salió Hernando de su escondite y siguió al mancebo.

—No me equivoqué,—murmuró el doctor.

Y abandonó tambien el hueco de la puerta y echó á andar tras el escudero y Felipe Augusto.

Los tres eran astutos y difícilmente hubieran podido engañarse.

Apenas el mancebo hubo dado treinta pasos, miró atrás y observó que lo seguian dos hombres.

—Uno debe ser el escudero,—dijo para sí;—pero el otro... ¿quién será? Me espian... No importa.

Hernando, que en intrigas de esta clase era maestro y sabia por esperiencia lo que solia suceder, volvió tambien la cabeza y vió que lo seguian.

—No sé si será á mí ó al barbero,—murmuró;—pero es lo

cierto que nos observan, y no adivino quién pueda ser. ¿Si habrá echado Canuto de menos á su sobrino y vendrá para cojerlo *in fraganti* delito de escapatoria despues de averiguar qué es lo que hace en sus escursiones nocturnas? Pues le aseguro que ha de quedarse con un palmo de boca abierta cuando vea que el mancebo se ocupa en galantear nada menos que á doña Ana de Rivadeneira, condesa de Fuensanta.

El doctor Cañete tomó la misma precaucion de mirar atrás y se contentó con decir:

—Soy el único que sigo sin que lo sigan.

Con gran sorpresa de Hernando y alguna estrañeza del médico, Felipe Augusto, en vez de seguir para buscar la calle del Sacramento, dobló la esquina de la de Bordadores.

—¿No hay serenata esta noche?—dijo el escudero.—¿Habrá observado que lo espian y querrá chasquearnos?

—Aventura nueva,—murmuró Cañete.—La calle de Bordadores, ó por mejor decir, mi barrio, no estaba en mis apuntes. Puede tambien ser que, como lo seguimos, intente burlarse de nosotros.

—No me dejan,—pensó el mancebo.

Y continuó bajando la calle con paso lento; pero al llegar frente á la casa de doña Margarita, encontró á otro embozado que estaba inmóvil como una estátua, comtemplando los balcones donde daba el resplandor de la luna.

Era Felipe, el hijo de Hernando.

El barbero se detuvo y se puso tambien á mirar á los balcones de la dama.

—¿Qué significa esto?—dijo el escudero para sí.—El asunto se va poniendo sério. ¿Será aquel mi hijo? Semejante imprudencia... Veamos.

Y se paró á cierta distancia de los jóvenes.

—Bien,—pensó Cañete.—El asunto empieza á ser interesante. Ya somos cuatro, y entre muchos es difícil que saquemos nada en limpio.

Y anduvo algunos pasos mas hasta colocarse al lado opuesto

de Hernando, de manera que quedaron en medio los dos donceles.

No parecian cuatro hombres, sino cuatro estátuas. Ninguno se movia ni se miraba sino de reojo, pues todos tenian el rostro vuelto hácia la casa de doña Margarita.

Así trascurrió un cuarto de hora.

La broma iba haciéndose demasiado pesada, sobre todo para Felipe que empezó á tener celos, y no sospechaba quién fuese ninguno de los que estaban á su lado.

—Este que tengo á mi derecha, —dijo para sí Felipe Augusto, —debe ser el amante de doña Isabel. No se dá por entendido aunque debe tener la sangre ardiendo al ver tres, que en su concepto, deben ser otros tantos rivales. Su tranquilidad aparente no puede ser sino cobardía ó conveniencia, pero contra cualquiera de estas dos cosas está el amor propio y los celos que son dos enemigos que siempre aconsejan lo peor, y pidiéndoles yo auxilio haré salir de sus casillas á este mozo. Probemos y salga lo que salga, que ya no es tiempo de retroceder.

Esto pensando, con su natural arrojo, sin descubrir el semblante, sacó su guitarra y empezó á tañer.

La misma inmovilidad y el mismo silencio de parte de los otros tres.

—Veremos ahora, —se dijo el atrevido mancebo.

Y entonó un romance donde acomodó fácilmente el nombre de Isabel.

Felipe no pudo reprimir un movimiento brusco: sin duda empuñó la espada; pero se contuvo al pensar que provocaria un escándalo que podria empeorar su situacion. Sus ojos despidieron dos centellas y rechinaron sus dientes.

Concluyó el romance; se perdieron los últimos ecos de la guitarra y volvió á reinar el silencio mas profundo.

Felipe Augusto, Cañete y Hernando se reian de sí mismos y unos de otros, pero el hijo del escudero sufria horriblemente.

—¡Vive Dios! —murmuró el barbero. —Ha tenido serenidad para no darse por entendido... Digno es de figurar entre los que jugamos esta noche á quién es mas tunante. Pero me he con-

vencido de que es el amante de doña Isabel: debe estar furioso porque le relucen los ojos como á un gato.

—¿Se ha propuesto el sobrino de Canuto galantear á todas las damas de la corte?—se preguntó Hernando.—¡Por quién soy que no me da buena espina lo que veo! ¿Habrá sospechado el peluquero que lo engaño y habrá revelado el asunto á este mozo para que averigüe si doña Isabel tiene algun amante? Bien puede ser, pero no es esto prueba suficiente para creerlo así. Mañana veremos, si es que esta noche no puedo saber mas. En cuanto á mi hijo, que debe ser ese el otro, ha obrado con mucha prudencia y tino no dejándose arrebatar por los celos.

Entre tanto decia para sí el doctor:

—Serenatas en la calle del Sacramento y aquí... ¡Oh!... Algo significan estas músicas: no canta sin su cuenta y razon el ladino mancebo.

Pasaron algunos minutos.

—Está visto, —murmuró Felipe Augusto, —hay que repetir la broma.

Y convencido de que allí no hacia mas que perder el tiempo, volvió á dirijirse calle arriba para salir á la de la Almudena.

—Ahora no me conviene escandalizar porque nos observan,—dijo Felipe,—pero seguiré al atrevido cantor, sabré quién es y me esplicará su conducta.

Y efectivamente, lo siguió.

Hernando los dejó pasar, aguardó algunos momentos, pero viendo que Cañete no se movia, echó á andar tras los jóvenes.

Entonces murmuró el doctor:

—Un buen general asegura la retirada antes de acometer al enemigo: por eso quiero ir detras de todos.

Y siguió como antes sin ser seguido.

Uno tras otro y siempre á igual distancia, llegaron á la calle del Sacramento.

Felipe Augusto se paró frente á la casa de la condesa, y los demás se detuvieron tambien.

—¿Canto ó no?—se preguntó el mancebo.

Y despues de meditar algunos instantes, sacó la guitarra y comenzó á tocar, entonando luego una cancion tan tierna y apasionada y con tan dulce y conmovedor acento, que no pudieron oirla con indiferencia los tres perseguidores del doncel.

Lo mismo que en la calle de Bordadores, el silencio y la quietud respondieron á las gratas armonías.

Entonces, quien mas confuso quedó, fué el hijo del escudero. ¿Era el músico algun calavera de buen humor, que no teniendo en qué ocuparse se divertia en cantar donde se le antojaba, sin intencion ni interés de ninguna clase? A esta pregunta no pudo contestarse el amante de Isabel; pero por lo mismo, decidió seguir espiando al que parecia ser un galanteador de todos las mujeres de la villa.

Felipe Augusto esperó un cuarto de hora, y viendo que sus tenaces perseguidores no se movian, se dirijió nuevamente á la calle de la Almudena, siguiéndolo entonces Felipe, Hernando y Cañete.

Un espectador desinteresado se hubiera divertido á mas no poder, porque semejante pantomima no podia ser mas original.

Distintos pensamientos ocupaban la imaginacion de aquellos cuatro hombres; pero ninguno podia esplicarse lo que veia, sino que por el contrario, cada vez estaban mas confusos.

El barbero dejó la calle de la Almudena, atravesó la de Milaneses y entró en la de Santiago, deteniéndose á la puerta de la taberna de Marcelo, y llamando con dos golpes y luego uno, como si fuese esto señal para conocer á los parroquianos que tenian entrada á todas horas.

Pocos momentos despues se abrió la puerta y el mancebo entró.

—Es amigo lo mismo que yo,—dijo para sí Hernando.

Y dejando pasar algunos minutos, llamó como Felipe Augusto y entró, pero no solo, porque su hijo, ya decidido á todo, áprovechó la ocasion y se metió tras él.

—Se conoce,—murmuró entonces Cañete,—que lo mismo que yo, ellos son de los parroquianos preferidos.

Luego se acercó á la puerta, dió los tres golpes y le franquearon la entrada.

Retrocedamos algunos instantes para no perder ni uno solo de los pasos de nuestros cuatro personajes.

Cuando Felipe Augusto entró, dijo al tabernero:

—Una luz y una botella al cuarto chico.

Y atravesando las dos primeras habitaciones, penetró en la que ocuparon la noche anterior Canuto y el escudero cuando jugaron al ajedrez. Allí se sentó delante de una de las dos mesas que ya dijimos habia.

Marcelo le sirvió con su acostumbrada prontitud y lo dejó solo.

Hernando, seguido de su hijo, se fué tambien al mismo aposento, despues de pedir vino, y ocupó la otra mesa.

Felipe dudó entonces un instante, pero como la persona que le interesaba era el músico, se sentó frente al barbero á la vez que decia, procurando cambiar la voz:

—Con vuestro permiso.

Felipe Augusto contestó con una señal afirmativa de cabeza.

Llegó su vez á Cañete, pero no pudo dudar porque solo quedaba un sitio desocupado, y desde luego se sentó frente al escudero.

Todos ocultaban el rostro bajo la capa, lo cual no podia ser muy agradable porque el calor era sofocante.

La noche habia avanzado, y tan singular escena no era posible que se prolongase mucho despues de amanecer, lo cual sucedería pronto por ser, como ya tenemos dicho, el mes de junio.

Cañete dejó caer la cabeza sobre la mesa y fingió dormir.

Trascurrió media hora.

—Es preciso acabar de una vez,—dijo para sí el escudero.—En cuanto á los dos que están en aquella mesa, no necesito hacer nada porque ya sé que el uno es el barbero y el otro mi hijo: por consiguiente, al que mas me interesa conocer es á mi vecino, que es sin duda el mas hábil, segun lo ha demostrado con sus oportunas evoluciones y cambios de sitio en la calle.

Parece hombre de mucha calma, y si espero á que se levante, es posible que no se mueva en muchas horas y que aun despues siga tapándose el rostro y dando vueltas por las calles todo el dia. Para evitar esto y salir pronto del paso no hay mas que un medio, armar pendencia con cualquier pretesto y por fuerza habrá de hablar y descubrirse. Sin embargo, esperaré algunos minutos, y si continúa durmiendo ó fingiendo que duerme, pondré en ejecucion mi plan.

Hernando aguardó; pero Cañete, no solamente siguió inmóvil, sino que empezó á roncar como si su sueño fuera el mas profundo.

—¡Basta para broma!—dijo para sí el escudero.

Y poniendo una mano sobre la espalda del doctor, movióle con rudeza, mientras decia:

—Seor dormilon, me incomodan vuestros ronquidos.

Cañete se enderezó, pero sin descubrirse el rostro que entre su capa y su sombrero quedaba totalmente oculto.

—Lo siento,—respondió con calma;—pero cuando duermo no sé lo que hago.

El barbero y Felipe comprendieron lo que iba á suceder y fijaron sus miradas y su atencion en Cañete y Hernando.

—¿No sabeis,—replicó éste,—que el roncar es una descortesía?

—Sí,—dijo el doctor,—pero repito que cuando duermo no sé lo que hago.

—Pues guardad vuestro sueño para la cama.

—Mucho me alegraria tener una aquí.

—Idos á vuestra casa.

—No la tengo,—replicó Cañete con la misma imperturbable calma.

—Entonces dejad vuestro sueño para cuando esteis solo,—dijo Hernando con aspereza insultante para ver si lograba que perdiese la serenidad su vecino.

—El sueño,—dijo el doctor sin alterarse,—es una funcion natural que no está sujeta á la voluntad, y solo puede domi-

narse con grande esfuerzo, por algunas horas lo mas, pero en llegando á cierto grado, como el hambre y la sed, se apodera, absorve en sí todas nuestras facultades morales y fisicas, y...

—¿Qué me importa todo eso?—interrumpió Hernando con tono de mal humor.

—Me importa á mí convenceros de que no es culpa mia el dormir ni menos el roncar.

—Sois muy impertinente.

—¡Oh!—exclamó Cañete con la misma calma y dulzura.—Eso mismo me decia el médico á quien por mucho tiempo importuné para que me curase del vicio de roncar. Cien veces me repitió que la ciencia no alcanzaba á tanto, y tuve que resignarme con mi desgracia de roncar.

—¡Vive Dios!... ¿Os burlais de mí?

—Os juro que es verdad, y apelo al testimonio del médico mi amigo, hombre de mucho saber y en estremo honrado...

—¡Por mi ánima!—exclamó el escudero, poniendo mano á la espada.

—Si aun dudais os diré quién es el médico...

—¡Señor hidalgo!...

—Tal vez lo conocereis... el doctor Cañete,—dijo éste con la misma tranquilidad que antes.

—¡Ah!—exclamó Hernando con acento de sorpresa y levantándose como impulsado por un resorte.—¿Qué habeis dicho?

—Que mi amigo el doctor Cañete...

—¿Es... vuestro amigo?...

—Desde la niñez.

—¡Oh!... ¡Esplicaos!...

—¡Que me esplique!—dijo el doctor con tono de sorpresa.—¿Pues no os he dicho que segun su respetable opinion, el roncar?...

—Caballero,—interrumpió afanosamente Hernando,—tengo que hablaros reservadamente.

—Soy vuestro,—contestó Cañete á la vez que se descubria el rostro.

Entonces Felipe Augusto dejó escapar, mas que una exclamacion, un grito de alegría, y levantándose precipitadamente, se acercó al doctor y le dijo:

—Caballero, necesito hablar con vos.

Cañete se puso de pié, y á través de sus anteojos miró al barbero y á Hernando y respondió sin dirijirse á ninguno:

—Hablaremos.

—Os agradeceré que no lo dejemos para otro dia,—repuso el mancebo,—y si me haceis el favor de venir conmigo á otro aposento...

—No,—interrumpió Hernando;—antes soy yo.

—Permitidme...

—Perdonad, me interesa mucho hablar á este caballero.

—A mí tambien.

—Pero se lo rogué primero...

—Sin embargo, puede concederos el favor despues que á mí.

—No hará tal...

—¿Sois dueño de sus acciones?

—Fio en su cortesía...

—¡Oh!... ¡No me separaré de él!—exclamó Felipe Augusto, asiendo de la capa á Cañete.

—Ni yo tampoco,—replicó el escudero con acento de firme resolucion, y cogiendo tambien la capa del doctor.

—Venid,—dijo el mancebo, tirando para dirijirse á la puerta.

—Quedaos,—repuso Hernando Prieto, tirando tambien hácia sí.

—Me rompereis la capa,—dijo el doctor que hasta entonces no habia tomado parte en la disputa.

—No cederé ¡vive Dios!—esclamó Felipe Augusto volviendo á tirar.

—¿Quién sois para anteponeros á mí?—replicó el escudero, tirando tambien.

—¿Qué os importa? Como vos, estoy en mi derecho de ocultar el rostro.

La escena no podia ser mas original ni divertida.

Lo mismo Hernando que Felipe Augusto, subian con la mano izquierda el embozo de sus capas, mientras que con la derecha tiraban del doctor en opuestas direcciones. Sin embargo, la ventaja era del mancebo, porque el escudero tenia que estender el brazo por encima de la mesa para alcanzar á Cañete, lo cual era incómodo y le obligaba á esforzarse para no perder el equilibrio.

Contemplábalos el astuto médico con tanta serenidad, que no parecia sino que fuese ageno á la contienda.

Hubo algunos momentos de silencio, de indecision tal vez.

Hernando sabia por esperiencia que su contendiente no retrocedia y era mozo de mucho corazon y mejores puños, como lo habia demostrado la noche anterior al disputarle el papel.

—Estamos perdiendo el tiempo, —dijo al fin Felipe Augusto.

—Pues apartaos, —replicó el escudero.

—¡Oh!... Nadie me ha dicho eso sin sacar antes la espada.

—No ha de quedar por eso, —repuso Hernando, soltando la capa y llevando la diestra á la tizona.

Su hijo, que hasta entonces habia sido mudo y al parecer indiferente espectador, se movió como para levantarse, pero se detuvo al oir que Cañete decia:

—Esperad.

—¿Vais á decidir?—preguntó Felipe Augusto.

—A proponer un medio.

—¿Cuál?

—Hablaré primero al uno y luego al otro...

—Pero yo seré el primero...

—Yo...

—Decídalo la suerte.

—No me conformo.

—Ni yo...

—Entonces ninguno.

—¡Ninguno! —exclamaron á la vez el escudero y Felipe Augusto.

—Eso es, á ninguno, porque estoy en mi derecho de no entrar en esplicaciones cuando no me conviene; estoy en mi dere-

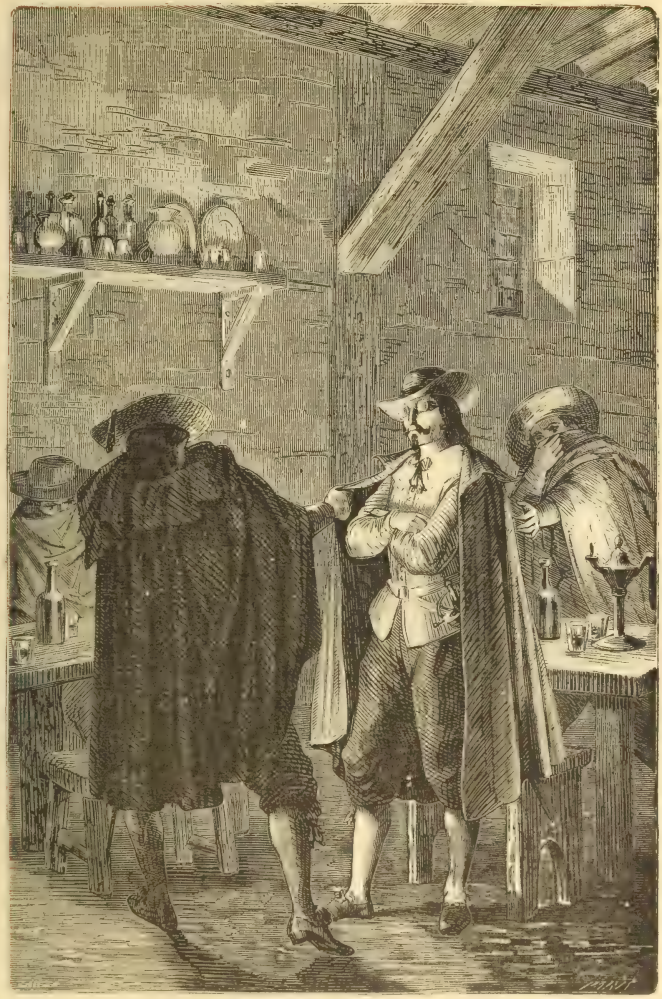


LÁMINA 5ª.—Contemplábalos el astuto médico con tanta serenidad, que no parecia sino que fuese ageno á la contienda.

cho de callar y de irme sin deciros, ni mi nombre, ni nada de lo que deseais saber.

—¿Habeis pensado?...

—En todo, —replicó Cañete con su imperturbable calma.— Sabed que tengo tanto valor y tan buenos puños como cualquiera de vosotros; pero no haré uso de ellos porque no me conviene; y si intentais siquiera sacar la espada para batiros ó para obligarme á hablar, gritaré, pediré socorro y acudirá la vecindad y tal vez alguna ronda, lo cual es para vosotros lo peor que puede sucederos.

—Os mataré sin daros tiempo á gritar, —dijo Hernando.

—No lo hareis porque mi vida os interesa mucho, tanto como á este mancebo.

Hernando y Felipe Augusto meditaron algunos instantes.

—Pues bien, —dijo el escudero, — decida la suerte.

—Sea, —repuso el doncel.

Cañete sacó una moneda y dijo:

—Veamos quién se aproxima mas al año de este escudo.

—Es del año 1640, —replicó Hernando.

—Del 1647, —añadió Felipe Augusto.

—Del 43, — dijo el doctor.—Habeis ganado...

—¡Ah!—exclamó con alegría el mancebo.

—¡Voto á Satanás! —murmuró Hernando.

—Qué el cielo os guarde, —repuso Cañete, disponiéndose á salir.

—¿Os vais?

—Sí.

—Yo con vos...

—No.

—¿Pero no hemos convenido?...

—En que hablaré primero con vos, mas no me he comprometido á que sea en este momento.

—Eso es una escusa...

—Dejadme que yo os buscaré, y no he de tardar mucho

—No sabeis quiénes somos...

—Os conozco á los dos.

—No así á vos nosotros, y si nos engañais...

—Descuidad.

—No saldreis...

—Os repito que pediré socorro.

—¡Oh!

—¡Vive el cielo!

—No me detengais; tengo ganas de dormir.

Hernando y Felipe Augusto hicieron un movimiento de forzada resignacion.

—Si al menos supiésemos quién sois...

—Mirándome estais.

—Pero vuestro nombre...

—En mi barrio me llaman el hombre de los anteojos verdes.

—¡En vuestro barrio!—repitió Felipe Augusto, á cuya mente acudió una idea que tuvo por feliz.

—¿Dónde está vuestra casa?—repuso Hernando que habia tenido la misma idea que el mancebo.

Cañete se sonrió maliciosamente y dijo:

—En la calle de las Fuentes, esquina á la plazuela de Herradores. ¿Quereis mas señas? Allí vivo con un criado solamente porque mi fortuna no alcanza á mas. Pero si tratais de averiguar por los vecinos, perdereis el tiempo; y si pensais sobornar á mi sirviente para hacerle hablar, os aconsejo que escuseis semejante trabajo, porque esto no podria conseguirlo nadie mas que Dios por ser omnipotente,

—Mucho fiais,—dijo Hernando,—en la fidelidad de vuestro criado.

—Con razon, porque el infeliz es mudo.

—¡Oh!—murmuró desconcertado el escudero.

—Hombre extraordinario en todo,—dijo el doncel.

—Ahora,—repuso el doctor,—me permitireis que me vaya, y si quereis séguirme, hacedlo, pero será tiempo perdido.

—¿Pero cuando nos buscareis?

—Cuando me convenga.

—¡Oh!...

—No tardaré... Que el cielo os guarde.

Cañete salió con tranquilos pasos.

El escudero y Felipe Augusto quedaron inmóviles por algunos instantes.

Aun no se habia descubierto el rostro ninguno de ellos, á pesar de que estaba convencido cada cual de haber sido conocido por el otro. Sin embargo, el mancebo intentaba todavía chasquear á Hernando, haciéndole creer que se habia equivocado al tomarlo por el sobrino de Canuto. Esto era muy difícil; pero Felipe Augusto, fiado en su ingenio y travesura, no desmayaba ante ningun obstáculo.

El mancebo se decidió, pues, á hacer lo posible para desorientar al intrigante escudero, y este resolvió seguir los pasos de aquel hasta dejarlo en su casa, ya porque esperaba averiguar algo mas de interés, ya para reconvenir á Canuto y pedirle esplicaciones sobre la nocturna salida de su sobrino, sin que pudiera negarlo.

Entre tanto el hijo del escudero permanecia en su sitio inmóvil y silencioso, atormentado por la mas impaciente curiosidad y atormentando su magin para adivinar lo que significaba aquel enredo.

Felipe Augusto combinó su plan de burla.

Hernando se afirmó en su propósito.

—El cielo os guarde,—dijo el primero.

Y salió.

—A vos tambien,—constestó el segundo.

Y esperando algunos instantes, sin dar á entender que habia conocido á su hijo, siguió los pasos del barbero.

Ambos se encontraron en la calle cuando la aurora empezaba á esparcir sus resplandores.

Felipe Augusto, como si no sospechase que Hernando podia seguirlo ó creyese que no lo hacia por ser ya cosa inútil, se dirigió á la calle de Milaneses sin volver atrás la cabeza.

—Bien,—dijo para sí Hernando.— Sin duda cree, como

yo creeria, que me he quedado en la taberna con el otro.

Cuando Felipe Augusto llegó á la calle de la Almudena, siguió como para ir á su casa, pero cuando estaba cerca de esta, se detuvo repentinamente, y como enojado consigo mismo, exclamó en voz alta y haciendo un movimiento brusco que indicaba mal humor.

—¡Voto á mi mala cabeza!

—Algo de importancia ha olvidado,—dijo para sí el escudero parándose tambien.

El mancebo volvió á la derecha, y apresurando el paso se entró por la plaza del Arrabal, tomó la calle de Toledo, atravesó Puerta Cerrada y fué á salir á la calle de Segovia.

—¿A dónde irá?—se preguntó Hernando.—Con razon sospeché que aun quedaba lo mas interesante.

—Ya empezará á confundirse,—dijo para sí Felipe Augusto á la vez que de reojo y con gran disimulo vió que lo seguia el escudero.

Y entró en el portal de una casa de pobre apariencia y llamó con recios golpes á la puerta del cuarto bajo.

—¿Quién?—preguntaron desde adentro con soñolienta voz.

—¡Abre, perezoso!—respondió el mancebo.—¡Vive Dios! ¿No sospechas quién puede ser?

—Ahora te conozco,—volvieron á decir desde adentro, pero mas cerca.—Allá voy, bribon, desalmado, vagabundo.

—Si me nombra estoy perdido,—pensó el doncel.

Hernando, parado junto á la puerta de la calle, escuchaba con religiosa atencion.

—¿Quién vive aquí?—se decia.—¿A qué viene con tal priesa que no lo ha dejado para luego? Este mancebo es pájaro de cuenta, y Dios sabe en qué enredos estará metido.

La puerta del cuarto bajo se abrió, y Felipe Augusto entró, diciendo:

—La bendicion de Dios venga conmigo en pago anticipado de las que luego me dareis, señor obispo en ciernes.

El escudero no pudo entender mas.

—Esperaré,—dijo,—porque tarde ó temprano ha de salir.

CAPITULO XX.

Donde se dá cuenta del plan que ideó el barbero para burlar á Hernando.

Cuando Felipe Augusto entró, encontróse con un jóven que tendria su misma edad y estatura, pero muy diferente rostro, porque su nariz era larga y afilada y sus ojos pequeños y redondos, aunque en estremo relucientes, vivos y de mirada penetrante, que, como su frente, revelaba una inteligencia no comun. Acababa de levantarse de la cama y no llevaba mas ropa que la camisa, por cierto agujereada en algunas partes y remendada en otras.

Apenas lo vió el barbero se puso un dedo en la boca para indicarle que no hablase, le agarró de un brazo y lo llevó á otro aposento que, como el primero, estaba casi desamueblado, pues no tenia mas que una mala cama, una silla y un cofre.

—Andrés, mi buen Andrés, mi mas querido y mejor amigo,—dijo precipitadamente y á media voz Felipe Augusto,—necesito de tí.

—¡Que necesitas de mí!—exclamó Andrés alegremente.—Bien, tuyo soy, honra de los barberos de la villa. Pero aguarda un instante y me vestiré; necesito poco tiempo, ya sabes que no

tengo que ponerme mucha ropa, solamente los calzones, las calzas, los zapatos y la ropilla, porque jubon no le hay...

—No, Andrés,—interrumpió el barbero mientras se quitaba la capa y empezaba á desnudarse;—el cielo te ha inspirado la idea de salir en camisa, porque asi aprovecharemos el tiempo...

—¿Qué haces? ¿Porqué te despojas de esa envidiable ropilla y empiezas á quitar esos hermosos lazos de los calzones como si intentaras dejar al aire tus formas de Apolo? ¿Es que quieres compararlas con las mias, entrar en competencia para dar á tu vanidad la satisfaccion de un triunfo?

—Calla, Andrés, y haz lo que yo te diga sin detenerte; te lo ruego, te lo suplico. Ahora no puedo darte esplicaciones, porque cada instante vale un mundo; pero nos veremos á la tarde y todo te lo contaré; ya sabes que no tengo secretos para tí...

—Pero...

—Aprovecha el tiempo: vé vestiéndote con mi ropa... Anoche,—prosiguió Felipe Augusto con marcada intencion,—estuvistes en mi casa para pedirme la guitarra prestada, y me encontrastes indispuesto... con una ligera fiebre que me habia obligado á meterme en la cama... Ese lazo ¡oh! ese lazo queda mal...

—La falta de costumbre,—dijo Andrés que en aquel momento se ponia los calzones de Felipe.

—Estuvistes en mi casa,—prosiguió este,—y te dí la guitarra.

—Es verdad,—replicó Andrés aunque no sabia lo que significaba semejante enredo.

—A las doce me dejastes, y cuando subias la calle de la Almudena, advertistes que te seguian dos hombres, pero que no iban juntos.

—Sí,—dijo Andres con gravedad burlona,—dos hombres de mala traza...

—No.

—Bien, dos hombres embozados...

—Sí.

—Proseguí mi camino...

—Y te entrastes en la calle de Bordadores.

—Perfectamente.

—Vistes á otro embozado, que contemplaba los balcones de una casa que está frente á San Ginés...

—Es verdad, allí vive una mujer que tiene unos ojos negros, mas relucientes que dos candiles y capaces de encandilar al corazon menos propenso á ser candil.

—Por Dios, Andrés, no te chancees ahora.

—Adelante.

—Esa calza...

—Ya está desarrugada... Encontré á un embozado, es decir, al amante de la niña de los ojos de candil, ó con mas exactitud, al hijo, ahijado ó lo que sea del señor Hernando Prieto...

—¡Andrés!—exclamó Felipe Augusto con tono de sorpresa.—¿Qué has dicho?

—Que el ahijado ó pupilo del escudero Prieto, es el amante de la hija de doña Margarita de Guzman, antigua doncella de doña Isabel de Borbon, y tambien antigua dama de tu real tocayo, nuestro monarca y señor.

—¡Qué revelacion!

—Amigo mio...

—Es preciso que te espliques,—interrumpió Felipe Augusto, con muestras del mayor afan.—¡Oh! Habla, Andres, pronto...

—¿No dices que ahora no podemos perder un instante?

—Es verdad...

—Prosigamos con mi aventura nocturna.

—Te decia...

—Sobre el pupilo de Prieto...

—Que cuando encontrastes al embozado, sin mas fin que el de armar pendencia para ver si así ahuyentabas á tus espías, sacastes la guitarra y cantastes...

—Y el amante sacó la tizona.

—No.

—¿De veras?

—Escuchó y calló.

—¿Y entónces?...

—Viendo que no conseguias tu fin...

—Me marché con la música á otra parte.

—Eso es, te fuistes á la calle del Sacramento...

—A galantear á la condesa,—interrumpió Andrés que ya habia comprendido el plan del barbero.

—Sí, y te siguieron los dos embozados, mas el tercero.

—Y volví á cantar...

—La cancion que compusistes el otro dia y fué puesta en música por tu compañero y nuestro amigo Blas, á quien supongo de tuna, puesto que no lo veo aquí.

—No te equivocas.

—Bien, y los tres embozados...

—Hicieron lo que antes: escuchar, callar y estarse quietos.

—Por lo cual me pareció conveniente marcharme á dar otra serenata...

—No, á la taberna de Marcelo.

—Es verdad,—replico Andrés que sostenia su burlona gravedad: —no me acordaba.

—Allí tuvo lugar una escena que no puede referirse ahora.

—Mejor será dejarlo para luego.

—Y despues...

—¿Pero no me siguieron los embozados?

—Y entraron en la taberna.

—Decias que despues...

—Salistes muy creido que ya no te seguirian, y te dirigistes á mi casa para devolverme la guitarra y saber si yo estaba mejor.

—Era mi deber.

—Pero á lo mejor te acordartes de que tenias que dar á Blas cierto aviso de importancia y, retrocedistes.

—Veamos si sabes lo demás,—dijo Andres.

—Has llegado aquí, te has detenido algunos minutos, y ahora sales otra vez muy embozado y sin reparar que en la calle te acecha uno de los espías, que es el señor Hernando Prieto, y vas á devolverme la guitarra y á informarte del estado de mi salud,

lo cual encontrará Canuto muy natural y muy en armonía con la amistad y buena educacion.

—Ya supongo que no le sorprenderá mi visita.

—No, y esto consistirá en que te subirás por los Consejos, entrarás en la calle del Sacramento y te pararás frente á la casa de la condesa para contemplar los balcones y enviarle un suspiro de amor, lo cual te hará perder algunos minutos.

—Y cuando haya devuelto la sonora prenda y cumplido con los deberes de la amistad...

—Te vuelves para descansar de la mala noche.

—Es muy justo porque me caigo de sueño.

—Al entrar en la tienda de Canuto te dará este una llave y tú la tomarás con el mayor disimulo.

—¿La llave de mi casa?

—Has adivinado perfectamente el plan.

—¿Se atreverá luego á decir el señor Hernando que es el sobrino de Canuto el que la noche pasada ha cantado en la calle de Bordadores y en la del Sacramento?

—¡Dame un abrazo!—exclamó Felipe Augusto estrechando contra su pecho al astuto Andrés.

—Esa es mi ropa,—dijo este, señalando algunos trapos que habia sobre el cofre.

—Ponte la capa... el sombrero... ¡ah!... la espada...

—Y la guitarra... Date prisa, Felipe, que no puedo detenerme mucho enviando suspiros á mi condesa sin riesgo de que todo se eche á perder.

—Vete y...

—Nada me adviertas.

—Andrés, que no se diga que un cortesano ha engañado á un estudiante sopista de Alcalá.

—Descuida...

—El cielo te guie.

—¡Si yo llevára mi sotana!...

—Adios.

Mientras Felipe Augusto se vestia, el estudiante, embo-

zado hasta los ojos, salió bostezando ruidosamente.

Hernando esperaba oculto en un portal.

—Ya se va,—murmuró.

Y dejando que adelantase el mancebo, lo siguió mientras decia para sí:

—Ahora no me lo negareis, señor Canuto, y me dareis estrecha cuenta de vuestra conducta. Vuestro sobrino no tiene un pelo de tonto, es atrevido y travieso sin igual, pero aun necesita mas esperiencia para engañar á un cortesano maestro en la intriga. Habeis perdido la partida de ajedrez; pensásteis dar jaque-mate al rey, y os encontrásteis con la torre.

Hernando se sonrió satisfecho de su habilidad, y siguió al mancebo.

Hasta que lleguen á la tienda de Canuto, sabemos lo que ha de suceder, y por consiguiente los dejaremos para volver al lado de Felipe Augusto.

CAPITULO XXI.

Donde se verá el resultado de la travesura de Felipe Augusto.

Apenas Felipe Augusto se vistió con la ropa de su amigo, salió de la casa, llevándose la llave, y se encaminó á la suya aceleradamente y por distinto camino del que debia llevar Andrés. Cuando llegó empezaba Canuto á abrir la tienda, y al ver al mancebo en aquella guisa, no pudo contener una exclamacion de sorpresa, retrocediendo un paso y agitando su larga nariz como hacia en los momentos de grande apuro.

—¿Qué significa esto?—preguntó, examinando con la mirada al travieso doncel.—¿Eres tú, Felipe, ó estoy soñando?

—Yo soy, no soñais,—respondió el mancebo aceleradamente.—Cerrad otra vez la tienda, subid conmigo y escuchadme, porque nos importa mucho.

—Pero...

—Ni un instante, señor Canuto; ni un instante podemos perder, só pena de perdernos.

—¡Oh!—exclamó asustado el peluquero.—¿Qué dices?

—Lo que habeis oido: ó todo se pierde, ó todo se gana: pero es menester aprovechar los minutos.

—¡Ay Felipe!...

—Que van á llegar...

—¿Quién?

—¡Vive el cielo!... Cerrad y subid...

—Al momento,—dijo Canuto aturdido como nunca.

—Ya vereis...

—¿En qué laberinto me he metido? ¡Ah!... Bien te dije, que ni el de Creta...

—Ayer,—repuso el jóven mientras el peluquero cerraba,—ayer al caer la tarde me puse malo, sentí calentura...

—¿Cómo no me dijistes nada?

—Sois muy torpe.

Canuto miró al mancebo con espanto, pues temia que se hubiese vuelto loco.

—¡Felipe!—exclamó.

—Me puse malo y tuve que acostarme.

—Jura que no estoy soñando...

—¡Voto al mismo Satanás!—exclamó Felipe Augusto con impaciencia.—Escuchadme y callad.

—Te escucho.

—Me acosté, y mas tarde, vino mi amigo Andrés Cornejo, ya lo conoceis...

—Sí, ese endiablado estudiante, compañero del otro demonio que se llama Blas...

—El mismo.

—Dices que vino,—repuso el peluquero, limpiándose el sudor que corria por su frente.

—Sí, á pedirme la guitarra, y me hizo compañía hasta cerca de la media noche, que se fué de ronda.

—No lo entiendo.

—Ya os lo esplicaré,—dijo Felipe Augusto, subiendo la escalerilla que conducia al piso superior.

—¿Qué mas?—preguntó Canuto siguiéndolo.

—Se llevó la guitarra y vendrá á devolverla y á informarse del estado de mi salud.

—Voy sospechando...

—Cuando entre le dareis con mucho disimulo esta llave y le direis que estoy algo mejor y que hace dos horas me dormí.

—¿Es decir que tú no has salido de casa?

—No, y así lo asegurareis al señor Hernando, que probablemente llegará detrás de Andrés.

—Basta, mi querido Felipe,—dijo Canuto, sonriendo con satisfaccion.—No necesito mas esplicaciones: á mi penetracion nada se escapa...

—Voy á acostarme y luego hablaremos.

—De manera que esa ropa...

—Es la de mi amigo Andrés.

—No puedes comprender cuánta es mi impaciencia...

—Por ahora contentaos con saber que el señor Hernando me ha seguido toda la noche, y ahora va detrás de Cornejo, creyendo que soy yo. ¡Qué corrido va á quedar el escudero!... ¡Oh!...

—Felipe, no te entusiasmes todavía con la victoria; mira que el tal Hernando es muy ladino y tiene mas esperiencia que tú.

—Veremos, señor Canuto, veremos,—repuso el jóven mientras se desnudaba.—Volved á la tienda que ya no debe tardar el tunante de Andrés. ¡Pobre Hernando; entre buena gente se ha metido, estudiantes sopistas y barberos!

—Lo que es el tal Cornejo...

—¡Ah!... Se me olvidaba deciros que tambien me ha seguido toda la noche el hombre de los anteojos verdes.

—¿Y qué has hecho?

—Ya os lo diré...

—¿Y de doña Isabel?

—Tambien conozco á su amante.

—¡Me engañaba Hernando!...

—Sí.

—Pero si yo mismo oí decir ayer al rey...

—Todo se pondrá en claro: la intriga es de mucha importancia... En fin, hablaremos. Volved á la tienda y cuidado con la llave...

—Bien, bien,—replicó el peluquero.

Y bajó á la tienda, abriendo tan á tiempo que pocos instantes despues llegó el estudiante.

Hernando habia seguido á Cornejo sin salir de su error, y al verlo entrar en la barbería, se detuvo á la puerta para escuchar lo que hablaban tio y sobrino; pero su sorpresa fué grande cuando oyó el siguiente diálogo:

—Buenos dias, señor Canuto.

—Cómo tan temprano, señor Andrés Cornejo, honra de los famosos cláustros de Alcalá?

—¿Os sorprende mi visita?

—No, porque sé que de veras quereis á mi sobrino; pero como su indisposicion no ofrecia cuidado...

—Ha podido agravarse.

—Afortunadamente no ha sucedido así.

—¿Está mejor?

—Despues que anoche os fuisteis aumentó un poco la fiebre; pero le puse unos sinapismos, porque ya sabeis que no soy lego en la ciencia de curar, y á eso de las dos de la madrugada comenzo á despejarse.

—Me alegro.

—A las tres se durmió, y así continúa. Su sueño es tranquilo, y supongo que cuando despierte no tendrá mas que el resentimiento natural de lo que ha sufrido.

—Tal creo.

—¿Pero no os sentais?

—Gracias, señor Canuto, pero me quedaria dormido en la silla, porque he pasado la noche de pie y andando. Lo que necesito es acostarme, y no sabeis el sacrificio que he tenido que hacer, cuando hace una media hora he ido á mi casa, para salir otra vez, viendo la cama con su provocadora blandura y oyendo á mi compañero Blas que se deshacia en alabanzas de las esce-

lencias de los colchones. Solo un deber de amistad hubiera podido obligarme á venir.

—Sois el mancebo mas cumplido...

—No hablemos de eso. Tomad la guitarra de vuestro sobrino, entregádsela y que mire bien que se la devuelvo como me la dió, diciéndole que ha servido para dos serenatas, en vez de una, y que me ha dado ocasion de divertirme, á costa de dos curiosos que intentaron divertirse conmigo, valiéndome además otra cosa que era para mí de mucha importancia, pues he encontrado al hombre de quien le hablé el otro dia, al de los anteojos.

—¿Nada mas?

—Basta con eso para que comprenda.

—Sereis servido.

—Yo volveré esta tarde y hablaremos mas despacio.

Fácilmente se comprenderá la sorpresa y confusion de Hernando cuando escuchó esta conversacion.

—Vamos,—dijo para sí,—esto es para volverse loco. ¿Con que no es el sobrino de Canuto? ¡Oh! Y sin duda el tal Andrés es el mismo que otras noches ha galanteado á la condesa... ¿Qué he hecho, bestia de mí, con asegurar al rey que el barbero amaba á doña Ana? ¡Vive Dios!... ¡En buen enredo me he metido!..... Preciso es averiguar quién es este endemoniado estudiante, á quien Satanás confunda. ¡Se han burlado de mí al cabo de mis años!

El escudero apretó los puños con desesperada rabia y entró en la tienda, clavando su penetrante mirada en Andrés que le contestó con otra de curiosidad impertinente y un si es no es burlona.

—¡Señor Hernando!—exclamó Canuto al ver al escudero.—Tanta honra y tan temprano.....

—Pasaba por aquí, y como sabeis que os estimo...

—Me alegro, porque quiero hablaros de un asunto importante... Sentáos.

—No os olvideis de mi encargo,—dijo entonces Andrés.—

Celebraré que siga el alivio y que sea tan bueno el dia como mala la noche.

—¿Os vais?

—Sí.

—Gracias por vuestro cuidado.

—Que el cielo os guarde, — repuso Andrés.

Y salió bostezando y restregándose los ojos.

—¿Quién es ese mancebo? — preguntó Hernando.

—Un amigo de mi sobrino, estudiante de Alcalá, que pasa en Madrid las vacaciones.

—Tiene cara de travieso...

—No lo sabeis bien: es el mismo diablo; se conoce que ha aprovechado el tiempo que ha vivido entre estudiantes para aprender picardías.

—Por la ropa no lo tendria nadie por estudiante.

—Y de teología.

—Todos visten de negro.

—Y él tambien, pero á veces cambia de traje para sus travesuras, y nadie lo conoce segun se trasforma.

Hernando, que aun dudaba de lo que veia, fijó una escudriñadora mirada en Canuto; pero este no se alteró y tuvo además la prudencia de volverse de espaldas con pretesto de arreglar los objetos que habia en la mesa.

—¿Cómo se llama ese estudiante? — preguntó el escudero, colocándose en otro sitio para poder mirar el rostro á Canuto.

Pero este dió otra media vuelta y se acercó á la puerta como para examinar con mejor luz el filo de una navaja.

—Se llama, — dijo, — Andrés Cornejo y vive en compañía de otro estudiante, tambien de teología, cuyo nombre, si mal no recuerdo, es Blas Peralta. Ambos son huérfanos y no cuentan con mas recursos que los de su ingénio y algunos reales que les suministran, á Cornejo, una tia vieja solterona y beata, y al otro un tio canónigo, creo que de Búrgos, que posee algunos bienes en Castilla, pero que es codicioso y mezquino sin igual. Es cuanto puedo deciros.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Segovia...

—Os hago estas preguntas, —repuso Hernando, aparentando indiferencia, —porque me parece que ese mozo es uno de quien un amigo mio, al encontrarlo cierto dia, me dijo que tenia malos recuerdos por no sé qué travesura.

—Pues seguramente no os equivocais.

—Sea como quiera, no me importa, —dijo el escudero á la vez que se sentaba.

Y variando de conversacion, añadió:

—Habeis dicho que queriais hablarme...

—Sí, sobre lo que ayer sucedió en la cámara del rey...

—Ya oísteis...

—Os juro que pasé un mal rato.

—¿Por qué?

—Por si su majestad, con su perspicacia, conocia en mi rostro...

—Nada, amigo mio; hicisteis vuestro papel á las mil maravillas y podeis estar traquilo.

—Ya descanso.

—No dejeis de ir hoy á casa de doña Margarita.

—Descuidad.

—¿A qué hora estareis de vuelta?

—Antes de las once.

—Vendré.

—Si encontrais la tienda cerrada, subid por la otra escalera.

—¿Pues y vuestro sobrino?

—Está enfermo.

—¡Enfermo!

—Sí.

—¿Desde cuando?

—Desde ayer tarde.

—¿Pero ofrece cuidado?

—No; es una calenturilla...

—¿Está en cama?

—Sí. ¿Quereis verlo?

—¿Para qué?

—Por mero gusto...

—Seria incomodarlo.

—De todas maneras, creo que aun seguirá durmiendo, porque hasta las tres de la madrugada no ha cerrado los ojos.

—Yo he pasado tambien mala noche: no he podido acostarme, porque me ha ocupado el servicio del rey. Ya no es para mí esta vida, voy siendo viejo, he trabajado mucho y necesito descansar.

—La salud es antes que todo.

—Y que se pierde fácilmente. Ya veis vuestro sobrino que ayer mañana estaba bueno y alegre...

—No somos nada,—replicó Canuto con tono sentencioso.

—¿Con que decís que velvereis antes de las once?

—Sí.

—Pues hasta luego, amigo mio.

—Descansad.

—Vuelvo á haceros la misma advertencia de ayer, señor Canuto,—repuso el escudero, deteniéndose cuando ya iba á salir.

—¿Cuál?

—Mucha reserva, sobre todo, con vuestro sobrino.

—Nada teneis que advertirme sobre este punto.

—Ya veis qué amigos tiene...

—Os repito...

—Está comprometida vuestra cabeza.

—¡Oh!—exclamó el peluquero, agitando la nariz.—No lo olvido.

Hernando salió triste, confuso y pensativo; tantas contradicciones, equivocaciones, dudas y sorpresas eran para trastornar la cabeza mas firme.

—¡Vive Dios!—decia con despecho y mientras se dirijia á su casa.—Si hace una hora me hubieran dicho que jurase sobre los Evangelios que el de la guitarra era el sobrino de Canuto, lo

hubiese jurado sin vacilar. Aquí sucede algo que yo no entiendo: por mas que no parezca así, tengo aun dudas sobre la buena fé del peluquero. ¡Oh! cara habrá de costarle la burla si me engaña. Desde aquella maldita equivocacion del rey, todo son equivocaciones á cual peor. ¿Quién es el amante de la condesa, el estudiante protegido por el barbero, ó este á la sombre de aquel? ¿Y porqué el endemoniado estudiante fué á la calle de Bordadores á cantar á doña Isabel? ¿Cumplia quizás alguna órden de Canuto? No, porque ahora le hubiera hablado de ello. ¿Advertiria que lo seguiamos y fué allí para desorientarnos? Bien puede ser, pero entonces, ¿por qué cantó, y precisamente á la hija del monarca? ¿La conocerá, y como vió un hombre parado allí, cantaría para provocar un lance y quedar así libre de nuestra persecucion? Esto se esplica mas fácilmente, pero estoy viendo cosas tan raras que no me atrevo á creer ni aun lo que veo.

En estas y otras reflexiones llegó el escudero á su casa; preguntó por su hijo, le contestaron que hacia media hora que acababa de entrar y acostarse, y él entonces hizo lo mismo; porque su espíritu y su cuerpo necesitaban descanso.

Tal habia sido el resultado de la atrevida intriga de Felipe Augusto.

CAPITULO XXII.

Todos se esplican y ninguno se entiende.

Dos horas ó poco mas durmió el escudero, y levantándose, preguntó por su hijo. Este acababa tambien de despertar, pues aunque muy fatigado por las sensaciones que habia esperimentado la noche anterior, sus pensamientos le desvelaban.

Cuando el padre y el hijo se encontraron frente á frente, se miraron sin saber qué decirse, turbándose el jóven de manera que ni á dar los buenos dias acertó.

—Felipe, —dijo al fin el escudero con tono en que se hermanaban el cariño y la severidad, —me desagrada tu conducta.

—Padre mio... —balbuceó el mancebo con voz entrecortada.

—Suponiendo que no intentarás negar...

—Ya sabeis, —interrumpió Felipe, —que la mentira no ha salido nunca de mis lábios. Aun cuando anoche no me hubieseis conocido, os diria la verdad.

—Así lo esperaba.

—No he cumplido vuestras órdenes y reconozco mi falta que es tanto mayor cuanto buena era la intencion que os guiaba al prohibirme que fuese á ver á Isabel.

—Te disculpa tu pasion.

—Es mi única defensa.

—¿Y qué has adelantado con ir á la calle de Bordadores? ¿Has visto á Isabel?

—No.

—¿Has encontrado allí algun medio de verla, de salvar los inconvenientes que se oponen á vuestro amor?

—Nada.

—¿Sabes que eres objeto de una vigilancia constante y que será tu perdicion el que ciertas personas lleguen á saber que amas á la hija de doña Margarita?

—¿Acaso el rey sospecha?...

—Nada tiene que sospechar porque todo lo sabe.

—¡Ah!—exclamó el jóven.

—Pero no es su majestad quien te vigila.

—¿Entonces?...

—Es un secreto.

—¡Mas misterios!... ¡Oh!... Esto es insoportable, padre mio.

—Te he prometido ayuda...

—Pero me habeis dado muy poca esperanza, una esperanza tan leve...

—Mas de la que yo tengo.

—¡Por el cariño que me teneis, por ese cariño de padre que me ha hecho olvidar las amarguras de mi horfandad, reveladme esos secretos, porque nada puede ser tan horrible, tan desgarrador como las dudas que me atormentan y acabarán por volverme loco ó matarme!

—Hijo mio...

—¡Siquiera por compasion!—exclamó el jóven con acento de tierna súplica.

—Es imposible... No me ruegues porque me haces sufrir mucho,—replicó Hernando conmovido.—Ahora no puedo hacer por tí mas de lo que hago: hoy recibirás una carta de Isabel, y cuando llegue el caso de que tomes parte en lo que tanto te inte-

resa, yo te lo diré. Puede suceder que el rey te hable de tus amores: vuelvo á encargarte lo que ya te tengo advertido, no niegues, pero deja concebir esperanzas de que puedes olvidar á Isabel.

—¡Negar que la adoro, hacer traicion á mi amor!... ¡Ah!... Eso no es noble, padre mio...

—Pero es conveniente, preciso.

—La mentira...

—Es tu salvacion.

—No he cometido ningun crímen...

—Dí á su majestad que te es imposible olvidar á Isabel, y á las dos horas estarás fuera de la córte, quizás camino de Italia, y aun tal vez de Indias.

Felipe miró con espantados ojos á su padre.

—¡Oh!... ¡No obedeceria!—exclamó con acento breve.

—El rey tiene medios de hacerse obedecer,—replicó el escudero.

—Es verdad, pero...

—Tu situacion es mala...

—¡Horrible!

—Peor es la mia, y me tendrás lástima cuando llegues á cocerla.

El mancebo se dejó caer en un sillon y se oprimió fuertemente la cabeza. Las sienes le latian con desigual violencia, y el corazon parecia querer saltar del pecho.

—¡Yo no puedo vivir así!—murmuró con voz ahogada.

—Justo es tu dolor, Felipe,—repuso Hernando;—pero tu desesperacion es prematura. Cálmate, pues, y contéstame á lo que voy á preguntarte.

Felipe hizo un esfuerzo para dominar su emocion, y dijo:

—Ya os escucho.

—¿Conoces á un sobrino del peluquero del rey?

—No.

—¿Tampoco lo has oido nombrar?

—Tampoco.

—¿Y á un estudiante que se llama Andrés Cornejo y vive en la calle de Segovia?

—No.

—¿Ni tienes noticias de él?

—Ningunas.

—Bien,—dijo Hernando.

Y despues de meditar algunos momentos, añadió:

—¿Sospechas quién fué el que cantó anoche en la calle de Bordadores y en la del Sacramento?

—Por primera vez lo ví en mi vida.

—¿Han galanteado á Isabel algun otro dia?

—No.

—¿Tampoco has visto nunca al hombre de los anteojos verdes?

—Sí.

—¡Ah!... Díme...

—Una mañana lo encontré al salir de casa, y advertí que me siguió hasta dejarme en palacio; pero creí que casualmente llevabamos el mismo camino, y ni hubiera reparado en él á no llamarme la atencion su estraña figura. Algunos dias despues volví á verlo en el corral del Príncipe, y entonces llamó mi atencion por que me observaba atentamente, me seguia á todos lados y aun creo que cuando yo encontraba á algun amigo y hablábamos, escuchaba nuestra conversacion. Tan importuna curiosidad, ó mas bien espionaje, me enojó; pero nada pude decirle porque nada podia probarle.

—¿Qué mas?—preguntó afanosamente Hernando.

—Nada.

—¿No lo has encontrado en alguna otra parte?

—Solamente anoche, y cuando ví que mostrábais el mas vivo interés por hablarle, comprendí que su estraño proceder conmigo encerraba algun misterio de mucha importancia.

—De mucha, Felipe,—repuso el escudero que inclinó la cabeza con aire meditabundo.

—¿Y no lo conoceis?...

—No, pero de ese hombre depende tu felicidad.

—¡Mi felicidad!—exclamó sorprendido el jóven.

—Sí, posee un secreto cuya revelacion allanaria todas las dificultades que se oponen á tu union con Isabel.

—¡Y lo dejásteis que se fuera!—exclamó el doncel levantándose como movido por un resorte.

—¿Podia detenerlo?

—¡Oh!...

—Empleando la fuerza no se hubiera conseguido mas que escandalizar.

—Padre mio...

—¿Qué hubieras hecho?

—¡Ah!... Yo le hubiera dicho: mi felicidad depende de una palabra vuestra, pronunciadla por que ningun derecho teneis á disponer de mi suerte, de mi vida.

—Con semejante hombre nada vale eso.

—¡Que nada vale!

—Te hubiera preguntado si lo conocias, y al contestarle que no, se hubiera reido burlonamente, diciéndote: «¿Pues si no sabeis quien soy, si ni siquiera hablar de mí habeis oido, cómo asegurais que en mi mano está vuestra dicha?»

—Probaria con eso que es un miserable...

—Probaria tener mas astucia y mas mundo que tú, y nada mas.

—Entonces, con ser tratado como merecia...

—Es dueño del secreto, y para confundirte no necesitaba mas que amenazarte con su silencio.

—¡Oh!—exclamó Felipe con acento de rabia y apretando los puños con fuerza convulsiva.

—Felipe, tienes pocos años...

—Y mala estrella.

—Dios querrá que se disipe la nube que la empaña: entre tanto ten prudencia y no te dejes arrebatar por el dolor. Te amo como... ¡ama un padre!—dijo Hernando con acento conmovido.—Ten confianza en mí.

—¡Yo os amo como hijo, y es ciega la fé que en vuestro cariño tengo!—exclamó el jóven, estrechando entre las suyas las manos del escudero y besándolas con ternura.

—No olvides mis advertencias.

—Descuidad.

—Y si llegas á encontrarte y conocer á ese estudiante de quien te he hablado ó al sobrino de Canuto el peluquero, guarda con ellos la mas completa reserva, desconfia de ellos, porque no sé cual de los dos, ó si los dos quizás, representan un importante papel en el gravísimo asunto de tus amores.

—¿Acaso aman á Isabel?—preguntó el mancebo, clavando en su padre una sombría mirada.

—No, ni te importe el que la galanteen, porque es que te tienden un lazo. No vuelvas á la calle de Bordadores, te lo suplico, te lo mando; pero si alguna vez cometieses la imprudencia de ir y vieras lo que anoche, guárdate de dar la mas lijera muestra de enojo. Lo mas acertado es que no vayas, porque si llegan á conocerte es segura tu perdicion.

—¡Un estudiante, un barbero, un hombre misterioso á quien nadie conoce!...

—Y algo mas.

—Esto es para volverse loco.

—Es verdad, Felipe, y ya empiezo á dudar si estoy en mi cabal juicio.

Algunas palabras mas se cruzaron entre aquellas dos personas cuya verdadera situacion era la de desconocer absolutamente la suya, pues si para el hijo habia dudas y misterios que lo desesperaban, mas misterios y dudas tenian al padre aturdido y confuso.

Hernando salió tan triste y meditabundo como antes y se dirigió al alcázar para tener con el rey otra conversacion tan insustancial y sin provecho como la anterior.

Felipe IV estaba aun en la cama cuando llegó el escudero, y al ver á este, pálido, ojeroso, abatido y triste, dijo:

—Hernando, te ha vuelto la fortuna la espalda.

—Señor,—balbuceó el escudero, inclinando la cabeza y sin atreverse á mirar al monarca.

—¿Qué sucede?—preguntó este con impaciencia.—Hace muchos dias que me saludas con una mala nueva; cuando no me anuncias la rebeldía de mi hija, me dices que un barbero es mi rival, que la condesa no puede corresponder á mi amor, ó que mi hijo Felipe se morirá de tristeza.

—Señor,—volvió á decir humildemente el escudero.

—Estais en desgracia, Hernando: siempre tu presencia y tus palabras han sido la medicina de mi tedio y mis disgustos, y ahora son la causa de lo uno y de lo otro. Hace treinta años que me sirves, y hasta ahora no me has dicho una sola cosa desagradable.

—Mi vida daria, señor, por no haber incurrido en el desagrado de vuestra majestad, y pongo por testigo á esos mismos treinta años de lealtad á toda prueba. Cada vez que he tenido que cumplir el deber dolorísimo de dar á vuestra majestad una mala noticia, he sufrido lo que solo Dios sabe...

—No te acuso, Hernando,—replicó el monarca con acento mas dulce;—es que me quejo de la desgracia.

—Hace algun tiempo que me persigue...

—Ahora mismo estoy leyendo en tu rostro el anuncio de otro contratiempo.

—Tal vez.

—Vamos, esplícate, dí lo que sucede...

—Mucho y nada.

—Pero...

—Otra duda, otro misterio, otro enredo... ¡Oh!... No puedo, señor, no puedo resistir tanto, mi razon empieza á trastornarse.

—¿Pero qué es ello?

—No lo sé,—replicó el escudero como si hubiese llegado su aturdimiento al último grado.

—¡Por Dios, Hernando!... Mira que no quiero enojarme contigo.

—Acabaré de sufrir de una vez.

—¿Quieres esplícarte?... Acércate...

—Señor, doña Isabel y doña Ana no se conocen, y sin embargo, en lo que les atañe con respecto á sus amores, debe haber alguna relacion.

—¿En qué te fundas para creerlo así?

—Diré á vuestra majestad lo que anoche me sucedió.

—Si, sí, —repuso el monarca; — dímelo todo, que luego te contaré como estuvo doña Ana conmigo.

—Esperé frente á la casa de Canuto...

—¿Y salió su sobrino?

—Cerca de las doce.

—Supongo que lo seguistes.

—Sin perderlo un momento de vista.

—¿Es decir, que no te habias equivocado, era él?...

—Vuestra majestad lo dirá. Yo lo seguí, pero en vez de ir á la calle del Sacramento, fué á la de Bordadores y se puso á cantar bajo los balcones de doña Margarita.

—¡Hernando! —exclamó sorprendido el monarca.

—Escuché y reconocí la voz...

—Ese mancebo está loco.

—No está loco, sino que me hará perder el juicio.

—Tranquilízate, Hernando, porque antes de que así suceda yo pondré remedio.

—Ruego á vuestra majestad que me escuche y me diga su opinion para tranquilizarme, pues la cosa, ni es lo que parece ni sé lo que es.

—Adelante.

—Como he dicho á vuestra majestad, el mancebo cantó á pesar de que observó que se le espiaba, y luego esperó como para ver si se le pedian cuentas; pero como nadie le habló siquiera, volvió á subir la calle de Bordadores y se dirigió á la del Sacramento.

—¿Y allí tambien cantó?

—Tambien, pero una cancion mas tierna y con acento tal,

que bien se conocia que entonces y no antes sentia lo que espresaban sus palabras.

—¡Oh!—murmuró Felipe IV, volviendo á palidecer.

—Concluyó lo música...

—¿Y echaron algun papel?—preguntó el rey con marcado afan.

—No, señor.

—¿Ya serian mas de las doce?

—La una.

—Pues á esa hora estaba de vuelta en su casa la condesa.

—Ninguna contestacion recibió el galan.

—¿Y qué hicistes?

—Esperar, lo mismo que el otro.

—¿Qué otro?

—Voy á esplicarme.

—¿Mas enredos?

—No tienen fin.

—Ni yo paciencia,—repuso el monarca, acomodándose mejor en el régio lecho.

—Cuando desde la puerta de su casa seguí al barbero, advertí que á los dos nos seguia otro embozado.

—¿Lo conocistes?

—¡Ah!... Por conocerlo hubiera dado la mitad de mi vida.

—Acabarás por dejarme tan confuso como tú estás.

—Lo cual probará que todo no es torpeza mia.

—Estoy viendo ya en campaña otro galan de la condesa.

—No, señor.

—Prosigue.

—Despues de media hora...

—¿Hubo cuchilladas?

—Nadie se movió de su sitio.

—¿Se fué el barbero?

—Si, señor.

—¿Volvió á su casa?

—Tal pensé que haria, pero se dirigió á la calle de Santiago,

llamó á la puerta de cierta taberna, le abrieron como hacen con los parroquianos amigos que van á deshora y á los cuales por el modo de llamar conoce el tabernero, y entró.

—¿Y tú?

—Llamé á los pocos instantes, y como tambien soy de los amigos, entré.

—¿Tal vez no lo encontraste ya?—replicó el rey, cuya curiosidad iba en aumento.

—Sí, señor, sentado junto á una mesa de dos que hay en un aposento reducido y que generalmente no lo ocupan sino ciertas personas.

—¿Bien, y entonces?...

—Me senté junto á la mesa, y á los pocos segundos entró tambien el otro embozado.

—Que ya no encontró donde colocarse...

—Dijo, «con vuestro permiso,» y se puso frente á mí.

—¡Singular escena!

—Faltaba lo mejor.

—Sepamos...

—Ninguno se descubrió el rostro ni se movió.

—Erais dignos rivales en la intriga.

—Pero el desconocido nos aventaja.

—¿Qué hizo?

—Dejó caer la cabeza sobre la mesa y fingió dormir, roncando estrepitosamente.

El monarca no pudo contener la risa.

—Eso es muy gracioso,—dijo.

—Es verdad,—repuso Hernando,—muy gracioso, pero nada divertido para mí.

—¿Y en qué quedó?...

—En que perdí la paciencia y me decidí á jugar el todo por el todo, pues segun lo que se veia, mas que el barbero, yo era el objeto de la persecucion del misterioso embozado, y me convenia conocerlo.

—Ahora sí que veo relucir las espadas.

—Eso quise para salir de dudas, y tomando por pretesto que me incomodaban los ronquidos, provoqué al desconocido con palabras muy duras.

—¿Y se mostró tan valiente como astuto?

—Me contestó con una calma y una dulzura sin igual.

—Ese hombre vale mucho,—repuso el monarca, incorporándose con muestras de la curiosidad mas viva.

—Volví á provocarle, pero á mis insultos respondió con razones, dichas con tal comedimiento, que no parecia sino que antes las estudiaba muy detenidamente. Entonces varié de tono y apelé al recurso de pedirle una entrevista.

—¿Y él?

—Se descubrió el rostro y me dijo; «cuando os plazca.»

—¿Era jóven?

—Viejo.

—Pero...

—Figúrese vuestra majestad un rostro enjuto y sin espresion...

—¿Ni en los ojos?...

—Los llevaba enteramente ocultos bajo unos anteojos verdes con cortinillas de tafetan del mismo color.

—Voy creyendo como tú que ese nuevo personaje nos interesa mucho.

—Y mas lo creerá vuestra majestad cuando sepa que al verle el rostro el barbero se levantó como si le hubiese picado una víbora y se le acercó, diciéndole: «Yo tambien tengo que hablaros.» Por segunda vez reconocí la voz del sobrino de Canuto, y pensé entonces que disputar al mancebo la preferencia seria obligarle á sacar la espada y descubrirse, porque ya sabia yo por experiencia que no es hombre que cede. Así lo hice, pretestando que yo habia pedido antes al desconocido hablar con él: me dijo que no consentiria quedarse para el último; insistí, me replicó, mostréme enojado, me retó, y cuando íbamos á poner mano á los aceros, el de los anteojos nos contuvo, declarando que los dos quedariamos iguales si apelábamos á la fuerza, porque se iria

sin entrar con ninguno en esplicaciones. Quisimos despreciar la advertencia y aun le amenazamos, pero se rió de nuestra amenaza y nos hizo callar con la suya de gritar para que acudiese gente y tal vez alguna ronda.

—¿Y al fin?—preguntó afanosamente el rey.

—Propuso que la suerte decidiera, y el barbero fué el favorecido.

—¡Oh!...

—Tuve que conformarme.

—¿Pero, antes ó despues entrarias en esplicaciones con el de los anteojos?...

—No quiso.

—¿Despues de convenir?

—Nos prometió buscarnos cuando le diera la gana, diciendo que si así no nos acomodaba, que hiciesemos lo que nos pareciese, menos tocarle á un cabello, porque estaba decidido á alborotar á voces el barrio.

—Os engañó.

—Creo que nos buscará.

—¿Pero no os dijo su nombre?

—Solamente su casa para que evitásemos seguirlo.

—¿Y se fué?

—Tranquilamente.

—¡Oh!... Es singular...

—Aun queda lo mejor.

—¿Mas misterios?

—Mas confusiones.

—Ya empiezo á perder el hilo, mi buen Hernando,—repuso el monarca.

—Yo lo he perdido ya, señor.

—Acaba.

—Despues del hombre de los onteojos se fué el barbero creido en que yo no me ocuparia mas de él.

—¿Y lo seguistes?

—Sin que lo advirtiese ni lo sospechase.

—¿Para qué, sabiendo quién era?

—Es en lo único que he tenido acierto.

—Sepamos.

—Se dirijió á su casa, pero cuando ya estaba cerca, se detuvo como quien repentinamente se acuerda de algo que distraidamente olvidó, y variando de camino, apretó el paso, llegó á la calle de Segovia, llamó en el cuarto bajo de una casa miserable, le respondieron y abrieron, y entró. Vuestra majestad comprenderá que á todo esto era ya de dia.

—¿Y se quedó allí?

—Salió al cabo de un cuarto de hora y se fué á su casa.

—Todo eso es muy sencillo.

—Pero no lo es lo siguiente.

—¿Me estás refiriendo algun sueño?

—Por desgracia es una realidad.

—Adelante.

—La barbería estaba ya abierta, y el mancebo entró.

—Cosa natural.

—Yo me quedé á la puerta para escuchar lo que hablaban.

—Y oistes un sermon del buen Canuto...

—Oí que el mancebo daba los buenos dias como un amigo y preguntaba al peluquero si su sobrino Felipe Augusto estaba mejor.

—¡Hernando!—exclamó el rey sorprendido.

—El peluquero contestó que sí, y que en aquellos momentos dormia su sobrino mas despejado de la fiebre.

—¡Vive el cielo!...

—El galan le dió á Canuto la guitarra, diciéndole que le agradecia mucho que se la hubiesen prestado y que le habia servido para dos serenatas en vez de una, añadiendo que volveria para hablar largamente con su camarada.

—¿Y qué hicistes entonces?

—Entré para convencerme de que no me engañaban mis oidos, y me encontré con un mancebo, que si en la voz se parece al sobrino de Canuto, no se le parece en la cara, á no ser

porque ambos llevan en el rostro el sello de su ingenio, audacia y travesura.

—¿Y has podido saber su nombre?

—Se llama Andrés Cornejo, es estudiante de la universidad de Alcalá, pasa en Madrid las vacaciones en compañía de un condiscípulo, y es el mismo diablo en persona.

—¿De manera que el sobrino de Canuto?...

—He sospechado si servirá de intermediario entre la condesa y el estudiante.

—Mucho enredo es ese,—dijo el monarca.

—He olvidado decir á vuestra majestad, que cuando el tal estudiante fué desde su casa á la de Canuto, pasó por la calle del Sacramento y se detuvo frente á la casa de la condesa, contemplándola por espacio de algunos minutos.

—¿Pero es posible que doña Ana corresponda á ese mozalvete?

—Que es pobre y feo...

—Hernando, en todo eso debe haber algo que no es lo que se vé.

—Es que no da lugar á dudas lo que he visto, señor, pues es cierto y ciertísimo que Cornejo da serenatas á la condesa y que le echan cartas desde los balcones.

—¿Y no puede suceder que enamore á una de las doncellas de doña Ana?

—Vuestra majestad ha olvidado que cuando cedí el papel al mancebo, me dijo que todavía era preciso disputarse el corazon de la condesa, y que sobre esto mediaron esplicaciones.

—Es verdad, no me acordaba... ¡Oh!... Ya estoy aturdido...

—Y no estrañará vuestra majestad que yo lo esté tambien.

El monarca cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

Hernando, satisfecho de su habilidad, y mas tranquilo porque ya no debia temer el enojo del rey, guardó tambien silencio.

—Ya sabes,—dijo el monarca despues de algunos instan-

tes y mientras variaba de postura, —que se me acaba pronto la paciencia, y en esta ocasion tengo menos que nunca.

—Si yo pudiera...

—Es preciso acabar de una vez con tanto enredo.

—No sé cómo.

—¿Qué haces cuando no puedes desatar un nudo?

—Cortar el hilo.

—Pues bien, cortaremos.

—Es algo difícil.

—Si salen de Madrid los que sostienen la intriga, podremos terminar el asunto, bien ó mal, pero de una vez y pronto.

—¿Y quiénes son?

—El estudiante Cornejo.

—Si la condesa lo ama, aborrecerá á quien lo separe de ella.

—Tal vez.

—De seguro.

—Pues saldrá el sobrino del peluquero para que no proteja esos amores.

—Puede ser inocente...

—Le daremos un empleo y así ganará.

—No faltarán á los amantes medios de comunicacion, y en último caso doña Ana es viuda, enteramente libre, y admitiria en su casa al estudiante.

—Temeria la murmuracion, la burla...

—¿Aun no conoce vuestra majestad á la condesa? Es bastante despreocupada para que le importe un ardite la murmuracion.

—Entonces nada digo de Canuto, porque hasta ahora es el único que parece ageno á la intriga.

—No me atreveré á asegurarlo, señor.

—¿Tambien sospechais de él?

—Remotamente, pero...

—Bien: ¿y ese hombre de los anteojos verdes?

—No hay que tocarle, sino al contrario, atraerlo á nues-

tro favor porque sin duda es dueño del secreto.

—Quedamos, pues, tan enredados como antes.

—Sí, señor.

—¿Entonces, qué hemos de hacer?

—No me atreveré á dar consejos.

—Ni yo acierto á resolver.

—Espero las órdenes de vuestra majestad...

—Ya sabes, Hernando, que este asunto es cosa tuya, y por consiguiente, nadie mas que tú debe proponer y obrar, una vez que yo no dispongo nada en contrario.

—Mi parecer,—dijo el escudero despues de algunos instantes de reflexion,—es dejar que los sucesos sigan su marcha natural, y obrar segun convenga cuando hayamos aclarado las dudas y misterios que ahora nos traen confusos.

—Pero sin que las dilaciones sean tantas que el mal no tenga remedio.

—Espero, señor, que el hombre de los anteojos verdes no tardará en buscarme.

—Si es que trata de vender su secreto...

—Le daré cuanto pida...

—Sí, antes que todo es...

—La tranquilidad de vuestra majestad,—replicó Hernando maliciosamente.

Volvió el monarca á quedar pensativo, y despues de largo rato, dijo:

—¿Y Felipe?

—Resignado, señor, pero nada mas que resignado.

—¿Crees que debo hablarle de sus amores?

—Tal vez influyan favorablemente en su ánimo las palabras de vuestra majestad.

—Lo pensaré... ¿No ha venido?

—Lo dejé vistiéndose y no tardará.

—Bien. Ahora vete porque tienes mucho que hacer. No dejes de visitar á Doña Margarita, averiguar cuanto tenga relacion con el estudiante y pasar por la calle del Sacramento... ¡Ah!...

Olvidaba decirte que la condesa estuvo anoche encantadora, afable como nunca.

—Ardides de mujer.

—Lo veremos, yo desconfio de todo, y me alegraré que á tí te suceda lo mismo, porque la esperiencia debe haberte enseñado que tambien engañan los ojos.

—Pero cuando se vé, se oye y aun se palpa...

—¿No hubieras jurado que el galanteador de la condesa era el barbero?

—Tambien vuestra majestad...

—Lo creí, es cierto, pero ya te has convencido de que nos equivocamos.

—¡Fatales equivocaciones!—murmuró el escudero con marcada intencion.

—Por lo mismo que nos han dado tanto que hacer es preciso evitarlas.

Pocos momentos mas hablaron el monarca y su escudero, y este salió sin saber á quién primero acudir entre su hijo, el peluquero, doña Margarita, el estudiante ó el hombre de los anteojos verdes.

Canuto y su sobrino habian hablado tambien largamente sobre lo sucedido la noche anterior, concluyendo el mancebo por deducir las siguientes consecuencias:

—El amante de doña Isabel es persona que interesa á Hernando, y por consiguiente no debe estrañarse que proteja sus amores, si como es posible, el rey se opone á ellos, porque quiera para su hija un esposo de noble cuna. Como el escudero no puede hacer una oposicion franca á su majestad, se vale de vos, señor Canuto, para que lleveis los amorosos mensajes, y para estar seguro de vuestra discrecion y comprometeros á servirle, os deja sospechar, pero nada mas que sospechar que las cartas son del rey. Esto esplica el por qué doña Isabel os dijo que su majestad consideraria como el mayor delito la mas leve proteccion dispensada á tales amores.

—Es verdad, Felipe Augusto,—dijo entonces el peluquero

admirado y mientras sacudia su nariz;—tienes una gran cabeza, un talento sin igual, y sobre todo una perspicacia que, lo confieso, nada tendrá que envidiar á la mia cuando el tiempo madure tu juicio. Lo mismo que acabas de decir pensaba yo.

Sonrióse el mancebo á pesar de que estaba ya acostumbrado á la vanidad de Canuto, y prosiguió diciendo:

—Ahora nos falta saber si es verdad que el rey desaprueba esos amores, y en tal caso, el por qué.

—Eso presenta ya mas dificultades.

—Pero no es imposible. Formaremos nuestro plan, y mucho me engaño si la victoria no es nuestra. Por de pronto, el escudero ha sido burlado y cree que mi amigo Andres fué el que anoche cantó bajo los balcones de doña Isabel, así como no sospecha que sabemos que su pupilo es el amante objeto de la intriga.

—Sí, triunfaremos, y á nosotros tocará imponer condiciones.

—Creo que muy pronto podreis decir al escudero: «Amigo mio, estais abusando del rey, lo engañais, y el hilo de vuestra intriga está en mis manos.»

—¡Oh!—exclamó Canuto, agitando la nariz.—No me amenazará entonces con la torre: yo le juro que ha de pagarme con creces los sustos que me ha hecho pasar.

—Manos á la obra,—dijo alegremente Felipe Augusto.

Y de un salto se echó de la cama al suelo.

—¿Está aquí toda mi ropa?—preguntó.

—Sí,—contestó Canuto, exhalando un triste suspiro y mirando con ternura el traje que habia dado al mancebo para que reemplazara el de Andrés.—Cara me cuesta la primera victoria. ¡El vestido de los dias de fiesta para destrozarlo en un mes!

—No seais mezquino, y menos cuando se trata de vuestra fortuna.

—Es verdad, pero...

—Vos mismo habeis convenido en que es necesario regalar á Cornejo mi ropa, porque si el señor Hernando vuelve á encontrarse con él, lo cual os aseguro y juro que sucederá, debe

reconocerlo, no solamente por la cara, sino tambien por la ropa, en la que no habrá dejado de fijar la atencion.

—Mira por dónde ese demonio de estudiante se encuentra hecho un señor, con aquellos hermosos lazos y el jubon de seda que no te ha servido tres meses.

—Buen provecho le haga, siquiera por el importante servicio que nos ha prestado, y por los que creo nos prestará. Ya os resarcireis de la pérdida.

—Procuraré hacerlo así.

—Ahora ocupémonos de lo que tanto nos interesa.

—Sí, sí.

—Lo primero que habeis de hacer...

—Es ir á peinar á doña Margarita y á su hija, y tomar la carta que esta me dé.

—Pero observareis distinta conducta que ayer, y entrareis en esplicaciones, suponiendo que sabeis quién es su amante, y procurando hacerle hablar por si dice algo sobre el motivo que tiene el rey para desaprobar esos amores.

—¿Y si llega á saber Hernando?...

—¿Qué os importa? Podeis hacerle callar y aun amenazarle con el rey.

—Sí, lo mismo que él me amenazaba con la torre... Pero todavía me infunde algun miedo, no porque soy cobarde, sino por que un calabozo... ¡oh!—prosiguió Canuto mientras palidecia y agitaba su larga nariz.—Tú no sabes lo que es eso...

—Si os falta el valor para arrostrar el peligro...

—No,—replicó vivamente el peluquero.

—Entonces...

—Haré lo que me dices: resuelto estoy á jugar mi cabeza.

—Bien, pues idos que ya es hora,—dijo el mancebo, que ya habia acabado de vestirse.—Me quedaré en la tienda esperándoos, y cuando volvais iré á peinar á la señora condesa de Fuensanta.

Bajaron á la tienda.

Canuto se puso su capa y su sombrero, y salió, sacudiendo

su nariz y diciendo mientras sonreia con aire de satisfaccion:

—¡Ah! señor Hernando, cortesano viejo, intrigante consumado, hábil jugador de ajedrez, ya voy entendiendo el tablero cortesano, y es posible que dentro de pocos dias os pague vuestra primera leccion, enseñándoos algunas jugadas que os convencerán de que no soy yo quien debe tener miedo á vuestras torres, sino vos á mi rey.

Lo dejaremos seguir su camino, que ya lo buscaremos para presenciar la entrevista que debia tener con la enamorada jóven, y volveremos al lado de Felipe Augusto que, en un rincon de la barbería, sentado y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se entregó á los pensamientos de sus amorosas ilusiones, pareciéndole un siglo cada minuto que tardaba en ver á la encantadora condesa. Olvidóse entonces de todo, hasta del hombre de los anteojos verdes, de quien esperaba importantes revelaciones sobre su nacimiento, y quedó como en un éxtasis de celestial dulzura.

CAPITULO XXIII.

De cómo el doctor Cañete empezó á cumplir su promesa.

Pocos minutos disfrutó el doncel del soñador letargo de su amor, porque fué interrumpido por la llegada de un hombre que entró en la tienda, saludando con acento dulce y reposado.

Felipe Augusto se puso de pié para contestar al cortés saludo; pero en vez de las palabras de costumbre salió de su boca una exclamacion ó mas bien un grito de alegría y sorpresa porque habia reconocido al hombre de los anteojos verdes.

Este contempló algunos instantes al jóven; se sentó con su calma habitual, y dijo mientras se hacia aire en el rostro con un pañuelo.

—En lo que va de verano no hemos tenido un dia de calor como el de hoy.

—¡Caballero!...—balbuceó Felipe Augusto, acercándose á Cañete.

—Simple hidalgo,—replicó el doctor.

—Bien, señor hidalgo, lo mismo es...

—A cada cual lo que le corresponde, yo no admito nada de menos, pero tampoco quiero demas.

—Habeis venido...

—¿Os sorprende mi visita, señor Felipe Augusto?

—No os esperaba tan pronto.

—Os prometí venir y cumplo mi promesa con la exactitud que acostumbro.

—¡Siempre el mismo!...

—¿Qué sabeis?—replicó el doctor.—Una sola vez os ha hablado de mí quien no me conoce, y esta es la segunda que me veis. ¿Por qué tan ligeramente juzgais de mí, creyendo que siempre soy el mismo, es decir, consecuente y firme? Sed mas cauto, mancebo,—añadió intencionadamente:—os sobra talento y perspicacia, pero os falta esperiencia.

El jóven contempló con estrañeza á Cañete, y queriendo atacarle con sus propias armas, le dijo:

—Pecamos de la misma falta, señor hidalgo. Tampoco vos me conoceis, á menos que por conocer se entienda saber el nombre, y sin embargo, me juzgais, suponiéndome talento y falta de esperiencia.

—Vuestra conducta de anoche y esa misma ingeniosa respuesta, prueban vuestro claro entendimiento; y en cuanto á vuestra inesperiencia, lo dice vuestro rostro donde se ve que no habreis cumplido los diez y nueve años.

—Tengo diez y ocho...

—Los mismos que aparentais. Pero dejando lo que nada nos importa, hablaremos de lo que pueda interesaros, porque el tiempo que se va no vuelve, y perderlo es la mayor torpeza que puede cometer el hombre.

—Sí, sí,—replicó afanosamente Felipe Augusto.—¡Hablemos de lo que me interesa mas que la vida!

—Os escucho.

—¡Que me escuchais cuando yo espero de vuestras palabras mi felicidad!

—¿Vuestra felicidad depende de mi? No os comprendo,—dijo Cañete, encogiéndose de hombros.

—¡Oh!—exclamó el mancebo.—¡Dejad por una vez vuestra reserva!

—No la he tenido sino para ocultaros mi nombre, y en esto no creo que estribe vuestra dicha.

—¡Si supiérais lo que me haçeis sufrir!...

—Me poneis en un grande compromiso, señor Felipe Augusto. Vuelvo á deciros que no os comprendo, y si no os esplicais...

—¿Acaso no sois dueño de un secreto que vale para mí tanto como la honra y la vida?

—¿Un secreto?... Muchos guardo como tal vez os suceda á vos; pero si no os esplicais es imposible que yo os diga si alguno de ellos os importa ó si os habeis equivocado.

—Ayer estuvísteis aquí.

—Es verdad.

—Hablásteis de mí al señor Canuto.

—Tambien es cierto.

—Y mostrásteis un interés...

—El que me inspirais,—replicó sencillamente el doctor.

—¡El que os inspiro!... ¿Desde cuándo y por qué?

—No recuerdo bien desde cuándo, tengo mala memoria; lo que sí tengo presente es que fué de noche la primera vez que os ví: y el por qué, no acierto á esplicároslo con claridad; solo podré deciros que las muestras de ingenio que dísteis, lo que en pocos minutos podia conocerse de vuestro carácter y algunas palabras que pronunciásteis sobre grandes desgracias que sufrís, movieron mi ternura de viejo y os miré con cariño. ¿Es este el secreto? Si nada mas queríais saber, satisfecha está ya vuestra curiosidad.

La frente de Felipe Augusto se contrajo porque las palabras de Cañete podian tomarse por una burla; pero comprendiendo que la calma y la astucia eran los únicos recursos á que habia que apelar para sacar algun partido de aquel hombre, contuvo su arrebato y con cuanta tranquilidad le fué posible dijo:

—Bien sabeis, caballero, que no es mi curiosidad la de saber solamente de dónde me conoceis, sino que espero de vos otra cosa mas importante, la revelacion de un secreto que sin duda debeis conocer.

—Volveis al secreto, y os aseguro que no acierto á comprender lo que quereis decir.

—¿Entonces, por qué si para vos no soy mas que un desgraciado cuya suerte os interesa mas ó menos, me espíais como si fuese para asunto de importancia el saber los pasos que doy?

—¿Cuándo os he espiado?—replicó el doctor con acento de profunda sorpresa.—Sin duda me equivocais con otro.

—¡Vive el cielo!—exclamó Felipe Augusto sin poder contenerse.—¿Os atrevereis á negar que anoche me seguísteis desde que salí de mi casa?

—¡Qué os seguí!—repuso el doctor sin perder la calma.

—¡Oh!... Señor hidalgo, si intentais burlaros de mí...

—Tranquilizáos, mancebo; os arrebatais muy fácilmente.

—Es la primera vez en mi vida que pierdo la calma,—replicó Felipe Augusto.

Y no mentia, porque en las mas apuradas situaciones se le habia visto, como al disputar el papel de doña Ana, sereno y sin que la ira hubiese hecho perder su dominio á la razon. Empero el asunto de que se trataba era para él demasiado trascendental, y además, sin poder esplicarse la causa, sentia la influencia que el doctor ejercia sobre su ánimo.

—Os he dicho,—repuso Cañete, siempre con su dulce y pausado acento,—que no os seguí anoche, y es la verdad.

—Pero...

—Es muy cierto que fuí tras de vos.

—¿Entonces?...

—No era á vos, sino al señor Hernando Prieto á quien yo seguia, lo cual no os interesa.

—Perdonad que os diga...

—Teneis la prueba en que no entré en la taberna sino cuando entró el escudero.

—¡Y á eso llamais una prueba!...

—No lo será, pero como tampoco me importa convenceros...

—Sea como quiera,—replicó el mancebo, cuya impaciencia crecia por instantes,—el tiempo se pierde, y...

—Es verdad, cada minuto que pasa hay mas probabilidad de que aparezca el señor Hernando Prieto.

—¡Oh!—murmuró el jóven, mirando recelosamente á la puerta.

—Y si anoche no os conoció.

—Sí, sí, me conoció porque, como sabeis, me vió salir de aquí, pero logré chasquearlo y ahora estoy seguro de que juraria que no era yo, sino un amigo mio.

—Entonces no es este sitio el mejor para que hablemos.

—Teneis razon: no he pensado en ello; ¡oh!... mi afan por oir vuestras esplicaciones...

—La impaciencia es siempre perjudicial.

—Subiremos á mi habitacion,—repuso el mancebo.

Y acercándose á la escalerilla que conducia al piso superior, gritó:

—¡Señora Marcela!... ¡Venid!... ¡Pronto!...

Algunos momentos despues apareció la vieja, y al ver que no era el peluquero quien la llamaba con tanta prisa, dijo con tono de mal humor:

—Creí que era vuestro tio...

—Quedáos aquí mientras yo esté arriba con este caballero que ha de esperar á mi tio, y si viene alguien, avisadme.

—¿Y quién acabará de limpiar la casa?

—Que no se limpie.

—Pues os digo que no puedo...

—¡Vive Dios!...

—Señor Felipe...

—Ya sabeis que mi tio os dió ayer la órden terminante de que me obedeciéseis en todo.

—Pero...

—¡Silencio, vieja gruñona!... Subid, caballero... Cuidado con que á nadie digais que el señor está arriba.

Y sin hacer caso de las observaciones de Marcela, Felipe Augusto subió la escalerilla y tras él Cañete.

—Ahora podemos hablar sin temor,—dijo el mancebo despues de sentarse junto al doctor.

—Bien,—contestó este,—ya os escucho.

—¿Hemos de empezar nuevamente?... ¡Ah!... Si como me habeis dicho, siquiera compasion os he inspirado, no me atormenteis con vuestra reserva.

—¡Estraña cosa!—replicó el médico.—¿Sabeis que vuestra conducta no puede ser mas singular? ¿Qué quereis que yo os diga cuando nada me habeis preguntado? Pensad que no soy yo, sino vos, quien debe hablar.

—¿A qué habeis venido?

—Porque me lo rogásteis, mostrando tanto empeño, que no pude negarme. Lo mismo hizo el señor Hernando; pero ni vos ni él podeis decir que yo intenté siquiera dirigiros la palabra. Si me hubiéseis dejado tranquilo, no me veriais ahora aquí. Me preguntais á qué he venido, y á mi vez os pregunto: ¿para qué me habeis llamado?

—Caballero,—replicó Felipe Augusto, cuyo rostro se habia puesto encarnado como una amapola,—mi felicidad está en vuestras manos, y ningun derecho teneis á privarme de ella.

—Ni sé en lo que consiste vuestra felicidad, ni soy tan perverso que os la negára si dependiera de mí.

—Conoceis á mis padres...

—¡A vuestros padres!—interrumpió sorprendido el doctor.

—Sí.

—Es posible.

—Cierto...

—¿Por qué no? A tantas personas conozco.

—Es que...

—Pero no puedo asegurarlo sin que antes me digais cómo se llaman.

—¡Oh!...

—Sé que sois sobrino de Canuto...

—¡Dios mio!—exclamó el mancebo, oprimiéndose las sienes que le latian con desigual violencia, y sin saber si amenazar ó suplicar al doctor.

—Sosegaos,—dijo este, cuyo acento no se habia alterado.—Me poneis en el mayor de los compromisos, y para evitarme disgustos y salir vos de dudas, es lo mas acertado que os espliqueis con claridad y acabaremos de una vez.

—Sí, sí, es preciso acabar de una vez; pero ¿qué he de deciros que ignoreis?

—Si os obstinais en creer que no hay para mí nada oculto, nos quedaremos como estamos. ¿Qué os cuesta preguntarme de una manera clara y precisa lo que segun decís, tanto os interesa averiguar? Si es fingimiento la ignorancia que he demostrado, á mí solamente causarán molestia vuestras palabras porque tendré que escuchar lo que ya sé, y esto es siempre enojoso.

Felipe Augusto se pasó las manos por la frente, meditó algunos instantes, y luego dijo:

—No teneis corazon si me engañais...

—Dejad para ocasion mas oportuna esas consideraciones que de nada sirven ahora.

—Pues bien, sabed que Canuto no es mi tio,—repuso el mancebo, decidido á hablar de modo que no diese al doctor lugar á escusa para responder categóricamente.

—¿Es vuestro padre?

—Tampoco. No nos unen otros lazos que los de su generosa compasion y los de mi gratitud, porque me ha criado sin otra mira que la de hacer una obra de caridad, y á pesar de que no cuenta con mas recursos para vivir que el producto de su trabajo, no ha economizado sacrificio alguno para educarme con el esmero que corresponde á personas de mas distinguida clase que la mia.

—¡Noble accion!

—Mi horfandad es horrible...

—¡Es muy triste la horfandad!...

—Como la mia, porque ignoro quiénes son mis padres, y para encontrarlos han sido vanas cuantas pesquisas ha hecho el buen Canuto desde la noche en que me recogió y que, segun todas las apariencias, fué la misma de mi nacimiento.

—¡Ah!... Ya, ya voy comprendiendo,—dijo Cañete con calma.—Con que el peluquero os recogió... ¿pero dónde, cómo y cuándo?

—En la calle de Milaneses, donde encontró á un hombre, herido ó muerto, que me tenia en sus brazos.

—Por supuesto, seria de noche.

—La del último dia de páscua de Navidad.

—Fria y lluviosa...

—Vos recordais esa fecha con interés, hablásteis á Canuto de aquel dia...

—Por otra circunstancia...

—¡Ah!... ¡Esplicaos!—exclamó Felipe Augusto con acento suplicante y tierno.—Sin duda vos teneis noticia de mis padres...

—¡Ojalá no os equivocáseis!

—Decidme cuanto sepais y os deberé mas que la vida...

—Nada sé,—replicó friamente Cañete.

—¡Oh!—exclamó el jóven, apretando los puños con rabia.—Entonces hemos concluido.

—Pero tal vez pueda yo hacer algo en vuestro favor,—repuso el médico sin alterarse.

—¿En qué quedamos, caballero?

—En que os ayudaré á buscar á vuestros padres porque, como ya os he dicho, habeis escitado mi ternura de viejo, os miro con cariño.

—Esa promesa de ayudarme no la hariais sin tener algun antecedente que os sirva de guia, sin contar con medios...

—Conozco mucha gente, sé los secretos de muchos, y si me ayudára la memoria... ¡Oh!... pero tengo la desgracia de olvidar las cosas muy pronto.

—Lo que teneis es un plan muy meditado,—replicó el mancebo clavando en el doctor su ardiente y penetrante mirada.

—Y vos mucha reserva conmigo.

—¡Eso decís, cuando sin saber siquiera vuestro nombre os he hablado con tanta franqueza!...

—Lo que me habeis dicho no puede comprometeros; al contrario, os conviene contarlo á todo el mundo por si la casualidad os favorece así.

—¿Quereis una prueba de que tengo en vos mas confianza que en el mas antiguo de mis amigos?

—La recibiré con placer y gratitud, pero no os la pido.

—No pronunciareis una palabra que pueda comprometeros.

—Pues tomad el ejemplo.

—Entonces deberia concluir aquí nuestra conversacion.

—Como gusteis.

—¡Oh!...

—He prometido ayudaros...

—Empezad desde ahora.

—Necesito mas detalles.

Felipe Augusto volvió á meditar. Su cabeza se ardia, comenzaban á trastornarse sus ideas, y no encontró nada mas conveniente que decidirse á arriesgarlo todo para perderlo ó ganarlo todo tambien. La calma y frialdad del doctor valian mas que su astucia, su valor y su ingenio. Por otra parte, el jóven estaba convencido de que aquel hombre misterioso conocia á sus padres, y aunque no adivinaba por qué razon obraba de tan estraña manera, tenia por seguro que lo mismo habia de ser revelarle ciertos secretos que ocultárselos. Con tal propósito, y como hasta entonces el doctor no habia tampoco preguntado nada que fuese peligroso publicar, refirió el mancebo todos los pormenores que Canuto le habia dado, relativos al suceso de la calle de Milaneses.

—La misma hora,—dijo para sí el doctor,—y el sitio, que es precisamente el camino desde mi antigua casa á la que entonces vivia el escudero.

Y luego añadió en voz alta:

—Algo tenemos ya: letras bordadas, un papel que puede conocerlo quien lo escribió, y un pedazo de capa que puede cotejarse. ¿Nada mas sabeis?

—Nada.

—¿No me engañais?

—Os lo juro.

—Dejadme meditar algunos instantes,—dijo Cañete.

Y apoyó los codos en las rodillas, dejó caer la cabeza entre las manos, y quedó inmóvil.

Felipe Augusto clavó en él una mirada de indecible afan, y con las manos puestas sobre el pecho como para contar por los latidos del corazon el tiempo que pasaba, guardó el mas profundo silencio.

La situacion habia llegado para el jóven á su mayor grado de interés.

Entre tanto el doctor se hacia las siguientes reflexiones:

—Suponiendo que este es el niño que nació aquella noche, es fácil comprender por qué el escudero me llevó á su hijo para que le hiciese la señal en la cabeza. De esto se deduce otra cosa; que el padre del niño debe ser persona de mucha importancia, de mucho poderío, puesto que Hernando, para cubrir su responsabilidad, puso á su hijo en lugar del otro, lo cual era el mayor de los sacrificios, y no lo hubiera hecho á no temer algo mas que la responsabilidad que pudiera exigirle cualquiera como hombre ó como caballero: Hernando es valiente, ha sacado muchas veces la espada sin que le tiemble la mano, y el cruzarla con otra una vez mas no le hubiera obligado á renunciar al dulce título de padre. ¿Y quién puede ser el hombre que al escudero infunda tanto miedo? No veo mas que uno, el rey. Además, la riqueza de los muebles de la casa de la calle del Sacramento, la corona á medio bordar en los pañales y hasta el nombre de Felipe Augusto, hacen sospechar que el padre del niño es el monarca. Y sobre todo, es sabido que todos los amorosos secretos los confiaba el rey á su escudero favorito que no se ha ocupado mas que en esta clase de intrigas, y aquello de salir de su casa temprano, ir á la calle del

Sacramento como para saber el estado en que se encontraba la dama de cabellos rubios, y luego á palacio, significa mucho. ¡Oh! Ya no tengo duda, el niño que nació aquella noche es hijo de Felipe IV... ¡Ah!... Otra prueba es la proteccion que el monarca dispensa, no solo á su escudero, sino al hijo de este, sin duda porque lo cree su hijo. Ahora queda la madre, y aquí la cuestion no es tan clara: puede sospecharse de la condesa difunta, pero nada mas que sospecharse; y si es cierto, vamos á tocar otro inconveniente, el amor de este mancebo á su hermana, porque casi puede asegurarse que está enamorado de doña Ana y es correspondido. Pero como esta es cuestion de que no puede hablarse sin haber puesto en claro la otra, la dejaremos sin hacer mas que asegurarnos de que es verdad que se aman, y prevenir en lo posible las funestas consecuencias de ese amor. Ahora voy á tocar otro punto; el de la hija de doña Margarita de Guzman, tambien hija del rey. ¿Por qué Felipe Augusto fué á cantarle anoche? ¿Quién era el embozado que estaba allí y que se vino con nosotros? Puesto esto en claro, entraré con lo último que me falta saber: ¿Por qué el escudero espía las acciones de Felipe Augusto? ¿Sospecha que es hijo del rey? Veremos.

Cañete levantó al fin la cabeza, cruzó los brazos y contempló á Felipe Augusto.

—¡Ah!—exclamó este, exhalando un suspiro.—¡Qué momentos tan largos!...

—Paciencia, jóven.

—Esplicaos... ¡ah!... esplicaos....

—Aun teneis que hacerlo vos sobre algunos puntos dudosos.

—No sé mas que lo que os he dicho.

—Sí.

—Preguntadme; dispuesto estoy á todo, os lo repito; pero no desvanezcais mis esperanzas.

—Recordad, señor Felipe Augusto, que no os he prometido otra cosa mas que ayudaros.

La frente del doncel se contrajo, y al mirar sombriamente al doctor, dijo:

—Tened vos presente, caballero, que si intentais sorprender mis secretos halagando mis esperanzas, sabré reparar la ofensa y castigar la traicion.

—No está fuera de lugar la advertencia, por que bien mirado yo puedo abusar de vuestro proceder noble; pero me es imposible daros niguna garantía, y no teneis mas que dos caminos, ó entregaros ciegamente á mi buena fé, ó volverme la espalda. Es verdad que si os engaño os queda el derecho de castigarme, pero esto no es un remedio.

—Vos mismo me lo advertís...

—Para que nada podais echarme en cara jamás.

—Bien,—replicó Felipe Augusto,—á vos me entrego.

—¿No me preguntareis ni siquiera mi nombre?

—¿Eso mas?

—Llegará un dia en que sabreis la razon que he tenido para obrar así.

—No os lo preguntaré,—dijo resueltamente el mancebo.

—Ya podemos entrar en esplicaciones.

—¿Pero qué he de deciros mas?

—Dos cosas... tres.

—¿Qué son?

—Si la condesa de Fuensanta corresponde á vuestro amor.

Los ojos de Felipe Augusto se abrieron estremadamente y fijaron una mirada terrible en el doctor.

—¿Acaso,—repuso este con su imperturbable calma,—es algun secreto vuestro galanteo? ¿No vais á cantar bajo sus balcones y disputais espada en mano los papeles que os echan?

—¡Oh!...

—Tranquilizaos...

—¿No decíais que no me espíabais?

—Espiaba al señor Hernando Prieto que fué el que intentó llevarse el amoroso billete.

—Caballero...

—Lo que se quiere ocultar no se hace enmedio de la calle.

—Pues bien, amo á la condesa; pero ¿qué tiene que ver mi amor con mis padres?

—Os repito que no puedo daros esplicaciones, señor Felipe. Necesito saber si doña Ana os corresponde.

—Ese secreto...

—Sabré guardarlo mejor que vos, os lo aseguro: no temais descubrírmelo.

El jóven dudó algunos instantes, contestando al fin:

—Voy á deciros lo que á nadie hubiera dicho, pero ¡ay de vos! si abusais del secreto...

—La condesa os ama,—interrumpió Cañete.—Voy á daros un consejo.

—¡Un consejo!—exclamó el doncel cuya admiracion crecia por instantes.

—Sí.

—Señor hidalgo...

—Escuchadme.

—¡Oh!... Ya os escucho.

—No deis rienda suelta á vuestra pasion, contenedla, y si podeis enfriarla, extinguirla, mejor.

Felipe Augusto quedó sin aliento; quiso hablar pero no pudo. Su rostro palideció mortalmente, y fijó en el doctor una mirada de espanto.

—¡Qué no ame á la condesa!—exclamó al fin con voz ahogada.—¿Sabeis lo que me pedís? ¡Ah!... No habeis pensado que mi amor es mi vida, mi única ilusion, mi felicidad... No sabeis lo que habeis dicho, ¡oh! no lo sabeis... ¡Imposible, imposible!

—No me sorprende esa respuesta, pero mi deber me mandaba advertiros.

—¡Vuestro deber!... ¡Oh!... ¡Esplicaos!—dijo arrebatadamente el jóven.—¡Me estais atormentando horriblemente!

Y el infeliz se pasó las manos por su abrasada frente, bañada en frio sudor, y se oprimió el pecho, por que apenas podia respirar.

—Sufrís mucho,—repuso Cañete mientras pulsaba al ena-

morado mancebo sin que este acertarse á oponer resistencia.—Pero aun os quedan muchas fuerzas... ¡Oh!... ¡Cuanta vida!... ¡Qué circulacion tan vigorosa!... ¡Qué sangre tan rica!... Teneis un tesoro en las venas... ¡Bien!—añadió con entusiasmo y poniendo una mano sobre el pecho del jóven.—No hay miedo...

—¡Ah!—interrumpió Felipe Augusto.—Al fin os veo dejar siquiera por un instante vuestra fria calma...

—Os decia,—repuso Cañete,—que no debeis atormentaros, y que si os he hecho esa advertencia, ha sido para que esteis prevenido por lo que pudiera suceder.

—¿Pero hay quien intente disputarme el corazon de doña Ana?

—¡El corazon de doña Ana!... El vuestro es bastante para que no os lo dejeis arrebatar.

—¡Desdichado del que se atreva á rivalizar conmigo, porque mi cólera no respetaria!...

—Ni aun al rey.

—¿Sabeis tambien?...

—Lo sé todo; pero estoy tranquilo por ésa parte.

—¿Entonces por qué me aconsejais que olvide á la condesa?

—Porque puede ser vuestra mayor desgracia ó vuestra mas completa felicidad, y hasta saber cual de ambas cosas debeis esperar de esa pasion, no es prudente alimentarla.

—Caballero...

—Dejemos ese punto: no olvideis mi consejo, y guardaos de hablar de mí á doña Ana, porque os perdereis.

¿Qué signicaba tanto enigma? El jóven caminaba de sorpresa en sorpresa y le faltaba poco para que se trastornarse su razon.

—¿Por qué,—dijo Cañete,—fuisteis anoche á cantar bajo los balcones de doña Margarita de Guzman?

—¿Otra pregunta estraña?

—Necesito saberlo.

—Es un secreto que no me pertenece.

—Confiadmelo que no os pesará...

—Queria saber si la hija de doña Margarita tenia algun amante.

—Ya vísteis que sí.

—Y que debe ser muy cobarde...

—O muy prudente. ¿Y sabeis quién es?

—Sí;—contestó Felipe Augusto despues de dudar algunos instantes.

—Decídmelo...

—Un mancebo de padres desconocidos, segun se asegura, y que ha sido criado y educado por el señor Hernando Prieto.

Cañete palideció.

—¿Qué teneis?—le preguntó el jóven.

—Nada... calor... ¿Y sabeis si el rey tiene noticia de esos amores?

—Lo sospecho.

—Se opondra...

—Tambien sospecho que sí.

—Pero el escudero protejerá encubiertamente á los amantes...

—¿No hay nada oculto para vos?

—Nada.

—¡Ah!—exclamó Felipe Augusto que vió la ocasion de averiguar lo que tanto interesaba al peluquero.—En cambio de mi confianza y buena fé, decidme cuanto sepais de esos amores.

—No sé nada, solamente sospecho...

—Pero no os habeis equivocado al creer que el escudero proteje ocultamente á los amantes.

—Los proteje porque es dueño de un secreto que le importa mas que la vida, y el rey se opone, porque posee otro secreto que vale tanto como su reposo.

El jóven miró á Cañete sin acertar á comprender lo que oía.

—Son tan oscuras vuestras palabras,—dijo,—que si no os esplicais...

—Lo haré.

—Sí, sí.

—Pero antes habreis de decirme qué interés teneis en semejante asunto, y por qué el señor Hernando os espía.

La contestacion á estas preguntas ofrecia muchos inconvenientes; podia comprometerse á Canuto, y esto hizo vacilar al jóven.

—No,—dijo este despues de algunos momentos de reflexion:—no soy egoista, no quiero comprar mi bien á costa del mal ageno, no quiero vender los secretos de otro para comprar los vuestros.

—Es muy noble ese proceder y lo respeto,—contestó Cañete.—Sin embargo, adivino algo del secreto, y tengo la seguridad de que en la intriga de esos amores tiene parte vuestro tio, es decir, Canuto, que es la persona á quien temeis comprometer.

—Permitidme...

—Repito que respeto vuestra reserva; pero me agradecereis que por la revelacion que me negais os haga yo otra de mayor importancia.

—¡Una revelacion!

—Sí, de los secretos del rey y Hernando, de que antes hice mencion.

—Eso es de mucho interes para mí; esplicádmelo y me hareis un favor singular.

—Pero con una condicion.

—¿Cual?

—Juradme que no hareis uso del secreto sino para que os sirva de gobierno en la intriga...

—¿Tampoco puedo comunicarla á esa otra persona interesada en el mismo asunto?

—Tampoco, y si á vos os lo digo es porque tengo entera confianza en que cumplireis vuestro juramento.

—Gracias, caballero.

—Esta es la primera prueba que os doy de mi cariño.

—Pues bien, juro por Dios guardar fielmente el secreto que vais á confiarme,—dijo con solemne acento Felipe Augusto.

Y haciendo con la diestra la señal de la cruz, la besó.

—El monarca,—repuso Cañete, bajando la voz,—se opone á esos amores por que el galan es su hijo.

—¡Ah!—exclamó Felipe Augusto, sorprendido.

—Ya conoceis el secreto de su majestad.

—¿Y el escudero, que no ignorará esa circunstancia, proteje esos repugnantes amores?

—Sí, el señor Hernando los proteje, porque á su vez sabe que el galan es su hijo y no del rey.

—¿Y cuál de los dos se equivoca?—preguntó afanosamente el doncel.

—Su majestad.

—¿Y cómo el señor Hernando Prieto no ha puesto en claro el error para hacer feliz á su hijo?

—Porque le costaria por lo menos que lo encerasen para siempre en un calabozo.

—No comprendo...

—Ni puedo esplicaros mas.

—¿Entonces, qué fin se propone el escudero? Si su majestad no ha de salir nunca de esa equivocacion, siempre habrá el mismo inconveniente.

—El señor Hernando tiene esperanzas.

—¿Fundadas?

—Tal vez.

—¡Cuanto misterio!

—Dejarán de serlo algun dia, y ese será el de vuestra felicidad ó desgracia.

Felipe Augusto quedó pensativo.

—Señor hidalgo,—dijo despues de algunos momentos,—ya habeis visto con cuánta lealtad me he confiado á vos...

—No os pesará.

—Me habeis prometido ayudarme á encontrar á mis padres...

—Y cumpliré mi promesa.

—Pero habremos de ponernos de acuerdo...

—Ahora no.

—¡Mas dilaciones!

—Es preciso. Hace una hora que estamos hablando, y antes que nos interrumpan ni demos lugar á sospechar, es prudente que nos separemos.

—¿Y cuando volveremos á vernos?

—Cuando os convenga ir á buscarme.

—¿Dónde os encontraré?

—En mi casa, en la taberna de Marcelo, cerca del señor Hernando ó de vos. En cualquier apuro acudid á mí, ni deis en nada ningun paso decisivo sin consultarme, porque de seguro os equivocais. Esto no es mas que un consejo que podeis seguir si os place.

—No lo olvidaré.

—Tened entendido que en el asunto de vuestros amores y los del hijo del señor Hernando, en el secreto de este, el del rey y el de vuestro nacimiento es todo al contrario de lo que parece. Por ahora no os diré mas sino que todas esas cosas tan distintas en la apariencia son una misma.

—¡Oh!—exclamó el jóven.—O sois un ángel que Dios me envia con la felicidad, ó un demonio que ha de perderme y se complace en atormentarnos á todos.

—Soy un hombre que no he hecho mal á nadie,—replicó el doctor levantándose.

—¿Os vais?

—Sí, pero quiero salir por distinta puerta de la que he entrado, no sea que la casualidad traiga al escudero, en cuyo caso no podriais negarle que vos erais el galan de anoche.

Felipe Augusto acompañó al doctor hasta la puerta de la escalera.

—Amigo mio,—dijó Cañete como si hasta con sus últimas palabras quisiera sorprender y aturdir al mancebo para que no le olvidase,—tengo que haceros una advertencia.

—¿Cuál?

—Vais con frecuencia á casa de doña Ana...

—Sí.

—Y habreis entrado alguna vez en un gabinete con chimenea y cuyos muebles son de ébano.

—Tambien hablásteis á Canuto...

—Sí.

—¡Oh!... Esplicaos...

—Cuando pongais el pié en aquella habitacion, inclinaos con respeto ante cada uno de sus muebles y adornos.

—¡Que me incline con respeto!...

—Y aun con veneracion.

—¡Oh!...

—Tal vez hayais reparado que el remate de los brazos de los sillones lo forma un roseton tallado primorosamente, cuyas hojas delicadas sobresalen bastante.

—¡Ah!... Sí, sí...

—Ved si una de esas hojas está rota como si hubiese recibido un golpe.

—¿Y luego?—preguntó afanosamente Felipe Augusto.

—Tomad,—repuso el doctor, sacando una bolsita de cuero que apenas tendria dos pulgadas de largo.—El pedazo de hoja que falta está aquí, comprobadla, y si es el mismo...

—¡Acabad!...

—Besad el roseton, todo el mueble, pero besadlo con cariño, con ternura... con tanta ternura como se besa á una madre... y Dios os bendecirá.

Estas palabras produjeron tal efecto en Felipe Augusto, que se sintió desfallecer y tuvo que apoyarse en la puerta para no caer al suelo. La luz huyó de sus ojos; quiso hablar, pero no pudo; faltóle la respiracion, y por algunos instantes creyó que iba á morir.

Cuando este trastorno pasó, miró el jóven en torno suyo y se encontró solo: Cañete habia desaparecido.

El desdichado se pasó las manos por la frente que sentia abrasada, se oprimió el pecho con fuerza convulsiva y exhaló un penoso suspiro.

—¡Dios mio!—murmuró.

Y de sus ojos brotaron dos lágrimas que rodaron por sus megillas pálidas como las de un cadáver.

¿Por qué lloraba?

No lo sabia.

Luego besó el pedacito de madera que le habia dado el médico, y exhaló otro suspiro.

Sintióse mas aliviado, y haciendo un esfuerzo, se alejó de allí y volvió á la tienda, quedando solo y dejándose caer en una silla con un abatimiento que nunca habia sentido.

Pocos momentos despues llegó Hernando, y al ver al mancebo tan pálido y desfigurado, acabó de convencerse de que no era él quien daba serenatas á la condesa.

—No pensé encontraros aquí,—dijo el escudero.

—Aunque no estoy completamente bueno, me levanté para que mi tio pudiera peinar.

—No habeis hecho bien, estais pálido...

—He pasado muy mala noche.

—¿Y sabeis si tardará el señor Canuto?

—Creo que no, porque segun me dijo, no iba á peinar ahora mas que á doña Margarita de Guzman y á su hija, volviéndose luego.

—Entonces lo esperaré.

—Como gusteis.

Felipe Augusto, con pretesto de que se sentia mal, calló; y el escudero, fingiendo respetar la dolencia del jóven, aprovechó aquellos instantes para entregarse á sus meditaciones de costumbre.

CAPITULO XXIV.

De cómo se trocaron los papeles entre Isabel y Canuto.

Retrocedamos y encontraremos á Canuto del Rincon, peinando á doña Margarita, en cuyo rostro se representaban claramen te sus sufrimientos.

La dama, ni contestaba ni puede asegurarse, oia las repetidas preguntas y observaciones del peluquero que, cansado de hablar sin recibir respuesta alguna ni ser escuchado, tuvo por conveniente callar y concluir cuanto antes.

—Peinad á mi hija,—dijo al fin la dama cuando se vió libre de las manos de Canuto.

Y este pasó al aposento de Isabel, que como su madre, estaba pálida y ojerosa, dejando ver en su rostro las señales todas del insómnio y del llanto.

Mas que triste era sombría la mirada de la jóven, advirtiéndose en sus movimientos esa enerjía febril, violenta y falsa como producida por una escitacion nerviosa.

Sus brillantes ojos se volvieron rápidamente hácia Canuto, examinándolo por un instante con escudriñadora mirada, y luego con acento breve, dijo:

—Peinadme.

—¿Estais mejor?—preguntó el peluquero mientras tomaba el blanco peinador de manos de la criada vigilante.

—Sí,—respondió Isabel.

—¡Oh!—repuso Canuto, agitando la nariz y mirando de soslayo á la doncella, porque buscaba el medio de alejarla de allí.—¿Os pondreis hoy las perlas?

—Flores,—contestó Isabel, dirigiéndose á la criada.

—¿Cuáles?

—Los jazmines.

—Ya sabeis que los tiene guardados vuetra madre...

—Pedídselos.

La criada salió del aposento para obedecer.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Canuto.

—Tomad,—dijo la jóven.

Y sacó un papel del pecho.

—¿Para quién?—preguntó el peluquero cogiendo el billete y metiéndolo en un bolsillo.

—Para quien os dió el otro.

—¿Es decir, para?...

—¿No lo sabeis?—interrumpió vivamente Isabel.

—Pero cuanto mas claridad, menos peligro de equivocarse.

La jóven no contestó.

—Hoy,—prosiguió Canuto,—no lo he visto; pero lo veré cuando salga de aquí, porque estará esperándome en mi casa, y si quereis que además de entregarle la carta le diga alguna cosa, podeis disponer de mí.

—Nada,—respondió Isabel que parecia dispuesta á no hablar imitando la conducta que el dia anterior habia seguido el peluquero.

Este reflexionó algunos instantes, y decidido á aprovechar los pocos que tardaria en volver la criada, dijo:

—Está desesperado y á no ser porque la gratitud le obliga á respetar la voluntad del rey, hubiera atropellado por todo sin miramiento alguno; pero antes de promover un escándalo quiere

ver si el asunto se arregla, porque al fin no es mas que un capricho de su majestad.

Tampoco respondió la jóven.

Canuto empezaba á desesperarse.

—Os ruego,—dijo,—que me deis instrucciones para que yo no cometa una torpeza. Mi posicion es muy delicada y puede costarme caro el asunto, porque lo que en vosotros no es mas que la defensa de una causa propia, en mí es una traicion al monarca, y á los traidores no se les perdona.

—Preguntadle á él cómo habeis de conduciros.

—¿Pero y con respecto á vuestra madre?

—Lo que habeis hecho hasta aquí.

—Bien, bien,—repuso el peluquero desconcertado y agitando su nariz.—Antes que nos interrumpa vuestra criada, tengo que haceros una pregunta de parte de... ¿me entendeis?

—¿De quién?

—De la persona que debe recibir este billete.

—¿Una pregunta?

—Sí, desea saber la opinion que habeis formado del motivo que el rey tiene para estorbar vuestros amores.

Isabel miró con estrañeza al peluquero y nada respondió.

—¿Habré dado un golpe en falso?—se preguntó Canuto.—¡Oh!... Las mujeres son incomprensibles; ayer tanto empeño en hablar y hoy tanta obstinacion en guardar silencio. ¿Por qué tan repentino cambio? Pues ya no puedo retroceder... ¡Y va á venir esa maldita doncella!

Isabel permanecia inmóvil, con la mirada fija en el suelo y como si se hubiese olvidado que estaba allí Canuto.

—Señora,—repuso este,—no me habeis contestado.

—Entregad esa carta,—replicó la jóven.

—Bien, pero os repito que me mandó preguntaros...

—Callad, pueden escucharnos...

—Siquiera una palabra que indique...

—Callad.

Iba el peluquero á insistir y á dar otro giro á la conversa-

cion, pero se frustró su intento porque entró la criada con las flores.

—Aquí estan los jazmines...

—Bien.

—Soy de opinion,—dijo Canuto con intento de alejar nuevamente á la doncella,—que os pongais las perlas de ayer.

—No,—contestó Isabel.

—Esas flores.

—¿Estarán mal?

—Sin duda.

—Pues ni lo uno ni lo otro.

—Como dispongais.

Canuto guardó silencio y agitó su larga nariz con mas frecuencia que nunca. Aquel dia tardó mucho mas tiempo que de costumbre en peinar á Isabel, y si esta no se mostrara impaciente y aun enojada, hubiera tardado mas para dar lugar á que se presentase otra ocasion de continuar sus preguntas y observaciones; pero tuvo que concluir mal de su grado y retirarse sin conseguir su deseo.

—Torpe, muy torpe he sido,—decia para sí mientras se dirijia á su casa.—Debí haber tocado otro resorte... ¿Pero cuál? Ninguno me hubiera dado resultado: estaba decidida á no hablar, y todo hubiera sido inútil. Además, habia el peligro de decir algun disparate, como tal vez haya sucedido, porque aquella mirada tenia mucha intencion. ¡Oh!... Y no comprenderá Felipe Augusto los inconvenientes que debian tocarse, y me acusará de falta de tino. ¡Ah!... Quisiera yo haberlo visto en mi lugar para que probase su astucia.

Esto no lo hubiera pensado el peluquero á saber la habilidad con que el jóven habia averiguado el dia anterior que era de doña Ana el papel que habia recibido en pago de su cancion. Pero el buen Canuto, cuya vanidad no tenia límites, solo concedia á los demás tanto ingenio como el suyo, y aun eso raras veces.

No sin algun temor de que se le burlase Felipe Augusto, lle-

gó el peluquero á su casa, encontrando en la tienda á Hernando.

—¿Cómo,—dijo este,—habeis consentido que vuestro sobrino baje á la tienda encontrándose tan débil?

—Ya se lo prohibí, pero se empeñó en ello, y como es mas testarudo que un flamenco, hube de consentir por evitar una cuestion.

—Está muy pálido...

—Vuelve arriba, sobrino, y acuéstate,—dijo Canuto al mancebo.

—Iré á tomar un caldo, porque estoy desfallecido,—contestó Felipe Augustó;—pero no me acostaré.

Y despidiéndose del escudero, salió diciendo para sí:

—No sabe el intrigante escudero que adivino el por qué se toma tanto interés por mí. Quiere estar solo con Canuto.

—¿La habeis visto?—preguntó Hernando en voz baja y despues de asegurarse que el doncel no se habia quedado junto á la puerta escuchando.

—Sí,—contestó Canuto.

—¿Y os ha dado?...

—Este papel.

—¿Qué os ha dicho?

—Ni una palabra.

—¿Tampoco le habeis preguntado vos?...

—Me acordé de la torre.

—Bien, señor Canuto: estais ya muy cerca de ver cumplidos vuestros deseos.

—Ya veis,—repuso el peluquero mientras arreglaba su valona,—ya veis que os sirvo con fidelidad y acierto.

—Hoy mismo hablaré á su majestad de vuestra pretension, es decir, le indicaré algo para preparar su ánimo en vuestro favor. Por supuesto, si esta carta contiene alguna nueva favorable; pues sino será mas prudente dejarlo para otro dia.

—Es verdad, no siempre se gana tiempo adelantándose.

—Pocos hombres he conocido de una comprension tan clara como la vuestra, de un juicio tan recto.

—Y yo ninguno tan hábil como vos, —respondió Canuto que quiso pagar adulacion con adulacion.

Y luego dijo para sí:

—Sin embargo, no ha de servirte ser maestro en la intriga.

Despidiose Hernando que estaba impaciente por saber el contenido de la carta, y abriéndola apenas se alejó veinte pasos de la barbería, leyó lo siguiente:

«He resistido y resistiré mientras tenga vida: podrán matarme, pero no vencerme. Vivo con tu recuerdo, mi corazon será siempre tuyo, y solo arrancándomelo conseguirian que yo dejára de amarte. No conozco los peligros que nos amenazan: ¿por qué quieren separarnos? Solo me han dicho que entre nosotros está el imposible, y aunque mi buena madre conoce el secreto, se niega á revelármelo. Tales esfuerzos hace mi mente para penetrar el misterio que es causa de nuestra desdicha, que hay momentos en que mi razon empieza á trastornarse y temo perderla. Mi madre sufre mucho, quizás tanto como yo, y aunque daria su vida por mi felicidad, se horroriza á la sola idea de vernos unidos. ¿Qué significa esto? Esplícamelo, te lo ruego en nombre de nuestro amor. Sufro mucho, pero no me faltarán las fuerzas.

«No escribo mas porque pueden sorprenderme: tú tienes libertad para escribir, y espero que tu segunda carta no será como la primera.

«Voy á rezar, y si el sueño consigue cerrar mis ojos, dormiré para soñar contigo.»

El escudero, conmovido, dobló la carta y la guardó.

—Puede leerla, —dijo, —¡Que no será la segunda como la primera!... Tiene razon, no contenia una palabra de ternura... ¡Si la hubiese dictado él!... ¡Pobre niña!... ¡Pobre hijo mio!... ¡Ah!... Es preciso hacerlos felices á cualquiera costa... ¿Cuándo irá á verme el hombre de los anteojos verdes? Si no lo encuentro al salir de palacio, —añadió el escudero en voz alta sin pensar que podian oirlo los transeuntes, —si no lo encuentro iré á buscarlo á su casa, que la felicidad de mi hijo no da treguas, ni es

prudente dejar trascurrir muchos dias porque si el rey pierde la paciencia, puede descubrirse la intriga, y entonces... ¡Oh!..... Hay que buscar á Cañete y no quiero dejarlo para cuando se le antoje buscarme al hombre misterioso de los anteojos, que tiene mucha calma.

—Aun no lo sabeis bien,—dijo una voz dulce detrás de Hernando.

CAPITULO XXV.

De la entrevista que el doctor y Hernando tuvieron.

El escudero se volvió mientras que de sus ojos se escapaban dos centellas y su frente se contraia, encontrándose su mirada con la figura del hombre de los anteojos.

—¡Ah!—exclamó.

—Dios os guarde, señor Hernando Prieto,—dijo el doctor con acento reposado.

—¡El cielo os envia!...

—A vos, porque no soy yo quien vengo.

Hernando miró con sorpresa á Cañete.

—Me esplicaré,—añadió este.—Yo estaba aquí parado cuando llegásteis, tan distraido que sin reparar en mí os pusisteis á leer la carta que os ha entregado el peluquero del rey...

—¿Qué estais diciendo?—interrumpió Hernando, clavando en el doctor una mirada terrible.

—Esplicandoos cómo no soy yo quien ha venido, sino vos.

—¡Caballero!...

—No mas que simple hidalgo...

—¿Os burlais de mí?

—Líbreme el cielo de semejante tentacion: solamente he que-

rido advertiros que acabais de cometer una imprudencia, poniéndoos á leer en este sitio una carta tan interesante como esa, y publicando en voz alta vuestros pensamientos.

—¡Oh!—exclamó Hernando, mordiéndose los lábios con despecho.—¡Me habeis oido!...

—Sin querer; pero no os importe porque nada nuevo para mí he sabido.

—Bien, bien,—replicó el escudero que en aquel instante no era dueño de su serenidad.—Sea como quiera, es preciso que entremos en esplicaciones...

—Pero no aquí, porque pueden escuchar nuestra conversacion como yo vuestras imprudentes palabras. No pensaba buscaros hasta mañana, pero ya que os he encontrado hoy, si teneis empeño en que hablemos, cerca está vuestra casa y la mia.

—Sí, sí, vamos...

—¿A dónde?

—Me es indiferente...

—A mi casa, y así vereis que anoche os dije la verdad.

Echaron á andar, pensativos y silenciosos, y á los pocos instantes Hernando recobró la calma, se acordó de que era hombre de ingenio, hábil en la intriga y mas que mediano cómico para fingir con gestos y palabras, y decidió aprovechar el tiempo que habian de invertir en llegar á casa del doctor.

—Ya sabeis,—dijo el escudero,—que anoche favoreció la suerte á mi contrario y él tiene derecho á hablaros antes que yo.

—Sois muy justo,—contestó el médico sonriendo maliciosamente;—y me alegro de vuestra escrupulosidad, porque así podremos entendernos mejor. Siempre habeis tenido fama de hombre recto, y ahora lo justificais con esa advertencia.

—A cada cual lo que es suyo.

—Podeis estar tranquilo.

—¿Ya habeis hablado con el sobrino de Canuto?

—¡Con el sobrino de Canuto!—dijo el doctor con acento de tan bien fingida sorpresa que engañó á Hernando.

—Sí,—replicó este con no menos natural sencillez.

—No os comprendo,—repuso Cañete á la vez que se encojia de hombros.

—Pues es muy fácil entenderme.

—Pero yo soy muy torpe.

—Cuando favoreció anoche la suerte al sobrino de Canuto, ¿no le prometisteis buscarlo antes que á mí?

—Ahora os entiendo menos.

—Pero señor...

—Hidalgo.

—¿No teneis otro nombre?

—No me acuerdo de él.

—Bien, señor hidalgo, os decia...

—Que anoche se aproximó mas al año de la moneda...

—El sobrino del peluquero.

—En llegando ahí, ya me quedo en tinieblas.

—Entonces no sé cómo esplicarme.

—¿Qué tiene que ver el sobrino de Canuto con nuestra aventura de anoche?

—Creo que representó un papel bastante importante, el principal.

—Pues lo hizo con tal disimulo que no me apercibí de ello.

—Sin duda os chanceais.

—Soy ya viejo para bromas.

—Entonces...

—No sé á lo que aludís.

—Ya sabeis que vos, lo mismo que yo, seguísteis al sobrino del peluquero desde que salió de su casa.

—Os habeis equivocado.

—¡Caballero!...

—Yo no he seguido á ese jóven, á quien solamente conozco como lo conocen muchos, de vista.

—¿Pues no fuimos tras él hasta concluir por la estraña escena en casa de Marcelo? ¿No me disputó la vez para hablaros y tuvimos ya la mano en los estoques? ¿No cortasteis la disputa, disponiendo que decidiera la suerte, y él fué el favorecido?

—Pero como ese él no era el sobrino del peluquero del rey...

—¡Vive Dios, señor hidalgo! ¿Me hareis creer que yo soñaba ó estaba borracho?

—No tengo empeño en haceros creer nada, porque me es indiferente todo.

—Si por discrecion negais...

—Niego lo que no es verdad; y si mi carácter fuera mas alegre, ya me estariais viendo reir á carcajadas.

—Pensad que me quedé con él en la taberna...

—Lo sé.

—Y que ya con luz del dia lo acompañé hasta su casa...

—Lo presumo.

—Y que es, por consiguiente, inútil...

—Sí, es inútil que os canseis en querer probarme que aquel mancebo era el sobrino de Canuto.

—Pero...

—No os diré quién era.

Hernando se mordió los lábios.

—Lo conocí,—dijo.

—Entonces hemos hablado inútilmente; pero sospecho que no tendreis mucha seguridad, puesto que queriais convenceros de que no os habiais equivocado.

—De lo que he querido convencerme es de que lo habiais conocido y hablado ya con él.

—Y habeis quedado como antes.

—Por lo demás,—replicó el escudero cuyo amor propio se habia picado,—ya sé que el atrevido mozalvete es Andrés Cornejo, estudiante de Alcalá, que vive en un cuarto bajo en la calle de Segovia.

—Veo que no os habeis descuidado en hacer averiguaciones; pero no puedo deciros si son exactas. El tal mancebo es efectivamente muy atrevido, pero tambien muy valiente y muy astuto, tanto como vos ahora, y será mas que vos cuando con el tiempo tenga mas esperiencia; pero ni sé cómo se llama, ni si ha estudiado en Alcalá, ni menos si vive en la calle de Segovia. Lo

he visto como á vos, porque lo encontré casualmente hace media hora. Hemos hablado, nos hemos entendido, y creo que volveremos á tener esplicaciones.

—Yo quisiera que nosotros no tuviéramos necesidad de volvernos á ver.

—El conseguirlo está en vuestra mano.

—Depende de vuestra voluntad.

—Estad seguro de que no os buscaré.

—¡Oh!... Pero me obligareis quizás con vuestra conducta á buscaros.

—Será porque me necesiteis...

—Sí.

—Entonces...

—Podeis darme una noticia...

—¿Nada mas que una?

—Me basta.

—Es poco.

—Si sabeis mas...

—¿De qué?

—Anoche nombrasteis al...

—Callad que aun no estamos en mi casa y pueden oirnos como yo antes á vos.

—Sois muy prudente.

—Si vos fueseis lo mismo no conoceria yo un secreto vuestro que os importa mucho guardar.

—Tal vez os hayais equivocado.

—Todos estamos sujetos á equivocaciones, nadie hay libre de ellas, ni el rey con todo su poder.

Hernando fijó una mirada penetrante y escudriñadora en el médico; pero el rostro de este no espresaba nada, ni se alteró.

—¡Oh!—dijo para sí el escudero.—¡Esos malditos anteojos!... ¿Conocerá este hombre mi secreto? ¿Sabrá la triste historia de los amores del rey con doña Inés?... Esas palabras de que hasta el monarca se equivoca... Pero no es posible.

—Mirad mi casa,—dijo el doctor estendiendo un brazo al entrar en la plazuela de Herradores.

—Sois vecino del famoso Culebra...

—Y su inquilino.

—¿Es suya la casa?

—Sí, le pago por alquiler ochenta ducados al año.

—Mucho es.

—Cien veces se lo he dicho, pero no quiere rebajar un maravedí.

Hernando se sonrió levemente porque habia concebido la idea de averiguar por el chalan quién era aquel hombre.

—Vas á encontrarte chasqueado,—dijo para sí el doctor que vió la sonrisa del escudero y comprendió su significado.

Llegaron á la casa.

Cañete sacó la llave que siempre llevaba consigo, y abrió la puerta, encontrándose, como de costumbre, frente al negro.

Hernando y el doctor eran adversarios dignos el uno del otro, y por consiguiente, la lucha debia ser tenaz é interesante. Ambos eran en estremo astutos, consumados maestros en la intriga, atrevidos, de imaginacion viva y fecunda, y si bien el escudero tenia alguna mas esperiencia en el arte de mentir, Cañete tenia mas talento y mas calma y poseia los secretos de su adversario.

Las ventajas estaban indudablemente de parte del doctor, pero el cortesano no cederia fácilmente.

Cuando estuvieron en la habitacion que ya conocen nuestros lectores, es decir, en la que habia una mesa, dijo el médico:

—Señor Hernando, quitáos la capa y estareis con mas comodidad, pues el calor de hoy es sofocante.

—Vos debeis sentirlo mas,—contestó el escudero,—porque os sofocarán esos anteojos.

—Tengo que llevarlos hasta dentro de casa por la enfermedad que padezco.

—¿Quereis que os hable con franqueza?—repuso Hernando á la vez que se sentaba.

—Es precisamente lo que deseo.

—Pues bien, en mi opinion, esos anteojos son un disfraz.

—Unos anteojos verdes con sus cortinillas pueden servir para disfrazarse, —dijo Cañete con indiferencia; —pero no por eso puede asegurarse que los mios sirven para semejante cosa.

—Sin embargo, dan lugar á que se sospeche.

—Lo cual, ni me ofende ni me importa, —replicó tranquilamente el doctor.

—¿No os altera nada, señor hidalgo?

—Nada. ¿Y á vos, señor Prieto?

—Pocas cosas.

—Me alegro.

—Por eso podremos tratar de nuestros asuntos tranquilamente.

—¡De nuestros asuntos! —repitió Cañete.— Habreis querido decir de los vuestros.

—Sea como os plazca.

—Solicitásteis hablarme...

—Y en ello tengo ahora mas empeño que nunca.

—¿Por lo que os he dicho en la calle?

—Sí, porque habeis creido sorprender un secreto...

—Señor Hernando, —interrumpió Cañete con su calma habitual, —voy á evitaros la molestia de fingir, probandoos que no he creido sorprender un secreto, sino que vuestros secretos no lo son para mí.

—Cuidado no os equivoqueis, porque quedariais en una posicion muy desventajosa...

—Os agradezco el aviso, pero es completamente inútil para el caso presente.

—Sin duda, —repuso Hernando, que no estaba tranquilo,— habeis leido algunas líneas ó todas las del papel...

—No juzgo por tan poco, y vais á verlo.

—Os escucho, —dijo el escudero, cuyo rostro palideció ligeramente.

—La carta que leíais es de la hija de doña Margarita, y está dirigida á vuestro hijo.

—¡A mi hijo!—exclamó Hernando con fingida sorpresa.—Plugo á Dios llevarse al único hijo que tuve con mi virtuosa Catalina, que del cielo goce...

—Teneis mala memoria, señor Prieto, y habeis olvidado que despues de leer la carta decíais: «¡Mi hijo es antes que todo; es preciso averiguar al instante el paradero de Cañete!»

—Es,—replicó el escudero,—que yo llamo hijo á mi pupilo, porque lo he criado y sus escelentes cualidades y su triste horfandad me han hecho quererlo mucho.

—¡Estraña cosa! Dariais la mitad de vuestra vida por probar que el señor Felipe es vuestro hijo, y sin embargo, lo negais.

—No nos entenderemos.

—Demasiado.

—Además, nada tiene que ver el que sea ó no hijo mio...

—Sí, porque ese es uno de vuestros secretos, así como el secreto del rey es que Felipe es hijo suyo.

Hernando volvió á palidecer y le costó mucho trabajo contetener una exclamacion de coraje y de sorpresa.

Cañete iba ganando terreno y se sonrió.

—Señor hidalgo,—dijo el escudero que ya iba perdiendo la calma,—es preciso hablar claramente...

—¿Con mas claridad de la que hablo?—replicó el doctor.—Me parece, señor Prieto, que no puede decirse mas terminantemente que el mancebo que vive en vuestra compañía es hijo vuestro, á pesar de que el monarca cree que es suyo. Tampoco puede decirse con mas claridad que ese jóven ama á doña Isabel, y como su majestad los tiene por hermanos, prohibe esos amores.

—Cuidado, caballero, cuidado...

—¿No quereis que prosiga?

—¡Oh!—exclamó Hernando sin poder ya contenerse y convencido de que era inútil todo fingimiento.

—Callaré si gustais.

—No, no... Seguid...

—Vos, que estais bien convencido de que no hay tal parentesco entre los amantes, y que quereis la felicidad de vuestro hijo,

protejeis ocultamente esos amores con la esperanza de encontrar al doctor Cañete y hacer ver al rey que esta equivocado.

Hernando no acertaba á pronunciar una palabra, y miraba con ojos espantados al doctor.

—Así hemos de hablar,—prosiguió este diciendo;—pero si empezais negando, queriendo que yo os diga sin decirme vos, nada adelantaremos. Lo sé todo, señor Hernando, y lo que no sé quiero saberlo y me lo direis. Con respecto á Canuto, no teneis que hablarme, porque no ignoro que os servís de él para mensajero: el infeliz no sabe lo que se hace, no comprende que sirve de instrumento para engañar al monarca y que puede costarle muy caro.

—¡Oh!—exclamó el escudero apretando los puños con rabia.—¡Ya no me sorprende cuanto me habeis dicho!... Ese miserable peluquero me ha vendido!...

Cañete sintió la mas viva alegría, y á no ser por los anteojos, se hubiesen visto brillar sus pupilas como dos luces.

—Acusais injustamente á Canuto.

—Sí, ha vendido mi secreto.

—¿Acaso sabe que el señor Felipe es vuestro hijo?

—No.

—Entonces...

—Habrá completado vuestras noticias: vos lo sabriais todo, menos de quien me servia yo para la intriga, y él os lo habrá dicho.

—Os equivocais.

—No sé quién sois, pero como habeis dicho muy bien es en vano que yo niegue. Sí, Felipe es mi hijo, pero él lo ignora: tampoco sabe que se tiene por padre suyo el rey, ni por consiguiente el por qué le prohiben amar á doña Isabel. ¡Ah!—prosiguió arrebatadamente el escudero.—Mi hijo es muy desgraciado; mi hijo sucumbirá á su dolor y una palabra vuestra puede salvarlo.

—¡Una palabra mia!

—Sí, conoceis al doctor Cañete, sabeis donde se encuentra...

—Lo conozco y tal vez pudiera encontrarlo...

—¿Quereis oro por vuestro secreto? Pedid cuanto anhele vuestra ambicion, todo lo tendreis, todo, pero decidme qué ha sido de Cañete, donde está...

—Sosegaos.

—¡Me habeis hecho perder la sangre fria, me habeis arrancado palabras que á nadie hubiera confiado, y ni siquiera sé como os llamais!

—Ningun secreto habeis depositado en mí, todo lo sabia yo...

— Bien, así ha sido... Pero no perdamos el tiempo...

—Espero vuestras esplicaciones,—replicó el doctor, siempre con la misma calma.

—¡Mis esplicaciones!—dijo admirado el escudero.

—Sí, señor Hernando, vuestras esplicaciones, porque aun ignoro qué tiene que ver con la felicidad de vuestro hijo mi amigo Cañete.

—¿Pero venís de su parte?

—Ni de la suya ni de la mia: vengo porque me habeis llamado.

—¿No estais autorizado por él?...

—Para nada.

—¡Oh!—exclamó Hernando, poniéndose de pié porque no se encontraba bien de ningun modo.

—No nos entenderemos.

—¿Por qué seguíais anoche al que yo tomé por sobrino de Canuto y era el estudiante Andrés Cornejo?

—¿Y qué os importa?

—¿Qué teneis que ver con los amores de la condesa de Fuensanta?

—¿Y qué tiene que ver la condesa con vuestro hijo ni el del rey?

—Nada,—dijo Hernando que empezaba á aturdirse.

—Entonces...

—Vamos separándonos de la cuestion.

—Vos os separais.

—Sois incomprensible...

—Me esplico con mucha claridad.

—Os he preguntado si queriais oro...

—No.

—¿Pues qué quereis?

—Nada.

—¡Oh!

—Solamente me ofrezco á serviros para que vos me sirvais tambien.

—Comenzais negándome la primera cosa que os pido...

—Porque vos me habeis negado las esplicaciones que me eran necesarias.

—¿Estais resuelto á no darme noticias de Cañete mientras yo no os diga la relacion que existe entre él y la felicidad de mi hijo?

—Sí.

—¿Y si os revelo ese secreto?

—Hablaré á mi amigo el doctor, y segun lo que determine...

—¿Con que tampoco os comprometeis?...

—A nada...

—¡Oh!... ¿Y entonces, con qué derecho quereis?...

—Nada os he pedido.

—Caballero...

—Me habeis buscado y he tenido la condescendencia de otorgaros vuestra demanda.

El escudero cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y con agitados y desiguales pasos comenzó á recorrer de un estremo á otro el aposento. Su frente estaba bañada en sudor, y su mirada era sombría.

Reflexionó cuanto pudo en su estado de exaltacion mental, y entonces comprendió que habia caido en un lazo hábilmente tendido; pero ya era tarde para remediar la torpeza; solamente podia evitar el ser mas incauto, confiando á un desconocido secretos de tanta importancia.

Cañete permaneció tranquilo y silencioso.

Trascurrieron algunos minutos.

—Señor hidalgo, — dijo al fin el escudero, —me habeis engañado.

—El probarlo os será muy difícil.

—Si os ofenden estas palabras...

—No me ofendo.

—Yo sí.

—¿De qué?

—¿No os lo he dicho? De que me habeis engañado.

—La prueba.

—Dejémonos de pruebas...

—Como gusteis.

—Es preciso que sepais que no se me ofende impunemente.

—¿Vais á pedirme satisfacciones?

—Sí.

—Es inútil.

—¿Sereis tan cobarde?...

—Sé respetar la hospitalidad, estais en mi casa.

—Nos veremos fuera.

—Bien, pero tened presente que si os mato, queda sin apoyo vuestro hijo, y si me matais irá conmigo á la tierra mi secreto.

—¡Sois un miserable!...

—Todo os lo perdono porque no sabeis lo que os decís. Comprendo vuestro dolor que debe enloqueceros, y...

—Acabemos.

—He concluido, —dijo tranquilamente el doctor.

—¿Quereis decirme dónde se encuentra Cañete?

—Sí, con las condiciones que os indiqué.

—¡Ah!... ¿Quereis saber mas secretos?

—Los sé, y en prueba de verdad os referiré un suceso de hace diez y ocho años.

—Sí, sí...

—La noche del tercer dia de páscua de Navidad del año de 1637...

—¡Oh!...

—¿Recordais la fecha?

—Seguid.

—Fuisteis á casa del doctor Cañete y lo llevásteis con los ojos vendados á la calle del Sacramento.

—Mentís.

—Yo tenia por verdadera la historia, pero si no lo es, callo.

—No importa que sea falsa, continuad...

—La escucharé si vos me la contais.

—¿Es decir?...

—Que hemos concluido. Ya sabeis donde vivo; si algun dia estais de humor de referirme ese suceso, venid.

—Pero antes de separarnos os haré una advertencia.

—Sin duda será la misma que aquella noche hicísteis al doctor...

—Hay secretos peligrosos...

—Mas que á mí, á vos os conviene no olvidarlo, señor Prieto.

—Guardaos de mí...

—Os digo lo contrario: contad conmigo si sois mas razonable.

—Aun no me conoceis...

—Eso puedo decirlo yo con mas seguridad.

Hernando se puso su capa y su sombrero, y medio ahogado por la ira, con el rostro horriblemente contraido y los ojos chispeantes, se lanzó fuera del aposento y bajó la escalera seguido del esclavo que le abrió la puerta.

El doctor se quitó los anteojos y dijo:

—Bien; uno menos: Canuto dejará pronto de entender en la intriga de esos amores, y yo lo sustituiré.

CAPITULO XXVI.

De cómo el doctor sorprendió nuevamente á Felipe Augusto.

Cuando el peluquero y Felipe Augusto quedaron solos, volvieron á tratar del asunto que les tenia tan preocupados; pero el mancebo creyó conveniente reservar por entonces lo que le habia sucedido con el doctor, y solamente habló á Canuto de Isabel, escuchando con sorpresa que la enamorada jóven no habia dicho una palabra que aclarase el misterio de la intriga de Hernando.

—Soy de opinion,—dijo el mancebo despues de escuchar el relato de Canuto,—que no volvais á dirijir ninguna pregunta á doña Isabel, porque puede sospechar; al contrario, debeis observar la conducta de ayer, pues de todas maneras creo que sabremos cuanto deseamos por el hombre de los anteojos verdes, que no tardará en buscarme.

—No solamente,—respondió Canuto,—seguiré esa conducta, sino que me arrepiento de haberme adelantado hoy.

—Sin embargo, permitidme que crea que no habeis tenido bastante tino...

—¡Felipe!—exclamó el peluquero, agitando repetidas veces la nariz.—¿Dudas de mi habilidad para esa clase de asuntos? ¿Cómo haces á mi ingenio, reconocido por todos, envidiado por

muchos, esa ofensa?... ¡Ah!... No sabes lo que dices, mancebo inesperto.

—No pongo en duda vuestra habilidad, pero hay momentos...

—Te equivocas con respecto á mí.

—Entonces os habeis acordado de las amenazas del escudero, y el miedo...

—¡Otra ofensa!... Señor Felipe Augusto, si tuviérais tanto corazon como yo, tanta serenidad...

—No hablemos de esto,—interrumpió el jóven al verse amenazado con un discurso en tono sublime del peluquero.—Esperemos al hombre de los anteojos, y entre tanto, prudencia, tino y discrecion. Ahora me toca á mí: voy á ver á la señora condesa.

—¿Y si vuelve Hernando?

—Le decís que no he querido estarme en casa por mas que me habeis prohibido salir, y que por via de distraccion he ido á cumplir con algunos parroquianos.

—Dios te guie, Felipe.

—Y me dé mas fortuna que á vos.

—Sí, porque hoy parece dia desgraciado.

El mancebo salió sin perder un instante y se dirijió á casa de la condesa.

Sus megillas, antes pálidas, se tiñeron con la púrpura de su pasion, y sus ojos brillaron con el fuego que abrasaba su corazon enamorado.

Era la primera vez que iba á ver á doña Ana sabiendo que su amor era correspondido; la vez primera que iba á escuchar de los lábios de aquella mujer una palabra de cariño.

Parecióle al doncel que aquel dia estaba el cielo mas puro, el sol alumbraba con mas vivo fuego y que todo sonreia.

Sin embargo, el recuerdo de las misteriosas palabras de Cañete, turbó por algunos instantes su alegría, pero como el instintivo deseo de ser felices nos hace siempre creer con mas facilidad en una dicha soñada que una desdicha real, el mancebo desechó sus temores con solo preguntarse:

—¿Por qué he de olvidar á doña Ana? Nos amamos, somos

libres y tenemos bastante valor para luchar con el mundo y la adversidad.

Empero esta idea llevó tras sí otra de ternura y tristeza á la vez, y el recuerdo de su madre conmovió profundamente al jóven.

—¿Por qué,—se preguntó,—he de inclinar la cabeza respetuosamente al entrar en el aposento de los muebles de ébano? ¿Por qué he de besar uno de los sillones con la ternura que se besa á una madre, y he de llorar?

Felipe Augusto sintió oprimido su pecho y su garganta, y á su pesar se humedecieron sus ojos.

—Aquí está,—dijo.

Y despues de convencerse de que nadie lo observaba, sacó la bolsita de cuero, y de esta el pedacito de madera que besó como si fuese una reliquia.

—No,—murmuró con acento ahogado;—el hombre de los anteojos no habla por hablar, no dice una sola palabra inútilmente, y algo de mucha importancia significa su advertencia de que no me entregue descuidadamente á mi amor, de que mire como un santuario el gabinete de los muebles negros. ¡Ah!... En el acento frio, inalterable de ese hombre misterioso, en su aparente calma, en su indiferencia, hay un no sé qué de imponente, espresivo, conmovedor, que domina, turba y estremece. No, no han sido sus consejos palabras vanas, no ha querido turbar mi dicha de amante por solo el placer de hacerme sufrir. Bien ha probado que conoce mi historia, que sabe quiénes son mis padres, y con estos debe tener alguna relacion el aposento de los muebles negros, puesto que me dice que lo mire con respeto, que bese con ternura religiosa el sillon de donde se ha roto este pedazo... ¡Oh!... Y al mismo tiempo me prohibe que ame á doña Ana... ¡Dios mio, esto es horrible!—exclamó el doncel.

Y su rostro palideció, y repentinamente sintió que su frente se bañaba de sudor frio y copioso.

Habia surgido en su mente una idea que le horrorizaba. Las advertencias y consejos del doctor y las preguntas que este habia

hecho el dia anterior á Canuto, eran suficiente luz para que el talento y no comun perspicacia del jóven viesen lo que nunca habia podido sospechar.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó, levantando los ojos al cielo con suplicante mirada.

Y se estremeció convulsivamente.

Y las palpitaciones desacompasadas de su corazon, azotaron su pecho como para martirizarle ó romperle.

Por algunos instantes le faltaron las fuerzas y tuvo que apoyarse èn la pared.

Afortunadamente el calor era sofocante y á aquella hora estaban las calles poco menos que desiertas, cuya circunstancia evitó que hubiera quien reparase en el doncel.

La reaccion fué inmediata.

—¡Oh!—exclamó el desdichado á la vez que apretaba los puños con fuerza convulsiva.

Y su frente se contrajo, marcándose una profunda arruga entre sus negras cejas, y relumbraron sus pupilas como dos carbones encendidos.

Levantó la cabeza, miró á su alrededor y dijo con firme acento:

—Primero luchar y luego morir; pero darse por vencido con solo ver ante sí el fantasma horrible y espantable de la desventura, no. ¡Oh!... ¡Eso, jamás!

Nunca habia estado tan hermoso. En ninguna ocasion su varonil belleza habia tenido espresion de grandeza tan interesante, tan imponente.

Su mirada cambió de iracunda en severa, y su continente, de arrebatado en grave. Bien se pintaba en su rostro el atrevimiento, pero no la insolencia; eran sus movimientos rápidos, enérgicos, pero sin descompostura ni señales de desesperacion.

Con paso rápido, igual y firme, siguió hasta llegar á casa de la condesa, subió resueltamente y dijo al criado que lo recibió:

—Avisad á su señoría.

Pocos momentos despues atravesó el gabinete de los muebles dorados y entró en el de los sillones de ébano.

Lo que sintió al poner el pié en aquella habitacion, es inesplicable.

A su pesar inclinó la cabeza como si hubiese entrado en el templo de Dios.

Doña Ana estaba allí, hermosa como nunca, y tambien bajó la cabeza, mientras el carmin del rubor embéllecia su frente y sus megillas de nácar.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso, quizás atormentador para ambos.

Felipe Augusto se hubiera arrojado desde luego á los piés de doña Ana, pero no pudo moverse; parecíale que una ligadura de hierro le sujetaba, y sin embargo, no le turbaba ni contenia mas que el recuerdo de las misteriosas palabras del hombre de los anteojos verdes.

Es verdad que estaba decidido á seguir adelante, á luchar, pero no por esto debia atormentarle menos la horrible sospecha de ser hermano de la mujer á quien amaba con pasion tan ardiente.

Buscó palabras que pronunciar y no las encontró; solamente, despues de hacer un esfuerzo, pudo decir:

—Señora...

—Dios os guarde, —respondió la condesa.

Y tendió al jóven su mano derecha, que temblaba ligeramente.

Entonces se acercó Felipe Augusto á la dama y cogió ceremoniosamente la mano; pero al sentirla ardiente y temblorosa, parecióle que por sus venas circulaba fuego que iba á brotar por las megillas; brillaron sus ojos al encontrarse con los de doña Ana, y olvidándose de sus sospechas, de sus temores y del hombre misterioso, exclamó con acento apasionado:

—¡Ah!... Perdonad, señora, si me atreví á rasgar el velo que ocultaba vuestro corazon; pero si ya era mio, ó lo que sentia me daba derecho para conquistarlo...

—Felipe, —interrumpió con ternura la condesa, —lo que siente el corazon sale al rostro cuando no lo dicen los lábios, y temprano ó tarde hubierais conocido que yo os amaba. Tal vez las conveniencias sociales, que tanto deben enfrenar en circunstancias dadas los impulsos buenos como los malos, me imponian el deber de ser con vos mas recatada, para daros á conocer mis sentimientos, pero jamás me hubieseis declarado abiertamente vuestra pasion, sin tener mas que esperanza, seguridad de no veros despreciado; quise no daros á entender lo que á vos tocaba manifestar, sino levantaros á mi altura, para que no temieseis ver ofendida vuestra dignidad de hombre. Erais de dia mi peluquero, y por la noche mi galan misterioso y desconocido, y creí que responder con dos palabras á las súplicas que en sus tiernas canciones me hacia el galanteador, no era impropio de una dama. Si os amé fué porque creí que me amabais mucho, porque encontré en vos lo que vanamente he buscado en otros, y porque creí que erais capaz de comprenderme.

—Sí, yo os comprendo, —contestó el doncel. —El mundo os llama estravagante; los unos os tienen por caprichosa, los otros por insensible, y sin estudiar vuestro corazon, ya de una sonrisa, de una palabra ó de un gesto, deducen y acaban por juzgar. Sí, yo os comprendo, y tan bien, que no me aflije la idea de no poderos ofrecer un nombre ilustre, ni siquiera oscuro, porque tengo un corazon que sabe amaros, un espíritu fuerte, y sé que eso os basta para satisfacer vuestro deseo.

—Puedo amaros sin temor.

—¡Ah!.... ¡Gracias!.... ¡Gracias porque me habeis hecho apreciar la vida que era para mí una carga enojosa!

Una mirada ardiente, tan ardiente como el fuego que abrasaba aquellos dos corazones, se cruzó, y tras ellos palabras de ternura inmensa, de amor sin igual.

Media hora pasó como pasa un segundo, porque son muy breves las horas de felicidad.

Al fin, y por mas que les pesara, tuvieron que entrar en consideraciones sobre su respectiva posicion, y convenciéndose

de que ofrecia algunos peligros, hubieron de tratar de evitarlos, no porque les acobardasen, sino porque así les convenia.

Acordaron ambos ocultar su amor hasta que el mancebo encontrase á sus padres; y al llegar á este punto, Felipe Augusto palideció, estremecióse y quedó pensativo, porque volvió á su mente el recuerdo del hombre de los anteojos.

—¿Qué teneis?—le preguntó sorprendida doña Ana.

Por toda contestacion sacó el jóven el papel que le habia entregado Canuto, y en el que estaban escritos sus nombres, y lo miró sin atreverse á entregarlo á la condesa.

—¡Oh!—dijo para sí.—Si soy su hermano, pronto lo sabré, porque ella reconocerá al punto la letra de nuestra madre.

Y dudó nuevamente.

—¿No me respondeis?—volvió á decir la condesa.

—Sí... este papel... Ya os dije...

—Dádmelo: fundo en él todas mis esperanzas.

Y tomándolo, se puso doña Ana á examinar la letra, sin reparar que Felipe Augusto temblaba convulsivamente y palidecia mas cada momento.

No puede esplicarse lo que pasaba en el alma del jóven.

Iba á pronunciarse su sentencia de vida ó muerte.

Si eran hermanos debia decirlo la condesa, que reconoceria al punto la letra de su madre.

¡Situacion angustiosa!

Felipe Augusto, con los ojos estremadamente abiertos, y fija en doña Ana una mirada de afan y espanto, ni siquiera respiraba como si tuviese miedo de sí mismo.

Pasados algunos instantes dijo para sí el mancebo.

—Tengo esperanza. No es la letra de su madre, porque la hubiera conocido sin vacilar.

Y exhaló un suspiro que sacó de su distraccion á la dama.

—Nunca he visto esta letra,—dijo.

—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mio!—exclamó el doncel, cuyo semblante se dilató.

Sus ojos brillaron alegremente.

Y como para desahogar su contento, para celebrarlo, cogió entre sus manos agitadas una de la condesa y estampó en ella un ósculo de inmensa ternura.

—No parece, —dijo con estrañeza doña Ana, —sino que os alegrais porque no he conocido esta letra.

Felipe Augusto no acertó á contestar, porque dudó si era conveniente entrar en esplicaciones sobre las sospechas que le habian hecho concebir las palabras del doctor.

—Sea quien quiera la persona que ha escrito este papel,—añadió la condesa,—yo lo tengo por de vuestra madre.

Y lo besó con respeto.

Esta muestra delicada de cariño conmovió hondamente al jóven.

—Señora,—dijo,—nada debo ocultaros, ni mis pesares, ni mis temores, ni mis alegrías.

La condesa lo miró sorprendida.

—¿Guardábais para mí algun secreto?

—He abrigado una sospecha horrible, espantosa.

—¡Una sospecha horrible!... Esplicaos...

—Hace dos horas me dijeron: «Doña Ana de Rivadeneira puede ser vuestra mayor desdicha ó vuestra completa felicidad. No deis vuelo á vuestra pasion; reprimidla, enfriadla, estinguidla si podeis.»

La condesa miró al jóven como si dudase de lo que oia.

—¿Qué habeis dicho?—preguntó despues de algunos instantes.—¡Que me olvideis!... ¿Por qué?

—No me dieron mas esplicaciones, pero añadieron: «Inclinaos con respeto, con veneracion cuando entreis en el gabinete de los muebles de ébano que hay en la casa de la condesa, y mirad con ternura, con cariño cada uno de los adornos que contiene.»

—¿Qué significan esas palabras?—replicó la dama palideciendo.

—Mas aun, señora.

—¡Mas!...

—«Buscad, me dijo la misma persona, buscad entre los sillones uno que tiene rota una de las hojas del roseton en que rematan sus brazos, y ved si es este el pedazo que falta.»

—Bien, pero...

—Mirad,—repuso el doncel, sacando el pedacito de madera:—si el hombre misterioso que me ha dado eso no se equivoca, debo, segun me aconsejó, besar el mueble con el cariño que se besa á una madre y derramar sobre él una lágrima de ternura.

Doña Ana se levantó rápidamente y empezó por examinar el sillon donde habia estado sentada.

No tardó en encontrar el roseton con una hoja rota, resultando del cotejo ser el pedazo que faltaba el que Felipe Augusto habia recibido del doctor.

—¡Oh!—exclamó doña Ana, cuya frente se tiñó de púrpura.—¿Quién se ha atrevido á ofender la memoria de mi madre?

Lo mismo que el jóven, ella habia comprendido el significado de las embozadas frases de Cañete.

—Señora, tal vez un fin laudable dictó las palabras de la persona que me hizo semejante advertencia; pero nada aseguró, solo me aconsejó templanza por lo que pudiera suceder; de manera que, segun vine á deducir, sospechaba, pero nada mas que sospechar, que nosotros podiamos ser...

—¡Hermanos!...

—Por eso, cuando examinásteis la letra del papel donde están mis nombres y no la conocisteis, se pintó en mi semblante la alegría que tanto os llamó la atencion.

—¡Oh!—murmuró la condesa, sentándose con muestras de abatimiento.

—¿Qué teneis?

—Puede estar eso dictado por vuestra madre, pero escrito por otra persona.

Como si esta observacion hubiera sido un peso enorme que hubiese caido sobre el doncel, sentóse este como quien ha perdido las fuerzas.

—Es verdad...

—¿Quién os ha dicho todo eso?—preguntó afanosamente doña Ana.

—Un hombre que se me ha aparecido sin saber cómo, que me conoce sin que yo lo conozca, que me ha revelado secretos que parecia imposible que se descubriesen, y que me ha hecho comprender con su estraña conducta que no es para él un misterio mi nacimiento. Contra su frialdad y su calma inalterable se han estrellado mis súplicas y mis amenazas. Me ha prometido ayudarme, pero ni siquiera me ha dicho su nombre. Conoce la vida privada de todo el mundo, no hay secreto que ignore, y cuando he intentado ocultarle alguno mio, se ha sonreido burlonamente y me ha probado que lo sabia mejor que yo. ¡Oh!... Me ha atormentado, ha trastornado mi razon, pero de manera que aun he tenido que darle las gracias.

La condesa escuchó sorprendida á Felipe Augusto, y despues de algunos momentos, dijo:

—Quiero ver á ese hombre.

El mancebo refirió entonces con todos sus detalles lo sucedido la noche anterior, y con la confianza de amantes habló de los amores de Isabel, pero callando los secretos que habia jurado guardar.

La admiracion y curiosidad de doña Ana crecian por instantes.

—Es preciso,—volvió á decir,—que yo hable con ese hombre.

Iba á contestarle Felipe Augusto, pero sintió pasos en la habitacion inmediata y se levantó.

—Señora,—dijo un criado asomándose á la puerta,—un hombre con trazas de hidalgo pide obstinadamente hablar á vuestra señoría. Dice que le trae un asunto urgente y de mucha importancia.

El doncel se dispuso á salir.

—¿Os vais?—preguntó la condesa.

—Como vuestra señoría no quiere peinarse hasta la tarde, pienso aprovechar este tiempo...

—Bien, pero no falteis luego, y decid á vuestro tio que os dé la pomada. No olvideis la esplicacion que os he dado sobre las esencias.

—Tengo buena memoria.

—Que entre ese hombre.

Desapareció el lacayo.

Brillaron los ojos del mancebo que habia vuelto á olvidar al doctor, y tomando una mano de doña Ana, aprovechó aquellos instantes para dejar en ella el sello de su amor.

—Adios, Felipe Augusto,—dijo la dama.

Y sus megillas se encendieron.

El barbero salió mientras murmuraba:

—¡Soy feliz!

Pero al atravesar el gabinete de los muebles dorados, se detuvo, quedando inmóvil y pálido como una estátua de mármol.

Acababa de encontrar al hombre de los anteojos verdes.

Este pasó como si no conociese á Felipe Augusto ni hubiese visto á nadie, y entró en el otro aposento mientras lo anunciaba el sirviente que lo habia introducido.

El jóven pensó volver atrás, pero hubiera sido llamar la atencion, y tuvo que resignarse y salir.

—Lo esperaré en la calle,—dijo para sí.

Y con pasos no muy seguros salió de la casa y fué á situarse tras la primera esquina de la calle del Cordon.

—¿A qué ha venido? ¿Intentará poner algun obstáculo á nuestros amores? ¿Será que quiere salir de dudas, averiguando cuanto doña Ana pueda decirle de su madre?

Estas y otras muchas preguntas se hizo el doncel, pero como á ninguna podia contestarse, quedó pensativo.

—Esto no puede quedar así,—dijo despues de largo rato.—Si ese hombre no esplica su conducta, no dice claramente lo que busca, lo que quiere, le daré una leccion que le enseñe á no atreverse á tanto otra vez.

No hubiera dicho estas palabras el mancebo si hubiera escuchado las últimas de la conversacion de Hernando y Cañete.

Pero volvamos á casa de la condesa.

CAPITULO XXVII.

Lo que adelantó Cañete en sus averiguaciones.

Apenas vió la condesa al doctor, conoció ser el mismo de quien le habia hablado Felipe Augusto, y quedó tan sorprendida, que hasta despues de algunos instantes no pudo contestar al saludo que aquel le hizo.

Miráronse ambos por breves momentos.

Esperaba el doctor á que la condesa le mandase sentar.

Doña Ana aguardaba á que Cañete hablase.

—Señora, —dijo este al fin, —supongo que me conoceis.

—¡Que os conozco!

—Y que no os sorprende mi visita.

—No la esperaba, pero la deseaba... Sentáos.

—Bien, —repuso el doctor sentándose frente á la dama; —bien, me alegro que empeceis á espresaros con tanta franqueza, lo cual no estraño porque os conozco.

—¿Sabeis mi nombre? —preguntó la condesa con marcada intencion.

—Digo que os conozco porque...

—Ya os entiendo y no dudo que me conozcais.

—Como el señor Felipe Augusto os habrá hablado de mí, escuso...

—Sí, —interrumpió la condesa, —de vos me hablaba cuando habeis llegado.

—¿Acabó de esplicaros?...

—Todo.

—Podemos ahorrar tiempo.

—Le habeis hecho indicaciones...

—Que le habrán dado mucho que pensar, lo habrán atormentado, y lo siento; pero tenia un deber que cumplir.

—Caballero, —replicó la condesa que en vano intentaba adivinar algo en el rostro del doctor, —ignoro las razones que habeis tenido para callar lo que tanto importa al desgraciado huérfano; pero sean las que quieran, empiezo por respetarlas porque es imposible que seais un malvado que os goceis en el tormento de una criatura inocente y de noble corazon.

—Gracias, señora, —contestó Cañete con calma.—¿Pero no temeis equivocaros al juzgar tan ventajosamente de mí?

—No.

—¿Puedo saber en qué os fundais?

—En vuestro mismo proceder.

—Es raro, misterioso, incomprensible...

—No importa.

—Creo, señora, que nadie mas que vos acabará por comprenderme y ayudarme, y que en vos depositaré toda mi confianza.

—Es posible, —contestó doña Ana.

—Ahora os ruego que me perdoneis si guardo con vos alguna reserva, porque tengo motivos poderosos para obrar así.

—No os preguntaré vuestro nombre, ni de dónde venís, ni á dónde vais, —replicó sencillamente la condesa.—Lo que me importa es convencerme, sin que me lo digais, que vuestras acciones las guia un fin noble, aunque á la vez mireis por vuestro provecho.

—Todo puede hermanarse.

—Dicen que no hay nada oculto para vos, —repuso doña Ana,

sonriendo;—esto no me sorprende ni me admira, porque en este mundo no es lo mas difícil averiguar secretos, sino saber apreciar lo que es público.

El doctor se acercó á la condesa.

—Señora,—dijo,—muy ventajoso concepto habia yo formado de vuestras prendas, pero os confieso que nunca me figuré que tuvieseis un talento tan elevado.

—Gracias, caballero...

—Proseguid.

—Iba á deciros que si, lo que no es probable, habeis venido con la intencion de averiguar mis secretos, para completar el caudal que de ellos teneis, os equivocásteis; no porque vuestra habilidad no pudiera conseguirlo, sino porque no los tengo, y aun si alguno guardase, os lo revelaria sin dar al caso ninguna importancia.

—¡Oh!—repuso Cañete.—Ahora comprendo el porqué no ha logrado nadie conoceros.

—Me llaman loca, estravagante, caprichosa, descorazonada...

—¿Y qué os importa?

—Vos lo direis.

—Lo que á mí el que los vecinos de mi calle me señalen con el dedo y digan: «Ya sale, ya entra el hombre de los anteojos verdes.»

—Ya podemos entrar en esplicaciones,—repuso la condesa.

—Es verdad, nos hemos entendido perfectamente.

—Habeis venido á hablarme del señor Felipe Augusto...

—Sí, señora, del mismo que, aunque tiene un talento privilegiado, ha cometido la torpeza de participaros sus temores de que seais hermanos.

—Caballero,—replicó doña Ana, cuyas megillas enrojecieron,—¿por qué habeis ofendido la memoria de mi virtuosa madre?

—Para prevenir un mal.

—¿Quereis decirme con qué fundamento sospechásteis que Felipe Augusto era mi hermano?

—Os lo diré con una condicion.

—¿Cuál?

—Con la de que me jureis no hablar á nadie de lo que yo os diga.

—¿Ni á Felipe Augusto tampoco?

—Tampoco; y para exigiros esto tengo razones poderosísimas que no tardareis en conocer y aprobareis.

—Os lo juro.

Cañete miró á todos lados, se acercó mas á doña Ana, y dijo bajando la voz:

—El tercer dia de pascua de Navidad del año 1637, á las doce de la noche, nació Felipe Augusto en esta misma habitacion.

—¡Ah!—exclamó la condesa.

Por primera vez se vió alterado y contraido el rostro del médico.

—¿Acaso,—dijo,—mis sospechas?...

—No sé,—replicó doña Ana, pálida como un cadáver.—¡Oh!... ¡Esplicaos!...

—Nadie sino vos puede hacerlo, señora,—dijo el doctor, no ya con su calma de costumbre.—Aquí nació Felipe Augusto, en esta misma habitacion, cerca de esa chimenea que estaba encendida y mientras que silbaba furiosamente el viento y la lluvia azotaba los vidrios de esa ventana...

—¡Dios mio!—exclamó doña Ana.

Y sus miembros se agitaron convulsivamente y clavó en el doctor una mirada afanosa.

—¡Ah!... ¡Noche inolvidable!—repuso Cañete con acento de conmocion profunda.—La madre de Felipe, con una entereza sin ejemplo, dió á su hijo la vida sin exhalar un grito, ni un gemido leve. ¡Nunca como entonces he podido adivinar el valor de una madre!

—¡Proseguid!...

—Aquella mujer debia ser de una belleza sorprendente, segun la de sus formas lo indicaban. Tenia medio cubierto el rostro

por un antifaz de tela finísima de seda negra, á traves del que podia verse parte de sus ojos azules como el cielo.

—¡Azules!—balbuceó la condesa.

—Tenia descubierta la boca que era un modelo, y el cuello mórbido y blanco como las hojas de la azucena.

—¿Y los cabellos?...

—Finos, relucientes como hebras de oro, y rubios...

—¡Rubios!—exclamó doña Ana con acento ahogado.

—Sí...

—¡El retrato de mi madre!...

—¡Oh!... ¡Fatalidad horrible!—exclamó Cañete, apretando con rabia los puños.

—¡Dios mio!—balbuceó la condesa.

Y como horrorizada se cubrió el rostro con las manos.

—¿Con qué es verdad?...

—¿Pero cómo sabeis todo eso?... ¡Ah!... Sin duda fuisteis testigo...

—Me habeis jurado...

—No olvido mi juramento... ¡Tened lástima de mí!... ¡Esplicaos!...

—Señora, si preguntais por el doctor Cañete, os dirán que fué un médico que hace muchos años habia en Madrid y que desapareció sin que haya vuelto á saberse de él. Ese médico estaba en su casa la noche de que os he hablado, y se le presentó un hombre enmascarado, proponiéndole que lo siguiese para asistir á una mujer que debia ser madre, pero á condicion de dejarse vendar los ojos. Le pagó el enmascarado generosamente, y como no se trataba de cometer un crímen, sino de cumplir un deber sagrado, aceptó Cañete, viniendo aquí despues de hacerle dar mil rodeos para que no pudiese acertar despues con la casa; pero como era hombre muy astuto y de una memoria singular, no olvidó las vueltas que habia dado, y repitiéndolas solo, acertó que lo habian llevado cerca de Santa María. Despues, por otra circunstancia que ya sabreis, y que ahora no es del caso, logró el doctor adivinar el resto, y se convenció, con pruebas,

de que esta era la casa. Nació Felipe Augusto; el médico, por órden del enmascarado, puso al niño un ungüento á la derecha de la parte posterior de la cabeza, para que no le naciera pelo allí, quedando como un lunar calvo poco mas grande que un escudo de oro.

—Esa señal...

—Debia servir para reconocerlo.

—¿Y Felipe Augusto?...

—Debe tenerla.

—¿Estais seguro?

—Podeis convenceros, buscando disimuladamente una ocasion.

—¡Oh!... ¿Y luego?...

—El médico rompió la hoja del roseton...

—¡Es la misma!...

—¿Dudareis?...

—Seguid...

—Sabeis ya por qué circunstancia fué el niño á poder de Canuto el peluquero.

—Pero ese médico...

—Vais á ver lo que nadie ha visto, á saber lo que nadie sabe...

—Os he jurado...

—Mirad, —repuso el doctor.

Y se quitó los anteojos, fijando en la condesa la penetrante mirada de sus espresivos ojos.

—¿Acaso?...

—Yo soy el doctor Cañete.

—¡Ah!...

—Esta historia no la saben mas que otros dos hombres: el enmascarado y el padre de Felipe Augusto.

—¿Conoceis á su padre?

—¡Así pudiera saber con tanta seguridad quién fué su madre!

—Vuelvo á recordaros mi juramento...

—Felipe Agusto,—dijo á Cañete, acercando sus delgados lábios al oido de la condesa y en voz muy baja,—Felipe Augusto es hijo del rey.

—Doña Ana no pudo reprimir un grito.

—¡Es hijo del!...

—¡Silencio!—interrumpió el doctor.

—¡Su hijo y su rival!...

—Sí.

—¡Mi amante y mi hermano!...

—Tal vez.

—¿Aun dudais?

—Dudo.

—¡Dios os bendiga si me probais lo contrario!...

—Quizás vos me lo probareis.

—Mi cabeza está tan trastornada en este momento...

—Teneis fuerzas para mas,—repuso Cañete mientras pulsaba á la condesa.—Amenaza una fiebre nerviosa, pero tal vez podrá cortarse... dadme un papel... Aquí lo veo... Con vuestro permiso.

Y acercándose á la mesa donde el dia antes habia descubierto doña Ana al escribir su amor, puso una breve receta.

—Mandad,—dijo,—que os traigan eso al instante... en una botellita que cierre bien...

La condesa, trémula y agitada se acercó á la puerta, llamó á un criado y ordenó que fuesen por el medicamento.

—Ahora,—prosiguió Cañete,—os toca á vos sacarme de dudas con las esplicaciones que podeis darme.

—Sí, sí, preguntad...

—¿Estábais en Madrid el año 1637?

—No puedo asegurarlo, pero poco mas ó menos, por ese tiempo vinimos, pues segun decia mi madre yo tenia entonces unos cuatro años.

—¿Y vuestro padre?

—Tengo entendido que despues de nuestra llegada no estuvo en Madrid sino algunos dias, y salió apresuradamente pa-

ra Cataluña con una comision secreta de su majestad.

El doctor se mordió los lábios: semejante viaje era sospechoso.

—¿Permaneció fuera mucho tiempo?

—Creo que dos años.

—¿Esta casa es vuestra?

—La compró mi padre á su vuelta de Cataluña.

Cañete cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y meditó por espacio de algunos minutos.

La condesa no apartaba de él su mirada afanosa.

—¿No conservais cuentas antiguas de los gastos de vuestra casa?—preguntó al fin el doctor.

—Supongo que estarán las de nuestro mayordomo entre una porcion de papeles que hay arrinconados.

—Los veremos.

—Ahora mismo...

—Esperad que os traigan el medicamento,—replicó Cañete.

Y poniéndose otra vez los anteojos, volvió á meditar.

Algunos minutos despues entró un criado con una botella, una copa de cristal y una cuchara de oro.

Doña Ana tomó una cucharada del líquido incoloro que contenia la botella, y dijo:

—Ahora respiro con mas facilidad y estoy mas tranquila... Vamos.

Y guió al doctor, atravesando varias habitaciones hasta llegar á una donde habia algunos estantes llenos de legajos empolvados, pero en ordenada colocacion.

Cañete fué examinando los rótulos.

—Este,—dijo.

Y tomó un paquete que contenia las cuentas del mayordomo en el año 1637.

Una por una revisó las partidas de la data, invirtiendo en esta operacion cerca de media hora.

—Voy teniendo esperanza,—dijo.

Y tomó el legajo correspondiente al año 1638, empezando á examinar los gastos del mes de enero.

A los pocos instantes se agitaron sus manos, se animó su su rostro y exclamó:

—¡Aquí está!

La condesa fijó en el escrito una mirada de avidez devoradora, y leyó, á la vez que el médico, una partida que este señalaba con el dedo y que decia lo siguiente:

«Item. Cuatro mil y doscientos ducados por la compra de los muebles, tapices y adornos de la casa de la calle del Sacramento, comprados al anterior inquilino de la misma, y consta del recibo unido á esta cuenta.»

—¡No es mi hermano!—exclamó la condesa, cuyos ojos brillaron como dos ascuas.

—Sed felices,—dijo Cañete,—y perdonadme si he amargado las primeras horas de vuestro amor.

—¡Qué os perdone cuando tanto os debemos!

—Aun queda mucho que hacer.

—Mirad ese recibo que justifica la partida que trata de la compra de los muebles, y así sabremos quién era el inquilino de la casa.

—No estará á su nombre.

—Pero la persona que lo firme...

—No dirá nada,—replicó el doctor sonriendo maliciosamente porque presumia que el documento estaria firmado por Hernando.

—Sin embargo, nada se pierde por mirar...

—Bien, bien.

El doctor revisó uno por uno los justificantes de la cuenta, pero no encontró el recibo de los cuatro mil doscientos ducados.

—Ya veis señora,—dijo:—lo han quitado.

—La intriga está bien combinada...

—Pero como segun vuestra opinion y la mia, no hay cosa mas fácil que averiguar secretos...

—Para vos...

—Veremos, señora.

—Tengo en vos la mayor confianza, señor Cañete...

—No os acostumbreis,—interrumpió el doctor,—á pronunciar mi nombre: yo me llamo el hombre de los anteojos verdes.

—No lo olvidaré.

—Sabemos ya que la madre del señor Felipe Augusto dejó esta casa pocos dias despues de haber nacido este, y lo que nos falta averiguar es cómo se llamaba y á dónde fué.

—¿Y vos os encargais de esa comision?—dijo doña Ana, cogiendo entre sus manos mórbidas las huesosas del doctor y sonriendo con hechicera coquetería.

—Sin necesidad de que me lo rogueis.

—Pensad que de vos depende la felicidad de Felipe Augusto, cuyo noble corazon no tiene igual.

—Y vos pensad en vuestro juramento.

—Caballero...

—Nos perderia, no solamente la menor indiscrecion, sino el mas leve descuido, porque hay quien está muy interesado en este asunto.

—Descuidad.

—Ahora que ya estais tranquila,—repuso el doctor pulsando nuevamente á la condesa,—me voy.

—¿Cuándo volvereis?

—Cuando sea menester.

—¿Y si os necesito?

—Felipe Augusto sabe dónde está mi casa.

—¿Sereis en adelante mi médico?

—Y vuestro servidor mas leal.

—El cielo os guarde...

—Y á vos señora.

Cañete salió mientras decia para sí:

—Esta mujer vale mas de lo que yo creia... ¡Si Hernando tuviera su talento!... Ahora encontraré á Felipe Augusto, que de seguro estará esperándome: la juventud es impaciente.

Como sabemos, el médico no se equivocaba.

A los pocos pasos que dió, presentósele el mancebo, diciéndole:

—Caballero...

—Señor Felipe Augusto,—interrumpió Cañete con calma,—la condesa no es vuestra hermana...

—¡Ah!...

—Sed feliz...

—Pero mis padres...

—Tengo esperanza de encontrarlos.

El jóven miró al doctor sin saber qué decirle.

—Enfadaos ahora conmigo,—añadió Cañete.

Y en sus delgados lábios retozó la sonrisa mas burlona que puede imaginarse.

Felipe Augusto se puso colorado como una amapola y bajó los ojos.

—Señor hidalgo...—balbuceó.

—No os avergonceis, la juventud se arrebata fácilmente, y esto puede esplicarlo la ciencia como esplica una congestion. Sin embargo, teneis la ventaja de dominaros como no se dominaria nadie á vuestra edad, pues otro cualquiera no hubiera tenido vuestra calma en el caso presente.

—Perdonadme...

—Ningun mal me habeis hecho.

—Pero os he ofendido dudando si debo teneros por amigo ó enemigo...

—Duda muy natural, muy razonable y que no debeis haber resuelto todavía porque ninguna prueba de amistad os he dado.

—Sí, me habeis dado una prueba, y de mucho valor al desvanecer la horrible sospecha...

—Pero tambien fuí causa de esa misma sospecha...

—Vuestra intencion...

—Fué buena.

Felipe Augusto contempló algunos instantes al doctor y luego dijo:

—¿Y doña Ana?

—Amadla con todo vuestro corazon, porque lo merece.

Una mirada cariñosa fué la contestacion del mancebo.

—Hemos quedado amigos, muy amigos,—añadió Cañete.

—¡Amigos!...

—Como de toda la vida.

—¿Pero os conoce?

—Sí.

—Entonces...

—Ignora cómo me llamo, pero el nombre es lo de menos.

—Sois incomprensible.

—Decid eso á la señora condesa y se reirá de vos.

—Si no fuera una imprudencia volver á entrar...

—Sí, seria una imprudencia. A donde debeis volver es á vuestra casa, porque en la situacion en que todos nos encontramos, puede suceder cualquiera cosa...

—¿Qué quereis decir?

—Nada: como hace dos horas que Canuto dió al escudero una carta de doña Isabel...

—¡Oh!... Sois...

—El hombre de los anteojos verdes,—repuso tranquilamente el doctor.

—¿Cómo habeis sabido?...

—Preguntad á Canuto y á Hernando cómo lo han hecho con tan poco disimulo.

—¿Y qué tiene que ver la carta con esos acontecimientos que temeis? ¿Qué puede suceder?

—Sabed que el escudero ha llevado muy á mal lo que vos habeis sufrido con calma, es decir, se ha enfurecido, porque conozco sus secretos, y como es de carácter arrebatado, necesitará desahogar con alguien su enojo, y tal vez el inocente Canuto pague lo que no debe.

—¡Oh!—exclamó Felipe Augusto, cuya frente se contrajo.

—Por eso os he advertido...

—Nadie tocará un cabello al hombre que me ha criado.

—No hay que alterarse antes de tiempo.

—No, pero ¡vive el cielo! que si el señor Hernando se atreve á desmandarse, sabrá que Canuto tiene quien responda por él.

—Ese es vuestro deber, pero os conviene seguir mi consejo.

—¿Qué he de hacer?

—Si va el escudero á buscar á Canuto, procurad escuchar lo que hablan.

—Lo haré.

—Si se agriase la conversacion...

—¡Oh!... Entonces...

—Os estareis quieto y seguireis escuchando.

—Bien, pero...

—Calma, jóven, calma.

—Desde que os conozco la perdí.

—No será porque os he dado el ejemplo.

—Es verdad...

—Os decia...

—Sí, aconsejadme, á vos me entrego.

—Solo en el caso de que el escudero intentase pasar de las palabras á los hechos, ó lo que es lo mismo, emplear las manos en lugar de la lengua, solo en ese caso, repito, tomareis parte en la cuestion.

—Bien.

—Aconsejad á Canuto que no confiese que me ha visto siquiera en toda su vida, y vos debeis hacer lo mismo, pues el señor Hernando cree como artículo de fé, que el cantor de anoche era un estudiante que se llama Andrés Cornejo.

—Es verdad.

—De manera...

—Comprendo.

—Si de la cuestion resultase que Canuto perdiera la confianza del escudero y que dejase de tomar parte en la intriga de los amores de doña Isabel, que no le pese, pues en ello ganará mucho.

—Soy de vuestra opinion.

—El tiempo que gasta en eso puede emplearlo en ayudarnos á buscar á vuestros padres.

—Sí, sí...

—Y sobre todo, y esto salvo vuestro parecer, que no tome ninguna determinacion sin consultarme.

—Os he dicho que me entrego ciegamente á vos, y no me arrepiento.

—No os pesará.

—Sois amigo de doña Ana...

—Lo cual os prueba, y con mucho fundamento, que no debeis esperar de mí nada malo.

—Caballero, voy á separarme de vos, porque no quiero que el señor Hernando vaya y encuentre solo á Canuto.

—Sí, volved á vuestra casa.

—No me olvideis...

—Ni vos del juramento que me hicísteis.

—Descuidad.

—Porque si el señor Hernando entendiese que sois dueño de su gran secreto y del de su majestad, seria cierta vuestra perdicion.

—Os prometí guardarlos y lo cumpliré.

—No desconfio de vos, pero teneis pocos años y en un momento de arrebato, propio de vuestra edad, podiais cometer una imprudencia sin pensar lo que haciais.

—Si hoy sucede lo que temeis, iré á veros.

—Ya sabeis dónde podeis encontrarme.

—De todas maneras, quiero poneros al corriente de la única cosa que ignorais.

—¿Otro secreto?

—Sí, el del chasco que dí al señor Hernando para hacerle creer que no era yo, sino mi amigo Cornejo, el rondador de anoche.

—No he podido esplicármelo.

—Es difícil acertarlo.

—Y francamente, me pica la curiosidad.

—Quedará satisfecha.

—No os detengais...

—Guárdeos el cielo...

—Dios os bendiga.

Por primera vez se estrecharon la mano amistosamente aquellos dos hombres, tipos tan opuestos, pero que tanto valian.

Separáronse, tomando opuesto camino.

—Va interesándome demasiado este mancebo,—decia el doctor mientras se alejaba,—y temo acabar por olvidarme de mí para ocuparme solamente de él.

—¿Qué vá á ser del pobre Canuto?—se preguntaba el doncel en tanto que se dirijia á su casa.—Veo que en este enredo va á representar el principal papel sin comprender nada ni saber el porqué se mueve y se mezcla en la intriga.

CAPITULO XXVIII.

Sigue la confusion y las tribulaciones del peluquero.

Contra lo que esperaba el doctor Cañete, Hernando no fué aquel dia á ver á Canuto, ocupándose esclusivamente en hacer averiguaciones sobre el estudiante Cornejo y en conferenciar con el rey, á quien dijo que nada habia podido adelantar con el hombre de los anteojos, pero que habia acabado de convencerse de que este poseia secretos de mucha importancia y que seria menester apelar á un recurso estremo para obligarle á revelar lo que supiese.

Esto no fué para Felipe IV una esplicacion bastante clara, y dudó un instante de la fidelidad de su escudero, pero los muchos y buenos servicios de este disiparon la sospecha, si bien ya era un mal que el monarca hubiera puesto en tela de juicio la lealtad de Hernando.

El peluquero y Felipe Augusto conferenciaron tambien á sus anchas, diciéndole este á aquel lo que creyó prudente, pero sin ocultarle ya que habia tenido esplicaciones con el hombre de los

anteojos, á quien pintó con tan misterioso colorido que cautivó á Canuto, inclinado, como ya sabemos, á todo lo raro.

Al dia siguiente por la mañana, con estrañeza del peluquero y Felipe Augusto, tampoco fué Hernando, y viendo que eran las diez, hora de peinar á doña Margarita y á su hija, dijo Canuto al doncel:

—¿Qué debo hacer?

—Me parece,—contestó el jóven,—que lo mas acertado es que os vayais.

—¿Y si aun viene con alguna carta?

—No vendrá.

—Temo que doña Isabel esté ya avisada...

—¿Qué os importa? Solo podrá suceder que no os dé ningun billete.

—Lo cual no me importa sino por las consecuencias...

—Estad tranquilo.

—¡Oh!—replicó Canuto, agitando la nariz.—El escudero no es enemigo despreciable.

—Si empezais á tener miedo...

—¡Miedo!... Ya sabes que no lo conozco,—dijo el escudero, faltando descaradamente á la verdad;—pero al fin el señor Hernando puede mucho con su majestad, y no seria estraño que intrigase para que se me despidiese de palacio.

—Seria una desgracia, pero no tan grande que deba poneros en cuidado, porque bien podeis vivir sin ser peluquero del rey.

—Es que por adular á su majestad me despidirian tambien todos los señores, aunque tuviesen que ponerse en manos del mas torpe.

—No os dé pena, señor Canuto; soy jóven y fuerte, y mientras Dios me conserve la salud no ha de faltaros pan. Sobre todo, aun no ha sucedido la desgracia que temeis, y lo que debe ocuparnos es lo que nos interesa para salir bien de los enredos en que os habeis metido.

—¿Pero por qué desconfia de mí el señor Hernando? Esto es lo que no puedo acertar.

—Lo ignoro.

—Allá veremos: cuando venga se esplicará,—repuso Canuto, tomando su capa y su sombrero.—No te muevas de aquí, ni cuando yo vuelva, porque es conveniente que escuches lo que me diga el señor Hernando.

El jóven comprendió el miedo de Canuto y se sonrió maliciomente.

—Todo se arreglará á vuestro gusto.—dijo.

El peluquero se fué á casa de doña Margarita sin que allí encontrase novedad.

Isabel, como el dia anterior, hizo salir del aposento á su doncella y preguntó á Canuto:

—¿Me trais alguna carta?

—No, señora.

—¿Por qué?

—Por que no me la han dado.

—Pues tomad,—repuso la jóven.

Y dió un papel al peluquero.

Este no entró en mas esplicaciones ni Isabel habló una palabra mas.

Aquel dia se concluyó el peinado mas pronto que nunca, porque ambos tenian prisa.

Canuto volvió á su casa.

—¿Qué hay?—le preguntó Felipe Augusto.

—Una carta...

—Pero...

—No ha pronunciado diez palabras.

Cinco minutos despues llegó el escudero.

Su rostro decia claramente que contenia con dificultad los ímpetus de su coraje.

—Dios os guarde,—dijo.

—Y á vos tambien...

—Quisiera hablaros...

—¿Reservadamente?

—Sí...

—Subid. Y tú, Felipe, cuida de la tienda.

Subieron Canuto y Hernando á la habitacion que ya conocen nuestres lectores, y apenas entraron, el peluquero, como para conjurar la tormenta, sacó la carta:

—Tomad,—dijo.

El escudero cogió el papel, rompió el sello, leyó mil tiernas frases, pero le hizo palidecer la última línea que decia:

«No me inspira confianza el peluquero: su conducta es sospechosa.»

—Señor Canuto;—dijo Hernando con voz comprimida y apretando los puños,—sois un miserable.

Canuto tembló sin acertar á responder.

—¿Me habeis entendido?—añadió el escudero.

—¡Ah!—exclamó el infeliz peluquero.

Y sacudió su larga nariz mientras el terror desfiguraba su rostro.

—Me habeis engañado, me habeis vendido y ¡vive el cielo! que la traicion ha de costaros cara.

—Señor Hernando,—pudo al fin decir Canuto,—¿Por qué os mostrais tan enojado conmigo?

—¡Eso me preguntais!

—Por Dios os ruego que os tranquiliceis, amigo mio, y me espliqueis lo que significan vuestras palabras. ¿Qué os he hecho?

—¡Oh!...

—Señor Hernando...

—¡Villano!...

—Eso no...

—Pero afortunadamente ha sido descubierta á tiempo vuestra traicion.

—Estoy aturdido, confuso... ¿De qué traicion hablais?—replicó el peluquero, cuyas piernas temblaban, chocando una con otra las rodillas.

—Debiera despreciaros porque sois un cobarde que ni aun el valor de vuestro crímen teneis; pero es preciso que espieis vuestra falta.

—Vuelvo á suplicaros...

—¡Basta!—replicó el escudero, acercándose á Canuto con los ojos chispeantes.

El peluquero retrocedió.

—¿Y con qué derecho,—se atrevió á decir, acordándose de que Felipe Augusto no andaba lejos,—con qué derecho quereis castigarme sin mas esplicaciones y sin permitirme que me defienda?

—¿Necesitais esplicaciones de lo que sabeis mejor que yo?

—Os repito que ignoro...

—Si es que despues de haberme engañado vilmente intentais burlaros de mí...

—Conseguireis volverme loco.

—Mas mereceis.

—Os suplico,—dijo Canuto, cruzando las manos,—que me hableis con mas claridad. Tened lástima de mí, señor Hernando, y creedme, que si os he ofendido, lo ignoro; he pecado sin malicia, sin intencion...

—Mentís.

—¡Ah!—exclamó el peluquero con tono de humilde súplica.—¡Por lo que mas ameis!...

—Bien, os daré esplicaciones,—replicó Hernando;—os las daré, no porque sean necesarias, sino para obtenerlas de vos y disminuir vuestra pena.

—Sí, sí...

—Sentaos y escuchadme...

—Como gusteis... como ordeneis...

—Pero tened presente que si no decís la verdad, podeis encomendaros á Dios.

—Ya sabeis que, aunque peluquero, soy de cuna hidalga como lo prueba mi apellido, y un hidalgo de cristianas costumbres no miente.

—Lo veremos.

—Esplicaos,—repuso el peluquero algo mas tranquilo;—es-

plicaos y dejad que me esplique, y vereis cómo vuestras sospechas son hijas de algun error.

—¿A quién habeis dicho que doña Isabel os daba cartas para mí?

—¡Señor Hernando!—exclamó Canuto fijando una mirada de sorpresa en el escudero.

—Responded...

—¿Pero estais loco?

—¡Vive el cielo!... ¿Quereis burlaros de mí?

—¡Ah!... ¡Esto es horrible!

—No lo sabeis bien aun.

—¿Cómo habeis podido sospechar que yo haya descubierto un secreto, que á mí, quizás mas que á vos, me interesa guardar?

—Vuelvo á deciros que mi paciencia está á punto de acabarse; con que así, dejaos de negativas que á nada conducen, pues en último caso, para haceros pagar vuestro delito no es menester que lo confeseis.

Canuto sacudió la nariz y arqueó las cejas. No habia pensado que las quejas del escudero se fundasen en lo que acababa de oir, y temió que Felipe Augusto hubiera cometido alguna indiscrecion al hablar con el hombre de los anteojos.

—Os juro,—dijo,—que á nadie...

—No jureis,—interrumpió Hernando,—porque los juramentos nada significan ni valen cuando los hechos afirman.

—Pero...

—Me habeis vendido... habeis vendido los secretos del rey...

—¡Dios santo!—exclamó el peluquero, poseido del mayor espanto.

—Sí.

—¿Pero qué pruebas teneis?

—Una incontestable.

—Decid...

—Ayer cuando salí de aquí encontré á la persona á quien habeis descubierto el secreto...

—Es un impostor.

—Dejadme hablar: ¿no quereis esplicaciones?

—Sí, sí...

—Esa persona me dijo las siguientes palabras: «Ya sé que Canuto acaba de entregaros una carta de doña Isabel.»

—¡Oh!...

—¿Debo dudar?

—¡Imposible, imposible!—replicó el peluquero.

Y se limpió el sudor que inundaba su pálida frente.

—Tengo mas pruebas.

—¡Mas pruebas!

—Sí.

—Pues todas ellas...

—Mirad,—replicó el escudero sacando la carta de Isabel.—Aquí tambien se dice que vuestra conducta infunde sospechas.

—¿Ella tambien?

—Podeis leerlo.

—No...

—¿Qué habeis hecho ó qué habeis dicho á doña Isabel?

—¡Yo!

—Vos.

—Nada. He seguido vuestras instrucciones y quizás por eso mismo ha sospechado. Mi silencio y aquel encojerme de hombros y hacerme el desentendido...

—Basta...

—Necesito convenceros.

—En cuanto á doña Isabel, nada os digo.

—Y en cuanto á ese miserable impostor...

—Me dijo la verdad.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó Canuto algun tanto recobrado.

—¿Necesitais que yo os lo diga?

—Sí, porque no lo sé.

—Vos sois quien habeis de decirme cuándo lo habeis conocido, dónde y cómo.

—Hablemos claro, señor Hernando.

—¿No me entendeis?

—No.

—¡Vive Dios!... Esto es ya demasiado.

—El nombre de ese miserable...

—Os contentareis con sus señas.

—¿Y por qué no su nombre?

—Porque basta con deciros que es el de los anteojos verdes.

—¡El de los anteojos verdes!—repitió Canuto con acento de tan verdadera sorpresa que hizo dudar al escudero.

—¿Qué os admira?

—Fácil es comprenderlo: me hablais de un hombre con anteojos y... ¿qué quiere decir eso?

—Mirad que no me chanceo.

—Pues si no os chanceais, lo cual pudiera ser porque vuestro génio es alegre, entonces... perdonad que os lo diga... estais...

—Acabad.

—Estais loco,—añadió resueltamente el peluquero y mientras miraba de reojo á la puerta.

—¡Señor Canuto!...

—Sí, habeis perdido el juicio ó teneis la mala intencion de hacérmelo perder á mí,—replicó Canuto, levantándose para poder huir en caso necesario.

—¡Vive Dios!—gritó Hernando, adelantándose hácia el peluquero con ademan amenazador.

—¡Respetadme!...

—Estais burlándoos de mí.

—Pruebas, señor Hernando, pruebas...

—¿Quereis mas, villano?

—Me llamo del Rincon,—replicó Canuto, envalentonado aparentemente.

—Traidor direis...

—Ofensas no son razones...

—Hemos concluido.

—No, no hemos concluido. Iremos á ver á ese hombre, y si delante de mí se atreve...

—Tengo pruebas bastantes para estar convencido. Habeis agravado vuestra falta con negativas, mentiras y hasta juramentos falsos...

—Pensad bien lo que decís.

—Recibireis el castigo merecido.

—Pediré justicia á su majestad.

—Os la hará cumplida, —dijo Hernando con intencion.

—Seré una víctima inocente. ¡Oh!... ¿Por qué he de conocer á ese hombre de los anteojos? ¡Por mi ánima, que esto es muy cruel! Mi conciencia está tranquila, y para probaros la verdad de mis palabras os propongo un medio muy sencillo y no lo aceptais: vamos á ver á ese hombre, señor Hernando, vamos á verlo y que se esplique, porque en todo esto debe haber alguna equivocacion, y lo mas acertado es deshacerla.

—Basta, basta, —replicó Hernando que empezaba á creer las que Canuto decia, aunque no se esplicaba cómo habia podido el hombre de los anteojos averiguar lo que estaba tan bien guardado.

—Os juro una y mil veces...

—No jureis.

—Pero es una injusticia condenarme sin permitirme que me defienda.

—Yo no os condeno: su majestad determinará, y si quiere perdonaros, bien puede hacerlo.

—Su majestad no hará lo que vos, me escuchará...

—Le hablaré y segun lo que me diga...

—¡Por Dios, amigo mio!...

—Concluyamos.

—Como gusteis.

—Habeis asegurado que no conoceis al hombre de los anteojos verdes.

—Sí.

—Que á nadie habeis revelado el secreto...

—A nadie.

—Bien, haré mas averiguaciones, reuniré mas pruebas y volveremos á hablar por última vez de este asunto.

—Queda, pues aplazado,—dijo el peluquero, respirando con mas libertad.

—Hasta mañana.

—El cielo os guíe.

—El escudero salió.

Canuto se dejó caer en una silla, cruzó los brazos, inclinó la cabeza, sacudió repetidas veces su larga nariz y empezó á hacerse mil reflexiones para ver si podia comprender qué significaba todo aquello. Pero fué en vano que cavilase, porque solo consiguió confundirse mas.

Entonces acudió á Felipe Augusto que habia escuchado la anterior escena; pero el jóven no pudo esplicar lo que no entendia ni sabia.

La verdad es que el peluquero estaba en peligro de pagar agenas culpas, que era el blanco de los tiros de todos y que empezaba á ser el alma de la intriga sin saber darse cuenta de lo que le pasaba.

CAPITULO XXIX.

De cómo Hernando se convenció de que tenia que obrar con mas energía.

El escudero salió desesperado de casa de Canuto y decidió dar el último paso para averiguar quién era el hombre de los anteojos verdes.

Con tal propósito, aunque á riesgo de comprometerse mas de lo que estaba, se encaminó á la plazuela de Herradores, llegó á casa del chalan *Culebra*, y llamó resueltamente.

—¿Quién es?—preguntó desde adentro una voz ronca.

Y la misma añadió sin esperar respuesta:

—Quien sea que empuje, entre y cierre.

No esperó Hernando á que se lo dijesen otra vez, y empujando la puerta, que cedió fácilmente, y entró en un portalillo sucio, encontrando una escalerilla medio ruinosa que conducia al piso superior.

Sin detenerse subió el escudero, y encontró á Culebra, cuya figura en nada se parecia á su apodo, pues era un hombre de cincuenta años, muy grueso, de rostro colorado y ojos negros.

—Dios os guarde,—le dijo Hernando.

—Mucha vida dé á vuesamerced,—contestó el chalan le-

vantándose respetuosamente y ofreciendo una silla al escudero.

—No sé,—repuso el cortesano sentándose,—si llego á buena hora para que tratemos de un negocio que puede conveniros.

—¡A buena hora!—dijo Culebra.—Buenas son todas las de Dios para ser honrados por personas como vuesamerced, señor Hernando.

—¿Me conoceis?

—¿Quién no le conoce?

—Me alegro.

—Aunque nunca he tenido la fortuna de que hagamos trato alguno...

—Pues ha llegado la ocasion.

—No parece sino que han dado aviso á vuesamerced de que tengo ahora un ganado que dice al sol, detente.

—Bien, pero...

—En particular un tordo,—interrumpió Culebra mientras accionaba espresivamente,—de siete dedos, con una estampa que ni pintado; muchas piernas, brazos que es una maravilla, y una boca... ¡eso no tiene igual!... arrendado por mí, no necesita mas que una hebra de seda. En cuanto á sangre, no digo nada á vuesamerced, una candela..

—Sí, sí,—replicó con impaciencia Hernando,—siempre habeis tenido los mejores caballos de Madrid...

—Lo que es el tordo...

—Pero no vengo hoy á compraros ninguno,

—Vuesamerced querrá alquilarlo.

—Tampoco.

—Entonces, vuesamerced dirá.

—Otra cosa quiero.

—Sepamos, que yo deseo servir á quien me honra.

—Pienso,—repuso Hernando, despues de meditar algunos instantes,—levantar una casa para vivirla yo.

—Bien hecho.

—Este sitio es bueno para mí porque está cerca de palacio.

—Menos cuando á su majestad le dé la gana de irse al Buen-Retiro, que es donde pasa la mayor parte del año.

—Es verdad, pero como siempre he vivido en estos barrios, les tengo cariño.

—Son buenos sino fuera por esos malditos herradores, que no lo dejan á uno sosegar.

—No me importa, porque yo estoy casi todo el dia fuera de casa, y como de noche no hacen ruido...

—Entonces no os incomodarán.

—Tal he pensado.

—¿Y teneis ya el terreno?—preguntó Culebra que habia cambiado de lenguaje, de tono y de maneras.

—Es lo que me falta, y he pensado comprar una casa de poco valor para derribarla y edificar otra en su lugar.

—No es mala idea.

—Me han dicho que esta casa y la contigua que dá á la otra calle, son vuestras.

—Desde hace un año, que las compré al señor Juan Zapata, el tahonero de la calle de Atocha.

—Su situacion me gusta.

—A mí tambien,—contestó el chalan que sin duda estaba ya aleccionado.

—Y quisiéseis vendérmelas...

—¿Venderos las dos casas?

—Sí.

—Es negocio para pensado mucho, porque no me hace falta el dinero.

—Sé que no lo necesitais, pero es un negocio como cualquiera, y así como vendeis el caballo tordo...

—Y los demás que tengo.

—Tambien podia conveniros.

—Los caballos los compro para venderlos y los vendo para comprar otros; pero las casas no son lo mismo.

—Os pagaré de manera que tengais una ganancia linda.

—Digo que lo pensaré, aunque creo que no me decidiré á

venderlas, y menos para que se derriben, porque tendria que buscar otra para vivir.

—Fácilmente la encontrariais...

—Luego, la renta que me produce la otra...

—No puede ser mucha.

—Es bastante, escesiva para su valor.

—Pero eso tiene mil riesgos: el que esté desalquida, que no os pague el inquilino...

—Por ahora no puede suceder eso, me dá el alquiler adelantado y en buena moneda, porque es persona muy honrada.

—¿Quién la habita?—preguntó con indiferencia Hernando.

—Un hidalgo de muy buenas costumbres.

—¿Castellano?

—Es... no sé de dónde.

—Tal vez lo conozca yo.

—Puede ser.

—¿Cómo se llama?

Culebra se puso una mano en la boca, y despues de meditar algunos instantes, dijo:

—¿Creereis que no me acuerdo?

—Es raro.

—Sí, pero tiene un nombre... Es verdad que solo una vez me lo ha dicho, cuando le arrendé la casa, y como hace ya bastante tiempo.

—Bien, pero cuando os paga, le dareis un recibo, y entonces...

—No lo quiere. «Los papeles son pleitos,» me dice, y como tampoco sé escribir y pienso como él, que los papeles no sirven mas que para enredar, tomo el dinero y así quedamos.

—Cosa igual no se ha visto.

—Mi inquilino me hace justicia, señor Hernando, pues sabe que yo soy incapaz de reclamarle dos veces el dinero, así como yo digo á boca llena que él no me faltará á lo tratado.

—Es decir que sois buenos amigos...

—No, pero somos hombres honrados.

—¿Sabeis,—replicó el escudero con admirable naturalidad,—que habeis picado mi curiosidad con respecto á vuestro inquilino?

—¿Por qué?

—Porque un hombre de tal naturaleza no se parece á ninguno.

—Sí, es algo raro.

—Quisiera conocerlo.

—Bien fácil es, porque si lo encontrais en la calle no lo confundireis con ninguno.

—Sobre todo el que no os acordeis de su nombre es lo que mas me ha llamado la atencion, y por lo mismo quisiera averiguarlo.

—Cosa es esa en la que no puedo complaceros, ya os lo he dicho.

—Pero cuando os alquiló la casa harias un contrato...

—Naturalmente.

—Y en él constará el nombre...

—¿Dónde?

—Allí... escrito...

—¡Ah!

—Y por consiguiente...

—Nada se escribió, ni era menester; ni tampoco me hubiera servido, porque como os he dicho, no me han enseñado mas que á hablar, pero no á leer ni escribir.

—Ya lo veo,—replicó Hernando algo corrido, porque no le quedaba duda de que Culebra estaba de acuerdo con el hombre de los anteojos.

Y descansando en la diestra la megilla quedó pensativo.

Culebra, en cuyo semblante nada se habia pintado, guardó tambien silencio, puso una pierna sobre otra y las manos cruzadas sobre las rodillas, y miró á la ventana.

—No debe faltar mucho á las doce,—dijo.

—¿Os estorbo?—preguntó Hernando.

—Nada de eso.

—¿Comeis á esta hora?

—Sí, y cuando os vayais me iré tambien, porque como no tengo familia, cómo fuera de casa.

—¿En alguna hostería?

—No pico tan alto.

—Bien, lo mismo tiene, en un bodegon...

—En el de la *Zurda*, aquí en la Costanilla de Santiago, donde me dan de comer como á un príncipe.

—Pues no os detengais por mí.

—¿Me acompañareis?

—Iré con vos hasta allí...

—Vos estais acostumbrado á otras delicadezas...

—Tambien beberé un trago en vuestra compañía para que no penseis que tengo á menos...

—Me honrais.

—Y si entre tanto puedo convenceros á que me vendais la casa...

—Ya os he dicho que lo pensaré...

—Vamos, no os detengais por mí.

—Vamos,—repuso Culebra.

Y salieron de la casa, cuya puerta cerró el chalan, llevándose la llave.

Hernando estaba decidido á tocar todos los resortes para conseguir su intento. Bien habia comprendido que Culebra estaba ganado por el hombre de los anteojos, y pensó que todo seria hacer á este la competencia, ofreciendo mas.

Llegaron á la Costanilla de Santiago, que en aquella época era un sitio mucho mas sucio y feo que lo muy feo y sucio que es hoy, á pesar de su situacion tan próxima á las mejores calles de la coronada villa.

Hoy tambien, como entonces, hay allí un bodegon tan miserable, lóbrego y sucio que puede considerarse como remedio contra la gula, y dudamos que el de aquellos tiempos fuese peor.

Culebra, que habia aprendido su oficio entre gitanos, y á pesar de sus formas apopléticas tenia una imaginacion viva, habia

comprendido que el escudero trataba de emborracharlo para saber el nombre del hombre de los anteojos.

—Bien,—dijo para sí,—estos palaciegos son muy vanidosos y creen que para todo tienen habilidad. Como me vé con este barrigon de canónigo, piensa que soy uno de esos hombres torpes como sapos, y no sabe que hace seis años lo mas era yo flaco como un esqueleto, y que si dieron en llamarme Culebra, fué porque sabian que sin sentir me metia por el ojo de una aguja. No se equivocó el doctor al anunciarme esta visita; pero quedará contento de mí.

Entraron en el bodegon y se sentaron en un sitio apartado y el mas oscuro.

Culebra pidió su comida de costumbre, y cuando le llevaron una fuente de Segovia como hasta dos libras de carne de vaca guisada con pimienta, ajos y cebollas, un jarro con media azumde vino, y un pan de á libra, dijo:

—¿No tomareis una tajada, señor Hernando?

—He comido ya.

—Pero me prometísteis beber un vaso...

—Y lo cumpliré así que hayais comido algo para hacer boca.

—Vos,—repuso el chalan, principiando á comer con un apetito envidiable,—estareis acostumbrado á los vinos añejos de palacio y no os gustará este arranca-gaznates que nos dan aquí.

—Bebo poco, casi nada, y no sé distinguir el bueno del mal vino.

—Entonces os agradezco mas la atencion.

Pasaron algunos minutos sin que hablasen.

Hernando meditaba y el chalan parecia no pensar en otra cosa mas que en la carne que iba engullendo con maravillosa velocidad.

—Ya se atasca,—dijo.

Y llenó dos vasos de estaño que habia sobre la mugrienta mesa.

—A vuestra salud,—dijo el escudero, vaciando una de las metálicas vasijas.

—A la vuestra,—contestó el chalan.

—No me parece mal vino.

—Por lo menos, es lo mejor que se bebe en esta casa.

—¿No apurais mas que un vaso?

—Otro tambien á la salud de mi inquilino el de los anteojos verdes, ya que hemos hablado de él.

—Lo merece.

Culebra volvió á llenar y vaciar su vaso sin cuidarse del escudero, el cual, creyendo que era olvido, disimuló y se alegró, ya por la ventaja que esto le daba sobre su adversario, cuanto porque no estaba de humor de beber aquel líquido detestable, mal llamado vino.

—Conque es decir,—repuso el chalan,—que os ha llamado la atencion lo que os he dicho de mi inquilino.

—Mucho, porque debe ser hombre muy raro.

—Lo ignoro: solamente tres veces le he hablado desde que vive en la casa.

—Decís que gasta anteojos...

—Verdes y grandes como platos.

—No recuerdo haberlo visto nunca.

—Es flaco, de vuestra estatura...

—¿Y sabeis cuál es su ocupacion ú oficio?

—En cuanto á eso, os diré,—repuso Culebra con calma.

Y llenando otro vaso lo apuró.

—No me trata mal la Zurda,—añadió.

—Decíais...

—Es verdad, me habia olvidado... Pero dejadme beber otra vez porque hoy tengo una sed como nunca.

—Sois buen tercio.

—No así vos, señor Hernando; apenas habeis probado el vino; pero no quiero obligaros, porque si os hace mal...

—Me irrita.

—Yo beberé por vos y por mí.

—Debeis empinar el jarro.

—Teneis razon, en estos vasos no cabe nada.

Culebra tomó el jarro y bebió casi todo el vino que contenia.

—¡Bien!—exclamó Hernando alegremente.

—Ya lo estais viendo,—dijo el chalan tarmudeando un poco:—así podreis asegurar que yo... sí, lo podreis asegurar... defendereis que Culebra es hombre completo.... y cuando... os hablen de maese Culebra. . porque habeis de saber que... desde... que creen que soy rico me llaman maese... y antes me decian tio Culebra... pero lo mismo me dá.

Restregóse el chalan los ojos, se tambaleó, apuró lo poco que en el jarro quedaba, y gritó luego:

—¡Zurdilla, mas vino y la tortilla!

La bodegonera llevó ambas cosas, empezando el chalan por echar otro trago.

El escudero lo miró atentamente, y advirtiendo las señales claras de la embriaguez, se decidió á hacer las primeras indicaciones.

—¿Y por qué,—dijo,—os llaman Culebra?

—Porque quieren... porque yo era muy flaco y... al fin olvidaré... mi nombre...

—Como habeis olvidado el de vuestro inquilino.

—El de mi inquilino...

—Una cosa me ocurre.

—¿Cuál?—preguntó Culebra volviendo á restregarse los ojos.

—Soy tan curioso, que á veces, por averiguar lo que nada importa', daria cuanto me pidiesen.

—Yo tambien.

—Entonces comprendereis...

—Sí... sí...

—Además, ese hombre de los anteojos...

—Es un buen hidalgo... y... y...

—Y un inconveniente para que me vendais las casas.

—Tambien..... pero..... Antes..... dejadme que me refresque...

Y el chalan bebió la mitad del vino.

—¡Oh!—dijo para sí Hernando.—No me conviene tanto ya porque se dormirá antes de tiempo.

Y luego añadió en voz alta:

—Habeis olvidado su nombre, segun decís...

—Su nombre...

—Creo que puedo ayudar vuestra memoria.

—Es un nombre... tan raro...

—Maese Culebra, cincuenta ducados dan memoria al hombre que menos tenga.

—¡Cincuenta ducados!...

—Que tengo para vos...

—Ya.... ya os... entiendo...

—Bien, entonces...

—Dejadme... beber...

Y el chalan bebió nuevamente, concluyendo con el vino que quedaba.

—Tengo para vos,—volvió á decir el escudero,—cincuenta ducados.

—¡Cin... cuenta!...

—¿Los quereis?

—¡Oh!...

—Podeis ganarlos con mucha facilidad...

—Siempre gusta ganar...

—¿Es decir que aceptais?

—¿Por el tordo?

—Por el nombre de vuestro inquilino.

—¡Por... el nombre!...

—Sí. decidme su nombre y os daré esa cantidad en oro,—repuso Hernando.

—Y asió de un brazo al chalan, sacudiéndole, porqué vió que empezaba á dormirse.

—¿Me habeis entendido, maese Culebra? Os daré cincuenta ducados en oro si me decís el nombre de vuestro inquilino...

—No es... trato igual...

—¿Os parece poco? ¿quereis mas?

—Quiero... que no me engañeis...

—¡Engañaros!...

—Sí, porque... yo he bebido... y... vos... no... y teneis la... cabeza... despejada...

—¿Quereis que beba?

—Sí... beberemos... ¡Zurda!... ¡Vino! —gritó el chalan con voz ronca.

A los pocos momentos habia otro jarro sobre la mesa.

Culebra estiró los brazos y bostezó, pasóse las manos por la frente, contempló al escudero y sonrió maliciosamente.

—Vamos á ver,—dijo con voz segura.

Y repentinamente desaparecieron los síntomas de embriaguez que en él se advertian y habia fingido habilísimamente.

La frente de Hernando se contrajo, y sus ojos, relucientes como dos áscuas, fijaron una mirada penetrante y sombría en el chalan.

—¡Oh!—exclamó con acento de rabia comprimida.—Cuidado, seor villano, que si ha sido vuestro intento burlaros de mí, os dejaré un recuerdo que no olvidareis como el nombre de vuestro inquilino.

—Señor Hernando,—contestó Culebra en tanto que acababa con la tortilla y despues de empinar otra vez el jarro, —villano soy; pero con honra y corazon, y al que es honrado se le ofende con proponerle que se venda.

—Olvidad lo que hemos hablado.

—Al entrar aquí se me alcanzó vuestro intento, y he querido, no burlarme, sino probaros que no se me engaña fácilmente. Con franqueza os dije que no me acordaba del nombre de mi inquilino, y esto es verdad, y me habeis pagado con creer que por unas cuantas monedas venderia yo un secreto que, si en realidad lo ocultaba, con descubrirlo hubiera tal vez arruinado á otra persona. Vos sois hidalgo, y...

—Basta,—interrumpió el escudero.

—En cuanto á vuestras amenazas,—prosiguió tranquilamente Culebra,—os advertiré que no me asusto aunque me ten-

go en poco, y que tantas probabilidades teneis vos como yo de salir mal parado si de palabras vamos á hechos.

—Empezais á faltarme al respeto...

—Desde que habeis entrado aquí conmigo y hemos brindado juntos, somos iguales.

El escudero se mordió los lábios.

—Me habeis tendido un lazo, —dijo, —y semejante proceder...

—Perdonad si os digo que vos sois quien ha intentado sorprenderme, abusando de mi borrachera.

El chalan no parecia el mismo de antes: habian cambiado sus maneras, su lenguaje y hasta su acento.

Hernando se convenció mas y mas de que el hombre de los anteojos verdes valia mucho cuando tenia el buen acierto de elegir para amigos ó confidentes hombres como Culebra.

El buen escudero, á pesar de su mucha astucia y esperiencia en la intriga, estaba ya aturdido y confuso con los estraños sucesos de aquel dia y los anteriores, y acababa de dar un golpe en falso, poniéndose en descubierto sin descubrir lo que deseaba.

—Es preciso, —dijo para sí, —dar un paso decisivo. Ese maldito hombre de los anteojos tiene el hilo de la intriga, posee los secretos de todos, y se burla á su placer no sé con qué fin. Ya no me queda resorte que tocar para saber quién es... Estoy decidido... no perderé un instante.

Y luego añadió en voz alta:

—Maese Culebra, os aconsejo que no seais muy amigo de vuestro inquilino. Y en cuanto á lo que hemos hablado, ya pasó y nada se ha perdido.

—Por mi parte os aseguro que de nada me acuerdo, porque tengo mala memoria, y me ofrezco á serviros como hombre honrado. En cuanto al consejo que me habeis dado, os lo agradezco y voy á pagároslo con otro.

—Acepto.

—No seais enemigo del hombre de los anteojos verdes.

—Gracias, —dijo el escudero levantándose.

—Ya sabeis que tengo buenos caballos, en particular un tordo de buena alzada, bien cortado, pernero y que puede apostarse á correr con el aire.

El escudero salió apresuradamente del bodegon y tomó el camino del alcázar real.

Iba desesperado, resuelto á arriesgarlo todo con tal de salir de una vez de la situacion penosa en que se encontraba.

Tan aturdido y confuso estaba ya que no acertó á darse cuenta de lo que le acababa de suceder, ni pudo apreciar la conducta del peluquero para fiarse ó no de él en adelante. Poco le faltaba ya para enredarse en la red de la intriga que él mismo habia tendido; poco para perderse en el laberinto trazado por él.

—¿Hay algo peor, —murmuraba, —que esta situacion violenta y de incalculables resultados? Por grande que sea el castigo que el rey me imponga al saber que en lugar de su hijo puse al mio, ha de ser mas soportable que este contínuo desasosiego, este afan, este incesante ir y venir que no da mas resultado que enredo sobre enredo, confusion tras confusion, dudas, chascos, vacilaciones, engaños y desengaños, sin esperanza de otro resultado que el de que el rey se aperciba del juego y el diablo cargue con todo. Resuelto estoy: este es el último paso; si no sale á medida de mi deseo, renuncio á seguir la intriga, no vuelvo á acordarme del doctor Cañete, y canto de plano, salga por donde salga.

Haciendo estas y otras reflexiones, el escudero llegó á la morada real y subió de dos en dos los escalones.

CAPITULO XX.

El rey tambien empieza á cansarse de no entender lo que pasa.

Afortunadamente el monarca estaba solo, leyendo y quizás sin acordarse de los amores de sus hijos ni del que sentia por doña Ana.

—Me alegro que vengas, —dijo apenas vió á su escudero,— porque ya empezaba á cansarme la lectura... ¿Pero que es eso Hernando? ¿Tambien ahora vienes pálido y triste?... Está visto, como decia mi ilustre abuelo el emperador, que en el cielo está, la fortuna vuelve la espalda á los viejos.

—Señor...

—Si me traes malas nuevas, calla.

—Como ordene vuestra majestad, —dijo Hernando humildemente.

—Ya estoy aburrido de tanto enredo, y es preciso acabar de una vez, te lo he dicho.

—Esa es mi opinion.

—Al fin te has convencido.

—Si vuestra majestad me permite...

—Bien, esplícate, dí cuanto quieras, porque no hay otro remedio.

—Ya no me cabe duda de que el hombre de los anteojos verdes es quien todo lo enreda á su gusto.

—¿Pero quién es ese hombre?—replicó el monarca con impaciencia.—¿Quién es?

—Eso es lo que importa saber.

—¿Y no has tenido bastante habilidad para averiguarlo?

—Es imposible.

—¡Imposible para el rey saber quién es un vasallo suyo!—replicó el monarca, cuya frente se contrajo.

—Para el rey, no; para mí, sí.

—No te conozco, Hernando.

—Señor, no me he atrevido á dar un paso sério sin el beneplácito de vuestra majestad.

—¿Y á cuándo esperabas para pedírmelo?

—Antes he querido apurar los recursos todos que están á mi alcance.

—¿Te queda alguno?

—No, señor.

—¿Entonces?..

—Me he convencido de que todo es inútil.

—¿Y qué piensas ahora?

—Pienso que el andar medio disfrazado, aunque sea con unos anteojos, y el ocultar el nombre, da derecho á la justicia para sospechar el delito.

—Ciertamente.

—Y ningun vasallo de vuestra majestad tiene derecho á vivir en los dominios españoles sin decir antes quién es.

—Bien.

—La autoridad tiene derecho á preguntar á todo español, noble ó plebeyo, cómo se llama, de dónde viene y á dónde va.

—Y ese derecho es tambien un deber del cual depende muchas veces hasta la seguridad del Estado.

—Pues bien, nadie sabe el nombre de ese ente misterioso, ni él lo dice si se lo preguntan: gasta cuando es menester como si fuese rico, y sin embargo, él dice que es pobre; se ignora

cuál es su ocupacion y por qué medios adquiere el dinero. ¿Quién asegura que no es un criminal perseguido por los tribunales y que burla así la justicia y se mofa de la ley?

—Sobran razones, Hernando; no te esfuerces en probarme la conveniencia de que los tribunales se ocupen de ese hombre. Hoy mismo daré la órden para que se apodere de él la justicia, lo interrogue y averigue si es un criminal de los muchos que hay en la villa y de los que estoy siempre mandando que se ocupen hasta que nos veamos limpios de ellos.

—Si así lo dispone vuestra majestad...

—¿Pues no eres de esa opinion?

—Menos en cuanto á interrogarle de buenas á primeras sin que antes lo haga yo, porque puede ser peligroso que entren con él en esplicaciones.

—¡Peligroso!—dijo el rey sorprendido.

—Sí, señor.

—Esplícate, Hernando.

Señor, ese hombre es dueño de un secreto que importa guardar, ó mejor dicho de muchos secretos.

—Un secreto... muchos secretos,—murmuró Felipe IV mientras meditaba.

Y despues de algunos instantes añadió:

—Sepamos y acabemos de una vez.

—Señor, el hombre de los anteojos conoce al padre del mancebo á quien yo he criado y educado.

El monarca palideció.

—Pues yo te juro,—dijo,—que á nadie revelará ese secreto.

—Tambien sabe de quién es hija doña Isabel...

—En cuanto á eso...

—No es tan importante, porque es mas público.

—Es amigo, consejero y no sé que mas del estudiante Cornejo...

—¡Hernando!—exclamó el rey.

—Hay mas, señor.

—¿Mas todavía?

—Segun se desprende de sus indicaciones, el estudiante Andrés Cornejo, los amores de este con doña Ana, mi ilustre pupilo y doña Isabel, están íntimamente relacionados no sé porqué causas.

—¡Oh!... Se han empeñado en volverme loco, pero no conseguirán mas que enojarme y obligarme á que dé á cada cual su merecido.

—Realmente, señor, es para volverse loco; para ese hombre misterioso no hay nada oculto: lo sabe todo, habla de tódo el mundo, y cuando menos se espera nombra á personas que uno cree completamente agenas al asunto de que se trata. Todavía no he podido darme razon de porqué en sus frases embozadas mezcló el nombre de Canuto, vuestro peluquero...

—¡Tambien él!

—Señor, no hay motivo para sospechar nada del pobre Rincon.

—No creo que se atreviera á mezclarse en intrigas de ese clase.

—Tal pienso, pero bien puede suceder que lo mezclen en ellos sin su voluntad. En fin, prudente es estar á la mira. Lo que se necesita es saber quién es ese hombre, y averiguado que esto sea, creo que todo se pondrá en claro.

—Sí, sí,—replicó el monarca.—Esta noche quedará en poder de la justicia ese hombre. Tú acompañarás á los que lo prendan que ya tendrán las instrucciones convenientes.

—No puede ser mas acertada la resolucion.

—Entre tanto vigila á Canuto, y si sospechas siquiera que está en comunicacion con el hombre de los anteojos ó que se ha metido en intrigas sobre asuntos mios, avísame y veras cómo quitamos otro inconveniente.

—Bien, señor.

—Déjame ya, Hernando, dí á Felipe que venga, y tú vuelve á la noche, despues que quede asegurado el de los famosos anteojos.

—Guarde el cielo á vuestra majestad.

Volvió á quedar solo el monarca, pero no tomó el libro en que antes leia, si no que, cruzándose de brazos é inclinando sobre el pecho la cabeza, se entregó á meditaciones sobre los incomprensibles sucesos que habian tenido lugar aquellos dias.

—Empiezo á desconfiar de Hernando,—dijo.—Cuanto mas me esplica lo que pasa, menos lo entiendo, y sobre todo, no sé porqué ha de haber mezclado á ese hombre desconocido en estos asuntos, cuando ninguna necesidad habia de ello para estorbar los amores de mis hijos y alcanzar los favores de la condesa.

CAPITULO XXI.

Esplicaciones del doctor.

Aquel dia lo pasó muy mal el peluquero, porque temia que Hernando, con razon ó sin ella, tomase venganza de la ofensa que creia haber recibido. No bastaron á tranquilizarle los razonamientos de Felipe Augusto ni el apoyo que este le prometia en nombre del doctor: al fin era un desconocido el hombre de los anteojos, y colocándose en el terreno de los hechos, se veia que su amistad y proteccion no habian dado hasta entonces mas resultado que un rompimiento con el escudero del rey, lo cual podia ser causa de mayores disgustos.

Cada vez que el peluquero, despues de peinar á sus parroquianos, volvió aquel dia á su casa, se renovó la discusion sobre el mismo asunto; pero cuando con sus ingeniosos razonamientos lograba Felipe Augusto acallar los temores de Canuto, pensaba este que despues de todo lo que se habia hablado estaba como antes, es decir, sin saber lo que significaba aquel enredo, y entonces preguntaba al doncel:

—¿Me esplicarás el objeto de esta endemoniada intriga? ¿Me dirás el papel que yo hago en ella? No, Felipe, no y cien veces no, porque tú tampoco lo sabes.

Y sacudia su larga nariz repetidas veces, se paseaba á lo largo de la tienda, y añadia:

—¿Qué es lo que nos importa? Encontrar á tus padres; y esto, ciertamente no se conseguirá metiéndose en intrigas amorosas.

—¿Y para qué os habeis metido?—le replicó el mancebo.—Lo hicísteis sin consultar á nadie, esponiéndoos á perder mucho con lo esperanza de ganar poco.

—¿Olvidas que se me habló del rey?

—No debísteis fiaros de semejante tontería.

—Felipe, tú no tienes mundo.

—Ni vos teneis tino.

—¡Felipe!...

—Señor Canuto, cometísteis una torpeza imperdonable.

—¡Señor Felipé Augusto!...

—Sí, una torpeza que ha podido costaros muy cara.

—¡Torpeza porque dí crédito á las palabras del señor Hernando!...

—Por eso mismo.

—Ya lo has oido esta mañana: acuérdate que sin rebozo me dijo que daria parte á su majestad.

—Lo oí, señor Canuto, pero debo deciros que no sé como no reventé de risa.

—¡Oh, loca juventud!—exclamaba el peluquero con levantada entonacion.

—¿No habeis ido despues á peinar al rey?

—Sí.

—Y decís que nunca ha estado con vos tan risueño.

—Es verdad, pero eso mismo aumenta mis temores: un gran filósofo de cuyo nombre no me acuerdo, ha dicho que nunca estan los cortesanos tan cerca de llorar como cuando el rey les sonrie.

—¿Acaso sois vos cortesano?

—¿No formo parte de la corte? ¿Si su majestad vá al Pardo á pasar una temporada, no se dice, y es verdad que la corte lo

sigue? Pues no negarás que yo soy uno de los que se trasladan allí, formando parte de esa servidumbre que se llama corte. Pero esto á nada conduce.

—Ciertamente.

—Lo que importa es que me espliques...

—Señor Canuto, para esplicaciones acudid al de los anteojos verdes que os las dará cumplidas.

—Pues bien, iré,—dijo al fin Canuto.

—Es lo mas acertado.

—Y no lo dejaré para mañana.

—Soy de vuestra opinion.

—En cuanto cierre la tienda iré.

—No lo encontrareis hasta mas tarde.

—Es igual.

—Queda, pues, resuelta la cuestion.

—Sí, queda resuelta por ahora.

—Y para siempre, por que estoy seguro de que con dos palabras que os diga el hombre de los anteojos, os tranquilizará.

—Me alegraré.

—Ahora dejadme tocar y cantar, que hoy tengo buen humor.

Y Felipe Augusto tomó la guitarra, se recostó en una silla y empezó á tocar un aire alegre de picante zarabanda.

A las nueve de la noche salió Canuto de su casa y se dirigió á la de Cañete, creyendo que él conseguiria del astuto doctor lo que nadie habia conseguido.

Llegó y llamó resueltamente.

Se abrió una ventana, asomó una luz y luego la cabeza del negro.

—¿Está en casa vuestro amo?—preguntó el peluquero.

Juan se quitó de la ventana y pocos momentos despues abrió la puerta, haciendo un espresivo gesto interrogatorio que comprendió Canuto y contestó, diciendo:

—Soy el peluquero del rey.

El esclavo dejó libre la entrada.

Canuto subió, atravesó los dos primeros aposentos, y en el último encontró á Cañete que estaba sentado delante de la mesa y leyendo.

—Dios os guarde, —dijo el peluquero.

—Soy vuestro servidor, señor Canuto, —respondió el doctor.—Sentaos, y si gustais, decidme por qué motivo me honrais con esta visita.

—Señor hidalgo, —dijo Canuto con gravedad cómica,—tenemos que entrar en esplicaciones muy sérias.

—Bien,—contestó con calma y dulzura el doctor.

—Ya sospechareis...

—No sospecho nada.

—¿Tan torpe sois que no se os alcanza que solo de una cosa puedo hablaros?

—Muy torpe, señor Rincon, y por eso es preciso que os espliqueis con mucha claridad, porque de otro modo me quedaria sin entenderos.

—Pues bien,—repuso Canuto despues de sacudir la nariz,—en pocas palabras y con una claridad que no admite dudas, os diré que me habeis comprometido.

Cañete no hizo ni el mas leve gesto de sorpresa.

—Si no os esquivocais, lo siento, —dijo tranquilamente.

—No me equivoco, señor hidalgo: vuestro proceder me ha puesto en un conflicto, y Dios solo sabe los esfuerzos que me ha costado contener mi natural impetuoso para no provocar un lance con el señor Hernando Prieto.

—Señor Canuto, —repuso el doctor encogiéndose de hombros, —no sé de qué conflicto me hablais ni qué tengo yo que ver con él.

Al peluquero le sucedió lo que á todos los que hablaban con Cañete; perdió la calma.

—¡Caballero! —exclamó.—Si intentais burlaros de mí...

—Eso deberia decíroslo, y ya veis que no me enfado á pesar de que me acusais injustamente.

—¿Es decir que negais?...

—Nada niego, porque nada me habeis dicho que yo entienda...

—Acabemos, señor hidalgo: vengo decidido á que me deis esplicaciones...

—¿De qué?... Pedídmelas.

—De lo que habeis hecho.

—¿Pero qué es ello?

—Lo que habeis dicho de mí al señor Hernando.

—Es completamente al revés,—replicó el doctor.—El escudero fué quién me habló de vos, y yo le dije: «Estais abusando de ese hombre, os servís de él como de un instrumento ciego para llevar á cabo vuestros planes.

Canuto miró con sorpresa á Cañete.

—Eso le dije,—prosiguió este,—y él os llamó entonces miserable y traidor.

—¿Y por qué el escudero me acusa de haber vendido un secreto que me tenia confiado?

—¡Ah!... Ya entiendo,—repuso Cañete.—Eso será por lo de las cartas de doña Isabel...

—Ahora estais en la cuestion.

—¿Y habeis tomado esa tontería con tanto calor?

—¿Pues qué, el asunto es para bromas?

—¿Con que el escudero se ha enfadado...

—Está hecho una furia, un basilisco.

—Bien, pues os toca á vos ahora quejaros de él y llamarle imprudente, indiscreto y cuanto os dé la gana.

—No comprendo...

—El señor Hernando salió de vuestra casa con una carta, y á los pocos pasos que dió, se detuvo sin ver que yo estaba allí parado. Púsose á leer y yo por encima de su hombro, y cuando acabó, lamentóse en voz alta de su mala fortuna y de otras cosas que debiera callar.

—¿Es verdad eso que decís?—preguntó el peluquero con vivísimo afan.

—Ningun motivo teneis para dudar de mis palabras.

—Perdonad, pero...

—Preguntad al señor Hernando que no se atreverá á negar el hecho.

—¡Y me ha llamado traidor y miserable!...

—Si os dice que sé mas de lo que pudo revelarme la carta, contestadle que lo demás que yo sé, vos lo ignorais, y que por consiguiente no podiais habérmelo dicho.

—¡Oh!—exclamó el peluquero.—Ha buscado un pretesto para reñir conmigo...

—Cuando vos lo teniais para reñir con él, porque su imprudencia ha podido comprometeros.

—¡Y aun ha tenido descaro para amenazarme con el rey!...

—Y si os fiais de mí,—repuso el doctor,—os daré un consejo.

—Sí, caballero, me fio de vos.

—Gracias.

—Bien me decia Felipe Augusto,—repuso el peluquero,—que vos me dariais las esplicaciones mas satisfactorias.

—No se equivocó.

—Ahora el consejo que me habeis prometido.

—Si se sabe que habeis venido á verme, podeis decir que os mandé llamar para que me arregláseis el pelo, y aunque os amenacen, no contesteis otra cosa, porque si decís que sois mi amigo, es cierta vuestro perdicion,

—Es tan atrevido ese escudero...

—No os importe, porque tiene que temer mas que vos y callará.

—Me tranquilizais.

—Ya veis, señor Canuto, cómo habeis quedado satisfecho.

—Una cosa me falta saber,—dijo el peluquero despues de meditar algunos instantes.

—Una es poco.

—Pero de mucha importancia para mí.

—Si puedo contestaros á ella...

—Indudablemente: para vos no hay nada oculto...

—Os han engañado.

—Lo sé por esperiencia.

—Veremos, señor Canuto.

—Esplicadme lo que significa este enredo, qué tienen que ver los padres de Felipe Augusto, que es el asunto principal, con el rey, su hijo, el escudero, vos y qué se yo quién mas, y con esos amores endemoniados que parecen ser la causa de todos los males.

—Es que una cuestion ha traido otra, y hemos ido enredándonos sin saber cómo, sin pensar lo que haciamos, sin sentir...

—¿Pero qué papel represento en esa maldita intriga?

—¿No lo sabeis?

—Os aseguro que me han aturdido de tal manera, que hay momentos en que dudo si me he vuelto loco ó si estoy soñando, Y cuidado que, sin que esto sea vanidad, tengo una cabeza firme y difícilmente pierdo la calma.

—Pues es cosa muy clara lo que quereis saber.

—¡Clara!...

—Sí, el papel que representais en esta comedia es el que habeis querido tomar, el de instrumento ciego, de víctima espiatoria de faltas agenas, de mártir...

—¡Caballero!...

—Lo que oís.

—Os equivocais al creer que yo he podido aceptar un papel tan triste, tan indigno de un hidalgo,—replicó Canuto agitando la nariz.

—¿Pues no tomasteis voluntariamente el encargo de llevar á doña Isabel cartas amorosas sin saber siquiera quién era el amante? Supongo que no os obligarian á la fuerza...

—Poco menos.

—Entonces culpad á vuestra falta de valor para negaros y sostener vuestra negativa.

—Nada ignorais, señor hidalgo,—replicó el peluquero algo picado,—y por consiguiente sabreis que con ciertas indica-

ciones se me hizo creer que las cartas eran del rey, que estaba enamorado de doña Isabel.

—Sí, lo sé,—dijo Cañete.

Y con pretesto de escupir, volvió la cabeza para que no se le conociese en el rostro el contento que le habia dado el descubrimiento tan casual de aquel nuevo secreto.

—Pues bien,—repuso Canuto,—cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo que yo. Pero sea como quiera, aun no estoy satisfecho, tengo las mismas dudas, no acabo de comprender mi situacion, ni por qué he de ser el blanco de los tiros de todos.

—Es muy sencillo.

—Para vos.

—Os lo esplicaré,—contestó el doctor, por primera vez apurado porque no sabia qué decir que no le comprometiera.

Pero le favoreció la casualidad.

Récios golpes dados en la puerta de la calle interrumpieron á Cañete.

—¿Quién será?—dijo.—Sospecho que...

—¿Os estorbo?—preguntó Canuto.

—Tal vez yo á vos.

El peluquero miró sorprendido al doctor.

—Mucho me equivoco,—repuso este,—ó es la justicia que viene por mí... ¡Juan, asómate!

Los golpes se repitieron.

Canuto palideció como un cadáver y tembló como si tuviese frio.

—¡Oh!—murmuró.

Y no pudo articular una sílaba mas, teniendo que contentarse con sacudir su nariz muchas veces.

El doctor corrió la cortina de la puerta de la alcoba, echó una rápida ojeada sobre la mesa, y sonrió levemente.

El negro se presentó, hizo algunas señas que solo pudo comprender su amo, y esperó la contestacion.

—Abre, y que suban esos señores,—dijo Cañete con tranquilidad.

Alejóse el esclavo.

El peluquero consiguió exhalar un penoso suspiro, y exclamó con voz ahogada.

—¡Dios mio!

—¡Silencio! —replicó Cañete.

—¿Pero quién es?

—Ya os lo he dicho...

—¡La justicia!

—Sí.

—¿Y á qué viene?

—A llevarme preso...

—¡Señor hidalgo!...

—Soy la primera víctima de la rabiosa desesperacion del señor Hernando Prieto.

—Pero...

—Ocultaos en la alcoba...

—No.

—Iremos juntos á la cárcel.

—Pensad que si me escondo...

—Haced lo que os dé la gana; pero por lo que pueda suceder, acordaos de mi consejo en cualquier situacion que os encontreis, y nada temais, que yo os salvaré de cualquier peligro.

—Pero no comprendo...

Sonaron en la escalera los pasos de muchos hombres.

—Ya suben,—dijo precipitadamente el doctor;—entrad en la alcoba y ocultáos debajo de mi cama...

—¡Dios me proteja!—exclamó Canuto con acento angustiado.

Y se entró en la alcoba mientras que el doctor le repetia:

—Acordáos de mi consejo; y en cuanto á haberos escondido, se esplica bien por uno de esos terrores instintivos y que no pueden dominarse, por ese miedo que se tiene á la justicia, aun no siendo criminales.

Se acercó el ruido de pasos, y Cañete, en vez de turbarse volvió á sonreir.

CAPITULO XXII.

De cómo pagaron justos por pecadores.

Hernando Prieto, un alcalde y cuatro alguaciles entraron en el aposento y fijaron sus miradas en Cañete, en cuyo semblante no se advirtió la alteracion mas leve.

—Dios os guarde, señores,—dijo el médico con su acostumbrada dulzura.

—Y á vos tambien, señor...

—Hidalgo nada mas,—interrumpió el doctor.

—Bien,—repuso el alcalde.

—Sentaos y estareis con mas comodidad.

—Pensamos detenernos muy poco...

—Como gusteis.

—Sin embargo, aceptaremos vuestra invitacion,—dijo el escudero.

Y se sentó, haciendo lo mismo el alcalde.

Los alguaciles quedaron de pié junto á la puerta y torcieron el gesto, ya por sí asaz torcido, al ver la pobre apariencia de la casa. ¿De qué cobrarian costas si nada habia que embargar allí?

—Aquí me teneis, pues, á vuestras órdenes, señor alcalde,—dijo el doctor.—¿En qué puedo serviros?

—En respetar las órdenes de su majestad y mostraros razonable, que es lo que mas puede complacerme.

—Las órdenes de su majestad son para mí muy respetables, sagradas y no debeis dudar que las cumpliré.

—No esperábamos menos de vos.

—En cuanto á ser razonable, perdonad que os recuerde, señor alcalde, que ninguna demostracion de falta de juicio he hecho, y la advertencia...

—Está demás, lo reconozco.

—No iba yo á decir eso.

—Sea como quiera, voy á entrar en la cuestion para abreviar el tiempo y dejaros continuar vuestros quehaceres, que tal vez os hemos interrumpido.

—¿Qué,—dijo Cañete fingiendo sorpresa,—no venís á llevarme preso?

—No, sino en caso de que desobedezcais las órdenes del rey nuestro señor.

—Como venís con esa tropa de corchetes...

—Por lo que pudiera suceder.

—Os advierto que soy hombre pacífico, y nada debeis temer,—repuso el doctor sonriendo maliciosamente.

—No es miedo,—replicó Hernando que hasta entonces no habia tomado parte en la cuestion.—Es que á los delincuentes se les visita así.

—Es verdad, y soy de vuestra opinion,—dijo Cañete sin alterarse.—No hay en eso mas que un error, pero es de aplicacion, porque yo no soy delincuente.

—Lo veremos.

—¿De qué se me acusa?

—De...

—Perdonad,—interrumpió el alcalde, dirigiéndose á Hernando.—Segun las órdenes de su majestad...

—Su majestad,—replicó el escudero,—ha mandado que me auxilieis.

—Es verdad, pero...

—¿Necesitais auxilio para hablarme?—preguntó el doctor con tono de ligera burla.

—No olvideis, señor hidalgo,—dijo con severidad el escudero,—que estais delante de la persona que representa al rey.

—No falto al respecto debido á la autoridad, preguntándoos si necesitais auxilio para hablarme.

—Evitemos cuestiones inútiles y enojosas,—dijo el alcalde.

—Es verdad,—repuso Hernando,—tratemos de lo que importa.

—Os escucho,—añadió tranquilamente Cañete.

El alcalde y el escudero se miraron algunos instantes, y al fin dijo este último al doctor.

—Su majestad ha tenido noticia de que ocultais vuestro nombre.

—¿Sabe el rey si lo tengo?

—No hay nadie que esté sin él.

—Os equivocais.

—No es eso del caso.

—Mucho, porque si no tengo nombre...

—Pero como no es así...

—Antes debísteis averiguarlo.

—A eso venimos.

—¿Y para cosa tan sencilla tanto preparativo y precauciones?

—¡Oh!... Parece que os desagradan.

—Al contrario, porque así serán mas los testigos de mis palabras.

—Bien,—replicó el escudero,—decid vuestro nombre y dejemos lo demás.

—¿Mi nombre?

—Sí: ¿no me entendeis?

—Me llamo Juan... ¡Oh!—exclamó con ironía el médico.—Ya habeis descubierto el gran secreto que tanto os daba qué pensar.

—Os llamais Juan...

—Sí, señor Hernando, me llamo Juan Bautista, segun me tienen dicho; pero tampoco puedo asegurarlo.

—Pero el nombre de familia...

—¡Familia!... si la tuviera...

—¿Os burlais?

—¿Acaso es una cosa tan estraña no tener familia?

—La habreis tenido.

—Indudablemente.

—Entonces...

—Puede ser que no la haya conocido, y en este mismo y triste caso hay muchos.

—No decís la verdad.

—Probad que miento,—replicó el doctor encogiéndose de hombros.

—¡Oh!—exclamó Hernando,—si pensais que ahora podreis, como otras veces burlaros de mí, os equivocais. Decid vuestro nombre, ó de lo contrario ireis á un calabozo.

—Pues bien,—replicó el médico enérgicamente,—os hablaré con claridad y así acabaremos pronto.

—Es lo mas acertado.

—Sé que habeis de prenderme, lo mismo si os declaro mi nombre, caso de tenerlo, que si pruebo que no conocí padres. Por esta razon y por otra mas grave, que es que no me conviene complaceros, señor Hernando, os diré de una vez que no me pregunteis mas cómo me llamo, de dónde vengo, en qué me ocupo, de qué vivo, ni nada que pertenezca á mi vida privada, en cuyo sagrado no permito que nadie penetre. ¿Me habeis entendido? ¿Puede ser mas terminante mi declaracion?

—Caballero,—dijo el alcalde,—mirad que os perdeis.

—Basta de contemplaciones,—replicó Hernando,—bien merece su perdicion el que la busca.

—Para que yo me pierda,—repuso Cañete,—es menester que vos, señor escudero, esteis tan perdido que no haya para vos salvacion. ¿Quereis que hable, que me esplique? Pues bien, me esplicaré, pero no ahora ni aquí, sino despues y en un calabozo, delante de un escribano que me tome declaracion con las formalidades legales, porque habeis de saber que á mí no se me

atropella, que no soy tan cándido ni tan ignorante que me deje sorprender...

—Su majestad lo manda.

—Su majestad,—repuso el doctor,—no sabe mas que lo que vos le habeis dicho; se ha dejado engañar...

—Estais cometiendo un desacato...

—Bajo mi responsabilidad.

—¡Oh!... No pasarán muchas horas sin que os hayais arrepentido...

—De no haberos complacido antes, es decir, de no haber declarado cuanto sé, porque así, en vez de una órden de prision, el rey me hubiera dado las gracias.

—No sabeis,—dijo el escudero sin poder ocultar la satisfaccion de su triunfo,—que yo seré el juez que os tome declaraciones, yo el escribano, y si me conviene, vuestro carcelero.

—¿Y por qué no mi protector, señor Hernando? ¿Por qué no habeis de ser el que con mas ahinco pida al rey mi libertad? ¡Ah!... Tal vez cambiareis de opinion.

—Mucho confiais en los recursos de vuestro ingenio.

—Vos sois quien os envaneceis con vuestro triunfo, sin pensar que la vanidad recibe siempre su castigo.

—Bien,—replicó Hernando, poniéndose de pié;—ya tendremos tiempo de hablar; ahora disponeos á seguirnos.

—Al instante... ¿Voy á estar incomunicado?

—¿Para qué quereis saberlo?

—Es muy sencillo: para dejar á mi criado dinero con que atender á su sustento, y si me lo permitís, para llevarme alguna ropa, ó por lo menos mudar de camisa. Si esto no puede otorgárseme, tendré paciencia.

—Bien, cambiad de ropa y llevar alguna si quereis.

—Gracias, señor Hernando.

—No os detengais mucho...

—Algunos instantes,—repuso Cañete.

Y se levantó, dirigiéndose á la alcoba, pero se detuvo antes de entrar, y dijo:

—¿Quereis vigilarme mientras me visto, mi buen carcelero?

—¿A dónde se vá por ahí?—preguntó Hernando con aspereza.

—A la alcoba donde tengo mi cama, y nada mas... Entrad y quedareis tranquilo,—repuso el doctor, sonriendo burlonamente.

—Estoy satisfecho... Acabad pronto,—replicó Hernando.

Cañete entró en la alcoba, donde no habia mas luz que la débil claridad que penetraba por entre el lienzo de la cortina de la puerta.

Sin detenerse miró debajo de la cama, y convencido de que el peluquero estaba allí acurrucado y qne no podria observarle, se acercó al armario de que ya hicimos mencion, abriólo y sacó un legajito de papeles que guardó bajo su coleto.

—El chasco vá á ser un poco pesado,—dijo para sí.

Y se subió en la cama y desde allí, con una agilidad que nadie le hubiera supuesto, trepó sobre el armario sin hacer el mas leve ruido.

—Señor Hernando,—dijo en voz alta,—¿tendré cama en el calabozo?

—Sí,—contestó secamente el escudero.

—Entonces ya estoy tranquilo... Al instante soy vuestro.

Con poco que Cañete levantó los brazos llegó con las manos al techo, y empujando dos de las tablas de este, logró, sin esforzarse, levantarlas como una compuerta, quedando un hueco por donde podia pasar un hombre. Luego aseguró las manos al borde de la abertura, y reuniendo todas sus fuerzas en los brazos, se elevó perpendicularmente como los gimnastas cuando suben al trapecio, y desapareció, volviendo á cerrar la estraña compuerta.

Con tal prontitud y habilidad hizo esto, que ni Canuto pudo apercibirse de ello, á pesar de encontrarse tan cerca.

Reinó un profundo silencio.

Pasaron tres ó cuatro minutos y Hernando empezó á impacientarse, pero calló.

Volvieron á trascurrir otros tantos minutos, y el alcalde miró al escudero y los alguaciles cambiaron de postura, y tambien se miraron.

Entre tanto, el peluquero, sin atreverse á mover ni aun casi á respirar, sudaba, temblaba como un azogado y estaba á punto de perder el sentido.

Hernando perdió al fin la paciencia y gritó:

—¡Vive el cielo!... ¿Acabareis?

Pero como no le contestasen, palideció.

El alcalde se puso de pié y miró á los corchetes.

Estos se hicieron una seña disimulada: eran viejos en el oficio y comprendieron que el pájaro habia volado.

—¡Señor hidalgo!—volvió á gritar el escudero.

Y como tampoco recibió contestacion, levantóse, se acercó á la alcoba y metió la cabeza por entre la cortina.

—¿Estais sordo?—dijo con tono de muy mal humor.

A la escasa claridad que penetraba en el dormitorio pudo ver Hernando que no estaba el preso, y dejó escapar un grito y una imprecacion.

Los alguaciles pusieron mano á las espadas.

—¿Qué sucede?—preguntó el alcalde con alterada voz.

—¡Por Satanás!—exclamó el escudero.

Y tomando el belon se precipitó en la alcoba mientras añadia:

—¡Se ha escapado!

El alcalde y los corchetes desnudaron los aceros, y en tropel entraron en el dormitorio.

—¡No está!—exclamaron.

—¡Se ha ido!... ¡Oh!... ¡Se ha burlado de mí!—exclamó Hernando con acento de rabiosa desesperacion.

Y apretó los puños con fuerza convulsiva, rechinó los dientes y de sus verdes pupilas brotaron dos centellas.

Lo que al oir esto sintió el desdichado Canuto, es difícil esplicarlo: ya sabemos que el valor no era cualidad de su espíritu. La luz huyó por algunos instantes de sus ojos, suspendió el cora-

zon sus latidos, temblaron sus miembros como si tuviese una convulsion, y castañetearon sus dientes como si estuvieran á punto de helarse. ¿Qué iba á suceder? Pronto caeria en manos de los perseguidores del doctor, porque no dejarian de mirar debajo de la cama para buscar al preso, á menos que acertasen con la puerta por donde se habia escapado.

El escudero, el alcalde y los alguaciles se apresuraron á reconocer las paredes que eran enteramente lisas y no tenian la menor señal; luego registraron el armario y lo separaron de la pared por si ocultaba alguna salida, y convencidos de que por allí no se habia fugado, pensaron si en el suelo habria alguna trampa.

—Tampoco,—dijo el alcalde despues de mirar por todos lados.

—Debajo de la cama,—añadió un alguacil.

Al oir esto hubiera dejado escapar Canuto un grito de espanto, pero ni aun eso pudo hacer: encogido, hecho, puede decirse, una pelota, permaneció inmóvil y sin aliento, y por distintos lados de la cama vió asomar la luz y seis rostros que le parecieron horribles, y luego seis relucientes hojas de espada que se dirigieron á él.

—¡Aquí está!—exclamaron todos.

—Señor hidalgo,—dijo el escudero cuyo semblante se dilató con muestras de la mas viva alegría,—en esta ocasion habeis sido muy torpe, habeis desmentido vuestro ingenio... Salid.

Canuto no acertó á moverse.

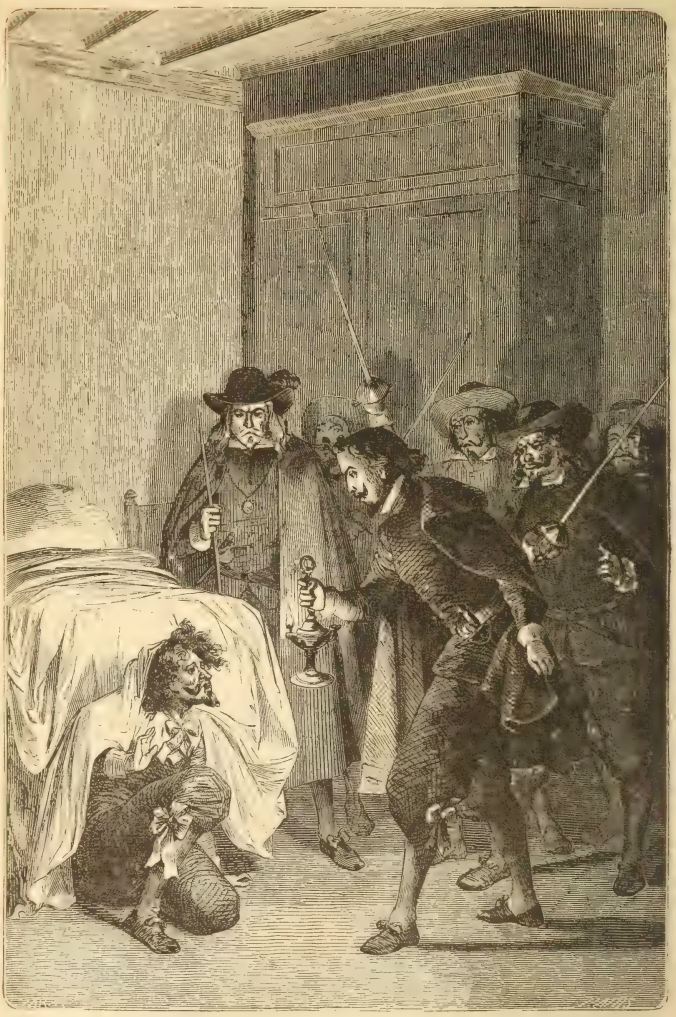
—Vamos, pronto,—dijo un alguacil;—fuera si no quereis morir ahí mismo á pinchazos como raton en ratonera.

—¡Ah!—exclamó al fin el peluquero exhalando un penoso suspiro.

—¡Calla!... ¡No es el mismo!...

—No... no soy el mismo,—dijo el desdichado peluquero con voz ahogada.

—¡Vive Dios!... ¡Es Canuto!—gritó Hernando mas desesperado que nunca.—¡Salid, miserable!



LAMINA 6.ª—Con mucho trabajo, porque se sentia desfallecer, pudo salir el peluquero todo empolvado...

—Sí... voy á salir... pero... quitad las espadas...

—¿Habeis ayudado á la fuga de un criminal?

—Soy inocente... no sé...

—¡Fuera de ahí!...

—Las espadas...

—No tengais miedo.

Con mucho trabajo, porque se sentia desfallecer, pudo salir el peluquero, todo empolvado, despeinado, y con las facciones desfiguradas por el terror que se habia apoderado del infeliz.

Lo primero que hizo fué dejarse caer de rodillas á los piés del escudero y exclamar con voz lastimera:

—¡Compasion!... Soy inocente...

—¿Por dónde se ha ido el de los anteojos?—preguntó Hernando clavando en Canuto una penetrante y terrible mirada.

—No sé...

—¡Miserable!

—Os juro...

—Sí, como esta mañana...

—¡Ah!... ¡Dios mio!...

—¿Con que sois su cómplice?

—Señor Hernando...

—Responded... ¿Por dónde se ha ido?

—Pero... si no lo sé...

—Sujetad á este bribon...

—Yo os esplicaré...

—¡Silencio!

Quiso hablar el pobre Canuto, pero los alguaciles lo rodearon y le amenazaron con ponerle una mordaza si intentaba hablar.

—Os han mandado guardar silencio.

El infeliz hizo un gesto de resignacion, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

—Preguntemos al criado...

—Sí, sí...

Salieron de la alcoba y llamaron al negro que acudió en se-

guida; pero fué inútil que le interrogasen porque solo consiguieron verle hacer algunos gestos y ademanes que parecian significar su completa ignorancia de todo.

—Llevémosle tambien.

Juan se inclinó en señal de obediencia.

—Vamos.

—Aprisa, señor Canuto...

—Y silencio, ya lo sabeis.

Salieron de la casa, cuya puerta cerró el alcalde guardando la llave, y se encaminaron hácia la calle de la Almudena para atravesarla y tomar por la Plaza Mayor en busca de la de Santa Cruz, donde estaba la cárcel de córte.

CAPITULO XXIII.

Sigue Hernando en desgracia.

El escudero no creyó aquellos momentos oportunos para interrogar al peluquero; así que, cuando lo dejó encerrado en la cárcel, se encaminó al alcázar para dar cuenta al rey del resultado de su comision.

Muchas veces habia preguntado ya el monarca por Hernando, mostrándose impaciente cuando le contestaban que aun no habia ido, de manera que al verlo exclamó:

—¡Por fin!

Pero mirándole detenidamente el rostro y leyendo en él lo que en su interior pasaba, añadió:

—¿Qué ha sucedido? Esplícate por última vez, y basta de enredos y misterios.

—Señor,—balbuceó el escudero.

—Mal has salido en tu empresa, Hernando; no es menester que me lo digas.

—No del todo; señor, pero creo haber adelantado lo bastante para conseguir lo que desea vuestra majestad.

—Me disgustan las cosas á medias.

—Con dos mitades...

—Se forma un entero, es verdad; pero cuando no hay mas que una de las dos mitades y solo esperanzas de obtener la otra, es como si nada hubiese.

—Señor...

—Sin duda ese hombre ha dicho y justificado quién es, y te contentas con eso por ahora. ¿He acertado?

—Desgraciadamente,—dijo el escudero sin atreverse á mirar al monarca,—se ha equivocado vuestra majestad.

—¿Con que?...

—Aun no se sabe quién es.

—¿Qué has hecho entonces?

—Fuimos á su casa,—contestó Hernando que no sabia cómo referir lo sucedido,—y entramos sin dificultad...

—¿Y no lo encontrásteis?

—Sí, señor, allí estaba...

—Es decir, que ya lo tenemos encerrado...

—Sé que voy á enojar á vuestra majestad, pero...

—Acaba,—replicó el rey con impaciencia.

—El hombre misterioso...

—¡Hernando!

—Se nos ha escapado...

—¡Oh!—exclamó el monarca, apretando los puños y clavando una mirada terrible en el escudero.

—Todo,—dijo este inclinando la cabeza,—lo he perdido para con vuestra majestad...

—¡Se os ha escapado!

—Pero...

—¿Cuántos ibais?...

—El alcalde con cuatro alguaciles y yo...

—¡Seis hombres!

—Lo mismo hubiera sucedido con seiscientos.

—No lo comprendo, Hernando: seis hombres que dejan escapar á uno, ó deben ser muy torpes ó muy cobardes.

Las megillas del escudero se pusieron rojas como el carmin; era la primera vez que el rey lo trataba de esta manera.

—Señor,—dijo con voz ahogada y conteniendo muy trabajosamente el coraje que sentia;—seis hombres que dejan escapar á un demonio que desaparece sin ser visto, que se evapora, ni son torpes ni cobardes.

—Ya sabes que no soy de los que creen en brujerías, y por consiguiente, la evaporacion de ese hombre no es para mí una razon.

—Para mí ha sido un hecho.

—Pero en fin, acaba de esplicar lo que ha sucedido.

—Sí, voy á probar á vuestra majestad que hay hombres que se evaporan,—repuso Hernando.

Y refirió con todos sus detalles el suceso.

—¡Oh!—exclamó el monarca, cuya frente se contrajo.—¡Ese miserable peluquero!...

—Es su cómplice.

—Bien, Hernando, bien; me alegro que haya sucedido así porque vale mas descubrir á un enemigo á quien no se conocia, que apoderarse del que ya era conocido. En cuanto al de los anteojos, ya sabemos á qué atenernos; pero de ese desleal servidor nada sospechábamos, y por lo mismo era mas peligroso que ninguno.

Hernando se reanimó.

—Por eso dije á vuestra majestad que no se habia perdido la noche.

—Te vuelvo mi gracia y me arrepiento de haberte tratado con dureza. ¡Pobre Hernando! Te he hecho sufrir...

—Señor, tanta honra...

—La que mereces.

—La bondad de vuestra majestad no tiene límites.

—¿Con que dices,—repuso el monarca con dulzura,—que ha quedado bien asegurado ese bribon de peluquero?

—En un calabozo de donde no se escapará.

—¡Y yo que tenia de él tan buena opinion y le habia tomado cariño!...

—Y que segun él mismo me ha contado, le habia prometido vuestra majestad protejer á su sobrino.

—Es verdad.

—No tiene perdon semejante ingratitud.

—Bien dice el refran, cria cuervos y te sacarán los ojos. Pero yo le haré sentir el peso de mi justicia.

—Gran castigo merece,—dijo el escudero que no cabia en sí de gozo.

—¿Dices que nada le has preguntado?

—Me ha parecido conveniente dejarlo sosegar para que comprendiendo bien su situacion, se convenza de que el mejor camino que puede seguir, es declarar la verdad.

—Has obrado con acierto.

—La aprobacion de vuestra majestad es mi mayor recompensa.

El rey meditó algunos instantes y luego dijo:

—Pienso una cosa, Hernando.

—Espero las órdenes de vuestra majestad...

—Es preciso que ese miserable sufra toda la pena de su delito.

—Con él seria mal entendida la compasion.

—No, me basta castigarle con un encierro, que es la sentencia que le impondré.

—Es poco, señor, pero...

—Necesito verlo confundido, anonadado en mi presencia.

Hernando palideció ligeramente.

—No conseguirá vuestra majestad mas que disgustarse al verle arrastrar á sus piés, suplicar y llorar...

—No importa.

—Y si comete el desacierto de mentir...

—Peor para él.

—Y para vuestra majestad que no podrá escucharle con calma.

—Repito que no importa: quiero verlo.

—Señor...

—Mañana lo conducirás aquí...

—Pero...

—Bien guardado para evitar que se evapore como su amigo.

—Si vuestra majestad se empeña...

—Lo quiero así.

—Perdone vuestra majestad que no sea de su opinion.

—¿Por qué?

—Me parece que es dispensar demasiada honra á un hombre que ninguna consideraeion merece.

—No es honrarlo, es castigarlo.

—Pero rebajarse vuestra majestad...

—¿Has olvidado que soy el rey?—interrumpió con severidad Felipe IV.

—Señor...

—Los reyes son como el oro, no se ensucian entre lo sucio, y solo ofendiendo á Dios desmienten su majestad y rebajan su grandeza.

—Pongo al cielo por testigo...

—Mañana traerás al peluquero sin hablarle una palabra.

—Cumpliré la órden de vuestra majestad.

—Temprano.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—Bien, señor.

—Déjame que quiero acostarme.

—Antes quisiera el perdon de vuestra majestad...

—Eres, como siempre, mi buen escudero Hernando y mi servidor mas querido.

—Gracias, señor...

Hernando salió.

Cuando el monarca estuvo solo dijo para sí:

—¿Por qué no he de averiguar por mí mismo lo que significa este enredo? No acabo de creer que Canuto sea criminal, y se aumentan mis sospechas con respecto á Hernando.

Este, jurando y maldiciendo, se dirigió á su casa.

Su apuro no podia ser mayor, porque estaba seguro de que el peluquero para alcanzar el perdon del rey diria cuanto sabia.

—¡Oh!—exclamaba en el colmo de su desesperacion.—Ese maldecido peluquero será inocente, pero es la causa de todo y será la de mi completa ruina. ¿Cómo evitaré el golpe que me amenaza? ¡Y yo que tuve á gran fortuna el apoderarme de Canuto ya que se me habia escapado el de los anteojos!... Está visto, ya no sirvo para nada; perdí mi antigua habilidad, y cada cosa que hago es una torpeza que empeora mi situacion. ¡Oh!... ¡Fatal equivocacion la de aquella desdichada noche!

CAPITULO XXIV.

De cómo el doctor, en vez de huir de Hernando, lo perseguia.

El escudero llegó á su casa y llamó con récios golpes, como quien tiene muy mal humor y necesita gastar en algo las fuerzas de la escitacion de su coraje. Le abrieron al instante, entró sin decir una palabra y comenzó á subir la escalera cuando su criado le dijo:

—Señor.

—Bien, —contestó Hernando sin saber lo que hablaba.

—Señor, —repitió tímidamente el sirviente.

—¡Calla!

—Es que...

—¡Calla!

—Pero sí...

—¡Vive Dios!... ¡Silencio!...

—Está esperando...

—¿Te atreves?...

—Perdonadme, pero como lo encontrareis en vuestro aposento...

—¿Qué te importa?

—Y como no ha dicho su nombre...

—¿Estás mal con tus huesos?

—Señor...

—¡Calla, por Satanás, ó te echo por la escalera!

El sirviente no se atrevió á decir una palabra mas.

Hernando se dirigió á su aposento.

—Luz,—dijo viendo que su criado no lo acompañaba mas que hasta la puerta.

—Ya teneis, porque como ese caballero os espera...

—¿Pero qué es lo que dices?—replicó el escudero con acritud.—¿Acabarás de esplicarte?

—Como me mandásteis callar...

—¡Vive Dios!...

—Iba á deciros que hace mas de media hora llegó un caballero, preguntó por vos, y como le dije que no estabais, me rogó que le permitiese esperaros.

—¿Quién es?

—No ha querido decir su nombre, so pretesto de que no le conoceis.

—¡Un desconocido!...

—Con trazas de hidalgo acomodado.

—¿Jóven ó viejo?

—Mas bien parece viejo, pero no puedo asegurarlo.

—¿Acaso no lo has mirado?

—Es que lleva unos anteojos verdes...

—¡Oh!—exclamó Hernando.

Y se contrajo su rostro hasta el punto de desfigurarse.

Toda su sangre afluyó á su cabeza y encendió sus megillas, mientras que relumbraron como dos áscuas sus ojos.

—¡El hombre de los anteojos verdes!—dijo con voz reconcentrada.

Y abrió de un golpe la puerta de la habitacion, entrando precipitadamente.

El doctor estaba sentado cerca de una ventana que habia abierta, y parecia aspirar tranquilamente el fresco y suave airecillo que corria. Su descuido, real ó aparente, detuvo á Her-

nando que no acertó en los primeros instantes á pronunciar una palabra ni tampoco pudo decidirse á obrar, bien fuese apoderándose de aquel hombre atrevido, bien entrando en esplicaciones con él para pedirle reparacion de la pasada burla.

—Dios os guarde ,—dijo Cañete con su dulce voz que no se habia alterado.

Y se puso de pié mientras sonreia levemente de aquella estraña manera que él lo hacia.

—¡Oh!—exclamó el escudero, dando un paso y clavando en el médico una mirada terrible.

—Mucho os ha detenido el rey,—repuso tranquilamente el doctor.

Hernando se acercó á Cañete, lo cogió de un brazo y gritó:

—¿Qué habeis hecho?... ¡Oh!... ¿Qué habeis hecho, miserable?

—¿Qué habeis hecho vos?—replicó el médico sin alterarse.—Antes os dejé porque me era preciso ver á una persona que despues no hubiera podido entrar en mi calabozo; pero una vez que despaché mi asunto, he venido á buscaros para que me lleveis á la cárcel y dejeis en libertad á ese pobre diablo de peluquero que no tiene culpa de nada.

—¿Cómo sabeis?...

—Por mi lado pasasteis al atravesar la plazuela de Herradores, y ví que Canuto y mi criado iban entre los alguaciles como dos criminales.

—¡Estabais allí!—exclamó Hernando con despecho.—¡Y no os ví!

—¿Qué os importa? No os desespereis por tan poco, que aquí me teneis y lo mismo os da, puesto que no me resistiré á que me lleveis preso.

—Tampoco os serviria vuestra resistencia...

—Bien, hablemos...

—En el calabozo que os espera: allí hablaremos, sí, hablaremos mas de lo que quisiérais.

—Me es igual, y si en ello os empeñais, vamos,—dijo el doctor.

Y dió un paso hacia la puerta.

—No... no...

—¿Qué quereis entonces?

—¿Intentais huir segunda vez?

—¡Huir!... Vuestra cabeza está trastornada, señor Hernando. ¡Huir de vos cuando os persigo!.,. ¿Me hubieseis encontrado ahora sin venir yo?

—¡Oh!... ¡Me ahoga el coraje, estoy á punto de perder el juicio! —exclamó el escudero, dejándose caer en un sillon.

—Sosegácos...

—¡Que me sosiegue decís cuando vos sois quien en este estado me ha puesto!

—Yo no, sino vos que no habeis querido ser razonable.

—Os habeis burlado de mí, me habeis comprometido, y..... Ya es bastante: os encerraré en un calabozo y al menos sabré quién sois.

—Ó no lo sabreis.

—Cuando os hayais convencido de que solo esplicando vuestra conducta podeis obtener vuestra libertad...

—Mi libertad, —interrumpió el doctor, —no peligra; y si por acaso, lo cual no es probable, me prendiesen, vos, señor Prieto, vos mismo iriais á pedir que se abriesen las puertas de mi encierro, y para conseguirlo rogariais, suplicariais y emplearíais cuanta influencia ejerceis en el ánimo de su majestad.

—No tardareis en ver que os equivocais.

—Por de pronto, —repuso el doctor con acento de la mas completa seguridad, —no os atreveis á llevarme á la cárcel.

Hernando miró á Cañete con sorpresa.

—¿Lo dudais? —añadió el doctor.

—Prudente será que no os hagais ilusiones, porque el desengaño...

—Probemos, —dijo Cañete.

Y echó á andar hácia la puerta.

—¡Y he de sufrir esto! —exclamó Hernando con rabia.— ¡Vive Dios!...

—No me equivoqué.

—Seguro estareis de vuestro triunfo cuando habeis venido.

—Eso sí: ¿para qué he de engañaros? Tengo la seguridad de salir de vuestra casa libre y satisfecho, porque no sois hombre capaz de cometer la villanía de aprovecharos de esta ocasion: antes me obligariais á sacar la espada como caballero, pero otra cosa, no.

—¿Y por eso abusais de mi hidalguía?

—¡Que abuso!... Decid en qué.

—No acabeis de desesperarme... ¡Oh!...

—Meditad con calma, señor Hernando,—repuso el doctor, sentándose nuevamente.—Meditad con calma y decidme en qué os he ofendido, qué mal os he hecho, y si podeis acusarme de la mas leve cosa, os pediré perdon de rodillas.

El escudero se sentia sin fuerzas: pasada la primera escitacion de su coraje, vino el abatimiento consiguiente á lo mucho que habia sufrido.

—¡Oh!—exclamó.—Ya no sé darme cuenta de si sois mi amigo ó mi mayor enemigo: habeis logrado aturdirme, estraviar mi razon...

—¿Pero por qué me perseguís? ¿Por qué me habeis declarado tan cruda guerra, llevando vuestro encono hasta tal punto que habeis intentado encerrarme en una prision de donde quizás no hubiera jamás salido?

—¿Ignorais lo que entre nosotros ha sucedido?

—Lo tengo bien presente.

—¿Y me pedís esplicaciones?

—Es natural.

—Os habeis aparecido sin saber cómo para aumentar mis desdichas, para hacer imposible mi felicidad, siquiera mi reposo... ¡Oh!... ¡Sois mi fatalidad...

—Si he tenido comunicacion con vos ha sido porque así lo solicitasteis con tanto empeño, que no pude escusarme. Bien sabeis que no os busqué, sino vos á mí...

—Porque sois dueño de un secreto del cual depende la felicidad de mi hijo...

—Y quisísteis que os lo revelase.

—¿Lo estrañais?

—No.

—¿Hice mal?

—Tampoco.

—¿Entonces?...

—Sí estrañé en vuestro claro entendimiento que al pedirme una cosa negáseis otra igual. Yo guardaba un secreto, y os prometí revelároslo á su tiempo y con ciertas condiciones: no os convino el trato: me quedé contento y entonces os quejasteis de mi, me amenazasteis y...

—Estoy dispuesto á olvidaros si me dejais tranquilo y os olvidais de mí.

—Si quereis conseguirlo, no me busqueis: haced lo que yo, y dejadme.

—¿Por qué habeis venido?

—Ahora se trata de otra cosa que nada tiene que ver conmigo.

—No os comprendo.

—Me esplicaré.

—Hacedlo si os place, porque ya todo me es indiferente.

—Habeis cometido una injusticia y vengo á pedir reparacion en nombre del que ha sido víctima de vuestro proceder: vengo, señor Hernando, á defender al débil contra el fuerte, al pequeño contra el grande, porque yo soy grande y fuerte, y cumplo así un deber sagrado. ¿Lo entendeis?—dijo el doctor con acento firme y severo.

—Vos... fuerte y grande...

—En todos conceptos; y tanto, por lo menos, como vos,—repuso Cañete con mayor firmeza.—Si lo dudais os lo probaré.

—Esta noche pareceis otro...

—Me presento á vos segun conviene á las circunstancias. ¿Qué concepto habíais formado de mí?

—Pero esa arrogancia...

—Severidad, debeis decir.

—¡Oh!... Sois imcomprensible...

—Para vos.

—Acabemos, señor hidalgo: ya estoy tranquilo, ó por lo menos en disposicion de escucharos con alguna calma.

—Bien, acabemos.

—Nuestra respectiva situacion debe quedar muy clara: sepamos de una vez á qué atenernos. Lo mismo que yo de vos, algo quereis vos de mí: ¿por qué no acabais de esplicaros? Vuestra conducta no puede ser mas estraña: hace una hora huiais de mí...

—¿Y no acertais á comprender porqué vengo á buscaros?

—No.

—Pues os lo he dicho con mucha claridad: habeis cometido un abuso injustificable y vengo á pedir una reparacion, porque yo he sido la causa inocente de que otro sufra por mí.

—¿Hablais de?...

—La prision del peluquero Canuto.

Hernando se acordó del compromiso en que le habia puesto la determinacion del monarca, y palideció.

—Caballero,—dijo,—Canuto es vuestro cómplice, y si por alguna razon que ahora no adivino tengo que dejaros ir libremente, él pagará por ambos y hablará por vos. ¿Temeis que descubra lo que tan cuidadosamente ocultais?

—Quien debe temer á los descubrimientos sois vos, porque si el peluquero hablase de los amores de doña Isabel...

—¡Oh!—murmuró Hernando, estremeciéndose.

—Y hablará, no lo dudeis.

—Olvidais,—repuso el escudero, intentando sonreir,—que el preso está á mi disposicion y que solo conmigo hablará porque en su calabozo no han de entrar jueces ni escribanos.

—El plan es ingenioso, digno de vos, señor Prieto; inmejorable si hubiéseis conseguido aprisionarme, porque entonces nadie hubiera hablado por mí, y las paredes de mi calabozo no

me hubieran escuchado ni hecho justicia; pero las circunstancias han cambiado y debeis variar el plan: podreis ocultar las revelaciones del peluquero, pero no las mias que son mas importantes.

Hernando palideció.

—Es verdad,—dijo;—debo variar el plan y lo variaré; serán dos los presos en lugar de uno, porque desde aquí ireis con una mordaza á la cárcel de córte donde permanecereis incomunicado hasta que se os destine en Simancas habitacion para lo que os queda de vida. ¿No es esto tambien ingenioso y digno de mí?

—Se conoce,—replicó el doctor sin alterarse,—que estais acostumbrado á intrigar entre gente torpe.

—Espero,—dijo Hernando con ironía,— que me deis algunas lecciones.

—No soy aprendiz siquiera en la intriga; únicamente sé con maestría defenderme.

—Lo cuál no os servirá para salir de aquí libre.

—Os equivocais, señor Hernando; sadré libre porque me dejareis marchar cuando sepais una cosa.

—¿Qué?—preguntó el escudero con inquietud.

—Que mientras habeis estado en palacio he tenido una larga conferencia con el sobrino de Canuto.

—¿Qué habeis hecho?—preguntó Hernando sin poder disimular su agitacion.—¿Habeis cometido la imprudencia?...

—Le he dado armas para defender á su tio que es inocente.

—¡Oh!... ¡Lo habeis perdido!...

—No,—dijo Cañete con calma.

—Sí, lo habeis perdido, porque yo soy antes que todo, y para salvarme no repararé en hacer una víctima mas.

—Estais trastornado, señor Prieto.

—Ante nada me detendré...

—¿Lo llevareis tambien á la cárcel?

—Sí,—dijo Hernando arrebatadamente.

El doctor soltó una carcajada burlona.

—¡Caballero!—exclamó fuera de sí el cortesano.—Mirad...

—Os tengo lástima...

—¡Vive Dios!...

—Quereis poner preso á todo el mundo, lo cual haria reir á á las piedras.

—Pronto llorareis...

—¿Y dónde vais á encontrar al sobrino de Canuto? Sin duda pensais que estará en su casa esperando á que vayais por él...

—¡Soy un necio!—exclamó Hernando, dejándose caer abatido en la silla de donde se habia levantado en el acceso de su furor.

—¿Conoceis vuestra torpeza?

—¡Oh!... ¡Habeis descubierto secretos de tanta importancia á un mancebo loco!...

—Antes habeis cometido vos un abuso.

—No sabeis el mal que me habeis hecho...

—Mayor era el que intentábais hacerme.

—¿Pero por qué ¡oh! por qué me habeis declarado tan cruda guerra?

—Vuelvo á deciros, y siento que tan pronto lo olvideis, que no soy yo, sino vos quien me persigue. ¿Cuando os he buscado? ¿Cuando me he mezclado en vuestros asuntos? Sed razonable y confesad que debo estar muy quejoso de vuestro proceder. Me pedísteis un favor y os lo negué, es verdad, pero yo no estoy obligado á hacer favores, y menos á quien ninguno me ha hecho.

—Me habeis perdido, me habeis perdido...

—Respondo de la discrecion de Felipe Augusto con tal de que mañana esté en libertad su tio y además aparezca inocente.

Ya eran dos los peligros que amenazaban á Hernando: la entrevista del rey con el peluquero y lo que por favorecer á este pudiera hacer Felipe Augusto. Ninguno de estos escollos podia evitarse sino protegiendo á Canuto para que callase en cambio de su libertad. Esto sin embargo, presentaba algunos inconvenientes; pero era preciso vencerlos á toda costa, y el escudero resolvió á intrigar para deshacer lo hecho, dando á la necesidad las apariencias de virtud.

—Debeis conocer,—dijo despues de algunos momentos de reflexion,—que es un imposible lo que me pedís.

—Entonces,—contestó el doctor,—hemos concluido.

—La prision de Canuto he tenido que justificarla...

—Con una acusacion ¿no es así?

—Exactamente.

—Pero como de esa acusacion no habeis presentado pruebas...

—No.

—Y todos estamos sujetos á equivocaciones....

—Ciertamente.

—Nada tiene de particular que os hayais equivocado.

—¿Y si el rey sospecha?

—¿Y si en vez de sospechar se convence de que lo engañais?

—¡Oh!...

—Elegid, señor Hernando.

—La alternativa...

—Es dura, pero inevitable.

—Mi deseo seria contentaros, siquiera porque de vos depende la felicidad de mi hijo...

—Cuidado,—interrumpió Cañete,—que no os pido ningun favor, sino justicia, y si alcanzais la libertad de Canuto, nada tendré que agradeceros.

—¡Oh!... No quereis quedar obligado...

—No.

—Caballero...

—En paz estamos y lo mismo hemos de quedar.

—Eso ya es demasiado.

—Lo justo.

—Pues bien, quede el peluquero en la cárcel...

—Yo lo sacaré.

—Antes habreis de salir vos.

—¿Decidís prenderme?

—Sí.

—No me resistiré, vamos,—repuso tranquilamente el doctor.

—¡Oh!—exclamó el escudero apretando los puños con rabia.—Conseguireis desesperarme.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, señor Hernando.

—Sí, sí...

—Decidíos.

—¿Qué he de hacer? ¿Acaso puedo librarme del lazo que me habeis tendido? Mañana quedará el peluquero en libertad, pero no hay mas que un medio para conseguirlo.

—Sea cual fuere no me importa.

—Sí, porque tendreis que ayudarme.

—Segun...

—Para que se convenza el rey de la inocencia de Canuto, es preciso que hable con él.

—Proponedselo.

—Espero conseguirlo, pero temo...

—¿Que el peluquero se turbe y por miedo diga la verdad?

—Sí.

—Prevenidlo.

—Escuchará con desconfianza mis consejos.

—¿Y qué quereis?

—Que le hableis esta misma noche.

—De mí desconfiará mas que de vos, porque he sido la causa de que lo prendan.

—Pero como trabajais unidos...

—No, señor Hernando, el peluquero no es mi cómplice como habeis dicho antes.

—Bien, no importa: vos y yo somos enemigos, el peluquero lo sabe, y si le damos el mismo consejo comprenderá que no se le engaña. No os negueis...

—No me niego: estoy pronto á hablarle.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Vamos, pues.

—Vamos.

—¿Qué vais á decirle?

—Que finja completa ignorancia de todo y que no conteste otra cosa sino que estaba en mi casa porque lo mandé llamar.

—Bien.

—En cuanto á encontrarse debajo de la cama, fué culpa de la turbacion del miedo que sintió al oir que anunciaban á la justicia.

—Perfectamente.

—Por supuesto que vos le hablareis antes que yo, porque no quiero que digais que le aconsejo sobre lo que ha de contestaros.

—Seguro estoy de que lo mas importante para Canuto es verse libre.

—Tal creo, pero bien puede suceder que piense de otra manera.

—Bien, yo le hablaré primero si así os place.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¡A mis órdenes!—dijo el escudero, levantándose.—¡Si así fuera cierto!

—Si hubiérais tenido mas confianza en mí...

—Hablaremos, señor hidalgo: sois dueño absoluto de la felicidad de cuatro personas, y al fin tendré que comprar vuestros secretos...

—No los vendo, los cambio,—replicó el doctor.

Aun no se habia trazado el escudero el plan de conducta que le convenia seguir: estaba tan aturdido que solo pensó en salir del primer apuro sin calcular si lo que iba á hacer lo pondria en mayor aprieto del que se encontraba.

Natural era que Canuto se conviniese á todo con tal de verse libre; ¿pero qué sucederia cuando le interrogase el rey?

El resultado era muy dudoso.

Hernando y Cañete salieron de la casa, dirijiéndose á la cárcel.

Ya sabemos que las puertas del calabozo del peluquero estaban abiertas á todas horas para el escudero.

CAPITULO XXV.

De la visita que Hernando y Cañete hicieron á Canuto.

El desdichado escudero, luchando sin cesar contra imposibles, y cada dia con menos esperanza de hacer la felicidad de su hijo, habia llegado á un estado tal de desesperacion y fatiga, que no se sentia con fuerzas para soportar mucho tiempo los dolores y amarguras de su situacion. Mas que los años, los sufrimientos le habian hecho perder su antigua audácia, y cuando recurria á su ingénio lo encontraba torpe, no porque hubiese perdido un solo quilate de su penetracion y viveza, sino porque tanta contradiccion, tanta duda, tanto engaño y desengaño y tantos incomprensibles misterios como en pocos dias lo habian trabajado, produjeron la confusion y turbacion que era consiguiente. En otro tiempo se hubiera visto muy apurado el doctor para enredar á su placer á Hernando, pero entonces pudo hacerlo, sino con facilidad, al menos á costa de poco trabajo. El escudero era padre y no se atrevia á jugar la felicidad de su hijo como hubiera hecho con la suya propia, y por eso lo hemos visto contener los ímpetus de coraje al hablar con el doctor: si con súplicas y hasta humillaciones podia conseguir su deseo, nada le importaba lo demás, la dicha de su hijo era para él antes que todo.

Arrepentíase mas cada dia de la torpeza que habia cometido en no declarar al rey la verdad de todo, pues si por la pérdida del hijo de doña Inés debia temer algun castigo, mayor seria este, añadiendo el que merecia la nueva intriga que al fin habria de descubrirse, pues no era de esperar otra cosa en el estado en que se iba poniendo el asunto.

Temia Hernando, y con razon, que el paso que iba á dar, poniéndose en favor de Canuto, llamara la atencion del monarca, infundiéndole recelo; pero por malo que esto fuese, mucho peor era que se descubriese la intriga de la secreta corespondencia con Isabel, y entre dos males escogió el menos peligroso.

Claro es que semejante situacion no podia sostenerse; que habia de llegar un dia en que se hiciese preciso decir la verdad al rey, pero convenia ganar tiempo por si entre tanto la suerte se mostraba mas propicia.

En cuanto á Cañete, se devanaba los sesos Hernando sin poder comprender nada ¿Qué queria aquel hombre? ¿Por qué desde luego, y en cambio de lo que podia hacer por Felipe, no pedia lo que pensase sacar de aquel enredo?

Esto pensando, silencioso y triste, fué el escudero en compañía del doctor hasta llegar á la cárcel.

El calabozo en que estaba el infeliz Canuto era un estrecho recinto subterráneo, sin mas ventilacion que la de una ventanilla con reja que habia junto al techo, y sin mas comodidades que un monton de paja y una manta que servia de lecho y abrigo. Afortunadamente era verano; pero á pesar de esta circunstancia, la humedad de aquel lóbrego recinto incomodaba lo bastante para hacer insufrible su estancia en él por muchos dias.

Cuando nuestros amigos estuvieron á la puerta del calabozo, Hernando detuvo al carcelero que buscaba entre muchas llaves la de aquella puerta, y le dijo, señalando al doctor:

—Este caballero me esperará aquí y entrará cuando yo salga. Ya sabeis que el preso...

—Está á vuestra disposicion,—dijo el carcelero.—Es la órden que recibí, y si quereis llevároslo no me opondré.

—Hoy no, pero mañana saldrá conmigo, quizás para no volver.

—Cuando dispongais: ya sabeis que es de los que no se apuntan en el libro de entrada, y por consiguiente ni cargo ni descargo es para mí, como los demás que han venido con la misma reserva.

—Abrid y dadme luz.

—Hay dentro, porque segun me mandásteis no debia ser tratado el preso como los demás, y le dí luz cuando me la pidió.

—Bien hecho.

La ferrada puerta del calabozo crujió al abrirse, y Hernando entró despues de haber meditado algunos momentos.

El peluqnero inspiraba compasion.

Estaba sentado en la paja, tan abatido, pálido y desfigurado el rostro como si por momentos se le acabase la vida.

Su tristísima figura estaba iluminada por la claridad dudosa de un mugriento farolillo que habia en el suelo.

Cuando sintió abrirse la puerta y vió entrar un hombre, sin conocerlo al pronto y dejándose llevar por su terror, el pobre Canuto exhaló un grito y ocultó el rostro entre las manos.

—No os asusteis,—dijo el escudero con dulzura.—Os visita un amigo.

—¡Un amigo!—murmuró Canuto.

Y se atrevió á levantar la cabeza y mirar á Hernando.

—Siempre lo he sido vuestro y ahora vengo á probároslo.

—¡Ah!... Sois vos... señor Hernado...

—Sí.

—¡Oh!... Perdonad,—dijo el peluquero, moviéndose como para ponerse de pié, pero sin llegar á levantarse.

—Quieto, señor Rincon.

—Perdonad que no me levanté, pero ya veis estos grillos que me han puesto...¡ay!... pesan mucho y me lastiman horriblemente.

—Ahora os los quitarán.

—¿Venís á sacarme de aquí?—preguntó afanosamente el pe-

luquero.—Sin duda habeis reflexionado y os habeis convencido de mi inocencia...

—No.

—¡Dios santo!

—Vengo,—repuso Hernando que pensaba sacar algun partido de su mismo apuro,—vengo porque soy generoso, y á pesar de vuestro delito, á pesar de que conspirábais contra mí y me habeis sido traidor é ingrato, os tengo lástima y quisiera aliviar vuestra suerte aminorando el castigo que os espera.

—¿Soy inocente, soy inocente!—dijo Canuto con acento lastimero.

—No pagueis mi buen proceder con nuevas falsedades.

—Señor Hernando, compadeceos de mí porque soy desgraciado y no criminal.

—Pocos momentos puedo estar aquí y es preciso aprovecharlos,—repuso el escudero.—Por consiguiente, dejaos de súplicas ni exclameciones, convenceos de que os conviene decir la verdad y no agraveis vuestra situacion.

—¡Esto es horrible!—exclamó el peluquero, agitando su larga nariz.—Mirad el estado en que me encuentro, sed justo y no me pidais imposibles.

—No os pido mas que sinceridad, franqueza.

—¿Dudais de la mia?

—Os he encontrado escondido en casa del hombre que me está haciendo mucho daño.

—Pues bien, yo os diré la verdad de todo, os diré cuanto puedo deciros, todo lo que sé.

—Si así lo haceis, contad con que muy pronto, quizás mañana, estareis libre.

—Preguntadme, preguntadme y os responderé.

—¿Cómo habeis conocido al hombre de los anteojos verdes?

—El hombre de los anteojos, que segun voy viendo debe ser el mismo diablo en figura humana, puesto que á todos nos enreda, llegó esta tarde á mi casa proponiéndome que fuese á la suya despues de anochecido para arreglarle el pelo y limpiarle la cabeza.

Francamente, señor Hernando, como me habiais hablado de él, diciéndome que era el que habia sorprendido nuestro secreto sobre el asunto de doña Isabel, ví el cielo abierto y me ofrecí á servirle con la intencion de pedirle esplicaciones de su conducta y satisfaccion por haberme calumniado. Ya sabeis que no tolero ofensas de nadie ni puedo contenerme en los primeros momentos de arrebato...

—Bien, bien,—interrumpió el escudero:—dejad los comentarios sobre vuestro valor, que tengo marcado el tiempo que puedo estar aquí.

Canuto miró á Hernando con alguna desconfianza porque le pareció sospechosa aquella prisa, y pensó que la generosidad del escudero no debia ser desinteresada.

—Voy tranquilizándome,—dijo para sí:—la mentira parece que pasa..... Probemos, que siempre es ocasion de decir la verdad. No debo perder todavía la confianza en el de los anteojos.

Y luego añadió en voz alta:

—Para abreviar, señor Hernando, os diré que fuí á casa de ese demonio, y de buenas á primeras, dejándome llevar de mi carácter, le pedí estrecha cuenta de su conducta.

—¿Qué os respondió?

—Me respondió... ¡Ah!... Debe ser muy ladino...

—Bien, pero...

—Me dijo que no entendia una palabra de cuanto le hablaba.

—¿Y vos?...

—Le amenacé, pero...

—¿Qué hizo?

—Reirse.

—Cuidado con mentir, señor Canuto.

—Es la verdad.

—Proseguid.

—Su risa me desesperó, y ciego de ira, puse mano á la espada. Entonces me dijo que me sosegase, y despues de muchas palabras que á nada venian, os acusó de torpe, imprudente, in-

discreto, y qué sé yo qué mas, porque os habiais puesto á leer en medio de la calle la carta de doña Isabel.

—¡Oh!...

—Figuraos mi sorpresa.

—¿Lo creísteis?

—Dudé, pero me juró que decia la verdad, y añadió que yo os servia de instrumento ciego para intrigas que podian costarme muy caras.

—¿No os dió mas esplicaciones?—preguntó el escudero, cuyas megillas se pusieron pálidas.

—Se las pedí porque me puso en cuidado.

—¿Y entonces?...

—No se negó, sino al contrario, me dijo que estaba dispuesto á ponerme al corriente de todo.

—Bien, señor Canuto; estareis en libertad mañana... Continuad.

—Nada mas puedo deciros.

—¡Cómo!

—Cuando iba á empezar á esplicarse llegásteis vosotros.

—¡Oh!...

—Ya sabeis lo demás.

—¿Y por qué os escondísteis debajo de la cama?

—Os lo diré con franqueza.

—Sí, la verdad...

—Tuve miedo... no sé lo que sentí cuando dijeron la justicia...

—Mentís.

—Creedme, señor Hernando; cuando el hombre de los anteojos dijo que iban á prenderlo...

—¿Cómo lo sabia?

—Ya tendria sospechas...

—Pero si erais inocente, nada debísteis temer: de la justicia no huyen mas que los criminales.

—Ciertamente; pero debeis pensar que como se os habia metido en la cabeza que yo estaba de acuerdo con el maldito hombre de los anteojos, temí que si me encontrabais con él...

—Temor bien fundado si hubiéseis sabido que yo iba con la ronda.

—Lo dijo el de los anteojos, que sin duda tiene el don de adivinar.

—Eso es dudoso.

—Sus palabras fueron estas: «El señor Hernando Prieto viene con la justicia para llevarme á la cárcel.»

El escudero reflexionó algunos instantes y encontró muy verídico cuanto le habia dicho Canuto.

Este habia sabido aprovechar las advertencias del doctor.

—Una cosa falta que me espliqueis,—repuso Hernando.

—Os he prometido no ocultaros nada.

—¿Por dónde se escapó el preso?

—Lo ignoro.

—Está visto que no quereis salir de aquí,—dijo el escudero.

—¡Por Dios, señor Hernando, sed justo!..

—¿Con que ignorais por dóndo salió cuando estabais en el mismo aposento.

—¿Pero no me vísteis debajo de la cama? Desde alli nada pude observar. Pensad que no pude favorecer su fuga porque hubiera sido perderme yo mismo por salvarlo á él, lo cual nadie hace por ningun amigo.

—Esa razon es de alguna fuerza,—dijo el escudero despues de algunos momentos de reflexion.

—De mucha,—repuso alegremente Canuto.

—Si al fin me convenciérais...

—Os convenceré con solo deciros otra cosa.

—¿Qué?

—Si yo hubiera estado de acuerdo con ese hombre, me hubiese fugado con él, pues por donde sale uno salen dos.

—Es verdad.

—¿Estais convencido?

—Poco me falta, pero no os pediré mas por hoy.

En el rostro del peluquero se pintó la mas viva alegría.

—¿Estoy perdonado?—preguntó afanosamente.

—Por mi parte, sí; pero falta que su majestad os perdone.

—Vos me ayudareis...

—Puedo hacerme sospechoso.

—¡Señor Hernando!...

—Conviene que hableis á su majestad y le digais lo mismo que á mí, omitiendo lo de las cartas de doña Isabel, porque este asunto le desagradaria.

—Sí, sí, quiero verlo, echarme á sus plantas y jurarle que soy un vasallo leal, un fiel servidor, un esclavo suyo... Le hablaré como debo hablarle y quedará convencido; nada le ocultaré...

—No os entusiasmeis hasta el punto de decir alguna necedad... Tened presente que hay verdades desagradables, como es la que se refiere á doña Isabel...

—¿No es cosa suya?

—Sí,

—Entonces...

—No saldreis de aquí.

Canuto contempló algunos instantes al escudero, como si quisiera adivinar lo que significaba aquel cambio, y como ya estaba mas tranquilo, reflexionó y concluyó por sospechar que se tenia miedo á sus revelaciones.

—Felipe Augusto no se equivocó,—dijo para sí;—el escudero engaña al rey, y tiene miedo de que yo diga la verdad... ¡Oh!... Creo que ahora me toca representar un gran papel en esta comedia: no hay que desaprovechar la ocasion... Ya no tengo miedo porque estoy convencido de que lo tienen de mí... Veremos, señor cortesano intrigante, quién lleva el gato al agua..... Me dísteis las primeras lecciones de ajedrez; conozco ya el tablero cortesano y voy á dar un jaque-mate que asuste á mi maestro.

El rostro de Canuto varió repentinamente y sus pupilas brillaron. Agitó su nariz-abanico como el perro que sacude alegremente la cola, levantó la cabeza con alguna altanería, y dijo con tono de impertinente desden:

—Poco me importa quedarme aquí.

Se trocaron los papeles.

Hernando palideció, miró al peluquero con temor, y le preguntó con voz alterada:

—¿Qué estais diciendo, mentecato?

—Ya sabeis que no tolero ofensas.

—¿Os habeis vuelto loco?

—No, y os lo probaré.

—Hace un momento me suplicábais poco menos que de rodillas que os sacase de aquí...

—Habeis olvidado que me enseñasteis ciertas jugadas de ajedrez...

—¡Vive Dios!...

—Señor Hernando,—replicó el peluquero dándose los aires de héroe de tragedia,—jaque-mate... Si os atreveis á adelantar una torre...

—¿Qué estais diciendo, desdichado? ¿No estais viendo que os perdeis?

—Habeis llegado tarde, señor Hernando.

—¡Oh!...

—Ahora me toca á mí imponer condiciones.

—Basta.

—Hemos concluido,—repuso Canuto.

Y arregló sus puños y su valona.

—No saldreis de aquí,—dijo Hernando.

—Es precisamente lo que deseo, y tanto, que no aceptaré mi libertad hasta que espontáneamente me la otorgue el rey sin vuestra mediacion. ¿Lo habeis entendido, señor Hernando? Se acabó el tiempo en que os serví como un tonto, haciendo un papel indigno de un hidalgo, ageno á mi carácter y...

—¿Pero qué os habeis figurado?—replicó el escudero con voz alterada.—Sin duda habeis dado al asunto una importancia que no tiene.

—Nada me figuro, pero no quiero salir de aquí por que me encuentro bien.

—No direis lo mismo en Simancas...

—Creo que iré allí á visitaros.

—Estais apurando mi paciencia.

—Pues dejadme y evitareis el disgusto de oirme.

—Ya sabeis que ni jueces ni escribanos entrarán aquí.

—Lo sé: solo vos y el carcelero...

—Ese tampoco; porque ahora recojeré las llaves de esa puerta y yo mismo os entraré la comida.

—Me es indiferente.

—Veremos á quién haceis entonces revelaciones...

—Las harán por mí.

—¿Esperais proteccion del hombre de los anteojos?—replicó el escudero.

—No os importa.

—Pensad que mañana será tarde...

—No cuideis tanto de mí.

Se convenció Hernando de que estaba perdido. No le quedaba mas medio de salvacion que confesarse vencido y otorgar concesiones, y aun así, quedaba en una falsa posicion, porque jamás podria estar seguro de un golpe terrible.

—Ya comprendereis,—dijo despues de algunos momentos,—que cualquiera imprudencia vuestra me comprometeria. Creyendo que erais un hidalgo bien nacido, honrado y discreto...

—No os equivocásteis.

—Bien, pues en ese concepto confié á vuestra reserva un secreto que yo no estaba autorizado para revelar.

—Lo que hicisteis fué engañarme, haciéndome creer que el rey estaba enamorado de doña Isabel.

—Señor Canuto,—replicó el escudero, mortificado horriblemente en su amor propio,—el tiempo os dirá si os engañé al indicaros que algo habia de comun entre el monarca y doña Isabel. No os hablé de amores...

—Lo mismo tiene.

—En fin, señor Rincon, ni á vos ni á mí conviene que se hable de ciertas cosas, y por consiguiente vale mas que arregle-

mos amistosamente este asunto. ¿Quereis hacer lo que os he dicho?

Cuanto mas insistia Hernando, mas creia el peluquero que no debia ceder y se negó nuevamente y de la manera mas terminante.

—¡Oh!—exclamó el escudero en el colmo de su desesperacion.—Me obligareis á cometer cualquier desatino.

—Dejadme descansar si quereis,—dijo Canuto.—Ahora no adelantareis nada: tal vez otro dia me encontreis mas propicio á complaceros, aunque siempre será con ciertas condiciones...

—Decidlas.

—Si acaso, las pensaré.

—Qué se pierde la ocasion...

—Estais perdiendo el tiempo.

—Bien, volveré mañana,—repuso Hernando,—y os aconsejo que no olvideis mis advertencias porque os convienen.

—Gracias.

Hernando salió del calabozo.

—¿Qué tal?—le preguntó Cañete.

—¡Oh! ¡Me ahoga el coraje!...

—¿Qué os ha dicho?

—Que no quiere salir de la prision, y que si habla al rey le dirá cuanto ha sucedido con respecto á doña Isabel...

—¿Y ha tenido Canuto valor para eso?

—Cuando entré estaba enteramente dominado por el miedo; pero despues comprendió que su libertad me interesaba tanto como á él, y abusó de las ventajas de su posicion. Además, parece que confia mucho en que lo salvareis, pues me ha dicho que si él no habla lo harán otros.

—No se equivoca.

—Caballero,—repuso Hernando con tono de súplica,—ya que por vuestra causa...

—No es menester que me rogueis: os prometí hablar al peluquero y lo cumpliré ahora mismo.

—Aquí os aguardo...

—No tardaré tanto como vos,—dijo Cañete.

Y entró en el calabozo.

Al verlo Canuto dejó escapar un grito de alegría.

—¿No me esperábais?

—Sí.

—¿Quién os ha anunciado mi visita?

—Vos.

—¡Yo!

—Me prometísteis no abandonarme...

—Habeis tenido confianza en mí... Gracias.

—Tengo que deciros muchas cosas...

—Mañana en vuestra casa, porque ahora no puedo detenerme,—replicó el doctor.

—¡En mi casa!... No espero salir de aquí tan pronto, caballero.

—Saldreis.

—Veo que ignorais...

—Nada ignoro: acabais de hablar con el señor Hernando Prieto...

—Sí.

—Pues bien, mañana volverá, os llevará á ver al rey...

—Eso me propone, pero...

—Aceptad.

—En esta ocasion no andais acertado.

—Señor Canuto, haced lo que os digo. Si el escudero se muestra interesado en que se os vuelva la libertad, es porque yo le he amenazado con descubrir sus intrigas; pero esto no pasa de ser una amenaza que no puedo cumplir ahora por razones que desconoceis.

—Ahora comprendo...

—Por consiguiente, aprovechad la ocasion antes que el señor Prieto se aperciba del lazo que le he tendido, y esplotad su error que no puede durar mucho tiempo. ¿Qué os pide?

—Que me presente á su majestad como ignorante de todo...

—Eso os conviene.

—¿Pero quereis esplicarme?...

—Nada en este momento.

—¿Y si yo le prometiera no hablar de doña Isabel, y cuando estuviera delante del rey?...

—¡Señor Canuto!—interrumpió severamente el doctor.—¿Sois capaz de semejante traicion?

—¡Oh!—murmuró Canuto, bajando avergonzado la cabeza.—No... no soy capaz... he nacido hidalgo...

—Bien...

—Olvidad que he tenido ese mal pensamiento, inspirado no mas que por el disgusto de verme convertido en juguete de todos...

—Comprendo vuestra desesperacion.

—¿Volvereis á ver al señor Hernando?

—Sí.

—Pues decidle que haré lo que desea, pero que cumpla lo que me prometió, mandando que me quiten estos malditos grillos que, además de lastimarme mucho, me han roto las calzas y estropeado los hermosos lazos de seda de mis zapatos... Mirad, mirad...

—Os los quitarán y yo os regalaré otros lazos y otras calzas, ya que habeis perdido esos por culpa mia.

—No lo digo por tanto...

—¿Quereis algo mas?

—Que me saqueis de una duda,—dijo el peluquero despues de meditar algunos instantes y sacudir su nariz.

—¿Cuál?

—¿Por qué si sois mi amigo no me llevásteis con vos al escaparos de las uñas de los corchetes?

—Por dos razones.

—No las alcanzo.

—Una, porque era muy difícil que por donde yo salí saliéseis vos.

—¿Y la otra?

—Para obligar al escudero á deshacer lo que hacia tan ufa-

no de haber conseguido un triunfo, y probarle así que valemos mas que él.

—¡Ah!—exclamó Canuto, abriendo estremadamente la boca en el colmo de su admiracion, y agitando repetidas veces la nariz.

—¿Os parece bien pensado?

—Os reconozco un talento superior al mio.

—Gracias,—dijo el doctor sonriendo.

—Me ha costado un buen susto...

—Pero desde hoy os mirará con temor el señor Hernando, porque sereis una amenaza constante, vuestra lengua será para él una espada de Damocles...

—Damocles,—repitió el peluquero, guardando la frase en la memoria para aumentar el repertorio de sentencias y palabras sublimes que iba recogiendo siempre.

—Ya veis, que lo que mucho vale, mucho cuesta.

—Es verdad.

—¿Teneis mas dudas que aclarar?

—Sí, pero no es esta buena ocasion, porque decís que no podeis deteneros.

—Mañana hablaremos despacio.

—¡Qué larga me parece esta noche!...

—Guárdeos Dios...

—No olvideis mis grillos.

—Ni los lazos y las calzas, descuidad.

Salió Cañete.

Hernando lo esperaba con la impaciencia consiguiente á su apuro.

—¿Qué habeis adelantado?—preguntó con afan el escudero.

—Cuanto deseabais.

—¡Ah!...

—Venid por él mañana...

—¿No me engañará?

—Os respondo de él.

—¿Pero con qué condiciones?...

—Con ninguna mas que la de verse libre.

—Está visto,—dijó Hernando para sí,—no hay para este hombre nada imposible.

—¿Vamos?—repuso el doctor.

—Sí.

—A tiempo estais de dejarme encerrado...

—No me mortifiqueis, no abuseis de vuestro triunfo...

—Una cosa olvidaba deciros que supongo no ofrecerá inconveniente.

—Os comprendo, replicó Hernando.

Y volviéndose al carcelero, añadió:

—Dejad libre al negro.

Pocos minutos despues, el fiel sirviente se arrojaba á los piés del doctor, le abrazaba las rodillas y lloraba como un niño.

—¡Pobre Juan!—dijo Cañete conmovido.

Y estrechó en sus brazos al negro.

Esta breve escena fué de mucha importancia para el escudero, porque le hizo comprender que el hombre de los anteojos tenia un corazon noble y sensible.

Un cuarto de hora despues entraba el escudero en su casa tan de mal humor como antes.

—Señor,—le dijo su criado.

—¡Calla!

—Perdonad, pero...

—¿Otra vez?... ¡Vive el cielo!

—Vuestro hijo...

—¡Ah!... Mi hijo... ¿Qué sucede?

—Os espera y me ha encargado...

—¿Dónde está?

—En su aposento.

Hernando acabó de subir de dos en dos los escalones y entró en la habitacion de Felipe.

Estaba pálido, triste y meditabundo.

—¿Otra desgracia?—pregunté el escudero.

—Ignoro lo que será.

—Nada bueno...

—Tal vez... Su majestad me ha ordenado muy sériamente que lo vea mañana á las diez.

—¡Oh!...

—Dice que tiene que hablarme muy despacio...

—Desconfia... ¡Oh!... Desconfia... A las ocho, el peluquero... á las diez tú... Mañana decidirás de tu suerte, Felipe; tú mismo decidirás... acuérdate de mis consejos...

—No los olvido, pero tampoco os respondo de mí...

—Calma, hijo mio, calma...

—Sí, calma que es lo que consume mi vida.

Cinco personas durmieron muy poco aquella noche.

El peluquero que no podia comprender lo que significaba tanto enredo.

Hernando, que no las tenia todas consigo, porque desconfiaba de Canuto.

Felipe, que estaba reñido con el sueño desde que era vasallo del amor.

La condesa que echaba de menos las serenatas de Felipe Augusto.

Y este, que echaba de menos á la condesa, y no se encontraba bien en su casa, de donde le habia prohibido salir el doctor.

Este, sí durmió, porque nada tenia que adivinar.

Isabel se entregó al mas profundo sueño, porque llevaba muchas noches de insomnio y la rindió la fatiga.

Felipe IV habia empezado tambien á desvelarse, pero le ocurrió una idea feliz y dijo:

—¿Por qué he de atormentarme? Soy el rey, y en último caso... La noche es para amar ó descansar, y como todavía no me corresponde doña Ana, debo dormir.

Y efectivamente, se entregó al mas dulce de los sueños...

Mucho talento debió tener el rey poeta... Sigo su ejemplo...

Lector, hasta mañana.

CAPITULO XXVI.

La fortuna empieza á favorecer á Canuto.

A las siete de la mañana del siguiente dia se levantó el monarca, tomó un ligero desayuno y ordenó que nadie entrase en su cámara sino Hernando con la persona que le acompañase; de manera que los cortesanos que iban acudiendo para saludar, segun costumbre, á su majestad, fueron quedándose en el salon donde esperaban los demás dias, sorprendidos de que no se les recibiese. Preguntáronse unos á otros qué novedad habia para que sucediera semejante cosa, y cuando se supo que el escudero era el único esceptuado de la órden, comenzó la murmuracion, concluyendo por decir:

—Tenemos intriga de amores.

—¿Pero quién reina?—preguntaba entonces alguno de los que menos se mezclaban en las palaciegas intrigas.

—¿Es posible que lo ignoreis?

—Sí.

—Pues no hay quien deje de saber que la hermosa condesa de Fuensanta es la reina de los pensamientos del rey.

—¿Y ella?...

—Parece que se ha mostrado esquiva, pero...

—Sí, una gota de agua puede horadar una piedra...

—Y como una mujer es mas blanda que una piedra.

—Y las flechas de amor mas duras que el agua...

—Quiere decir, señores, que el mal llamado escudero deberá traer la noticia de si se ha horadado la piedra.

—¿Y para eso necesita venir acompañado de otra persona?

—¿De quién?

—No se sabe; así lo dijo su majestad...

—Entonces no es cuestion de amor...

—Sea lo que quiera, el escudero nos hace esperar.

La murmuracion se cebó entonces en el pobre Hernando, que era poco querido por el favor que gozaba.

A las ocho estaba el salon lleno de cortesanos, y los ugieres permanecieron inmóviles á la puerta de la antecámara sin recibir nuevas órdenes.

Algunos minutos despues apareció Hernando con el rostro contraido y la mirada sombría.

Lo acompañaba Canuto, en cuyo pálido semblante se notaban las señales del insomnio.

Ambos estaban acostumbrados á ver aquella numerosa reunion de señores, y atravesaron el salon con indiferencia.

Todas las miradas se fijaron en el peluquero, y no hubo quien no se sorprendiese. Esperaban que la persona que debia ir con Hernando fuese otra de mas importancia.

Los ugieres levantaron la cortina de la antecámara y entraron nuestros amigos sin ser anunciados.

Mas de un rostro palideció.

El rey parecia estar muy pensativo. Sin duda, todo lo que la noche anterior no habia querido cavilar, lo desquitó aquella mañana.

Cuando vió á Hernando y al peluquero, dijo:

—Eres puntual.

Ambos se inclinaron respetuosamente.

—Supongo que has cumplido mis órdenes, Hernando.

—Líbreme Dios de desobecer á vuestra majestad.

—Sal y aguarda.

El escudero salió.

Felipe IV fijó una mirada escudriñadora en Canuto; pero este, que iba bien aleccionado, sin detenerse un instante se dejó caer de rodillas y exclamó:

—¡Justicia, señor, justicia!

—Te llamo para hacerla,—dijo gravemente el rey.—Pero levanta, escúchame y responde la verdad, que para dar á cada cual su merecido no he menester súplicas.

Canuto se puso de pié.

—Señor,—repuso,—me han atropellado y...

—Escúchame.

—Soy un esclavo de vuestra majestad.

—¿Quién es el hombre en cuya casa estabas anoche escondido?

—No lo sé.

—Mientes,—replicó severamente el monarca.

—¡Ah, señor!...

—Piensa que hay tormentos para hacer hablar.

El peluquero se estremeció y sintió que los cabellos se le erizaban.

—Esto,—dijo para sí,—no es lo tratado: si intenta siquiera atormentarme, canto de plano.

Y luego añadió en voz alta:

—Vuestra majestad es dueño de mi vida, pero no puedo decirle quién es el hombre en cuya casa me encontraron.

—¿Qué hacias allí?

—Fuí porque me llamé para peinarlo y limpiarle la cabeza.

—Entonces no comprendo por qué te escondistes al llegar la justicia.

—¿Qué habia de hacer? Aquel hombre, que debe ser un gran criminal, segun el cuidado con que ví ocultaba su nombre, dijo: «Vienen á prenderme: siento haberos comprometido, porque cuando os vean aquí tal vez se apoderen de vos por si declarais algo que les convenga.» Entonces no sé lo que sentí. ¡Yo preso

despues de una larga vida de honradez! ¡Yo, el peluquero de la augusta y católica majestad que impera en dos mundos, preso como el último villano!... ¡Ah!... Esto era horrible, señor, y milagrosamente no perdí el sentido. Como era natural, turbéme, y en mi aturdimiento solo pensé en evitar el golpe que me amenazaba, y como no podia escapar sin ser visto, me escondí debajo de una cama. Allí creí estar seguro, y no me equivocaba, porque si el criminal no se hubiera fugado, no registráran la casa ni dieran conmigo. Pero mi desgracia lo quiso de otra manera; aquel hombre desapareció como por encanto y yo pagué su culpa.

Con tal entusiasmo, con tal acento de verdad dijo Canuto estas palabras, que el rey comenzó á creer en la inocencia del pobre peluquero y dudó mas de la fidelidad de Hernando.

—Bien, Canuto, bien;—contestó el monarca con dulzura.—Todo eso es posible; pero ¿cómo harás creer que estando tú en la alcoba no vistes por dónde se escapó el delincuente?

—No pude verlo porque me encontraba debajo de la cama y esta tiene una cubierta que llega al suelo. Ademas, apenas llegaba allí alguna escasa claridad. Solamente puedo decir que sonó primero un armario que hay allí, como si lo abriesen, y luego crugió la cama, lo cual me ha hecho sospechar despues si estaria el criminal escondido entre los colchones, donde me parece que nadie se cuidó de mirar.

—Lo has acertado,—dijo el rey.

—¡Ah!—repuso el peluquero lleno de vanidad.—Si entonces no me hubiesen aturdido, poniéndome delante diez ó doce espadas desnudas y amenazándome con una mordaza, amen de algunos golpes que recibí de los corchetes, quizás mi ayuda les hubiera valido.

—Tal vez; pero dejando ese punto, porque ya no tiene remedio la torpeza, mira si puedes probarme mas satisfactoriamente que nada tienes que ver con el hombre de quien se trata.

—Señor, creo que el mismo hecho de haberme encontrado allí, lo prueba.

—No sé cómo.

—Muy sencillamente: si yo fuera cómplice del criminal, me hubiera escapado con él.

—¡Oh!—dijo el monarca.— Nunca le tuve por hombre de tan buen juicio... Basta, me has convencido...

—¡Hoy es el dia mas feliz de mi vida!—exclamó el peluquero.

Y volvió á postrarse de hinojos delante del rey.

—Te vuelvo mi gracia,—dijo este.—Levanta que quiero preguntarte una cosa que no adivino.

—¡Cuánta honra, señor, cuánta honra!

—Mas he de hacerte porque veo que eres hombre de ingenio y puedes servirme.

—Mi vida es de vuestra majestad.

—Si eres reservado...

—¡Oh!... Soy... un sepulcro, señor.

—Que nada sepa Hernando de lo que voy á decirte...

—Juro á vuestra majestad.

—Bien, escucha. ¿Por qué Hernando no te quiere bien y parece que te mira con recelo?

—Nada he advertido que me haga sospechar semejante cosa, señor; pero cuando vuestra majestad lo dice...

—Sí, hace algunos dias que duda de tu lealtad.

—¿Y en qué se funda para hacerme tan grave ofensa?

—No lo sé.

—¡Dudar de mi lealtad!...

—¿Has advertido en su trato algunas variaciones?

—Ninguna, aunque como no tenemos comunicacion íntima...

—Pues deseo que seais amigos.

—¿Habiéndome ofendido?...

—No importa,—replicó el monarca.—Yo lo quiero así.

—Obedeceré.

—Estando en buena armonía y teniendo frecuente trato, llegarás á conocer á mi escudero y algun dia podrás decirme qué

pena oculta le tiene hace algun tiempo como turbado, aturdido... Lo quiero mucho y me interesa su suerte...

—Comprendo á vuestra majestad,—dijo Canuto, agitando su larga nariz.—Hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—La intimidad requiere la igualdad de clases...

—¿No eres hidalgo como él?

—Sí, señor, pero mi oficio... Si no peinara mas que á vuestra majestad...

—Me haces pensar una cosa que no me habia ocurrido: las manos que se ponen en la cabeza del rey no deben ponerse en ninguna otra. Cierra la tienda y despídete de tus parroquianos hoy mismo. Yo te compensaré la pérdida que puedas tener, y aun daré órden para que te se aloje en palacio; pero esto ya no es tan urgente.

—Tanta bondad...

—Me pagarás sirviéndome fielmente.

—Ahora no se desdeñará Hernando de ser mi amigo.

—Estás libre; déjame, y á las once vuelve á peinarme.

Canuto no cabia en sí de gozo.

—¡Oh, feliz desgracia la de mi prision!—decia mientras atravesaba el salon donde esperaban y murmuraban los cortesanos.

Y miraba orgullosamente á duques y á condes, mientras se contoneaba con aire de gran señor.

El rey llamó á su escudero y le dijo:

—¿Sabes que ese pobre diablo me ha convencido de su inocencia?

—Vuestra majestad tiene un alma muy noble y piensa bien de todo el mundo.

—¿Sospechas de él todavía?

—Como ignoro las razones que pueda haber dado en su favor.

—Son incontestables.

—Me alegro, señor.

—Sin embargo, bueno será que frecuentes su trato por si averiguas alguna cosa que importe.

—Desde hoy seré su amigo inseparable

—Eso es.

—¿Ya lo ha dejado en libertad vuestra majestad?

—Y aun le he otorgado alguna mercèd.

El escudero respiró como si le hubiesen quitado un gran peso.

—Déjame, —repuso el monarca,—que voy á recibir la corte, hasta las diez que venga Felipe.

—Señor, ruego á vuestra majestad que sea indulgente con él.

—Mucho lo quieres, Hernando, pero yo mas porque es mi hijo.

—Guarde el cielo á vuestra majestad.

Algunos minutos despues constestaba el monarca con sonrisas y frases cariñosas á los saludos de sus cortesanos.

CAPITULO XXVII.

De cómo es imposible que el amor esté oculto.

Felipe IV estaba decidido á terminar de una vez y por sí mismo el enojoso asunto de los amores de su hija. La torpeza ó desgracia de Hernando, que nunca habia encontrado inconvenientes para nada, le habia inspirado recelos que se aumentaron con la falta de esplicacion de los estraños sucesos que en pocos dias habian tenido lugar.

—Quiero,—decia el monarca á sus solas,—no solo dirigir, sino tomar parte activa en lo que no era ni debia ser mas que un acontecimiento claro y se ha convertido en una intriga cuyos resultados pueden ser fatales. No hay duda que en todo este enredo se me oculta algo de importancia que trae á Hernando tan aturdido y confuso. Tampoco creo en la inocencia de Canuto, pero como nada adelanto con tenerlo preso, me parece mejor sacar partido de su mismo proceder, convirtiéndolo en espía de mi escudero, de cuyo modo podrá servirme. Tengo noticia de que es avaro y vanidoso; pues bien, pondré cebo á su vanidad y avaricia y será mio porque Hernando no puede hacerme la competencia ofreciéndole mas que yo. En cuanto á mi hijo, no creo que esté dispuesto á renunciar á su amor: esto debe ser un ardid para

inspirarme confianza y que me descuide; ¿pero con qué fin? Veremos. Pronto sabré en qué estado se encuentra el corazon de Felipe; es muy jóven y por mas que lo intente no podrá ocultar sus sentimientos con tal disimulo que se escape la verdad á mi esperta penetracion. Sí, aunque no lo confiese, conozco que está decidido á no olvidar á su hermana, entonces... ¡oh!... entonces, aunque desgarre el corazon de mi pobre hija, tendré que hacerle conocer su verdadera situacion. ¡Ah!... Triste deber el mio, pero al fin es un deber y he de cumplirlo.

En el momento en que esto dijo el monarca, palideció como un cadáver, y copioso y frio sudor bañó su frente.

Dieron las diez en el reloj que habia en la régia cámara.

Felipe IV se estremeció.

—¡Hijo mio!—murmuró.

Y levantándose se acercó á un espejo para estudiar la espresion que queria dar á su semblante.

Luego llamó y ordenó que entrase Felipe que hacia cerca de media hora que esperaba.

En el rostro del jóven se veian las señales de una tristeza profunda que en vano intentó disimular.

—Flaco, pálido y triste está mi buen paje,—dijo cariñosamente el monarca;—y lo siento porque me gusta que mis servidores esten alegres y muestren salud y brios.

—Señor,—dijo el mancebo, fijando en el rey la dulce y espresiva mirada de su hermosos ojos azules,—estoy tan alegre como permite mi carácter, gozo buena salud, y en cuanto á brios, para servir y defender á vuestra majestad, me sobran.

—¿Completamente alegre?

—Lo bastante para...

—¿Considerarse feliz?

—No tanto, señor, porque no es posible la completa felicidad, y mucho menos para mí que, como sabe vuestra majestad, soy degraciado hasta por haber nacido, puesto que ni conozco á mis padres ni tengo esperanzas de conocerlos.

—Es verdad,— dijo el rey, volviendo el rostro á otro lado

para que no fuese su alteracion notada por el doncel.—Pero tienes á Hernando que te ama como padre y á mí que te... amparo y protejo...

—Dios ha querido endulzar mi desventura y no me quejo de mi suerte por mas que sufra.

—Quiero hablarte, mi buen Felipe, de un asunto delicado y que reclama toda tu atencion.

—Anoche se dignó vuestra majestad anunciármelo así.

El monarca quedó pensativo por algunos instantes, luego fijó en el mancebo una mirada ardiente y penetrante, y dijo repentinamente:

—Sé que estás enamorado.

Felipe se estremeció, inclinó la cabeza sobre el pecho, y sus megillas se pusieron rojas.

No pudo articular una silaba.

—¿Es verdad?—volvió á decir el rey sin apartar del doncel su dominadora mirada.

—Sí, señor.

—¿Amas mucho á doña Isabel?

—Mucho, señor.

—Levanta los ojos, mírame y responde.

Felipe levantó la cabeza.

Su frente estaba contraida y por sus megillas parecia que iba á brotar sangre.

Su mirada no pudo resistir la del rey.

—¿Te sientes con fuerzas,—dijo este,—para renunciar á doña Isabel?

Vaciló el mancebo, pero al fin contestó:

—Solo en un caso.

—¿En cual?

—Por obedecer á vuestra majestad...

—Eso ya lo sé.

—Entonces...

—Lo que ignoro es si acabarias por olvidarla y vivir tranquilo.

—¡Ah!...

—Responde...

—Dios solo sabe lo futuro.

—Y tú conoces la fuerza de tu pasion.

—Tengo una voluntad firme.

—¿Sabes que me opongo á tu union con doña Isabel?

—Sí, señor.

—¿Y qué has hecho?

—No verla desde que se me prohibió.

—¿Te has privado de verla por obedecer mi órden ó porque no has podido?... La verdad ¡oh! la verdad; que no salga de tus lábios la mentira porque te consideraré indigno de ese amor y de mi cariño.

Felipe se estremeció sin atreverse á contestar.

—¿Hubieras desobedecido mi órden á tener ocasion para ello?—volvió á decir el rey que no queria dar al jóven tiempo á pensar.—Habla...

—Tal vez, señor,—dijo el mancebo, levantando la cabeza.

—¡Oh!... Bien, bien, Felipe, vas haciéndote digno de la hija de un rey.

—Señor...

—Ya sabes que doña Isabel es mi hija...

—Lo sé.

—Comprenderás que un padre no puede querer la muerte de su hijo.

—Jamás.

—Si vuestra separacion ha de costar la vida á Isabel y quizás á tí...

—¡Oh!... A mí...

—¿Podrias vivir sin ella?

—Creo que no,—dijo el mancebo que habia caido en el lazo tan hábilmente tendido por el rey.

—He sido jóven y sé lo que son las pasiones á tu edad: entonces la cabeza es esclava del corazon, y cuando en este arde un amor como el tuyo, no hay freno que contenga y se cometen to-

das las locuras; de manera que si en vuestro arrebato no habeis de reconocer mi autoridad y al fin habeis de desobedecerme...

—Señor...

—¿Qué harias si yo insistiese en mi prohibicion?

—Resignarme... y morir...

—¡Mientes!—replicó el monarca con un acento tan breve y duro que hizo temblar al jóven.

—Señor...

—Basta... Te he preguntado para que me digas la verdad... Basta. Yo no puedo entregar mi hija á un hombre que comete la cobardía de mentir.

—¡Ah!... ¡Compadeceos de mí, señor!...

—Yo compadezco y consuelo á los desgraciados, pero no á los cobardes...

—¡Cobarde!...

—Sí,—replicó el monarca que apenas podia respirar porque en aquel momento sufria tanto como Felipe.

—¡Oh!—exclamó este con voz reconcentrada y levantando con orgullo la cabeza.—¡Tengo valor para decir lo que siento!...

—Pero no á mí.

—Tambien á vuestra majestad...

—Probadlo.

—Pues bien, yo daré mi vida por vuestra majestad, la daré ahora mismo si me la piden, y moriré sin exhalar una queja, sereno y tranquilo porque no soy cobarde; pero renunciar á Isabel... ¡jamás!... Si vuestra majestad la encierra en un convento para hacerle pronunciar votos que su corazon rechaza, la arrancaré del altar antes que salgan de sus lábios, ó á sus piés derramaré mi sangre si una fuerza mayor que la mia se opone á mi intento. Perdone vuestra majestad, pero estoy loco de amor, y mi corazon no reconoce autoridad para sus sentimientos. Mi vida es de mi rey, pero mi amor es mio, solo mio.

Felipe IV hizo un esfuerzo sobrenatural para ahogar en su garganta un grito.

El mancebo tuvo necesidad de apoyarse en el respaldo de un sillon para no caer al suelo.

Ambos sufrieron horriblemente.

Reinó un profundo silencio.

Tan violenta situacion no podia prolongarse.

Así lo comprendió el monarca y decidió poner término á tan desgarradora escena.

Tampoco necesitaba saber mas de lo que ya sabia.

—¡Oh!—decia para sí el monarca.—Hasta el altar irá á buscarla... ¡Y son hermanos!...

Y tembló sobre su asiento como si tuviese una convulsion.

—Déjame, Felipe,—dijo cuando pudo hablar.

—Señor...

—No olvides que un padre en ningun caso puede querer la muerte de sus hijos, y que sea cual fuere mi determinacion... En fin... El cielo os inspire...

—¿He enojado á vuestra majestad?...

—No... Déjame...

El jóven salió del aposento con pasos vacilantes.

—¡Dios mio, dadme fuerzas para cumplir mi deber!—exclamó el monarca.—¡Pobres hijos mios!

CAPITULO XXVIII.

Lo que decidió el rey.

Cuando Felipe salió de palacio, se dirijió á su casa porque allí lo esperaba Hernando.

En vano intentaríamos pintar el estado de agitacion en que iba el enamorado jóven. Su desesperacion rayaba en locura, y no encontrando médios de desahogar su coraje, se maldecia á sí mismo, unas veces por haberse dejado engañar por el monarca, y otras acusaba á este de cruel y arbirario, porque sin mas razon que su capricho disponia de la felicidad de dos criaturas que ningun mal le habian hecho.

Pálido como un cadáver, convulso, sin poder apenas respirar, con los ojos chispeantes de rábia y el rostro horriblemente contraido, entró en su casa y se dirigió al aposento donde estaba su padre aguardándolo con angustioso afan.

—¡Felipe!—exclamó el escudero, que solo con ver á su hijo comprendió lo que habia sucedido.

—¡Me han engañado!... ¡Oh!... ¡Me han engañado!—gritó fuera de sí el doncel.

Y se arrojó en los brazos de su padre, mientras que de sus

EL PELUQUERO DEL REY.

LAMINA 7.ª — ¡Me han engañado!... ¡Oh!... ¡Me han engañado.

azules ojos brotaban dos lágrimas, arrancadas, no por la debilidad ni la pena, sino por la ira, el despecho que lo ahogaba.

—¡Que te han engañado!—repuso el escudero sorprendido.—¿Qué quieres decir?... ¡Ah!...

—Sí, el rey ha abusado de mi credulidad, de mi nobleza...

—Basta, Felipe, basta, lo comprendo todo... ¡Estamos perdidos!

—No,—replicó el mancebo con la arrogancia loca de sus pocos años,—no estamos perdidos porque aun podemos luchar...

—¡Luchar!—replicó el escudero con amargura y dejándose caer en un sillon.—¿Con quién lucharemos, Felipe?

—Contra todo lo que se oponga á mi felicidad...

—¿Y contra el rey?

—¿Por qué no, si intenta arrancarme el corazon? ¿He de ser un mártir que me resigne á morir sin defenderme, sin exhalar una queja?

—Serás, hijo mio, una víctima de la desgracia, de la fatalidad que te persigue.

—No, no encontrará la fatalidad en mí una víctima que inmolar, sino un enemigo que vencer. Desde hoy, señor Hernando, seré otro que hasta aquí, y no me contentaré con llorar en silencio y devorar mis pesares sin hacer otra cosa mas que sufrirlos.

—¿Qué harás?

—Ya os lo he dicho, lucharé,—replicó arrebatadamente el jóven que no tenia el convencimiento de lo que decia.

—Bien, pero...

—No intenteis estorvármelo.

—Eres dueño de tus acciones, pero quiero saber qué será lo primero que hagas.

—¡Ah!... Lo primero...

—¿Irás á pedir al rey cuenta de sus acciones?

—No puedo...

—¿Intrigarás para desbaratar sus planes?

—Sí.

—No sirves para el caso, Felipe.

—Lo veremos.

—Ya lo hemos visto: has empezado por descubrir al rey todos tus sentimientos, tus intenciones, y tal vez los medios con que cuentas para lograr tus deseos. Ya te conoce el enemigo, sabe por dónde herirte y cómo defenderse, mientras que tú lo ignoras todo.

—Aun tengo medios, y en último caso, los de la desesperacion.

—Cuyos resultados son siempre contrarios á los que se desean.

—Cuando no queda nada que perder...

—Entonces comienza por donde pienses acabar, porque ya está todo perdido. Te has olvidado de mis consejos, has hecho lo contrario de cuanto te previne, y ya, el único camino que nos queda abierto es el de la paciencia.

—No, señor Hernando, no y cien veces no; me faltan las fuerzas para resignarme y haré cualquier locura.

—¿Comprendes todo lo trascendental de lo que acabas de hacer? ¿Sabes le que puede costarnos á los dos?

—No aumenteis mis sufrimientos, padre mio. Siempre me habeis consolado, me habeis ayudado, y hoy...

—Te ayudaré por mas caro que me cueste, pero no puedo consolarte porque no tengo esperanza.

—¡Señor Hernando!...

—Cálmate, hijo mio, y dime, sin perder una palabra, cuantas han salido de boca del rey. La cuestion es muy grave, mucho, y puede costarnos cara.

—Me asustais.

—El rey empieza á dudar de mí.

—¡Oh!...

—Y como yo le he asegurado que, si bien amabas mucho á su hija, no era tal tu pasion que no pudiera borrarla el tiempo...

—Pero vos no podeis responder de mí...

—He debido tener completa seguridad antes de decírselo al rey...

—¿Y temeis?...

—Que lo que anoche era una duda, se haya convertido en una realidad.

—Exagerais.

—Despues que has hablado al monarca y que conoce tu corazon, habrá pensado que yo respondí de tí para inspirarle confianza y ganar tiempo, en lo cual no se equivoca.

—¿Y qué pensais que sucederá?—preguntó afanosamente el doncel.

—Que no tardará muchas horas doña Isabel en estar encerrada en un convento.

—¡Oh!—exclamó Felipe apretando los puños.—¡Imposible, imposible!

—¿Imposible?—repitió Hernando con amargura.—Si conocieras la razon que se opone á vuestros amores...

—¡Me estais atormentando horriblemente!

—Te atormenta la desgracia, ó mejor dicho, nos atormenta, porque no es menor que el tuyo mi sufrimiento.

—Pero Isabel se resiste á que la lleven á un convento.

—No importa.

—Sabeis que está resuelta á no ceder...

—La llevarán á la fuerza.

—¿Se atreverán?

—Sí.

—Vuelvo á decíroslo, exagerais.

—A la fuerza, Felipe, á la fuerza, y harán bien en obrar así.

—¿Con que vos creeis?...

—Que el rey tiene razon y hace lo que debe.

—¿Entonces, por qué me habeis prometido ayuda?

—Porque tambien tengo razon.

Felipe miró con estremada sorpresa al escudero.

—¡Que el rey... hace bien!...

—Sí.

—¡Siempre misterios!

—Que ni tú puedes descubrir ni yo esplicarte, pero el resultado es el mismo.

—Es verdad.

—Díme, pues, lo que ha sucedido, que aunque desde luego supongo que es casi imposible remediar el mal, hay, sin embargo, que hacer algo.

—Sí, sí, —respondió el doncel, cuyo furor iba languideciendo, para dar cabida á la angustia consiguiente á su triste situacion; —ayúdadme.

Y refirió palabra por palabra la conversacion que habia tenido con el rey.

Hernando escuchó con el interés que era natural, y luego, poniéndose de pié, exclamó:

—¡Oh!... ¡Te han engañado!... Bien has dicho, Felipe, han abusado de tu nobleza y doña Isabel irá á un convento.

—¡Mi buen padre!...

—¡Pobre hijo mio, —repuso el escudero, volviendo á abrazar al doncel.—Eres muy desgraciado; pero no te abandonaré á tu inesperiencia y mala ventura, lucharé contigo, lucharé por los dos, y si puedo comprar tu dicha á costa de mi existencia, serás feliz.

—¡Dios os bendiga!...

—Pero te pido mas prudencia, menos escrúpulos para mentir, porque es preciso mentir y engañar si hemos de adelantar algo.

—¡Engaño!... ¡Mentira!...

—No tenemos otras armas ni mas que esas que usan nuestros adversarios, ya lo has visto, has recibido la primera herida del engaño... la segunda seria mortal.

—¡Oh!...

—Ahora es preciso saber lo que el rey ha determinado.

—Tal vez, movido á compasion, siquiera por su hija...

—No abrigueis semejantes esperanzas; su resolucion es irrevocable.

—Entonces...

—Calma y paciencia. Ahora me toca á mí ver al rey.

—Decidle...

—Que me prometo hacerte cambiar de resolucion, arrepentirte de cuanto has pensado y dicho, y obedecer como buen vasallo y como cumple á quien ha recibido de él tantos favores.

—¿Qué vais á hacer? ¿Cómo podreis cumplir?...

—Mientras llega el caso de cumplir habrán variado las circunstancias ó estaremos completamente perdidos.

—Bien, padre mio, haced lo que os parezca mas conveniente, que yo me entrego á vos...

—Pero no seas mi primer enemigo...

—¡Vuestro enemigo!...

—El oficio de tal has hecho hoy con lo que has dicho al rey.

—Perdonadme...

—Yo necesito tu perdon,—dijo el escudero con una intencion que no podia comprender su hijo.

Este se dejó caer en un sillon, no con la cobardía, pero sí con la languidez propia de su caracter.

Hernando no perdió un momento; fué á palacio con intento de hablar al rey, pero al llegar á la puerta de la régia cámara, fué detenido.

—¿Acaso no me conoceis ya?—dijo sorprendido á los ugieres que le estorbaron la entrada.

—Sí, pero su majestad ha ordenado que nadie entre mientras se peina.

—Pero ya sabeis que esas órdenes no rezan nunca conmigo.

—Es verdad, pero su majestad ha dicho que no entre absolutamente nadie, y estas palabras son muy terminantes.

—Para los demás.

—Y tambien para vos...

—Os equivocais...

—Tal vez, pero no nos espondremos á dejaros pasar.

—¡Oh!—exclamó el escudero, horriblemente martirizado en su amor propio.—Si no me ha nombrado su majestad...

—No.

—Entonces...

—Perdonad, señor Hernando...

—¿Quién está en la cámara?

—El peluquero Canuto.

—Esperaré.

El escudero se sentó sin que ya le quedase duda de que habia caido en desgracia.

Cerca de media hora pasó.

Canuto salió de la cámara, no con el aire de un peluquero, sino con el de un ministro y privado.

—¿Qué haceis aquí?—dijo á Hernando con tono de sorpresa.

—Esperar,—contestó el escudero con amarga ironía.

—¿No os han dejado entrar?

—Ya lo veis... Parece que su majestad habia dado órden de que nadie entrase mientras se peinaba...

—Pero vos...

—Soy alguien y no he debido entrar.

—Lo siento, porque nunca he visto á su majestad de tan buen humor.

—Me dais la mejor noticia del mundo,—replicó Hernando, palideciendo.

—Tenemos que hablar mucho, amigo mio.

—¿Hay alguna novedad?

—Muchas.

—¿Quereis que juguemos alguna partida de ajedrez?

—Sí.

—Bien, pues me dareis una leccion...

—Sois mi maestro...

—Lo veremos esta noche.

—¿Ireis á la taberna de Marcelo?

—Si he de encontraros allí...

—A las nueve.

—No faltaré.

—Pues que el cielo os guie,—dijo Canuto.

Y se fué mientras agitaba su larga nariz.

Al entrar Hernando en el régio aposento, sonrió el monarca y dijo:

—Te esperaba antes, mi buen escudero.

—Señor,—contestó este,—hace mas de media hora que he llegado, pero me prohibieron la entrada aquí, porque vuestra majestad habia dado órden...

—Han hecho mal,—repuso Felipe IV con indiferencia,—no hay en palacio quien ignore que tú puedes verme á todas horas, y saben que cuando doy esas órdenes estás esceptuado de ellas.

—Gracias, señor.

—No volverá á sucederte,—dijo el monarca.

Y despues de mirarse á un espejo, añadió:

—¿Has visto á mi hijo?

—Sí, señor.

—¿Sabes que nos engañaba? Pero lo que estraño es que tú te hayas equivocado pudiendo observarle y conociéndolo mejor que yo.

—Creo que no me he equivocado, y de ello daré pronto una prueba á vuestra majestad. Lo conozco, es cierto, y por lo mismo respondo de su obediencia.

—Es mucho arriesgar, Hernando.

—No tengo miedo de perder, señor. ¿Creerá vuestra majestad que ya está casi arrepentido de haber dicho lo que en realidad no sentia sino en aquellos momentos de arrebato?

—No te hagas ilusiones.

—Señor...

—Y sobre todo, es prudente creer lo peor por lo que pueda suceder.

—Es mi opinion: pero ya sabe vuestra majestad los inconvenientes que se presentan...

—He pensado ver á mi hija.

—En ese caso varía todo: si vuestra majestad ha decidido descubrir el secreto á doña Isabel...

—No.

—Entonces...

—¿Has perdido el juicio, Hernando?

—Creí...

—Decir á mi hija que es hermana de Felipe, seria lo mismo que matarla.

—Pues hacerle ir al convento es muy difícil y no digo imposible porque no quiero parecer exagerado.

—¿Has visto hoy á doña Margarita?

—Sí, señor.

—¿Tiene esperazas?

—Menos cada dia.

—Intentaré convencerla.

—Lo dudo, señor.

—Pues algo es preciso hacer para evitar el peligro en que estamos.

—Usar de la fuerza.

—Me disgusta ese medio.

—Pues no encuentro otro.

—Pero la violencia, además de lo repugnante que es en sí, deja muy rara vez de producir el escándalo, y harto público vá haciéndose ya este secreto para que se divulgue mas.

—Creo, señor, que sin promover escándalo puede llevarse á doña Isabel á un convento.

—Advierto,—repuso el monarca observando el rostro del escudero,—que vas cambiando de opinion. Hace algunos dias no pensabas del mismo modo.

—Señor,—contestó Hernando sin alterarse y con la mayor sencillez,—el asunto va haciéndose pesado y aumenta el peligro segun pasa el tiempo.

—¿No respondes de mi hijo?

—Sí, señor, pero no de doña Isabel, y tales cosas pueden sobrevenir, que tengamos que lamentar una desgracia.

—Es verdad.

—Vuestra majestad me ha hecho la honra de pedirme consejo y he manifestado francamente mi opinion, que creí ser la misma de vuestra majestad.

—Ha habido un momento en que pensé ver á mi hija con el solo intento de ver si conseguia hacerme obedecer, pero no para revelarle el secreto del nacimiento de Felipe.

—¿Y si se resistiera á cumplir la voluntad de su padre y rey?

—Entonces, el padre olvidaria que lo es, y el rey mandaria como sabe hacerlo, y sin dar esplicaciones.

—Perdone vuestra majestad si dudo del resultado.

—Yo no.

—Creo conocer á las mujeres y estoy convencido de que doña Isabel, escudándose como todas en su debilidad, sostendrá con firmeza su negativa.

—Entonces yo sostendré mi mandato,—replicó el monarca con energía.

—Pero querrá esplicaciones...

—Será en vano que las pida: he de hacerme obedecer por el derecho que me dá mi autoridad. ¡Oh!... Han herido mi dignidad y quiero dejarla en el lugar que le corresponde. ¿No te parece, Hernando, que el esplicar el por qué de mis mandatos es amenguar mi autoridad de padre y rey? No, no daré esplicaciones.

—Al fin es vuestra hija, señor,—dijo el escudero que queria convencerse de que el monarca no ocultaba otra intencion.

—Y la amo mucho, pero no seré débil para cumplir mi deber.

—Veo á vuestra majestad enteramente decidido á evitar el mal sin ningun género de contemplaciones, y eso precisamente es lo que yo me atreví á aconsejar.

—Sin embargo, quiero esperar algunos dias por si aun puedo evitarme el disgusto de ser severo con mi hija. Por ahora me respondes tú de que Felipe no hará ninguna locura.

—Respondo de él.

—Entonces quedo tranquilo y solo falta que veas otra vez á doña Margarita y le encarezcas la necesidad de que haga el último esfuerzo para vencer la tenaz resistencia de su hija, empleando la influencia de madre de las mil maneras que puede emplearla.

—Parece,—dijo Hernando para sí,—que su resolucion es la misma que manifiesta.

Y luego añadió en voz alta:

—Cumpliré las órdenes de vuestra majestad.

—Sí; Hernando, ocúpate hoy de mi hija y nada mas, y mañana hablaremos de la condesa y el estudiante para quedar tambien dentro ó fuera. Ya estoy cansado de enredos y dilaciones: me he convencido de que no hay nada como cortar por lo sano.

El escudero, dudando aun si debia dar crédito á lo que acababa de decir el rey, salió de la cámara.

—Cuando lo penseis,—dijo entonces Felipe IV,—mi hija estará en un convento y habrá olvidado á su amante. Pero no quedo satisfecho tampoco así; nacesito saber qué motivos tiene mi escudero para proteger esos amores á pesar de saber tan bien como yo que son hermanos. Y que los protege, no hay duda; ahora me tendia un segundo lazo; pero está conocido y no caeré en él.

Luego pensó en doña Ana, á quien no podia olvidar aun en medio del cuidado y apuro en que le ponia el asunto, en estremo delicado, de los amores de Isabel y Felipe.

Hernando se encaminaba entre tanto á casa de doña Margarita sin poder esplicarse lo que acababa de sucederle. El hacerle esperar á la puerta de la cámara era un desaire marcado, una prueba de que su favor, sino habia concluido, empezaba á decaer rápidamente; y sin embargo, algunos momentos despues el rey se le mostró afable, le habló como siempre y aun le consultó sobre el mismo asunto que parecia haber motivado su disgusto.

CAPITULO XXIX.

De las pruebas de franqueza y consejos que dió Cañete á Hernando.

Nunca habia tenido Hernando como entonces necesidad de Canuto, porque nunca le habia interesado tanto que su hijo se comunicase con Isabel para evitar el golpe que á estos amenazaba; pero despues de lo sucedido era arriesgar demasiado el fiarse del peluquero, que sin duda se habia vendido al rey. Y sin embargo, el peligro se acercaba, las cosas no podian quedar como estaban y era preciso hacer algo.

En tal apuro, despues de haber visitado á doña Margarita, el escudero decidió hablar al hombre de los anteojos, suplicarle, ofrecerle y hacer cuanto estuviera en su mano para ver si lo decidia á que de una vez acabase aquella endiablada intriga, cuyas consecuencias podian ser fatales para todos

Con tal propósito se fué en busca de Cañete á quien quiso la fortuna que encontrase en su casa tan tranquilo y descuidado como si nada tuviera que temer.

—No os esperaba tan pronto,—dijo el doctor apenas vió entrar al escudero.

—Caballero,—contestó este,—demasiado sabíais que no pasarian muchas horas sin que yo os buscase.

—Era posible.

—Conoceis mi situacion y...

—Presumo que estais algo apurado,—interrumpió Cañete con su calma habitual.

—Estoy desesperado.

—Hace algunos dias que no parece sino que os habeis empeñado en cometer torpezas, y la de haber puesto preso á Canuto no tiene escusa.

—¿Qué he de hacer?... ¡Oh!... No ignorais que se trata de la felicidad de mi hijo y que la desgracia me persigue sin descanso. ¿Qué ha de sucederme sino estar aturdido? La lucha que sostengo es espantosa, caballero, y no es estraño que las fuerzas de mi espíritu acaben como las de mi cuerpo. Esta situacion es insostenible, caballero, y es preciso que termine pronto y de una vez.

—Tal creo que os conviene.

—¿A vos no?

—¿Qué interés tengo en que vuestro hijo se case ó no con doña Isabel? Deseo que todo el mundo sea feliz porque amo al prógimo...

—Señor hidalgo,—interrumpió el escudero.—Vengo decidido á que quedemos dentro ó fuera...

—Como gusteis.

—Quiero saber á qué atenerme con respecto á vos.

—Ya os lo he dicho, pero...

—Escuchadme, hablemos de buena fé y pongámonos de acuerdo para obrar. Esto creo que es para ambos lo mas conveniente.

—Al menos para vos...

—¿Negareis que vuestra conducta es un plan combinado hábilmente y que seguis con una constancia admirable para llegar á un fin?

—Todas nuestras acciones, hasta las mas sencillas, tie-

nen un fin determinado de mayor ó menor importancia.

—Pero el que ahora os proponeis...

—¿Quereis saber si me interesa mucho?

—Lo supongo...

—Pues os habeis equivocado, porque no he de sacar de ello mas que el placer de servir á un amigo.

—¡Servir á un amigo!...

—Sí, á quien conoceis hace muchos años...

—No acierto...

—Pues su nombre es sin duda el que mas gravado teneis en la memoria.

—Soy muy torpe.

—El doctor Cañete...

—¡Ah!—exclamó Hernando.

—Ya veis, señor Prieto, si os hablo con franqueza. ¿Quereis saber mas? Hoy me encontrais dispuesto á daros todas las esplicaciones que deseais, menos descubriros el paradero del doctor.

—¿Y por qué?...

—Habeis llegado tarde,—interrumpió Cañete.

—¿Qué he llegado tarde?... ¡Oh!... Esplicaos....

—Es muy sencillo: hace pocos dias podiais servir á mi amigo Cañete, satisfaciendo su única ambicion, realizando el sueño de toda su vida, y en pago de esto él os hubiera hecho el mayor favor que se os puede hacer, es decir, os hubiera devuelto el niño que os robaron en la calle de Milaneses...

—¡Ah!—exclamó Hernando, abriendo estremadamente los ojos y fijando en el doctor una mirada de indescriptible afan.—¿Con qué no ha muerto aquella criatura?... ¡Ah!... ¡Decidme si vive y os deberé!...

—Nada me debereis mas que una esperanza, y como estas suelen ser tormentos, os perdono la deuda.

—Pero...

—Vive, sí...

—¡Gracias!... ¡Ah!... ¡Gracias!...

— Vive el hijo de Felipe IV y de doña...

—¡Silencio!—interrumpió Hernando, poniendo al doctor una mano en la boca y mirando recelosamente á su al rededor.—¡Silencio, no pronuncieis ese nombre!...

—¿Por qué?

—Pueden oirlo...

—Descuidad.

—Nadie ha penetrado ese secreto que el rey guarda con una especie de veneracion que raya en manía, con un respeto supersticioso... ¡Oh!... No perdonaria á quien lo descubriese,—añadió el escudero, bajando la voz.—No se perdonaria á sí mismo si en un momento de olvido ó trastorno pronunciára el nombre de la desdichada y virtuosa mujer, cuya desgracia no ha tenido igual; se le figuraria que la sombra de la infeliz...

—¡Oh!—murmuró Cañete, esforzándose para que no asomase á su rostro el contento que sentia por el descubrimiento que acababa de hacer.—Bien mirado... es respetable... cuando está por medio el sepulcro...

—Sí, es muy justo respetar la memoria de la infeliz mujer que sin ser liviana vió manchado su honor y en tan temprana edad perdió la vida, porque no pudo resistir el peso de su horrible desgracia.

—Ya sé que murió,—dijo para sí Cañete.

—¡Ah!—repuso Hernando con acento conmovido.—Vos tambien guardaríais con la misma religiosidad el secreto si como yo hubiéseis oido decir á la desdichada en los momentos en que iba á espirar: «¡Mi honra, mi honra! ¡Señor Hernando, en nombre de lo que mas ameis, os lo suplico, que el secreto de mi deshonra quede encerrado en mi sepulcro, que solo Dios, el rey y vos sepan que tiene una mancha el nombre de mi padre! ¡Mi honra!... ¡Mi hijo!... ¡Quisiera besarlo!... ¡Pobre hijo mio!...» Y espiró sin poder decir mas...

—¡Infeliz mujer!—dijo el doctor que, como el escudero, se sintió conmovido al escuchar la pintura de los últimos momentos de doña Inés.

—Tan infeliz como no ha habido ninguna: bien puede decirse que en desgracias no tuvo igual. Pocos meses despues murió su buen padre sin haber sospechado siquiera la desventura de su hija. ¡Oh!... si el noble y ríjido Carbajal hubiera sabido...

—¡Ah!—interrumpió el doctor, pudiendo apenas contener su alegría al escuchar el nombre del padre de doña Inés.—Sí, era muy severo... y ella...

—Son recuerdos desagradables,—replicó Hernando sin sospechar que acababa de hacer una revelacion importantísima para Cañete.—Lo cierto es que el doctor pudo averiguar...

—Todo lo supo al otro dia, y por consiguiente ha sido inútil la precaucion de sustraer del archivo de los condes de Fuensanta el documento que disteis al recibir el importe de la venta de los muebles de la casa de la calle del Sacramento...

—¿Tambien sabeis?...

—Por casualidad...

—¡Oh!...

—Pero nos separamos de nuestro asunto.

—Es verdad: me esplicábais el por qué he llegado tarde, y decíais...

—Que hace dos dias hubiérais podido realizar el sueño de toda la vida de mi amigo Cañete, y él os hubiera pagado con devolveros el hijo del rey; pero ya nada podeis hacer en su favor porque ha perdido muchos grados vuestra influencia con el monarca que empieza á desconfiar de vos, como lo prueba el poneros espías...

—¡Oh!—exclamó Hernando, apretando con rábia los puños.—Desgraciadamente es verdad.

—Pues bien...

—Pero todo el mundo ignora que voy perdiendo el favor del rey...

—¿Y quereis valeros de vuestras relaciones para alcanzar lo que desea Cañete?

—Sí.

—Me gustan los caminos rectos porque son los mas cortos.

—¿Qué os importan los medios de que yo me valga si consigo lo que se desea?

—Es que no lo conseguiriais. Lo que quiere el doctor hubiera podido hacerlo solamente vuestra habilidad.

—¿Y renunciais á conseguírlo?

—No.

—¿De quién os valdreis?

—Ahora no necesito á nadie: me ha favorecido la casualidad, y en las circunstancias en que nos encontramos, me basta seguir la intriga que á todos os trae de cabeza. Cuando el asunto de los amores de vuestro hijo haya tomado un aspecto mas sério del que tiene, haya adquirido mayor importancia, entonces, como tengo el hilo de la intriga, desenredaré á mi placer y el doctor Cañete verá satisfecha su ambicion.

—Desenredareis á vuestro placer... ¡Oh!... ¿Pero cómo desenredareis?

—Señor Hernando,—contestó Cañete despues de meditar algunos momentos,—sois padre, comprendo vuestro dolor y quiero tranquilizaros.

—¡Ah!...

—Vuestro hijo se casará con doña Isabel.

—No me equivoqué, teneis un corazon noble...

—¿Y sin embargo me perseguiais?

—No conocí hasta anoche...

—¿Cuando pusísteis en libertad á mi criado?

—Sí.

—Bien, pues ya sabeis cual será el resultado de este enredo.

—Dios os premiará...

—Y el rey á mi amigo Cañete.

—Y puesto que sois generoso...

—Adivino lo que vais á decirme, y desde luego os digo que no puede ser.

—¿Hemos de esperar aun?

—Quizás muchos dias.

—Mi hijo sufre.

—Vos habeis sufrido por espacio de muchos años.

—Pero...

—Los hombres no valen nada cuando no han sufrido mucho.

—¡Siquiera por compasion!—dijo Hernando con tono suplicante.

—Adelantar los sucesos seria perderlo todo.

—Caballero...

—Y os advierto que si cometeis alguna imprudencia, fiado en que no os abandonaré, os encontrareis chasqueado, porque mis buenos sentimientos no me obligarán contra mi voluntad que es mas firme de lo que pensais.

—Os creo,—dijo tristemente Hernando.

—Haced, pues, lo que os plazca, que ya no pecareis de ignorante, señor Prieto.

—Pero es menester que sepais que esas circunstancias apuradas han llegado, que la intriga de los amores de mi hijo tiene ya la importancia que deseais, y por consiguiente, estais en el caso de desenredarla.

—Es menester mas todavía.

—El rey se ha cansado.

—Mejor.

—Y ha resuelto acabar de una vez.

—Es cuanto podemos desear.

—Doña Isabel irá á un convento, quizás mañana.

—Y nosotros iremos por ella si os atreveis.

—Imposible.

—¡Imposible cuando hay voluntad!...

—Precisamente he venido á consultaros, á entregarme á vos, porque hemos llegado á un caso estremo, al mayor apuro.

—Y si no salís de aquí remediado, al menos vais consolado. ¿Os parece poco?

—¡Oh!...

—Pedir mas seria una exigencia descabellada. Contentaos, pues, que habeis conseguido mucho mas de lo que esperábais, y tranquilo ya, como debeis estarlo, ocupaos solamente de la con-

desa de Fuensanta para ver si así reconquistais la gracia del rey.

—Ese consejo...

—¿Es malo?

—Acertadísimo.

—¿Quereis mas pruebas de mi buena fé?

—Os soy deudor de mas que la vida.

—Pues pagadme con ser prudente.

—Os lo prometo.

El doctor meditó algunos instantes y luego dijo:

—Voy á daros otro consejo.

—Sí, sí.

—El rey desconfia de vos.

—No me cabe duda.

—Quiere averiguar algo.

—Presumo que sospecha, aunque remotamente, que protejo los amores de su hija.

—Por eso ha principiado por comprar un espía para vos.

—Al peluquero, lo sé.

—Haced la competencia al rey, aunque él cuenta con mas medios que vos en todos sentidos.

—La competencia...

—Sí.

—Es muy difícil.

—Canuto es avariento y vanidoso.

—Mucho.

—Aprovechaos de su vanidad y codicia.

—Es que Canuto desconfia tambien de mí...

—No importa. Conocer las debilidades ó necesidades de un hombre, es hacerse dueño absoluto de él.

—Ciertamente.

—Con alabanzas y dinero hareis de Canuto cuanto os dé la gana.

—Lo sé por esperiencia.

—El rey lo ha comprado para que os espíe; compradlo vos para que engañe al rey.

—Haré lo posible.

—Tal vez no lo conseguireis, pero no por eso debeis dejar de poner los medios.

—Precisamente hemos quedado en vernos esta noche en la taberna de Marcelo.

—Bien, pues meditad en lo que queda de dia.

—¿Cuando volveré á veros?

—Yo os buscaré.

—Como gusteis.

—Y no perdais la paciencia si tardo algunos dias en presentarme á vos.

—Si me desespero, sufriré y callaré.

—Ahora id á consolar á vuestro hijo, pero nada mas que á consolarlo.

—Os prometí ser prudente...

—Y yo fio en vuestra promesa,—repuso el doctor.—Que el cielo os guarde.

—Y á vos tambien,—contestó Hernando.

Y salió, encaminándose á su casa.

—Bien,—dijo Cañete cuando se quedó solo.—Carbajal... No olvidaré el nombre... Pronto sabré quién era la dama de los cabellos de oro y las formas de Venus. Ahora debo preparar á Canuto para que no se deje sorprender esta noche... Todo vá á las mil maravillas, no puedo desear mas... Se acerca el desenlace.

Dejó el médico caer la cabeza entre las manos y quedó pensativo por espacio de algunos minutos.

Luego se levantó y llamó al negro que se presentó instantáneamente.

—Mi capa y mi sombrero,—le dijo.

Y pocos momentos despues salió á la calle y se dirigió hácia la morada del peluquero del rey.

Lo seguiremos.

CAPITULO XXX.

Cañete sigue dando consejos y pruebas de franqueza y amistad.

Canuto habia cumplido la órden del rey y cerrado la tienda, por cuyo motivo lo encontró el doctor solo en su aposento, pues Felipe Augusto habia salido para ir á ver á su amigo el estudiante Cornejo.

El peluquero estaba muy pensativo, no porque ningun pesar ni triste idea le atormentase, sino porque el repentino cambio de su fortuna y los sucesos que se preparaban eran motivo suficiente y sobrado para que se entregase á profundas meditaciones.

—¡Otra vez aquí!—exclamó con viva alegría al ver á Cañete.—Mucho me honrais.

—Es que os quiero mucho porque lo mereceis,—replicó el doctor, estrechando amistosamente con su diestra la del peluquero.

—Sentaos...

—Sí, que quiero hablaros tranquilamente.

—Bien, así... Esta habitacion es fresca: sin embargo, dejad la capa si os incomoda...

—No, gracias.

—Mi buen amigo...

—¿Estamos solos?—preguntó Cañete.

—Enteramente solos: podeis hablar con descuido, que nadie os escuchará mas que yo. Felipe Augusto ha salido...

—Me alegro y os suplico que no le digais que he estado aquí.

—¡Hola!... ¿Se trata de él?

—Algo le toca.

—¿Teneis que contarme alguna travesura?..... No lo estrañaré.

—Ninguna, señor Canuto: solamente os advertiré una cosa para que esteis sobre aviso y podais con tiempo evitar una desgracia. Felipe Augusto es un mancebo de buenas prendas, muy buenas, pero al fin tiene pocos años, y á su edad se comete una imprudencia con la mejor buena fé.

—Me poneis en cuidado,—dijo Canuto, sacudiendo repetidas veces su larga nariz.

—No hay motivo para tanto: os repito que es solo una advertencia, una prevencion...

—Esplicaos.

—No es vuestro sobrino el objeto principal de mi venida: otro de mas importancia me trae.

—¿Pues qué sucede?

—Creo que os tienden un lazo...

—¡Oh!... ¡Un lazo!...

—Sí.

—Hago mucha sombra á mis enemigos y quieren inutilizarme: la noticia no me sorprende...

—Escuchadme.

—Ya os escucho; soy todo oidos,—repuso el peluquero acercando su silla á la del doctor.

—Sabed,—dijo este,—que el señor Hernando Prieto ha comprendido que el rey desconfia de él.

—Bien ha podido conocerlo con lo que le ha sucedido.

—Además,—prosiguió el doctor,—ha sospechado que el

monarca piensa valerse de vuestra incomparable astucia y habilidad sin igual para espiarlo.

—Tal vez no se equivoca: su majestad se ha convencido de que no soy un hombre vulgar y puedo servirle, y segun las indicaciones que me ha hecho, creo que quiere honrarme con su confianza. Hace bien, porque yo corresponderé lealmente.

—Os veo en el buen camino á pesar de que ignorais muchas cosas; pero vuestro recto juicio suple la ignorancia...

—He meditado, he raciocinado, he calculado...

—Y os habeis convencido de que os conviene mas servir al rey que á su escudero.

—Eso es, —dijo Canuto con énfasis cómico. —No he visto una conformidad de ideas como la que existe entre las vuestras y las mias. Hemos nacido para ser amigos, y juntos somos invencibles.

—Pues bien, seamos una sola persona, y para que tengais confianza en mí, os diré por qué tomo parte en esta intriga y os revelaré otros secretos que os probarán lo muy justo y hasta cristiano que es servir al monarca en esta ocasion.

—Sí, sí; ya entre nosotros no puede haber secretos.

—Ninguno.

—Vuelvo á escucharos, caballero, —repuso Canuto agitando la nariz en el colmo de su entusiasmo.

—Procedamos con órden.

—Sin él no puede hacerse nada bueno.

—Primero la cuestion de conveniencia que es la que hemos tocado.

—Bien.

—Y luego la de justicia que fortalecerá nuestra voluntad y tranquilizará nuestra conciencia.

—Eso me gusta: los hombres deben ser justos y buenos cristianos.

—Comienzo.

—Escucho, —contestó el peluquero despues de arreglar los lazos de sus calzones, y sacudiendo otra vez su descomunal y flexible nariz-abanico.

Cañete meditó algunos instantes y luego dijo:

—El señor Hernando Prieto ha sospechado que el rey os paga para que seais su espía, y para evitar el golpe tiene pensado pagaros él para que engañeis al rey.

—Pues se equivoca: no seré desleal al monarca.

—Eso es lo que habeis de sostener con firmeza.

—Y lo sostendré, caballero.

—Es lo que os conviene; primero, porque el rey puede pagaros mas generosamente que el señor Hernando, y segundo porque ningun peligro correis sirviéndole, mientras que si elegís al escudero os esponeis á morir en una horca ó comido por las ratas en un sótano de Simancas ó Segovia, si se descubriese vuestra traicion, lo cual sucederia porque tarde ó temprano se descubre todo en este mundo.

—¡Oh!—murmuró Canuto palideciendo.

—La prueba de que tiene este plan el señor Hornando es la prisa que se ha dado en pediros una entrevista en la taberna de Marcelo.

—Es verdad, y mostrándo mucho interés.

—Ya veis...

—Así lo comprendí... ¡Ah!... Es admirable la identidad de nuestros pensamientos...

—Y la casualidad que nos ha reunido.

—Proseguid, caballero.

—Esta noche os ofrecerá el señor Hernando todo lo que pueda ofrecer.

—Seguramente.

—Pero vos...

—Rechazaré enérgicamente sus ofertas.

—Por dos razones.

—Sí, una porque no me conviene aceptarlas...

—Y la otra porque sin necesidad de que engañeis al rey, tendrá el escudero que pagaros con largueza vuestro silencio porque una palabra vuestra puede ser su perdicion.

—¡Ah!... El secreto de las cartas amorosas de doña Isabel...

—Es una amenaza constante.

—Sí, sí, soy una espada de... de Damocles...

—Cuyos filos tendrá el escudero que embotar con oro.

—Y mucho, —replicó el codicioso peluquero, cuyos ojos brillaron.

—Un hombre como vos no se vende por unos cuantos ducados.

—Creo que valgo centenares de...

—Escudos de oro, y aun han de quedaros agradecido.

—Y mas ahora que mi posicion social...

—Y mas todavía dentro de poco, porque el rey, no solamente os dará dinero, sino honores.

—¡Oh! —murmuró Canuto, agitando la nariz y arreglando su valona.

—Espero ver sobre vuestro pecho una cruz de Santiago ó de Calatrava...

—Hidalgo soy de esclarecida cuna, puedo probarlo y aspirar...

—Otros con menos títulos han alcanzado mas.

—Al menos podré obtener en la servidumbre del rey algun puesto mas elevado que el de peluquero.

—Eso puede tenerse por cosa hecha.

—Tal creo.

—Con lo cual se prueba que no cabe duda en la eleccion si se atiende á la conveniencia.

—Estamos conformes.

—Pues bien, ahora vamos á pasar á la cuestion de justicia, de moralidad, y si me teneis por buen cristiano, comprendereis que me interese en ello.

—Sepamos.

—Voy, señor Canuto, —dijo el doctor con tono misterioso y despues de mirar á todos lados como si temiera que lo oyesen, —voy á fiar á vuestra discrecion un secreto de mucha importancia, de mucha.

—¡Oh!...

—Es,—añadió Cañete, bajando mas la voz,—un secreto de Estado...

—¡Ah!—esclamó el peluquero, brincando sobre la silla cosi le hubiese picado un alacran.

Y sacudió tantas veces y con tal fuerza la nariz, que costó al doctor mucho trabajo contener la risa.

—Sí.

—¡Un secreto de Estado!—murmuró despues de algunos instantes Canuto, fijando en el médico una mirada de espanto y sorpresa.

—Es la gran prueba de amistad que os doy...

—Hablad, caballero, esplicaos...

—Ya sabreis que doña Isabel es hija...

—Del rey.

—Sí.

—Tampoco ignorais que su amante es el hijo del señor Hernando Prieto...

—Sí.

—Y que su majestad se opone á esos amores con todas sus fuerzas.

—Tendrá otros proyectos para casar á su hija...

—No, y aquí está el gran secreto.

—¡Oh!...

—Tal vez haya llegado á vuestros oidos la voz de que ese mancebo que vive en compañia del señor Hernando no es su hijo ni se sabe quien pueda ser.

—La murmuracion se ha ocupado de ese misterio, pero nada se ha dicho que se acerque á la verdad.

—Pues bien, ese jóven es... ¡hijo del rey!

—¿Qué decís?... ¡Ah!—exclamó Canuto, abriendo estremadamente los ojos y agitando su nariz.—¡Es hijo!...

—Silencio, que las paredes suelen escuchar.

—¡Oh!...

—¿Comprendeis por qué se opone su majestad á esos amores?

—¡Qué horror!—dijo Canuto, haciendo un gesto de espanto.

—Son hermanos...

—¿Y el escudero ignora?...

—No.

—¿Y cómo protege?...

—Ya sabeis que es despreocupado, y segun su opinion, no sabiendo ellos que por sus venas corre una misma sangre, serán felices y no tienen responsabilidad. Muchos, dice el señor Hernando, se encontrarán en el mismo caso porque ha cundido mucho la liviandad en las mujeres y el vicio en los hombres. Con este razonamiento se tranquiliza, y atendiendo solamente á las ventajas que le promete ese casamiento, trabaja sin descanso para que se realice.

—¡Qué horror, qué horror!...

—Por eso teme tanto que se descubra la intriga.

—Sí, sí, lo creo. Así se comprende la proteccion que su majestad dispensa á ese mancebo, el lujo con que vive, la educacion que ha recibido y la privanza y fortuna del señor Hernando. No puede ponerse en duda.

—Doña Isabel, alentada por el escudero, y sin duda creyéndose víctima de una intriga, se resiste á olvidar á su amante, y el rey ha determinado encerrarla en un convento, lo cual vereis que sucede, quizás antes de tres dias.

—¡Y he servido de instrumento para semejante maldad!... ¡Oh!...

—Sí.

—Gracias á vos me he librado de una desgracia espantosa,—dijo Canuto mientras se limpiaba el sudor que corria por su frente.

—Ya nada teneis que temer.

—Dios me perdone: he pecado inocentemente...

—Y estais á tiempo de prestar ayuda poderosa á la buena causa.

—Sí, sí, seré el mas decidido y ardiente defensor de su majestad.

—Ahora bien, señor Canuto, con las noticias que os he dado podreis hacer frente á las seducciones del escudero.

—¿Quién lo duda?

—Pues pasemos á otro punto.

—¿Hay mas?

—Lo que os indiqué con respecto á Felipe Augusto.

—Es verdad.

—Tambien os interesa.

—Lo habia olvidado: tal efecto me ha producido lo que acabais de revelarme.

—No es estraño.

—¡Oh!... Este es un dia inolvidable...

—Para todos.

—Ya estoy mas sosegado, amigo mio,—dijo Canuto, agitando la nariz y volviendo á enjugar el copioso sudor que bañaba su rostro.

—Voy á comenzar...

—Sí, que estoy impaciente por saber qué locura ha hecho ese muchacho.

—Ya os he dicho que se trata de una cosa propia de su edad, y que nada tiene de mala intencion; al contrario, revela sentimientos nobles, aspiraciones elevadas. Ya sabeis que es inclinado á lo grande, amigo del trato de personas de calidad...

—Por eso maldice su fortuna y la hora en que le enseñé el oficio de barbero.

—Ved por dónde ha sucedido que el rey le dé gusto mandándoos cerrar la barberia y despedir á todos vuestros parroquianos.

—No se librará por eso de trabajar. Lo que el rey me ha prohibido con mucha razon es que mis manos toquen otra cabeza que la suya; pero Felipe Augusto seguirá peinando y afeitando á los señores que me honran con su confianza, y de este modo me indemnizará de lo mucho que he gastado en criarle como si fuera hijo mio.

—Es muy justo, pero quizás no sucederia lo que sucede si nunca se hubiese ocupado en peinar.

—No comprendo...

—Os lo esplicaré, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que por ahora no hareis uso de lo que yo os diga.

—Si así conviene...

—Sí.

—Contad con mi silencio.

—Y sobre todo con que no se sepa que yo os he dado esta noticia.

—No necesitábais hacerme semejante advertencia.

—Pues bien,—repuso Cañete,—Felipe Augusto está enamorado.

—No me sorprendeis: sus escapatorias nocturnas me lo habian hecho sospechar, y tambien ciertas advertencias muy embozadas que sobre este punto me hizo el señor Hernando.

—¡Ah! no habeis conocido aun el valor de esas advertencias, señor Canuto.

—Me poneis en cuidado...

—Alguno debeis tener.

—Esplícaos por Dios...

—¿Sabeis de quién está enamorado Felipe Augusto?

—Nada sé, ya os lo he dicho...

—De la condesa de Fuensanta.

—¡Oh!—exclamó Canuto, palideciendo y estremeciéndose convulsivamente.—¿Qué decís, caballero?

—Ni mas ni menos que lo que habeis oido, que está enamorado perdidamente de la condesa de Fuensanta.

—¡Dios bendito!... ¿Qué va á suceder?

—No ignorais que su majestad...

—Sí, sí, todo el mundo lo sabe...

—De manera que...

—¡Rival del rey!—exclamó el peluquero, cubriéndose el rostro con las manos.

—Y mas os admirareis y os asustareis cuando os diga que doña Ana corresponde tiernamente...

—¡Eso mas!

—Y lo que ha de venir, porque ambos son atrevidos, y si se empeñan...

—Estamos perdidos, ¡ah! estamos perdidos él y yo, porque intentarán hacerme responsable...

—No hay duda.

—¡Suerte desdichada!

—Por eso es menester prevenir el mal cuando llegue el momento oportuno, y para ello no debeis tener reparo en poneros tambien en este asunto de parte del rey, porque seria muy triste que despues de los muchos años que llevais de trabajo y honradez no alcanzáseis otra recompensa que un castigo por un delito que es ageno á vuestra voluntad.

—Teneis razon, caballero; hablais como un sábio,—dijo Canuto.

Y sofocado se levantó, comenzando á pasear á lo largo del aposento, mientras sacudia su larga nariz y se limpiaba el sudor que no dejaba de correr por su frente.

—Hay dias inolvidables,—decia con voz ahogada,—dias destinados á grandes acontecimientos, y este es uno.

—Mucho debeis querer á Felipe Augusto,—repuso el doctor,—y lo prueban los sacrificios que por él habeis hecho, pero no hay que llevar tampoco la generosidad á un punto exagerado, porque entonces se convierte en tontería.

—Nada tengo que echarme en cara; he sido un padre para ese loco mancebo, y sin esperanza de recompensa, porque aun suponiendo que se encuentre á su familia, puede esta ser pobre, y no tener medios de reintegrarme lo que he gastado. Verdad es que si así sucediese, yo no presentaria las pruebas que tengo sobre la procedencia de Felipe Augusto; pero en último caso me quedaria sin mi dinero.

—Conozco ya tus intenciones,—dijo para sí el doctor,—y me alegro saber hasta qué punto te domina la codicia.

Y añadió en voz alta:

—Señor Canuto, no se os puede negar la razon que os asis-

te. Loable es hacer bien, pero sin perjudicarse á sí mismos. Si llega el caso de que os veais en la alternativa de favorecer á Felipe Augusto ó servir á su majestad...

—No vacilaré: mi deber y el rey...

—Vos primero que nadie.

—Para generosidad basta lo hecho.

—Yo os tendré al corriente de lo que suceda en esos amores, y vos obrareis segun os convenga y os aconseje la prudencia.

—Segun me aconsejeis vos, en quien desde hoy pongo toda mi confianza.

—¿Podeis pedirme mas franqueza?

—No.

—¿Quereis mas pruebas de amistad?

—No merezco las que me habeis dado.

—Me pagareis correspondiéndome del mismo modo.

—¿Lo dudais?

—Si dudára no hubiera depositado en vos un secreto de tanta importancia como el del nacimiento del hijo del rey.

—Gracias, caballero,—dijo Canuto.—Si supiera vuestro nombre lo gravaria en mi corazon.

—No os lo digo por si lo repetís involuntariamente.

—Me juzgais mal.

—¿Quién asegura que en sueños no podeis decir lo que despierto callais? Si mi nombre se pronunciára, nada mas que pronunciarlo donde pudiera oirlo el escudero, nuestra perdicion era cierta. Contened vuestra curiosidad, que ha de venir muy pronto el dia en que quede satisfecha.

—Cuando así obrais...

—Es porque tengo,—replicó el doctor con misterioso tono,—tengo razones tan poderosas como el rey para estorbar que se case su hijo con su hermana.

—¡Oh!—murmuró el peluquero agitando la nariz.

—Ahora,—repuso Cañete,—preparaos para la entrevista de esta noche, y no olvideis que de vuestra decision depende vuestra fortuna.

—Llevará su merecido el escudero,

—Mañana vendré por si ocurre alguna novedad.

—Y para que yo os diga el resultado de mi conferencia con Prieto.

—Si no quereis reservarlo...

—Estoy en deuda con vos.

—No rechazaré el pago, —dijo Cañete.

Y levantándose, se despidió de Canuto y se fué, quedando este mas pensativo de lo que estaba.

—¡Gracias á Dios! —exclamó el peluquero cuando se vió solo.—Al fin sé lo que significa este enredo diabólico que me trastornaba el juicio. Desde hoy trabajaré con gusto, porque sé qué papel represento, y no soy el instrumento de nadie. ¿Y Felipe Augusto? ¡Oh!... ¿Cómo habia de sospechar nadie que se habia atrevido á poner sus ojos en la condesa, nada menos que en la condesa de Fuensanta, que pertenece á la primera nobleza española, que es la dama mas hermosa, adulada y obsequiada de Madrid? Jamás lo hubiera creido: y no puedo dudarlo, lo dice el hombre de los anteojos, que todo lo sabe, y yo tengo pruebas, porque ahora comprendo el por qué de muchas cosas que antes me parecian insignificantes. Las advertencias del señor Hernando sobre las salidas nocturnas del rapaz y las idas y venidas de este á casa de la condesa con pretesto de adquirir noticias de sus padres. ¿Y es posible que ella le corresponda? ¿Es posible que una dama principal y que ha desechado los mejores partidos, se precie de un miserable barbero que ni siquiera es hidalgo como yo, que es menos que el último villano, puesto que ni nombre tiene? Y por añadidura, el rey está perdidamente enamorado de la condesa, viniendo á resultar de todo que el atrevido mozalvete es nada menos que el rival, y rival afortunado del monarca poderoso de dos mundos. ¡Oh!... Es preciso vivir para ver... ¡Mucho cuidado, Canuto del Rincon, mucho cuidado!

CAPITULO XXXI.

De cómo el peluquero no encontró el camino tan fácil con Hernando, ni este con aquel.

A las nueve en punto de aquella noche, Canuto y Hernando se encontraban en la taberna de Marcelo, principiando á comer una de las famosas tortillas que allí se hacian.

En el rostro del escudero se pintaba una viva alegría; ya no era el mismo de por la mañana, ni física ni moralmente, pues las esperanzas que el doctor le habia dado, ó mejor dicho, las seguridades de que Felipe seria esposo de Isabel, le habian reanimado de tal modo y habian contribuido tanto á la tranquilidad de su espíritu, que su imaginacion recobró en pocas horas sus antiguas dotes, y él volvió á ser el mismo antiguo escudero con toda su astucia, su travesura y su arrojo. ¿Qué le importaba ya que el rey sospechase ni le retirase su favor si al fin y por conclusion de todas las desgracias su hijo seria feliz?

Canuto tambien estaba contento, como quien considera hecha ya su fortuna, y á no ser por el disgusto que le causaba el saber

que el rey y Felipe Augusto eran rivales, se le hubiera visto rebosar por el rostro la alegría.

Ambos habian brindado ya á la salud el uno del otro y empezaban á hablar de esta manera:

—Buena tortilla,—dijo Hernando.

—Como que para hacerlas no hay quien pueda competir con la mujer de Marcelo.

—¿Y el vino?

—Tampoco se le puede pedir nada.

—Pues si luego le pedimos el queso de Villalon que le traen y que guarda para sus parroquianos antiguos...

—Lo comeremos.

—Entonces será preciso apurar otra botella.

—¿Quién lo duda? Esta sola para los dos no es nada.

—Y si acaso nos emborrachamos...

—Mejor: en dias como el de hoy, pide vino la alegría.

—Pues vaya otro trago á vuestra salud,—dijo Hernando.

Y empinó su vaso.

—Por la vuestra,—contestó el peluquero haciendo lo mismo.

—He debido brindar por la fortuna que empieza á sonreiros.

—Es verdad, no puedo quejarme de mi estrella.

—Ya veis cómo se ha realizado lo que os anuncié aquella noche sobre vuestra nueva posicion.

—Sois buen vaticinador, pero nada mas.

Hernando fijó su mirada escudriñadora en el rostro de Canuto, porque adivinó lo que iba á decir.

—Como protector no habeis tenido tanto acierto como profeta.

—Sin embargo, la mitad del camino os encontrasteis andado ya.

—Sí, os reconozco...

—Nada me debeis, señor Canuto; á favor estaremos cuando me hagais alguno.

El peluquero sacudió su nariz y sonrió maliciosamente.

Hernando fingió no atender mas que al almuerzo.

—Se atasca la tortilla, —dijo Canuto.

—Pues limpiemos la calle del pan.

—Por vos, amigo mio.

—Pues yo brindo desde ahora por el mucho dinero que vais á ganar.

Vaciaron los vasos.

—¿Dinero?

—Sí

—Lo dudo.

—Su majestad os pagará generosamente.

—Aumentará mi salario y nada mas.

—Es que si os vais á palacio estareis mas en comunicacion con el rey...

—Le hablaré mas á menudo, es verdad, pero palabras no son ducados.

—Pero entonces os encargará alguna comision...

—Tal vez, —replicó Canuto con aire de importancia.—Conoce á fondo mi lealtad, y aunque me esté mal decirlo, hace justicia á mi talento.

—En esa parte no se equivoca.

—¡Oh!... su majestad tiene buen golpe de vista, juzga á los hombres con mucho acierto.

—¿Sabeis lo que me dijo esta mañana, despues que os dejó en libertad?

—No es fácil adivinarlo.

—Pues fueron estas sus mismas palabras, escuchad...

—Decid...

—«Siempre he tenido á Canuto por hombre de claro ingenio, pero lo que es hoy me he convencido de que no habrá muchos como él.

—Es mucha honra...

—Justicia, como antes habeis dicho muy bien.

—¡Ah!...

—Por mi parte os confieso que si en mi posicion hubiera yo

tenido vuestro ingenio y habilidad, hoy me veríais, sino ministro y marqués como lo fué Calderon, poco menos.

—¿Os burlais de mí?

—Ya sabeis que don Rodrigo fué menos que vos.

—El favor de que gozo no lo tuvo él hasta que se elevó á cierta altura.

—Ni el conde-duque en sus primeros tiempos.

—Señor Hernando,—replicó Canuto, agitando su nariz y arreglando su valona y sus lazos,—no me hagais concebir esperanzas locas.

—Vuestra posicion es envidiable...

—Bebamos, bebamos.

—Sí, bebamos como buenos amigos, para que en vuestra nueva posicion no os olvideis de mí.

—Mal me conoceis, y sobre todo, me haceis una ofensa.

—Es que...

—Rico ó pobre, favorecido ó maltratado por la fortuna, seré siempre el mismo: ¿lo entendeis?

—No lo dudo, es decir, no dudo de vuestros sentimientos nobles, pero las circunstancias...

—Sean las que fueren...

—¡Ah!... Van alargándose las distancias entre nosotros...

—No soy de vuestra opinion.

—Viéndolo estais; crece vuestra privanza con el rey á medida que la mia mengua; es decir, vamos por camino opuesto, y por consiguiente nos alejamos mas á cada paso que damos.

—Pues nunca hemos de ser tan amigos...

—No os pesará, que ya sabeis que soy agradecido, y como á Dios gracias no me faltan medios de poder cumplir con largueza...

—Esa es la fortuna positiva,—replicó el peluquero.—Teneis dinero ahorrado...

—No lo niego.

—¡Ah!...

—Y está todo para serviros... ¿No bebemos?

—Sí.

Volvieron á empinar los vasos y dieron fin á la tortilla.

—Puesto que de ser mi amigo blasonais,—dijo el escudero despues de meditar algunos instantes,—y que yo lo soy vuestro de todo corazon, creo que debemos ayudarnos mútuamente, vos á mí con vuestros servicios cuando esteis en gracia con su majestad, y yo á vos con mi bolsa cuando nada valga mi privanza.

—Nada mas justo,—respondió el peluquero.

—Supongo que ahora mas que nunca necesitareis dinero, porque habeis cerrado la tienda, y mientras el rey os sube el salario...

—Amigo mio,—interrumpió Canuto, sacudiendo su nariz,—hablemos con claridad: ahora no jugamos al ajedrez y las circunstancias son distintas.

Miró Hernando al peluquero y contestó despues de un instante:

—Pues bien, con claridad, con mucha claridad...

—Sí.

—Os diré que estoy al corriente de cuanto pasa.

—No comprendo...

—Os habeis vendido al rey para espiarme...

—Estais equivocado.

—¿No quereis que hablemos con claridad?

—¿Acaso sospechais?...

—No sospecho, estoy convencido de lo que acabo de decir, y en esa inteligencia os propongo un buen negocio.

—Sin duda no lo habeis meditado bien,—replicó Canuto.

La frente de Hernando se oscureció.

—¿Por qué?—dijo.

—Lo que vais á proponerme es que yo engañe al rey, para que no descubra la intriga de los amores de doña Isabel, y así podria ganar lo que su majestad me diera por espiaros y lo que me pagaseis vos por mentir. ¿Me equivoco?

—En parte,—respondió Hernando, á cuya astucia no se escapó el propósito de Canuto.

—Sea como quiera os diré que por nada del mundo soy desleal al rey, y que si yo quisiera aprovecharme á la vez del desprendimiento de su majestad y de vuestra bolsa, no necesitaria mas que recordaros que he sido el portador de ciertas cartas...

—Entonces estamos completamente de acuerdo,—interrumpió Hernando, fingiendo alegrarse.—Lo que yo iba á pediros no era que engañaseis al rey, sino que le dijeseis la verdad de cuanto ha sucedido.

—No comprendo...

—Es sencillísimo: me conviene que el monarca sepa lo de las cartas de doña Isabel, pero sin que sospeche que yo he deseado que se le dé la noticia. ¿Aceptais el encargo? Ganareis cincuenta escudos de oro.

Canuto sacudió la nariz y miró al escudero con desconfianza. Su sorpresa no pudo ser mayor: quedó perplejo, casi aturdido al ver que, no solo no temia Hernando que supiese el rey lo de las cartas de Isabel y Felipe, sino que ofrecia dinero porque fuesen á descubrírselo. ¿Por qué tan repentino cambio?

—¡Oh!—dijo el peluquero para sí.—Este cortesano astuto trama alguna intriga endemoniada: pero no volveré á servirle de instrumento ciego. ¿Cuál puede ser su nuevo plan? No lo adivino, pero es la verdad que el secreto ha dejado de ser la espada de Damocles, y si con algo puedo amenazar es con el silencio. El tal escudero prepara algun golpe digno de su travesura... Veremos.

No preparaba ningun golpe Hernando, acababa de darlo con maestría. Ya hemos dicho que habia vuelto á ser el mismo de antes con toda su astucia, su rápida inventiva, su valor y su arrojo. ¿Qué trabajo, pues, habia de costarle vencer á Canuto y hasta burlarse de él?

Hubo algunos momentos de silencio.

—¿Aceptais?—preguntó al fin Hernando.

—No sé qué deciros,—respondió Canuto, cuya desconfianza crecia por instantes.

—Con lo que os propongo podeis ganar lo que os ofrezco y lo que el rey os dé por tan importante servicio.

—¿No os chanceais?

—¡Chancearme en asunto tan sério!

—Vuestra proposicion...

—Debe causaros gran admiracion, pareceros estraña, pero...

—Intentais sorprenderme,—interrumpió el peluquero.

—¿Sorpresa cuando os hablo con tanta claridad?... ¡Bah! señor Canuto, esta noche no estais á vuestra altura; sin duda se ha ofuscado vuestra razon con la alegría de vuestra nueva dicha.

El peluquero meditó algunos instantes y quiso probar fortuna arriesgando algunas palabras.

—Conozco vuestro plan,—dijo con aire de satisfaccion y orgullo,—y ya es tarde, amigo mio.

Hernando no pudo contener una carcajada burlona.

—¿Con que conoceis mi plan?—replicó con acento de mofa.

—¿Os reis?

—Ya lo veis.

—No sé por qué,—repuso el peluquero turbado.

—De vuestra pretension loca de haber adivinado mis proyectos... Escusado es hablar sobre este asunto.

—Señor Hernando, me ofendeis.

—Vos á mí, suponiéndome tonto.

—¿Tanta seguridad teneis de que no he adivinado el plan?

—Decid cuál es.

Canuto agitó la nariz.

—Vamos,—añadió el escudero mientras sonreia,—decid, decid...

—¿Para qué?

—Para probarme que no os engañaba el deseo, ó mas bien que no habeis intentado sorprenderme para hacerme confesar lo que pienso.

—Negariais.

—¿De qué me serviria?

—De nada, pero en la apariencia...

—Ya me conoceis y estais convencido de que no habia de contentarme con vencer aparentemente.

—Señor Hernando,—replicó el peluquero que no sabia cómo salir del apuro,—gastamos el tiempo en valde.

—Al menos vos.

—No me conviene hacer lo que deseais, pero sí otra cosa, y por ello no tendreis que pagarme.

—¿Callar?

—No.

—Entonces...

—Diré al rey lo de las cartas, pero añadiré que vos me lo habeis rogado...

—¿Cómo lo probareis?

El peluquero miró á Hernando sin saber qué decir.

—Está visto,—añadió el escudero sin dejar el tono burlon,—que el cambio de fortuna os ha trastornado.

—Dejemos la broma.

—Pues muy de veras os hablo, y debiérais comprender que en el caso que pensais, mi negativa tendria mas fuerza que vuestra afirmacion. Ni vos conoceis mi plan, ni el rey puede siquiera sospecharlo, y así, ¿cómo habia de creer su majestad que yo habia buscado mi perdicion, puesto que otra cosa no parece ni se comprende que sea el descubrimiento de lo que antes he callado tan cuidadosamente?

—Señor Hernando...

—Convenceos, de esa manera no conseguiriais mas que complacerme, porque el resultado seria que supiese el monarca lo que yo deseo. Hacelo, pues; os quedaré agradecido, pero guardaré mis escudos.

El razonamiento de Hernando puso á Canuto en mayor aprieto del que estaba: no tenia contestacion el argumento; el rey no creeria nunca que su escudero habia querido que se descubriesen los abusos cometidos con tanta audacia.

—Me equivoqué,—dijo para sí el peluquero.—Este hombre vale casi tanto como el de los anteojos; pero no importa, lucharemos y al fin veremos quién vence. Por ahora lo que me conviene es dar otro rumbo á la cuestion: ya sé para mi gobierno

que el secreto de las cartas no es una espada de Damocles, sino de Bernardo, un arma que estorba y compromete en vez de servir para defenderse ni atacar.

—¿Qué pensais de lo que acabo de deciros?—preguntó el escudero.—¿Os decidís á ganar los escudos de oro que os he ofrecido?

—No.

—¿Pondreis en práctica vuestra idea?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Desde que me llevásteis á la cárcel me horroriza la idea de meterme en intrigras, y estoy resuelto á no entender en la vuestra, aunque me diéseis tanto oro como se ha traido de las Indias.

—Mirad que otro se llevará la ganancia.

—Llévesela en buen hora y hágale buen provecho, que yo la perdono á trueque de vivir descuidado. No sabemos lo que puede suceder, y mas calabozos, señor Hernando, no los quiero.

—Haced lo que os plazca, pero si atendeis mi súplica...

—No, no...

—Quedemos en paz.

—Otra cosa nos conviene.

—Decid cuál es.

—Beber una botella, olvidar lo pasado y ser buenos amigos.

—Acepto.

—Pero amigos leales...

—De todo corazon.

—Y protegernos mútuamente...

—No hay mas que hablar.

—¡Marcelo, maese Marcelo!—gritó Canuto.—Otra botella.

El doctor Cañete habia conseguido su objeto.

Una reconciliacion es siempre un buen pretesto para emborracharse.

No lo hicieron así nuestros amigos, pero Canuto al menos

salió de la taberna con esa alegría que produce el vino antes de embriagar.

Hernando estaba completamente sereno.

Ambos se miraban con desconfianza, pero el escudero habia conseguido saber á qué atenerse, mientras que el peluquero habia quedado confuso y sin poder adivinar los proyectos de Hernando.

—Ya puedo estar casi seguro de la discrecion de este pobre diablo,—decia Prieto, mientras se dirijia á su casa.—El golpe le ha cogido tan de sorpresa, que no se desaturdirá en una semana. No quedará descontento de mí el hombre de los anteojos. Está visto; la fatalidad persigue á Canuto: está destinado á moverse sin saber por qué, á ser el alma de las intrigas, sin saber con qué fin se siguen.

Canuto, en medio de la falsa y pasajera alegría del vino, estaba descontento.

—¿Qué intentará ese cortesano diabólico?—decia.—¿Qué habrá inventado?... ¡Oh!... Y no ha faltado mucho para que me haga picar el cebo. Dios sabe la que se hubiera armado si menos cauto yo, acepto el negocio y digo al rey lo que pasa... ¡Torpe de mí!—exclamó dándose una palmada en la frente y agitando muchas veces su larga nariz.—Ya lo comprendo... Hay quien por ver tuerto á su enemigo se salta los dos ojos, y esto debe sucederle al señor Hernando. Si yo dijera al rey lo de las cartitas amorosas de su hijo, seria cierta la perdicion del escudero, pero la mia no da lugar á duda, porque yo soy tambien criminal por haberme prestado á llevar y traer los tales papeles, sin que me valga alegar ignorancia, pues al fin era, cuando menos, engañar á una madre. ¡Oh!... La espada de ese señor Damocles tiene dos filos que hieren á la vez, al que descarga el golpe y á quien se le asesta. Esto no me lo habia dicho el de los anteojos... Vale mas envainarla. De buena me he librado; renuncio las ventajas del amenazante espadon: no quiero ser de los que ciegan por dejar á otro tuerto. ¡Y no comprendí el plan mal intencionado del escudero!... Bien dice, que esta noche no estoy

á mi altura; pero todos los hombres tienen momentos de ofuscacion y torpeza, y al mismo Hernando, y aun al de los anteojos le sucederá: hay dias en que parece que tiene uno la cabeza vacía.

Llegó Canuto á su casa y encontró á Felipe Augusto esperándole para salir.

—¿A dónde vas?—le preguntó el peluquero.

—A la calle,—contestó el doncel.

—Eso no es decir nada, señor Felipe Augusto,—replicó Canuto con gravedad.—Quiero saber á qué sitio vais y con qué fin. ¿Lo entendeis, señor atrevido?

—Lo entiendo, pero como es tarde y me esperan, dejo las esplicaciones para mañana.

—¿Qué estais diciendo? ¿Qué lenguaje es ese?

—Señor Canuto...

—Esta noche no se sale.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—¿Habeis olvidado lo que tenemos convenido?

—Se acabaron todos los convenios, porque ya son innecesarios. Mi prision dió al traste con todas las intrigas, y nada tenemos que hacer mas que vivir honrada y tranquilamente.

—Me gusta la honradez, pero aborrezco la tranquilidad.

—A pesar de eso me obedecereis.

—Me espera mi amigo Cornejo.

—Mañana lo verás.

—Señor Canuto,—replicó enérgicamente el mancebo,—perdonad si os digo que hasta aquí hemos llegado.

El peluquero agitó la nariz y miró con estrañeza al doncel.

—No comprendo,—dijo.

—Os lo esplicaré.

—Pero cuidado...

—Lo tengo.

—Sepamos...

—Habeis cerrado para siempre la tienda y pensais despediros de vuestros parroquianos.

—Lo segundo no es cosa decidida.

—El rey lo manda...

—Adelante.

—Desde hoy no os sirvo para nada como no sea para haceros gasto.

—¿Y qué?

—Que no quiero comerme lo que no puedo pagar. Ninguna obligacion teneis de mantenerme...

—¡Señor Felipe Augusto!

—Estoy decidido á buscarme la vida como pueda, aunque honradamente.

—¡Oh!...

—Pero separándome de vos...

—¡Negra ingratitud!—exclamó el peluquero, levantando los brazos como para demandar al cielo ayuda.

—¿Me llamais ingrato porque no quiero seros gravoso?

—¿Y lo que me cuestas, rapáz sin corazon?

—Eso no teniais esperanza de cobrarlo si no parecian mis padres y eran ricos.

—Pero separándote de mí, ni aun esa esperanza me queda.

—¡Oh, ingratitud sin igual!...

—No, no soy ingrato: decid que puedo serviros y ganar en vuestra casa lo que me como, y me quedaré; pero en cambio os suplicaré que no me mortifiqueis.

—¡Y todo es porque le prohibo salir á media noche en busca de aventuras!...

—Lo cual es una injusticia...

—¡Cuidado con lo que se dice!...

—Un abuso.

—Esto ya pasa de raya.

—¿Qué sacais de tenerme aquí encerrado?

—Felipe,—dijo el peluquero con mas dulzura porque le convenia transigir,—no conoces el mundo y te perderás.

—Pero conozco lo que me conviene.

—Sospecho, y ya sabes que rara vez me equivoco, que te trae trastornado algun amoroso devaneo.

—¿Y aun cuando fuese así, en qué consistiria el delito? ¿No estuvisteis vos tambien enamorado en vuestra juventud?

—¿Con que es cierto?

—No hago mas que suponer para contestaros.

—El amor no es delito, pero puede ser una perdicion segun las circunstancias de los amantes.

—Sobre ese punto podeis estar tranquilo, que si llego á enamorarme, no será de ninguna mujerzuela que cause mi desgracia, os lo aseguro. Ya sabeis que pico muy alto.

—Va á confesar,—dijo para sí Canuto.

Y luego añadió en voz alta:

—Es que tanto peca á veces lo mucho como lo poco, y si te enamoras de quien esté muy por encima de tí, encontrarás inconvenientes que sean tu mayor desgracia.

—Dejemos ese punto.

—No, que es interesante.

—Pues no estoy enamorado.

—La verdad...

—Ya la sabeis.

—No te creo.

—Haced lo que os plazca.

—Dí la verdad, que yo te prometo mis consejos y ayuda.

—Gracias.

—¿Los desprecias?

—No, pero son innecesarios por ahora.

—Eres testarudo...

—Menos que vos.

—¿Otra vez te desvergüenzas?

—Acabemos, señor Canuto.

—¿Quieres saber mi determinacion con respecto á la tuya?—dijo el peluquero.

—Sí.

—Tengo pensado conservar la parroquia y que la sirvas tú, de cuya manera ganarás mas de lo que puedas comerte.

—Entonces me quedaré, porque quiero serviros.

—Nunca he dudado de tu buen corazon...

—Pero tened presente que no renuncio á mis salidas nocturnas.

—Te perderás, Felipe Augusto.

—No importa.

—Oye mis consejos...

—No me convencereis.

—¡Oh!... Acabarás por hacer tu gusto...

—Que es el vuestro porque me amais.

—Pero solo por esta noche tienes licencia.

—Bien.

—¿Estás contento así?

—Contento estoy, porque supongo que alguna vez mas sereis condescendiente.

—Te equivocas; ya conoces mi carácter...

—Hasta mañana, señor Canuto,—dijo el mancebo.

Y salió, dirigiéndose apresuradamente á la calle del Sacramento, porque ya eran las once y media.

CAPITULO XXXII.

Canuto empieza á recibir pruebas de su privanza.

Al dia siguiente, cuando el rey se peinó al levantarse, mandó á su peluquero que volviese á las once en punto.

Escusamos decir que el peluquero obedeció con la exactitud que era consiguiente, pero lo que no saben nuestros lectores es que tuvo que aguardar mas de cinco minutos á que le hablase el monarca, á pesar de haberlo recibido en seguida, porque este estaba en estremo meditabundo y tan distraido, que parecia haberse olvidado de que no se encontraba solo.

—Dios te guarde, Canuto,—dijo al fin Felipe IV.

—Señor,—contestó el peluquero,—aguardo para cumplir las órdenes de vuestra majestad.

—Mas que darte órdenes,—repuso el monarca,—son encargos los que tengo que hacerte hoy, pero de tal naturaleza, que han de probar tu fidelidad y tu discrecion.

—Mucho me honra vuestra majestad.

—Vas á ser depositario de un secréto.

—Seré un sepulcro.

—Si sabes callarlo harás tu fortuna.

—Señor...

—Si eres indiscreto, prepárate á recibir el merecido de los traidores.

—¿Duda vuestra majestad?...

—No dudo, pero quiero que estés advertido.

—Bien alcanzo, señor, hasta qué punto es grave la responbilidad que voy á contraer.

—¿Crees,—repuso el monarca,—que es una felicidad ser rey?

—Señor,—dijo Canuto, agitando la nariz,—mucho debe pensarse la respuesta.

—Desde luego puedes decir que no, y vas á ver un ejemplo.

—¡Oh!...

—No temas que haga yo contigo lo que el tirano de Siracusa con Damocles.

—¡Damocles!... ¡Ah!... Ese Damocles...

—No colocaré sobre tu cabeza la espada que le hizo comprender la verdadera situacion de los reyes: con otra cosa mas sencilla te convencerás.

—Está visto,—dijo para sí el peluquero,—el tal Damocles fué hombre de mucha importancia. Preciso es averiguar su vida y la historia de esa espada. Pero de cualquier modo, no me gusta que tambien me hable de él su majestad. ¿Será una de esas indicaciones cortesanas para hacerme comprender que está al corriente de todo? Afortunadamente, á mí no se me escapa nada, y puedo decir que siento nacer la yerba.

—Es menester que sepas,—repuso Felipe IV,—que con toda mi autoridad y soberanía, no puedo salir á la calle siempre que quiero, porque los pasos de un rey se cuentan, y uno mas, ó uno menos es motivo de comentario.

—¡Señor!...

—Muchos se quejan de la tiranía de los reyes, y nadie ha pensado en su esclavitud.

—Es verdad.

—¿Qué se diria si me vieran ahora salir solo?

—Vuestra majestad es dueño absoluto de sus acciones.

—Nadie me estorbaria el paso, pero se murmuraria lo que no conviene. Y sin embargo, Canuto, necesito salir y he de hacerlo sin que se sepa, para evitar que se averigüe lo que importa que esté ignorado. Ya ves hasta dónde llega mi esclavitud, que ni aun para andar solo y que nadie se cuide de mis pasos tengo libertad. Este es el secreto que has de guardar.

—Hasta de la memoria lo borraré.

—Eso es lo que yo deseo. Ya tengo pensado lo que he de hacer, y vamos á ponerlo en práctica.

Canuto sacudió la nariz, porque empezaba á estar orgulloso.

—Allí,—repuso el monarca señalando á una pared,—hay una puerta secreta.

—Nadie lo diria,—contestó el peluquero, intentando en vano descubrir con la mirada señales de la puerta.

—Saldremos por ella y atravesaremos una habitacion y un pasillo donde á nadie encontraremos.

—Pero despues...

—Tendremos que pasar por donde todo el mundo nos vea.

—Primera dificultad.

—La venceremos tapándonos, ó mejor dicho, tapándome yo el rostro con el embozo de la capa, y por si alguno sospecha, tú me hablarás de cualquier cosa y en voz alta, llamándome don Juan y sin guardarme ningun respeto.

—¡Ingenioso plan!

—Lo mismo haremos en la calle, y entre tanto, nadie entrará aquí, porque habré dado las órdenes convenientes.

Nunca se habia visto tan satisfecho el amor propio de Canuto: su vanidad creció hasta el último grado. El rey lo escogia entre todos sus favoritos; iba á tener la honra de acompañar al rey y hablarle como un amigo cualquiera. Su alegría fué tal, que le turbó hasta el punto de no poder artícular una sílaba en algunos instantes.

—Señor,—dijo al fin,—tanto me honra vuestra majestad, que no sé cuando ni cómo podré pagarle.

—Pagado estoy si me eres fiel.

—En cuanto á eso...

—Ya supondrás que no es solo un secreto mi salida, sino el lugar á donde voy.

—¿Quién pudiera dudarlo, señor?

—Bien, pues prepárate á desempeñar tu papel de amigo de don Juan.

—Espero las órdenes de vuestra majestad,—dijo Canuto.

Y aprovechó la ocasion de que el rey se ocupaba en mandar que nadie entrase, para mirarse á un espejo y arreglar sus lazos y valona.

El buen Canuto estaba en su elemento: veia realizado su bello ideal, encontrándose en igual caso que pudiera estar un personaje de comedia.

—No debo dudarlo,—decia para sí,—mi fortuna es cosa hecha. Al fin me han conocido, ha comprendido el rey que soy hombre de talento no comun. No caeré de mi altura como anoche con el intrigante escudero: demostraré que valgo aun mas de lo que ya se cree, y si hoy me dá su majestad esta prueba de confianza, mañana me dará otra mayor. No sé cómo ese tunante de Hernando ha tenido valor para engañar al rey despues de los favores que habrá recibido en tantos años como lleva de servirle. Ahora sí que conozco el acierto y la bondad de los consejos que ayer me dió el hombre de los anteojos verdes. ¡Ah!... Me trastorna la alegría... Calma, Canuto del Rincon, calma, que todavía es posible que, como ayer me decia el que todo lo sabe, pronto coloque el rey sobre mi pecho una cruz de Calatrava.

El peluquero agitó con rapidez desusada su descomunal nariz.

—Vamos,—le dijo el rey.

Y tomó su capa y su sombrero.

Ambos desaparecieron por la puertecilla secreta.

Cuando se encontraron en las galerías por donde transitaban todos, se colocó Canuto á la derecha del monarca y dijo en voz que pudiesen oir cuantos pasaban por su lado:

—No os empeñeis, don Juan, en probar nuevamente fortuna: basta lo sucedido para que deis por perdida la apuesta, y de

ello estoy tan convencido, que á pesar de ser un pobre, me atrevo á poner cincuenta ducados sobre los veinte. Ya no sois el don Juan de otro tiempo, los años no pasan en valde, y las mujeres suelen enamorarse de la fé de bautismo. No es decir esto, mi buen amigo don Juan, que seais un viejo inútil, pero competir con un mancebo enamorado, correspondido, travieso y valiente, aunque pobre, es una locura. El rostro suele hacer mas que el bolsillo; el ingenio y la astucia mas que el nombre y los títulos de nobleza.

No parecia sino que Canuto se habia propuesto mortificar al monarca, diciéndole cuanto sucedia en los amores de doña Ana de Rivadeneira, ya se aludiese á Felipe Augusto, ya al estudiante Cornejo.

—Ya veis, mi amigo don Juan,—prosiguió el peluquero,—un mancebo que nada tiene que perder y puede ganar mucho, que es atrevido con todo el arrojo que le da la inesperiencia de sus pocos años y pobreza misma, que canta como un ruiseñor...

—Hablaremos de eso cuando estemos solos,—interrumpió el monarca, aprovechando la ocasion de que nadie pasaba entonces por su lado.

El peluquero quedó sorprendido y miró al rey; pero como este llevaba el rostro cubierto, no salió de su duda.

—¿Creerá,—dijo para sí,—que le he llamado viejo y feo?.. ¡Oh!... Parece que le ha disgustado la pintura del imaginario rival... ¿Habré cometido una torpeza cuando empezaba mi favor?... Estoy en áscuas... ¡Oh!... Ya no podré sosegar hasta que se esplique... Variaré de conversacion y que Dios me dé tino.

La fortuna protegió á Felipe IV; salió del alcázar sin que nadie sospechase quién era; lo que sí llamó la atencion de algunos fué el ver á un hombre tan embozado cuando el calor era sofocante aquel dia; pero esto nada importaba.

Canuto debia caminar de sorpresa en sorpresa y de susto en susto. Lo que menos sospechaba era que el rey fuese á casa de doña Margarita; de manera que quedó estupefacto al verlo entrar y subir la escalera.

—Tengo entendido, dijo el monarca antes de llamar, — que peinas á doña Margarita y su hija.

—Sí, señor.

—¿Has venido ya hoy?

—Desde ayer no tocan mis manos otra cabeza que la de vuestra majestad.

—No me acordaba...

—Pero puede haber venido mi sobrino...

—Pregúntalo, y si no, entra como siempre y dí á doña Margarita que estoy aquí.

—¿En la escalera?

—Sí.

—¡Señor!

—No te detengas.

—¿Y si ya la ha peinado mi sobrino?

— Entrarás tambien con cualquier pretesto.

—Bien, señor.

El monarca quedó oculto en el rincon del final del primer tramo de la escelera.

Canuto acabó de subir y llamó.

—¿Ha venido mi sobrino á peinar á vuestra señora? —preguntó al criado que le abrió la puerta.

—No, —le contestó este.

—Bien he hecho en no fiarme de él. No hay remedio, tengo que estar en todo... De manera, que si no me da la tentacion de venir...

—Y á la hora que es...

—Decid á la señora doña Margarita que aquí estoy esperando sus órdenes.

Pocos momentos despues entraba Canuto en el aposento de la antigua dama del rey.

—Tarde venís, —le dijo esta.

—Señora, confié en mi sobrino, —respondió el peluquero mirando á su al rededor y viendo con placer que doña Margarita estaba sola.

Y acercándose á ella, añadió en voz baja:

—En la escalera está esperando el rey...

—¿Qué decís?—preguntó la dama con una sorpresa sin igual.

—Que el rey...

—¡El rey!... ¡Ah!...

Y doña Margarita se estremeció convulsivamente y palideció.

—Silencio, señora... pueden oiros...

—¡Dios mio!... ¡Mi pobre hija!...

—Que está aguardando...

—¡Fuerzas, dadme fuerzas, Madre bendita de Dios!...

La desdichada se levantó, salió del aposento y fué á la escalera, no solo para evitar que nadie se enterase de lo que sucedia sino para hacer al rey los debidos honores.

El ruido que al abrirse hizo la puerta indicó al monarca que podia subir.

Cuando se encontraron frente á frente aquellas dos personas, unidas por lazos que ni el tiempo ni la ausencia habian podido borrar, no acertaron á decirse una palabra, y ambos palidecieron mas de lo que estaban, vacilaron y sintieron palpitar con violencia sus corazones.

—Por aquí,—pudo al fin decir doña Margarita.

—Perdonad, señora...

No encontraron mas palabras.

Y él tras ella, siempre recatando el rostro, llegaron á una habitacion aislada de las demás.

Mucho sufria la pobre madre, pero no era menor el tormento del monarca que temia verse obligado á descubrir á su hija el terrible secreto.

—Señor, tomad asiento,—dijo la dama, presentando un sillon al rey.

—Y vos á mi lado,—contestó Felipe.

Sentáronse y se miraron, pero ninguno habló.

Ambos estaban convulsos.

La escena que se preparaba debia ser desgarradora.

CAPITULO XXXIII.

Un aviso del cielo.

El monarca fué el primero que habló.

—Señora,—dijo con voz conmovida,—diez y ocho años hace...

—Perdonad,—interrumpió doña Margarita,—perdonad, señor, si os hago una súplica...

—Decid.

—Antes que esos recuerdos que traen á la memoria horas de una felicidad incomparable entre dias de cruel amargura, mi afan de madre anhela saber la intencion que os ha guiado al venir.

—Es muy justo, doña Margarita.

—¡Ah!—exclamó esta, dejando al fin escapar las lágrimas que hasta entonces habia contenido con sobrenaturales esfuerzos.—Mi desdichada hija sufre mucho, señor, sufre mucho, y ya hubiera sucumbido á impulsos de su dolor si no estuviera dotada de un corazon fuerte, de un alma elevada y digna de la sangre que circula por sus venas.

—¡Pobre hija mia!—murmuró el monarca.

—¡Y ni aun esperanzas hay de aliviar sus tormentos!...

—Tal vez de aumentarlos.

—¡Compadecéos de ella!...

—Decidme lo que puedo hacer para aliviar su suerte.

—Nada... ¡Oh!... nada...

—La situacion es muy grave, señora, y es preciso evitar á toda costa el mal espantoso y horrible que amenaza.

—Nuestra hija podrá morir cuando se le acaben las fuerzas para resistir sus dolores, pero entre tanto os respondo de que no sucederá lo que tanto tememos.

—Me respondeis de vuestra hija,—dijo el rey, moviendo tristemente la cabeza,—pero yo no puedo responderos de mi hijo, porque conozco el estado de su corazon y de su cabeza y sé que tarde ó temprano, aunque en la empresa pierda la vida, hará una locura.

—¡Dios mio!...

—Ya lo veis, señora; el peligro es inminente y no hay que vacilar para cortarlo...

—Eso es horrible...

—Y mas nuestra responsabilidad, señora.

—Pero aun tenemos medios de qué disponer...

—Uno solamente.

—¡Uno!—repitió la dama estremeciéndose.

—Nada mas.

—Y ese...

—Es separar del mundo á nuestra hija, encerrándola en un convento.

—No conseguireis vencer su resistencia, señor.

—Entonces...

—¡Oh!—interrumpió doña Margarita con espanto.—Eso no...

—¿Creeis que no sufriré tanto como vos si tengo que desgarrar el corazon de mi pobre hija?..... Señora, tenedme lástima...

—No, no,—replicó la dama con breve acento.—Descubrir á mi hija ese secreto horrible seria matarla...

—Señora...

—¡Imposible!...

—Dareis cuenta de ello á Dios...

—¿Qué temeis?

—¿Eso me preguntais?

—Ya os he dicho que os respondo de mi hija...

—Esa confianza es peligrosa...

—No hay celda donde pueda estar tan segura como á mi lado... ¡No la separeis de mí!...

—No es bastante el encierro ni una constante vigilancia, es preciso que mi hijo ignore dónde se encuentra la mujer á quien ama, porque solo así le será imposible llegar hasta ella.

—Señor...

—«Al pié del altar iré,» me ha dicho el enamorado mancebo; «al pié del altar iré cuando de sus lábios vayan á salir los votos que rechaza su corazon, y la llevaré en mis brazos ó allí derramaré la última gota de mi sangre.»

—¡Ah!—exclamó doña Margarita con ahogado acento.

—Ya veis, señora, que no puede perderse un dia, ni un minuto.

—Pero...

—Hay mas.

—Mas no es posible.

—Sospecho, no sin fundadas razones, que hay quien proteje á los pobres enamorados.

—¿Sabiendo que son hermanos?

—Sabiéndolo.

—La razon se resiste á creer tan repugnante crímen.

—Es verdad, pero hace algunos dias que suceden cosas tan estrañas, que he llegado á sospechar cuanto es imaginable. En todo esto, señora, hay algun misterio que no acertamos á descubrir; pero en lo que no cabe duda, es en que lo hay. ¿No sois de mi parecer?

—No veo mas misterio que el que nosotros mismos hacemos del nacimiento de vuestro hijo.

—¿Pues qué, no os llama la atencion esa resistencia tan obstinada y firme de Isabel?

—A quien conoce su carácter no debe sorprenderle.

—Es demasiado para una niña...

—Tiene una voluntad de hierro.

—No tanto que se atreviese á desafiar mi autoridad y mi poder, sino estuviese alentada por alguien.

—¿Cómo si á nadie vé y la tengo espiada de manera que no dá un paso, no hace un movimiento sin que llegue á mi noticia?

—Pues os engañan.

—No,—replicó doña Margarita con firmeza;—pero sino estais tranquilo, desde hoy, de nadie me fiaré, yo misma vigilaré á mi hija, no me separaré de su lado ni aun mientras duerma, porque velaré su sueño .. ¡Ah!... Pero evitadle el dolor espantoso de que sepa que es su hermano el hombre á quien ama...

—No lo sabrá sino en el último apuro.

—¡Oh!...

—Ahora estais satisfecha, tranquila, y sin embargo, sospecho que os engañan...

—Si no teneis mas fundamento...

—Ninguno si bien se examina; pero soy de los que creen que es imposible guardar á una mujer...

—Os equivocais: á una mujer se la guarda tan fácilmente, que yo me atrevo...

—Puede costar muy cara la prueba, y despues de hecho el mal...

—Siquiera algunos dias...

—Y entre tanto...

—Os respondo, señor, os respondo de mi hija.

Al acabar de decir doña Margarita estas palabras, se abrió la puerta y se presentó un criado que, como los demás, ignoraba que su señora tuviese visita, y la buscó hasta encontrarla allí, quedando sorprendido y deteniendose sin decir mas que,

—Señora...

El rey volvió el rostro á otro lado, y doña Margarita exclamó:

—¡Ah!... ¡Idos!...

Y lanzó una terrible mirada de enojo sobre el sirviente.

—Con mucha urgencia,—balbuceó este, turbado y confuso á mas no poder,—tomad... Perdonadme... no sabia...

Y dejó caer al suelo una carta que llevaba en la mano, desapareciendo en seguida.

—Señor,—dijo la dama,—las mismas precauciones que he tomado para que no os viesen, han dado motivo á esta imprudencia...

—Creo que no me ha conocido...

—No.

—Ved lo que os dicen en esa carta urgente...

—Despues.

—Puede interesaros...

—Nada me interesa como mi hija.

—Sin embargo, leed, teneis mi licencia.

El monarca, cuya galantería con las mujeres no tuvo en su tiempo igual, hizo ademan de levantarse para recoger la carta; pero se le adelantó presurosamente doña Margarita, y tomándola rompió el sello mientras decia:

—Gracias, señor.

El papel contenia poco escrito, pero en lo poco se decian tales cosas, que la dama palideció, vaciló como si fuese á caer al suelo y murmuró con voz ahogada:

—¡Dios mio! ¡Ah!... ¡Mi hija!...

Y la carta se escapó de sus manos mientras que ella se dejaba caer en un sillon, agitada y convulsa.

La frente del monarca se contrajo al oir nombrar á su hija, y por lo que pudiera importarle, dejando todo miramiento, tomó el papel y leyó lo siguiente:

«Señora, vuestra hija ha recibido cartas del hijo del rey, y las ha contestado. Conozco el secreto y mi conciencia me manda advertiros, porque si hoy van papeles mañana podrá ir el amante.»

Ni habia firma ni decia otra cosa que pudiera dar idea del concienzudo y escrupuloso avisador.

El monarca palideció como un cadáver y su frente se inundó de sudor frio.

—¡Oh!—exclamó con voz comprimida.

Y fijando en la dama una mirada penetrante, añadió con acento de amarga ironía:

—¿Me respondeis de vuestra hija?

Doña Margarita no acertó á contestar.

—Señora, lo mismo á vos que á mí, nos engañan.

—Eso,—dijo al fin la dolorida madre,—puede ser una impostura.

—Es verdad, pero ¿qué aconseja la prudencia?

—Primero, averiguar...

—Empecemos... Llamad á vuestro criado y preguntadle quién ha sido el portador de esa carta que parece llovida del cielo, no solo porque ha venido sin esperarla ni saber cómo, sino porque su contenido evitará una desgracia.

Doña Margarita obedeció mientras que el rey se volvia de espaldas á la puerta.

—¿Quién ha traido esta carta?—preguntó la dama al sirviente.

—Un hombre grueso, coloradote, de aspecto grosero...

—¿Qué ha dicho?

—Preguntó si viviais aquí y me entregó el papel, recomendándome la urgencia en entregárosle por tratar de un asunto de mucho interés. No quiso esperar contestacion ni decirme de parte de quién venia; y yo, como ignoraba que estuvieseis ocupada, os busqué hasta encontraros aquí...

—¿Por qué no detuvísteis á ese hombre?

— Por lo mismo que no detengo á ninguno de los que vienen á traer cartas ó recados...

—Si alguien mas viniese á buscarme, que espere y avisadme en seguida: aquí estaré. Entre tanto, que nadie salga de casa sin órden mia, ¿lo entendeis? nadie...

—Bien, señora...

—Idos.

El sirviente volvió á salir.

—Ya lo veis, señora,—dijo el monarca.

—Nada hemos averiguado....

—¿No convendreis en que ese aviso tiene alguna significacion? La persona que lo envia debe estar al corriente de todo, como lo prueba con decir que Felipe es mi hijo, y por consiguiente, ese consejo no debe despreciarse. No me equivoqué, señora; la firmeza de nuestra desgraciada hija no podia sostenerse sin que la alentasen con esperanzas y promesas... ¡Oh!... Si hoy vienen papeles, mañana podrá venir el amante... ¡Esto es una verdad espantosa, horrible!... ¡Quiera Dios que el aviso no haya llegado tarde!—añadió el monarca con acento sombrío.

—¡Ah!... ¡Vuestras palabras me estremecen!...

—Preciso es averiguar la verdad... Yo lo sabré...

—¡Dios mio!—exclamó la dama con acento doloroso.

—Necesito hablar con Isabel.

—Acordaos de que es muy desgraciada...

—Señora, soy su padre, y si al fin tengo que herir su corazon en la mas delicada fibra, será para cumplir el mas duro de los deberes.

—¡Pobre hija mia!...

—No le descubriré el horrible secreto sino despues de apurar todos los medios.

—Tan rudo golpe acabará con su existencia...

—Ya veis que solo ignorando mi hijo dónde está su hermana, puede evitarse el mal.

Los sollozos no dejaron hablar á doña Margarita.

El monarca, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, contraida la frente, sombría la mirada y agitado el pecho, se paseaba á lo largo de la habitacion con pasos desiguales mientras murmuraba:

—¡Oh!... El cielo ha enviado ese aviso porque empezaba á faltarme el valor. ¿Y quién es el que tanto sabe y tanto se inte-

resa por mi hija? No sospecho mas que del hombre de los anteojos verdes que, segun Hernando, conoce el secreto. ¿Y quién es ese hombre, quién es? Lo dejaron escapar, apoderándose en su lugar del nécio de Canuto... Sin embargo, no estoy convencido de que mi peluquero desconozca esta intriga, así como creo que con mucha intencion me ha hablado embozadamente de doña Ana y el estudiante Cornejo... Veremos... Ahora mi hija... ¡Oh!... Necesito todas mis fuerzas y... quizás son pocas... ¡Al fin soy padre!... ¡Pobre hija mia!...

Dos ó tres veces se volvió el monarca hácia doña Margarita para decirle que avisase á Isabel, pero se detuvo como si le faltase valor.

—Es un deber que he de cumplir, —dijo.—¡Que Dios me preste su ayuda!

Y dirigiéndose á doña Margarita, añadió:

—Señora, haced el último esfuerzo con vuestra hija, decidle que estoy aquí, y si aun se obstinase en resistir mi mandato, avisadme y entraré en su aposento.

—¡Por última vez, señor!...

—¿Me respondeis de la seguridad de nuestra hija?

—¡Oh!—exclamó la dama levantando al cielo los ojos, cuya mirada, mas que de súplica era de desesperacion.

—¡Sois madre!...

—No tengo valor...

—Yo tambien soy padre...

—¡Fatal estrella!...

—Dios nos mira...

—Decid mejor que Dios castiga nuestros pecados con nuestras mismas flaquezas,—replicó la dama con grave y severo acento.

Y secó sus ojos, exhaló un suspiro y se levantó con una energía que no podia ser sino febril.

Luego salió del aposento.

El rey se sentó entregándose á sus meditaciones.

Su frente se oscurecia por instantes, y las palpitaciones de su corazon eran cada vez mas desiguales y violentas.

CAPITULO XXXIV.

¡Mi hermano!

Nuestros lectores, que conocen ya la firmeza de carácter de Isabel, habrán adivinado que no cederia á los últimos ruegos de su madre ni á la amenaza de que el rey estaba allí resuelto á hacerse obedecer.

Así sucedió: la enamorada jóven se negó de la manera mas enérgica y terminante á ir al convento, y el monarca se decidió á dar el último paso, sin esperanza de conseguir mas que doña Margarita si no descubria el terrible secreto.

Triste, pero no abatida; grave, pero no altanera, aguardó Isabel á su padre en un salon amueblado con riqueza y gusto.

Felipe IV no se hizo esperar y se presentó grave tambien, como cumplia á su doble carácter de padre y rey y á la situacion en que se encontraba.

Era la primera vez que el padre y la hija se encontraban frente á frente y se hablaban, sabiendo los lazos que los unian y lo que el uno del otro debian esperar.

El monarca palideció ligeramente y sintió palpitar su corazon

con violencia estremada, pero hizo un esfuerzo y logró sostener su aparente serenidad.

Isabel se puso roja como el carmin, estremecióse, se sintió por algunos instantes sin aliento, pero recobrada, se adelantó hácia su padre, y al ir á postrarse de hinojos con muestras de respeto, pero no de confusion, dijo con voz conmovida:

—Señor...

—A mis brazos,—interrumpió el monarca.

—¡Padre mio!—exclamó entonces la jóven.

—¡Hija mia!—dijo al mismo tiempo Felipe IV.

Y estrechó contra su palpitante pecho á la desdichada niña.

No pronunciaron una palabra mas en algunos momentos.

Una gruesa lágrima del rey cayó en la negra cabellera de Isabel.

Muchas lágrimas de esta mojaron el terciopelo negro del vestido del monarca.

—¡Padre mio, padre mio!—volvió á decir la jóven mientras enjugaba su llanto.

—¡Hija mia!... Sí... soy tu padre, te amo mucho y sentiré el mas agudo dolor si tengo que negarte el dulce título de hija, privándome del no menos dulce de padre.

—¡Ah!...

—Siéntate y escúchame con sosiego.

—Padre y señor...

—Escúchame... Aquí,—replicó Felipe IV mientras se sentaba en un sillon y señalaba otro á su hija.—Tengo que hablarte y aconsejarte...

—Vais á disponer de mi felicidad, de mi vida...

—He venido á evitar que caigas en el abismo espantoso que se abre á tus piés y en cuyo borde resbaladizo apenas puedes sostenerte.

—Tal vez, señor,—dijo Isabel con admirable calma,—pero no me han dado á conocer ese abismo, y como no he podido verlo, no me espanta su insondable y tenebrosa profundidad.

—¿Crees,—repuso el monarca, desentendiéndose de lo que

decia la jóven,—crees que hay un padre que no desee la felicidad de sus hijos y por ella esté dispuesto á sacrificarlo todo?

—No creo semejante cosa, pero sí que los padres, como criaturas que son, pueden equivocarse, mucho mas cuando no hay dos que entiendan igualmente la felicidad.

Felipe IV miró á su hija y meditó algunos instantes, porque se convenció de que no podia discutirse con descuido con aquella niña de juicio tan precoz y recto.

—Si yo,—repuso,—creyera que tu dicha estaba únicamente en ser monja, con razon podrias echarme en cara el egoismo ó vanidad de tener mi opinion por infalible; pero no es así, porque no me opongo á que unas tu suerte á la de cualquier hombre á quien ames y te parezca digno de tí; te dejo libre la eleccion entre el mundo y el claustro, y entre todos los hombres nobles y plebeyos, pobres y ricos, no mas que uno señalo, prohibiéndote que pienses en el.

Pero es para mí mas que todos.

—Es verdad,—dijo Felipe IV con una intencion que no pudo comprender la jóven.

—¿Por qué me prohibís amar á Felipe?

—No puedes saberlo.

—¿Quereis que me convenza esa razon?

—Sí.

—Imposible, padre mio.

—¡Imposible!

—Se duda de lo que no se vé ni se comprende...

—¿Y la fé?

—La tengo en Dios.

—¿Y en mí?

—Perdonad que os diga...

—¡Isabel!

—Señor y padre mio, para el que ha creado el universo con ese sol y esas estrellas que giran en el espacio suspendidas de la nada, no puede haber imposibles, y por eso creo con la fé en todos los misterios que acierta á esplicarse mi razon.

—¡Oh!—murmuró el monarca.

—Empero ser yo feliz, porque lo soy, amando á Felipe, y creer que esa no es felicidad cuando la siento en mi alma, es imposible.

—El imposible es tu union con Felipe...

—No los hay para quien ama como nosotros.

—Y lo has probado, burlando la vigilancia de tu madre y recibiendo cartas de tu amante.

—¡Oh!—exclamó Isabel palideciendo.—No me equivoqué... ¡Nos ha vendido el traidor!..

—¡Es verdad!....

—Señor...

—Basta, Isabel,—replicó el rey con alguna severidad:—basta de esplicaciones...

—Si os he ofendido...

—Sí...

—Perdonadme...

—Alcanza el perdon con arrepentimiento...

—¿He de olvidar á Felipe?

—Sí.

—Entonces...

—¡Doña Isabel!...

—¡Es imposible!

—¡Doña Isabel!—volvió á decir severamente el monarca.

Y su frente se contrajo y clavó en su hija una mirada penetrante.

—Señor,—replicó Isabel con acento firme,—no quiero prometer lo que no he de cumplir. Amo á Felipe con todo mi corazon, lo amo tanto que no comprendo la vida sin mi amor, y mandarme que lo olvide es pronunciar mi sentencia de muerte.

—¡Oh!...

—¡Compadecedme!...

—Habeis desobedecido á vuestra madre...

—La desobedece mi corazon á despecho de mi voluntad.

—Me habeis desobedecido y ya sabeis...

—Que sois mi padre...

—Soy vuestro rey,—replicó Felipe IV con acento breve y duro.

Las megillas de Isabel se pusieron rojas como el carmin, y luego palidecieron. Una sombría nube pareció cubrir su hermosa frente, brillaron sus pupilas como encendidas por un estraño fuego, se agitaron convulsivamente sus lábios, ya secos y contraidos, y poniéndose de pié, dijo con voz reconcentrada:

—Sé que vuestra majestad es mi rey, mi voluntad lo acata, pero...

—¿Qué haces, desdichada criatura?—interrumpió el monarca que miró á la jóven con temor.

—Señor... mi corazon no reconoce vasallaje.

—¡Oh!—exclamó Felipe IV, apretando los puños con tal fuerza y convulsiva agitacion que desgarró el finísimo encaje que rodeaba sus muñecas.

—Perdone vuestra majestad...

—¡Olvidad á Felipe!...

—No... ¡Ah!... ¡No!—replicó Isabel en tanto que se oprimia el pecho como si quisiera evitar que saltára hecho pedazos su agitado corazon.

—¡Yo os lo mando!...

—¡No!

—¡Desdichada!...

—Mucho...

—¡Encendeis mi enojo!

—No lo temo...

—¡Basta!—gritó el rey, poniéndose de pié con toda la majestad y orgullo de quien era.

Y clavó en su hija una terrible mirada.

—Señor...

—Mañana... hoy mismo ireis á un convento...

—Me llevarán á la fuerza y mientras me resisto con todas las mias y grito, pidiendo socorro, á menos que me pongan una mordaza...

—¡Infeliz!... ¡Vuestra razon se ha trastornado!...

—Mi razon está aquí,—replicó Isabel, poniendo una mano sobre el corazon.

—Pues bien, ireis á la fuerza...

—Iré si los verdugos de vuestra majestad se atreven á poner sus manos sobre mí...

—Las pondrán.

—Pero no seré monja...

—Sí.

—No, señor, no porque vuestra autoridad es poca para arrancar á mis lábios palabras que no quieran pronunciar: puede cerrarlos la fuerza, pero hacerles hablar, ¡oh!... para eso no tienen poder los hombres.

—¡Dios mio!—exclamó el monarca levantando al cielo los ojos.—Ya los veis, tengo que desgarrar su corazon...

—¡Fuerzas, Dios santo!—exclamó á su vez la jóven.

Y ambos se contemplaron algunos instantes como dos combatientes que se preparan á una lucha obstinada y sangrienta.

Felipe IV no tenia ya duda de que todo seria en vano para hacerse obedecer, y que ni ruegos ni amenazas bastarian. En lo poco que habia hablado á su hija la habia conocido, y tuvo que decidirse á revelarle el triste secreto, como el medio único de evitar la horrible desgracia que amenazaba. Tarde ó temprano lograria ver á su amante, y entonces, mas viva su pasion, porque estaba mas comprimida, Isabel se olvidaria de todo. Por eso el monarca, una vez convencido de la firmeza de su hija, no vaciló en decidirse, aunque tuviera que violentarse y previese otros males en cambio del que queria evitar.

—Lo que has de pedir á Dios,—dijo al fin el rey,—no son fuerzas, sino que siempre esté para tí oculto el secreto del abismo que te separa de Felipe.

Estas palabras, en vez de satisfacer ni convencer á la jóven, avivaron mas su curiosidad.

—Le pido fuerzas,—replicó,—para luchar.

—¡Isabel!...

—Todo es en vano...

—¡Que caminas á tu perdicion!

—¡Mi perdicion!... ¿Qué mayor desgracia puede sobrevenirme que estar separada del hombre á quien tanto amo?.... ¡Ah!...

—¡Hija mia!...

—¡Padre mio!

—Escucha mis ruegos...

—Los rechaza mi corazon.

—¡Isabel, Isabel!...

—Señor...

—Tú la quieres...

—Sí,—dijo respetuosamente la jóven,

El tapiz que cubria una de las puertas del salon se agitó.

Doña Margarita estaba detrás escuchando desde que entró el monarca, y las últimas palabras de este la hicieron temblar.

¿Cuánto no debia sufrir la pobre madre?

¿Cómo pudo guardar silencio y permaneció oculta sin tomar parte en aquella triste y dolorosa escena?

Lo que le habia costado contenerse lo sabremos con mirar su pañuelo guarnecido de encage, hecho girones, y sus manos ensangrentadas por sus uñas al apretar los puños convulsivamente.

Hubo algunos momentos de silencio espantable para doña Margarita, atormentador para el monarca y de angustioso y mortal afan para Isabel.

Felipe IV tenia miedo de pronunciar las palabras terribles de hijo y hermano, y para disimular el temblor que agitaba sus miembros, se limpió el sudor frio y copioso que bañaba su frente y luego dió algunos pasos hácia su hija.

Esta permanecia inmóvil y silenciosa. Una palidez mate cubria su rostro casi desfigurado en aquellos momentos. Su frente estaba contraida, lo mismo que sus lábios que temblaban ligeramente. Veíase su pecho agitado levantarse á impulsos de una respiracion desigual y trabajosa, sin que lo desahogase algun otro suspiro leve, pero profundo, que dejaba escapar la infeliz.

—Isabel,—dijo al fin el monarca,—si porque no has crecido á mi lado no tienes fé en mi cariño, te parecen sospechosos mis consejos, oye la voz de tu madre que tanto te ama...

—Mi pobre madre,—interrumpió la jóven,—es el instrumento inocente de vuestro capricho.

—¡Oh!—murmuró el rey, cuyas megillas enrojecieron por un instante.

Y apretó los puños con rábia dolorosa.

—Sí,—repuso Isabel con breve acento.—Vos me sacrificareis, pero antes habreis de oir de mis lábios verdades que no podreis olvidar...

—¡Infeliz!...

—Seré víctima de una tiranía cruel, pero no mártir, y por eso lucharé hasta perder la vida; por eso dije á mi madre que viniéseis á probar mi firmeza, á convenceros de que puedo morir, pero no ceder.

—Estás ofendiendo á Dios...

—Estoy sosteniendo mis derechos, los derechos de mi corazon que, os lo repito, no reconoce vasallaje, porque Dios lo crió libre para sentir, sensible para amar...

—¡Basta!...

—No basta, señor: sois mi juez, me acusais y tengo el derecho de defenderme antes de que pronuncieis la sentencia que ha de decidir de mi felicidad.

—¿Es posible tanta audacia en tan pocos años?

—Sí, porque soy nieta de reyes y de rey tengo la sangre y el corazon.

—¡Dios mio!

—Muerta me vereis, pero no abatida...

—¡Oh!... Es preciso, es preciso... Tu locura me obliga á rasgar el velo del secreto horrible...

—Rompedlo, sí...

—No sabes lo que me pides...

—Tengo valor para todo...

—¡Isabel!

—Acabad, señor... ¿Por qué no he de amar á Felipe, por qué?

—No intentes averiguarlo.

—Decidlo... ¿Os falta el valor, á vos que sois hombre, caballero y rey, cuando me sobra á mí, pobre mujer, niña débil y desamparada?... Mostraos como quien sois, grande y fuerte... ¡Aprended de mí!

—¡Desdichada!...

—¿Por qué, señor, por qué no he de amar á Felipe?

—El imposible está entre vosotros...

—¡El imposible!—repitió Isabel sonriendo con dolorosa amargura.

—Por eso no puedes amarlo...

—¡Pues lo amaré aunque, no el imposible, sino el infierno nos separe!...

—¡Oh!...

—Oponéos, haced uso de vuestra autoridad, de vuestro poder...

—¡Me basta una palabra!...

—Dejadla salir de vuestros lábios, y si me veis temblar, despreciadme.

—Caerás á mis piés anonadada y te horrorizará la sola idea de haber amado á Felipe...

—Acabad...

—Porque...

—¡Ah!... ¿Teneis miedo?

—¡Isabel, hija mia!...

—Señor...

—En nombre de Dios, de tu madre...

—No me martiriceis...

—En nombre de...

—¡Acabad, acabad, lo quiero!

—Te arrepentirás...

—No...

—Pues bien, no puedes amar á Felipe, porque...

—¡Oh!...

—Porque...

—¿Por qué?

—¡Es tu hermano!

Un grito agudo, penetrante, destemplado; grito de espanto, de horror, de desesperacion; uno de esos gritos que parecen arrancar el corazon, llevar tras sí la vida con el último aliento, se escapó del pecho de Isabel, y fué contestado por otro no menos agudo y desgarrador.

Doña Margarita entró.

—¡Mi hermano!—exclamó la desdichada niña con acento sombrío.

Y fijó en el rey una mirada de espanto y horror mientras que sus pupilas, en estremo dilatadas, relucian como si fuesen á brotar fuego, y sus manos se crispaban y se desfiguraban.

—Sí, tu hermano,—repitió el monarca con ronca voz.

—¡Hija mia!—exclamó doña Margarita al acercarse á la jóven para estrecharla en sus brazos.

Pero Isabel rechazó á su madre, miró á su al rededor como si temiese la aparicion de un fantasma, se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho, intentando exhalar un suspiro; pero no pudo y lanzó una carcajada nerviosa, estridente, pavorosa, prolongada y espantable que horrorizó al monarca y á doña Margarita.

—¡Hija mia!—exclamaron estos á la vez.

Y se acercaron á la desgraciada jóven.

—¡Pronto!—añadió el monarca.—¡Un médico!... No puede perderse un instante... ¡Oh!... ¡Loca!... ¡Loca mi pobre hija!...

—¿Qué habeis hecho?—gritó la madre en el colmo de su dolor desesperante.

—¡La fatalidad, la fatalidad!... ¡Oh!...

—¡Hija mia!...

—¡Isabel, Isabel!...

Una segunda carcajada estremeció el pecho de la jóven.

LÁMINA 8.ª — ¡Mi hermano!

—¡Socorro!...

—¡Hija mia, hija de mis entrañas!—volvió á decir doña Margarita.

Y luego gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Juan, Lucía, Pedro!...

Un criado se presentó á la puerta.

CAPITULO XXXV.

Un médico llovido del cielo.

El sirviente que apareció á la puerta del salon, sin esperar á que doña Margarita le hablase, dijo:

—Señora, acaba de llegar el médico que habeis mandado venir.

—¡El médico que he mandado venir!—repitió la dama sorprendida.

—¡Oh!... Como la carta,—murmuró el rey.

—Así lo dice,—repuso el criado.

—No he dado semejante órden... pero que entre, que entre pronto... ¡Ah!... ¡El cielo lo envia!—exclamó la dama.

Y acudió nuevamente á su hija.

Esta seguia en el mismo lastimoso estado.

Parecia que sus ojos iban á salir de sus órbitas.

Sus facciones estaban cada vez mas descompuestas, y sus miembros mas contraidos.

—¡Mi hermano!—repetia con acento lúgubre y ronco.—¡Mi hermano!... ¡Qué horror!... ¡Ah!... ¡Me engañan!... ¡Felipe conoce la intriga!... Yo... ¡Ah!... Yo...

Y se interrumpia, rechazando al rey y á su madre y lanzando nuevas carcajadas.

—Agua caliente, una venda, trapos, y en seguida preparad una botella que cierre bien, y dadme papel y tintero,—se oyó entonces decir á un hombre que levantaba el tapiz de la puerta y parecia dar órdenes al criado que estaba en la antesala.

Y luego entró el doctor Cañete enteramente trasformado, pues su vestido de lana grís habia sido sustituido por otro de terciopelo negro, y no llevaba los anteojos verdes.

Quizás, á estar allí Canuto, no hubiese conocido al médico; tal era la variacion que en este se advertia. Sin el disfraz de los anteojos verdes se veian brillar sus ojos espresivos, de pupila ardiente y mirada penetrante, y su inalterable rostro tenia toda la severidad de que estaba dotado su carácter. Su cabeza, despojada de la atroz y desaliñada peluca con que la cubria de ordinario, se levantaba con un si es no es de orgullo, de convencimiento propio de superioridad, y su continente no era el de un hidalgo pobre y humilde, sino el de un caballero principal, no altanero ni arrogante, pero sí acostumbrado á ocupar en todas partes un lugar distinguido y merecido.

Ver al rey fué para el doctor lo mismo que ver á doña Margarita, pues no hizo ninguna demostracion de particular respeto, no porque quisiese fingir que no habia conocido al monarca, sino porque allí se consideraba él la persona principal, el rey á quien todos tenian que obedecer si mandaba, y escuchar si hablaba.

—Dejadla y no la hableis,—dijo mientras fijaba su mirada penetrante en el rostro de Isabel, y tomándole las manos la hacia sentarse en un sillon.

La jóven volvió hácia el médico sus espantados ojos, lo contempló algunos segundos y luego dijo con sorda voz y breve acento:

—¿Quién sois? ¿Qué quereis?

Cañete no contestó.

—¡Salvad á mi hija!... ¡Oh!... ¡Salvadla!—exclamó doña Margarita.

—Veremos,—dijo el doctor.

Y pulsó á Isabel.

—Bien,—añadió.—Tengo alguna esperanza.

—¿Pero qué puede temerse?—preguntó Felipe IV con angustioso afan.

—Algo peor que la muerte... el completo trastorno mental...

—¡Loca!—murmuró el rey con voz ahogada.

—¡Dios mio!—exclamó doña Margarita, apoyándose en el respaldo de un sillon porque le faltaron las fuerzas para sostenerse de pié.

—Calmáos, señora; ya os he dicho que tengo alguna esperanza de dominar el acceso...

—¡Alguna!—repitió tristemente la dama.

—El agua caliente... aquí está,—dijo el doctor, viendo al criado que acababa de entrar.—Bien, hemos acudido á tiempo. El papel y la pluma...

Y poniendo en tierra una rodilla, escribió, colocando el papel sobre la otra.

—Tomad... y corred,—repuso, entregando al sirviente la receta que acababa de poner.

Entre tanto Isabel miraba á todos lados con estrañeza y recelo como si desconociese la habitacion y las personas, se oprimia el pecho, esforzábase por suspirar, pero no podia y se aumentaba el temblor de sus miembros y se contraia mas y mas su frente.

El monarca y doña Margarita tenian su mirada afanosa fija en la desdichada jóven, y con el cuerpo inclinado hácia adelante y suspendido el aliento como si temiesen distraer al doctor, esperaban el fallo de este con una ansiedad que solo ellos podian comprender.

La situacion no podia ser mas violenta para todos, incluso el doctor, cuya tranquilidad era aparente, pues temia haber llevado las cosas demasiado lejos y haber llegado tarde para remediar el mal. Sin embargo, como era hombre de espíritu muy fuerte, como nunca perdió la serenidad, preparó la sangría sin que tem-

blasen sus manos ni se alterarse su rostro, y pocos segundos despues sacó la lanceta y corrió la sangre de la infeliz jóven que, al sentir la picadura del acero, exhaló un grito y quiso levantarse para huir. Pero Cañete la contuvo con sus fuerzas nada comunes, y dijo:

—No es nada.

El rostro de Isabel empezó á palidecer.

Felipe IV y doña Margarita permanecieron inmóviles y silenciosos.

Cañete colocó un brazo y su capa de manera que no pudiese la jóven ver la sangre.

El silencio era profundo.

El cuadro, imponente y conmovedor.

Solo el rostro del médico no se habia alterado, pero su corazon palpitaba con violencia.

La respiracion de Isabel se hizo mas penosa, y sus ojos brillaron y se revolvieron en sus órbitas con rapidez.

La frente del doctor se cantrajo ligeramente porque le desagradó aquel síntoma.

Siguió corriendo la sangre y reinando el mismo silencio.

Palideció mas el rostro de la jóven, su boca se abrió como si le faltase aire que respirar, oprimióse el pecho con la mano que tenia libre, pero no pudo exhalar un suspiro.

Sus ojos tomaron repentinamente una espresion de tristeza profunda.

Cañete, que observaba con todo el interés de su situacion crítica y de su amor á la ciencia, respiró como si le hubiesen aliviado de un gran peso y miró á la puerta del salon.

Algunos segundos despues apareció el sirviente con el medicamento que habia ido á buscar, una copa y una cuchara.

—Una cucharada de eso,—dijo el doctor.

Doña Margarita obedeció.

Isabel no opuso resistencia á tragar el líquido.

Volvió á oprimirse el pecho con mas fuerza que nunca, logró por fin exhalar un suspiro y exclamó:

—¡Ah!...

Y sus pálidas megillas se inundaron de lágrimas.

Los ojos de Cañete brillaron como dos luciérnagas.

—¡Triunfé!—exclamó.

—¡Gracias, Dios mio!...

—¡El cielo os ha enviado!...

—Moderad vuestra alegría,—interrumpió el doctor.—No ha perdido el juicio, pero aun puede perder la vida...

—¡Sadvadla, y...

—Dios la salvará.

Isabel dejó caer la cabeza sobre un hombro con la languidez de quien ha perdido las fuerzas, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Su rostro pareció el de un cadáver.

—¡Ah!—exclamó doña Margarita con espanto y levantando cariñosamente la cabeza de su hija.

—¿Qué es eso?—preguntó el rey.

—Nada,—respondió el médico mientras restañaba la sangre.—Un desmayo consiguiente á la debilidad producida por la sangría... Dejadla, yo animaré fácilmente ese rostro; pero antes la acostaremos... Entre vuestra majestad y yo la llevaremos á su lecho con mas cuidado que sus doncellas.

—Sí, sí...

—Vamos... por aquí... ahora debe pesar bastante... Bien... Vamos.

Cañete no se habia equivocado: era allí el verdadero rey; mandaba y se le obedecia.

Felipe IV levantó de un lado el sillon en que estaba sentada la jóven mientras que hacia lo mismo el doctor por el opuesto, y así la trasladaron á su dormitorio.

—Que la desnuden y la acuesten,—dijo el médico á doña Margarita.—Esperaré fuera.

El monarca, que hasta entonces no habia empezado á sosegarse y desaturdirse, dejando á un lado la cuestion de su grandeza y dignidad, y considerando que allí no debia ser mas que padre, pensó que era oportuno aprovechar aquellos momentos para

pedir á Cañete esplicaciones sobre su aparicion, y salió tras él con la esperanza de aclarar el enigma.

Ambos solos en un gabinete donde nadie debia interrumpirlos, se sentó el rey, y el médico permaneció de pié y en actitud mas respetuosa que antes.

—Doctor,—dijo Felipe IV despues de algunos momentos de reflexion.

—Señor...

—¿Por qué habeis venido?

—Porque me han llamado.

—¡Que os han llamado!

—Sí, señor, y así puede suponerlo vuestra majestad.

—Os equivocais,—replicó el monarca.

—¡Que me equivoco!—dijo con aparente sorpresa Cañete.

—Nadie os ha dicho que viniéseis.

—Si no he de enojaros, señor, diré que vuestra majestad es el equivocado, porque me mandaron venir.

—¿Quién?

—Un hombre.

—Esplicaos mas.

—Señor, casualmente pasaba yo por la calle, cuando al llegar junto á San Ginés, ví que un hombre que salia presurosamente de esta casa, se me acercó, y llamándome por mi nombre, lo cual no estrañé, porque soy bastante conocido en Madrid, me rogó encarecidamente que subiera á prestar mis auxilios á un enfermo.

—¿Y ese hombre?...

—No iba vestido como un criado, y supúse que era un amigo de la familia que aquí vivia, y que en los momentos de apuro se habia ofrecido á buscar un médico. Bendijo la fortuna que habia tenido de encontrarme, y en pocas palabras me indicó quién era el paciente y el mal que le aquejaba.

—¡Rara casualidad!

—Muy rara, pero no era la rareza un inconveniente para que yo cumpliera mi deber.

—¿Conoceríais á ese hombre si lo viéseis otra vez?

—Al momento: lleva en el rostro una contraseña...

—¿Cuál?—preguntó vivamente el monarca.

—Unos anteojos verdes...

—¡Oh!... ¡El hombre de los anteojos!...

—Es de mi estatura y mis carnes...

—¿Con trazas de hidalgo?

—El mismo.

—¡Suya seria tambien la carta!

—Lo demas...

—¿Y vos quién sois?

—El doctor Cañete.

—¡Cañete!...

—Hace mas de veinticuatro años que ejerzo en Madrid mi profesion de médico...

—No me es desconocido vuestro nombre...

—He tenido bastante fortuna.

—Cañete... Cañete... No puedo recordar cuándo ni con qué motivo he oido vuestro nombre; pero es lo cierto que lo he oido otra vez...

—Quizás al hablar de alguna cura difícil...

—Puede ser. Pero en fin, doctor Cañete, lo que interesa es el triste suceso de la enfermedad de esa niña.

—Casi puedo responder de su vida.

—Tened presente que ha de sufrir todavía emociones tan dolorosas como la que la ha puesto en ese estado.

—No importa.

—Mucho fiais en vuestra ciencia...

—Mas en Dios y en mi fortuna.

—Bien, pues salvadle la vida y contad con una recompensa digna de vuestro servicio.

—Señor, el estado de agitacion en que se encontraba hace poco el espíritu de vuestra majestad, no le ha permitido guardar cierta reserva...

—Y habeis comprendido que doña Isabel es hija mia...

—Sí, señor, y por eso estoy recompensado con la honra de curarla.

—Ese secreto...

—¿Lo es para todo el mundo?

—No.

—Entonces no puedo ser responsable...

—Pero sí de lo que acaba de suceder.

—Tampoco, señor.

—Si llegara á saberse...

—¿Y los criados?

—Callarán.

—¿Y el hombre de los anteojos?

—¡Oh!...

—Debe estar bien enterado...

—¡Siempre él!

—Tiene trazas de intrigante...

—Es un criminal.

—¡Oh!...

—Donde quiera que le encontreis, apoderaos de él en mi nombre y no tengais inconveniente en pedir auxilio.

—Con tal que lo encuentre...

—No sereis tan afortunado.

—Sin embargo, haré lo que pueda, señor.

—Hay secretos...

—Peligrosos, lo sé.

—Este es uno.

—Guardado quedará, señor.

—Ocupémonos ahora de mi hija...

—Ya estará acostada.

—Vamos á verla.

Se levantó el monarca, pensativo y triste, y seguido del doctor entró en el dormitorio de Isabel.

Esta habia vuelto en sí.

Cañete la pulsó.

—¡Oh!—murmuró despues de algunos instantes.—Mas de

noventa pulsaciones... Preciso es combatir al momento esta fiebre...

—¿Qué opinais, doctor?

—El alma está mas enferma que el cuerpo...

—No os equivocais.

—Tengo un medicamento prodigioso...

—¡Ah!...

—Observaré y hablaremos.

CAPITULO XXXVI.

De cómo el peluquero empezó á tener malas tentaciones.

Isabel, en un estado de lastimoso abatimiento, permanecia inmóvil, exhalando gemidos leves y como si no se apercibiera de cuanto pasaba á su al rededor.

—La fiebre crece,—dijo el doctor despues de haber observado otra vez el pulso de la enferma.—Pronto empezará el delirio, y os lo advierto, señora, para que no os alarmeis, creyendo que es un nuevo principio de demencia que ya no debemos temer.

—¡Pobre hija mia!—murmuró la dama, besando con toda la ternura de madre la frente ardorosa de Isabel.

—Debe haber sufrido mucho, y si no llego tan pronto, hubiera perdido el juicio.

—¿Y al fin, qué opinais, doctor?—preguntó el rey.

—Hay peligro de muerte, pero creo que se verificará una crísis favorable con el medicamento que voy á recetar.

—¡Oh!...

—En este momento me atrevo á responder de su vida; pero dentro de cuatro ó cinco horas, no lo sé, aunque tengo esperanzas halagüeñas.

—No os movereis de aquí...

—Esperaré hasta poder juzgar con mayor seguridad que ahora.

—Bien,—repuso el monarca:—quedaos y no olvideis lo que os he dicho...

—Descuide vuestra majestad.

—Me voy antes que se advierta mi ausencia en palacio, y os encargo, señora, que me mandeis á decir con frecuencia, cada media hora por ejemplo, el estado de doña Isabel... Y si no, mas acertado será que venga mi peluquero Canuto á quien daré las instrucciones convenientes, y así evitaremos que nadie se aperciba y se murmure.

—Sereis obedecido señor.

—Y en cuanto á vos, doctor, esta no debe ser la última vez que nos veamos...

—Vuestra majestad me honra...

—Adios hija mia... ¡Que Dios se apiade de tí!—dijo el monarca.

Y besó la frente de Isabel, esforzándose para no dejar en ella una lágrima.

—Avisad á Canuto, añadió con voz ahogada y dirigiéndose á doña Margarita.

Y salió seguido de esta.

Cuando estuvo en la calle, aspiró con avidez el aire libre como el que sale de un calabozo, y no dijo mas que,

—Aprisa.

Guardando silencio y dejando á Canuto que hablase á su placer, aunque este iba muy preocupado.

Llegaron al alcázar y al aposento de donde habian salido, y el rey se dejó caer en un sillon con muestras del mayor abatimiento.

—Malo,—dijo Canuto para sí.—El asunto debe haber tomado un aspecto desagradable. Aquel grito que sonó y aquel ir y venir de los criados y lo triste y meditabundo que está su majestad, son claras señales de que estamos en una situacion muy crítica.

El peluquero agitó repetidas veces su larga nariz y esperó las órdenes del monarca.

—Ya conoces,—dijo este despues de largo rato,—al hombre de los anteojos.

—Por mi desgracia, señor.

—Sabes en dónde vive...

—Tambien, y no es fácil que lo olvide, puesto que de allí salí para la cárcel.

—Pues bien, es preciso que averigües quién es...

—Señor...

—Que hagas lo que no ha podido hacer Hernando.

—¡Oh!—exclamó Canuto.—Vuestra majestad me pide un imposible...

—Te pido que no seas tan torpe como mi escudero, porque entonces nada habré adelantado en el cambio.

—Señor...—balbuceó Canuto palideciendo.

—Averigua quién es ese hombre, apodérate de él para que yo pueda hablarle, y en seguida pídeme cuanto quieras, dinero, honores... lo que quieras, Canuto, todo lo que quieras.

El peluquero agitó la nariz y quedó pensativo.

—¡Oh!—dijo para sí.—Dinero y honores quiere decir que puedo ser caballero, alcanzar la merced de hábito de Santiago ó Calatrava y tener rentas, sin mas que apoderarme del hombre de los anteojos, lo cual me seria muy fácil con armarle una emboscada; pero esto presenta el inconveniente de que mi conciencia no estaria tranquila, porque pagar al de los anteojos sus servicios y amistad con semejante traicion, seria una villanía la mas infame. Sin embargo, cuando el rey manda prenderlo... Lo pensaré, lo pensaré... ¡Oh!... El asunto es grave.

—¿Me has entendido, Canuto?—dijo el rey, viendo que su peluquero no le respondia.

—Sí, señor, pero...

—¿No reconoces en tí bastante habilidad para hacer lo que deseo?

—Es que el hombre de los anteojos...

—Volveré á encargar de esto á Hernando.—replicó el monarca.

—Señor...

—Te juzgué equivocadamente...

—Lo único que puedo hacer,—dijo Canuto, palideciendo y agitando su nariz,—es prometer á vuestra majestad...

—¿Que quedaré complacido?

—Que pondré los medios.

—Es poco.

—¡Oh!

—Pero en fin, te doy dos dias de término, y si nada adelantas...

—Bien señor.

—Cuida de que no se burle de tí como de Hernando.

—En cuanto á eso respondo á vuestra majestad de que no ha de suceder, porque si encuentro medio de dar el golpe será en seguro.

—Es que ese hombre...

—Debe tener pacto con satanás.

—Lo que tiene... ¡Oh!... En fin, Canuto, te pongo la fortuna en la mano, si la dejas escapar...

—No será por mi gusto.

—Ahora vete; pero vuelve dentro de dos horas porque he de ocuparte en un asunto reservado.

—Señor...

—Y no olvides que si llega á saber mi salida de hoy, tú serás responsable.

Salió el peluquero y quedó el monarca triste y abatido. Entonces empezó á sentir mas que nunca los efectos de las violentas y dolorosas emociones que acababa de esperimentar.

—¡Ah!—exclamó exhalando un penoso suspiro.—¿Quién comprenderia mis sufrimientos?

Y permaneció meditabundo y silencioso largo rato, sin acordarse de que habia pasado con mucho la hora de comer y que daba lugar á comentarios y murmuraciones.

Al fin salió de su aparente letargo, llamó y preguntó si alguien esperaba para verlo, á lo cual contestaron que Hernando

Prieto estaba allí ya hacia cerca de una hora.

—Que entre,—dijo el monarca.

Y procurando dar á su rostro toda la serenidad de que le era susceptible en aquellos instantes, recibió á su escudero.

—¿Es verdad que llegástes hace una hora?— le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y por qué no has entrado?

—Porque me lo han prohibido.

—No quieren entenderme, Hernando,—replicó el monarca.—He dicho terminantemente que no rezan contigo esas órdenes... pero no volverá á suceder.

—Se creyó que era muy grave el asunto que ocupaba á vuestra majestad, puesto que hasta la comida ha dejado...

—¡Ah!... ¡No me acordaba de la comida!...

—¿Está indispuesto vuestra majestad?

—Falto de apetito... Pero en fin, ya que has venido, quiero hacerte una pregunta antes de comer.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

— Ayuda mi memoria diciéndome cuándo y con qué motivo he oido yo el nombre de un médico que se llamaba Cañete.

Hernando palideció hasta el punto de llamar la atencion del monarca.

—Te inmutas,—añadió este.

—Hay recuerdos, señor...

—Esplícate.

—¿Con qué no recuerda vuestra majestad cuándo ha oido el nombre de Cañete?

—No.

—Pues yo no lo olvidaré.

—Me pones en cuidado...

—Ese médico fué el que asistió á doña Inés...

—¡Ah!... Basta, Hernando. Es el mismo,—repuso el monarca pensativo en estremo,—el mismo que entonces... y ahora... ¡Oh!... ¡Sospechosa coincidencia!

El escudero miraba al monarca y esperaba con ansiedad mas esplicaciones; pero se quedó con el deseo, porque el rey no dijo mas.

—¿Le han hablado á vuestra majestad de ese médico?—se atrevió á preguntar Hernando.

—No.

—Entonces...

—Lo que importa es que no descuides las averiguaciones del hombre de los anteojos.

—Señor...

—¿Te das por vencido?

—Completamente.

—Haces mal.

—Hago lo que puedo, señor.

—Bien, pero...

—Como vuestra majestad habia decidido desentenderse de semejante hombre y acabar de una vez...

—Es verdad... No lo busques, pero si lo encuentras...

—En cuanto á eso nada tiene que decirme vuestra majestad: el hombre de los anteojos está en deuda conmigo...

—Voy á comer,—interrumpió el monarca:—bastante se habrá murmurado ya...

—No he hablado con nadie.

—Mucho mas siendo el motivo de haber dejado la comida el estar aquí mi peluquero.

—Tal vez.

—Seguro de ello estoy, pero ya ha sucedido así, y no podemos deshacerlo.

—Ciertamente.

—Adios, Hernando.

—¿Espero, señor?

—No.

—Volveré...

—Sí, antes de anochecer.

—Vuestra majestad será obedecido.

—Que te guarde el cielo.

Entre tanto Canuto se dirijia á su casa, dando tormento á su magin para resolver en la grave cuestion que se presentaba. La alternativa era dura, y la eleccion dudosa para Canuto, en quien tanto podian la codicia y la vanidad.

Luchando pues su conciencia con la mala tentacion, llegó el peluquero á su casa, sucediéndole lo que al rey, es decir, sin acordarse de que no habia comido. Pero afortunadamente lo esperaba Felipe Augusto con tanta impaciencia como apetito, y en tono de broma le echó en cara su tardanza.

—Buen ejemplo, señor Canuto del Rincon,—dijo el mancebo.—¿Dónde habreis estado y cuán entretenido que ni aun las voces de vuestro compañero inseparable el estómago os habeis dignado escuchar?

—Deja las bromas, Felipe Augusto.

—¿Broma llamais al hambre que me devora?... Pues á fé que veras y muy veras son...

—Paciencia,—replicó Canuto con gravedad.—¿Ignoras que los hombres de Estado no se pertenecen?

—¿A qué estado perteneceis?—dijo el mancebo en tanto que sonreia burlonamente.—¿A qué estado os referís, porque de varios formais parte? El estado llano, puesto que no sois noble, el honesto, vulgo solteron, el...

—Basta, repito, que no estoy para chanzas.

—Basta, pero comamos.

—Comeremos, sí, comeremos, pero te suplico que no me distraigas, porque tengo que pensar en asuntos muy graves.

—Mi querido tio y generoso protector,—replicó el mancebo sin dejar su tono semiburlon,—desde que rompísteis la alianza ofensiva y defensiva que concertamos con tanto tino y que debia sernos tan provechosa, estais desconocido y me tratais con una dureza inmerecida. Sed generoso, que si hoy os halaga la fortuna, mañana puede volveros la espalda; y pensad que entonces tendreis que buscar la ayuda de los que ahora despreciais, y os esponeis á que os paguen tambien con desprecios.

—¡Hola!... ¿Me amenazas, atrevido, ingrato? ¿Tienes esperanzas de ser algun dia mas que yo?

—No, señor Canuto, no os amenazo, pero me quejo de vuestra mudanza. Sé que os habeis metido en nuevas intrigas que reservais solo para vos...

—Calla.

—Obedezco.

—Eres todavia un niño con todas las imprudencias de tal, y debo mirarme mucho antes de descubrirte ningun secreto.

—Nada quiero saber. ¿Estais contento? ¿Sois feliz?

—Sí.

—Pues es lo que deseo; pero comamos.

—Díme una cosa.

—¿Qué?

—¿Estaria bien en mi pecho una cruz de Santiago ó Calatrava?...

—¡Señor Canuto!—exclamó el mancebo sorprendido.

—Menos que yo la merecen otros...

—Pero...

—Soy hidalgo, y...

—No habeis comido y la debilidad ha trastornado vuestra razon...

—¡Felipe Augusto!

—¿Es posible que ambicioneis semejante cosa?

—Pudiendo conseguirla...

—Pero como está de vos tan distante...

—No tanto que no pudiera alcanzarla en veinticuatro horas.

—¡Oh!...

—Y lo que quiero saber es si sentaria bien á mi persona...

—Suponiendo eso os diré que con vuestro continente noble y una cruz de Santiago, nadie sospecharia que habiais sido peluquero y barbero.

—Me tranquilizas.

—Podeis aceptar la merced sin ningun escrúpulo...

—Tomaré tu consejo,—dijo Canuto, agitando su nariz y decidiéndose á vender al doctor.

—Bien, lo veremos; pero como lo cortés no quita lo valiente, ó lo que es igual, como los caballeros de hábito de Santiago comen tambien...

—Es verdad, habia vuelto á olvidarme... Dí que quiero comer.

Felipe Augusto salió del aposento.

Canuto pensó nuevamente en el hombre de los anteojos, y dijo para sí:

—El rey es justo como ningun hombre, y cuando muestra tanto empeño en apoderarse del de los anteojos, sus razones tendrá; de manera, que si yo le tiendo el lazo y cae, prestaré un servicio á la causa de la justicia, á lo cual estamos todos obligados.

Reflexionó el peluquero algunos instantes, sacudió la nariz, palideció repentinamente y exclamó:

—¡Ah!... ¡Seria perderme yo mismo!... ¡Tengo que renunciar á la cruz y á la rentas!... ¿Cómo no pensé que si me declaro enemigo del hombre de los anteojos, se vengará diciendo al rey que yo he llevado cartas á doña Isabel, y en vez de rentas ni cruz me encerrarán en un calabozo? ¡Oh!... ¿Sucederá lo que acaba de decirme ese muchacho? ¿tendré que pedir ayuda á los que desprecio ahora?... ¡Qué desengaño tan triste!... ¡Adios rentas, adios hábito de Santiago!... ¡Mis esperanzas se convirtieron en humo!

Canuto dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó tan triste y abatido como si teniendo ya las rentas y la cruz se las hubiesen quitado.

—¡Ah!—exclamaba con lastimero acento.—Tendré que resignarme á ser por mucho tiempo peluquero. ¡Cuán breve es la dicha!.. En un momento ha cambiado mi situacion. Se digustó el rey por lo que tan sin malicia dije cuando salíamos de palacio, y no tardará en pedirme cuenta de mis palabras. Despues me mandó apoderarme de ese hidalgo, y no puedo servirle, porque seria

mi perdicion... Veremos si en ese asunto reservado que ha de encomendarme luego soy tan poco afortunado. No faltaba para completar mi ruina mas sino que su majestad supiera que Felipe Augusto está enamorado de doña Ana y es correspondido.

El mancebo interrumpió á Canuto en sus tristes reflexiones.

—Nos espera la comida, caballero,—dijo burlonamente.

—¿No puedo decir una broma sin que saques partido de ella para mofarte?

—¡Broma!... ¿Pues qué, lo de la cruz?...

—¿Lo has creido?

—Tan formalmente lo dijísteis...

—He querido ver hasta qué punto llega tu candidez...

—¿Y qué habeis sacado en limpio?

—Que no hay nada mas fácil que engañarte.

—Pues tened entendido que casi siempre sale engañado el que trata de engañar.

—No se equivoca por esta vez,—dijo para sí Canuto.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Pero y la comida?

—Os he dicho que espera...

—Vamos, aunque no tengo apetito... ¡Oh!... He llevado un dia...

—¿Peinando al rey?

—Sí,—respondió el peluquero.

Y volvió á caer en su tristeza y distraccion hasta el punto de olvidarse muchas veces que estaba comiendo.

—¿Qué sucederá?—se preguntaba Felipe Augusto.—Ya me lo dirá el hombre de los anteojos.

CAPITULO XXXVII.

Cuál era el medicamento prodigioso del doctor Cañete.

La fiebre que acometió á Isabel se calmó, pero á los tres dias no habia desaparecido, y Cañete opinó que no desapareceria sino con la existencia.

El efecto que este tristísimo anuncio produjo en doña Margarita, puede comprenderse: la desdichada se entregó al dolor mas profundo y cien veces pidió á Dios que le quitase la vida y salvase la de su hija.

Efectivamente, el abatimiento de la jóven era estremado y visible la perdida de sus fuerzas, pues en los tres dias que habian trascurrido se habia demacrado su rostro y apagado el brillo de sus pupilas de tal modo que estaba desconocida aun para los que no dejaban de verla un momento.

Dia y noche lloraba la infeliz, orando con fervor y atormentada horriblemente por el remordimiento de haber amado á su hermano, y sin embargo, su amor no se estinguia, sino que con el llanto y el rezo parecia crecer, lo cual hacia mas dolorosos sus tormentos porque tenia que sostener una lucha desgarradora y tenaz.

—¡Ah!—exclamaba algunas veces, dejando caer su cabeza

en el seno palpitante de su angustiada madre.—No puedo olvidarlo, no puedo, madre mia, por mas que he hecho y sin compasion intento arrancar de mi pecho esa pasion fatal. La idea de que Felipe es mi hermano me horroriza, pero esto no hace mas que aumentar mis dolores, porque á la vez siento crecer mi amor y me atormentan mas y mas mis remordimientos. Yo quiero la muerte, madre mia, la muerte para descansar.

—Resignacion y fé, hija mia,—le contestaba su madre.—Dios es misericordioso y se apiadará de tí.

Y ambas lloraban por largo rato y esperaban con ansiedad la llegada del doctor; la madre por saber si habia esperanzas de salvar á su hija, y esta por ver si tenia el consuelo de que le anunciasen su próximo fin.

Pero Cañete llegaba y las dos quedaban lo mismo, mas tristes que antes, porque el médico no daba á doña Margarita esperanzas y decia á Isabel que pronto recobraria la salud.

El dia en que estamos tuvo lugar una de estas escenas, y á las dos de la tarde entró Cañete.

Doña Margarita le salió al encuentro.

—¡Ah!—exclamó juntando las manos.—¡Mi hija se muere!...

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el doctor.

—Está mas abatida, sus fuerzas han disminuido mucho...

—¿Y la calentura?

—No cede...

—Veremos.

—Prometísteis salvarle la vida...

—Prometí hacer cuanto está en la mano del hombre, pero no luchar con Dios.

—¡Ah!...

—La enfermedad es de muerte, pero lenta, y tal vez el tiempo haga mas que yo.

—Dijísteis que teniais un medicamento prodigioso...

—Sí.

—¿Por qué no se lo habeis dado?

—Porque no hubiera sido prudente.

—Entonces...

—Calma, señora...

—¡Calma cuando se muere mi hija!...

—Es cuando mas la necesitais.

—¿Teneis hijos?...

—Tengo corazon.

—¡No es bastante para comprenderme!...

—Lo será para volver la salud á doña Isabel.

—¡Dios mio!...

—¿Puedo verla?

—Entrad, entrad...

Cañete entró, pulsó á la jóven, le hizo algunas preguntas, la contempló largo rato, y luego dijo á doña Margarita que esperaba sus palabras como el reo que espera su sentencia:

—Ha llegado el momento oportuno.

—¿De qué?

—De administrar mi medicamento prodigioso...

—¡Gracias, doctor, gracias!...

—Voy á recetar...

—Aquí teneis papel y pluma,—dijo la dama, señalando á una mesa.

Cañete se sentó y se puso á escribir.

El rostro de doña Margarita se reanimó de una manera sorprendente, y vertiendo lágrimas de alegría, se inclinó sobre el lecho, besó repetidas veces las megillas pálidas de Isabel, y exclamó:

—¡Hija mia!... Vivirás, Dios ha escuchado mis ruegos, se ha compadecido de mí... El tiempo curará las heridas de tu corazon, y mi cariño, que es inmenso, un cariño que tú no puedes comprender, te hará feliz. ¡Ah!... Mis brazos no dejarán de estrecharte... ¿Por qué quieres abandonar á tu madre?... No, Isabel, no te separarás de mí... Vivirás, hija mia, vivirás...

—¡Madre mia!...

—Tomad,—dijo el doctor.—Esta receta...

—¡Es la vida!...

—Tal vez.

—Voy á mandar al momento...

—Y yo esperaré porque tengo que administrárselo yo mismo.

—Sí, sí...

—El alma está mas enferma que el cuerpo, y si no la curo hoy me llevaré un gran chasco.

—¡Curar el alma!—dijo entonces Isabel con amarga ironía.—Lo conseguireis, borrando lo pasado...

—Ó abriendo un nuevo camino á lo porvenir,—replicó el doctor.—¿Negareis que la parte física y moral de la criatura están tan íntimamente relacionadas, que si la una sufre un cambio se altera la otra?

—Si me dais un veneno que me quite la vida...

—Ó doy á vuestra vida mas vigor, ó hago que vuestros nervios sientan de distinto modo...

—En vano os cansais, doctor...

—No discutiremos ahora, porque os conviene guardar silencio; pero otro dia os convenceré... es decir, os convencerá mi medicamento. Ahora, callad, y si pudiéseis dormir, mejor.

—Tengo sed...

—Sufrid un poco mas.

Isabel exhaló un suspiro.

El doctor Cañete fué á sentarse en el rincon mas apartado del aposento, y allí se entregó á profundas meditaciones.

Doña Margarita fijó en su hija una mirada cariñosa, y quedó inmóvil junto á la cama.

Pasó un cuarto de hora sin que ninguno de los tres interrumpiese el silencio ni se moviese.

Volvió el criado que habia ido á buscar el medicamento.

Entonces se levantó Cañete, y acercándose á doña Margarita, le dijo:

—Señora, voy á convertiros en mi ayudante sino lo llevais á mal.

—Disponed...

—Del cuidado con que se haga lo que voy á deciros, depen-

de la virtud de esta pócima, y por eso seria conveniente que la operacion no la confiáseis á ningun criado, sino que vos misma la hiciéseis.

—Tratándose de la salud de mi hija...

—Bien, escuchadme y guardad bien en la memoria lo que voy á deciros.

—Hablad...

—Aquí teneis esta botella y estos polvos.

—Sí...

—El contenido de la primera lo echareis en una vasija que no sea de cobre...

—¿Será buena una cacerola de plata?

—Lo mejor.

—Proseguid...

—Tendreis prevenido vinagre, pondreis la cacerola al fuego y con el relój en la mano, porque todo depende de la exactitud, esperareis cinco minutos.

—Ni un instante mas ni menos pasará.

—A los cinco minutos echareis en el líquido una gota, una sola gota de vinagre y volvereis á esperar.

—Bien.

—Pasado igual tiempo que antes, repetireis la operacion, y así seguireis, poniendo gotas de vinagre de cinco en cinco minutos, hasta que empiece á hervir el líquido.

—¿Y entonces?...

—Echareis los polvos, separando inmediatamente la cacerola del fuego. ¿No os olvidareis?...

—¡Olvidarme!...

—Lejos del fuego, repetireis la operacion del vinagre tres veces, con los intérvalos de cinco minutos, y despues hareis que el medicamento vuelva á hervir.

—¿Sin echar mas vinagre?

—Lo que entonces pondreis será una poca agua al hervir la pócima, muy poca, no mas que necesaria para cortar la ebullicion, y apartándola del fuego, la echareis en una capa y la traereis.

—Descuidad, doctor, descuidad.

—Esto, como comprendeis, no puede encomendarse á ningun criado, y no lo hago yo, porque tengo que ocuparme mientras aquí con vuestra hija, preparándola para que tome el medicamento, para lo cual os ruego que mandeis traer un poco de aceite en una taza.

—Al momento.

—¿Quereis que vuelva á esplicaros lo que debeis hacer?

—Seria perder tiempo sin necesidad. ¿Creeis que puedo haber olvidado lo que tanto interesa para la vida de mi hija?

—No, y perdonad si os repito que de la exactitud con que hagais lo que os he encomendado, depende la virtud del medicamento. Habeis de tener el relój á la vista.

—No me separaré un instante del fuego.

—Aguardo el aceite...

—Ahora mismo.

Daña Margarita besó la frente pálida de Isabel y salió del aposento.

Pocos momentos despues llevó un criado el aceite y preguntó si se necesitaba alguna otra cosa.

—Nada,—le contestó el doctor.—Dejadnos.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales, la frente del médico se contrajo ligeramente y brillaron sus pupilas.

Luego se sentó junto al lecho, contempló á la jóven y le preguntó:

—¿Os sentís con fuerzas para luchar con la felicidad tan heróicamente como habeis luchado con la desgracia?

Isabel fijó una mirada de sorpresa en el doctor.

—¡Luchar con la felicidad!—murmuró.

—Sí, hay situaciones en que, al ver venir la fortuna tan aprisa como suele venir la desgracia, conviene detenerla para que no llegue tan pronto á nosotros, y entonces, la lucha es mas dolorosa, mayor el peligro de sucumbir, porque nos debilita el deseo de ser dichosos.

—No os comprendo,—dijo la jóven, cada vez mas sorprendida.

—Vos,—repuso Cañete como si hablase con quien ya le hubiera confiado todos sus secretos,—habeis luchado con la desgracia sin perder el ánimo ni las fuerzas, habeis resistido con un valor admirable que solo ha cedido ante la voz de la conciencia, y sin embargo, si viéseis cambiar vuestra situacion, convertirse en flores los abrojos, en luz las tinieblas, en promesa de goces la sentencia de tormentos, y para alcanzar el reposo y la completa dicha no tuviéseis que hacer otra cosa mas que huir de ella por algun tiempo y fingir resignaros con la desgracia, entonces, vos que en los dias de amargura no habeis perdido el ánimo, quizás no tendriais valor para decir á la felicidad: «aparta y espera;» para decir á la alegría, «no asomes al rostro,» ni á la sonrisa, «no salgas de los lábios.»

—Caballero,—dijo Isabel despues de pasarse las manos por la frente y los ojos como para convencerse de que ni soñaba ni dormia.—¿Estoy delirando?

—No es para tanto vuestra fiebre; he observado cuidadosamente la vibracion de la arteria, y en rigor, para hablar con exactitud científica, no puede llamarse vuestro pulso febril, porque no llegan á noventa las palpitaciones: está precipitado, sí, pero sin otra novedad notable que una intermitencia de poca importancia, alguna sacudida nerviosa que nada vale, y la debilidad consiguiente á la sangre que habeis perdido, y que recuperareis antes de ocho dias.

—Pues si no deliro ni sueño....

—Quiere decir que no comprendeis lo que os digo.

—Así es.

—Respondedme á lo que os he preguntado y os esplicaré mis palabras.

—Vuestra pregunta...

—Necesito saber si teneis fuerza para luchar con la felicidad lo mismo que habeis luchado con la desgracia.

—Si vuestra ciencia alcanzára á conocer las fuerzas del espíritu como las del cuerpo...

—Basta; no necesito que me digais mas.

—Pero yo necesito saber quién sois,—replicó Isabel.

—El doctor Cañete.

—Vuestro nombre no me importa.

—¿Quereis saber por qué os hablo de felicidad cuando creeis que no hay remedio para vuestra desgracia, con qué derecho he penetrado en el sagrado de vuestra vida privada?

—Sí, sí...

—Tengo que cumplir una mision...

—¡Una mision!...

—Pero nadie me envia, no vengo de parte de vuestro amante.

—¡Mi amante!—exclamó Isabel, estremeciéndose.

—Sí, vuestro amante, vuestro hermano...

—¡Mi hermano!... ¡Ah!...

—Soy médico y es mi deber curar las dolencias del paciente que pone en mí su confianza: si teneis fé en mi ciencia...

—¡Vuestra ciencia!...

—Os dije que tenia un medicamento prodigioso y vengo á administrároslo: no es el que prepara vuestra madre á quien he alejado de aquí con ese pretesto, es otro que obrará directamente sobre el alma.

—Trastornareis mi razon...

—¿Por qué?

—Mi felicidad es imposible...

—Es verdad, imposible si os separan de vuestro amante.

—¡Caballero!—exclamó Isabel, mirando á Cañete con supersticioso terror.

—No os alarmeis...

—Para vos, que segun parece, no es un secreto...

—¿Vuestros amores?

—Ni mis amores ni...

—Nada, y por eso os digo que vuestra felicidad consiste en ser esposa de Felipe...

—¡Su esposa!... ¡Oh!...

—Sí.

—¿Qué estais diciendo?

—Una verdad...

—Pero una verdad horrible...

—En la apariencia.

—¡Oh!... ¡Esplicaos, caballero, esplicaos...

—Hace tres dias os revelaron un secreto que ha puesto en peligro vuestra existencia, y hoy os revelaré yo otro para salvarla.

—¡Un secreto!...

—Sí, que solo Hernando Prieto sabe...

—¡Acabad!...

—Felipe no es vuestro hermano,—dijo el doctor con su inalterable calma.

Isabel exhaló un grito, se estremeció convulsivamente y miró al médico con espantados ojos.

Hubo algunos momentos de silencio.

—¿Qué habeis dicho?—preguntó al fin la jóven con agitada voz.—¡Ah!... ¿Qué habeis dicho?

—Que Felipe no es vuestro hermano...

—¡Que no es mi hermano!...

—No.

—¡Y mi padre me engaña, me martiriza, me envenena el alma para que se cumpla su caprichoso deseo de separarme de Felipe y encerrarme en una celda!... ¡Oh!... ¡Es imposible tanta infamia en el rey!...

—Vuestro padre no os engaña...

—¡Que no me engaña!...

—Ya os he dicho que solo Hernando Prieto sabe que Felipe es hijo suyo y no del rey.

—Mentís, señor doctor, mentís,—replicó Isabel con breve acento.—Quereis hacerme concebir esperanzas que al desvanecerse aumentarán mis tormentos. Si por alguna razon que ahora no acierto, mi padre estuviese equivocado, el escudero lo sacaria de su error siquiera por lo que le interesa su hijo.

—Tengo contados los minutos, ya lo sabeis,—dijo el doc-

tor,—y es preciso aprevecharlos antes que vuelva vuestra madre.

—¿Es ese vuestro medicamento prodigioso, el que ha de curarme el alma para salvarme la vida?—replicó Isabel con amargura.

—Sí,—contestó el doctor sin alterarse.

—Ese es un veneno que acortará mi existencia ó la hará mas penosa...

—Tambien se cura con venenos.

—Decidme que no deliro ni estoy soñando...

—Ni lo uno ni lo otro.

—Entonces...

—Hay un secreto que no es prudente revelaros, ni aun siéndolo, tengo tiempo para descubriros porque es una historia bastante larga. Si ese secreto lo conociéseis, daríais entera fé á mis palabras...

—¡Siempre misterios!...

—Que pronto acabaran si tomais mis consejos.

—¡Ah!... Me tendeis algun lazo...

—¿Para qué?

—Lo ignoro, pero vuestra conducta estraña...

—¿Quereis escucharme?... El tiempo vuela, la pócima hervirá ya y vuestra madre no puede saber lo que tengo que deciros, porque entonces no habia remedio para vuestro mal.

—Bien, esplícaos...

—Dejad que os lleven al convento, pero no profeseis, y esperad con calma, que Felipe irá por vos y sereis su esposa.

—Aun siendo verdad la que decís, mientras mi padre crea que Felipe es su hijo...

—Ya sabrá que se ha equivocado.

—¿Y por qué no se le hace ver desde luego su error?

—Pediria pruebas que no pueden dársele ahora.

—¡Oh!.. No comprendo bien...

—¿No proteje Hernando Prieto vuestros amores á pesar de que se le dice que sois hermanos?

—Lo ignoro, pero sí sé que Felipe me dice que resista, porque hay una intriga que conoce...

—Esas son palabras del escudero...

—¡Dios mio, iluminadme!...

—Os juro que Felipe es hijo de Hernando...

—¡Tened lástima de mí!... ¡He sufrido tanto!...

—¡Pobre niña!—dijo el doctor con acento conmovido.—¿Qué fin habia de proponerme al engañaros? Para quitaros la vida ó aumentar vuestros dolores, me basta una receta.

La razon no podia ser mas sencilla ni mas convincente. Si por cualquier motivo hubiera deseado el médico agravar el mal de Isabel, atormentarla con dolores los mas agudos ó quitarle la vida, no tenia necesidad de tomarse mas trabajo que el de escribir un *récipe*, una línea y su nombre.

Así lo comprendió la jóven, y como tampoco el doctor le pedia mas de lo que ella estaba decidida á hacer, que era encerrarse en un convento, dejó que el rayo de luz de aquella nueva esperanza penetrase en su corazon.

Meditó algunos instantes, exhaló un suspiro, y como si con él hubiese salido su enfermedad, cambió repentinamente su aspecto, y brillaron alegremente sus ojos.

—Jurad otra vez, —dijo, —que Felipe no es mi hermano.

—Os lo juro por la salvacion de mi alma,—contestó el doctor con acento solemne.

—¡Ah!... ¡Gracias!...

—Si descubrís á vuestra madre el secreto, estais perdida.

—Pero esplicadme...

—No hay tiempo...

—Escribidme...

—Los papeles son peligrosos, porque pueden perderse.

—Romperé vuestra carta, la quemaré, me la comeré sino puedo ocultarla de otro modo.

—Tambien habreis roto ó quemado los cartas de Felipe, y sin embargo...

—Es verdad...

—Ya lo veis.

—Pero ha sido una traicion á que vos no estais espuesto...

—Os equivocais, Canuto no ha sido traidor, porque no le convenia...

—¿Entonces?...

—Hablaremos cuando salgais del convento.

—Mañana...

—Ya no volveré.

—¡Que no volvereis!—dijo sorprendida Isabel.

—Ya estais curada y nada tiene que hacer aquí el médico.

—¿Tampoco vendreis para saber el convento á donde me lleven?

—¿Lo sabeis vos?

—Me lo dirán...

—Estais equivocada.

—¿Y cómo? ..

Isabel se detuvo porque su madre entró.

—Aquí teneis,—dijo esta al médico.—Si la virtud de este medicamento consiste en haberlo preparado con exactitud...

—En eso precisamente.

—Entonces...

—Podeis asegurar que entre vos y yo hemos curado á doña Isabel.

—¡Dios escuche vuestras palabras!...

—Dadme...

—Tomad,—repuso doña Margarita, dando al doctor una cuchara de oro y la copa en que llevaba el medicamento.

—Bien, muy bien, señora; el color me dice que está perfectamente preparado...

—Me tranquilizais.

—Desde luego os aseguro que devolverá en breve la salud á vuestra hija.

—Vamos,—repuso Cañete, acercándose á la cama.—No os

desagradará mucho porque no es muy fuerte el sabor acre que tiene; y como no habeis de tomar mas que una cucharada...

—Gracias por vuestros cuidados, señor doctor,—dijo Isabel con una intencion que solo el médico pudo comprender.—Si no os equivocais...

—Tengo completa seguridad de curaros.

—Os deberé...

—Nada mas que alguna paciencia que he tenido para escucharos cuando deciais que nada se adelantaria con sanar el cuerpo si quedaba enferma el alma.

—¡Pobre hija mia!...

—Yo la convenceré,—añadió Cañete,—de que cuando la materia se fortalece se alivian los tormentos del espíritu, porque dominado este por aquella no puede estraviarse.

—¡Oh!...

—Está interesado mi amor propio en este triunfo, porque es el triunfo de la ciencia que amo con el amor de un hijo tierno, agradecido...

—Confesaré mi derrota si triunfais...

—No espero menos de vuestra buena fé.

—Aguardo ya...

—Tomad... de un solo trago...

Y Cañete dió á Isabel una cucharada de la pócima en que doña Margarita fundaba todas sus esperanzas.

—¡En nombre de Dios!—dijo esta.

—Ahora,—repuso el doctor,—saldremos de aquí para dar tiempo á que doña Isabel repose.

—Sí...

—Volveremos dentro de media hora, y si entonces el medicamento ha obrado, como yo creo que obrará, mi ciencia y mis cuidados serán inútiles.

Estaba administrado el medicamento prodigioso del doctor Cañete, y la jóven empezaba á sentir sus efectos maravillosos.

—Vamos,—dijo la dama.

Y despues de besar á su hija y recomendarle que procurase dormir, salió del aposento con Cañete.

—¡El médico del alma!—murmuró Isabel.—¿Quién es este hombre? ¿Me engaña? ¿Por qué y con qué fin? Para atormentarme, para mâtarme, le basta, como ha dicho, una receta. ¿Qué le mueve á interesarse tanto por mí? eso puede ser generosidad... ¡Dios mio, iluminad mi razon!

CAPITULO XXXVIII.

Donde se verá que el doctor Cañete no desperdiciaba el tiempo.

—Señora,—dijo el médico á doña Margarita cuando estuviesen solos;—en estos momentos se decide de la vida de vuestra hija y del poder de la ciencia, y por eso he querido esperar la media hora que tardaremos en saber si alcanza mi poder á curar el alma.

—Gracias, doctor, gracias por tanto cuidado...

—Es mi deber, señora.

—¿Con qué os pagaré?... ¡Oh!...

—Ya os he dicho que estoy pagado... Dejemos eso y hablemos de cualquiera cosa indiferente, porque si no procurais distraer vuestro ánimo quebrantareis vuestra salud.

—Ya estoy acostumbrada á sufrir.

—No importa, necesitais descanso...

—Tomaré vuestro consejo cuando me digais que no peligra la vida de mi hija.

—Pues desde luego os lo digo...

—Tanta seguridad...

—La tengo.

—¡Quiera el cielo que no os equivoqueis!—exclamó doña Margarita.

Y quedó pensativa y silenciosa.

—Ahora,—dijo el doctor despues de algunos momentos,—que de nada podeis ocuparos y que os conviene distraer la imaginacion, voy á haceros una pregunta, porque creo que podreis satisfacer mi curiosidad.

—Cuantas gusteis: á mucho estoy obligada con vos...

—No es cosa de importancia: ya os lo he dicho, es mera curiosidad hija del interés que me inspiraba un antiguo amigo.

—Decid...

—Vos, segun tengo entendido, servisteis á la difunta reina doña Isabel de Borbon...

—Fuí su doncella algunos años.

—Entonces debisteis conocer á la hija de un amigo mio, por aquel tiempo ya bastante anciano, que vivia en Córdoba...

—¿Don Fernando de Carbajal?

—Sí.

—Su hija doña Inés fué, no solo mi compañera, sino mi mejor amiga: no nos separábamos sino cuando teniamos que cumplir los deberes de nuestro cargo; entre nosotras no habia secretos, y llorábamos mútuamente nuestras desgracias, que fueron muchas.

—Yo estaba en Córdoba cuando murió don Fernando, á quien asistí y para cuya curacion fueron impotentes mi ciencia y mi deseo. Despues he preguntado por su hija y nadie ha sabido decirme lo que fué de ella.

—La desdichada murió.

—¿Jóven?

—Creo que sí.

—¿No lo sabeis de cierto?

—No, porque yo dejé la córte en el mes de marzo del año

1637, y poco tiempo despues recibí una carta de mi amiga en que me anunciaba su determinacion de entrar en un convento. No me sorprendió esta noticia porque doña Isabel amaba ciegamente á don Juan de Luna, gentilhombre de su majestad, y lo asesinaron una noche, la anterior á mi salida de palacio.

—¡Pobre doña Inés!

—Al cabo de mucho tiempo supe por un escudero del rey que mi amigo habia dejado de existir, agoviado por el dolor de su desgracia, y que su padre habia muerto tambien.

—Yo,—repuso Cañete,—ignoraba esos amores de doña Inés y el triste fin que tuvieron. Y para que veais lo que es la murmuracion, se me habia asegurado que el rey estuvo enamorado de ella, y aun que fué correspondido.

—¡El rey enamorado de doña Inés!... Os puedo asegurar que no, apenas la veia, y en cuanto á ella, pruebas tuve para convencerme de que su corazon era de don Juan de Luna.

—La murmuracion nada respeta.

—Puedo hablar con seguridad del tiempo que estuve en palacio, y despues, ni el rey hubiera dejado de respetar el dolor de mi amiga, ni ella la memoria de su amante, siquiera por algun tiempo mas del que permaneció al servicio de la reina, despues de la muerte de don Juan.

—Por eso os he preguntado, porque creí que vos estaríais bien enterada.

—Os respondo de cuanto os he dicho.

—¿Y no queda nadie de esa familia desgraciada?

—Nadie, á no ser algun pariente lejano, cuya existencia ignore yo.

—¿Murió en el convento?

—Sí.

—Por supuesto, seguiriais escribiéndoos...

—No recibí mas carta suya que la que os he dicho, y que conservo como un recuerdo de nuestra pura amistad.

—Estará rebosando ternura...

—Me hizo derramar muchas lágrimas.

—¡Oh!... Quisiera yo ver esa carta de la hija de mi mejor amigo...

—Nada contiene que deba reservarse, y si por el cariño que tuvísteis á don Fernando puede seros grata la lectura de la carta, os la enseñaré.

—Sí, porque hay otra circunstancia que hasta ahora he ignorado que tuviese relacion con la hija de mi amigo Carbajal, que del cielo goce.

—¿Cuál?

—Yo asistí á don Juan de Luna cuando lo hirieron junto á Santiago, y lo ví espirar...

—¡Rara coincidencia!

—Por eso...

—Voy á traer la carta...

—No estrañeis mi peticion, señora; pero los recuerdos tienen para mí mas valor quizás, por lo menos tanto, como los sucesos presentes... ¡Ah!... Los recuerdos de ternura deben guardarse en el corazon como un tesoro inestimable... ¡Conservo tantos!...

—Tendreis uno mas.

Doña Margarita salió del aposento, volviendo pocos minutos despues con la carta.

Cañete fijó en el escrito su ardiente y escudriñadora mirada, y mas que de leerlo se ocupó en examinar la letra, diciendo para sí:

—Es la misma... Si convienen las señas personales, no podré tener duda... Veamos.

Y despues de concluir la lectura, añadió con acento de conmocion profunda y tierna:

—¡Pobre doña Inés!... ¡Tan desgraciada en la flor de su juventud!... Tomad, señora, esa reliquia, y guardadla.

—Ya veis cómo presentia su muerte cercana cuando me escribió.

—Sí, aquí lo dice, «mi dolor es una agonía lenta que no tardará en poner fin á mis dias: veo cerca de mí la muerte, y le sonreiria si no me acordase de mi padre.»

—¡Cuánto debió sufrir!—murmuró doña Margarita, enjugando una lágrima que brotó de sus negros ojos.

—Tan jóven y, segun su padre me decia, tan hermosa...

—Sí, tan hermosa como no he visto otra mujer. Si la hubiéseis conocido, con aquellos ojos de un azul trasparente y puro, aquellos cabellos rubios, finos y brillantes que parecian una diadema de oro sobre su frente de nácar...

—Y sobre todo, sus formas. Su padre me decia: «Si quereis estudiar la perfeccion y belleza de las formas de una mujer, no la busqueis en las obras maestras que nos dejó el arte pagano, sino en mi hija»...

—No exageraba, doctor. Doña Inés no tenia igual en esa parte.

—¡Oh!... La misma, la misma,—dijo para sí el médico con secreta alegría.—Felipe Augusto es hijo de esa doña Inés de Carbajal.

Y quedó pensativo y silencioso.

Doña Margarita volvió á salir para guardar la carta de doña Inés, y cuando entró nuevamente en el aposento, dijo á Cañete:

—¿No podrá saberse todavía el resultado de vuestro prodigioso medicamento?

—Ahora iba yo á deciros que entrásemos en el dormitorio de doña Isabel.

—¡Si pudiéseis comprender mi afan!...

—Vos tampoco podeis comprender el mio.

—¡Es mi hija!

—Se trata del triunfo de la ciencia, que la miro como á una madre, que la amo con todo mi corazon, porque no tengo en el mundo otras afecciones... Vamos, señora.

—Sí, vamos.

Y ambos se dirigieron al dormitorio de Isabel.

CAPITULO XXXIX.

El triunfo de la ciencia del doctor Cañete

Puede figurarse el lector que Isabel no habia dormido, sino que entregándose á las risueñas esperanzas que le habia hecho concebir el doctor, habia soñado despierta, entregándose á las dulzuras de sus ilusiones de amor. Si la hubiera engañado el doctor y por segunda vez hubiera visto la jóven desvanecidas sus halagüeñas esperanzas, habria sucumbido sin remedio á su dolor. Pero afortunadamente no era así, y salvo que Dios dispone cuando el hombre propone, Isabel debia ver en breve realizadas sus esperanzas.

No habia podido acabar de comprender la mitad de lo que le habia dicho Cañete, y sobre todo el por qué este se interesaba tanto en lo que al parecer nada le importaba; pero como al fin hablaban al corazon de la enamorada niña todo lo que fuesen esperanzas de realizar sus amorosos deseos, creyó y se dejó llevar de lo que tan grato le era, sintiendo así el alivio que en vano hubiera intentado proporcionarle la ciencia humana.

Doña Margarita fijó en su hija una mirada afanosa, mirada de madre, y exhaló un grito de alegría al ver que á los ojos de

la jóven habia vuelto el brillo de su antigua alegría y á su semblante la espresion de tranquilidad que habia perdido.

—¡Hija mia!—exclamó con acento arrancado al alma.

Y precipitándose sobre el lecho, besó repetidas veces á Isabel y derramó abundantes lágrimas.

—¡Madre mia!—dijo con ternura la jóven.

Y tambien besó á su madre y lloró con lágrimas de una alegría sin igual.

Largo rato hubieran permanecido sin moverse á no decir el doctor:

—Bien... ya basta... Dejadme que yo os diré si debeis entregaros á ese contento.

—¡Ah!... Sí,—contestó Isabel.—Estoy débil como antes, muy débil, pero siento en mi ser una cosa, un cambio hasta en mis ideas, que me hace comprender que estoy curada...

—¿Con qué os pagaré?... ¡Ah!... ¿Con qué os pagaré?—exclamó doña Margarita, estrechando entre las suyas las manos del doctor.

—Si he triunfado,—dijo este con su acostumbrada calma,—pagado estoy con la satisfaccion de mi triunfo, señora.

Y acercándose á Isabel la contempló por algunos instantes y la pulsó.

—¿Qué opinais?—preguntó doña Margarita.

Los ojos de Cañete brillaron como dos centellas, dilatóse su frio rostro y exclamó:

—¡Triunfé!... ¡Gracias, Dios mio!...

—¡Se ha salvado!...

—Sí, se ha salvado... ¡Despues de Dios la ciencia!

Doña Margarita, en estremo agitada y sin poder contener el llanto, se dejó caer de rodillas al pié del reclinatorio de que ya hemos hecho otra vez mencion.

Isabel fijó tambien una mirada en el Crucifijo y siguió llorando.

El doctor cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil y silencioso como una estátua. Su figura severa

por sí, y mas severa por su negro vestido, se destacaba sobre el blanco de la seda que cubria las paredes y el ropaje de la cama imponiendo respeto.

Absoluto, prolongado, conmovedor y solemne fué el silencio, interrumpido solo por los suspiros tiernos de doña Margarita.

El cuadro era digno de contemplarse y de estudiarse.

¡Empero cuán distintos sentimientos, cuán opuestas ideas agitaban los espíritus de aquellos tres seres!

Doña Margarita no era en aquellos momentos mas que madre; estaba embriagada, puede decirse, por el contento.

Cañete sentia tambien la satisfaccion de haber obrado bien; per lo que le dominaba era la ambicion de toda su vida, y cuya realizacion iba acercándose.

Isabel pensaba en Felipe, y todos sus sentimientos, todas sus ideas, estaban reconcentradas en el de su amor.

Así permanecieron largo rato.

Cañete fué el primero que habló.

—Señora,—dijo á doña Margarita,—he cumplido con mi deber, ha concluido mi humanitaria mision.

—¿Os vais?—preguntó la dama levantándose y enjugando su llanto.

—Está curada vuestra hija: ya no teneis que darle ningun medicamento. Hoy tomará caldos, mañana algun alimento ligero, y pasado mañana podrá levantarse.

—¿Pero no volvereis?

—No, señora, ¿para qué?

—Creo que aun es prudente...

—¿No teneis fé en mi ciencia despues de lo que habeis visto?

—Sí, pero...

—Os aseguro que vuestra hija irá mejorando, y que en pocos dias la vereis completamente restablecida.

—Os suplico...

—Señora, otros enfermos esperan tambien la salud, y justo es acudir á ellos. Hoy mismo saldré de Madrid para... Barajas,

donde tengo que hacer una cura que exige mi presencia constante por dos ó tres dias.

—Si ha de perjudicarse á otros, no insisto; pero me direis dónde se os debe buscar si acaso fuese menester.

—Mis ocupaciones me obligan á estar en todas partes, y no me permiten permanecer en ninguna; por consiguiente, que no me busquen porque no me encontrarán.

Doña Margarita miró sorprendida al doctor.

—Comprendo, —añadió este, —vuestra estrañeza, pero os digo la verdad.

—De manera que si hubiese un retroceso en la enfermedad de mi hija...

—No lo habrá.

—¿Y sí yo enfermase?

—Vendré.

—¿Pero cómo se os avisa?

Lo mismo que el otro dia.

—Caballero...

—Os prometo venir si me necesitais.

—¡Estraña conducta!—dijo la dama, fijando en el médico una mirada escudriñadora.

—No os diré que no, pero ¿qué os importa si he salvado la vida á vuestra hija?

—Es verdad.

—Estuvo en peligro de perder la razon ó morir, y acudí á tiempo; no direis que perdí un instante.

—¡Oh!...

—Si recayese, lo que no sucederá, ó enfermáseis vos, me veríais aquí sin que os molestáseis en llamarme.

—Caballero, no sé quién sois que así os apareceis...

—Soy el doctor Cañete, muy conocido en Madrid.

—Pero habitareis en alguna parte...

—Estoy donde quiera que hay un paciente: allí es mi habitacion.

—Perdonad, pero...

—¿Os parece sospechosa mi conducta? Decidlo francamente, no me ofendere...

—Sí, caballero.

—He venido sin que sepais cómo y me voy sin deciros á donde...

—Semejante misterio...

—Es el que os infunde sospechas...

—Nada mas natural.

—¿Y qué sospechais?

—No lo sé.

—Pensad en lo positivo que son los hechos, y juzgad.

—¡Oh!...

—He curado á vuestra hija y nada os pido ni aceptaré por este servicio.

—Ciertamente.

—Os prometo no incomodaros jamás, ni siquiera veros á menos que me necesiteis; en cuyo caso volveré para seros útil tan desinteresadamente como ahora.

—Sin embargo...

—¿Qué mal entreveis en todo eso?

—Al contrario, mucho bien...

—Entonces debeis estar tranquila.

—Caballero,—dijo confusa doña Margarita,—la gratitud me obliga á no ser exigente, á respetar vuestros secretos.

—No hay ningun secreto,—repuso sencillamente el doctor.

—¡Ninguno!

—Sabeis quién soy, y vuelvo á deciros que á cualquiera que en Madrid le pregunteis por mí, os dirá que me conoce. ¿Dónde está el secreto?

—Todo el mundo os conocerá, pero si nadie puede encontraros, si no hay quien sepa decir, «esta es su casa...»

—No la tengo.

—Entonces no acierto á comprender cómo pueda recurrirse á vuestra ciencia.

—Yo cuido de estar al corriente del estado de salud de mis amigos...

—Yo no lo era vuestro...

—Pero doña Isabel es hija del rey, yo lo sabia, y como buen vasallo...

—¡Oh!... ¡El rey!... ¿Qué le diré cuando me pregunte por vos?

—La verdad, señora.

—Caballero...

—Perdonad... No puedo detenerme...

—Quien quiera que seais, que Dios os bendiga.

—Y á vos tambien, — contestó el doctor.

Y sin decir mas ni mirar siquiera á Isabel, salió del aposento con su tranquilidad de siempre.

La madre y la hija se miraron como interrogándose, pero ninguna acertó á pronunciar una palabra.

El recuerdo del doctor Cañete debia quedar gravado para siempre en el corazon de aquellas dos mujeres.

CAPITULO XL.

El rey vuelve á pensar en que su corazon es vasallo de una reina.

La noticia de que ya no peligraba la vida de Isabel devolvió al monarca la tranquilidad y el contento: hasta entonces habia estado muy triste, habia sufrido mucho porque su conciencia le acusaba de ser la causa de aquellos males por sus antiguos estravios amorosos. Si no se habia olvidado de doña Ana en los tres dias que habian mediado desde la revelacion del fatal secreto, al menos no se habia ocupado de ella, y seguramente se hubiera curado de esta nueva y última pasion si Isabel no hubiese recobrado la salud, gracias al medicamento prodigioso del doctor Cañete.

La conducta de este dió tambien mucho que pensar al monarca, y no se le ocultó que el médico y el hombre de los anteojos debian ser dueños de secretos importantes y ocuparse en intrigas cuyo objeto era imposible adivinar por entonces.

—¡Oh!—murmuraba el monarca á sus solas.—Hernando tenia razon al decirme que entre doña Ana, mis hijos y el hombre de los anteojos habia alguna relacion, y que á todos ellos importaban las intrigas que tanto nos daban que hacer. Pero Her-

nando no decia mas porque nada mas sabia ó fingia no saber. ¿Qué interés puede tener nadie en esos desdichados amores de mis hijos? ¿Qué ha de importarles tampoco á doña Ana cuando ni siquiera los conoce?... Sin embargo, algo hay, y ese algo es preciso saber lo que es. El doctor aparece sin que lo llamen y se vá sin querer decir en dónde puede encontrársele. Es el mismo que asistió á la infeliz doña Ines, que del cielo goce, y el hijo de doña Inés, que es el mio, es el amante de Isabel... ¡Oh!... Esto nadie puede entenderlo... Misterio hay aquí... Sin embargo, por ahora estoy tranquilo; voy consiguiendo lo que deseo. Mi hija, no solo irá á un convento, sino que huirá de su hermano si este la encuentra y la persigue. En pocas horas he hecho mas que Hernando en muchos dias, y ya no debo temer la horrible desgracia, cuya idea me quitaba antes el sueño. ¡Ah!... ¡Con cuánta libertad respiro ahora!... Poco me importan las intrigas del doctor, del hombre de los anteojos, de Hernando y de todo el mundo; mi hija vivirá, sus amores han concluido, y mi conciencia está tranquila... Vuelvo á ser el rey, porque soy dueño de mis pensamientos que no me roba ya el temor que antes me quitaba el reposo: vuelvo á ser el rey, dueño de mis acciones, de mis sentimientos...

Aquí se detuvo el monarca, sus megillas se tiñeron de un vivo carmin, y añadió:

—¡Oh!... Soy el rey, pero mi corazon es vasallo; y mas que vasallo, esclavo de una reina cuya tiranía no puedo sacudir... Pensemos en doña Ana... Debo tomar una resolucion como en los amores de mis hijos; una resolucion que ponga fin á la incertidumbre que me atormenta, que de una una vez realice ó desvanezca mis esperanzas. Para esto puede servirme Hernando, porque en este asunto no tiene ningun interés que le mueva á entorpecerlo. ¿Y cómo no ha venido mi buen escudero?

Como si este hubiese esperado á que el rey lo llamase, se presentó pidiendo licencia para entrar, pues aquella vez ningun inconveniente habia encontrado para llegar hasta allí.

—En buen momento, —dijo el monarca.

—Me alegro, señor, y doy gracias á la fortuna que me ha traido con tanta oportunidad.

—¿No sabes, Hernando,—repuso el rey con tono afable,—que hace algunos minutos que estoy pensando en tí?

—Mi pensamiento constante es vuestra majestad por lo mucho que me honra.

—Puedo probarte que no.

—Señor...

—Quiero decir, que no pienses tanto en mí....

—Si vuestra majestad...

—Déjame que termine mi acusacion,—interrumpió el monarca.

—Buen aire corre,—dijo Hernando para sí.—¿En qué podré servir á su majestad?

—Tienes,—prosiguió el rey,—abandonado el asunto que mas me interesa.

—¿Cuál, señor?

—Si como tanto piensas en mí pensáras en doña Ana...

—Señor...

—¿Qué has hecho? ¿Qué has adelantado? No sé cuántos dias hace que ni siquiera la nombras.

—Como vuestra majestad no me preguntaba, y yo no podia decirle nada bueno...

—¿Tenias que decirme algo malo?

—Tampoco.

—Lo cual significa que nada has hecho.

—Cuanto he podido hacer.

—Sepamos.

—No ha pasado dia sin que yo visite á doña Ana de parte de vuestra majestad, ni ha habido visita en que no encontrase un estorbo para hablarle como yo hubiera deseado.

—¡Un estorbo!

—Sí, señor.

—Esplícate, Hernando.

—Cuantas veces he ido á casa de la condesa he encontrado allí al sobrino de Canuto.

—¿Otra vez tenemos en danza á ese mancebo?

—Sin duda doña Ana se peina á todas las horas del dia; pero lo mas estraño es que cuando yo llego es cuando principia ó va á principiar el peinado, y nunca cuando concluye.

—¡Oh!...

—Creo que...

—Sospechas con razon, Hernando.

—Pero no sé lo que sospecho. .

—¿Y de noche?

—La casa como un castillo encantado, y en la calle el estudiante Cornejo, entonando endechas que parecen compuestas por el mismo Cupido.

—Con que es decir que las serenatas...

—Continúan.

—Y las visitas de ese mozalvete...

—Son á todas horas.

—Ese mancebo principia á enojarme.

—¿Para qué se peina tanto la señora condesa si hace algunos dias que ni viene á palacio, ni va á la pradera, ni á los corrales, ni á los saraos?

—Puede peinarse una vez y ser esa cuando tú vas á verla.

—Hay casualidades sospechosas.

—Ciertamente.

—De manera, señor, que estamos como el primer dia, ni dentro ni fuera.

—¿Y qué has pensado que debe hacerse para desenredar ese diabólico enredo, para aclarar ese misterio estraño, para saber, en fin, quién de los dos, si el estudiante ó el barbero, es el que estorba ó si ambos son culpables?

—Nada he pensado que pueda hacerse, porque vuestra majestad me tiene dicho que, para evitar escándalos, no quiere que se obre directamente contra ninguno de los dos mancebos.

—Es verdad, pero tampoco hemos de estar así siempre.

—Vuestra majestad determinará.

—Preciso es cortar por lo sano.

—Tal es mi opinion.

—Piensa, Hernando, piensa de qué modo saldremos del apuro sin necesidad de ocuparnos del estudiante ni del barbero.

—Difícil es...

—Pero no imposible,—replicó el monarca.—Medita y proponme, que yo resolveré.

El escudero no necesitó meditar mucho, porque ya lo habia hecho en los dias anteriores y tenia formado su plan; pero fingió reflexionar y dijo al cabo de algunos minutos:

—No encuentro mas que un medio.

—¿Decisivo?

—Tan decisivo que, ó vuestra majestad verá satisfechos sus deseos, ó tendrá que renunciar para siempre á doña Ana.

—¡Bien, Hernando, muy bien! Es lo que quiero.

—Es delicado...

—No importa.

—Y además...

—Deja los comentarios y esplícate.

—Pues bien, señor, opino que vuestra majestad debe hacer una visita á doña Ana.

—¡Hernando!

—Señor, la condesa es una dama de alta clase...

—Es lo de menos; pero ¿y si me desprecia?

—Duro es el caso.

—Nada lisongero el papel que yo representaria.

—Supongo que no se atreverá...

—¿Aun no conoces á doña Ana?

—Pero...

—Además, en su casa es la reina.

—Vuestra majestad es el rey en todas partes.

—Delante de una mujer hermosa á quien se suplica, tal vez de hinojos, el rey es el vasallo.

—No me ocurre otro medio, señor.

—Llevando alguna esperanza...

—Entonces el triunfo seria seguro.

—De otra manera es tan dudoso...

—Ciertamente; ¿pero se puede hacer otra cosa?

Felipe IV meditó algunos instantes.

—¿Y si encontramos,—dijo,—al músico?

—¿Qué nos importa?

—Sabes por esperiencia que es mozo que no tiene mas razones que la espada.

—Nos guardará la ronda, y si hace alguna locura, acabará de pasar la noche encerrado.

—Tenemos el inconveniente del escándalo...

—Pero así sabremos de una vez á qué atenernos.

—¡Oh!...

—Además, el cantor no ha de saber quién ha interrumpido su canto, y nada de particular tiene que á un pendenciero se le lleve á la cárcel.

—Serán dos los pendencieros.

—El uno puede tener la fortuna de escaparse...

—No hay mas que hablar, Hernando,—replicó el monarca.

—¿Se decide vuestra majestad?

—Sí.

—Entonces...

—Iré á ver á doña Ana.

—Habrá que prevenirla...

—Indudablemente.

—Lo haré cuando vuestra majestad lo mande.

—Hoy mismo.

—¿Para esta noche?

—Espera,—dijo el monarca.

Y reflexionando algunos instantes, añadió:

—Te avisaré.

—Bien, señor.

—Dejemos pasar dos ó tres dias por si tienes ocasion de adelantar algo sin recurrir á ese medio.

—Se hará como vuestra majestad desea, pero...

—¿Crees que será tiempo perdido?

—Sí, señor: sin embargo...

—Pues hoy mismo.

—Por supuesto, si tengo ocasion.

—Búscala.

—Señor...

—No vuelvas sin haberlo hecho...

—En grave compromiso me pone vuestra majestad.

—Hace mucho tiempo que no has dado muestras de tu ingenio y travesura.

El escudero se inclinó en señal de obediencia, porque ninguna observacion podia hacer ya.

—¡Ah!—exclamó el monarca.—Pronto, muy pronto saldré de dudas.

—¿Tiene vuestra majestad mas órdenes que darme?

—No, mi buen Hernando. Vete y no te ocupes de otra cosa que de doña Ana.

—El cielo guarde á vuestra majestad...

—¡Ah!... Se me olvidaba una cosa... ¿Te acuerdas que te pregunté quién era el doctor Cañete?

—Sí, señor,—contestó Hernando, palideciendo ligeramente.

—Pues bien, quiero que lo busques...

—¡Qué lo busque!...

—¿Qué te sorprende?

—Nada, señor, sino que vuestra majestad me pide un imposible.

—No te comprendo.

—El doctor Cañete habrá muerto quizás.

—¡Qué habrá muerto!

—Sí, señor. Hace muchos años que desapareció y nadie sabe á dónde fué ni ha vuelto á verlo.

—Te equivocas, Hernando.

—Si de lo contrario tuviera pruebas vuestra majestad...

—El doctor Cañete vive, está en Madrid y visita á los enfermos...

—Señor...

—Me consta.

—¡Oh!—balbuceó el escudero.—Consta á vuestra majestad...

—Sí.

—¿Y á quién visita?

—A todo el que le llama.

—Si encontrarlo fuera tan fácil...

—¿No es un médico muy conocido?

—Mucho, señor.

—Entonces...

—Han engañado á vuestra majestad.

—¿Conoces la letra del doctor?

—La he visto algunas veces, aunque hace ya muchos años.

—¿Pero la conoceriais ahora?

—Al primer golpe de vista.

—Pues mañana pondré en tus manos una receta escrita por él hace pocos dias.

—¡Una receta escrita por él... ¡Oh!... Veremos, señor, veremos.

—No mas tarde que mañana.

Hernando quedó pensativo, y quizás hubiera permanecido inmóvil largo rato, á no decirle el rey:

—Vete.

—Guarde el cielo á vuestra majestad,—contestó el escudero.

Y salió muy distraido porque ya le infundia sospechas el que tantas veces le hablase el monarca del doctor.

—¿Qué significa esto?—decia para sí mientras bajaba la escalera principal del alcázar.—¿Andará tambien en este asunto el hombre de los anteojos? ¿Estará preparando la situacion que ha de producir el desenlace de la comedia? ¿Y qué pueden haber dicho al rey que tanto empeño muestra en ver al doctor? ¿Cómo sabe si este visita enfermos, y de dónde ha de sacar esa receta? Debo ver al del los anteojos, hablarle con habilidad, si es que para él sirve de algo, y averiguaré lo que pueda haber en este

enredo antes de dar paso alguno que me comprometa. ¡Oh!... Volvemos á los misterios, á los sucesos incomprensibles, á las contradicciones y á cuanto ha estado á punto de volverme loco mas de una vez.

Así diciendo, Hernando se encaminó á casa de Cañete.

Entre tanto decia el monarca:

—¿Por qué palidece mi escudero cada vez que le hablo del doctor? ¿qué puede haber entre ambos si es verdad que no han vuelto á verse desde que nació Felipe? Preciso es aclarar este misterio que empieza á darme qué pensar, porque me hace temer nuevos enredos, nuevas intrigas como las que han estado á punto de dar al traste con todos mis proyectos. Pero yo aclararé, yo desenredaré, y lo mismo que he concluido para siempre con los amores de mis hijos, acabaré con lo demás y sabré á qué atenerme en todo, hasta en lo que toca al amoroso vasallaje de mi corazon. Veré á doña Ana... ¡Ah!... Quiero antes saber lo que significaban aquellas palabras del peluquero que sin duda dijo con mucha intencion: ahora que estoy tranquilo por la vida de mi hija, puedo ocuparme de este asunto. Lucho solo contra muchos y muy temibles enemigos, pero los venceré y escarmentaré á los que hayan abusado de mi confianza, á los que hayan intentado burlarse de mí.

Felipe IV agitó la campanilla que tenia sobre la mesa, y entró un gentil-hombre.

—¿Ha venido mi peluquero?

—No, señor; aun no es la hora de costumbre...

—No importa.

El gentil-hombre se inclinó.

—Deberia,—añadió el monarca,—estar aquí antes de la hora precisa.

—Si manda vuestra majestad que se le busque...

—Sí, que lo llamen...

—Bien, señor.

—Que le digan que no pierda un momento en venir...

—Así se hará.

—Porque hoy quiero salir mas temprano.

—¿Nada mas, señor?

—Nada mas.

Salió el gentil-hombre para cumplir la órden del monarca, y este se entregó nuevamente á sus meditaciones, concibiendo las mas lisongeras esperanzas del resultado del plan propuesto por Hernando para acabar de conquistar el corazon de doña Ana.

Lo dejaremos para volver el lado del escudero, y enterarnos de la conversacion que tuvo con el doctor Cañete.

CAPITULO XLI.

De cómo á Hernando le sucedió lo que siempre con el doctor.

Hernando tuvo la fortuna de encontrar en su casa al doctor.

Este no pareció estrañar la visita, aunque bien comprendió que algo debia suceder cuando el escudero iba á buscarle.

—Mucho me alegro de que vengais, señor Prieto,—dijo Cañete,—porque tengo que haceros una advertencia que podrá seros provechosa. Hace media hora que estoy pensando en vos, y si no hubiéseis llegado tan á tiempo, yo hubiera ido á buscaros.

—Celebro mi oportunidad,—contestó el escudero sorprendido por lo que acababa de oir.

—Sentaos y escuchadme...

—Ya os escucho,—dijo Hernando sentándose.

El doctor meditó algunos instantes y luego repuso:

—Si mal no me acuerdo os dí un consejo el otro dia.

—Me dísteis mas de uno.

—Es verdad, pero me refiero al que tenia relacion con doña Ana de Rivadeneira.

—No lo he olvidado.

—¿Y habeis hecho algo?

—Sí, y con provecho.

—Bien.

—El rey vuelve á mostrarse conmigo como siempre...

—Lo cual es debido...

—A que he halagado su pasion...

—No basta con que le hagais concebir esperanzas que pueden verse desvanecidas en un momento.

—Por ahora...

—¿Qué habeis hecho, señor Hernando?

—Hace una hora...

—¿Habeis hablado de la condesa á su majestad?

—Sí.

—¿Es eso todo?

—¿Qué mas podia hacer?

—Entonces estais perdido,—replicó Cañete.

—¡Perdido!—replicó el escudero con sorpresa.

—Sí.

—Esplicaos.

—No ignorais, señor Hernando, que hay en Madrid un estudiante...

—¡Andrés Cornejo!

—El mismo.

—¡Oh!...

—Que ya os ha dado bastante que hacer.

—No poco, ¡vive el cielo! pero le llegará su dia.

—Mucho cuidado con él.

—¿Qué quereis decirme?

—Que ese estudiante travieso es amigo del sobrino de Canuto del Rincon.

—Caballero,—dijo Hernando que en pocos instantes habia olvidado el papel que le convenia representar,— vos que todo lo sabeis...

—No sé mas que vos.

—Podeis decirme lo que yo ignoro.

—Creo que os equivocais.

—¡Oh! Ese estudiante...

—Es muy atrevido.

—Lo sé.

—Muy astuto.

—Bastante.

—Y ronda la calle del Sacramento.

—Sí, sí, ronda la calle; pero su amigo...

—El sobrino de Canuto entra en casa de la condesa muchas veces al dia,—dijo Cañete.

—Tambien es verdad; ¿pero con qué fin?

—¿No lo sabeis?

—No.

—Yo tampoco.

—¡Oh!...

—Si á vos que os interesa no lo habeis averiguado, figuraos que yo...

—Debeis saberlo todo, caballero.

—Estais en un error.

—Ya sabeis lo que ese secreto me importa...

—Mucho.

—Y si es verdad que no os es indiferente mi fortuna...

—Veo,—interrumpió el doctor con su acostumbrada calma,—que os gusta que todo os lo den hecho.

—Caballero,—murmuró el escudero picado en su amor propio.

—Mas interesado aun que el rey estais vos en los amores de doña Ana, y sin embargo, no os habeis tomado la molestia de averiguar lo que en ellos hay.

—Esa suposicion...

—Es la verdad.

—Os equivocais.

—Decid si habeis hecho mas que observar de noche al músico y desesperaros de dia porque siempre encontrais al barbero en casa de la condesa.

—¿He podido hacer algo mas?

—Bien sin miramiento ni recato ronda el uno y entra y sale

el otro como si nada les importase que sus pasos fueran conocidos, y por consiguiente, no creo que el averiguar lo que deseais sea tan difícil.

—Muy fácil para vos que pareceis dotado de un poder sobrenatural, de un don de adivinacion...

—De mucha fortuna.

—No me cabe duda que sabeis cuanto se refiere á los amores de doña Ana.

—Una sola cosa sé.

—¿Cuál?—preguntó afanosamente Hernando.

—Que se encontrará chasqueado el rey si en ese asunto no le servís mas que con palabras lisonjeras y vanas esperanzas.

—Pero...

—No puedo deciros otra cosa.

El escudero palideció.

—¡Oh!—exclamó.—Esos miserables rapaces...

—No hay que despreciarlos.

—¿Pero qué debe temerse de ellos? ¿Qué papel pueden representar, tratándose de una de las primeras damas de la córte?

—El uno debe ser amante y el otro protector.

—Imposible parece...

—Pero no lo es.

—Por desgracia he llegado á convencerme de lo mismo que vos.

—Lo que no sabré deciros es si el que enamora es el estudiante, protegido por el barbero, ó este es el amante, encubierto por aquel.

—Parece natural que el que ronda y canta...

—¿Y si Cornejo finge ser el amante para llamar vuestra atencion y que no os cuideis de su amigo?

—Todo es posible,—dijo el escudero inclinando sobre el pecho la cabeza como para meditar.

—Señor Prieto,—repuso Cañete,—si hubiérais estudiado en Alcalá de Henares siquiera un par de años, sabriais de lo que

es capaz un estudiante; pero no conoceis sus travesuras, y os parece que sobre todo están las intrigas cortesanas.

—Me habeis hecho concebir una sospecha...

—Os he dicho lo que me parece, pero nada os aseguro.

—¡Oh!...

—Habeis estado muy torpe y dejais perder un tiempo precioso.

—No lo pierdo...

—Si no haceis mas que atizar el fuego de la pasion del rey, hablándole de doña Ana...

—Mas he hecho...

—Como nada decíais...

—He decidido á su majestad...

—¿A qué?...

—A que haga una visita á la condesa.

—¿De noche?

—Sí.

—Me tranquilizais.

—¿Es decir que encontrais acertado?...

—Sí, sí...

—Ahora voy á ver á doña Ana...

—Con ella está el sobrino de Canuto...

—¡Vive Dios!...

—Dejad para mas tarde la visita y no tendreis el disgusto de ver al barbero.

—¿Cómo sabeis?...

—¿Qué os importa?

—¡Oh!...

—Tomad mi consejo si quereis...

—Lo tomaré.

—Dentro de dos horas...

—Gracias, caballero.

—¿Habeis venido quizás á hablarme de esto mismo?

—Sí.

—Pues por mi parte nada mas tengo que deciros.

—Yo tampoco...

—Entonces, con vuestra licencia, voy á salir de casa para acudir á un negocio que me interesa mucho,—dijo el doctor.

Y se puso de pié y tomó su sombrero.

Hernando dudó si hablar del asunto que le habia llevado allí, pero comprendiendo que detener para esto al doctor era demostrar un interés inconveniente, decidió callar, mal que le pesase, y dejar para otro dia el punto en cuestion.

—No quiero deteneros,—dijo.

Vamos pues,—contestó Cañete.

Y salieron ambos, separándose en la puerta como los mejores amigos.

CAPITULO XLII.

Apuros de Canuto.

El calor de aquel dia era sofocante, y Canuto no habia dejado de andar en tres horas entre idas y venidas á palacio, á su casa y á la de doña Margarita. El pobre estaba molido, medio ahogado cuando acabó de cumplir todas las órdenes que habia recibido, y se retiró á su vivienda para descansar mientras llegaba la hora de ir á peinar al monarca. Pero no bien se hubo sentado y limpiado el copioso sudor que bañaba su escuálido rostro, cuando llegaron de parte de su majestad para mandarle volver á palacio con toda urgencia.

—¡Oh!—exclamó mirando á Felipe Augusto que sin cuidarse del cansancio del peluquero, punteaba su guitarra.—Ya ves la vida que paso.

—Bien decís,—contestó el mancebo con burlona gravedad;—los hombres de Estado no se pertenecen...

—¡Felipe Augusto!...

—Su majestad os espera, señor cortesano.

—Sabes que te tengo prohibidas ciertas burlas...

—Que puede costaros caro hacerle esperar al rey.

—Bien, bien... Y tan caro como puede costarme si cojo un tabardillo... ¡Con el calor de hoy!... Paciencia, paciencia.

Canuto agitó la nariz, encargó al mancebo que no se moviera de casa, y salió.

Bañado en sudor y jadeante de fatiga llegó al alcázar real.

—¿Te ha tragado la tierra?—le dijo el monarca al verlo.—No pareces ni muerto ni vivo.

—Señor,—contestó el pobre peluquero que apenas podia respirar ni hablar.—Perdone vuestra majestad, pero solo hace algunos minutos que han ido á buscarme.

—Lo cual se hubiera escusado viniendo tú.

—Es verdad, pero... esperaba la hora..

—Bien, ya estás aquí que es lo que importa.

—Esperando las órdenes de vuestra majestad.

—Te quiero para hacerte una pregunta; pero te prevengo que has de contestarme pronto, clara y terminantemente, y con las menos palabras posibles.

—Señor, por servir á vuestra majestad me convertiré en abreviatura.

El monarca no pudo contener una sonrisa, y luego repuso:

—No habrás olvidado que hace tres dias salístes de aquí con un don Juan...

—¡Oh!—murmuró el peluquero, sacudiendo su larga nariz.—Hay cosas que no pueden olvidarse...

—Recordarás tambien que le hablastes de unos amores suyos con cierta dama, galanteada tambien por no sé qué mozalvete atrevido...

—Señor....

—Aguarda.

—Escucho.

—Y que dijistes á don Juan que habia perdido la partida y que no se hiciera ilusiones porque al fin su rival, aunque pobre, era jóven, travieso, valiente...

—¡Oh!...

—Todo eso...

—Es verdad, señor.

—¿Con que es verdad que ese rival afortunado?...

—Pero, señor,—interrumpió Canuto que no acertaba á comprender lo que oia y estaba sorprendido.

—Acuérdate de que quiero pocas palabras, y esas, claras, terminantes...

—¿Puedo decir mas claramente á vuestra majestad que es muy cierto que así hablé al don Juan del otro dia?

—No necesito que lo afirmes ni tampoco preguntártelo; lo que has de esplicarme es el significado de tus palabras.

—¡El significado de mis palabras!...

—Sí.

—¿Acaso ignora vuestra majestad que aquello fué decir lo primero que se me vino á la boca sin mas intencion que la de hablar porque así era preciso?

—¡Canuto!—replicó severamente el monarca.

El peluquero tembló, volvió á sudar, no de calor, sino de miedo, y sacudió su larga nariz.

—¡Señor!—exclamó con acento lastimero y cruzándo las manos en ademan de súplica.—Tenga vuestra majestad compasion de mí...

—A quien me ofende...

—¡Ah!... Si vuestra majestad ha podido figurarse que tuve el pensamiento criminal de llamarle viejo...

—¡Nécio!—replicó el rey.—¿De dónde sacas tan descabellada idea?

—Señor...

—Bien sabes fingir...

—¡Dios mio!...

—Algo mas que tu fortuna juegas en esta ocasion...

—¿En qué he ofendido á vuestra majestad?

—En engañarme.

—¡Engañarle!... ¡Oh!—exclamó Canuto sacudiendo de tal manera su nariz que parecia que iba á rompersele.—Quíteme

LÁMINA 9.ª — ¡Justicia, señor, justicia! — dijo el peluquero.

vuestra majestad la vida, pero no lance sobre mí semejante acusacion...

—Basta.

—Señor...

—¿Por qué hablastes de esos amores?

—Para decir algo y cumplir las órdenes de vuestra majestad...

—Mientes.

—¡Oh!...

—Pero ya que en negar te empeñas, yo te preguntaré de otro modo y veremos si te atreves á no decir la verdad.

—Quedará convencido vuestra majestad.

—Tú conoces á un estudiante que se llama Andrés Cornejo.

—Sí, señor,—dijo Canuto que empezó á comprender al rey y tuvo mas miedo que antes, porque sospechó que habia de concluirse por los amores de Felipe Augusto y la condesa.

—Ese estudiante...

—Lo conozco solamente de que es amigo de mi sobrino.

—¿Y es verdad que está enamorado de una de las principales damas de la córte y que se atreve á galantearla?

—¿Quién, mi sobrino ó el estudiante?

—Sí, el estudiante.

—Lo ignoro, señor.

—¡Canuto!

—Juro á vuestra majestad...

—Pero sabrás decirme por qué va tu sobrino con tanta frecuencia á casa de la condesa de Fuensanta.

—Señor, va todos los dias á peinarla una vez, ó dos, si así se lo manda la señora condesa, porque tenga que asistir á algun sarao.

—Es que vá tres, cuatro ó mas veces cada dia.

—¡Cuatro veces!—exclamó Canuto, abriendo estremadamente los ojos y agitando la nariz.

—Sí, cuatro ó mas.

—Han engañado á vuestra majestad, señor.

—Tengo pruebas...

—¡Oh!...

—Ahora esplica...

—Vuestra majestad comprende que no puedo responder de lo que hace mi sobrino cuando sale de mi casa, ni tampoco, cómo ha de decirme que comete tan imprudente locura.

—Pues es preciso que lo sepas.

—¿Y á qué va tantas veces á ver á doña Ana?

—Es lo que quiero saber.

—No acierto...

—Puedo asegurarte que, ó protege los amores de su amigo Cornejo, ó él es el enamorado.

—¡Señor!...

—Tengo tambien pruebas...

—¡Oh!... ¿A tanto se atreveria?... Una cosa ú otra seria un delito imperdonable, y yo, antes que vuestra majestad, seria el primero en castigarlo sin compasion.

—Son locuras de la juventud que no merecen castigo, pero que deben evitarse, porque pueden tener fatales consecuencias.

—Ese muchacho será mi perdicion...

—Puedes evitarla, averiguando la verdad del caso.

—Lo haré, señor, lo haré...

—Y ha de ser pronto.

—Cuanto antes se me presente ocasion...

—Hoy mismo.

—Señor, tenga en cuenta vuestra majestad...

—Ha de ser hoy.

—El carácter de mi sobrino...

—Canuto...

—Su astucia...

—Lo he dicho una vez.

—Suplico á vuestra majestad...

—Basta.

—¡Oh!...

—¿Qué merito tendria el hacerlo cuando buenamente se presentase la ocasion?

—Pero cuando no es posible otra cosa...

—¿De qué te sirve entonces tu ingénio?

—Señor, si no consigo satisfacer los deseos de vuestra majestad, no será por dejar de hacer cuanto está en la mano del hombre.

—Ya te he dicho que en esta ocasion juegas mas que tu fortuna...

—¡Dios me ilumine!

—Hemos concluido.

—¿Me voy, señor?

—Antes me peinarás.

Canuto sacudió la nariz y se dispuso á ejercer las funciones de su oficio.

El rey no se cuidó de mirarse siquiera al espejo.

Nunca habia mostrado el buen Rincon tanta ligereza: es verdad que nunca tampoco habia peinado tan mal al monarca, y como este no hizo ninguna observacion, aquel terminó en pocos minutos su tarea, porque lo que le importaba era quedar cuanto antes libre para ir á consultar con el de los anteojos sobre el apuro en que se encontraba.

—¿No acabas?—dijo el rey por decir algo, pues ni siquiera sabia el tiempo que tenia su cabeza entre las manos de Canuto.

—He concluido, señor,—respondió este.

—Me alegro...

—Mire vuestra majestad si...

—Está bien... como nunca... Véte.

No esperó el peluquero segunda órden, y salió con cuanta prisa pudo.

—¡Ah!—exclamó mientras se alejaba.—El compromiso es grave y mi perdicion segura si no acierto á obrar con prudencia y tino. Con bastante claridad me lo ha dicho: «juegas en esta ocasion algo mas que tu fortuna...» ¡Oh!... Me perderá ese mu-

chacho. Bien dice el refran, cria cuervos y te sacarán los ojos... Triste es estar constantemente amenazado de un peligro, encontrarse en un apuro antes de salir de otro. ¿Quién me ha metido en tales enredos? ¿Qué voy ganando? Es lo cierto que hasta hoy no han entrado en mi bolsillo mas que los escudos que me dió el señor Hernando por llevar la primera carta, y despues todo han sido promesas y esperanzas, pero nada mas, y estas mezcladas de sustos capaces de quitar la vida al hombre mas sereno. Y lo peor es, que aun no he comprendido mi situacion. ¿Por qué todos vienen á mí y me meten en intrigas que me son completamente estrañas? Lo ignoro. El rey, el señor Hernando, el hombre de los anteojos... No faltaba mas sino que me hicieran entender en las calaveradas de Felipe Augusto y en las estravagancias de la condesa, y ya ha sucedido.

Canuto sacudió la nariz, se limpió el sudor que corria en abundancia por su frente y sus megillas, y prosiguió diciendo:

—Ya no puedo mas... Se me acaban las fuerzas, y para que nada falte quema hoy el sol como nunca... ¡Oh!.. ¿Qué será de mí si se empeña el rey en hacerme responsable de los pecados de otro?.. No, no estoy dispuesto á sufrir la pena que no he merecido, y en último caso echaré por medio y dire claramente al rey todo lo que sé y hasta lo que sospecho, porque yo soy antes que todos. ¡Ah! ¡y cuán pasajeras son las esperanzas y la dicha!... Ayer me veia en la cumbre del favor real tocando honores y riquezas, y hoy me encuentro al borde de un abismo, amenazado por la justa cólera del rey, y sin ver, ni lejana, la fortuna que tuve tan cerca.

El peluquero se limpió nuevamente el sudor, y á pesar de que se sentia medio ahogado, hizo un esfuerzo y movió con mas velocidad sus larguísimas y flacas piernas.

CAPITULO XLIII.

De cómo Canuto empezó á tranquilizarse.

El rostro del peluquero estaba ya amoratado cuando llegó á casa de Cañete.

—¡Oh!—murmuró mientras llamaba á la puerta.—Si no lo encontrase...

El negro Juan se asomó á una ventana, miró á Canuto, y antes que este le preguntára, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Baja,—le dijo el peluquero.

El esclavo obedeció, abriendo á los pocos instantes la puerta.

—¿Tardará en volver tu amo?

El negro se encogió de hombros.

—Díme la verdad; ya sabes que soy su amigo y que de mí no se guarda.

Juan repitió su movimiento de hombros.

—Tengo que hablarle de un asunto que le interesa mucho, y tu reserva podria perjudicarle.

Como el esclavo no podia espresarse con palabras, hizo nuevamente señas que significaban que nada sabia.

—¡Ah!—exclamó Canuto con desfallecida voz.—Todo se

ha perdido... ¿Qué he de hacer ahora? Si le aguardo y tarda perderé un tiempo precioso, y si me voy... ¡Oh!... Además, estoy tan fatigado... Pero es preciso aprovechar los momentos... Volveré, Juan: dí á tu amo que me espere, porque tengo que hablarle de un asunto importantísimo, sobre... ¡No pensaba que no puedes esplicarte!... ¡Todo se conjura contra mí!... En fin, díle que me espere, que se lo ruego, que nos interesa vernos.

Decidido á entrar en esplicaciones con Felipe Augusto, se dirijió el peluquero á su casa, pero como aquel dia la fatalidad lo perseguia tan tenazmente, no encontró tampoco al mancebo.

—¿Dónde está mi sobrino, dónde?—preguntó el infeliz Canuto á la vieja sirviente.

—¿Acaso,—respondió esta,—dá el mancebito cuenta á nadie de sus acciones? Se ha ido...

—Le mandé terminantemente que me esperase.

—Pues no ha querido obedecer.

—Esto es intolerable...

—Sois muy blando, señor.

—Demasiado bueno, lo sé; pero desde hoy...

—Sucederá lo mismo que siempre.

—¿Hace mucho tiempo que salió?

—Tampoco lo sé.

—¡Oh!...

—Ya que no por otro miramiento, siquiera por el interés que debe tomarse en la seguridad de la casa, debió haberme avisado para que yo pudiera correr el cerrojo de la puerta. Pero nada, se fué sin decir una palabra y yo quedé sola y vendida, sin mas guarda que el picaporte...

—Ese muchacho me quitará la vida.

—¿Qué hará entonces conmigo?

—Señora Marcela,—repuso el peluquero con severidad,—cuando vuelva mi sobrino, decidle que me espere, y si veis que intenta salir, echad la llave y guardadla.

—¿Para que me diga alguna desvergüenza?

—Os hago responsable...

—Señor...

—Basta... Me voy.

Canuto salió nuevamente para volver á casa del doctor; pero ya no pudo andar tan aprisa.

Lo dejaremos por algunos minutos para ir á casa de la condesa, porque así lo requiere el buen órden é inteligencia de los sucesos que tenemos que referir.

En el gabinete que ya conocemos, estaba doña Ana, Felipe Augusto y el doctor.

Este hablaba, y aquellos lo miraban y escuchaban con tanta atencion, que parecia que esperaban la sentencia de su felicidad ó desdicha.

—Señora,—decia Cañete con su calma habitual,—un enamorado tenaz puede divertir, pero si este es un rey, no hay que reirse ni dejarlo, sino defenderse y desengañarlo de una vez.

—Dadme la ocasion,—contestó doña Ana,—y vereis si sé quitar esperanzas locas.

—La tendreis muy pronto.

—Nunca me ha hablado el rey claramente de su amor.

—Os hablará.

—¿Así lo creeis?

—Lo sé.

—¡Oh!—murmuró el mancebo cuya frente se contrajo.

—Hoy,—repuso Cañete,—vendrá á veros el señor Hernando y os anunciará una visita del monarca.

—¡Una visita del rey!—exclamó la condesa.

—Sí.

—Llevará una contestacion que no le deje duda de lo que debe esperar de mí.

—No es bastante,—dijo el doctor.

—¿Pues qué he de hacer?

—Lo primero, acostaros, porque estais enferma.

—¡Caballero!...

—Y así os escusareis de recibir á su majestad.

—Pero mi dolencia...

—Durará algunos dias.

—Y al fin...

—Os pondreis buena.

—¿Y entonces?

—Otorgareis la demanda...

—¡Caballero!—exclamó Felipe Augusto.

—No os asusteis por tan poco...

—No me asusto, pero...

—Calma, señor Felipe, calma.

—¡El rey aquí!...

—Si lo dejais entrar...

—Teneis razon, no lo dejaré entrar, no respetaré su corona...

—Si teneis confianza en vos mismo, completa seguridad de que no os temblará la mano...

—¡Temblar!... ¡Oh!...

—¿Qué intentais?—dijo la condesa.

—Señora, descuidad, no habrá ninguna desgracia.

—Pero...

—El rey, en una aventura nocturna, puede sacar la espada, pero nada mas que sacarla.

—No comprendo...

—Os lo esplicaré otro dia.

—Ahora.

—Falta tiempo.

—Siquiera indicar...

—Señora, ¿teneis confianza en mí?

—Completa.

—Entonces dejadme obrar.

—¡Oh!...

—Si quereis ser felices...

—Ese misterio...

—Repito que lo esplicaré.

—Sea cual fuere el fin que os propongais,—repuso la condesa,—vuestro plan es peligroso...

—Yo lo acepto,—replicó Felipe Augusto.—Es preciso, señora, que el rey, no solamente desista de su empeño loco, sino que se convenza de que vuestro corazon es mio.

—¿Pensais que quiero ocultarlo?—dijo doña Ana, mirando al doncel y sonriendo dulcemente.

—Esa sospecha os ofenderia, yo no puedo ofenderos.

—No temo que se descubra mi amor, sino poneros en un peligro muy grave.

—Señora,—dijo el doctor, levantándose y disponiéndose á salir,—¿os he dado alguna prueba de amistad?

—Sí, caballero,—respondió la condesa.

—¿He probado tambien que me interesa la suerte del señor Felipe Augusto?

—No puede dudarse.

—Entonces...

—Basta;—interrumpió doña Ana con dulzura,—tengo en vos una confianza ciega...

—Gracias, señora.

—¿Cuando vendrá el escudero?

—Antes de dos horas.

—Estaré acostada, le dirán que me encuentro enferma, y si muestra empeño en verme, lo recibiré en mi dormitorio.

—Eso es.

—¿Y yo?—preguntó Felipe Augusto.

—Volved á vuestra casa, y si Canuto os pregunta sobre vuestros amores, respondedle sin decirle nada, reiros, haced lo que vuestro ingenio os dicte, pero de manera que ni afirmeis ni negueis.

—Sí, sí, os comprendo: contestaré de manera que si dudas tienen ahora, mas dudas tengan con mis esplicaciones.

—Perfectamente.

—Descuidad.

—Vamos, pues,—dijo Cañete.

—¿A dónde?

—A vuesta casa vos, y yo á la mia.

—¿Ahora?

—Sí, porque el escudero puede adelantar la hora de su venida, y si os encuentra aquí, todo se perderá.

—Bien, nos iremos y así podreis esplicarme por el camino...

—Nada, porque nos separaremos en la puerta.

Y Cañete y el doncel se despidieron de la condesa y salieron.

Entre tanto el peluquero llamaba otra vez á la puerta de la casa del doctor.

El negro se asomó á la ventana y luego bajó y abrió.

—¿Ha vuelto?—preguntó Canuto.

Juan hizo una seña negativa.

—¡Oh!—exclamó el peluquero, apoyándose en el dintel de la puerta.—No puedo mas.

Y sacudiendo la nariz, y limpiándose el sudor, meditó algunos instantes y luego repuso:

—¿Me permitirás esperarle?

El esclavo inclinó la cabeza y dejó el paso libre.

Canuto subió, entró en el aposento que ya conocen nuestros lectores, y como el que ha agotado sus fuerzas, se dejó caer en un sillon, echando atras la capa y quitándose el sombrero.

—¡Ah!—exclamó con voz ahogada.—¡Gracias á Dios que me siento!...

No pudo decir mas; quedó silencioso, y aunque quiso reflexionar sobre su situacion, no le dejó la fatiga.

Afortunadamente, y como ya sabemos, Canuto debia llegar muy pronto, y así sucedió, porque á los pocos minutos se presentó á la puerta del aposento como un fantasma que se aparece.

—¡Ah!—exclamó Canuto, cuyos ojuelos brillaron alegremente.

Y se levantó; pero tuvo que sentarse otra vez porque apenas podia sostenerse.

—¿Qué os sucede, señor Canuto,—dijo el doctor,—que estais como quebrantado y dais tales muestras de abatimiento?

—No puedo mas, amigo mio, no puedo mas;—respondió

el peluquero.—He recorrido veinte veces la villa sin descansar, y estoy medio ahogado.

—Si no es mas que eso, pronto os encontrareis bien.

—La fatiga no me importa porque descansaré, pero el apuro en que me encuentro...

—Eso es otra cosa.

—Amigo mio,—dijo el peluquero despues de agitar su nariz,—nunca como ahora necesito la luz de vuestros consejos.

—Ya sabeis que os los he dado siempre con el mayor gusto.

—Ya no se trata de mi fortuna, sino de algo mas, y este algo puede ser mi cabeza...

—¿Estais en vuestro juicio?

—Poco me ha faltado para perderlo.

—No conozco el peligro que os amenaza, pero de seguro exagerais.

—Que juego en esta ocasion algo mas que mi fortuna, es cosa tan cierta como que con esas mismas palabras me lo ha dicho el rey, y con un acento que no me deja duda de sus intenciones.

—El rey ha dicho eso, y sin embargo, hará lo que pueda ó lo que le dejemos hacer,—dijo tranquilamente el doctor.

—Temo que os equivoqueis.

—Sepamos de lo que se trata, aunque lo sospecho, señor Canuto.

—Nunca se os puede sorprender, porque todo lo sabeis ó lo adivinais...

—Casualidad.

—Su majestad me ha preguntado...

—¿Por Felipe Augusto?

—Sí.

—¿Con referencia á sus amores?...

—¡Oh!... ¿Cómo lo sabeis?

—Lo sospechaba, ya os lo he dicho.

—¿Pero por qué lo sospechábais?

—Porque como hace algunos dias sois el hombre de confianza

de su majestad, no es estraño que os hable de lo que reserva para todos.

—Es verdad, me honra con su confianza...

—Una prueba de ello fué el haberos elegido hace cuatro dias para que lo acompañáseis á casa de...

—¡Silencio!—interrumpió Canuto asustado.

—Nadie nos oye.

—¿Con que tambien sabeis?...

—Eso y algo mas...

—¡Oh!...

—Podeis estar tranquilo, que guardaré el secreto.

—Caballero...

—Vamos á lo que importa.

—Cada vez que hablo con vos me sorprendeis.

—Esplicaos, señor Canuto...

—¿Qué he de deciros si todo lo sabeis?

—No importa.

—Pues bien, su majestad me ha preguntado quién galantea á la condesa de Fuensanta, si Felipe Augusto ó el estudiante Andrés Cornejo.

—¿Y qué le habeis contestado?

—Que ignoraba semejantes galanteos, pero que tanto mi sobrino como el estudiante, son dos locos.

—Con cuya respuesta no habrá quedado satisfecho el rey.

—¡Satisfecho!... Me dijo que mentia...

—No se equivocó..... Es la primera vez en su vida que acierta.

—Y me mandó que averiguase la verdad.

—En todo lo posible estais obligado á servir al monarca, pero en lo imposible...

—¡Oh!... Eso mismo le dije, pero de nada me valió, amigo mio.

—¿Y cuál es vuestro apuro? No lo veo...

—¿Acaso puede ser mayor?

—¿En qué consiste?—dijo con calma el doctor.

—En que tengo que cumplir la órden de su majestad, y no sé lo que me conviene hacer, porque lo veo dispuesto á pedirme cuentas de las locuras de Felipe Augusto.

—Muy sencillo es el remedio.

—¡Sencillo!—exclamó Canuto abriendo desmesuradamente los ojos y sacudiendo la nariz.

—No sé cómo ha podido ocultarse á vuestro ingenio la conducta que os conviene seguir.

—¡Oh!... Esplicáos...

—Suponed que yo no os he dicho nada de esos amores.

—Supuesto.

—¿Qué hariais?

—Preguntar á Felipe Augusto tan seriamente como el rey me ha preguntado.

—¿Y luego?

—Decir la verdad, fuese cual fuese, porque ya no estoy en el caso de hacer mas sacrificios.

—Pues bien, preguntadle y repetid al rey las palabras de Felipe Augusto.

—¿Y si se descubre?...

—Descúbrase en buen hora y allá se las entiendan. ¿Habeis de perder la fortuna y aun algo mas, por culpas que no habeis cometido ni tolerado?

—Es verdad.

—Harto habeis hecho por ese mancebo que tan mal os paga.

—Teneis razon, caballero,—dijo Canuto algo mas animado y tranquilo.

—Y cuando el rey vea que vuestro deseo de servirle puede mas en vos que vuestras afecciones de familia, determinará todo lo que le plazca, menos haceros responsable de las acciones de otro.

—¡Ah!... ¡Sois mi salvador!

—Ya veis cómo exagerabais...

—Sin embargo, caballero, tiemblo preguntar á Felipe Augusto.

—¿Por qué?...

—Ya lo conoceis.

—Poco debe importaros que os diga una necedad: vos pagais con manifestar la verdad al rey.

—Estoy decidido á seguir vuestro consejo.

—Creo que ganareis mucho...

—Ya he descansado, y ahora mismo voy á mi casa para hablar á Felipe Augusto.

—¿Quereis algo mas?

—Que guardeis el secreto de...

—Descuidad...

—Dios os bendiga.

—Y á vos os guie.

Canuto estrechó la diestra del doctor, y salió agitando la nariz repetidas veces.

—¡Ah!—exclamó al encontrarse en la calle y respirando con toda la fuerza de sus pulmones.—Esto ya es otra cosa. Parece que me han quitado un gran peso que me ahogaba. Ese hombre tiene el don de reanimarme con sus palabras... Dice bien, el caso no puede ser mas sencillo: me figuro que nada sé de esos desdichados amores, le pregunto á Felipe, y lo que me conteste se lo digo á su majestad. Si me mandara hacer otras averiguaciones, obedeceré, dándole fielmente cuenta del resultado, y así me haré merecedor á una recompensa que á un castigo. Es verdad que entre tanto ignora porqué han de meterme en semejantes enredos, han de acudir todos á mí para mezclarme en lo que no me interesa ni entiendo; pero si consigo hacer mi fortuna, ¿qué me importa? Ya me sacará de dudas el de los anteojos que es un amigo verdadero. Empiezo á tranquilizarme... ¡Oh!... ¡Qué dia este, qué dia!... No lo olvidaré fácilmente.

Canuto aligeró el paso cuanto sus fuerzas se lo permitieron.

Llegó por fin á su casa, llamó con récios golpes, y cuando le abrió Marcela le preguntó,

—¿Ha venido mi sobrino?

—Sí, señor,—contestó la vieja.

—¿Dónde está?

—Creo que en su dormitorio, pero no puedo asegurarlo porque...

—Bien, bien.

—Ya le he dicho...

—Está bien, dejadme.

Marcela se alejó.

El peluquero entró en su habitacion.

CAPITULO XLIV.

Esplicaciones.

Felipe Augusto estaba, mas bien que sentado, recostado en una silla, con los brazos cruzados y una pierna sobre otra. En su hermoso rostro se revelaba la tranquilidad mas completa.

El peluquero lo contempló algunos instantes, agitó su larga nariz, meditó, y luego con grave tono dijo:

—Señor Felipe Augusto.

Este levantó la cabeza mientras decia para sí:

—Malo: cuando el buen Canuto me llama señor ó me da el tratamiento de vos, tenemos tormenta. A tiempo me avisó y aconsejó mi amigo el de los anteojos, porque creo que vamos á tener esplicaciones sobre mis amores. Me dispongo, pues, á reir.

Y luego añadió en voz alta:

—Buenas tardes, mi querido tio.

—Ya sabeis que entre nosotros no hay ningun parentesco,—replicó el peluquero.

—Pues bien, Dios os guarde, señor Canuto del Rincon, mi protector generoso...

—Vuestro protector nécio, porque he cometido la tontería de sacrificarme por vos para que me pagueis con ingratitud.

—¿Estais enojado porque he salido?—preguntó el mancebo.—Creo, señor Canuto, que la falta no es tan grave que merezca el que me llameis ingrato.

—¡Si no fuese mas que eso!...

—¿Pues en qué os he ofendido?—replicó el doncel, mirando sorprendido á Canuto.

—¿No lo sabeis, loco rapaz? ¿No sabeis que estais labrando mi perdicion al buscar la vuestra?

—¿Qué decís?... Me asustais...

—¡Oh!—exclamó el peluquero á la vez que sacudia su larga nariz y abria estremadamente los ojos.

—Por Dios, señor Canuto...

—¿Qué habeis hecho, desdichado, qué habeis hecho, decid?

—Pero...

—¿No habeis pensado en las consecuencias de vuestro proceder?

—Esplicaos si quereis...

—¡Que horror!—exclamó Canuto, con trágica entonacion, y estendiendo los brazos como si se le acercase un fantasma.

—Si no habeis perdido el juicio, quereis trastornármelo á mí, señor Rincon,—replicó Felipe Augusto, variando de postura y mirando con estrañeza al peluquero.

—¡Perder el juicio quien nunca lo ha tenido!...

—Gracias, mi querido protector.

—¡Infeliz!... ¿Quién te sacará del abismo sin fondo en que te ha precipitado tu locura?

—Acabemos de una vez,—replicó el mancebo mostrando alguna impaciencia y poniéndose de pié.

Pero una vez entusiasmado, poseido Canuto, era difícil, casi imposible cortar el hilo de sus declamaciones; por lo que prosiguió con el mismo tono y cómicos ademanes, diciendo:

—¿No te espanta, no te horroriza el peligro que te amenaza? ¿A dónde te ha llevado tu ciega vanidad, tu temerario orgullo, tu criminal atrevimiento?... ¡Oh!... Desgraciadamente se han cumplido mis vaticinios: en mil ocasiones te he contado la

historia de aquel antiguo y famoso caballero, llamado Icaro, que me refirió don Francisco de Quevedo, á quien tuve la honra de afeitar muchas veces, y sin embargo de ejemplo tan triste á la par que saludable, quisistes como él, remontarte al cielo sin pensar que tus álas eran de cera y habia de derretirlas el sol.

Felipe Augusto tuvo que hacer un esfuerzo para contener una carcajada al oir llamar caballero á Icaro y compararlo á él; pero logró disimular la risa con un gesto de resignacion, y cruzando los brazos y bajando la cabeza, se dispuso á escuchar hasta el fin el discurso del peluquero.

Por fortuna este se encontraba aun muy fatigado y no pudo hablar tanto como hubiera querido, por lo que se contentó con añadir en el colmo de su entusiasmo:

—¡Estás perdido, mancebo loco!... ¡Mírate y te espantarás!... ¡Oh!... ¡Desdichado, has cometido un delito de lesa-majestad!

Y dejándose caer en una silla, sacudió repetidas veces la nariz y se limpió el sudor que en abundancia corria por su frente.

—Contestad,—dijo despues de tomar aliento,—contestad, señor Felipe Augusto, á los terribles cargos que acabo de haceros.

El mancebo contempló á Canuto por algunos instantes y como quien oye hablar en estraña lengua que no entiende, y luego se entreabrieron sus lábios con sospechas, no mas que con sospechas de una sonrisa, y dijo:

—Son muy terribles vuestros cargos, es verdad, pero por lo mismo, no me han hecho ningun efecto. Habeis hablado de crímenes contra el rey... Francamente, señor Canuto, creo que estais de muy buen humor y os chanceais.

—¡Señor Felipe Augusto!—exclamó el peluquero.

—Señor Rincon...

—Tomais á broma...

—¿Me equivoco?

—¿Y lo dudais? ¿Pues qué mi rostro no os dice lo que siento?

—Entonces permitidme que os diga que me he quedado á oscuras.

—¡Oh!...

—No os enfadeis, será torpeza mia...

—¿Es posible que tengas audacia para fingir de esa manera?

—Hablemos claramente, señor Canuto.

—¡Claramente!...

—Sí, decidme, no haciendo aspavientos ni á guisa de predicador, sino lisa y llanamente, de qué se trata, porque la verdad, no sé qué tenga que ver el rey conmigo ni yo con el rey.

—¿Te burlas?

—Si no os enfadáseis os diria una cosa.

—¿Qué?

—Que vuestras acusaciones no pueden escucharse sériamente.

—¡Dios mio!... ¿Qué hay para vos entonces grave?

—La verdad ó lo que cabe en lo posible...

—Basta...

—Sí, basta para broma.

—Pero entre tanto nada respondes...

—Si teneis á bien esplicaros...

—¿Otra vez?

—¿Lo habeis hecho alguna?

—Paciencia ¡oh! paciencia...

—Os he rogado que me digais sin rodeos en qué consiste mi delito.

—¿No sabes que los lábios se resisten á pronunciar ciertas palabras?

—Cualquiera que os oyese creeria que he intentado asesinar al rey ó cometido algun sacrilegio.

—No hay mucha distancia.

—¡Señor Canuto!

—Atreveros á poner vuestros ojos, vuestro pensamiento... ¡Oh!... ¡Me horroriza el pensarlo!...

—Mis ojos... mi pensamiento... ¿En qué, en dónde?

—¡Dios bendito!...

—Esplicaos.

—¡Que horror!...

—¿Acabareis?

—¡Y sabiendo, como todo el mundo lo sabe, que su majestad!... Parece imposible.

—Os vais haciendo pesado.

—Cuidado con faltarme al respeto...

—Estais apurando mi paciencia.

—Poco os queda ya, seor loco, de escucharme.

—¿Pero quereis que acabemos de entendernos?

—¿Todavía finges que no sabes de qué hablo?

—Es que como no he cometido ningun crímen...

—Sí, porque crímen debe considerarse ese amor, ó mejor dicho, ese estravío de la razon...

—¡Amor!...

—Que te costará la cabeza, pero no me comprometeré por salvarte.

—Hablais de amor y del monarca,—replicó el mancebo sin poder contener la risa;—¿creeis que estoy enamorado del rey?

—¡Señor Felipe Augusto!

—De una vez decid...

—Miserable criatura, que ni aun nombre tienes, que eres menos que villano; pobre y triste barbero, aspirante á peluquero, ¿cómo te has atrevido á levantar los ojos hasta la dama mas noble y hermosa de la córte?

—¿Qué estais diciendo?

—¿Cómo has tenido valor para galantear nada menos que á la condesa de Fuensanta?

Felipe Augusto soltó una carcajada estrepitosa.

Canuto sacudió la nariz, y con los ojos abiertos como si fuesen á salirse de sus órbitas, pálido y desfigurado el rostro, se puso de pié como si le hubiese picado una víbora.

—¡Desdichado!—exclamó.

—¿Y es ese el crímen?—dijo el mancebo sin alterarse.

—¡Oh!...

—Despues de tanto hablar...

—¿Con que no es nada el que te atrevas á galantear á una condesa?

—Sosegaos...

—¿No es nada que te declares rival del rey?

—Sosegaos, repito, y escuchadme.

—No tienes escusa.

—Ni la he menester.

—¡Audácia sin igual!

—Primeramente, señor Canuto del Rincon, falta saber si es verdad que yo enamoro á doña Ana.

—¿Lo negarás?

—Todo lo mas os permitiré que lo supongais para preguntaros si es un crímen amar.

—Segun.

—¿Porque ella es la condesa de Fuensanta?

—Sí.

—¿Y si quiere rebajarse hasta el pobre barbero sin nombre, ó subirlo á su altura? ¿No es dueña de su corazon y de sus acciones? ¿Quién, ni el mismo rey, puede privarla de amar á un hombre, mientras sea con fines honestos? ¿Y en qué consiste mi crímen si yo ofrezco mi mano á una dama principal? ¿Sabeis quién es el criminal? El que no aspira mas que á satisfacer su capricho para abandonar luego á la infeliz que ha tenido un momento de debilidad, dejándola con su deshonra y un remordimiento.

—¡Oh!...

—¿Puede prohibirme el rey que yo ame á doña Ana? No alcanza á tanto su poder.

—¿Pero no comprendes?..

—Cuidado,—interrumpió el barbero,—que esta es una suposicion.

—¿Entonces?...

—He supuesto, como vos, y nada mas.

—¿Qué significan tus visitas frecuentes á la condesa?

—Que necesito verla amenudo para cumplir las órdenes que me dá.

—No me satisface esa contestacion.

—¿Qué quereis que os diga?

—Si amas á la condesa y eres correspondido.

—Pues no puedo sacaros de dudas.

—¡Felipe Augusto!...

—¿Os lo ha preguntado el rey?

—Sí.

—Pues respondedle que no podeis conseguir hacerme hablar sériamente sobre ese punto.

—Eso no le contentará.

—¿Y no os ha hablado tambien de mi amigo Andrés Cornejo?

—Sí.

—¡Pobre Andrés!

—Segun las apariencias, él es el amante...

—Entonces preguntadle, que estoy seguro de que os contestará en latin.

—¿Es decir que pensais, tú y él y él y tú burlaros del rey y de mí?

—Lo que pensamos es no escuchar palabras necias.

—¡Señor Felipe!

—Su majestad desea saber quién canta algunas noches en la calle del Sacramento.

—Y á quien ama la condesa...

—Eso ya es cosa de ella, preguntádselo, que así como creo que el estudiante os contestaria en latin, creo tambien que doña Ana lo haria señalando hácia la puerta y callando.

—En último resultado...

—Decis cosas tales que no quiero tratar de ellas.

—Pero te burlas de mí...

—Sí,—replicó descaradamente el mancebo.

—Que es lo mismo que burlarte del rey.

—Su majeslad juzgará.

—Hemos concluido.

—Me alegro.

—No volverás á salir de casa sin mi permiso.

—Entonces hemos acabado de ser tio y sobrino...

—¿Cómo?...

—Me declaro independiente.

—¡Felipe Augusto!

—Si estoy enamorado ó soy el protector del estudiante, no os importa: decid al rey lo que os digo y así no teneis responsabilidad.

—¿No temes?...

—Nada, porque mi conciencia está tranquila.

—¡Oh!... Has perdido el juicio.

—Mas vale ser loco que tonto.

El peluquero dejó caer la cabeza entre las manos, y quedó largo rato pensativo y silencioso.

—Felipe Augusto, —dijo luego con acento dulce.

—¿Qué mandais?

—Nada, porque ya no reconoces mi autoridad, lo confieso con pena.

—Pero reconozco lo que os debo.

—¡Ah!... si así fuese...

—¿Lo dudais?

—Sí, porque ni obedeces mis mandatos ni te conmueven mis súplicas.

—Señor Canuto...

—Estoy en el mayor de los conflictos... ¡Conflicto digo!... En el peligro mayor; tú solo puedes salvarme y me abandonas.

—No os comprendo.

—El rey me ha exigido terminantemente lo que no puedo cumplir.

—¿Qué cosa es?

—Que averigüe quién es el que galantea á doña Ana de Rivadeneira.

—Si os poneis á observar en la calle del Sacramento, no

adelantareis mas que el señor Hernando, que ya lo hace, es decir, saber que hay un rondador nocturno que canta, y que yo entro de dia en casa de la señora condesa; de manera que para averiguar lo que el rey desea saber, no teneis mas medio que preguntarme.

—Eso mismo he hecho.

—Si yo niego ó no os respondo, ¿qué culpa teneis vos? Así lo reconocerá el monarca, y si no queda contento, tampoco os hará cargos, porque no puede llevar hasta tal punto la arbitrariedad y la injusticia.

—¿Pero cómo ha de creer que te has negado á responderme, que te has rebelado contra mi autoridad de tio, y que te has burlado de mí?

—Que me lo pregunte él y se convencerá.

—¿Te atreverias?...

—Le diria que los secretos de mi corazon estan fuera del dominio de su autoridad.

—¡Si te vieses en su presencia y fijase en tí aquella mirada penetrante y dominadora!..

—Tengo firmeza para resistirla, valor para no temblar á sus amenazas.

—¡Oh!...

—Desgraciadamente no sucederá así, porque el monarca no ha de rebajarse á entrar en esplicaciones conmigo; pero si tal hiciese, por uno de esos caprichos que suelen tener los reyes, os aseguro que no adelantaria mas que vos.

—Pues por lo mismo que no sucederá, que solo yo he de hablarle de eso, y que no ha de creerme, te ruego, te suplico que me saques del apuro.

—Apuro imaginario.

—No hay duda que uno de vosotros dos, jóvenes inespertos y atrevidos, es el amante de la condesa.

—Cabe en lo posible.

—Pues bien, si tú eres el amante, renuncia á la condesa, porque tarde ó temprano ella te volverá la espalda; y si eres el

protector del estudiante, déjalo que se gobierne solo y salga por donde pueda.

—Si soy yo el amante, —dijo con firmeza Felipe Augusto,— no renunciaré á doña Ana, antes me dejaré matar mil veces; y si soy el protector de Cornejo, antes que faltar á la amistad consentiria perder la vida. Puede suceder que no sea ni lo uno ni lo otro, y en tal caso callaré tambien; no lo sabreis, porque no lo diré ni á vos, ni al rey ni á nadie.

—Felipe Augusto...

—No os canseis porque es en vano: pedidme todos los sacrificios imaginables, pero no me hableis de doña Ana ni de Cornejo.

—¡Ah!...

—Ya me conoceis...

—Bastante.

—Y bien sabeis que cuando formo propósito de una cosa es imposible hacerme desistir.

Canuto exhaló un suspiro y quedó silencioso, triste y con muestras del mayor abatimiento. Se habia convencido de que nada adelantaria, y aunque estaba decidido á seguir el consejo del hombre de los anteojos, que era el mismo que el de Felipe Augusto, no estaba tan tranquilo que por lo menos no temiese perder el favor del monarca.

El mancebo esperó largo rato, y viendo que el peluquero no hablaba, le dijo:

—Parece que he logrado convenceros...

—No,—contestó tristemente Canuto.

—Lo siento.

—Verás el resultado.

—¿Y si os equivocais?

—Me alegraré.

—Os engañan, señor Canuto.

—¡Que me engañan!... ¿Quién?

—Todos sin esceptuar al rey.

—¡Ah!...

—Os sobra entendimiento, pero os falta malicia.

—Puede ser, pero...

—Teneis un corazon noble y nunca sospechais de nadie.

—Eso es verdad.

—Pues bien, no seais instrumento de otro que haga su fortuna sirviéndose de vos.

—Basta con la primera vez que abusaron de mi noble credulidad.

—Esta es la segunda.

—¡Engañarme el rey!...

—Lo mismo que otro cualquiera.

—Yo sé lo que hago ..

—Y yo os advierto...

—Gracias.

Felipe Augusto se pasó las manos por los ojos, estiró los brazos y luego dijo:

—Tengo sueño.

—¿A estas horas?

—Sí, y dormiré si no disponeis de mí para otra cosa.

—Duerme descuidado mientras yo vigilo y menguo mi existencia.

—Que el cielo os guarde,—repuso el manebo.

Y entró en su alcoba.

—A palacio,—dijo para sí Canuto.

Y sacudió la nariz, se levantó y salió.

Tales habian sido las esplicaciones de Felipe Augusto, que dejó al peluquero con mas dudas que antes.

CAPITULO XLV.

De cómo Hernando quedó contentísimo de doña Ana.

El escudero no faltó en ir á casa de la condesa á la hora que le habia indicado Canuto; pero quedó sorprendido y nada contento cuando el criado que le abrió la puerta le dijo:

—La señora condesa está enferma.

—¡Enferma!—repitió Hernando.

—Sí.

—¿Pero ofrece cuidado?

—Lo ignoro: solo podré deciros que ha tenido que acostarse.

—Lo siento mucho por dos razones: por el mal y porque tal vez no quiera recibirme.

—Así lo supongo.

—Sin embargo, podeis hacerme un señalado favor, mejor dicho, prestar un servicio á su majestad.

—¿Cómo?

—Haciendo que avisasen mi venida á vuestra señora.

—No sé las órdenes que habrá dado á sus doncellas: preguntaré...

—Digo esto porque supongo que no será el mal tan grave que no permita que le den el recado.

—Creo lo mismo que vos, aunque no me han dicho mas sino que su señoría no recibe porque está en cama y enferma.

—Bien, pero...

—En mi concepto, vos, y sobre todo su majestad, de cuya parte venís, no estais comprendidos en la órden.

—Entonces...

—Voy á preguntar y en seguida os traeré la respuesta.

—Gracias...

—Sentaos.

El sirviente desapareció.

—¡Oh!—dijo Hernando para sí,—pronto empieza á torcerse otra vez la fortuna. No podia haber enfermado en mejor dia... Sin embargo, la contestacion me sacará de dudas, porque si me recibe doña Ana en su dormitorio, es claro que dá una muestra de interés por el rey. Una distincion como esa seria la medida del pensamiento, el espejo de las intenciones que abrigue. Veremos... No desconfio.

Volvió el sirviente á los pocos momentos y dijo:

—La señora condesa os recibirá si venís de parte de su majestad.

—De su parte vengo.

—Entonces entrad.

Guiado primero por el sirviente, y despues por una doncella, llegó el escudero al lujoso dormitorio de doña Ana, cuya belleza parecia mayor entre los cortinajes de brocatel carmesí con fleco de oro de su lecho.

—Perdonadme, señora,—dijo Hernando al entrar;—he sido importuno...

—No,—interrumpió con dulzura la condesa,—y sobre todo, no haceis mas que obedecer, segun me han dicho.

—Así es, señora. Su majestad me ha mandado venir, porque como hace dos dias que no os ve...

—¡Cuanto se interesa su majestad por mí!

—Ya sabeis, señora condesa, que teneis en su corazon un lugar preferente.

—Dadle en mi nombre las gracias...

—Y la triste nueva de vuestra indisposicion.

—Nada vale...

—¡Oh!... para su majestad...

—¡Es tan bondadoso!—repuso doña Ana con acento de encantadora ternura.

—Seguro estoy de que no se quedará tranquilo por mas que yo le diga que vuestro mal es leve, y lo primero que se le ocurrirá será convencerse por sí mismo...

Hernando se interrumpió y miró atentamente á doña Ana; pero esta disimuló hábilmente el efecto que le habia producido lo que acababa de oir, y contestó:

—Cuando me vea se convencerá.

—Sí, y os verá, no tengo duda; ya sabeis que es deseo que tiene hace mucho tiempo, y una vez que le otorgais vuestra licencia...

—¡Mi licencia!...

—Sí, porque aun siendo él monarca se considera vasallo...

—Pero... mi licencia... ¿para qué la quiere?

—Natural es,—repuso el escudero sin comprender aun el verdadero sentido de las palabras de la condesa,—natural es que vos recibiéseis en vuestra casa á su majestad con grande complacencia, pero...

—Ahora os entiendo,—interrumpió doña Ana.

—¿Pues qué?...

—No habia comprendido que lo que el rey queria era mi permiso para venir á visitarme.

—Precisamente,—dijo el escudero, mordiéndose los labios.

—Eso es distinto...

—Sabeis que hace algun tiempo, bastante, no desea otra cosa.

—Es mucha honra para mí.

—Mas mereceis.

—Y ahora, estando yo en cama no podria recibirlo dignamente.

—Si solo en eso reparais...

—¿Os parece poco?—dijo la condesa, que fingia no dar importancia al asunto.

—Me parece nada.

—¡Oh!

—Como no estareis siempre enferma...

—Es verdad.

—Cuando os levanteis...

—Decidme una cosa,—interrumpió doña Ana, desplegando una maliciosa sonrisa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

—¿Venís con el objeto de pedirme una cita de parte de su majestad?

—Vengo...

—No me lo oculteis porque al fin habreis de decírmelo...

—¿Puedo ocultar lo que yo he manifestado?

—Bien, señor Hernando, así acabaremos antes.

—Señora, su majestad desea...

—Visitarme cuando yo deje la cama; pero no ha pensado su majestad que la honra que quiere hacerme podria perjudicarme.

—¿Por qué señora?—dijo Hernando muy satisfecho, porque doña Ana empezaba á discutir, lo cual era para él lo mismo que haberla vencido.

—¿Acaso no sabeis mejor que yo que los pasos del rey se cuentan por todo el mundo?

—Es verdad.

—Entonces...

—Su majestad ha pensado en eso antes que vos.

—¿Y sin embargo?...

—Señora, ese inconveniente puede remediarse.

—No acierto cómo...

—Muy fácilmente.

—Esplícaos.

—Lo que no se vé no puede observarse ni contarse...

—Es decir...

—Que á su majestad le basta la luz de vuestros ojos y no necesitaba la del sol.

—Comprendo,—repuso doña Ana, desplegando una hechicera sonrisa.

—Nada existe en vano; las tinieblas lo mismo que la luz...

—Tiene sus ventajas, pero tambien sus inconvenientes,—interrumpió doña Ana, sonriendo maliciosamente.

—Es verdad, señora; pero el que sabe aprovechar las primeras, evitando los segundos...

—Se espone á que otros hagan lo mismo, es decir, que á favor de la oscuridad...

—Señora,—replicó el escudero, cuya frente se contrajo al oir la disimulada amenaza de la condesa,—no creo, no es posible que haya villano que á tanto se atreva.

—No os comprendo,—dijo doña Ana, haciendo un gesto de estrañeza y mirando al cortesano con un si es no es de burla y curiosidad.—¿De qué villanos hablais ni qué tiene que ver el atrevimiento de nadie con el interés que su majestad se toma por mí? En verdad que estais hoy enigmático...

—Sin duda fuí yo quien no os entendí.

—Como me habeis contestado sin vacilar, presumí que ninguna duda os quedó de mis palabras.

Hernando volvió á morderse los lábios.

—¿Será posible,—dijo,—que no nos entendamos?

—Tal vez el aturdimiento que me produce mi dolencia, me tenga tan torpe...

—Si quisiérais esplicarme...

—¿Lo de que otros, á favor de la oscuridad?...

—Sí.

—Es muy sencillo.

—Para vos...

—Se asegura que alguna vez, y por haber salido su majestad á deshora y como un caballero cualquiera, se ha visto comprometido en sérios lances, y yo sentiria ser la causa inocente...

—Nada temais.

—Tambien á mí me interesa la preciosa vida del rey.

—Verdad es,—dijo Hernando con marcada intencion y creyendo que su vez habia llegado,—es verdad, señora, que hay peligro en andar por vuestra calle de noche.

—¿Os han hecho volver atrás alguna vez?—preguntó doña Ana con acento de marcada burla.

—No,—replicó secamente el escudero:—cuando yo he retrocedido ha sido por mi voluntad, porque asi me convenia...

—Entonces...

—Pero sé que no falta quien entone cantares y ande sobradamente ligero en sacar la espada.

—¿Dónde no sucede lo mismo?

—Donde no hay mujeres hermosas...

—Ó donde faltan galanes aficionados á quitar estorbos.

—A muchos ha costado cara la aficion.

—El que pierde la vida...

—Ó va á un calabozo...

—Eso se hace con los ladrones...

—Con los villanos atrevidos...

—¿Otra vez los villanos? ¿Qué os han hecho, señor Hernando?

—Nada, señora, pero...

—¡Ay!—exclamó la condesa, haciendo un gesto doloroso.—Vuelve á mortificarme el dolor de las sienes...

—Perdonad... os he molestado con mi importuna conversacion.

—No, no...

—Me voy...

—Antes acabemos: aun no os he contestado...

—Como gusteis: su majestad se alegrará saber...

—Decidle que hay honras que solo son tales en la apariencia.

Hernando palideció.

—Que si cuando yo esté buena,—añadió doña Ana,—vie-

ne á visitarme, entrará en mi casa porque es el rey.

—No quiere venir sino como un caballero, como un hombre que no es dueño de su voluntad cuando piensa en vos...

—Yo tampoco tengo voluntad cuando el rey me manda.

—Pero al pedir entrar en vuestra casa no alega mas derecho que el que todos tienen para buscar lo que es suyo.

—¿Mas enigmas?

—Señora, el rey ha perdido su corazon y sabe que está aquí...

—Justo es que venga por él, y... al mismo tiempo conocerá el mio,—replicó la condesa sonriendo dulce y maliciosamente.

—De dos maneras pueden entenderse vuestras palabras...

—¡Ay!... ¡ay!...

—¿Os vuelve el dolor?

—Sí... Perdonad que no continúe... Dad las gracias á su majestad y decidle que... no tiene un vasallo tan sumiso como yo.

—Esas mismas palabras diré á su majestad y estoy seguro que con ellas lo haré feliz.

—El cielo os guarde...

—A vos os dé salud, señora,—dijo el escudero.

Y salió mientras añadia para sí.

—¡Ah!... No puedo pedir mas... Momentos ha habido en que creí que se negaba; pero al fin ha cedido... ¡Puede mucho el brillo de una corona!... ¡Pobre estudiante ó pobre barbero!... Mucho halaga la música del misterioso galan, pero debe ser poco para satisfacer la vanidad de una mujer. Sin embargo, esta condesa tiene cosas muy estrañas, y debo andar con cuidado en este asunto. No hay duda que me amenazó con el galan de los romances amorosos, y puede suceder que este se atreva á intentar una locura... Viviré prevenido por lo que pueda suceder, y en último caso le haremos pagar cara la burla.

Entre tanto decia tambien la condesa:

—¿A dónde vamos á parar? ¿Qué fin se propone el astuto doctor? No lo comprendo, pero tengo gran confianza en él. ¡Ah!... Es un hombre que vale mucho... Sin embargo, en todo

esto veo un peligro que no sé si podrá evitarse: el encuentro del monarca y Felipe Augusto, el padre con el hijo, frente á frente, espada en mano, contemplándose con todo el ódio de rivales... ¡Oh!... Estremece el pensarlo... ¿Esperará el doctor á instantes tan solemnes, á situacion tan crítica para revelar su secreto?... Tal vez... Me ha prometido darme esplicaciones, pero ¿cuando lo hará?

Doña Ana llamó á sus doncellas para que la vistiesen mientras se entregaba á los dulces pensamientos de su amor.

CAPITULO XLVI.

De cómo el doctor iba aumentando el número de los resortes de su intriga.

Justo es que volvamos á ocuparnos del enamorado Felipe, del jóven de alma sensible y noble, de carácter dulce y resignado, que silenciosamente devoraba en el fondo de su pecho dolorido toda la amargura de su desgracia.

Las consoladoras esperanzas de Hernando, como esperanzas que no se apoyaban en razones, tranquilizaron algun tanto al mancebo solo porque tenia fé en el cariño del que le habia servido de padre; pero cuando pasaron dias y no cambiaba su triste situacion, las promesas vagas empezaron á perder su fuerza de convencimiento, y volvió á sufrir los mismos agudos dolores que antes le habian atormentado.

La resignacion suele no ser duradera en los enamorados, y aunque se prestaba el carácter y las ideas de Felipe á que se dejase morir sin luchar ni exhalar una queja, su corazon, rebelándose contra su desgracia, le hizo salir de su dolorosa quietud y preguntarse:

—¿Qué derecho tiene el rey para robarme la felicidad? ¿Por qué no he de hacer frente á la desventura y luchar hasta ven-

cerla ó morir? ¡Oh!... Estoy ya cansado de esperar, cansado de misterios y dudas y de que todos conozcan mi situacion y me la oculten sin dejarme conocer otra cosa que mi sufrimiento que es una agonía horrible. Amo á Isabel, ella tambien me ama... ¿Por qué hemos de renunciar á nuestro amor que es nuestra vida? No, no renunciaremos, desde hoy seré otro, y la intriga contra la intriga, la fuerza contra fuerza, de todo haré uso hasta ver en mis brazos á Isabel.

Y los azules ojos del mancebo se animaron y despidieron una mirada centellante.

—Hablaré al buen Hernando,—añadió;—procuraré convencerle á que me deje tomar parte en la lucha, y si se niega... ¡Oh!... si se niega... tambien me rebelaré contra él. No tardará en venir... ¡Ahora me parece el tiempo mas pesado que nunca!

Felipe, con una viveza y energía desconocida en él, se levantó, empezando á pasear por la estancia mientras que en su cabeza fraguaba mil proyectos atrevidos ó locos.

El escudero no se hizo esperar: entró pocos minutos despues demostrando en su semblante la mas viva satisfaccion. Acababa de dar al rey la noticia de que la condesa lo recibiria en su casa, lo cual hizo que se aumentase en muchos grados su favor con el monarca.

—¡Con cuánta impaciencia os aguardaba!—dijo el doncel, acercándose al escudero.—Sentaos y escuchadme, no os robaré mucho tiempo...

—Felipe,—interrumpió Hernando mientras examinaba con su mirada penetrante el rostro del jóven,—advierto un cambio en tí.

—No miente mi semblante.

—Esa animacion...

—Es verdadera.

—¿Qué sucede?

—Que me he cansado de sufrir y callar.

—¡Felipe!...

—Sí, todo tiene sus límites, su fin...

—Pero...

—Y mi paciencia ha concluido.

—Lo siento, hijo mio,—dijo Hernando cariñosamente:—lo siento mucho, porque si te falta la paciencia tendrás un dolor mas que sufrir.

—Ya es tiempo de salir de esta situacion...

—Saldremos de ella, te lo he prometido...

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Siempre lo mismo... ¡Misterios!

—Son tu salvacion.

—Mi tormento.

—No puede hacerse otra cosa.

—¿Qué es de Isabel?

—Lo ignoro, pues ni aun el rey me la nombra como antes hacia.

—¿De manera que no sabeis ni siquiera si la han encerrado en un convento?

—No.

—¿Ni si está enferma?

—Tampoco.

—¡Oh!—exclamó Felipe apretando los puños.

—Hijo mio...

—¿Puede haber paciencia para tanto?

—Cuando hay voluntad...

—Necesito saber de Isabel.

—¿Cómo?

—¿No teneis medio para conseguirlo?

—Ya sabes que no podemos fiarnos del peluquero, porque se ha vendido al rey.

—Entonces dejadme obrar.

—Cualquier paso que des agravará la situacion.

—Vuelvo á deciros que se acabó mi paciencia.

—Y yo te repito que desde el momento en que tomes una parte activa en el asunto, se perderá todo.

—Dadme esplicaciones...

—Si te las doy á medias te mataré; me maldecirás por haber sido débil para resistir tus ruegos.

—¿Y por qué no completas?

—Porque entonces yo me mataria y tú te maldecirias por haberme obligado á hablar.

—¡Oh!—exclamó Felipe, elevando al cielo una mirada de desesperacion.

—Cálmate...

—¡Calma pedís á mi dolor!...

—Cerca está el dia de tu felicidad.

—Pues bien, guardad vuestro secreto, pero dejadme luchar.

—¿Cómo he de dejarte que camines á tu perdicion?

—Lo quiero.

—Libre eres para hacer cuanto te plazca, pero si desoyes mis consejos, no cuentes con mi ayuda.

—¡Oh!...

—¿Sabes lo que será el primer paso que des, ó mejor dicho, la primera locura que hagas?

—¿Qué?

—La órden irrevocable de encerrar en una celda á Isabel.

—Allí iré por ella...

—Allí irias para renunciar á tu amor ó pronunciar mi sentencia de muerte.

—¡Padre mio!...

—Felipe...

No pudo Hernando proseguir porque se abrió la puerta y apareció un criado.

—¿Qué quieres?...

—Ha llegado el hombre que vino aquella noche y os esperó.

—¿Quién?

—El de los anteojos verdes...

—¡Ah!... Que entre,—dijo Hernando.

Y cuando volvió á quedar solo con su hijo, añadió:

—Ahí tienes al que todo lo sabe, al que lo puede todo... Que te aconseje.

—El cielo me lo envia... ¡Comienzo á luchar! —exclamó Felipe.

El doctor Cañete entró con su calma habitual.

Contemplólo el doncel con toda la curiosidad, con todo el interés consiguiente á lo que, mas que estraordinario, puede decirse maravilloso, le habia referido el escudero de aquel hombre singular que poseia los secretos de todos, y segun su conveniencia ó su capricho, á todos tambien, desde el rey al peluquero los llevaba y traia como si fuesen las figuras de un tablero de ajedrez.

Ya sabe el lector que no era la primera vez que Felipe veia al médico; pero como no tuvo antes de él los antecedentes que entonces tenia, nunca lo habia mirado con tan escrupulosa atencion.

Creyó el mancebo encontrar en la espresion del rostro de aquel hombre algo que diese idea de lo mucho que valia; pero se equivocó, su escudriñadora mirada solo encontró un semblante frio, inalterable y vulgar, pues sus ojos, que era donde se revelaba toda su inteligencia, que solian delatar sus sentimientos ó emociones, los llevaba ocultos con sus anteojos verdes, á través de cuyos cristales y cortinillas nada podia distinguirse.

—Aquí lo tengo, —dijo para sí Felipe con secreta alegría.— No me sucederá con él lo que á Hernando, porque yo le hablaré como quien siente y sufre y no como quien se interesa por el que padece.

No agradó al escudero la inesperada visita, porque temió que su hijo cometiese cualquiera locura, y mas en los momentos en que este parecia estar dominado, arrebatado por la fuerza de su pasion y su dolor; pero tuvo que aparentar completa indiferencia, hasta ver qué giro tomaba la conversacion que iba á entablarse.

—Sentaos, —dijo el escudero á Cañete.

—Sí, —respondió este, —me sentaré porque tengo calor y

estoy cansado. No sé si os interrumpo, pero en tal caso, decídmelo con franqueza y os dejaré.

—Al contrario,—dijo Felipe:—vuestra venida es providencial.

—¿Qué sucede?

—Escuso,—repuso el mancebo,—entrar en esplicaciones sobre lo que sabeis tan bien ó mejor que yo...

—¿Se trata de vuestros amores?

—Sí, de mi amor que es mi felicidad, mi vida...

—Amigo mio,—interrumpió el escudero,—os suplico que con el don que para ello teneis, procureis convencer á Felipe de que es una locura lo que intenta y de que se perderá si no sigue mis consejos.

—Presumo, señor Felipe,—dijo el doctor,—que vais perdiendo la paciencia.

—Ya la he perdido.

—¿Os parece largo el tiempo?

—Larga mi agonía...

—Mejor,—repuso friamente Cañete.

—Caballero, es la primera vez que os hablo, sabiendo que de vos depende mi felicidad...

—No de mí, sino de vuestra prudencia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que si intentais llegar á las nubes de un brinco, no conseguireis mas que romperos la cabeza; pero que si, poniendo ladrillo sobre ladrillo, levantais poco á poco una torre, al fin tocareis al cielo, y el tiempo perdido será ganado.

—Pero yo no construyo esa torre ni me dejan conocer el sitio donde pongo la planta para subir.

—Os han tapado los ojos para que no os espanteis al ver el abismo que hay á vuestros piés.

—¿Tan cobarde y débil me haceis?

—Tan inesperto que necesitais un guia, y al que os ha tendido la mano, debeis darle las gracias.

—Caballero,—replicó el doncel con energia,—todo eso es verdad, pero no me saca de dudas.

—Os dá esperanzas.

—Se han desvanecido.

—¿Quereis realidades?

—Sí.

—Buscadlas, pues,—dijo friamente el doctor.

—A ello estoy decidido,—replicó Felipe con breve acento.

—Aun no sabeis por dónde empezar, y en esto debiérais haber pensado antes que en nada.

—¡Oh!...

—La juventud es arrogante y vanidosa...

—Caballero...

—Sosegaos,—replicó el doctor con calma.

—Decíais,—repuso Felipe, dirijiéndose al escudero,—que este hidalgo me convenceria, y no ha hecho mas que aumentar mi desesperacion.

—Has perdido el juicio,—dijo Hernando que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.—¿Así hablas del que tiene en sus manos tu felicidad, á quién ha de decirte el nombre de tu padre y poner en tus brazos á Isabel?

—¡Ah!—exclamó Felipe cuyo rostro empezó á tomar una espresion mas dulce.

Y dejándose caer en una silla, nuevamente abatido y sin saber si exigir ó suplicar, añadió:

—Lo mismo el uno que el otro conoceis mis dolores; ¿por qué aumentais las dudas que me atormentan, los misterios que intento penetrar y trastornan mi razon?

—Tened fé...

—Pero entre tanto, ¿con qué se satisface mi amor? Si os pregunto qué ha sido de Isabel, me decís que lo ignorais; si intento adquirir noticias suyas, me lo prohibís...

—Al contrario,—replicó Cañete.

—¡Al contrario!—exclamó Felipe sorprendido.—Hace pocos momentos...

—¿Os contentais con tener noticias de la mujer á quien amais?

—¿Puede ser eso?

—Todo es posible.

—¿Qué estais diciendo?—saltó vivamente Hernando.

—Que es muy justo y aun conveniente que el señor Felipe se comunique con doña Isabel.

—Pero...

—Escribiéndole...

—¿Y quién,—repuso el escudero,—ha de poner en manos de ella esos escritos? Ya sabeis que no podemos contar con el peluquero...

—Pero sí con su sobrino que vale mas.

Hernando miró á Cañete sin saber qué decir.

—¿Os sorprende mi proposicion?—añadió el médico.

—El sobrino de Canuto, ese mancebo loco...

—Sí, ese mancebo loco, como vos le llamais, hará cuanto se le diga si en cambio se le promete algo que le convenga.

—Le pagaré tan largamente...

—No le ofrezcais dinero por si os vuelve la espalda con desden ó se da por ofendido y pone mano al estoque que maneja admirablemente.

—Entonces...

—Ya sabeis que el sobrino de Canuto es amante de la condesa de Fuensanta ó protector de sus amores.

—Sí.

—Pues bien, si para lo uno ó lo otro necesita vuestra ayuda...

—¡Oh!...

—No os asusteis.

—¿Olvidais que el monarca?...

—No lo olvido, pero hay que arrastrarlo todo porque la situacion se agrava...

—¿Qué decís?—preguntó vivamente Hernando.

Felipe clavó una mirada afanosa en el doctor.

—Su majestad,—añadió este,—ha resuelto encerrar á su hija en una celda, aunque tenga que llevarla atada y arrastrando ó convencerla con razones que no se os ocultan.

El escudero se estremeció y palideció.

Felipe dejó escapar un grito, se descompusieron sus facciones y se puso de pié como si le hubiese picado una víbora. No ignoraba el terrible fallo de la clausura de Isabel, pero dado por el hombre de los anteojos, y con la añadidura de que la situacion habia empeorado, le produjo un efecto dolorosísimo. ¡Ah! Cuando aquel hombre tan reservado, tan prudente, tan frio, daba tanta importancia á la resolucion del rey, y decia que la situacion se agravaba, debia ser inminente el peligro. No habia tiempo que perder, no habia que reparar en condiciones; lo primero era salvar á Isabel, evitar el golpe aunque costase el mayor de los sacrificios. Esto pensó el doncel y lo mismo pensó Hernando, si bien no se dejó llevar de la desesperacion como su hijo.

—¡Oh!...—exclamó este.—¡Estamos perdidos!...

—Estamos mejor que nunca,—dijo Cañete sin alterarse.

—¿En qué quedamos, caballero?

—¿No me habeis entendido?

—Decís que la situacion se agrava...

—Lo cual prueba que toca á su fin.

—¡Ah!...

—Dejad las exclamaciones para espresar la alegría del triunfo.

—¿Pero qué hemos de hacer?

—Ponernos en comunicacion con doña Isabel para que nos diga, si lo sabe, á qué convento han de llevarla, ó para sacarla de su casa antes que la encierren.

—Eso es mas acertado...

—Si puede hacerse.

—Mi amor no conoce el imposible.

—Pero como del dicho al hecho hay gran trecho...

—No importa.

—Bien,—dijo Hernando:—sepamos en qué ha de ayudarse al sobrino de Canuto.

—En cuanto necesite; pero ahora basta conque así se le prometa, fiando yo que lo tratado se cumplirá, porque de otra manera desconfiaria de vos, señor Hernando.

—Con alguna razon.

—Vamos al plan,—dijo Felipe con impaciencia.

—Pongamos,—repuso el doctor,—el caso, que puede suceder, de sacar de su casa á doña Isabel.

—Bien.

—¿A dónde la llevareis?

—Fuera de Madrid...

—No, doña Isabel no puede seguiros sin la seguridad de ser respetada.

—Lo será...

—Es preciso tambien convencer de ello al mundo de manera que ni la sospecha mas leve quede para servir de fundamento á la murmuracion.

—Eso es casi imposible...

—No.

—Esplícaos.

—Es preciso contar con una persona que quiera encargarse de guardar á doña Isabel hasta que podais uniros legítimamente.

—Esa persona...

—Ha de ser de clase distinguida, de posicion independiente, para que no se crea que es una pantalla comprada por vos.

—¿Y dónde se encontrará con tales condiciones y que acepte un encargo que puede comprometerle?—dijo Hernando.—Yo tambien creo que es imposible hallarla.

—Pues yo creo que es muy fácil,—repuso el doctor.—Pensadlo bien...

—Debe ser una dama...

—Sí.

—Alguna vez,—dijo el escudero á Cañete,—os ha de tocar equivocaros, y creo que ha sido ahora.

—Puede ser,—contestó sencillamente el médico,—pero

sigo creyendo que no faltará dama que acepte el encargo y que se preste á mas si necesario fuese.

—¡Mas todavía!

—Sí, ayudar á sacar de su casa á doña Isabel ó sacarla ella misma.

Hernando y Felipe, en el colmo de su sorpresa, miraron al doctor sin articular una sílaba.

—Os diré en quien he pensado,—repuso Cañete.

—Sí, sí...

—Dudo...

—¿Qué os parece para el caso la condesa de Fuensanta?

—¡La condesa de Fuensanta!—exclamaron á la vez el escudero y su hijo.

—La misma.

—¡Oh!...

—De bien poco os admirais.

—Es un sueño pensar semejante cosa...

—Es una locura intentarlo...

—La locura es negar sin fundamento.

—¡Hacer semejante papel la condesa de Fuensanta, tan altiva, tan!...

—A pesar de su altivez escucha los galanteos de un barberillo ó de un estudiante sopista.

—Es verdad, pero...

—Doña Ana hará cuanto sea menester, ó lo que es lo mismo, cuanto le pida Cornejo ó el sobrino de Canuto.

—Lo decís con tal seguridad...

—No temo equivocarme. La situacion de doña Ana, en lo que toca á sus amores y á las pretensiones del rey es muy comprometida, y vuestra ayuda señor Hernando, puede servirle de mucho.

—Pero de vuestro plan se desprende que he de intrigar contra el monarca y en favor del estudiante ó el barbero.

—Tal vez.

—¿Y sí su majestad supiera?...

—¿Qué os importa? Abuso mas ó menos no agrava el que ya habeis cometido, protegiendo los amores del señor Felipe.

—¡Oh!...

—Sin embargo, escoged entre arriesgaros una vez mas ó perder todo lo adelantado

—Quizás seria mas prudente el ir al convento...

—Mejor me parece evitarlo...

—Sí, sí,—dijo Felipe;—evitemos que la encierren en una celda, porque encontraríamos mas dificultades para sacarla.

—Ciertamente: en un convento de monjas no se entra como en una casa cualquiera.

Hernando quedó pensativo. Mezclar á doña Ana en aquel asunto era dar un paso muy grave, aumentar las complicaciones y acabar de hacer dueño á Cañete de la suerte de todos.

—Hace pocas horas,—dijo para sí el escudero,—este hombre incomprensible y misterioso, me daba consejos que favorecian los deseos del rey, y ahora me propone intrigar en contra pero de tal manera, con tal habilidad, que siempre aparece como interesado en la suerte de Felipe y en la mia. ¿Qué debo hacer? Tendré que aceptar, porque veo que sin su mediacion no conseguiré salvar á mi hijo.

Felipe aguardaba la resolucion del escudero con afan indecible: de ella dependia su felicidad, y aunque no estaba resuelto á conformarse sino con lo propuesto por el doctor, tenia que surgirse alguna nueva dificultad que por lo menos dilatase el logro de sus amorosos deseos. Pesados y angustiosos eran para el doncel aquellos instantes, y bien manifestaba en su rostro pálido y en la agitacion de su pecho lo que sentia.

—Estoy decidido,—dijo al fin Hernando.

—¿A qué?—preguntó vivamente Felipe.

—A arrostrarlo todo...

—¡Gracias, padre mio!—exclamó el doncel, estrechando entre las suyas trémulas y besando con ternura las manos del escudero.

—No hay sacrificio que ya no esté dispuesto á hacer por tu felicidad...

—Señor Hernando,—dijo Cañete,—llegó el momento del gran combate: hasta ahora no hemos hecho mas que prepaparar las armas.

—Vos dareis la señal de acometida...

—Esta noche, á las nueve, en la taberna de Marcelo.

—Bien.

—Allí estará el sobrino de Canuto.

—¿Hemos de ir los dos?—preguntó el escudero.

—Sí, porque conviene que se conozcan y sean amigos ambos jóvenes.

—No tanto que luego intenten trabajar por sí solos y hagan alguna locura.

—Respondo del barbero,—dijo el doctor.

—Y yo de mí,—añadió Felipe.

—¿Con que á las nueve?

—En punto me tendreis allí.

—No faltaremos.

—Os advierto,—repuso Cañete,—que debeis guardaros del peluquero mas que nunca.

—Es mi primer cuidado...

—Que Dios os conserve.

El doctor salió tan tranquilamente como habia entrado y como si acabára de tener la conversacion mas indiferente.

—¿Quién es este hombre?... ¡Oh!... ¿Quién es este hombre?—exclamó Felipe.

—Por saberlo,—contestó Hernando,—diera yo la mitad de mi vida.

—Esa frialdad, esa calma...

—No sabes hasta qué punto llegan.

—¿Y qué interés puede moverle en mi favor?

—Es un misterio que no he podido penetrar, así como tampoco acierto á comprender por qué ha trabajado hasta conseguir que doña Ana de Rivadeneira y el barbero tomen parte en lo que

al parecer nada les importa. ¿Qué tiene que ver la condesa con Isabel? ¿Qué el sobrino de Canuto contigo? ¿Por qué el peluquero hace un papel tan interesante en esta intriga? Te confieso, Felipe, que si no he perdido la razon, ha sido porque he llegado á tener la casi seguridad de que pronto encontrarás á tu padre y serás esposo de Isabel.

—¡Quiera Dios que no os equivoqueis!

Mucho amaba Felipe á Isabel; su pasion era la fuente de todos sus sentimientos, la causa de todas sus emociones, el blanco, puede decirse, de todas sus ideas; pero sus amorosos pensamientos no pudieron borrar un instante de su memoria el recuerdo del hombre de los anteojos verdes.

Este, cuando dejó á Hernando y á Felipe, se dirigió nuevamente á casa de la condesa, diciendo para sí:

—Poco falta para que yo mismo me confunda y embrolle. Muchos hilos va teniendo la urdiembre, y aun es preciso añadir mas. ¿Perderé el de la trama? Y ello es que todo esto es preciso si he de dar el golpe en firme. ¡Oh!... Pero si triunfo, veré satisfecha la ambicion de toda mi vida... ¡Seré médico del rey!

A no llevar los anteojos, se hubieran visto brillar como dos luces los ojos del doctor; pero tras el verde oscuro de los cristales y las cortinillas, se perdió aquel relámpago mientras que su rostro continuó inalterable.

CAPITULO XLVII.

Lo que se trató en la taberna de Marcelo.

La noche estaba oscura y calorosa.

Eran las nueve, y los habitantes de la coronada villa que tenian costumbre de sentarse á las puertas de sus casas á tomar el fresco y estorbar el paso, comenzaban á recogerse, porque no habian encontrado lo primero, sino conseguido lo segundo.

Los que paseaban por las calles ó se atrevian á llegar al principio de la pradera del Manzanares, tambien con el fin de respirar el ambiente fresco de la noche, se retiraban á sus casas porque solo habian encontrado tinieblas.

Parecia que el sol, al ocultarse, habia separado de su luz el calor para dejarlo en nuestro hemisferio.

Las calles, pues, empezaban á quedar desiertas á pesar de la hora y de ser el mes de junio.

Los enamorados rondadores iban á tener oscuridad y soledad, que son dos circunstancias indispensables, ó por lo menos muy ventajosas para los nocturnos galanteos.

La taberna de Marcelo iba desocupándose.

Un embozado entró.

—Marcelo, —dijo al dirigirse al aposento pequeño que ya conocen nuestros lectores.

El tabernero acudió.

—Supongo que quereis luz...

— Y una botella.

—¿Añejo?

—Sí.

El embozado se sentó junto á una de las dos mesas.

Era Felipe Augusto.

Otro embozado entró.

—Una botella del añejo,—dijo tambien.

Y fué á sentarse frente al mancebo.

Era el doctor Cañete.

El tabernero lo sirvió con su prontitud acostumbrada.

—Habeis sido puntual,—dijo á Felipe Augusto.

— No mas que vos, porque acabo de llegar.

Dos hombres mas se presentaron, que despues de pedir como los otros vino añejo, se sentaron, acabando de rodear la mesa.

Eran Hernando y su hijo.

Estaban ya los cuatro que debian reunirse.

Marcelo cerró la puerta.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso, durante los cuales se contemplaron con cierta curiosidad los dos jóvenes, y Hernando examinó con su penetrante mirada el rostro de Felipe Augusto.

—¿Qué esperais?—preguntó Cañete.

Pero como no acertaban á empezar la conversacion, solo el escudero, mientras llenaba su vaso sin intencion de beber, respondió:

—Nada.

—¿No sabeis á lo que habeis venido?—repuso el doctor.

—Sí,—dijo Felipe Augusto, llenando tambien su vaso:—lo sé y para dar una muestra de mi franqueza, no aguardaré á que estos señores me espliquen su deseo. El señor Hernando me ha mirado siempre con desconfianza, mientras que tambien yo he desconfiado siempre de él, no sin que ambos tuviésemos po-

derosos motivos para ello. Yo he podido hacerle mucho mal, y no he querido, y él ha querido hacérmelo sin poder.

El rostro del escudero se contrajo.

—No os digusteis, señor Prieto, —añadió el atrevido barbero.—He querido daros una muestra de mi proceder franco y no ofenderos. Además, si hemos de ser amigos tenemos que hablar antes claramente, porque así nos conoceremos mejor, estaremos convencidos de lo que cada cual vale y puede, y no nos tomaremos el trabajo de intentar engañarnos. Hasta hoy han estado encontrados nuestros intereses: á mí me convenia que ignoráseis el papel que represento en los misteriosos amores de la condesa, y lo he conseguido, mientras que para vos era de mucha importancia el averiguarlo, y al espiarme no habeis hecho mas que aumentar vuestras dudas. Quede, pues, esto así: ya sabeis que el asunto está entre mi amigo Cornejo y yo: no paseis adelante, contentaos con lo que hoy habeis conseguido de doña Ana, y dejad que el tiempo os aclare lo demás. No os guardo ningun rencor, absolutamente ninguno, porque si habeisme espiado era porque así os convenia, y cada cual debe buscar lo que le conviene.

—Bien, señor Felipe Augusto, muy bien,—dijo Hernando.—Siempre os he tenido por hombre de provecho, pero no tanto. Sois jóven, pero no os perdereis en el mundo, pueden dejaros solo. Por mi parte os confieso que, en gracia de lo mucho que valeis, os perdono las burlas que me habeis hecho, y á quien tanto vale quiero tenerlo por amigo, porque para enemigo sois demasiado temible.

—Gracias, señor Hernando...

—No nos engañaremos; siquiera por egoismo seremos leales. Estoy decidido á servir á doña Ana, arriesgándolo todo. ¿Quereis vos servirnos, esponiéndoos á cuanto pueda suceder, que quizás seria mucho y muy malo?

—Sí, estoy dispuesto aun á trueque de que se descubra todo y me encierren para algunos años en un sótano de Simancas, ya que no encuentren pretesto para que me tomen por su cuen-

ta alcaldes, escribanos y alguaciles y hacerme remar en las galeras reales.

—¡Oh!—dijo entonces Felipe.—Eso no sucederá, porque antes que eso sabré echar sobre mí toda la culpa.

—Noble proceder,—replicó el barbero;—bien sientan esas palabras en un hombre honrado, pero sabed que si tuviésemos la desgracia de ser descubiertos, no me libraria vuestra abnegacion de un severo castigo.

—Tal creo,—repuso Hernando.

—Por consiguiente,—añadió Felipe Augusto,—no nos hagamos ilusiones; dejemos á un lado consideraciones que de nada nos sirven y tratemos de lo que nos importa.

—Veo,—dijo Cañete que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion,—que andais con mil rodeos inútiles y gastais mas saliva de la necesaria, sin pensar que no os conviene estar mucho tiempo reunidos.

—Al asunto, pues.

—Sí, sí.

—Poco teneis que hablar,—repuso Cañete,—muy poco, quizás nada, porque ya habeis dicho que á todo estais dispuestos. ¿Traeis la carta que ha de entregarse á doña Isabel?

—Sí,—respondió el hijo de Hernando.

—Pues dadsela al señor Felipe Augusto, y él la pondrá en mano de vuestra dama ó hará que la reciba.

—Tomad,—dijo Felipe, sacando y presentando un papel al barbero.

—Bien,—contestó este guardándolo.—Lo recibirá mañana mismo doña Isabel por mano de la condesa de Fuensanta.

—¡Por mano de la condesa!—repitió sorprendido el escudero.

—Sí.

—Cuidado, señor Felipe Augusto...

—Tengo mi plan.

—Pero doña Ana está enferma...

—No importa.

—¡Oh!—murmuró Hernando.—Ahora comprendo que la dolencia...

—No le permite levantarse,—interrumpió Felipe Augusto,—y por eso no podrá recibir al rey hasta dentro de tres ó cuatro dias.

—¿Cómo saldremos de este lance?—dijo el escudero, cuya frente se arrugó.

—Saldremos bien si cumplís vuestra promesa de servirnos tan decididamente como yo á vosotros...

—Tenedla por cumplida.

—Entonces nada temais.

—¿Pero qué he de hacer?

—Nuestro amigo os lo dirá,—respondió el barbero señalando al doctor.—Yo he concluido, brindo por vuestra salud, y beberé la mitad de esta botella mientras hablais.

Y apuró el vaso, lo llenó otra vez, cruzó los brazos y quedó inmóvil y silencioso.

Felipe lo contempló un instante; esperimentó la emocion de una simpatía que no pudo esplicarse, y le dijo con toda la dulzura de su acento:

—¿No somos amigos?

A su vez contempló Felipe Augusto al hijo de Hernando, y respondiendo su noble corazon á la nobleza del otro, dijo:

—Sí, amigos, aunque en nada nos podamos servir.

—Quiero estrechar vuestra mano...

—Y yo la vuestra... Pedidme un sacrificio y me conocereis.

Ambos jóvenes se estrecharon las manos con efusion: los habia unido la desgracia sin que ellos lo comprendieran.

Hernando era padre y se sintió conmovido, porque en la mirada franca de Felipe Augusto encontró la prueba de que este sentia lo que acababa de decir.

—Ya no necesito imponer condiciones,—añadió el barbero.—Doña Isabel recibirá la carta, y os juro que no habrá nada que me detenga para ayudaros.

—¡Oh!—dijo el escudero.—De torpe podreis acusarme,

señor Felipe Augusto, pero no de ingrato. ¿Qué puedo hacer por vos?

—El asunto cambia de aspecto: ya no sois los mismos,—dijo el doctor con calma:—no tratais de sacar el uno del otro el mayor provecho posible, sino de ayudaros de veras. Bien, así conseguireis mas, pero cuidado con que no os pierda vuestro mismo buen deseo.

—Comprendo,—respondió Felipe Augusto.—Sin vos estamos perdidos, y por eso á vos os toca proponer y á nosotros obrar.

—Sois nuestro guia...

—Ponemos nuestra suerte en vuestras manos...

—Dios nos protejerá.

—Veamos, pues,—repuso Hernando,—la parte que me toca.

Cañete meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Cuando la condesa haya recobrado la salud, irá el rey á visitarla una noche.

—No faltará.

—La calle del Sacramento tiene sus peligros, porque suele rondar por allí un galan algo ligero de manos y que apela fácilmente al estoque cuando se trata de la dama á quien enamora; lo cual me hace temer que su majestad tenga un mal encuentro, y para llegar á la puerta de la casa de doña Ana se vea obligado á abrirse paso á cuchilladas.

—¡Oh!—murmuró Hernando.—Sério es el lance...

—Pero posible, probable,—repuso Cañete,—y vos que sois un servidor leal del monarca debeis evitar que llegue el caso de lamentar una desgracia, porque el galan tiene puños, es sereno y ágil...

—Sí, sí, es preciso evitar...

—Por eso, dispondreis las cosas de manera que no pase de que reluzcan y se choquen los aceros.

—¿Huirá el galan?

—No.

—¿Dejará que lo desarmen?

—Tampoco.

—Entonces...

—Si acude una ronda...

—Tendrán que prenderlo y...

—El rey lo conocerá así, no le quedará duda de quién es.

—Pero...

—Un preso puede escaparse.

—Bien asegurado y cuando saben los que lo llevan que está de por medio el rey...

—Es preciso.

—¡Oh!...

—¿Dudais?

—No.

—¿Es decir?...

—Que se fugará.

Felipe Augusto, que no habia podido obtener esplicaciones del doctor, lo miraba tan sorprendido como Hernando y Felipe, sin acertar á comprender qué ventajas podia tener semejante plan.

—Bien,—dijo Cañete,—puesto que lo habeis de saber muy pronto y que ya sois amigos, tened entendido que el amante de la condesa, es el señor Felipe Augusto.

—¡Vos!—exclamó Hernando.

—Sí,—respondió el barbero.

—¿Pero el estudiante?...

—Nunca ha rondado la calle del Sacramento ni cantado allí.

—¿Entonces?...

—Ya os esplicaré cómo os engañé aquella noche en que me seguisteis y nos disputamos aquí el hablar al hombre de los anteojos.

—Lo sospecho...

—Torpe anduvisteis.

—Yo no dudo que venceremos, teniendo vuestra ayuda.

—Basta,—interrumpió Cañete.

—¿Os vais?

—Nos vamos todos.

—Es temprano...

—Pero conviene, señor Felipe Augusto, que volvais á vuestra casa y no salgais ya esta noche, porque hay que evitar hasta las sospechas de Canuto.

—Si así conviene...

—No volvereis á cantar en la calle del Sacramento, porque si ahora os sigue vuestro tio, no se equivocará como el señor Hernando, y seria inútil que Cornejo se pusiese en vuestro lugar.

—Obedezco.

Se levantaron, volvieron á hacerse nuevas protestas de amistad, especialmente los dos mancebos, se estrecharon las manos, quedaron en verse al otro dia y fueron saliendo por el órden que habian llegado.

Todos volvieron á sus casas mas tranquilos y contentos.

A Cañete no le habia sorprendido el resultado de la entrevista, lo esperaba tal como fué.

Al parecer no podian ir mejor los asuntos de los enamorados; pero mientras ellos se unian para trabajar, otros trabajaban tambien, solos ó unidos, preparando el golpe de importancia en aquella intriga.

CAPITULO XLVIII.

De cómo doña Ana puso en ejecucion los planes de Felipe Augusto.

Al dia siguiente á las once de la mañana, la condesa y Felipe Augusto llevaban cerca de una hora de conversacion animadísima que terminaron así:

—Aun dudo ,doña Ana.

—¿Por qué?

—Porque os conozco.

—Razon mas para que os fuéseis completamente tranquilo.

—Creo que para fingir ciertas cosas...

—Sois muy vanidoso,—replicó la dama con acento de reconvencion cariñosa.

—¡Vanidoso yo!...

—Sí, porque pensais que nadie sino vos tiene bastante atrevimiento para salir adelante en ciertos apuros.

—¿Saldremos ahora con que no me conoceis?

—Sabeis que sí.

—Entonces...

—Si es porque no os he dicho que reconozco el mérito del plan y...

—Estais hoy de buen humor.

—Es verdad.

—¿Y sabeis qué hora es?

—Las once.

—Ninguna mejor.

—Idos, pues.

—Vuelvo á encargaros...

—Pesado estais hoy, señor Felipe Augusto.

—No lo estrañeis.

—Ya sé que se juega nada menos que la felicidad de dos personas...

—Que se aman tanto como nosotros.

—Por eso las protejo de buena voluntad.

—¿No conseguiré inspiraros confianza?

—Cuando una cosa interesa mucho, se tiene miedo de no conseguirla.

—Pues olvidaos por ahora de lo que nos ocupa...

—¡Olvidarme!...

—Sí, hasta que yo os diga el resultado que ha tenido vuestro plan.

—Antes lo sabré.

—¿Insistís en observar?

—Sí.

—¿Y si os viesen?

—Ya os he dicho cómo pienso hacerlo.

—Si os empeñais...!

—Inútil es que intenteis disuadirme.

—Cúmplase vuestro gusto.

—No olvideis que si la ocasion se presenta...

—Dejaré escapar el nombre del doctor Cañete, á quien no conozco, pero de quien vos respondeis....

—No respondo yo, sino el hombre de los anteojos.

—¿Temeis comprometeros?...

—Soy amante de la exactitud.

—Bien, señor Felipe, bien; pero os suplico que no me hagais perder el tiempo.

—Es verdad... son las once...

—Y con poco que me detenga llegaré cuando estén comiendo.

—No conviene,—dijo Felipe Augusto, poniéndose de pié.

—¿Volvereis?

—A daros el parabien por vuestra habilidad.

—Yo os esperaré para echaros en cara vuestra desconfianza.

Felipe Augusto sonrió, tomó una mano de la condesa, besóla cariñosamente y dijo:

—Dios os guarde.

Y salió despues de recibir por su sonrisa y el beso otra sonrisa y una mirada de ardiente amor.

Doña Ana llamó á una de sus doncellas y le dijo:

—Que venga Alonsa.

Pocos momentos despues se presentó una dueña que ya no debia cumplir los diez lustros de su vida.

—Alonsa,—le dijo la condesa,—vestios para acompañarme á la calle.

—Sereis obedecida,—respondió la vieja.

—Pero tan pronto que cuando yo me haya puesto mi manto no tenga que esperar.

—Al momento.

— Y decid á Juan y á Manuel que se preparen tambien para venir.

—Bien.

—Daos prisa.

La dueña, que sin duda lo era absoluta de su voluntad, salió del aposento paso entre paso como si le hubiesen recomendado la calma.

La condesa volvió á llamar, entraron dos de sus doncellas, cambió el vestido de color por otro negro, se cubrió con un largo manto de tafetan, y dijo:

—Si alguien viniese á preguntar por mí, responded que estoy en la cama con un ataque de jaqueca y que á nadie puedo hablar: ¿lo entendeis? á nadie.

Aun tuvo que esperar á que concluyera de vestirse Alonsa, y luego con esta y dos escuderos, salió de su casa, recatando con el manto el semblante para no ser conocida.

Tambien aquel dia era insoportable el calor.

—¿Por dónde hemos de ir?—preguntó la dueña.

—Seguidme y lo sabreis,—le respondió secamente doña Ana.

Y á buen paso siguió hasta la calle de la Almudena, tomó á la derecha y llegó á la de Bordadores.

—¡Uf!—dijo.—El calor de hoy sofoca.

—Y conseguireis que nos ahoguemos,—replicó la dueña que apenas podia respirar.—Vamos como si nos persiguiesen...

—Tengo prisa.

—Pero si os da un tabardillo...

—Me curaré.

Alonsa dejó escapar á través de la abertura del manto una mirada de vívora.

—¿Y no somos nadie los demás?—murmuró.

La calle de Bordadores estaba desierta.

—Bien,—dijo doña Ana para sí,—la casualidad me favorece.

Y dejó que se abriera su manto, y lo agitó como para recojer aire que refrescára su rostro.

—¿Qué haceis?—dijo sorprendida Alonsa.

—No puedo mas...

Pero sin aflojar el paso continuó bajando la calle.

—Señora...

—Déjame... es preciso...

—Es que yo tambien me ahogo.

—Seremos dos... Vamos... vamos... ¡Ah!...

Y doña Ana exhaló un suspiro penoso, mientras que la dueña dejaba escapar una especie de sordo gruñido que se ahogó en los pliegues de su manto.

Anduvieron algunos pasos mas.

La condesa se detuvo.

—Alonsa,—dijo,—déjame apoyar en tu brazo... siento el

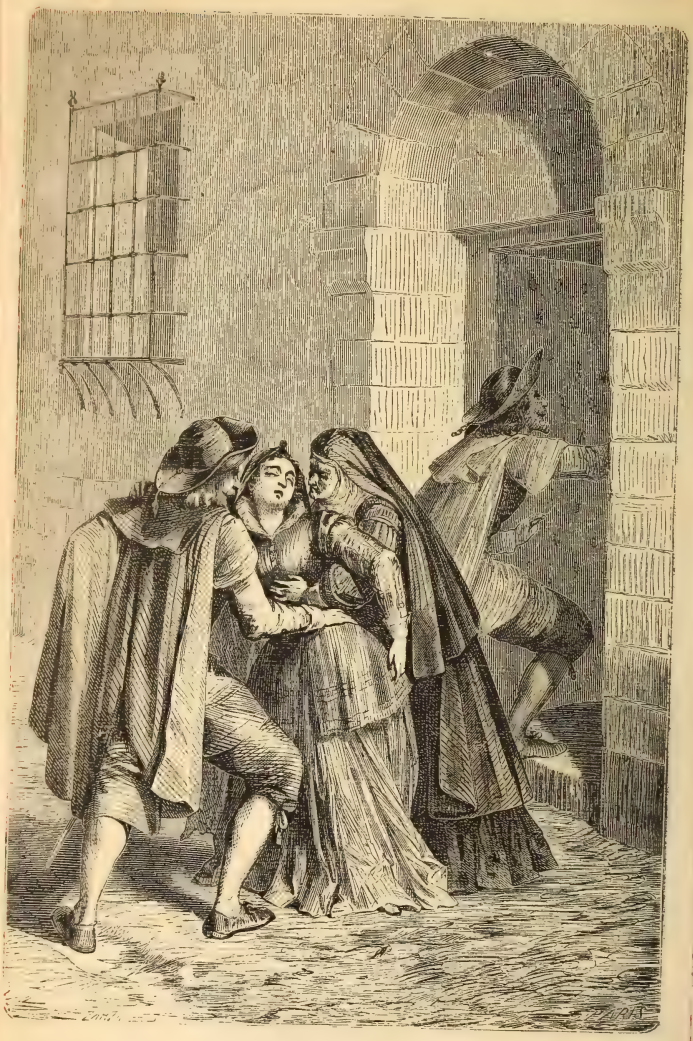


LÁMINA 10. — ¡Agua! — murmuró con voz desfallecida.

pecho oprimido y... van menguando mis fuerzas...

—Volvamos á casa, señora mia...

—No... Ya está cerca San Ginés y... tengo que cumplir una promesa...

—Os poneis pálida,—dijo la dueña, á quien la aprension le hizo ver lo que no habia, puesto que la condesa, mas que pálida estaba roja por el natural arrebato del calor y la fatiga.—Os empeñásteis en correr sin escuchar mis consejos, y ahí teneis el resultado...

—Iremos mas despacio... Así... ¡Ah!...

—Volvamos, señora; es una locura...

—La promesa... Sosténme, Alonsa.

—¿Háse visto temeridad igual?—murmuró la dueña.—¡Esponernos á que en medio de la calle suceda una desgracia!... ¡Válganos el Santo Cristo de los Desamparados!

Aunque lentamente, doña Ana siguió sin hacer caso de las observaciones de la vieja.

—Alonsa,—dijo con desfallecida voz la condesa al llegar junto á la puerta de doña Margarita.

—¿Os sentís peor?

—Mas despacio...

—Pues si apenas movemos los piés... ¡Dios mio!... Juan... Manuel,—añadió la dueña llamando á los escuderos al ver que doña Ana se detenia.—Nuestra señora se ha puesto mala... Sostenedla porque sino caeremos las dos...

Los sirvientes se acercaron á su señora.

—Agua,—murmuró esta con voz cada vez mas desfallecida.—Agua... pedidla en cualquier parte... aquí mismo...

Y señaló al portal de la casa de Isabel.

Uno de los escuderos entró, subió precipitadamente la escalera y llamó para pedir el socorro que necesitaba su señora, cuyo nombre y calidad dijo para obligar á que la sirviesen mejor.

El nombre de la condesa produjo un efecto maravilloso: dióse parte del suceso á doña Margarita, y esta, no solamente impulsada por un sentimiento generoso, sino tambien por consideracion

á la elevada clase de la paciente, llamó á su hija y ambas bajaron seguidas de algunos sirvientes.

Ya era tarde para el agua.

La condesa habia perdido el conocimiento y se encontraba inmóvil en los brazos de uno de sus escuderos.

—Subidla y la acostaremos,—dijo doña Margarita.

La órden fué inmediatamente obedecida mientras que Alonsa exclamaba:

—¡Vírgen de la Almudena!... Y todo por no haber querido hacerme caso... ¿Qué va á suceder?

Un embozado que estaba oculto tras una de las esquinas de San Ginés lo habia observado todo, y cuando vió que entraron á la condesa en casa de doña Margarita, exclamó á la vez que relumbraban sus negros ojos:

—¡Triunfó!

Pero al mismo tiempo, otro embozado pasó junto á él, llevando el rostro cubierto por la capa y el sombrero, de manera que no dejaba ver mas que sus ojos pardos, redondos y brillantes. Al rozar hombro con hombro con el que estaba oculto, fijó en él su penetrante mirada y siguió adelante, llegando á casa de doña Margarita y entrando tambien.

—¿Quién será ese hombre?—se preguntó el primer embozado, que era Felipe Augusto.—Me ha mirado de un modo... y entra... ¡Oh!... Esperaré.

No habia podido reconocer en el de los ojos pardos al de los anteojos verdes porque llevaba el rostro oculto, y como iba en trage que nunca lo habia visto y le pareció mas alto, ni siquiera pensó en él.

Allí quedó inmóvil y pegado á la pared de la iglesia el barbero.

Los dejaremos para ir en busca de doña Ana.

CAPITULO XLIX.

De cómo la condesa recibió un auxiliar inesperado.

El doctor subió apresuradamente la escalera y alcanzó á los que conducian á doña Ana.

—¿Qué sucede?—preguntó acercándose á doña Margarita y á Isabel.

Ambas volvieron la cabeza, lo miraron y no pudieron contener una exclamacion de sorpresa y alegría.

—¡El doctor Cañete!—dijeron.

—El mismo, señoras, y bendigo á la casualidad que me trae. Al llegar á la esquina de San Gines ví gente reunida á vuestra puerta y que entraban en desórden y aceleradamente, y temiendo alguna desgracia he acudido para ofreceros mi ayuda. Ya veo lo que es; esa señora se ha desmayado...

—Sí.

—Pues nada viene mejor que un médico, y aquí me teneis, señora.

—Entrad y prestareis vuestros auxilios á la enferma, ya que habeis cumplido vuestra promesa de acudir sin que os llamen.

—No,—replicó Cañete;—por esta vez nada teneis que agradecerme porque me encuentro aquí por casualidad.

—¡Por casualidad!...

—Creedme, señora,—repuso el doctor con acento de verdad.—Para venir no necesitaba pretestos...

—Ciertamente.

—Además, ya vereis que no me detengo mas que el tiempo preciso para evitar una desgracia si el accidente es peligroso.

—No estais demás en mi casa.

—Pero estoy de menos en otra parte donde me aguardan con justa impaciencia, porque he de fallar sobre la vida de un padre de familia, y os aseguro que á no ser á la puerta de vuestra casa donde ví el grupo de gente, hubiera seguido mi camino sin pararme, porque no soy curioso.

—Gracias, doctor.

Doña Ana, sin dar señales de vida, fué colocada en el blanco lecho de Isabel, quedando con ella solamente el doctor, doña Margarita y su hija.

Cañete tomó el pulso á la condesa, observándolo atentamente algunos instantes.

—No hay cuidado,—dijo al fin.—Lo que tiene no es mas que un ligero arrebato, producido sin duda por haberse fatigado con el escesivo calor de hoy.

—Efectivamente,—contestó doña Margarita,—no está pálida, sino al contrario, parece que va á brotarle sangre por las megillas.

—Podeis tranquilizaros...

—Bien, pero recetad...

—Nada.

—Ya veis que está sin conocimiento...

—Lo recobrará en seguida con solo descansar.

—Pensad, doctor, que por lo mismo que no es persona de mi familia, mi responsabilidad es mayor.

—La prueba de que ningun cuidado debeis tener, es que me voy.

—¡Que os vais!...

—¿Qué he de hacer aquí? Cuando esta dama recobre el uso

de sus sentidos, dadle agua ó un refresco cualquiera y dejadla que se vaya... Mirad... ya vuelve en sí...

Efectivamente, doña Ana exhaló un suspiro, se movió y abrió los ojos, mirando con estrañeza á su al rededor.

Cañete volvió á pulsarla y dijo á doña Margarita:

—Tened la bondad de darme aquella copa.

—Sí,—dijo la dama.

—Y se dirijió á la mesa donde estaba la copa indicada por el doctor.

Habia llegado el momento.

Isabel y Cañete ocultaban con su cuerpo á la condesa y estaban de espaldas á doña Margarita.

El médico miró alternativamente á Isabel y á la condesa, pero tan rápida y espresivamente, que la doncella comprendió sin vacilar que la mirada tenia un significado importante, y fijando tambien sus ojos en doña Ana, vió que esta tenia en una mano un papel.

Palideció la jóven, y aunque algo turbada por la sorpresa, tuvo bastante serenidad para aprovechar la ocasion, é inclinándose sobre el lecho, cogió entre las suyas las manos de la condesa, y dijo:

—¿Os sentís mejor?

—¡Ah!—exclamó doña Ana, exhalando un suspiro.—Parece que me han quitado un gran peso... Gracias.

Isabel tenia ya la carta de Felipe.

Todo esto fué obra de algunos segundos.

—Bebed,—dijo Cañete,—viendo que doña Margarita volvia con la copa.

—Sí, tengo sed,—repuso la condesa.

Y bebió toda el agua con el mayor gusto, porque tenia calor y estaba fatigada.

—Habeis dicho, doctor, que le conviene tomar un refresco...

—Sí, aunque no es preciso.

—Yo misma se lo haré,—dijo Isabel, pensando que así tendria ocasion de leer la carta y quizás de contestar.

—No os incomodeis,—replicó la condesa;—ya oís que el señor doctor dice que no es preciso...

—No importa... Vé, hija mia.

Isabel no esperó segunda órden, y salió corriendo del dormitorio.

—Ahora sí que puedo irme sin temor,—dijo Cañete.—Estais completamente buena, señora, y podeis volver á vuestra casa cuando os convenga.

—¡Tan pronto!...

—Sí, señora.

—Con el calor que hace y á pié...

—Que vaya en coche ó litera para molestarse menos, pero no porque sea precisa semejante precaucion.

—Estoy bien, muy bien, como si nada me hubiera sucedido... Permitidme que me levante, porque no teniendo necesidad de estar acostada, es una falta de respeto...

—Descansad siquiera algunos minutos mas...

—Dejadla,—replicó Cañete:—¿no os he dicho que ningun cuidado debeis tener?

—Estaré mejor sentada,—repuso la condesa.

Y bajándose del lecho se sentó en un sillon.

—Vuelvo á despedirme,—dijo el doctor.

—No será tanta la prisa que teneis,—replicó doña Margarita con algun embarazo, que no pasó desapercibido para Cañete.—Quedaos...

—Ya os he dicho, señora, que me espera con ansia una desconsolada familia.

—Pero...

—Me es imposible detenerme.

El doctor dijo algunas frases lisongeras á doña Ana, le recomendó que no se fatigase ni saliese de casa á pié en las horas de calor porque seria perjudicial á su temperamento sanguíneo, y se despidió.

—¿Recordais dónde está la salida?—preguntó doña Margarita.

—Tengo mala memoria, pero la buscaré,—respondió Cañete, comprendiendo que la dama queria hablarle sin testigos.

—Os la enseñaré... Perdonad, señora, que os deje un momento... ¡Ah!... Muy oportunamente... Aquí está mi hija... Vuelvo al instante.

Isabel entró y doña Margarita salió con Cañete.

—Señora,—dijo este cuando estuvieron en otro aposento,—quereis hablarme reservadamente...

—Sí,—respondió turbada la dama.

—Os escucho... el tiempo es breve...

—Mi hija os debe la vida y la tranquilidad de su espíritu...

—Comprendo, la gratitud os obliga...

—¡Ah!—exclamó doña Margarita con voz ahogada.

—Vuestra posicion es muy crítica...

—¿Sabeis acaso?...

—Que el rey os ha mandado que si alguna vez me veis, sea donde quiera, me detengais aunque para ello tengais que apelar al estremo de pedir á gritos ayuda como si se tratara de un criminal.

—Ignoro quién sois; tal vez hayais cometido algun crímen, pero como habeis salvado la vida de mi hija...

—Sois muy noble, señora.

—Antes que todo son los deberes que me impone la gratitud...

—No quiero comprometeros...

—Idos, sí, pero os ruego que á nadie digais que me habeis visto.

—Nadie lo sabrá, y vos callareis tambien este suceso y rogareis á la condesa que lo reserve, por razones que no podeis manifestarle.

—Así lo haré...

—Sin embargo, me quedaré si he de comprometeros, señora.

—¿Habeis podido siquiera sospechar que yo acepte semejante sacrificio? Hoy es mayor mi gratitud por lo que acabais de hacer...

—He cumplido un deber de caballero al venir á ofreceros mi ayuda, y bendigo la casualidad que me ha traido.

—Gracias, doctor, gracias...

—Señora, no os detengais...

—¡El cielo os proteja!...

—Para hacer bien.

Cañete salió, embozándose, como antes, hasta los ojos y calando su sombrero hasta las cejas.

Felipe Augusto permanecia en el sitio donde le dejamos.

—Sabré quién es,—dijo al ver al doctor.

Este pasó por el lado del mancebo mirándolo como antes, y siguió como para tomar la calle de Coloreros, pero cuando advirtió que el jóven echaba á andar tras él, se detuvo, y bajándose hasta llegar con una mano al suelo, escribió con un dedo en la tierra lo siguiente:

« Triunfamos. »

Y volvió á tomar calle arriba.

Felipe Augusto, lleno de sorpresa, leyó y sus ojos brillaron alegremente; pero no se contentó con la noticia, quiso saber quién era aquel hombre y lo siguió nuevamente.

Otra vez se detuvo el doctor y escribió en la tierra:

« Soy el doctor Cañete, y en nombre del hombre de los anteojos os prohibo que me sigais. »

Esta órden fué respetada por Felipe Augusto, que retrocedió apenas lo leyó lleno de asombro.

Cañete borró el letrero con el pié y siguió libre ya de espías.

Doña Margarita habia vuelto al lado de la condesa.

Isabel estaba pálida como un cadáver, y en vano intentaba disimular su agitacion. La carta de Felipe y las esplicaciones, aunque breves, que habia tenido con la condesa, habian decidido su suerte.

Por fortuna, lo que acababa de suceder esplicaba para cualquiera la agitacion de la jóven, y por eso no llamó la atencion de su madre.

Mas de media hora pasaron en agradable conversacion aquellas tres mujeres.

La condesa no quiso detenerse mas y se despidió con palabras cariñosas y aceptando al fin la litera que doña Margarita habia mandado poner á su disposicion.

Las que antes no se conocian eran ya amigas y habian prometido visitarse.

El plan de Felipe Augusto no hubiera podido ser mas acertado.

Nada habia que pedir á la habilidad de la condesa, ni nunca estuvo Cañete tan oportuno como entonces.

Cuando Isabel volvió á encontrarse sola, leyó cien veces la carta de Felipe, la besó mas de mil, la regó con sus lágrimas y la oprimió contra su seno palpitante al sonreir dulcemente. Empero al fin, y como quien hace el mas duro sacrificio, rompió en menudos pedazos el precioso papel para evitar que se perdiese... ¡Parecióle que habia roto su corazon!

Luego bendijo al doctor Cañete y á la condesa, se arrodilló ante el reclinatorio y rezó fervorosamente.

CAPITULO L.

Cañete empieza á deshacer lo hecho.

Cañete habia entrado por la calle de Coloreros para desorientar á Felipe Augusto, pero una vez en la de la Almudena, volvió á la derecha y se dirigió hácia su casa, á donde llegó en pocos minutos.

Con una prontitud sin igual cambió de ropa, se puso los anteojos y volvió á salir, encaminándose á casa del peluquero.

Cuando este vió al doctor sacudió la nariz, abrió estremadamente los ojos y exclamó:

—¡Ah!... ¡Cuánto deseaba veros!... He estado en vuestra casa tres veces.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el médico.

—Vuestro consejo no pudo ser mas acertado, amigo mio, y os debo nuevamente mi fortuna.

—¿Hablásteis á vuestro sobrino?

—Sí.

—¿Qué respondió?

—Se burló de mí, segun me anunciásteis.

—¿Y así lo digísteis al rey?

—Ni mas ni menos.

—Bien.

—Su majestad se mostró muy enojado, pero no conmigo, y juró castigar la desvergüenza de Felipe Augusto.

—Ya veis...

—Estuve por decirle que no es mi sobrino ni cosa que le parezca...

—No hagais tal.

—Callé hasta consultaros...

—Bien hecho.

—Ahora lo espero para comer, y Dios sabe cuándo vendrá.

—Me alegro que no esté, porque tengo que hablaros reservadamente de una cosa que exige toda vuestra atencion y cuidado.

—Pues ya os escucho,—dijo el peluquero, agitando la nariz y acercando su silla á la del doctor.—Nadie puede escucharnos.

—Se os presenta la ocasion de hacer al rey un servicio tan importante que no tiene igual.

—Esplicaos, amigo mio, esplicaos...

—Se trata de la hija del rey...

—¡Ah!...

—Hernando sigue protegiendo esos amores.

—¿Pero es posible que un cristiano haga semejante cosa?

—Pruebas teneis de que sí.

—¡Oh!—exclamó Canuto, empezando á tomar su entonacion sublime.—¡Eso es repugnante, espantoso, horrible!...

—Pero es verdad.

—Desgraciadamente... Pero en fin, vamos al caso.

—Se prepara un rapto,—dijo Cañete.

El peluquero brincó en la silla, sacudió muchas veces la nariz y abrió los ojos como si fuesen á salirse de sus órbitas.

—Habeis... dicho...

—Un rapto,—repitió el doctor.

—¡Oh!...

—Que se efectuará antes que el monarca lleve á su hija á un convento.

—¡Dios mio!...

—Está todo preparado, y así podeis decirlo á su majestad.

—Hoy mismo... ahora mismo... antes de comer...

—No falta mas que elegir dia y hora.

—¿Y ella está conforme en dejarse robar?

—Muy conforme en irse con su amante, á pesar de lo que sucedió el dia que habló con su padre y estuvo á punto de volverla loca.

—¿Pero no sabe que es su hermano?

—Se lo dijo el monarca, pero no ha faltado quien le haga creer que eso es un ardid para obligarla á ser monja.

—¡Oh!—exclamó Canuto, haciendo un gesto de horror.—Lo que decís no puede escucharse con calma, y cuando el rey lo sepa...

—No lo creerá tal vez.

—Como yo no lo creeria si vos no me lo aseguraseis.

—Pues no debe despreciar el aviso, porque si tardase dos dias ó tres en llevar á doña Isabel á un convento, seria despues tarde para remediar el mal.

—¿No hay ninguna prueba?...

—Ninguna por ahora.

—De cualquier modo cumpliré con mi deber...

—Y acabareis de asegurar vuestra fortuna, porque cuando el rey se convenza de que no habeis exagerado el peligro y que por vos ha podido evitarlo, todo le parecerá poco para recompensar vuestro proceder leal.

—Al menos mi conciencia quedará tranquila...

—Os veo, como siempre, en el buen camino, señor Canuto, y puesto que estais decidido á obrar tan cuerdamente, os diré en qué términos me parece conveniente que deis la noticia á su majestad.

—Sí, aconsejadme.

—Antes sosegaos.

—Bien lo necesito, porque me ha trastornado lo que acabais de decirme. ¡Oh!... ¿Quién sospechára que el señor Hernando era un hombre tan sin conciencia?

—Sin embargo, no conviene que lo acuseis ahora: toda la culpa debe echarse sobre el hijo del monarca hasta que llegue el momento de poner en claro la intriga.

—Si así lo disponeis...

—Tengo para ello mis razones.

—Las respeto.

— Escuchadme.

—Hablad que ya os escucho.

—Hasta la noche no hablareis de este asunto á su majestad.

—Bien.

—Entonces le direis que esta tarde os fuisteis á pasear al bosque de San Gerónimo, y que sin pensar os alejásteis hasta un sitio enteramente solitario. Allí, añadireis, os sentásteis á descansar, y á los pocos momentos me aparecí á vos.

—¡Ah!... No habia pensado en una cosa,—interrumpió Canuto.

—¿En qué?

—Su majestad me tiene prevenido que os eche mano donde quiera que os vea.

—Y en el bosque tratásteis de cumplir ese mandato; pero yo saqué mi espada y os dí á elegir entre la revelacion de un secreto que interesaba mucho al rey ó una estocada en el corazon.

—Pero dejarme amedrentar así...

—Vos tambien desenvainasteis el acero, pero á los primeros golpes os desarmé, lo cual no tiene nada de estraño ni os deshonra.

—Bien, bien.

—Entonces os dí el aviso, y cuando me pedísteis pruebas, os contesté que su majestad las tenia, en que no me equivoqué el dia que visitó á su hija, y que mas le daria cuando llegara el caso. Me ofrecí á teneros al corriente de todo, y hasta deciros el dia y hora en que doña Isabel debe escaparse.

—¿Y despues?

—Desaparecí.

Canuto agitó su larga nariz y quedó pensativo.

—Debeis,—añadió Cañete,—fingir la mas completa ignorancia sobre el parentesco que hay entre los dos amantes.

—Entonces,—replicó el peluquero,—no podré decir al rey que abusan de la credulidad de su hija, diciéndole que es invencion lo de ser hermana del mancebo, para obligarla á ser monja.

—Pero sí podreis decirle que yo os hice una advertencia con las siguientes palabras, que debeis aprender de memoria.

—Sepamos.

—«Decid á su majestad que su hija se ha dedicido á seguir á su amante, porque le han hecho crer que es intriga de comedia lo de aquel terrible secreto.»

—Así mismo lo repetiré.

—En cuanto á doña Margarita, está inocente de todo; de Hernando no os dije una palabra, y con respecto á los medios de que se valen los amantes para entenderse, me los reservé para otra ocasion.

—¡Lástima que no pueda presentarse alguna prueba!...

—Casi lo es una circunstancia que debiera haber llamado la atencion del rey.

—¿Cuál?—preguntó afanosamente Canuto.

—La conformidad que doña Isabel muestra con su suerte; y semejante mudanza, poco menos que repentina, es sospechosa. Decid al rey que no curó á su hija la ciencia del doctor Cañete, sino la habilidad de la persona que se ha empeñado en protejer esos amores á toda costa.

—¿De manera, que ese doctor de quien me ha hablado su majestad con tanto interés, á quien busca con tanto empeño, ha sido tambien víctima de un engaño?

—No, al doctor Cañete no puede engañársele.

—Entonces no se esplica...

—Ni eso ni otras muchas cosas.

—¡Oh!...

—Cañete hace un gran papel en esta intriga, pero no puedo deciros á quién favorece.

—¿Conque tenemos otro personage mas?

—Y los que no conoceis todavía.

—No lo entiendo, amigo mio, no lo entiendo,—repuso Canuto, sacudiendo la nariz y haciendo mil contorsiones con sus flexibles miembros.—El enredo es de tal naturaleza que no sé cómo no nos ha vuelto locos. Todos nos agitamos sin cesar, trabajamos sin descanso, y escepto vos que todo lo sabeis, ninguno se esplica lo que sucede. Todo es raro, incomprensible y misterioso. El que parece mas estraño á la intriga, está mas interesado en ella, y no hay quien pueda decir el interés que mueve á ese médico, ni el que á vos os guia, ni el que impulsa al señor Hernando para ser tan criminal...

—Ni el que ha podido decidir á vuestro fingido sobrino...

—¿Qué decís?—interrumpió Canuto asustado.

—Que Felipe Augusto...

—¿Tambien está metido en ese enredo?

—Sí.

—¡Dios mio!—exclamó el peluquero, levantando los brazos con trágico ademan y mirando al cielo como el que ya ha perdido la última esperanza y no le queda mas que la muerte y Dios.—¡Ah!... ¿Qué vá á ser de ese desdichado mancebo?... ¡Infeliz!... ¿A dónde lo ha llevado su locura?

Y agitó la nariz mientras se limpiaba el sudor que corria por su frente. El asombro, el espanto de Canuto habia llegado á su colmo.

—¡Ah!—murmuró con voz ahogada y dejando caer los brazos como si hubiese agotado todas sus fuerzas.—Ese desdichado está perdido: ya no hay remedio para él; tendré que abandonarlo á su suerte... ¡Y tantos sacrificios, tantos como me cuesta, habrán sido estériles!... Esto es horrible, amigo mio, horrible: yo esperaba hacer de ese muchacho un hombre de provecho, que me ayudára en mi vejez si no encontraba á sus padres, ó que estos me indemnizaran lo que he gastado desde el momento

que tan generosa y caritativamente lo recogí aquella noche fatal; eso esperaba porque es muy justo, y sin embargo, tendré que renunciar á todo y aun dar por bien perdido lo gastado, con tal de no perder mas, porque el mejor dia llegará á comprometerme con sus locuras.

—Qué quereis,—dijo Cañete, cuya calma era mas fria cuanto mayor el cómico arrebato del peluquero:—la ingratitud es mala semilla y por eso cunde: en estos tiempos no encontrareis mas que ingratos, desengaños donde hagais sacrificios, mal donde sembreis el bien.

—Preciso es cortar de raiz...

—Pero ahora no conviene que hagais ni la mas leve indicacion á Felipe Augusto, porque seria ponerlo sobre aviso, y el que trabajen descuidadamente es lo que ha de servirnos.

—Sufriré algun tiempo mas: ¿qué he de hacer? paciencia...

—En mi concepto,—repuso el doctor,—lo que conviene es que su majestad, sin darse por entendido de nada, prepare la entrada de su hija en el convento y la lleve á él en el mismo dia y una hora antes de la que tengais convenida para el rapto, dejando que se presente el amante y sus cómplices á consumar su obra. Así los conocerá, y sorprendidos *in fraganti*, no podrán negar su delito.

—Y Felipe Augusto irá á la plazuela de la Cebada á pagar sus locuras...

—¡No, porque tiene bastante ingenio y audácia para burlarse de todos, y se librará de la tormenta.

—En buen lance nos hemos metido.

—Mientras no puedan echaros nada en cara á vos, ¿qué os importa?

—Si no hubiera aquello de las malditas cartas que llevé á la hija del rey...

—Por eso no podemos atacar de frente al escudero.

—Ni él á mí.

—Por conveniencia teneis que respetaros.

—¿Cuándo me veré tranquilo y podré gozar del fruto de mis afanes y trabajo?

—Muy pronto.

—Las esperanzas que me dais me alientan, porque tengo en vos la mas completa confianza; á no ser así, os lo confieso, ya hubiera sucumbido.

Canuto dejó caer la cabeza entre las manos y se entregó á reflexiones tan profundas como se lo permitia su entendimiento. Su cabeza estaba trastornada: aquel enredo con sus dudas, sus misterios y contradicciones, era superior á sus fuerzas intelectuales. Por la frente del infeliz corrieron gruesas gotas de frio sudor; eran las lágrimas de su caletre que lloraba atormentado y perdido en un caos de dudas y vacilaciones.

No se ocultaban al doctor los sufrimientos del pobre Canuto, y aunque los deploraba, hubo momentos en que tuvo que esforzarse para contener la risa al ver los gestos, contorsiones y miradas lastimeras del peluquero, y sobre todo, cómo agitaba sin cesar y de derecha á izquierda su descomunal nariz.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, interrumpido solamente por el ruido de la respiracion agitada de Canuto.

—Señor Rincon, —dijo al fin el médico, —no hay que desmayar, que está cerca el dia del triunfo.

El peluquero exhaló un suspiro.

—Meditad bien, —añadió el doctor, —sobre lo que os he dicho, y no olvideis ninguna de mis advertencias, porque el menor descuido os comprometeria.

—Lo sé, amigo mio, y por eso estoy con el alma en un hilo.

Cañete se levantó.

—Me voy, —dijo.

—¿Tan pronto?

—Puede venir Felipe Augusto, y no conviene que sepa que he estado aquí.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Mañana.

—¿Hé de ir á buscaros?

—Sí, para evitar que me encuentre aquí vuestro sobrino.

—Con Dios id, mi buen amigo, mi salvador...

—El cielo os inspire y os guarde.

Cañete estrechó la diestra del peluquero y salió tan oportunamente, que cinco minutos despues llegó Felipe Augusto con el rostro lleno de alegría.

—¿No sabeis la hora que es?—preguntó Canuto al mancebo.

—Sí.

—¿Y así, seor desvergonzado, os atreveis á hacerme esperar?

—Perdonadme, pero...

—¿De dónde venís?

—De ver el ensayo de una comedia nueva, á cuya diversion me ha llevado un amigo mio, que lo es de un comediante.

—Lo dudo.

—Puedo relataros el argumento...

—No es menester.

—Os aseguro que ha de hacer ruido la tal comedia. ¡Qué de intrigas, desmayos!...

—Basta.

—No me dejais respirar...

—Ya se arreglará todo, caballero: ó poneis enmienda á vuestra conducta, ó me veré en la durísima necesidad de tomar una determinacion enérgica.

—Bien, me corregiré, pero no os enfadeis ahora, porque no comeré con gusto.

Canuto ordenó que pusiesen la comida en la mesa, pero apenas tomó algun alimento: el estado de agitacion en que se encontraba le habia quitado el apetito.

Esta circunstancia no pasó desapercibida para Felipe Augusto, pero creyó que el peluquero estaba aun distraido con la idea de los amores de doña Ana.

CAPITULO LI.

De cómo el peluquero habló al rey, y lo que este determinó.

Mientras que el éxito feliz de la intriga, preparada por Felipe Augusto y hábilmente llevada á cabo por la condesa, llenaba de alegría y hacia esperar un cercano triunfo á los infortunados amantes, Canuto del Rincon, triste y pensativo aguardaba el momento de hablar al rey, desconfiando, por primera vez en su vida, de su ingénio para salir con bien del lance.

La noche llegó al fin con sus tinieblas que parecieron mas negras que nunca al aturdido y asendereado peluquero, el cual, arreglando su almidonada valona, desarrugando los lazos amarillos de sus calzones y echando una mirada á su amigo el espejo, salió de su casa despues de exhalar un suspiro y recomendar á Felipe Augusto la necesidad de que variase de conducta.

Deteniéndose á cada minuto para meditar sobre su crítica situacion, ya de prisa, ya despacio, llegó Canuto al alcázar y subió la escalera mientras sacudia sin cesar su larga y delgada nariz.

El monarca estaba solo y recibió al instante á su peluquero, el cual entró en la régia cámara, esforzándose para no dejar ver su turbacion y coordinar sus ideas.

Algunas frases halagüeñas de Felipe IV, que estaba de buen humor, porque creia seguro el logro de sus deseos con respecto á sus hijos y á doña Ana, infundieron alientos á Canuto, y algo mas tranquilo y pensando que con alguna habilidad podia asegurar su fortuna, se atrevió á comenzar, diciendo así:

—Señor, antes de ocuparme de vuestra real cabellera, desearia hablarle de un asunto que supongo interesa á vuestra majestad y me tiene con cuidado.

—¿Alguna nueva locura de tu sobrino?—preguntó el monarca.

—No, señor; pero de locuras de jóvenes se trata tambien.

—Dí lo que quieras, que ya te escucho.

—Señor, la hija de doña Margarita de Guevara...

—Mi hija,—interrumpió el rey;—no tengas reparo en decirlo así, porque todo el mundo lo sabe y tú no lo ignorarás.

—Pues bien, la ilustre hija de vuestra majestad tiene unos amores...

—Tenia,—replicó Felipe IV.

—Tiene, señor, porque están mas vivos que nunca.

—Estás equivocado, buen Canuto; esos amores han concluido para siempre y es imposible que vuelvan á renacer.

—Señor, no quisiera enojar á vuestra majestad, pero tengo razones para asegurarle que el equivocado no soy yo.

—Sepamos qué razones son esas,—dijo tranquilamente el monarca.

—Vuestra majestad ha determinado que doña Isabel sea monja.

—Sí.

—Pues ella sigue en correspondencia con su amante, y alucinada por este, está decidida á burlar la vigilancia de su madre y huirá de su casa antes de ir al convento.

El rey no se alteró, porque estaba seguro que con la revelacion que habia hecho á su hija era imposible que sucediese lo que decia Canuto.

—Si supieras,—dijo,—el obstáculo en que han de estrellar-

se todos los esfuerzos del amante de mi hija, te reirias, como yo, de esos planes de fuga.

—No conozco ese obstáculo, señor; pero se me ha dicho por quien nunca se equivoca: «Han tenido bastante habilidad para hacer creer á doña Isabel, que la terrible revelacion que le hizo su padre, es pura invencion para obligarla á ser monja.»

Felipe IV palideció.

—Con esas mismas palabras, señor, añadiendo que tuviese presente vuestra majestad una circunstancia muy significativa y que puede tenerse por una prueba.

—¿Cuál?—preguntó el monarca, cuya frente se contrajo.

—La repentina mudanza de doña Isabel, ayer desesperada y hoy conforme con su suerte, antes triste y ahora alegre ó poco menos.

—¡Oh!...

—Este descubrimiento, señor, me lo ha hecho el hombre de los anteojos verdes...

—¡El hombre de los anteojos!—repitió Felipe IV, empezando á tomar en consideracion lo que le decia su peluquero.

—El mismo, señor.

—¿Con que lo has visto?... ¿Y dónde está?... ¡Oh!... ¿Dónde está?... Porque supongo que no habrás dejado que te se escape,—dijo el monarca con visible agitacion.

—No hay medio de apoderarse de ese hombre, y vuestra majestad tendrá que reconocerlo así, si se digna escucharme.

—Esplícate, Canuto, y ¡ay de tí si has cometido una torpeza!

—Ruego á vuestra majestad que suspenda su juicio hasta conocer el suceso...

—¡Y no vale nada mi poder contra ese hombre, no conseguiré hablarle!... ¡Ah!...

—Creo que todos los esfuerzos serán vanos...

—¿Pero es mi enemigo?

—Tengo para mí, señor, que es un vasallo tan leal como yo, y no digo que mas, porque serlo mas es imposible.

—¿Entonces por qué se oculta? ¿qué teme si de nada puede acusársele?

—Lo ignoro, señor; pero dice que para obrar así tiene razones de gran peso.

—¡Oh!...

—Sin embargo, promete romper el misterioso velo con que se cubre.

—¿Pero cuándo?... ¡Oh!... ¿Cuándo?

—Muy pronto segun asegura.

—Tarde seria mañana para mi afan impaciente... En fin, Canuto, esplícate, dí lo que te ha sucedido con ese hombre, demonio ó fantasma que se le vé y no puede tocársele, que lo sabe todo y que todo lo puede.

Mas tranquilo el peluquero al ver cómo habian sido recibidas sus primeras indicaciones, sacudió la nariz, se acercó al monarca y empezó á referir la aventura del bosque de San Gerónimo, inventada por el doctor.

Iba gradualmente contrayéndose y palideciendo el rostro del monarca, porque encontraba fácil y sencillo lo que el peluquero decia de doña Isabel, y porque tenia para él mucho valor la noticia, procediendo del hombre de los anteojos verdes. ¿Por qué no habian de haber abusado de la credulidad de su hija?

La situacion se habia hecho mas grave que nunca, y mas que nunca tambien era preciso obrar con mucha prudencia.

Canuto concluyó su relato, sacudió la nariz y esperó con ansiedad.

Felipe IV meditó largo rato sin atreverse á resolver.

—Si esas noticias,—dijo,—no vinieran del hombre de los anteojos, me reiria de ellas.

—Pienso una cosa, señor,—replicó el peluquero.

—¿Qué te ocurre?

—No se me alcanza el interés que pueda tener el de los anteojos en poner en cuidado á vuestra majestad para que apresure la entrada de doña Isabel en el convento, pues lo natural seria que procurase estorbarla para favorecer los proyectos del amante.

—Por eso no es sospechoso su aviso, y aun puede ser tan fundado como otro que me dió en circunstancias parecidas no hace mucho tiempo.

—Ahora voy comprendiendo su indicaciones.

—No debo despreciar sus advertencias... ¡Oh!... Dice que no ha faltado persona de bastante habilidad para hacer creer á mi hija que es pura invencion lo del secreto que le revelé... ¡Por quien soy! que el miserable que á tanto se haya atrevido pagará cara, muy cara su traicion.

—¡Si pudiéramos descubrirlo!...

—Lo descubriremos, porque tomaré el consejo del hombre de los anteojos y á todos los sorprenderé.

—Bien pensado,—repuso el peluquero con la mas viva alegría.

—Elegiré el convento á donde ha de ir mi hija, todo se preparará, y al primer aviso del hombre de los anteojos, la sacaré de su casa.

—Terrible golpe.

—Yo lo haré todo, yo mismo, y así no podré culpar á nadie de haber vendido el secreto.

—Señor...

—Tengo confianza en tu fidelidad, Canuto, y puedes estar tranquilo, pero ni aun tú has de saberlo.

—Y por esa determinacion,—dijo el pelupuero,—doy gracias á vuestra majestad, porque me evita un cuidado que me tendria sin tranquilidad.

—Ahora veremos hasta dónde alcanza el poder de ese hombre.

—Si no nos engaña,—dijo Canuto con una intencion que no pasó desapercida para el rey,—si no nos engaña, merece una lucida recompensa el dia que se dé á conocer.

—Tú tambian la tendrás tan larga como merece el servicio que acabas de prestarme.

—Señor,—repuso el peluquero, cuyos ojos relumbraron con el fuego de la codicia,—soy un vasallo de vuesta majestad y tengo obligacion de servirle.

—No faltarán ocasiones en que pruebes tu lealtad. Por ahora, silencio, mucha reserva...

—Soy un sepulcro, señor.

—Y cuando te busque el hombre de los anteojos, no intentes apoderarte de él, déjalo que se vaya libremente, porque si de todas maneras ha de dejarte burlado, vale mas que sepa que nada tiene que temer, y así te llevará noticias en el momento que las tenga sin esperar ocasiones como la de esta tarde, lo cual puede ser causa de una tardanza que nos perjudique.

—Creo que nada pierde vuestra majestad con otorgarle esa gracia, porque de todas maneras no hemos de lograr apoderarnos de él.

—Además, daré órden para que la justicia no lo busque, como lo hace inútilmente.

—Conviene dejarle en completa libertad.

—Podrá servirme mejor.

Canuto, en el colmo de la alegría, se olvidó del respeto debido al monarca y se restregó alegremente las manos.

—¡Oh!—murmuró el monarca, volviendo á inclinar la cabeza sobre el pecho.—¿Qué misterio hay en este asunto? A pesar de las esplicaciones del hombre de los anteojos, no lo veo tan claro como es de desear. ¿Es posible que mi hija haya creido que yo la engañaba con el fin de cumplir mi deseo de que sea monja?... Sí, posible es... posible y aun muy fácil... halagando su pasion... ¡Infeliz criatura!... Y el miserable que así juega con el corazon de esa pobre niña... ¡Ah!... Su vida es poco para espiar su crímen... Afortunadamente lo conoceré pronto, segun asegura ese hombre singular de los célebres anteojos.

Entre tanto, Canuto sacudia la nariz, se miraba disimuladamente á un espejo, y decia para sí:

—¡Ah!... ¡Dia dichoso!... Tengo asegurada mi fortuna... Acaba de prometermelo el mismo rey de una manera tan terminante y clara, que no se puede dudar: no olvidaré sus palabras, al hablarle yo de la recompensa que debe á mi amigo: « Tú tambien la tendrás tan larga como merece el servicio que acabas de

prestarme.» ¡Oh!... ¡Tan larga!... Ahora sí que no tengo miedo al señor Hernando, ni á Felipe Augusto... ¡Puedo considerarme rico!

Y sacudió la nariz, volvió á mirarse al espejo, y aprovechando la distraccion del monarca, arregló su ancha valona y sus puños y aun se atrevió á colocar bien uno de los grandes lazos de los calzones que se habia descompuesto.

—Canuto,—dijo el rey al cabo de algunos instantes.

—Señor...

—¿Tienes algo mas que decirme?

—Nada, señor.

—Pues ya sabes lo que has de hacer...

—Descuide vuestra majestad.

—Peiname.

—Al momento, señor.

—Y en seguida vuelve á tu casa por si va á buscarte el de los anteojos para darte alguna otra noticia.

—Así lo haré.

Llamó el rey.

Su servidumbre entró.

Dió principio el peinado de su majestad, que á veces solia ser obra de dos horas.

CAPITULO LII.

Para lo que pueden servir un cuadro y una empanada.

Poco durmieron aquella noche los personajes de nuestra historia, porque todos se ocuparon en formar planes, los unos para llevar á feliz término la empresa del rapto de Isabel, y el rey para encerrar á esta en un convento con tanto sigilo que nadie pudiera averiguarlo.

El afan de todos puede comprenderse: cada cual tenia por justa su causa, y á todos interesaba tanto, que, la derrota la hubiera considerado cada uno como la mayor desgracia imaginable.

Mil distintos proyectos formó el monarca; no hubo convento de la córte que no elijiese y desechase, y al cabo de dos horas de cavilacion, no llegó á decidir mas sino que el monasterio de las Descalzas Reales fuese el encierro de su hija. Faltábale lo principal, el medio de arreglarlo todo sin valerse de nadie y de tal manera que ni Isabel, ni aun doña Margarita supiesen nada hasta el momento de poner el plan en ejecucion.

Esto hubiera sido muy fácil para cualquiera, pero no para el rey, cuya falta de libertad para moverse sin ser observado era tan completa. Primeramente tenia que arreglar la manera de salir de palacio sin que nadie lo supiera ni lo acompañára, y luego

la de entrar en el convento sin darse á conocer mas que á la superiora. Ambas cosas presentaban inconvenientes casi insuperables; sobre todo la segunda, porque las puertas del convento no se abririan sino al nombre de Felipe IV que deberia darse á la portera antes que á nadie.

Dos horas ó mas estuvo el rey sentado, apoyando en una mesa los codos y la frente en las manos, hasta que al fin creyó encontrar lo que buscaba. Entonces se levantó, asomóse á una ventana para refrescar su cabeza, volvió á examinar sus planes, y como los encontrára buenos, felicitóse y se acostó para dormir hasta las nueve de la mañana.

A esta hora se levantó su majestad, de quien se decia en palacio que la noche anterior habia trabajado hasta muy tarde, y poniéndose á escribir, ocupó media hora.

—Mucho se aplica el rey,—decian los cortesanos.

Y los que no tenian fé en el amor del monarca al trabajo, respondian:

—Estará componiendo alguna comedia.

—O algun soneto á los negros ojos de la condesa de Fuensanta.

Todos se equivocaban, porque Felipe IV habia escrito una carta á la superiora del convento de las Descalzas Reales, lo cual hubiera dado lugar á comentarios maliciosos si no la hubiera enviado con pretesto de la cosa mas sencilla, natural y santa.

—Dispon,—dijo el rey á un gentil-hombre,—que se lleve al convento de las Descalzas el cuadro de la Resurreccion que está en mi estudio, y que se entregue á la abadesa con esta carta donde le digo que es ofrenda de mi devocion al convento, y que deseo que se coloque en la iglesia, oficiándose mañana, con sermon alusivo al asunto y siendo á costa mia todos los gastos que ocasione la fiesta.

—¿Quién ha de ir en nombre de vuestra majestad?

—Tú, que si mal no me acuerdo, has llevado ya otros regalos allí y conoces á la abadesa.

La órden del monarca fué obedecida inmediatamente, y media

hora despues se paraban á la puerta del convento los coches en que iban el cuadro y el gentil-hombre con algunos criados de la servidumbre real.

A la noticia del régio presente se puso en movimiento la comunidad, que por órden de la abadesa se reunió para recibir dignamente aquella muestra de la distincion con que su majestad miraba el monasterio, fundacion de la princesa doña Juana, hija del emperador Cárlos V, y retiro de algunas personas reales.

La aristocrática superiora, que por un privilegio concedido á las de aquella comunidad, como sucesoras de la princesa doña Juana, gozaba la consideracion de grande de España de primera clase, con otros fueros y preeminencias muy honrosas, era una anciana de aspecto noble, de severo carácter y ejemplares costumbres, dulce y bondadosa con todos, pero tan celosa de su autoridad, que en ningun caso permitia que dejasen de guardársele las consideraciones debidas á su rango.

Sentada en la silla presidencial en medio de las dos largas filas que á sus lados formaban las religiosas, esperó al gentil-hombre que entró con una fuente de plata donde llevaba el autógrafo real, y seguido de dos criados que llevaban el lienzo.

Reinó un silencio profundo.

Las monjas, á través de sus espesos velos, fijaron su mirada curiosa, primero en el gentil-hombre y luego en el cuadro.

La abadesa, que tenia descubierto el rostro, permaneció inmóvil y grave como una reina.

—Señora,—dijo el gentil-hombre, adelantándose y presentando la fuente á la superiora;—su majestad, cuya fé religiosa es tan ardiente, me ha honrado ordenándome que venga á ofrecer á la santa comunidad de Santa Clara este cuadro que representa la Resurreccion del divino Mesías, y que al mismo tiempo os entregue esta carta, escrita toda de puño y letra de su majestad, en que hace presente á vuestra escelencia la satisfaccion conque dá esta prueba de su piadosa devocion.

—Nos,—contestó la abadesa con acento grave y pausado,—humilde sierva del Señor, indigna esposa de Jesucristo, en

nombre de la real comunidad aquí congregada, presente y oyente, recibimos con gratitud la piadosa ofrenda de su majestad, y os rogamos le digais que diariamente elevamos nuestras fervientes oraciones al Señor de cielos y tierra para que le conceda larga vida y le dé acierto en el gobierno de sus Estados.

Tomó la superiora la carta, rompió el sello y leyó para sí.

A los pocos instantes palideció su rostro.

Esta circunstancia pasó desapercibida para todos.

Despues se oscureció su frente y temblaron sus manos.

Concluyó la lectura, y mientras doblaba maquinalmente el papel, dijo:

— Mucho nos honra su majestad... Llevareis respuesta por escrito, para demostrar mejor nuestro agradecimiento.

Por primera vez desde que era abadesa, y con sorpresa de las monjas, olvidó la noble anciana su papel, y levantándose, salió mientras decia:

—Esperad... y que dejen ahí el cuadro.

Un cuarto de hora despues volvió con una carta que entregó al gentil-hombre, encargándole que la pusiera en manos de su majestad, y despidiéndolo sin otra ceremonia.

El cortesano, ageno á las prácticas de la comunidad, no dió importancia al caso, pero las religiosas se miraron con estrañeza, y sin acertar á comprender cómo la superiora habia interrumpido la ceremonia apenas comenzada.

La servidumbre real volvió á palacio.

El monarca esperaba con impaciencia.

—¿Qué ha dicho la abadesa?—preguntó apenas vió al gentil-hombre.

—Que agradece el presente y la honra que le dispensa vuestra majestad, segun lo espresa en esta carta que me ha dado.

—Una carta... Bien, bien.

Felipe IV tomó el papel, rompió el sello, desdoblólo y leyó lo siguiente:

«Señor, puesto que es caso de conciencia, puede venir vuestra majestad, entrando por el postigo y subiendo á mi celda que

ya sabe dónde está. Yo bajaria para abriros sino temiese que entre tanto, por uno de esos casos imprevistos, advirtieran mi falta. Hoy recibirá vuestra majestad unas empanadas de almivar: dentro de la que vaya debajo de todas encontrareis una llave.»

—¡Ah!—exclamó el monarca, cuyos ojos brillaron alegremente.—No puedo pedir mas...

Y se detuvo al ver que aun estaba allí el gentil-hombre, esperando la órden de salir, y añadió mientras sonreia:

—Ha acertado con mi deseo... Ya ves, el cuadro me vale unas empanadas de almivar que no tienen igual. No pueden las buenas madres demostrar de otra manera su agradecimiento. Las traerán hoy... Segun vengan, sin que nadie las toque, que me las entren...

—Bien, señor.

—Cuidado con tocarlas...

—Haré las prevenciones convenientes.

—Y al que las traiga que se le den veinte ducados.

—¿Nada mas tiene vuestra majestad que mandarme?

—Nada... Déjame.

Salió el gentil-hombre y Felipe IV volvió á leer la carta, rompiéndola luego en menudos pedazos mientras decia:

—En la que esté debajo de todas... ¡Oh!... Invencion es esta que envidiaria el astuto Hernando, que es el padre de la intriga. Bien, muy bien: la monja es ladina como un estudiante, y estoy tranquilo, porque con su ayuda los dejaré á todos burlados.

El monarca dió algunos paseos por la habitacion, y luego repuso:

—¿Y mi peluquero? ¿Cómo no ha venido? ¿Estará ocupado con ese brujo de los anteojos verdes? ¿Me traerá alguna nueva que trastorne mis planes? No estoy tranquilo hasta que venga. Suceden cosas tan raras en este desgraciado asunto, que no debo consentirme á nada bueno, sino esperar, estando prevenido á todo.

Canuto llegó un cuarto de hora despues, pero dijo al monar-

LAMINA 11.ª—Partió una de las empanadas y encontró una llave.

ca que no habia visto al de los anteojos, lo cual era mentira porque acababa de separarse de él.

—¿Tampoco has averiguado nada de tu sobrino?—le preguntó Felipe IV.

—Nada, señor.

—¿Por qué no le preguntas al de los anteojos verdes?

—No pensé ayer en ello, ni tampoco me dió lugar porque se fué, dejándome con la palabra en la boca.

—Cuando lo veas otra vez...

—Le preguntaré, señor.

El peluquero no se detuvo mas que el tiempo preciso para peinar al rey.

Este no salió aquella mañana por si llevaban el regalo de la abadesa.

Pero las empanadas no fueron hasta las tres de la tarde.

Cuando las entraron en la cámara, preguntó al rey:

—¿No las han tocado?

—No, señor,—le respondieron.

—Bien, dejadlas sobre esa mesa,—repuso.

Y cuando estuvo solo tomó de las seis grandes empanadas que le habian llevado una de las dos que estaban colocadas debajo de todas, la partió sin detenerse y encontró una llave.

—¡Ah!—exclamó en el colmo de su alegría.—No ha faltado... Veremos si mis enemigos averiguan cuál es el convento destinado á doña Isabel.

Y acabando de destrozar la empanada para que se creyese que habia comido de ella, guardó la preciosa llave del postigo del monasterio.

CAPITULO LIII.

Sigue la intriga.

Llegó la noche.

Dieron las nueve en el relój de San Felipe el Real.

Canuto, que estaba solo en su aposento y se paseaba con aire meditabundo, se asomó á la ventana, miró á la calle como si quisiera descubrir algo entre las tinieblas, y dijo en voz baja:

—Tendré que irme sin verlo... Son las nueve... Es la primera vez que falta á sus citas.

El peluquero fué interrumpido por un golpe dado con el aldabon en la puerta de su casa.

—¡Ah!—exclamó.—Será él... Marcela, señora Marcela,—añadió entrando en las habitaciones interiores.—Abrid y que suba el caballero que ha llamado...

—Será el señor Felipe Augusto,—respondió la vieja, acudiendo con un candil y una llave.

—Será quien sea,—replicó el peluquero con tono de mal humor.—Obedeced y callad.

—Como ya es hora de...

—Basta, señora bachillera, abrid pronto.

Marcela bajó refunfuñando, abrió la puerta de la calle y dejó el paso libre, no sin levantar el candil con intento de ver el rostro á la persona que entró.

Pero la impertinente curiosidad de la vieja no pudo satisfacerse, porque el recien llegado llebaba el rostro cubierto con el embozo de su capa de tal manera, que ni aun los ojos se le veian.

—¡Hum!—dijo para sí Marcela.—Hace algunos dias que suceden en esta casa cosas que no me dan buena espina. El señor Canuto está desconocido, segun se le ha puesto el genio como un vinagre; su sobrino lleva cada dia una vida mas desenfrenada; entran y salen personas que no dicen su nombre y se tapan el rostro, y se han trastornado las costumbres de tal modo que ya no sabe uno ni siquiera á qué hora se come ó se duerme.

El embozado subió y entró en el aposento de Canuto, y cuando este hubo cerrado la puerta y despavilado el belon con que se alumbraba, sentóse, bajó el embozo y dejó ver sus anteojos verdes.

—Dudaba ya de vuestra venida,—dijo Canuto.

—Acaban de dar las nueve,—contestó el doctor,—y esta es la hora convenida.

—¿Teneis alguna nueva que darme?

—Por ellas vengo.

—Nada puedo deciros.

—¿No habeis estado en palacio desde esta mañana?

—Sí,

—¿Habeis visto al rey?

—Dos veces.

—¿Ha salido á pasear?

—No se ha movido de palacio en todo el dia.

—Algo medita, señor Canuto.

—Así parece, porque, segun me han dicho, la noche pasada ha estado en vela hasta muy tarde con pretesto de trabajar en los negocios del Estado.

—Entonces no medita, sino que ha puesto ya en ejecucion algun proyecto.

—¿Tan pronto?

—Sí, amigo mio, tan pronto y ha hecho muy bien, porque los enamorados no se descuidan.

—¡Oh!...

—Decidme cuanto sepais que haya hecho hoy su majestad, hasta lo que os parezca mas insignificante.

—Repito que no ha salido de palacio.

—¿Pero en qué se ha ocupado?

—En cosas muy santas, segun dicen.

—Sepamos.

—Como si le sobrara el tiempo, se entretuvo en escribir una carta á la priora de las descalza Reales, y se la envió con un cuadro para la iglesia.

Cañete se inclinó como para no perder una palabra.

—Las monjas,—repuso Canuto,—en señal de agradecimiento, le han regalado unas empanadas de almivar que he tenido la honra de probar por órden del rey.

—Mucho os distingue.

—¡Ah!... Estoy en la cúspide del favor,—dijo el peluquero, sacudiendo la nariz.

—Me alegro.

—Todo os lo debo...

—¿Y qué mas ha hecho el monarca?

—Dicen que ha pasado casi todo el dia solo en su cámara...

—Solo...

—Y ha dispuesto no recibir esta noche, porque tiene que trabajar.

—¿De manera que no lo vereis?...

—Sí, porque no puede pasar sin peinarse,—dijo Canuto, sonriendo maliciosamente.

—Comprendo.

—Ya estará esperándome con impaciencia.

—Pues no os detengais.

—Si nada teneis que decirme...

—Nada.

—Entonces...

—Vamos, os acompañaré y esperaré á que salgais por si averiguais algo mas.

—Bien.

Canuto arregló su valona y sus lazos, tomó su capa y su sombrero y salió con Cañete que cuidó de ocultarse el rostro para burlar la curiosidad de Marcela.

Alabando el doctor el ingénio y habilidad del peluquero, y este echando cuentas sobre la fortuna que ya creia tener asegurada, llegaron á palacio.

—¿Con que me esperais aquí?—preguntó Canuto.

—Sí.

—No tardaré.

—Ya sabeis que tengo mucha paciencia, y por consiguiente, lo que importa no es que os deis prisa, sino que averigüeis algo sobre los planes del monarca.

—Descuidad,—respondió Canuto.

Y entró en el alcázar, subiendo apresuradamente, porque ya eran las nueve y media.

Efectivamente esperábalo con impaciencia el rey, porque temia que el hombre de los anteojos hubiese llevado alguna nueva que trastornase sus planes.

Así que, apenas vió al peluquero, le preguntó:

—¿Qué sucede, Canuto?

—Nada, señor.

—Me tenias intranquilo con tu tardanza, porque creí que te detenia el de los anteojos.

—No lo he visto.

—Buena señal.

—Si me hubiese engañado...

—No.

—Estoy, pues, descuidado.

—Peiname con cuanta ligereza te sea posible.

—Al momento, señor.

—Tengo que trabajar.

—Mire vuestra majestad por la salud, que es lo primero, y deje el trabajo para quien tiene la obligacion de hacerlo.

—Me he convencido de que ciertos negocios de Estado no se pueden confiar á nadie.

—Es verdad, pero...

—Preciso es cumplir los deberes de rey... Peiname, Canuto, peiname,—replicó el monarca, cuya prisa comprenderán nuestros lectores.

El peluquero obedeció, y diez minutos despues salia de la cámara.

Cuando estuvo en la calle se le acercó el doctor y le dijo:

—Poco habeis tardado.

—El rey mostraba gran prisa por trabajar en los negocios del Estado.

—Apostaria á que el trabajo se reduce á escribir una comedia.

—Tal vez...

—¿A dónde vais ahora?

—Vuelvo á mi casa.

—Llevamos camino opuesto...

—Pues que el cielo os guarde y hasta mañana.

—En mi casa estaré...

—Iré á buscaros.

Canuto se alejó con la ligereza de costumbre, y Cañete fué á situarse junto á un postigo del alcázar.

—Creo que no esperaré en valde,—dijo para sí.

Y quedó inmóvil como una estátua.

CAPITULO LIV.

De la entrevista que tuvieron Felipe IV y la abadesa.

Cuando el monarca estuvo solo, volvió á meditar sobre su situacion y las ventajas é inconvenientes del paso que iba á dar, y despues de un cuarto de hora de reflexion detenida, estendió algunos papeles sobre la mesa, tomó la pluma como si fuese á escribir, y luego llamó, presentándose un gentil-hombre.

—Voy á trabajar,—dijo el monarca,—y no quiero que nadie ni por nada se me interrumpa.

—Vuestra majestad será obedecido.

—Entiéndelo bien: sea quien fuese, venga á lo que venga, nadie, absolutamente nadie entrará, ni tampoco me dareis recado alguno. Si algo necesito llamaré, pero entre tanto, como si yo no me encontrára aquí ó esa puerta estuviera cerrada con llave.

El cortesano salió.

—Ya estoy libre,—dijo el rey, dejando la pluma y levantándose:—¡Libre!... Hé aquí una palabra cuya aplicacion desconocen los reyes... ¡Ah!... ¡Libre!... ¿Pero á costa de qué? De la murmuracion, porque nadie creerá que trabajo en asuntos del

Estado, sino que me ocupo de cualquiera otra cosa, y aun muchos sospecharán lo que es, que he salido, y solo les faltará saber á dónde y con quién he ido. Esto sin contar conque la corte está llena de ladrones, asesinos y gente pendenciera, y que puedo tropezar con alguno de ellos, y ya que no otro peligro, corro por lo menos el de que me conozcan. ¡Ah!... Salir enteramente solo... No debo pensarlo mas; es preciso; tengo que arriesgarlo todo para salvar á esas criaturas infelices, perseguidas por una horrible fatalidad. Empero bien pronto saldré de dudas, se aclararán todos los misterios y conoceré al miserable que está siendo causa de todo. ¡Oh!—añadió el monarca, cuya frente se contrajo.—Mucho temo descubrir á un traidor en mi escudero Hernando: su conducta es incomprensible, todo en él es sospechoso, hasta esa turbacion que no puede disimular cuando le hablan del doctor Cañete, de ese hombre fantasma como el de los anteojos. Bien dice Canuto, el tal médico representa en esta intriga un papel interesantísimo, pero sin que pueda decirse si en pro ó en contra de la buena causa: apareció como llovido del cielo, y desapareció sin dejar huella de su paso, cuidando hasta de recoger sus recetas para que ninguna señal quedase, ningun recuerdo... ¡Oh!... Todo es singular en este asunto, y lo que no acierto á comprender es el interés que pueden llevar al proteger los amores de mis hijos. Si no es Hernando el traidor ¿quién puede serlo? Y si es él, lo desconozco, porque á pesar de su travesura ha sido siempre hombre de conciencia, y no comprendo cómo ni por qué, sabiendo que Isabel y Felipe son hermanos, se empeña en unirlos. Sí, es estraño, incomprensible y sospechosa la conducta de mi escudero, pero no puedo convencerme de que hasta tal punto lleve su mala intencion, arriesgando la vida si no consigue engañarme, y sin esperanza de otro provecho que la pueril satisfaccion de un triunfo estéril. ¡Oh!... Hernando es demasiado ladino para tomar parte en un juego donde hay probabilidades de perder mucho sin que pueda ganarse nada; tiene bastante esperiencia para saber lo que le conviene, y no cometeria la necedad de meterse en una intriga descabellada, que ni honra ni prove-

cho puede darle. No, Hernando no debe ser el que alucina á mis hijos: no hay duda que me equivoco al sospechar de él. ¡Ah!... Desde aquella noche desgraciada de las equivocaciones, no he vuelto á acertar en nada. ¡Noche fatal! Desde entonces parece que me persigue un génio maléfico que se complace en enredarlo todo para atormentarme con dudas. Veremos si esta noche me deja en paz.

El monarca abrió un armario y sacó una capa de color verde oscuro, un sombrero negro sin pluma ni otro adorno, una espada toledana que ningun mérito tenia mas que el de su buen temple, y una linterna sorda.

—Algo pudieran contar estas prendas,—dijo mientras ceñia la tizona.—Siempre me han sacado con bien de todos mis lances, y espero que ahora no hagan menos.

Despues se puso el sombrero y la capa, encendió la linterna, tomó una llave que tambien habia en el armario, y salió por la puertecilla secreta.

Mirando á todos lados con tanto temor como si no fuera el rey atravesó algunas habitaciones solitarias, y galerías, bajó una estrecha escalera, dejó atrás un patio y se internó en un tortuoso pasillo, avanzando rápidamente á favor de la linterna, porque no habia luces en ninguno de los sitios por donde habia pasado.

Al fin llegó á una puerta pequeña y practicada en un grueso muro, la abrió con la llave que habia sacado del armario, y salió, encontrándose fuera del alcázar.

Cerró nuevamente, quedó parado, escuchó, miró sin distinguir nada entre las tinieblas, y dijo:

—Me favorece la fortuna. Nadie, absolutamente nadie... Puedo ir descuidado.

Y con la linterna oculta y la espada en la diestra, se dirijió hácia la parte de Santo Domingo.

La noche estaba oscurísima hasta el punto de que no era posible que se reconociesen dos personas sino por la voz.

Ya no ardia ninguno de los pocos faroles con que en aquella época se principió á satisfacer la necesidad del alumbrado pú-

blico. Si alguna luz se veia, era la vacilante y moribunda de uno de los farolillos que encendia la mal entendida devocion de los fieles para alumbrar las imágenes de santos que incrustaban en las paredes, y á cuyos resplandores se leian las amorosas epístolas de esposos infieles, se reconocia la moneda dada en pago de un crímen ó de la honra de una mujer, relucian y se cruzaban las espadas de los rivales en amor, y se cometian todas las irreverencias imaginables. Hoy ha desaparecido eso: el ornato público, al embellecer, ha hecho á la religion un servicio. Entonces, sin embargo, se hubiera tenido por un acto de impiedad la prohibicion de esponer á la ireverencia la imágen de Dios, y quitar uno de aquellos santuarios se hubiera considerado un sacrilegio. Cada época tiene sus opiniones: nosotros estamos de acuerdo con la nuestra, porque queremos que se respete lo sagrado.

A ser el rey mas cauto y volver la cabeza, hubiera distinguido, á pesar de la oscuridad, un bulto, es decir, un hombre que pareció brotar de la tierra y lo siguió con pasos silenciosos como los de un fantasma. Pero no se apercibió su majestad de semejante cosa, y siguió descuidadamente su camino, entrándose por lo que entonces era todavía verdadero *Arroyo del Arenal*, y hoy es calle, y tomando luego la subida de San Martin hasta llegar á la plazuela de las Descalzas reales.

Allí se detuvo, volvió á mirar y tampoco vió nada, porque su espía tuvo buen cuidado de ocultarse en el hueco de una puerta.

—Bien, —dijo, —no puedo quejarme de la fortuna.

Entre la puerta de la iglesia y la que dá entrada al convento de las Descalzas reales, hay otra puertecilla ó postigo, practicable entonces, y que hoy está clavado por dentro y cubierto por fuera de tablas hasta su mitad, sin duda porque así lo ha reclamado la limpieza del hueco que forma en el muro y que ha quedado tapado.

A este postigo se acercó el rey, volvió á mirar y á escuchar, sacó la llave que habia recibido en la empanada, y abrió entrando sin hacer apenas ruido, y cerrando nuevamente.

Entonces salió de su escondite el espía y murmuró diciendo:

—No me equivoqué. Aquí vendrá la hija del rey.

Quedó luego inmóvil y silencioso como si meditase, y al cabo de algunos segundos, exclamó:

—¡Ah!... ¡Feliz idea!... La entrevista durará mas de un cuarto de hora... Tengo bastante tiempo... Sí... ¡Oh!... Una llave como la del rey es un tesoro... No hay que perder un instante..

Y con estraordinaria ligereza tomó la cuesta abajo, atravesó la calle del Arenal, subió la de Bordadores y entró en la de Santiago, deteniéndose á la puerta de la taberna de Marcelo.

—¿Estará?—dijo para sí.

Y llamó como los parroquianos amigos de la casa.

La puerta se abrió, y el embozado, que no era otro que el doctor Cañete, entró.

—¿Han venido?—preguntó á Marcelo.

—Sí,—respondió este.

—Bien...

—Los tres están...

—¿Teneis un pedazo de cera?

—Creo que sí...

—Dádmelo, pero tan pronto que no me hagais esperar un minuto.

—Al momento...

—Corred, que me importa mucho,—replicó el doctor.

Y entró en el aposento que ya conocen nuestros lectores.

Allí estaba Hernando, su hijo y Felipe Augusto.

Los tres dejaron escapar una exclamacion de alegría al ver á Cañete.

—Señor Felipe Augusto,—dijo este, sin hacer caso de los otros,—venid que os necesito.

—¿Qué sucede?—preguntó Hernando.

—Despues lo sabreis...

—Estais algo agitado...

—He corrido.

—¡Vos!...

—Sí, yo. ¿Qué os admira?

—Es cosa estraña...

—Tambien sé correr cuando es preciso.

—Pero...

—No podemos detenernos; un minuto de retraso seria quizás bastante para que todo se perdiese...

—¡Ah!...

—Vamos, señor Felipe Augusto... ¿Qué hace Marcelo?

El tabernero se presentó, mostrando en la mano un trozo de vela de cera.

—Aquí estoy,—dijo.

—Bien, no habeis desmentido vuestra ligereza... Gracias, maese Marcelo... Dejadnos.

El tabernero se alejó.

—Nada nos falta,—repuso Cañete.—Vamos, que los momentos son preciosos.

—Os acompañaremos,—dijo Felipe.

—Sí,—añadió Hernando.

—No puede ser. Volveremos si quereis esperar...

—Aunque sea toda la noche.

—Pues que Dios os dé paciencia si tardamos, y á nosotros habilidad si llegamos á tiempo.

—El cielo os guie.

Felipe Augusto se levantó sin hacer observacion alguna y siguió á Cañete.

Ambos salieron de la taberna.

—Escuchadme mientras correis,—dijo el doctor al mancebo;—pero escuchadme con mucha atencion para que no olvideis una palabra, porque vuestra felicidad y la del hijo del escudero depende de la exactitud con que hagais lo que voy á deciros.

—Corred y hablad cuanto os plazca,—respondió el doncel,—que yo correré tanto como vos y sin perder una sola de vuestras palabras.

Cañete meditó algunos instantes, miró atrás por si alguien los seguia, y apresurando el paso con una ligereza que nadie le

hubiera supuesto, empezó á esplicar á Felipe Augusto el plan que habia formado para no tener que envidiar al rey la llave del postigo del convento.

Hablando el uno, escuchando el otro, y ambos con las espadas desnudas, empezaron á bajar la costanilla de Santiago.

Los dejaremos puesto que hemos de ver pronto en qué consistia el plan del doctor, y volveremos al convento para escuchar la conversacion del monarca y la abadesa.

Felipe IV conocia perfectamente la parte de edificio que tenia que andar, y con el auxilio de la linterna pudo llegar sin dificultad y en pocos minutos á la celda de la anciana superiora.

Esta esperaba á la puerta, con la ansiedad y temor naturales. Su rostro estaba pálido, agitados sus miembros, y al ver al monarca exclamó con acento que delataba su turbacion:

—¡Señor!...

—Madre,—dijo Felipe IV con toda la dulzura que sabia dar á su voz,—tranquilizaos, nadie me ha visto ni sabe que he salido siquiera de mi aposento. Mi visita será corta, pero no he podido escusarla, porque me obligaba á venir un deber de conciencia.

—Entrad, señor,—repuso la anciana, apartándose para dejar el paso libre al rey.—Mucha es la honra que recibo con esta visita, pero no la hubiera aceptado á no depender de ella, segun me asegura vuestra majestad, la salvacion de dos almas.

El monarca entró en la celda, sentóse en un sillon, mandó sentar á la abadesa, y luego dijo:

—Madre, me encuentro en la situacion mas apurada que puede imaginarse; pesa sobre mí una grave responsabilidad, y necesito vuestra ayuda para evitar una desgracia horrible y tranquilizar mi conciencia. Dios ha querido castigar mis pecados, y en verdad, señora, que bien los purgo con las amarguras que me envia.

—Dios es justo, pero tambien misericordioso,—respondió la anciana inclinando la frente.

—Confio, madre, en que su misericordia pondrá fin á mis

tormentos. ¡Ah!... Sufro mucho, y aun me queda mas que sufrir antes de quedar tranquilo.

—¿Tan grave es la situacion?...

—Como que no me deja un instante de reposo.

—¡Ah!...

—Me amenaza á todas horas un mal cuya sola idea espanta, y ni á dormir me atrevo, temeroso de encontrarlo realizado al despertar.

—Eso es horrible, señor,—dijo la anciana, estremeciéndose.

—Vos misma juzgareis,—replicó el monarca.

Y despues de algunos momentos de reflexion, añadió:

—Hace diez y ocho años, señora, que la fatalidad me arrastró á un estravío amoroso que por algun tiempo dominó mi razon. Por una coincidencia desgraciada, sucedió que mi amoroso desliz tuvo consecuencias con dos mujeres á la vez, resultando de un error un doble fruto que ha llegado á ser el castigo de mi falta.

—¡A dónde conducen las pasiones!—dijo la abadesa, cruzando las manos y levantando al cielo los ojos.—¡Ah!...

—De la mia son hoy testigos vivientes, un niño y una niña que se han criado sin conocerse ni saber á quién deben la existencia. Y aquí, buena madre, comienza la parte triste, horrible de esta historia sin igual.

—Me estremecen vuestras palabras, señor.

—Y mas os estremecereis cuando sepais que esas dos criaturas se han visto y se aman ciegamente.

—¡Ah!—exclamó la anciana, fijando en el rey una mirada de espanto.—¿Qué decís?... ¡Se aman y son hermanos!...

—¡Sí!...

—¡Dios mio!...

—Con la pasion mas ardiente...

—¡Qué horror!... ¡Ah!... ¡Qué horror, Dios mio!—exclamó la abadesa, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Comprendeis ahora mi situacion?

—Decid, señor,—replicó la anciana con angustioso afan,—¿y esos amores?...

—Hasta hoy no han producido el estravío.

—¿Teneis seguridad?...

—Completa.

—¡Ah!—murmuró la abadesa, respirando como si le hubiesen quitado un gran peso.

—Pero no respondo de lo que puede suceder.

—¿Y qué ha hecho vuestra majestad para evitar una desgracia?

—Determiné encerrar á mi hija en un convento, pero se resistió á obedecerme.

—¿Y no le dijísteis?...

—Al fin tuve que desgarrar su corazan á costa de romper el mio.

—¿Y ella?...

—Estuvo muy cerca de perder el juicio ó la vida.

—Pero habrá desistido...

—En la apariencia.

—¡Señor!...

—He sabido que proyecta fugarse de su casa para seguir á su amante...

—¡Ah!...

—Y que está decidida...

—¿Es posible?

—Sí.

—¿Hasta tal punto la trastorna su fatal pasion? ¿Tal es su ceguedad que ha perdido hasta el temor á Dios?

—No, madre, no lo ha perdido...

—Entonces...

—Pero no ha faltado quien le haga creer que el secreto que le revelé de ser hermana de su amante, es invencion mia para obligarla á ser monja.

—¡Dios mio!...

—Esto halaga su pasion...

—¿Y qué os detiene para cortar el mal de raiz?

—A cortarlo estoy decidido, y aquí vendrá mi hija á llorar su desgracia.

—¿A cuándo espera vuestra majestad? ¿No vé que en una hora perdida puede hacerse irremediable el mal?

—Es que quiero conocer al infame que juega con el corazon de mi pobre hija, para castigarlo como merece su crímen.

—No debe quedar impune, señor.

—Conozco el plan y tendré aviso del dia y hora en que haya de ponerse en ejecucion.

—Y vuestra majestad quiere...

—Que crean que estoy descuidado para que no desconfien, y lleven adelante su intento.

—Comprendo, señor, una sorpresa...

—Eso es, porque no de otro modo puedo conocer al criminal.

—Mucho arriesgar es.

—Están de mi parte las ventajas.

—Tiemblo, señor.

—Mi hija permanecerá al lado de su madre, vigilada constantemente, y una hora ó dos antes de la convenida para la fuga, la traeré sin haberle anunciado nada, y luego me pondré en su lugar para recibir á los que vayan á buscarla.

—¿Y si se anticipan á vuestra majestad?

—Como mi hija estará espiada, no podrán realizar su intento, y todo el mal consistirá en que huyan sin que yo pueda conocerlos hasta otra ocasion.

Estremecióse la abadesa, elevó al cielo una angustiosa mirada, y dijo:

—¡Dios libre á esas desdichadas criaturas del terrible golpe que les amenaza!

—Tal es el plan que he trazado contra el de mis enemigos.

—Bien, señor; ahora decidme en lo que debo ayudaros para salvar á vuestros hijos.

—En cuanto á lo que importa guardar el secreto, nada tengo que deciros, buena madre.

—Descuidad...

—Lo que habeis de hacer para ayudarme, es estar desde este momento preparada á todas horas para recibir á mi hija sin que nadie lo sospeche siquiera, porque de saberse, aunque fuera minutos antes, podria llegar á noticia de mis enemigos, para los que parece que nada hay oculto, y ser yo el burlado en cuanto á la sorpresa que tengo preparada.

—Dificultades hay para hacerlo tal como es menester y vuestra majestad desea.

—Un medio tenemos.

—¿Cuál?

—Si teneis confianza en mí...

—Señor...

—Guardaré la llave del postigo para hacer uso de ella en cualquier ocasion.

—Vuestra majestad no puede cometer un abuso, pero nos esponemos á juicios temerarios y murmuraciones...

—¿De quién?...

—De las mismas religiosas.

—No creo...

—Piense vuestra majestad que no podria menos de llamar la atencion el ver que á media noche se habia introducido en el convento una mujer...

—Una novicia.

—¿Pero por qué se habia ocultado para entrar? ¿Por qué semejante misterio si nada malo habia que encubrir?

—Es verdad que se comentaria maliciosamente el suceso; pero cuando despues de observar y cavilar mucho no encontrasen en ello otra cosa mas que una novicia que aumentaba el número de las hermanas de la comunidad, y que esta novicia era una niña inocente y pura, acabaria la murmuracion.

La abadesa meditó.

—Y sobre todo,—añadió el monarca,—entre dos males debe escogerse el menor: entre la murmuracion inofensiva de unas cuantas mujeres que están separadas del mundo, y...

—¡Oh!... No debemos dudar.

—¿Comprendeis?...

—Guarde vuestra majestad la llave del postigo.

—Gracias, madre.

—A cualquiera hora que venga vuestra hija, encontrará una celda donde alojarse; pero si tuviera vuestra majestad ocasion de avisarme anticipadamente, seria mejor, porque yo aguardaria como esta noche.

—Lo haré.

—Contad, pues, con que vuestro deseo se verá cumplido y el secreto será guardado como el de una confesion.

—¡Se han salvado mis hijos!—exclamó el monarca.—Con vuestro auxilio...

—Con el de Dios podremos evitar que se pierdan dos almas.

—Conoceré á mis enemigos, sabré quién es el que tanto puede y tanto vale que ha logrado trastornar la razon de mi hija, y sobre todo, podré apreciar la lealtad de Hernando. ¡Ah!... Gracias, madre, gracias porque me habeis prestado el mas importante de los servicios: á vos os deberé mi tranquilidad.

—Así tranquilizo tambien mi conciencia.

Felipe IV se levantó.

—No debo permanecer mas tiempo aquí,—dijo.

—¿Ha venido solo vuestra majestad?

—Enteramente solo.

—¡Oh!...

—Ni el mas leal de mis servidores debe saber que tengo una llave para entrar en el convento.

—Es verdad, pero la vida de vuestra majestad es muy preciosa, y si le sucediese alguna desgracia...

—Dios me protegerá por la buena intencion que guia mis pasos.

—Su misericordia os escuche.

—A nadie he visto al venir, y espero que lo mismo me suceda al volver,—contestó el monarca.

Y tomando la linterna, se despidió de la anciana y salió muy satisfecho del resultado de aquella visita.

—Nadie habrá entrado en mi cámara,—decia mientras se alejaba de la celda.—Antes de un cuarto de hora estaré otra vez allí. Las calles están desiertas, y la noche oscura á mas no poder... ¡Oh!... La fortuna se ha puesto decididamente á mi lado.

Llegó el monarca al postigo que ya hemos dicho estar muy cerca de la puerta principal ó portería del convento, puso el oido junto á la cerradura, escuchó, y asegurado de que ni pasos ni rumor alguno se sentia en la calle, abrió cautelosamente y sin hacer el mas leve ruido.

Luego sacó la cabeza y volvió á escuchar, despues la linterna, cuya luz se esparció á mas de diez pasos de distancia, y convencido de que no habia por allí alma viviente, quitó la llave, la puso por la parte de afuera, salió y se dispuso á cerrar.

CAPITULO LV.

Donde se verá el resultado que dieron las trazas del doctor.

El rey cerró el postigo, pero al dar vuelta á la llave, cayeron sobre él por detrás dos hombres que, aunque parecian vomitados por la tierra ó caidos del cielo, habian salido del hueco de la puerta principal.

La linterna se escapó de la mano del monarca, que intentó recurrir á su daga ó su tizona; pero no pudo moverse porque uno de aquellos hombres le sujetaba la mano izquierda de tal modo que no parecia sino que la tuviese presa en una argolla de hierro, y el otro le habia cogido á la vez la mano derecha y la llave con no menos fuerza que su compañero.

Escusamos decir que eran el doctor Cañete y Felipe Augusto.

—¡Quieto, ladron!—gritaron con tono amenazante.—Estás en poder de quien no te dejará escapar.

La sorpresa no permitia al monarca hablar en algunos instantes, pero al fin, con voz reconcentrada por el coraje, exclamó:

—¡Asesinos!... ¡cobardes!...

—¡Graciosa acusacion!—replicó el barbero mientras seguia

apretando la mano real y la llave que permanecia dentro de la cerradura.

Y soltó una carcajada burlona.

—¡Por quien soy!—añadió Cañete riendo tambien,—que eres un ladron ingenioso y desvergonzado sin igual. Te cogemos *in fraganti* delito, y en vez de pedir perdon, nos acusas. Bien está; llámanos como quieras, pero entre tanto te aseguraremos, que tiempo queda de poner en claro quién es el criminal.

—¡Oh!—exclamó el rey.—¿Por quién me habeis tomado, canalla?

—Por un hombre que debe infundir las peores sospechas porque sale de un convento á estas horas y despues de haberse asegurado que no podia ser visto.

—¡Vive el cielo!...

—No te enfades, que si eres inocente...

—Basta,—interrumpió Felipe IV.

—Sí, basta,—replicó el doctor.— Con la justicia disputarás: á nosotros no nos toca mas que llevarte á la cárcel ó entregarte á la primera ronda que encontremos.

—¿Insistireis?

—¿En llevarte á la cárcel?... Sí.

—¡Oh!—murmuró el monarca, cuya ira empezaba á convertirse en miedo, porque era muy facil que le comprometiese la obstinacion de aquellos hombres.—Habeis perdido el juicio. ¿Qué ladron he de ser cuando me voy sin llevarme nada?

—Entonces,—dijo Felipe Augusto,—sois un seductor sacrílego, y á la Inquisicion toca el castigaros.

—¿Eso mas?

—Pues si no sois ladron ni seductor ¿á qué habeis venido? Si á rezar, veamos el rosario, seor devoto, y esplicadnos tambien por qué salís por la puerta falsa y con tanta cautela.

—A lo que he venido no os importa, y si como yo fuerais caballeros y por cualquiera razon quisierais estorbarme el paso, no lo hariais traidoramente y los dos á la vez como villanos cobar-

des, sino uno á uno, cara á cara y cruzando el acero como hidalgos bien nacidos.

—¡Oh! —replicó Cañete.—No toqueis el resorte mas delicado de mi honra, porque, si como por el lenguaje vais dando muestras, sois caballero y aqui os trajo alguna loca pasion, vuestro ultraje encenderá mi enojo, y solo yo, frente á frente como hidalgo bien nacido, y con el acero en la diestra os diré lo que puede costar sangre de uno de nosotros.

—¿Qué me direis?—preguntó vivamente el monarca, que conoció haber dado con gente de buena cuna y tuvo esperanza de escapar sin ser conocido, aunque tal vez arriesgando la vida.

—¿Quereis oirlo?

—Sí.

—Mirad antes no os pese...

—Hablad.

—Escuchadme y pensad bien la respuesta...

—Ya os escucho.

Felipe IV habia caido en la red hábilmente tendida por el doctor.

—Sin duda,—dijo este,—habeis venido arrastrado por la fuerza de alguna pasion impura. El sacrilegio está cometido y no tiene remedio, pero como cristiano estoy en el deber de evitar que se repita.

—¿Cómo lo conseguireis?

—Muy sencillamente.

—¿Exigiéndome palabra de no volver?

—Perdonadme que os diga que la palabra de un enamorado que promete dominar su pasion, es siempre dudosa.

—¡Caballero!...

—Además, no os conozco ni debo cometer la indiscrecion de preguntaros vuestro nombre, y aunque os tengo por hidalgo, puedo equivocarme.

—¿Entonces, qué hareis?

—Pediros esa llave, porque creo que no os será fácil proporcionaros otra.

—¡Esta llave!...

—Sí.

—¡Oh!...

—¿Os negareis á dármela?

—¿Habeis podido dudarlo?

—Pensad, —dijo entonces Felipe Augusto,—que lo mismo está en vuestra mano que en la nuestra.

—Porque me habeis sorprendido...

—Os repito,—interrumpió Cañete,—que estoy dispuesto á disputárosla con la espada.

—¿Y con qué derecho quereis llevaros esta llave?

—¿Con qué derecho habeis entrado vos aquí?

—Acabemos...

—Sí, acabemos.

—Puesto que estais convencido de que no soy un ladron...

—Pero sí un sacrílego.

—¡Oh!...

—De una vez, que tenemos prisa.

—¿Estais resuelto?...

—A llevarme esa llave.

—¡Vive el cielo!... No será si me dejais defenderla con la espada.

—¿Os conformareis con lo que decida la suerte en el combate?

—Sí.

—Libre estais,—replicó Cañete, soltando la mano izquierda del monarca y dejando ver su tizona.—Mi compañero entregará esa llave al que de nosotros dos quede vivo.

—¿Jurais cumplirlo así?

—Lo juramos,—dijeron á la vez Felipe Augusto y el doctor.

—¿Y si la suerte me favorece con el uno, tendré que batirme con el otro despues?

—No, caballero: mi amigo no será mas que testigo y cumplidor de nuestra voluntad.

—Acepto,—dijo resueltamente el monarca que á todo trance queria salir del apuro.

Felipe Augusto le dejó libre la diestra.

—¡Oh!—añadió para sí Felipe IV.—Si supieran quien soy, caerian de rodillas, pidiéndome perdon... Me han llamado ladron, sacrílego... Pero antes que todo son mis hijos; no hay nada que por ellos no deba sacrificar.

Y se separó dos pasos del postigo, colocándose frente al doctor.

—Caballero,—dijo este,—quiero esplicaros nuestra aparicion porque cumple á nuestra honra que no nos tengais por unos espias.

—Rara ha sido en verdad...

—Estábamos en el hueco de esa puerta, esperando á otra persona para un asunto muy importante y que no puedo daros á conocer, porque va en ello el honor de una dama. Oimos abrir el postigo, observamos sin que pudiéseis vernos, y creimos que erais un ladron. Entonces hicimos lo que vos hubiérais hecho, y caimos sobre vos decididos á castigaros. Sabeis lo demás. Vuestro lenguaje nos ha convencido de que vuestro crímen no es otro que el de una pasion, y la rectitud de mis principios me ha hecho creer que estoy obligado á impedir que vuestra ceguedad profane otra vez este lugar sagrado.

—Gracias por vuestra franqueza,—contestó el rey.—Yo quisiera corresponderos dandoos tambien esplicaciones sobre lo que habeis visto, pero me es imposible.

—Será respetado vuestro secreto.

—Ya no dudo de vuestra hidalguía.

—En guardia, pues.

—¡Que Dios favorezca la buena causa!—exclamó Felipe IV.

Se cruzaron las espadas.

Por casualidad la linterna no se habia apagado al caer, y si bien su luz vacilante era escasísima, algunos de sus destellos llegaban á los combatientes.

Estos, mientras estendian el brazo derecho armado de los es-

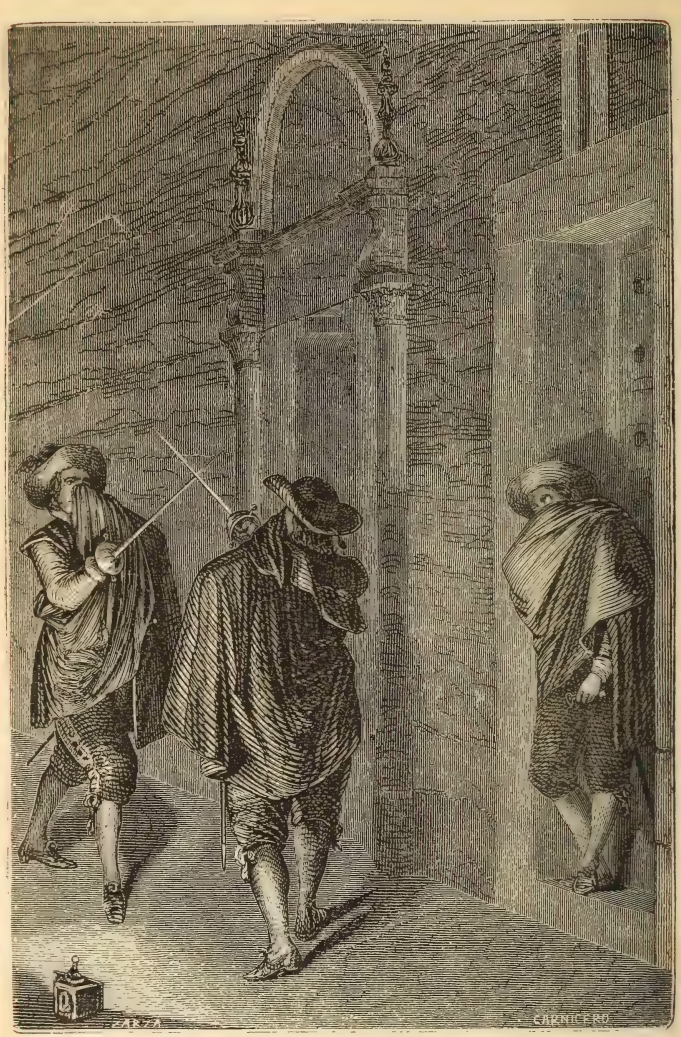


LÁMINA 12. — El chis chas de los aceros interrumpió el silencio de aquel lugar.

toques, subian con la mano izquierda el embozo de sus capas, ocultando el rostro de tal manera que aun de dia hubiera sido imposible conocerlos.

A Felipe Augusto no hubiera podido distinguírsele oculto en el hueco del postigo, donde permaneció inmóvil.

El chis chas de los aceros interrumpió el silencio de aquel lugar.

Fiaba el rey en su destreza, y estaba tranquilo; pero nada tenia que envidiarle la de su adversario.

El triunfo era, pues, dudoso.

El rey empezó á conocer que habia cometido una imprudencia; pero ya no era tiempo de retroceder.

Cañete nada temió.

—Si muero ,—dijo para sí,—queda en mi lugar Felipe Augusto.

Además, el plan del doctor era de un éxito casi seguro, y no decimos del todo cierto, porque en lo humano todo está sujeto á errores.

—¿Quién será este hombre?—pensó el monarca.—¡Oh!... Tiene un brazo de hierro, un aplomo sin igual... Parece imposible herirlo... Y sin duda trata de cansarme, porque no muestra en sus golpes intencion muy decidida de tocarme siquiera con su espada.

—Buena muñeca,—decia entre tanto Cañete para sí.—No sin razon tiene fama de maestro consumado... Sin embargo, á ser mi intento herirle, ya hubiese podido hacerlo dos veces.

Trascurrieron tres ó cuatro minutos que fueron para el monarca tres ó cuatro horas.

Seguian relumbrando los aceros, y resonando al compas de su continuado y desigual choque.

En sus afiladas puntas tenian fija la mirada Felipe IV y Cañete.

Ambos parecian haberse olvidado del mudo testigo que esperaba silenciosamente el resultado de aquel, podemos llamarle,

juicio de Dios, pues tal carácter parecia habérsele dado por los combatientes.

—Pesado va haciéndose el lance,—dijo al fin el monarca con impaciencia.

—Aun tenemos para buen rato,—contestó el doctor.

—¿Acabareis?

—¿Quereis que por concluir pronto me deje matar? Si no desaprovechaseis las ocasiones que os doy de herirme...

—¡Vive el cielo!

—Calma, que en estos casos vale mucho.

—¡Oh—exclamó el rey cuyos dientes rechinaron.

Y arremetió con tanta fuerza que el doctor tuvo que retroceder un paso.

—Cuidado con perder la línea,—dijo Cañete.

—Lo que deseo es concluir pronto, mal ó bien...

—Parece que somos los enemigos mas encarnizados del mundo... ¡Bien, caballero!... Buena estocada... Si no ando listo... Parad esa... Sois un gran maestro.

El rey, ciego de cólera y decidido á concluir pronto, casi olvidó defenderse y atacó con pasmosa ligereza.

Cañate pareció perder algo de su serenidad y se mostró mas torpe.

Pasaron algunos segundos.

—¡Ya acabamos!—exclamó el rey á la vez que asestaba una estocada al doctor.

Este no acertó á pararla con la prontitud que era menester, dejó escapar un grito de rabia y dolor, escapose la tizona de su mano, vaciló y cayó pesadamente en tierra.

—¡Ah!... ¡Dios te perdone!—exclamó Felipe IV.—Lo ha querido su obstinacion...

—Caballero,—dijo Felipe Augusto con acento grave,—la llave es vuestra.

—Antes que todo es saber si ha muerto vuestro infeliz amigo ó si aun puede socorrérsele...

—Os suplico que nos dejeis... Como caballero habeis cumpli-

do y nada teneis ya que hacer aquí. Muy noble es vuestro proceder, y os agradezco la ayuda que tan generosamente me ofreceis; pero vuestra presencia puede aumentar nuestro mal.

—Si os estorbo me iré; pero no sin deciros que sois el mas cumplido hidalgo que he conocido.

—Gracias, caballero.

El rey se acercó al postigo y tomó la llave.

—Guárdeos el cielo,—dijo.

—Olvidais la linterna...

—Es verdad... aunque mejor es que os la quedeis para ver la herida de vuestro amigo...

—No me faltará luz... Que Dios os guie.

—Y devuelva la salud á mi noble adversario.

Tomó Felipe IV la linterna, ocultola bajo su ancha capa y se alejó rápidamente diciendo para sí:

—No he podido evitarlo... ¡Ah!... Se turbó mi alegíra de esta noche... Esa muerte será un cargo mas al infame traidor que engaña á mi hija.

Y se perdió entre las tinieblas, volviendo á reinar un silencio profundo en la plazuela de las Descalzas y sus alrededores.

Entre tanto la abadesa rezaba fervorosamente, pidiendo á Dios que mirase con misericordia á las pobres criaturas cuya eterna perdicion era tan fácil.

La noble anciana estaba muy agena de que en aquellos momentos espirase un hombre, de cuya muerte habia sido ella inocente causa. Si hubiera sabido lo que acababa de suceder, los remordimientos hubiesen acabado con su débil existencia.

Tampoco el doctor Cañete creyó al trazar su intriga que podria recibir una estocada mortal.

Examinemos su herida.

CAPITULO LVI.

De cómo el muerto resucitó y estuvo á punto de volver á morir.

Apenas se alejó el monarca, Felipe Augusto, no muy tranquilo, se acercó al doctor mientras decia:

—¡Oh!... ¿Será de veras?... ¡Vive Dios!... Dudo.

Y luego añadió inclinándose sobre Cañete:

—Ya se ha ido.

Pero el médico no respondió.

—¿No me oís?... ¡Ah!—exclamó el doncel, moviendo á su misterioso amigo que no dió señales de vida.

—¡Por satanás!... ¡Oh!... ¿será cierto?... ¡Dios mio!... ¡Caballero, caballero!...

Y volvió el barbero á sacudir rudamente al doctor que tampoco se movió

—¡Muerto!—exclamó con acento de rabiosa desesperacion.

—Calma, señor Felipe Augusto, calma,—dijo entonces Cañete en voz baja.

—¡Ah!...

—Esperad que se aleje...

—¡Vive Dios!... no os perdono el susto que me habeis dado...

—¿Pues no sabiais ya que habia de fingirme muerto?

—Lo habeis hecho con tanta propiedad...

—Para engañarlo,—replicó el doctor levantándose con ligereza.

—¿Pero no estais herido?

—¿Para qué habia de dejar que me hiriese? No era menester tanto. Esta noche no dormirá el buen caballero, pensando en la sangre que ha vertido, y si duerme soñará mil horrores, verá mi sombra y... ¡Lance digno de comedia!—repuso Cañete riendo.

—Pues por quien soy os juro que á pesar de estar en el secreto, creí que os habia alcanzado la espada.

—Ya veis que no.

—Me tranquilizo.

—Supongo,—repuso Cañete,—que vos no os habeis descuidado en cumplir la parte que os tocaba.

—Aquí teneis,—dijo el mancebo,—el pedazo de cera donde han quedado perfectamente moldeadas las guardas de la llave.

—Bien, os habeis portado como quien sois,—replicó el doctor, tomando y guardando la cera.—Con vuestra ayuda me atrevo á burlarme de los maestros mas consumados en la intriga.

—El mérito es del plan, y por consiguiente vuestro.

—Es que me favorece la casualidad...

—¡Oh!...

—Mañana tendremos otra llave y podremos entrar en el convento cuando nos acomode.

—El triunfo será nuestro...

—Cuidado con cantar victoria antes de tiempo: nuestros enemigos valen mucho.

—El único temible era Hernando, y como está de nuestra parte...

—Queda el buen Canuto...

—Es un pobre diablo que nada es capaz de hacer.

—Pero recibe las inspiraciones de otra persona que es capaz de mucho.

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo; que Canuto cuenta con una ayuda poderosa, ó hablando con mas exactitud, es el brazo obediente de una gran cabeza.

—¿Es posible?—replicó Felipe Augusto lleno de sorpresa.

—¿Pues qué os habiais figurado? Amigo mio, el peluquero representa en esta intriga el papel principal, y por eso os he dicho que os guardeis de él.

—¡Y yo que lo miraba con desprecio!...

—Haciais muy mal.

—¿Y quién es esa gran cabeza?

—Lo ignoro, porque se tapa hasta la frente con el embozo de su capa.

—¿Entonces, cómo sabeis?...

—¿Que vale mucho?

—Sí.

—Porque lo he averiguado.

—Vos conoceis á ese hombre...

—Vos no podeis conocerlo.

—¡Otro misterio!...

—Dejad lo que no os importa.

—¡Qué no me importa!...

—¿De qué puede serviros saber el nombre de ese personage? Si dudais de lo que os digo, haced cuatro caricias á la vieja que os sirve, y cuando la hayais conquistado, preguntadle si ha estado allí esta noche á las nueve en punto un embozado que despues de conferenciar con el señor Canuto, salió con él, teniendo siempre cuidado de ocultar el rostro.

—No lo dudo, pero...

—¿Entonces?...

—Cada dia me preparais una nueva sorpresa.

—Hoy serán dos.

—¿Queda otra?

—Vámonos,—replicó el doctor,— que no es prudente que permanezcamos aquí.

—¿Me direis?..,

—Sí, pero no nos detengamos.

Despues de mirar si alguien los observaba, se dirigieron ambos hácia San Ginés, con intencion de volver á la taberna.

—Ya os escucho,—dijo Felipe Augusto.

—¿Habeis conocido,—preguntó el doctor,—al hombre de quien acabamos de burlarnos?

—No.

—¿Ni sospechais quién pueda ser?

—He pensado en el rey.

—¡El rey solo, enteramente solo!...

—Eso me ha hecho dudar. Sin embargo, como se trataba de un asunto tan reservado, era posible que el monarca, desconfiando de todos sus servidores, se hubiese decidido á venir sin compañía, para que el secreto quedara mejor guardado.

—No puede esponer el rey su vida tan locamente.

—Como es aficionado á las aventuras...

—Sí, pero siempre lleva para su guarda en estas ocasiones una ronda que se aparece como por casualidad, y como por casualidad tambien, escapa mientras prenden al que ha tenido la desgracia de encontrarle.

—Mas de una vez ha sucedido eso.

—Además, el monarca puede siempre hacer guardar los secretos, cuando no pagando con oro el silencio, cerrando la boca con una amenaza.

—¿Es decir, que este es un enviado suyo?

—De mucha confianza, como si fuese su misma persona.

—¿Lo conoceis?

—Y os lo daré á conocer algun dia.

—¿Ahora no?

—Ahora os diré una cosa solamente, si teneis valor para escucharla.

—¡Valor!—repitió Felipe Augusto, deteniéndose y mirando al doctor con estrañeza.

—Sí, decidme que tendreis valor para dominaros...

—¿Otra sorpresa?

—Eran dos...

—¡Ah!... Esplicaos.

—¿Estais dispuesto?...

—Hablad ¡vive Dios!—interrumpió el doncel con impaciencia.

—Ese hombre es vuestro padre.

Felipe Augusto exhaló un grito, quedó sin aliento, brillaron sus negras pupilas como dos luces fosfóricas y fijó en Cañete una mirada que hubiera podido tomarse por de espanto, aunque era hija de otro sentimiento.

El golpe habia sido inesperado y terrible.

Pasaron algunos instantes de silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion del doncel.

—¡Ah!—exclamó este al fin, haciendo un esfuerzo doloroso.—¿Sabeis lo que valen las palabras que acabais de pronunciar? ¿Las habeis meditado bien?

—Sí,—respondió Cañete con su calma inalterable.

—Habeis dicho...

—Que ese hombre es vuestro padre.

—¡Oh!...

—Y por eso os pregunté si tendriais valor para dominaros...

—Pronto, caballero,—interrumpió el doncel en el colmo de su arrebato;—decidme el nombre de mi padre...

—Aun no es tiempo.

—¡Oh!... Estais burlandoos de mí; jugais con mi corazon, con mis sentimientos mas sagrados, con todo lo mas respetable...

—Tranquilizaos.

—Basta, caballero. Habeis abusado de mi noble credulidad... Ya os conozco.

—No tanto como yo á vos.

—Tiempo es ya de que acabemos: me estais atormentando...

—Señor Felipe Augusto...

—Conoceis á mi padre y tengo derecho á exigiros que me digais quién es.

—A ello me he ofrecido sin que me lo supliqueis...

—Ya no os ruego...

—¿Me mandais?

—Sí.

—Peor para vos, porque tendreis el disgusto de no ser obedecido.

—¡Que no seré obedecido, teniendo una espada!...

—Muy buena para hacer callar, pero no para hacer hablar.

—Lo veremos.

—Os arrebatais fácilmente,—dijo el doctor con dulzura.—Entre los que os conocen teneis fama de ser hombre de una serenidad imperturbable, y sin embargo conmigo perdeis la calma en un instante.

—Porque nadie como vos ha abusado de mí.

—Preguntad á doña Ana si es de la misma opinion.

—¡Oh!... ¿con qué derecho os mezclais en cuanto tiene relacion conmigo?

—¿Os pesa?

—Me ofende.

—El remedio es fácil: nos separamos ahora y no volvemos á vernos...

—Sí, nos separaremos, pero será despues que me hayais dado cuenta de vuestra conducta y dicho el nombre de mi padre.

—Pocos años teneis aun para ser mi juez.

—Lo que en edad me falta, me sobra en corazon.

—¿Para qué os ha servido hasta ahora?

—Os lo diré con la espada.

—Mucho fiais en vuestro brazo...

—Basta de palabras ¡vive el cielo!—exclamó Felipe Augusto, dejando ver su tizona.

—¿Os empeñais en que hemos de medir los aceros?

—Sí.

—¿Lo habeis pensado bien?

—¿Teneis miedo?

—¡Miedo!—repitió el doctor siempre con la misma calma.—Esa pregunta no se hace á los hombres que no se alteran.

—Bien, caballero, bien, la espada y...

—Voy á complaceros; pero antes quiero deciros que al desconfiar de mí habeis faltado á la promesa que me hicísteis de creerme y no pedirme esplicaciones.

—Porque me he convencido de que me engañais.

—¿Con qué fin?

—No lo sé.

—Razon muy poderosa y convincente,—dijo el médico con ironía.

—En siendo buena para mí...

—¿Está vuestra conciencia tranquila?

—Sí.

—Entonces nada tenemos que hablar.

—Por última vez...

—¿Qué quereis?

—¿Me decís el nombre de mi padre?

—No.

—La espada...

—Aquí la teneis,—replicó el doctor.

Y estendiendo el brazo derecho, se puso en guardia.

—¡Oh!—exclamó el doncel, cruzando su acero con el de Cañete.—¡No puedo arrancaros una palabra!...

—No,—dijo friamente el médico.

—Tened presente que ahora morirá de veras uno de nosotros...

—Todo es posible.

—¿Abrigais esperanza de que yo ceda?

—Todo es posible,—volvió á decir Cañete.

—Os equivocais.

—Tambien es posible eso...

—¿Os burlais de mí?

—Puedo hacerlo...

—¡Oh!...

—Calma, señor Felipe Augusto...

—¿Estais preparado?

—Os espero.

El combate empezó.

El sonido de los aceros fué lo único que interrumpió el silencio de la calle, pues ni Cañete ni el doncel hablaban.

Trascurrieron algunos minutos.

—Advierto,—dijo al fin Felipe Augusto,— que no me dirigís una sola estocada.

—Lo cual prueba,— contestó con calma el doctor,—una de dos cosas; ó que no he tenido ocasion de heriros...

—Tampoco lo habeis intentado.

—Será entonces que quiero respetar vuestra vida.

—Puede costaros la vuestra ese respeto.

—No importa, si vuestra conciencia queda tranquila.

—Caballero...

—Os he dado pruebas de ser vuestro enemigo... Esa estocada es de maestro... Bien, no valeis menos que vuestro padre... Buena posicion... Y teneis casi tan buena muñeca como yo... ¡Oh!... No avanceis, que eso es de espadachines de poco mas ó menos... Firme... Parad esa... ¡Bien!

—¡Brazo de hierro!— exclamó Felipe Augusto que conoció la ventaja de fuerzas que sobre él tenia su contrario.

—Un poco duro... Afirmáos... Esto va á concluir... Estamos perdiendo un tiempo precioso.... Voy á enseñaros un golpe... ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!... ¡Cuatro!... ¡Bien!...

La espada saltó de la mano de Felipe Augusto.

—¡Oh!—exclamó con acento de rábia el doncel,—desarmado!...

—Solamente para que me escucheis,—dijo con calma el doctor.— Olvidé preguntaros una cosa.

—Habeis abusado...

—No, porque seguiremos, si quereis.

—Sí, sí...

—Pero antes...

—¿Qué quereis?

—Saber quién os dirá el nombre de vuestro padre si yo muero, y cómo os reconciliareis con doña Ana por haberme matado.

—¡Dios mio!—exclamó el jóven, elevando al cielo una mirada dolorosa.

—¿Os vais convenciendo de que habeis cometido una locura?

—Ni sé lo que he hecho ni lo que debo hacer...

—Calmáos y pensad que no os he dado pruebas de tener tan mal corazon como debia suponérseme para sospechar que solo por gozarme en vuestro tormento os ocultaba el nombre de vuestro padre.

—Pero confesareis que no habeis obrado con prudencia, diciéndome que el que tan cerca he tenido era el autor de mis dias para luego callar lo mas importante...

—He querido acostumbraros á recibir esa clase de golpes inesperados y rudos, porque no está lejos el dia en que tengais que resistir otro mas fuerte.

—¡Oh!...

—¿Habeis perdido la fé en mí?

—Perdonadme...

—Recoged vuestra espada, que nos esperan con justo afan nuestros amigos.

Felipe Augusto recogió su tizona.

—Vamos,—dijo.

Tal vez, si hubiese alumbrado el sol, se hubiera visto oscilar una lágrima en el estremo de sus largas y negras pestañas.

—Ya veis,—repuso el doctor,—cómo todo es posible.

—¡Era mi padre!—murmuró el mancebo.

—Sí, vuestro padre á quien abrazareis antes de quince dias.

—¿Me lo prometeis?

—Sí.

—¡Ah!...

—Hasta entonces, fé, calma y prudencia.

Ambos tomaron la calle arriba de Bordadores para ir á la taberna de Marcelo.

CAPITULO LVII.

De lo que se determinó en el consejo.

Dos dias pasaron en conferencias doña Ana, Cañete, Hernando y los dos jóvenes.

Doña Margarita, acompañada de Isabel, habia visitado á la condesa, cuya ocasion aprovechó la jóven para dejar una carta dirigida á su amante, en el sillon que habia ocupado durante la visita.

La carta decia lo siguiente:

« Mi amor crece y es inestingible. A todo estoy dispuesta, puesto que ha todo se ha recurrido para separarnos. No vaciló mi padre para desgarrar mi corazon por conseguir su deseo, sin que le moviese á compasion, ni el peligro en que estuve de perder el juicio al escuchar su horrible revelacion, ni el de morir despues en medio de una agonía lenta y atormentadora sin igual, porque era la agonía de los remordimientos. »

Al llegar aquí, Hernando, que como los demás interesados en la intriga, escuchaba la lectura de la carta, la interrumpió exclamando á la vez que palidecia:

—¡Ah!... ¡Vive el cielo!... ¿Qué significa esa palabra?

¿Qué revelacion es esa?... ¡Oh!... ¡Dios mio...! ¿Qué ha hecho el rey?

—¿No lo adivinais?—dijo tranquilamente el doctor.—Ya sabeis...

—El secreto de... ¡Ah!...

—No comprendo las palabras de Isabel,—dijo Felipe, cuyo rostro palideció tambien.—Pero segun se esplica, ha estado á punto de volverse loca y morir.

—Ni pregunteis,—replicó el doctor,— ni intenteis averiguar nada, porque entonces vuestro mal no tendria remedio. Es verdad que doña Isabel ha estado muy cerca del sepulcro, pero ya pasó el peligro y se encuentra con mas salud que nunca.

—¡Y nada me han dicho!...

—Nadie lo sabia mas que el rey, su peluquero y yo, y como nada se remediaba con decíroslo...

—Pero esos remordimientos de que habla...

—Es precisamente el secreto.

—Yo debo saber...

—Nada.

—Felipe,—dijo Hernando,—espera que no tardarás en conocer esos secretos.

—Proseguid la lectura.

—Sí,—repuso Hernando,—porque no comprendo cómo doña Isabel está dispuesta á seguir á Felipe despues de la revelacion de que habla.

—Veremos si lo esplica.

Felipe continuó leyendo.

La carta terminaba así:

«Gracias al doctor Cañete, á ese hombre estraordinario á quien debo mas que la vida, puesto que ha devuelto á mi conciencia la tranquilidad, puedo amarte. No he podido dirigirle una palabra de reconocimiento las veces que lo he visto; pero tú lo harás y pagarás su generosa proteccion con el cariño mas tierno, porque es nuestro salvador.»

—¡El doctor Cañete!—exclamó Hernando.

—¡Oh!... ¿Qué significa todo esto?—preguntó sorprendido Felipe, mirando uno por uno á los que le rodeaban.—¿Quien es ese hombre que nos protege de tan estraña manera?

—Ya lo conocereis,—dijo el médico con su calma habitual.

—¿Pero por qué se oculta de mí?

—No se oculta, es que no se presenta, porque no necesita hacerlo así.

El escudero permaneció largo rato silencioso y meditabundo. Acababa de comprender por qué el rey le habia hablado del doctor, mostrando tanto empeño en que lo buscasen.

—Empiezan á trastornarse mis ideas,—dijo al fin Hernando.—¡Oh!... ¿Cómo ha podido introducirse el doctor en casa de doña Margarita?

—Porque yo lo envié con recado mio, para que curase á doña Isabel. La sabiduría de mi amigo Cañete no tiene igual, y solo á él podia fiarse la curacion de un enfermo del alma.

—¡De parte vuestra fué!...

—Sí.

—¿Acaso os conoce doña Margarita?

—No, pero sabe que existe un hombre que lleva anteojos verdes.

—¿De manera que la contra-revelacion que ha salvado á doña Isabel, es cosa vuestra?

—Creo que sí.

—¡Ah...! ¡Os debemos mas que la vida!

—Todo se lo debeis á mi amigo el doctor; pero aun no es tiempo de que le pagueis, porque le queda mucho que hacer.

—Preciso es entregarse á vos.

—Lo que es preciso,— repuso Cañete,—es determinar al instante. Ya sabeis que la celda está preparada, y si no nos damos prisa, doña Isabel irá al convento y quedaremos burlados.

—Sí, sí.

—Teneis razon, es preciso determinar.

—Es preciso obedecer ciegamente,—dijo la condesa que hasta entonces habia permanecido callada.

—Bien, señora, habeis acertado,— contestó Cañete.

—Dispuesto estoy.

—Y yo tambien.

—Todos...

—¿Ireis mañana á visitar á doña Margarita?—preguntó el doctor á doña Ana.

—Sí,—respondió esta.

—Pues llevareis una carta á doña Isabel del señor Felipe.

—¿Con la última resolucion?

—Sí.

—¿Qué le diré?

—Que á las doce de la noche de pasado mañana ireis por ella.

—¡Tan pronto!...

—Quiera Dios que no sea tarde.

—¿Y por qué no mañana mismo?—dijo Felipe.

—Porque es preciso darle algun tiempo para preparar la fuga.

—Bien.

—Puede dejar un balcon de manera que no haya mas que empujar las hojas para abrirlo, que el subir á él por una de las rejas del piso bajo es cosa fácil.

—¡Buena idea!

—La mejor por ser tan sencilla.

—Y para que ningun escrúpulo tenga, le decís tambien que en la calle esperará la señora condesa en un coche.

—Ahora mismo escribiré.

—Sí, de esa manera aprovecharé la ocasion mas oportuna sin esperar la carta.

Un cuarto de hora despues habia escrito el mancebo una estensa carta con las mas minuciosas esplicaciones, la cual guardó la condesa despues de aprobada por el doctor.

Entonces se disolvió el consejo.

Hernando y su hijo, rebosando alegria, se fueron juntos.

El doctor salió solo, porque Felipe Augusto quedó al lado de doña Ana.

—Bien,—dijo para sí Cañete cuando estuvo en la calle.—Se acerca el fin del enredo. Vamos ahora á deshacer lo hecho mientras los dos enamorados se dicen ternezas. Son las doce y el buen Canuto estará ya en su casa. Puedo ir sin cuidado, porque Felipe Augusto no nos interrumpirá lo menos en una hora, y antes habré concluido.

Y á buen paso tomó hácia la calle de la Almudena.

CAPITULO LVIII.

El doctor sigue su sistema de deshacer lo que ha hecho.

Cañete no se habia equivocado: el peluquero estaba en su casa, esperando á Felipe Augusto para comer.

Con las precauciones de costumbre, es decir, ocultándose el rostro para evitar las miradas curiosas de la señora Marcela, entró el médico hasta la habitacion conocida ya de nuestros lectores.

—¡Amigo mio!—exclamó Canuto alegremente al ver al doctor.—Nunca habeis sido tan deseado.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó Cañete.

—Ninguna sino mi impaciencia, porque su majestad me pregunta por vos cada vez que voy.

—Pues aquí me teneis para daros una noticia muy interesante y que agradecerá mucho el rey.

—¡Oh!... ¿Se trata de?...

—La hija de su majestad.

—¡De doña Isabel!...

—¿Qué os sorprende?

—Nada me sorprende, sino que me alegro.

—Y con razon, porque teneis ya tan cerca la fortuna que á poco que alargueis la mano la alcanzareis.

—¡Ah!—exclamó el peluquero cuyos ojos brillaron, porque pensó en las promesas del monarca.—¡Cuánto os debo, mi generoso amigo!

—Ya me pagareis, que algun dia podré necesitar de vos.

—Si ese caso llegara...

—Allá veremos si así sucede.

—Bien, ahora decidme lo que pasa.

—A eso he venido.

—Mi impaciencia es mucha... y además, debemos aprovechar estos instantes, porque no tardará en venir Felipe Augusto.

—Descuidad por esa parte; está al lado de la condesa...

—No nombreis semejante cosa,—replicó el peluquero, haciendo un gesto de horror.—¡La condesa!... ¡Oh!... Ese muchacho está perdido.

—Bien haya su amor si nos deja en libertad de tratar nuestros asuntos.

—Sin embargo... ¡Oh!... Mirad, ya estoy sudando solo de pensar... No hablemos de eso.

Efectivamente, algunas gotas de sudor brotaron de la frente de Canuto.

—No hablemos hoy de semejante cosa, si así os place, pero no pasarán muchos dias sin que tengamos que tratar de ella.

—Me asustais, amigo mio; creedlo, me asustais porque preveo un fin desastroso para ese muchacho: lo mejor que le sucederá será ir á galeras.

—Bien mirado seria una injusticia, porque al fin á nadie ofende con enamorarse de una mujer libre y que le corresponde.

—Pero ya sabeis aquello que dice el refran, que razon y justicia no es lo mismo, y el asistir á Felipe Augusto la razon no es bastante para que el rey deje de aborrecerlo como se aborrece á un rival. Ciertamente que no ha cometido ningun crímen, pues solo puede acusársele del atrevimiento de haber pensado con amo-

roso fin en una dama de tan noble gerarquía como la señora condesa; pero aun esto lo escusa la aprobacion de ella que debia ser en todo caso la ofendida.

—Ese razonamiento es digno de vos.

—Pero hay otra cosa, la parte que puede caberme en el golpe que amenaza á Felipe Augusto, lo cual debo evitar, porque seria muy triste que yo pagase agenas culpas.

—¿Y qué hareis?

—Estoy resuelto á abandonarlo.

—Mala ocasion habeis elegido: por evitar un mal caereis en otro.

—No acierto...

—Dentro de muy pocos dias tendrá Felipe Augusto padre...

—¿Qué decís?

—Que tambien empieza á soplar la fortuna al loco mancebo, porque su padre es noble y rico...

—¡Rico!—exclamó el peluquero, cuyos ojos volvieron á inflamarse por el fuego de la codicia.

—Sí, rico, muy rico, y por eso no os conviene separaros de Felipe Augusto, pues así perderiais todo derecho á reclamar lo que habeis gastado en criarle.

—Y que es una cantidad respetable. Apuntados tengo todos los gastos que me ha ocasionado.

—Pero es menester que tengais contento al hijo para que el padre se muestre liberal con vos.

—¡Cuanto os agradezco esa noticia!

—Mucho os interesa.

—¿Pero estais seguro?...

—Segurísimo.

—¿Y qué falta para el reconocimiento, el pedazo de capa?

—Eso se necesitará despues: antes hay que allanar otro inconveniente; pero os repito que es cosa de pocos dias.

—¡Ah!...

—Os avisaré cuando llegue el caso para que arregleis á vuestro gusto la cuenta, pues para el padre de Felipe Augusto,

lo mismo son cuarenta ducados que cuarenta mil.

Canuto agitó repetidas veces su larga nariz, y sin acordarse de doña Isabel, solo acertaba á exclamar:

—¡Noble y rico!... ¡Oh!... ¡Rico, muy rico!...

—Sí, señor Canuto,—replicó el doctor;—pero vamos á tratar de lo que es mas urgente. Os olvidais de la hija de su majestad...

—Es verdad... Aprovechemos estos momentos: Felipe Augusto puede venir...

—Escuchadme.

—¿Qué hay de nuevo?

—Está concertada la fuga de doña Isabel.

—¡Oh!...

—Y determinado el dia y la hora...

—Tiemblo, caballero...

—¿Por qué?

—Si os equivocáseis...

—Sabeis por esperiencia que no.

—Conque el dia y la hora...

—Pasado mañana, á las doce en punto de la noche, el hijo del rey entrará por un balcon en casa de doña Margarita.

—¡Dios mio!

—Lo esperará doña Isabel...

—¡Que horror!—exclamó Canuto, sacudiendo la nariz y ocultando el rostro entre las manos.

—Sí, solo el pensarlo espanta...

—Es preciso evitar á todo trance que ese diabólico plan se realice.

—Está en vuestra mano.

—Daré aviso á su majestad...:

—Hoy mismo.

—Lo sabrá antes de dos horas.

—Bien.

—Y así tendrá tiempo para evitar la desgracia, mejor dicho, la perdicion y condenacion eterna de esas criaturas.

—Eso es, podrá prepararse...

—Inmediatamente llevará á su hija á un convento...

—No,—replicó Cañete.

—¿Qué decís?

—Que el rey debe evitar la desgracia y sorprender á los delincuentes.

—¡Ah!... Me parece peligroso...

—No hay peligro.

—Decidme lo que debo aconsejarle de vuestra parte.

—Pasado mañana á las once de la noche, ha de presentarse su majestad en casa de doña Margarita sin haberlo anunciado, sacar de allí á su hija, llevarla al convento, dejarla y volver para ponerse en su lugar.

—Ligero ha de andar...

—Le sobra tiempo si todo lo tiene preparado.

—¿Y si se adelantasen los otros?

—No sucederá.

—Es mucho decir.

—Doña Isabel no los espera hasta las doce, y ellos no cometerán la imprudencia de ir antes.

—Teneis razon.

—El golpe es seguro si el rey toma mi consejo, señor Canuto.

—Y lo tomará, porque tiene en vos una fé ciega.

—Eso le salvará.

—Apenas le diga yo que el plan es del hombre de los anteojos verdes, no pensará mas que en ponerlo en ejecucion.

—Está, pues, hecha vuestra fortuna.

—Breve es el plazo que falta...

—Dos dias nada mas.

—¡Oh!... ¡Quien pudiera convertirlos en dos minutos!

—Tambien direis á su majestad, que si logra descubrir á los que engañan á sus hijos, me presentaré á él y saldrá de dudas.

—¡Dia feliz!—exclamó el peluquero en el colmo de su alegría.

Y agitó repetidas veces la nariz y se frotó las manos, haciendo luego crujir los huesos de los dedos.

—¿Habeis comido?—le preguntó el doctor.

—No, amigo mio.

—Pues daos prisa á comer para ir á ver al rey.

—Hasta que venga ese demonio de muchacho...

—¿Lo esperareis?

—Sí.

—Puede ser que tarde.

—Pero no quiero que diga que porque no soy su verdadero tio ó su padre, dejo de tenerle todas las consideraciones posibles. Ya veis, ahora me conviene que esté contento conmigo.

—Es verdad, porque así cuando encuentre á su padre, le dirá que lo habeis tratado como á hijo, y vuestros afanes serán generosamente recompensados.

—¡Y yo que habia perdido la esperanza!

—Pues no han de pasar quince dias sin que conozcais al noble caballero que dió el ser á Felipe Augusto.

—Entonces doña Ana...

—Mas que nunca se decidirá á casarse con su peluquero.

—¡Y será conde!...

—Y tal vez duque y grande de España...

—¡Oh!... Mentira parece, un barbero...

—Ese es el mundo.

—Vivir para ver,—dijo Canuto filosóficamente.

Despidióse el doctor y se fué, dejando atónito al pobre peluquero, á quien faltaba muy poco para perder el juicio.

Un cuarto de hora despues entró Felipe Augusto.

—Perdonadme,—dijo,—que os haya hecho esperar

—No ha sido mucho,—contestó Canuto con tono afable.

—Ignoraba la hora...

—Hoy no tengo prisa.

—¿Qué variacion es esta?—dijo el mancebo para sí.—Yo que aguardaba un sermon y una lluvia de amenazas... ¿De cuán-

do acá se muestra el peluquero tan complaciente? Algo significa el cambio.

Entre tanto Canuto decia tambien para sus adentros:

—Bien mirado, en su rostro tiene pintada la nobleza de su cuna, no puede negar que corre por sus venas sangre ilustre. ¡Oh!... Conde... duque y grande de España... Me parece un sueño.

CAPITULO LIX.

Plan de campaña.

Pueden figurarse nuestros lectores cómo recibiria el monarca la noticia que le llevó el peluquero. Sin perder instante escribió á la superiora de las Descalzas para que se preparase á recibir á Isabel, pues no se atrevió á ir á visitarla, temeroso de verse comprometido en un lance tan peligroso como el pasado, y del que creia haber salido bien milagrosamente.

El momento anhelado por todos se acercaba. Cada cual creia seguro su triunfo, y sin embargo, todos debian quedar derrotados, menos Cañete que era el único que sabia lo que habia de suceder.

La condesa, tambien engañada por aquella vez, hizo sus preparativos para recibir y guardar el precioso depósito que iban á confiarle, y como por una simpatía que se esplica fácilmente, la suerte de Isabel le habia interesado, esperaba, como todos, con afan, el dia de la felicidad de los dos amantes, cuyos sufrimientos habian sido en tan poco tiempo tan dolorosos.

La única persona interesada en el asunto y que estaba tranquila era la madre de Isabel, pues aunque habian sucedido cosas

que debian haber llamado su atencion, y aun infundídole sospechas, en nada pensó sino en que su hija habia recobrado la salud, y esto bastaba para su felicidad, sin que la misteriosa conducta del doctor Cañete la hubiese preocupado mas que algunas horas.

La mañana del dia destinado para la fuga era estremada la agitacion de todos, y sin cesar iban, venian y se consultaban mútuamente, para que no hubiese dudas ni vacilaciones en el momento de obrar.

Por la tarde, mientras el peluquero estaba en la cámara real y recibia del monarca la órden de volver á palacio á las diez de la noche para que le acompañase á casa de doña Margarita, en la de doña Ana se habian reunido Cañete, Hernando y los dos mancebos, para convenir definitivamente en lo que debian hacer.

Hernando y su hijo estaban pálidos y meditabundos; en la condesa se advertia alguna agitacion; la arruga que en determinadas situaciones solia formarse en la frente de Felipe Augusto, estaba mas marcada que nunca, y solo el rostro de Cañete aparecia como siempre, inalterable y frio, y en su acento y sus ademanes se advertia la misma dulzura, la misma calma que tanta superioridad le daba sobre cuantos querian competir con él en el terreno de la intriga.

—Vos,—decia la condesa,—instruireis á cada uno de nosotros en lo que debe hacer, para que ocupándose cada cual de la parte que le corresponde, sin pensar en los otros, obre con acierto.

—Bien,—contestó Cañete,—diré mi opinion.

Y despues de meditar algunos instantes añadió:

—El señor Hernando recela del rey.

—Sí,—dijo el escudero.—Su majestad me ha hablado de Felipe y de su hija en un tono particular; además estaba alegre como nunca, pero en medio de su contento advertí cierta agitacion que, para mí que lo conozco, significa mucho. Lo repito, temo que haya descubierto nuestro plan.

—Todo es posible,—repuso el doctor,—y por eso la prudencia aconseja estar prevenidos á todo.

—Pero como entre nosotros no hay ningun traidor...

—No importa. Seria un desatino el negar que el rey puede haber cogido el hilo de la intriga. Por eso me previne adquiriendo una llave del postigo del convento.

—Es verdad.

—Partiendo pues del supuesto de que puede frustrarse el plan, debemos evitar inutilizarnos todos, porque de otra manera no podriamos continuar la lucha.

—Soy de vuestra opinion...

—Y yo tambien...

—Proseguid.

—Vos, señor Felipe Augusto, estareis á las diez y media de la noche, ni antes ni despues, en la plazuela de las Descalzas.

—No faltaré.

—Si no me encontrais allí, me esperareis, que yo iré.

—¿Y qué he de hacer entre tanto?

—Nada mas que observar si alguien sale ó entra en el convento.

—Bien.

—Es cuanto tengo que deciros. Ahora el señor Hernando...

—Ya os escucho.

—Tambien á las diez y media ireis á ver al rey, y mientras no os despida, permanecereis en palacio.

—¿Aunque llegue la hora?

—Aunque llegue, y para hacerlo mejor, no saldreis del alcázar hasta despues de las doce, si es que teneis pretesto para quedaros.

—Es lo mas sencillo, porque como muchas veces hago, me entretendré en conversacion en las antecámaras con cualquier amigo de los que esta noche se queden de guardia.

—Perfectamente.

—¿Pero cómo sabré lo que sucede en la calle de Bordadores?

—No lo sabreis hasta mas tarde.

—Debeis comprender que mi impaciencia...

—Será grande, pero habreis de resignaros.

—Sí así es preciso...

—Sí, señor Hernando.

—Bien, proseguid.

—Nada mas tengo que deciros,—respondió Cañete.

Y dirigiéndose á la condesa, añadió:

—Señora, ya sabeis que vuestro encargo se reduce á guardar en vuestra casa á doña Isabel, y está demás que se os advierta nada.

—¿No os parece prudente que yo salga esta noche?

—No.

—Entonces bien poco tengo que hacer.

—No será lo mismo despues si nuestro plan se frustra, como teme el señor Hernando.

—¿Confiais en que saldremos bien?

—Tampoco, amigo mio,—contestó el doctor.

—¡Oh!—exclamó Felipe, fijando en Cañete una mirada afanosa.—¿Con que es decir que temeis?...

—Nada temo, pero tampoco espero nada.

—Cuando vos recelais...

—No es recelo, sino que en tales casos, la confianza en el triunfo es un mal porque engendra el descuido.

—Sospechais que el rey conoce nuestro plan.

—Sospechas que me ha hecho concebir el señor Hernando.

—¡Ah!... si hubieran llevado á Isabel al convento...

—Tendriamos paciencia algunos dias mas.

—Eso se dice fácilmente.

—Y se hace cuando no hay otro remedio. Es preciso que esteis preparado á todo, pues si el rey ha descubierto nuestro plan, os espera tal vez sufrir lo mismo que fué causa de que doña Isabel estuviese á punto de perder la razon ó la vida. Pero vos sois mas fuerte, vuestro aliento varonil no debe compararse con la debilidad de una niña, y si llega el supremo instante de una prueba durísima, demostrad que sois hombre, no os dejeis ven-

cer por el dolor de una herida mas ó menos profunda, que el doctor Cañete os la curará.

Las mejillas de Hernando palidecieron mas de lo que estaban porque habia comprendido el terrible significado de las palabras del médico.

—¡Oh!—murmuró Felipe cuyos azules ojos brillaron un instante.—Sabré luchar hasta morir.

—Quiera Dios que no llegue el caso, porque la lucha, aunque breve quizás, seria espantosa.

—Si ha de dar por resultado aclarar los misterios que me atormentan...

—No sabeis lo que pedís,—replicó el doctor.

—¡Oh!...

—Teneis pocos años...

—¡Soy un niño!—dijo Felipe con amargura.

—Ni mas ni menos; pero ahora aprendereis á ser hombre sin que os lo enseñe el tiempo.

—Caras lecciones, segun me anunciais, caballero.

—Mucho cuesta lo que mucho vale,—repuso Cañete.—Pero dejando estas consideraciones que ahora no son de mucha importancia...

—Sí, sí, decidme lo que me toca hacer.

—A vos, como es natural, lo mas interesante.

—Sacar á Isabel de su casa...

—Pero á las doce en punto.

—Mientras llega la hora rondaré la calle para observar.

—¿Y si os observan á vos?

—¿Quien?

—Los espías del rey.

—¡Oh!...

—Señor Felipe, donde las dan las toman.

—Entonces...

—A las doce en punto saldreis de la taberna de Marcelo, y cinco minutos despues subireis al balcon de vuestra dama.

—Asi lo haré.

—Bien, ahora supongamos que en lugar de doña Isabel encontrais á su padre...

—¡Al rey!—exclamó Felipe con viveza.

—Sí, al rey.

—Supongamos lo que os plazca, pero...

—Si así sucediera, reunid todas las fuerzas de vuestro espíritu, escuchad respetuosamente lo que os diga su majestad, y no vacileis para prometerle que procurareis olvidar á doña Isabel, ó por lo menos no hacer otra tentativa de rapto. Pero de ninguna manera debeis asegurar que no lo hareis, sino solamente que procurareis hacerlo y que esperais conseguirlo.

—Eso seria mentir.

—En eso estriva vuestra salvacion.

—¡Oh!

—De esa manera, siempre podreis responder que no habeis faltado á vuestra palabra, porque habeis procurado dominar vuestra pasion, pero no lo habeis conseguido.

—Antes dijísteis bien, caballero,—replicó Felipe,—soy un niño porque me falta el valor para mentir.

—Acuérdate,—dijo entonces Hernando,—que por hablar con franqueza al rey, se agravó nuestra situacion hasta el caso estremo en que nos hallamos.

—Su majestad abusó de mi nobleza...

—No será la última vez que á ella acuda.

—Pues bien, mentiré, mal que pese á mis sentimientos y carácter; mentiré con todo el atrevimiento de mi desesperacion, ya que el engaño es la moneda que vale en el mundo.

—Suele suceder así.

El mancebo quedó silencioso y pensativo.

—Caballero,—dijo Hernando al doctor,—segun vuestro plan, Felipe quedará solo esta noche.

—Por algunos momentos quedará solo al parecer; pero descuidad, que si necesita ayuda...

—¿A quién ha de acudir?

—Yo acudiré sin que me llamen.

—Tal vez confiais demasiado en vos mismo...

—En último caso, —repuso el doctor tranquilamente, —tengo un recurso de gran valor.

—¿Cuál?

—¿No lo adivinais?

—Sin duda os referís...

—A mi amigo Cañete.

—¡Ah!... ¡El doctor Cañete!...

—Ó lo que es lo mismo, vuestra pesadilla.

—Mejor fuera llamarle...

—Basta, señor Hernando,— intorrumpió el medico.

—Es verdad, que, tras una palabra...

—Se van ciento.

—Continuemos, —dijo la condesa, —en la esplicacion del plan.

—He concluido, —respondió el doctor. —Si le aprobais.....

—¿Habeis podido dudarlo?

—Entonces, que cada cual medite y se prepare, porque no está lejos la hora deseada.

Cañete se puso de pié.

—¿Os vais?—le preguntó al escudero.

—Quiero que os quede tiempo para pensar en qué terminos que le sean mas agradables, direis á su majestad que la señora condesa está muy aliviada, y muy pronto tendrá la honra de recibir su visita.

Un vivo carmin cubrió las blancas megillas de doña Ana.

La frente de Felipe Augusto se arrugó mas.

Cañete se despidió y salió. Los demás se miraron como preguntándose qué fin se proponia el hombre de los anteojos; pero ninguno acertó á decir una palabra.

CAPITULO LX.

De cómo empezó á ejecutarse el plan de Cañete.

Llegó la noche por todos tan deseada y tan temida.

A las diez habia escondido la luna su plateada faz, y á las diez y media la coronada villa estaba sumida en la mas completa oscuridad, y casi desiertas sus calles y en silencio casi todas las viviendas.

Un embozado entró en la plazuela de las Descalzas, se detuvo frente al convento, escuchó por espacio de algunos segundos sin percibir el menor ruido y luego murmuró:

—Creo que estoy solo.

Y se apoyó de espaldas en la pared, bajó el embozo de su capa con objeto de respirar mas libremente y quedó inmóvil.

Cinco minutos despues llegó otro embozado, escuchó tambien y miró, y sin duda divisó el bulto del primero, porque dijo:

—Debe ser él.

Y se acercó al otro.

—¿Quién vá?—preguntó el primero á la vez que presentaba la punta de su tizona.

—Yo,—respondió el segundo sacando de debajo de su capa una linterna.

—Habeis sido puntual,—dijo el otro, que era, como presumirán nuestros lectores, Felipe Augusto.

—Vos tambien, —repuso el doctor volviendo á ocultar la la luz.—¿Hace mucho tiempo que esperais?

—Pocos momentos.

—Bien.

—Nadie ha pasado desde que estoy aquí, ni menos entrado ó salido en el convento.

—Sin embargo, será prudente convencernos de que no nos observan.

—Soy de vuestra opinion.

—Pues vos por ese lado y yo por este demos vuelta á la plazuela hasta encontrarnos, que deberá ser junto al postigo.

—Y si algo veis, tosed...

—Lo mismo vos.

—Convenidos.

Y siguiendo el irregular perímetro de la plazuela empezaron á caminar en opuestas direcciones con pasos lentos y silenciosos, registrando con la mirada cuanto la oscuridad lo permitia y con el oido atento.

Cerca de diez minutos emplearon en aquel reconocimiento, y al cabo, como habia dicho Cañete, se reunieron cerca del postigo del convento sin haber encontrado alma viviente ni observado nada que pudiera infundirles sospechas.

—Estamos solos,—dijo en voz baja el doctor.

—Tal creo,—respondió de la misma manera Felipe Augusto.

—Aprovechemos pues esta ocasion.

—¿Qué hemos de hacer?

—Tomad,—dijo Cañete sacando y dando al mancebo una llave.

—¿Es la del postigo?—preguntó con sorpresa el doncel.

—Sí, os ha tocado la parte mas peligrosa y que mas habilidad exige.

—Me alegro.

—Lo sé, y por eso y porque os conozco os la he reservado.

—Supongo que he de entrar en el convento...

—Sí.

—No se me alcanza para qué.

—Es una medida de prevencion nada mas, porque las sospechas del señor Hernando pueden cofirmarse segun mis observaciones.

—¡Oh!...

—Sí, creo que efectivamente su majestad tiene noticia de nuestro plan.

—Es imposible.

—Eso no se dice nunca.

—¿Quién habia de ser traidor entre nosotros si á todos nos importa mucho guardar el secreto?

—Pues á pesar de esto, creo que entre nosotros hay uno que ha descubierto nuestro plan al peluquero, y este al rey.

—¿Y no habeis dicho quién es para evitar que consume su vil traicion?—replicó Felipe Augusto con acento de coraje.

—No, porque aun cuando así haya sucedido, no puede acusársele de traidor.

—¡Que no puede acusársele de traidor!... Caballero, sois incomprensible...

—Me esplicaré.

—Sí, decid de quién sospechais...

—De vos,—contestó tranquilamente el médico.

Los ojos del doncel brillaron como dos luciérnagas, y la sorpresa no le dejó hablar en algunos instantes.

—¡Oh!—exclamó al fin.—¿Qué habeis dicho?

—Sosegaos...

—¡Yo traidor!...

—No podré corregir vuestro carácter arrebatado...

—Esplicaos ¡vive Dios!...

—Escuchadme, y respondedme con calma, que tiempo os queda para enfadaros.

—¡Calma quereis que tenga al oir semejante cosa!...

—Es lo mas sencillo.

—¡Ah!... Os lo he dicho muchas veces. debo dudar si os he conocido por mi desgracia.

—No tardareis en convenceros...

—Decid pronto...

—¿Venís de vuestra casa?—preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Y el señor Canuto?

—Salió antes que yo.

—¿Dijo á dónde iba?

—A ver á un amigo que está enfermo.

—Mintió.

—¿Sabeis?...

—Ahora está en palacio con su majestad.

—¡A estas horas en palacio!...

—Lo he visto entrar con el aire de un hombre que está muy satisfecho de sí mismo.

—Pero no significa que yo haya descubierto el plan á un imbécil como Canuto.

—Significa que algo secreto trata con el rey.

—En buen hora, pero...

—Y que habia recibido la órden de ir á palacio á estas horas.

—Bien, pero os repito...

—Decidme una cosa.

—¿Qué quereis saber?

—¿Soñais mucho cuando dormís?

—Bastante.

—¿Y hablais en voz alta alguna vez?

—¡Ah!—exclamó Felipe Augusto con acento de rabiosa desesperacion.

—¿Comprendeis ahora?...

—¡Ese miserable Canuto ha sorprendido el secreto!...

—Vos,—replicó tranquilamente el médico,—sois, pues, el traidor inocente.

—¡Desdichado de mí!...

—Es una desgracia... Pero os curará mi amigo el doctor Cañete, porque esa es una enfermedad que tiene cura.

—Con esa esperanza remediaremos el mal presente...

—Si es que ha sucedido el mal, porque hasta ahora no tenemos mas que sospechas...

—Muy fundadas.

—Sea como quiera, es perder inútilmente el tiempo, quejándose de lo que ya sucedió en vez de emplearlo en evitar nuevos males.

—Es verdad,—dijo tristemente el mancebo.

—Si como presumimos, el rey sabe el plan, doña Isabel vendrá al convento antes que vaya á buscarla su amante.

—Sin duda alguna.

—Pues bien, para poder luego obrar con tino, he pensado que seria conveniente saber, además de que está aquí, la celda que la destinan.

—¿Cómo lo conseguiremos?

—Muy fácilmente.

—Esplicaos.

—Entrad en el convento, os ocultais cerca de la puerta y desde donde podais observar á cualquiera que tambien entre...

—Comprendo: seguiré al monarca y á su hija...

—Perfectamente.

—¿Y si no pudiera por la disposicion particular del edificio?

—Podreis ó dareis pruebas de ser muy torpe.

—¡Oh!...

—Y no saldreis sin que lo haya hecho su majestad.

Felipe Augusto meditó algunos instantes.

—Pienso una cosa,—dijo.

—¿Qué?...

—Quizás la mejor ocasion de sacar del convento á doña Isabel seria esta.

—No, porque la abadesa la acompañará toda la noche por

ser la primera que está en el convento, y además, ella desconfiaria de seguiros.

—Me encargo de convencerla, y en cuanto á la superiora...

—Seria una imprudencia que podria inutilizarnos para siempre.

—En estos casos creo que lo mejor es un golpe atrevido.

—No somos de la misma opinion.

—Valga la vuestra y no haré mas que cumplir vuestras órdenes; pero ya que yo, aunque inocente, soy la causa de esta desgracia, sin ayuda de nadie, corriendo yo solo el peligro, quisiera remediar el mal. ¡Oh!... ¡Maldito sueño mio!

—Señor Felipe Augusto, que el tiempo vuela.

—Decidme qué he de hacer cuando salga de aquí...

—Ireis á buscarme á casa de Marcelo.

—Bien.

—Tomad la linterna, porque á oscuras y en un sitio desconocido...

—Es verdad.

—Mucho cuidado...

—Podeis ir tranquilo por mí.

—Entrad.

Felipe Augusto abrió.

—Hasta luego,—dijo á Cañete.

—Que el cielo os guie.

Entró el mancebo, cerró la puerta sin hacer el mas leve ruido, y escuchó.

Reinaba un silencio profundo.

—Bien,—dijo para sí.—Parece que nadie habita el convento. Creo que sin cuidado puedo sacar la luz.

Efectivamente, descubrió la linterna y la abrió, encontrándose con una segunda puerta á los pocos pasos.

—¿Y esta?... ¡Vive Dios!... ¿Estará cerrada con llave? Entonces no habriamos adelantado nada. Vamos á ver, y que el cielo me proteja, porque estoy temiendo encontrarme á lo mejor con una monja que empiece á gritar y alborote el convento; pero

si así sucediese, tomaria el nombre del monarca... ¡Oh!... ¡Soy feliz!—exclamó al ver que la puerta se abria con solo empujar suavemente.

Y siguiendo adelante despues de volver á mirar y escuchar, se encontró en un largo pasillo.

A favor de la luz de la linterna pudo el atrevido mancebo reconocer aquellos sitios y encontrar el hueco de una puerta, ocultarse y observar cómodamente.

—Bien,—dijo.—Por delante no han de pasar, puesto que la escalera está allí: por la izquierda no vendrá nadie... Desde aquí podré mirar sin ser visto, y cuando pasen, salir y seguirlos á la distancia que me convenga.

Felipe Augusto ocultó la linterna y quedó inmóvil y silencioso en medio de la profunda oscuridad de aquel sitio.

CAPITULO LXI.

Quién engaña á quién.

Hernando Prieto habia cumplido tambien la parte que le tocaba en la intriga, y aunque no muy contento de separarse de su hijo en aquellos momentos de peligro fué á palacio á ver al rey.

Este lo recibió como nunca, mostrándose tan afable y contento que el astuto Hernando dijo para sí:

—Ó todo lo ignora y por eso está alegre, ó todo lo sabe y se goza anticipadamente en su triunfo. Me inclino á creer lo segundo y temo que haya preparado alguna emboscada de que no pueda librarse mi pobre hijo á pesar de la ayuda del hombre de los ateojos.

—¿Sabes lo que pienso?—dijo el monarca.

—No puedo adivinarlo, señor,—respondió el escudero.

—Va haciéndose pesada la enfermedad de la condesa.

—De su casa vengo, señor.

—¿La has visto?

—Como todos los dias.

—¿Y cómo está de su dolencia?

—Muy aliviada.

—Ya me daba que sospechar no fuese un pretesto para no recibirme.

—Al contrario, creo que lo desea tanto como vuestra majestad.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mañana dejará la cama, y pasado mañana podrá recibir la honra que vuestra majestad piensa dispensarle.

—¡Ah! esa nueva, Hernando vale mucho, y no quiero que quede sin recompensa: pídeme alguna gracia y cuéntala concedida.

—No deseo mas que serviros, señor.

—Esta noche voy á dormir con el mas dulce de los sueños. ¿Pero y mi rival? ¿Y el músico atrevido que la galanteaba?

—Hace algunas noches que no entona sus cantares, lo cual significa que doña Ana le ha hecho comprender que para bromas y pasatiempo bastaba.

—Tambien puede significar que no canta en la calle, porque la vé dentro de casa y ella le ha pedido que evite murmuraciones y escándalos.

—No lo creo, señor, aunque todo puede ser, porque en asuntos de amores se ven casos nuevos y raros todos los dias.

—Conque pasado mañana... ¡Oh!... Corto es el plazo, aunque muy largo para mi deseo.

—Habiendo esperado tanto...

—Por lo mismo he gastado mas la paciencia. Pero en fin, aguardaré por mas que me parezca largo el tiempo, que nada vale la felicidad si nada cuesta.

Levantóse el monarca, dió algunos paseos en la habitacion y se asomó á una ventana.

—Oscura está la noche,—dijo;—buena para galanteos y robos. ¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—Ya es tarde, tengo sueño...Vete á descansar, mi buen Hernando, y madruga para venir á verme; quiero que hablemos despacio de la condesa y que quede determinado cuanto haya de hacerse la noche venturosa de la visita.

—Puesto que me dejais en libertad y nada tengo que hacer, voy al aposento de mi amigo Juan Ledesma á jugar una partida de ajedrez en la que hace tiempo tenemos apostados cuarenta escudos de oro.

—Te acostarás muy tarde, y ya te he dicho que quiero que madrugues.

—Para servir á vuestra majestad nunca tengo sueño ni estoy cansado.

—Pues que te favorezca la fortuna y ganes la partida.

—Creo que la perderé, porque Ledesma es un gran jugador,—respondió Hernando con una intencion que pasó desapercibida para el monarca.

Y despidiéndose salió muy contento al parecer.

Cuando Felipe IV se quedó solo, abrió una puerta y dijo.

—Sal.

Y salió Canuto que estaba oculto en la habitacion inmediata desde que anunciaron al escudero.

—¡Ah!—exclamó el monarca.—Ya estoy libre.

—Y yo esperando las órdenes de vuestra majestad,—dijo el peluquero á la vez que agitaba la nariz.

—Temo encontrarme burlado, Canuto.

—¿Por qué, señor?

—Porque Hernando está muy tranquilo y en vez de ocuparse de intrigas se vá á jugar al ajedrez.

—¡Al ajedrez!—repitió Canuto estremeciéndose, porque se acordó de la partida con que dieron principio sus apuros.

—Sí, y no se atreveria á mentir, porque fácilmente puedo saberlo.

—Bien, señor, pero es posible que Hernando no esté metido en la intriga: ya sabe vuestra majestad que sobre este punto nada ha dicho con seguridad el de los anteojos.

—Me alegraré, porque quiero mucho á Hernando.

—Yo tambien lo he querido, pero... En fin, señor...

—¿Qué ibas á decir?

—Nada, señor... Aprensiones...

—Esplícate.

—Se reiria vuestra majestad...

—No importa, dime lo que pensabas.

—Cuando Hernando habla de ajedrez oculta alguna intencion...

—¿Pero qué puede significar esa palabra en su boca?

—¿No ha dicho mas sino que iba á jugar?

—Y que temia perder.

—¡Oh!—exclamó Canuto con gravedad.—Eso es mucho decir, señor.

—No comprendo...

—Hernando debe saber que ha llegado á noticia de vuestra majestad lo que tienen proyectado para esta noche, y por eso dice que teme perder la partida.

—¿En qué te fundas para creerlo así?

—En que ya en otras ocasiones lo he visto hacer lo mismo.

Felipe IV meditó algunos instantes.

—Quizás no te equivoques,—dijo.

—Seguro estoy de acertar,—repuso orgullosamente el peluquero.

Y sacudió su larga nariz.

—Pues bien, si para evitar que lo sorprenda yo en el momento en que comete el delito, abandona á sus cómplices, no logrará mas que á medias su deseo, porque será testigo de mi justicia, y tal vez sucederá que los otros, creyéndole traidor al verlo á mi lado, lo acusen en mi presencia.

—¡Soberbio golpe!—exclamó entusiasmado el peluquero.—¡Cómo se quedará el amante y los que con él vayan al ver á Hernado en compañía de vuestra majestad!

—Tú mismo irás á buscarlo.

—¿Ahora, señor?

—Sí, ahora.

—¿Pero sabe vuestra majestad donde lo encontraré?

—En la habitacion de Juan Ledesma.

—Voy, pues, á decirle...

—Que lo espero y que no se detenga un instante.

—¿Y si me hace alguna pregunta?...

—Nada sabes.

—Seré mudo.

—No te detengas, porque apenas queda tiempo para estar allí á las once.

El peluquero salió.

—¡Ah!—murmuró el rey, sentándose.—¿Es posible que hayan descubierto mi plan? De todas maneras, mi hija quedará esta noche en el convento, y si sorprendo á mi hijo y se muestra rebelde, le descubriré la verdad. ¡Oh!... Yo acabaré de una vez la intriga y escarmentaré á los intrigantes.

Atormentándose el caletre por adivinar cómo habrian podido descubrirse sus proyectos, aguardó el monarca á Canuto.

Este volvió pocos minutos despues y acompañado del escudero, que al entrar en la régia cámara dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—Me felicito, señor, por haber acertado en no irme, pues que así he podído acudir con mas prontitud al llamamiento de vuestra majestad.

—Mi buen Hernando,—dijo el rey,—no estoy tranquilo.

—¿Ha recibido vuestra majestad alguna mala nueva?

—Ninguna, pero la conversacion que hemos tenido hace pocos minutos, me ha traido á la memoria, por mas que en nada se parezca, ideas desagradables.

—No comprendo...

—He pensado en la calle de Bordadores.

Hernando palideció lijeramente.

—Señor,—dijo,—creo que vuestra majestad exagera el peligro. Sin embargo, siempre, y lo mismo ahora, he creido prudente acabar de una vez en ese asunto, porque al fin y al cabo, y con perdon de vuestra majestad, se trata de niños locos, y fiar en ellos es un descuido que puede costar...

—Ya sabes lo que me ha detenido...

—Es que puede sobrevenir un mal peor que el que quiere evitarse, y un mal sin remedio.

—¿Con que eres de parecer?...

—Que no deje vuestra majestad pasar mucho tiempo.

—¿Sigue él dando muestras de cordura?

—Sí, señor; pero tiene momentos que me hacen perder la confianza.

—Me respondias de él...

—Y respondo mientras haya quien responda de ella.

—Su madre.

—Entonces...

—Pero mientras no estás á su lado...

—Están los inconvenientes que ha de encontrar y que no pueden vencerse en una hora. Pero como todos podemos equivocarnos...

—¡Oh!... Tú recelas...

—Yo soy prudente, señor, y creo que en estos casos se debe vivir prevenido.

—No será mia la responsabilidad si en dilatar la resolucion puede consistir el mal. Ahora mismo, Hernando, haré lo que ya debia estar hecho.

—¿Quiere vuestra majestad que yo vaya á verla?—dijo el escudero con admirable serenidad.

—Iré yo mismo, y vosotros me acompañareis.

—Bien, señor,—repuso Hernando recurriendo á toda su habilidad para fingir.—Nadie puede hacerlo con tanto acierto como vuestra majestad.

—Esta noche quedará ella en lugar seguro.

—Ya que todo se ha perdido,—dijo para sí el escudero,—inspiraré confianza para no inutilizarme. Ahora es cuando admiro al de los anteojos; si no tomo su consejo estoy perdido.

Y luego añadió en voz alta:

—¡Ah, señor!... Me ha quitado vuestra majestad un peso enorme, que me ahogaba.

—¿Por qué?

—¿Pues y la responsabilidad gravísima que me privaba hasta del sueño?

—Estás fuera de ella y así podrás pensar mejor en el otro asunto·

—¿Sabe vuestra majestad la hora que es?

—Cerca de las once.

—Si no se han acostado, pronto lo harán...

—Las despertaremos..

—Pero cuanto mas pronto se salga del paso...

—Sí, sí... Vamos... Pero es menester...

Felipe IV meditó algunos segundos, luego llamó á un gentil-hombre y mandó que dispusiesen una litera y que la llevasen con su peluquero á donde este dijese.

—Tú te quedaras, Canuto,—añadió,—y con la litera irás á la calle de Bordadores... ¿No peinas á doña Margarita de Guevara?

—Sí, señor.

—Pues á la puerta de su casa te detendrás

—¿Y luego?

—Esperad.

—¿Nada mas?

—Observa si alguien ronda en la calle para decírmelo despues.

—Bien, señor.

—Escuso decirte que es asunto secreto.

—Fie vuestra majestad en mi discrecion.

Hernando llevó al rey la espada, la capa y el sombrero y pidió una linterna.

Ambos salieron de la cámara pocos momentos despues, y bien pronto se encontraron fuera del alcazar.

No se ocultó á Hernando que todo aquello era un lazo que el rey le tendia; pero como su salvacion estaba en el fingimiento, dijo para sí:

—Veremos cuál de los dos vale mas para comediante.

Y se mostró decidor y alegre como nunca.

El rey por su parte, no estaba convencido de haber engañado á su escudero, cuya astucia y habilidad conocia, pero como tambien le convenia finjir hasta poner sus dudas en claro, dijo para sí:

—Veremos, señor doctor en la intriga, cual de los dos vale mas para hacer comedias.

Y como Hernando, habló mucho y se mostró satisfecho y contento.

Entretanto, Canuto que se habia atrevido á sentarse en el sillon del monarca, decia mientras agitaba su descomunal y movible nariz.

—Nunca lo hubiera creido. Yo que conozco la intriga mejor que nadie y sé que el escudero engaña al monarca y este á aquel, admiro la frescura de ambos para mentir, la habilidad para finjir contento cuando interiormente se desesperan. ¡Oh! Lo que se vé en la corte no se encuentra en ninguna parte. Ahora me convenzo de que no exegeran los poetas cuando nos presentan en las comedias esos enredos que parecen obra del diablo. No hacen mas que copiar, y copiar de aquí de esta parte del mundo, que se llama corte, y que deberia llamarse infierno segun se engañan unos á otros y nadie se entiende. Bien me decia el tal escudero cuando aquella famosa partida de ajedrez, causa de todas mis tribulaciones; bien me decia que el tablero de la corte tiene mucho que entender. Afortunadamente lo conozco ya, gracias á mi ingenio, y es muy dificil que me den gato por liebre, aunque le corten las orejas.

Un gentil-hombre interrumpió las filosóficas meditaciones del peluquero.

—La litera aguarda, señor Canuto.

—Voy al momento,—dijo este.

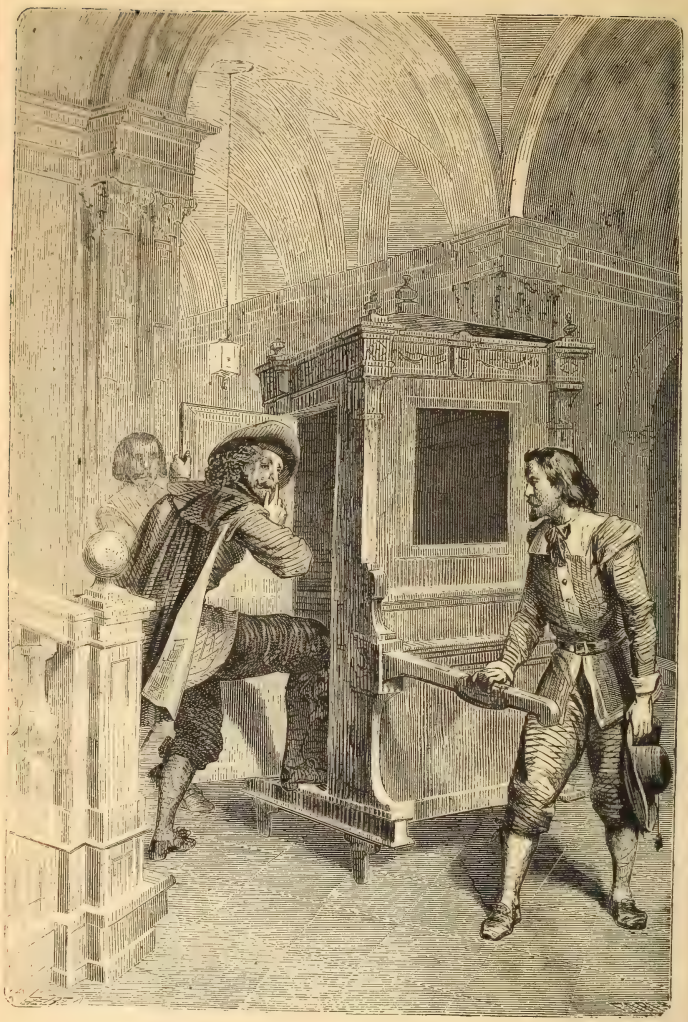
Y saltó del sillon como si le hubiese picado una abispa.

—¿No ha de ir con vos nadie mas que los litereros?

—Nadie mas.

—¿Y luces?

—Dadme una linterna y basta,—respondió Canuto que se da-



LAMINA 13.—Silencio y deprisa á la calle de Bordadores.

ba los aires de un gran señor, porque creia que entonces representaba al rey.

—¿Sorda la quereis?

—Sí, como debieran ser los curiosos.

—Sentencioso estais.

—Y vos poco ligero para obedecerme.

El gentil hombre miró á Canuto con lástima y desprecio, y salió, volviendo poco despues con la linterna.

—Tomad, — dijo; —ya saben los criados que sois vos quien los ha de guiar.

—Bien, —respondió Canuto.

Y salió de la régia cámara y fué en busca de la litera que estaba al pié de la escalera principal.

—Id delante, — le dijeron los conductores, — ó decidnos por dónde hemos de ir.

—¡Delante! — replicó el peluquero. — Dentro me llevareis.

—¡En la litera de su majestad!...

—Sí, en la litera de su majestad que dijo estas palabras inolvidables por lo que me honran: « Que lleven la litera con mi peluquero á donde este diga » ¿Entendeis?

—Entrad, pues, y vos respondereis de la falta de respeto. Todo será mudar el forro...

—Silencio, y de prisa á la calle de Bordadores.

CAPITULO LXII.

Hernando sigue haciendo de tripas corazon.

Felipe IV y su escudero llegaron sin novedad á casa de doña Margarita.

La calle estaba solitaria.

El silencio era profundo.

—Llama, — dijo el rey.

Hernando obedeció, dando con el aldabon un golpe, cuyos ecos se repitieron á larga distancia.

Nadie respondió.

Trascurrieron algunos segundos.

—Otra vez, — dijo el monarca.

Sonó otro golpe mas fuerte.

—¿Estarán durmiendo?

—Ya despertarán.

Se abrió un balcon y oyóse decir:

—¿Quién es?

—Abrid, —respondió Hernando.

—¡Abrir!... ¿Pero á quién y para qué?

—Para ver á doña Margarita.

—Está acostada.

—No importa.

—A mí sí.

—¡Abrid, vive el cielo!—gritó el monarca.

—Decid vuestro nombre...

—¡Oh!... Soy... el rey.

El interpelante dejó escapar una exclamacion de sorpresa, y tras él sonó un grito.

Cerróse el balcon.

Pocos momentos despues, no un criado, sino la misma doña Margarita abrió la puerta de la calle.

—Señora,—dijo el monarca,—os agradezco mucho esta distincion, pero siento que os hayais molestado en bajar, pues aunque me anuncié como rey para que se me abriese la puerta, no quiero entrar sino como simple caballero.

—Cumplo con mi deber y mi deseo,—respondió la dama, cuyo pálido rostro demostraba los temores que sentia con aquella inesperada visita.—Entrad, señor, y que el cielo os traiga para bien.

—Tal creo,—repuso el monarca, entrando y siguiendo á doña Margarita.

Cuando llegaron arriba y estuvieron en el salon principal de la casa, Felipe IV mandó sentar á la dama, hizo él lo mismo, y despues de meditar algunos instantes, dijo:

—Escuchadme, señora, con mucha atencion, porque tengo que hablaros de un asunto muy grave. Seré breve en mi discurso porque el tiempo me urge, pero os diré en pocas mas de lo que esperais oir.

—¿Me retiro, señor?—preguntó Hernando.

—No,—contestó el monarca.—Quiero que seas testigo de cuanto suceda esta noche.

El escudero permaneció de pié, inmóvil y silencioso.

—Señor,—dijo doña Margarita,—sospecho que habeis venido para hablarme de mi pobre hija.

—No os equivocais.

—¿Qué puede suceder mas de lo que ha sucedido?

—Mucho, señora.

—¡Oh!...

—Escuchadme...

—Espero con ansia las palabras de vuestra majestad.

—No habreis olvidado el dia en que agotados los medios todos de persuacion, me ví obligado á revelar á vuestra hija el secreto del nacimiento de su hermano.

—¡Olvidar aquel dia!...

—Es imposible para vos y para mí, pero no para ella.

—¿Qué decis?

—Que doña Isabel se rie ahora de cuanto le dije, porque no ha faltado quien le haga creer que el secreto fué una invencion mia para obligarla á ser monja.

—¿Y ha podido vuestra majestad abrir los oidos á semejante patraña?

—¿Por qué no?

—Cuando sabeis que ha faltado poco para que mi hija pierda la vida...

—¿Y cómo,—replicó el monarca,—me esplicareis el repentino cambio de salud de doña Isabel?

—Eso podria esplicarlo el médico.

—¿El doctor Cañete?

—Sí, señor.

—¡Oh!...

—He creido que su ciencia salvó la vida á nuestra hija..

—La ciencia, señora, no alcanza á curar el alma.

—¿Sospechais que el doctor?...

—No sé quién, pero sí lo que ha sucedido.

—Señor...

—Doña Isabel recobró la vida y la alegría...

—Es verdad.

—Y eso significa mucho.

Doña Margarita no acertó á responder.

—Preciso es,—añadió el monarca,—que yo ponga á cu-

bierto la responsabilidad que tengo ante Dios y los hombres: así me lo ordena mi deber y mi conciencia.

—¡Pobre hija mia!—exclamó la dama, cuyos ojos brotaron amargo llanto.

—No está bien á vuestro lado...

—¡Ah!...

—Me respondisteis de ella...

—Señor...

—Y ya veis lo que ha sucedido.

—Pero no puede suceder mas.

—¿Estais segura?

—Ella creerá lo que quiera con respecto al secreto que le revelásteis, pero mientras no vea á su hermano ni tenga medios de comunicarse con él, poco se ha perdido.

—Voy á probaros que estais equivocada.

—¿Aun hay mas?

—Sí.

Doña Margarita se estremeció.

—¡Dios mio!—exclamó con acento suplicante.

—Esta noche vendrá mi hijo para llevarse á su hermana...

—¡Ah!...

—Ella lo espera...

—¡Imposible!

—Debe entrar por un balcon...

—Han engañado vilmente á vuestra majestad.

—Sí, por un balcon... este quizás,—dijo el rey levantándose.

Y yendo á uno de los balcones y viendo que la falleva estaba descorrida, añadió:

—Mirad, señora, está preparado... con solo empujar puede abrirse.

Doña Margarita dejó escapar un grito y levantó al cielo los ojos.

—¡Dios mio!—exclamó.

—¿Dudais todavía?

—No lo sé...

—¿Duerme vuestra hija?

—Está rezando en su aposento...

—Y rezará hasta las doce,—dijo el rey mirando alternativamente á doña Margarita y á Hernando.

Este permanecia como una estátua, y nadie hubiera podido comprender lo que en aquellos momentos sufria.

La dama ocultó entre las manos el rostro y dió libre curso á sus dolorosas lágrimas.

Hubo algunos instantes de silencio.

¡Con cuanta violencia palpitaron aquellos tres corazones, atormentados á cual mas!

—Señora,—dijo al fin el monarca,—por mas doloroso que os sea, creo que ya estareis convencida de que es preciso cortar de raiz el mal.

—¡Hija mia!...

—Y mia tambien...

—¡Corta será su existencia!...

—Pero su alma volará al cielo limpia de una mancha horrible.

—¡Ah, señor!...

—Todo lo tengo preparado para llevar á doña Isabel al convento...

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Ahora!—repitió la infeliz madre como si con esta palabra exhalase el último aliento.

—Sí, una hora perdida puede ser su eterna condenacion y la vuestra.

—¿Y el infame que ha jugado con el corazon de esa pobre niña?...

—Recibirá el castigo que merece. Pronto lo conoceré.

—¡Oh!...

—El tiempo vuela, señora...

—¡Dios mio!...

—Llamad á vuestra hija y despedíos de ella...

—¡Tan pronto, tan repentinamente!...

—Es preciso.

—Me falta el valor...

—Llamadla que yo le diré que me siga y ella me obedecerá.

—¡Fuerzas Dios mio!—exclamó la dama transida de dolor.

Y levantándose y enjugando el llanto, salió del aposento con pasos vacilantes.

—¿Qué dices de esto?—preguntó el monarca á Hernando.

—¡Oh!—contestó el escudero, que nunca como entonces tuvo que recurrir á todas sus fuerzas.—Es la resolucion mas acertada que ha podido tomar vuestra majestad.

—Estás pálido...

—Me ha conmovido el dolor de esa madre desgraciada, y sufro tambien por el golpe terrible que espera á vuestro hijo.

Felipe IV volvió á sentarse y quedó silencioso.

—Bien,—dijo para sí Hernando.—En todo esto tiene una gran parte el bribon de Canuto, y ¡por quien soy! que ha de pagármelas con creces.

CAPITULO LXIII.

Donde acabará de convencerse el lector de que Isabel no era niña mas que en la edad.

Isabel se hizo esperar muy poco.

No habian pasado cuatro minutos cuando se presentó en el salon con su madre.

La espresion de su rostro era grave, severa, pero tranquila, sin que revelase dolor ni enojo; la espresion, en fin, de majestuosa dignidad que aquella niña de gran corazon sabia dar á su semblante en los momentos solemnes de su vida.

Una palidez mate cubria su frente y sus megillas, contrastando con el negro de su sencillo vestido de fina lana.

Hernando admiró tanta belleza y aquel continente noble que revelaba un alma de sentimientos elevados.

El rey contempló un instante con satisfacion y orgullo á su hija, se sintió conmovido, esforzóse para dominarse, y dijo con acento, grave no mas y tranquilo:

—Doña Isabel...

—Señor,—contestó la jóven respetuosamente,—aquí me tiene vuestra majestad esperando sus órdenes.

—Sentaos.

—Gracias, señor.

—Hace pocos dias,—repuso el monarca,—os hablé de esos amores que debian labrar vuestra desdicha en vez de hacer vuestra felicidad.

—No he olvidado aquel dia,—respondió Isabel sin variar el tono de su voz ni que se alterase su rostro.

—Al principio de la conversacion os mostrasteis rebelde á mis paternales consejos...

—Es verdad, me mostré rebelde porque aun no se me habia dicho lo que debia llevar á mi alma el convencimiento de un error fatal que yo no comprendia.

—Por eso, con vuestra tenaz resistencia, me obligasteis...

—A revelar un secreto horrible.

—Recordareis que en los primeros momentos se trastornó vuestra razon, y quizás la hubierais perdido para siempre á no acudir pronto al remedio.

—El golpe, señor, fué tan inesperado y rudo que apenas tuve fuerzas para resistirlo.

—Despues, la alteracion de vuestra salud puso en peligro vuestra vida.

—Era consecuencia natural de lo que sufrí,—dijo Isabel siempre con la misma calma.

—Todo eso,—repuso el monarca,—dió por resultado el que os convencieseis, prometiéndome no resistir á mi determinacion de encerraros en una celda.

—Hice mas, señor, pedí á vuestra majestad como señalada merced que no dilatase mi entrada en el convento.

—Teneis buena memoria.

—Hay cosas que no pueden olvidarse jamás.

—Desde entonces...

—Señor, estoy esperando con afan que vuestra majestad señale el dia de mi clausura.

Felipe VI miró con sorpresa á su hija.

—Y será,—repuso esta,—el momento mas feliz de mi amarga vida aquel en que me digais: «Venid, os aguarda esa tumba santa de la vida.»

—¿Qué estais diciendo?—replicó el monarca sin apartar la vista de su hija.

—Creo, señor, que no son dudosas mis palabras.

—¿No habeis cambiado de opinion?

—¡Cambiar de opinion!... ¿Cómo mientras exista la causa?

—¿Quereis esplicarme cómo habeis recobrado tan pronto la salud?

—Pregúntelo vuestra majestad al médico que me ha curado.

—Su ciencia cura el cuerpo, pero el alma...

—¡Ah!... ¡El alma!... No se han curado sus profundas heridas, señor.

—Es decir, que la enfermedad...

—Existe.

—Y sin embargo...

—Estoy resignada, porque así me lo manda Dios.

—¡Resignada!

—Sí, señor, aunque nadie mas que yo puede comprender cuánto me cuesta la resignacion.

—¡Oh!...

—¿Duda vuestra majestad?

—No, si lo probais.

—No acierto...

—Habeis dicho que deseábais con afan que llegara el momento de vuestra clausura...

—Con mucho afan, señor.

—Pues bien,—replicó el monarca,—ha llegado, es este... Vamos.

—Gracias, señor,—dijo Isabel con acento firme.

Y se puso de pié sin vacilar.

—Estoy dispuesta á seguiros, —añadió.

El rey, en el colmo de su sorpresa no acertó á responder.

Doña Margarita, aturdida y dudando si todo aquello era un sueño, no pudo tampoco articular una sílaba.

—¡Oh!—dijo Hernando para sí.—¡Alma de reina!... ¡Gran corazon!... ¡Si mi hijo valiera tanto como ella se burlarian de todo el mundo!

Hubo algunos momentos de silencio imponente como el de un lugar mortuorio.

El rostro de Isabel no habia cambiado.

Su actitud era majestuosa, pero sin altanería.

—Bien,—dijo al fin el monarca,—preparaos.

—He dicho á vuestra majestad que ya estoy dispuesta.

—¿Nada teneis que llevar?...

—La bendicion de mi madre.

—¡Hija mia!—exclamó doña Margarita con acento desgarrador.

Y se arrojó en los brazos de Isabel, estrechándola contra su pecho y derramando abundantes lágrimas.

—Madre mia, no me separo de vos para siempre; ireis á verme al convento...

—¡Hija de mi alma!

—Lo quiere Dios y lo manda el rey,—dijo con amargura la jóven.

—¡Oh!—murmuró el monarca con despecho.

Y se mordió los lábios.

—¡Ay, señor Canuto!—dijo Hernando para sí.—No os perdono y pagareis vuestro delito: la real privanza con que os envaneceis y esperais hacer fortuna, no durará veinticuatro horas, os lo aseguro. Aun no sabeis lo que puede y vale el escudero Hernando.

—Es verdad, —dijo despues de algunss momentos el rey.—No he pensado que ya estábais dispuesta para salir...

—Ignoraba...

—¿Pues no debian venir á las doce por vos?

—Nada se me ha anunciado,—contestó Isabel.

—Basta de fingimiento,—replicó el monarca.

—Señor...

—Lo sé todo, conozco el plan...

—No comprendo...

—Vuestro hermano debia entrar á las doce por ese balcon que habiais dejado sin cerrar...

—¡Sin cerar!—repitió la jóven.

—Miradlo...

—Lo han abierto para ver quién era cuando llamó vuestra majestad...

—Sí, sí,—se apresuró á decir doña Margarita;—es verdad, por ese balcon se han asomado... ¡Y no lo pensé en mi turbacion... ¡Pobre hija mia!... ¡Te han calumniado!...

—¿Qué me importa?—replicó la jóven con desden.—El hombre que me acusó es una vívora que no puede picar mas que en los pies, pero cuyo veneno, aunque mate, no alcanza á manchar la frente. Lo conozco porque figura de antiguo en la intriga de mis amores, es un villano y como tal obra, tiene el alma tan fea como el rostro, y la codicia le hará cometer cualquer crímen.

El retrato del peluquero no podia ser mas esacto.

El rey miró á su escudero y este al rey de una manera que queria decir:

—Señor, ese es Canuto.

Volvieron á trascurrir algunos minutos de silencio que fueron de angustia horrible para doña Margarita.

—Bien,—dijo el monarca.—Dentro de una hora habrá triunfado la verdad. Doña Isabel...

—Señor...

—Seguidme.

—Madre mia, dadme un manto, que no quiero salir por él para evitar sospechas,—dijo la jóven con ironía.

—Doña Isabel,—repuso Felipe,—no olvideis que á más de vuestro padre soy...

—El rey... Lo sé, señor, pero cumple á mi buen proceder no dejar duda...

—Habeis acusado á un hombre...

—Sí, lo he acusado, porque hace mucho tiempo, segun he dicho á vuestra majestad, sospecho de él.

—¿Quién es ese hombre?

—Decir su nombre seria una venganza, y yo he nacido para sufrir y no para vengarme.

—¿Así quereis probar vuestra inocencia?

—¡Mi inocencia!... ¿Acaso soy culpable? Desde el momento en que me revelasteis el secreto del lazo que á Felipe me une, me he mostrado obediente y sumisa. Ahora viene vuestra majestad á decirme que ha llegado la hora de mi entrada en el convento, y no solamente me ve dispuesta á seguirle, sino que le doy las gracias por no haberlo dilatado mas. ¿Puede pedírseme otra cosa?

—Hay en vuestras palabras de respeto y sumision una amargura...

—Señor,—replicó la jóven,—bien comprenderá vuestra majestad que en mi situacion debo sufrir mucho, y como el dolor es siempre amargo...

—Doña Isabel, es tarde,—interrumpió el monarca.

—Madre mia, dadme el manto que os he pedido.

Doña Margarita salió del aposento, volviendo pocos momentos despues con un largo manto negro, con el cual se cobijó la doncella.

—Espero las órdenes de vuestra majestad...

—Vamos.

—Madre mia, hasta mañana...

—¡Hija mia!...

—No lloreis; nos veremos dentro de pocas horas y voy á ser feliz.

—¡Así me la arrebatais, señor!—dijo la dama al rey con dolorosa amargura.

—Así la salvo, señora,—replicó el monarca.

Un estrecho abrazo unió por algunos instantes á aquellas dos mujeres, y al fin se separaron, ambas transidas de dolor, pero reprimiéndolo valerosamente Isabel, por cuyas pálidas mejillas solo corrieron dos gruesas lágrimas.

Salieron de la casa el rey, la jóven y el escudero.

Canuto esperaba en la calle mirando á todos lados, por si divisaba algun bulto, mas que por cumplir la órden del monarca, porque tenia un miedo espantoso de que llegase el amante y sus cómplices, y con él y los dos litereros emprendiesen á cuchilladas.

Felipe IV hizo entrar á su hija en la litera, cerrando él mismo la portezuela, y dijo á Canuto:

—Espérame aquí observando si alguien viene y lo que hace.

—¿Y si llegasen muchos y me acometiesen á la vez para alejarme?—preguntó el peluquero estremeciéndose y agitando su larga nariz.

—Defiéndete y grita, pero sin moverte.

—Pero mientras grito puede suceder...

—¿Tienes miedo?

—¡Miedo yo, señor!... No me conoce vuestra majestad. ¡Miedo, y mas cuando se trata de servir á mi rey!...

—Bien, pues entonces calla y obedece.

—No me moveré de aquí.

—Seguidnos,—dijo el monarca á sus criados.

Estos suspendieron en sus brazos la litera, y siguieron al rey y á su escudero que se dirijieron hácia el arroyo del Arenal para atravesarlo y subir á la plazuela de las Descalzas.

Hernando miró disimuladamente, y á favor de la linterna, á todos lados, pero no vió ningun bulto que le indicase que su hijo habia llegado ya. Aunque por haberse detenido el monarca mas de lo que hubiera querido eran cerca las doce, como no habian dado todavia, Felipe, fiel á la órden del doctor, no habia salido de la taberna.

—¿Qué piensas,—preguntó el rey á su escudero,—de las indicaciones que ha hecho mi hija sobre la persona que puede haberme descubierto la trama?

—Como no se ha esplicado...

—¿Pero de quién sospechas?

—De nadie, señor, porque como sabe vuestra majestad, todo esto es nuevo para mí.

—¿No conoces el retrato?

—Parecia ser el del peluquero.

—No podia ser mas fiel la copia.

—Es verdad, pero deseché la idea, porque Canuto es un pobre diablo que no vale para intrigas como esta.

—Si no por sí, como instrumento de otros, puede servir de mucho.

—Fácil es que cualquiera saque provecho de su codicia, pero como no tenemos pruebas de ello... Por mi parte, señor, creo que Canuto es honrado.

—Eso he creido yo siempre, pero empiezo á dudar por lo de esta noche y otras cosas.

—Sin duda se refiere vuestra majestad á los estraños amores de la condesa...

—Sí.

—Creo, señor,—repuso Hernando con secreta y grandísima alegría,—que he cogido el hilo de esa intriga.

—¿Y has averiguado quién es el amante?—preguntó vivamente el rey.

—Lo averiguaré.

—Nada me has dicho.

—Porque esperaba el resultado.

—Bien, pero...

—El estudiante Andrés Cornejo, á quien hemos supuesto amante, será mañana mio.

—¿Y esperas que ese te diga?...

—Todo, porque ya conozco su flaco.

—Esplícate.

—El tal estudiante gusta demasiado del buen vino y aun del malo; pierde facilmente la cabeza, y cuando está embriaga do le dá por contar todo lo que sabe, y descubre

cualquier se creto al primero que le pregunta.

—¿Como has podido saber eso?

—Por uno que ha sido su condiscípulo y camarada y me debe el pan que come, porque yo pedí á vuestra majestad un empleo para él. Es hombre agradecido, no puede pagarme de otra manera el favor, y me ha dado la llave de la discrecion de Cornejo.

—¿Y para llevar á cabo tu plan?...

—Mañana almorzaremos los tres reunidos y no se economizarán las botellas.

—Pero habrá de enterarse el amigo...

—No, porque está conforme en dejarnos solos en el momento oportuno.

—Bien, Hernando, bien.

—Y apenas sepa lo que deseo, iré á decírselo á vuestra majestad.

En esto llegaron al postigo del convento y dejaron de hablar.

Felipe IV sacó la llave y abrió.

Luego hizo salir de la litera á su hija, dándole el brazo para que se apoyara á la vez que le decia:

—¿No me habeis preguntado qué convento os destinaba?...

—Cuando vuestra majestad no me lo ha dicho, tendria razones poderosas para callarlo.

—Vais á entrar en el monasterio de Santa Clara, vulgo *Descalzas Reales*.

—Bien, señor.

—Aquí se goza de ciertos privilegios otorgados por mis augustos abuelos, que en paz descansen...

—Eso importa bien poco,—replicó la jóven:—la casa de Dios no puede ser por privilegios de los reyes mas honrada que ya lo es por su santidad.

El rey no contestó.

Entraron en el convento y se cerrró el postigo, guardando el monarca la llave.

Cuando pasaron la segunda puerta y adelantaron un poco, dijo el rey al escudero:

—Hernando, espérame por aquí.

—Bien, señor.

—Observa si alguna monja pasa ó cruza, pero sin alejarte mucho de este sitio; y si por desgracia te descubriesen, no habiendo otro remedio, dí la verdad, que vienes acompañándome, y que den parte á la abadesa.

El monarca y su hija se alejaron llevándose la linterna.

CAPITULO LXIV.

De cómo el escudero varió el plan de campaña.

—¡Vive el cielo!—dijo Hernando mientras se alejaba el monarca con su hija.—No he pensado en que me quedo á oscuras, lo cual me imposibilita de observar como me ha mandado el rey. Los seguiré, pues, guiado por la claridad que llevan tras sí, y veré si en alguno de esos pasillos ó galerías próximas encuentro luz, que no será difícil que haya algun farol.

Hízolo así Hernando, y aun cuando él caminaba en medio de la oscuridad, pudo seguir adelante, dirijiéndose á la claridad que esparcia la linterna.

Así llegó al final del pasillo, sin cuidarse de recatar el rostro, pero sí de que no sonasen sus pasos, cuando al desembocar en la galería próxima chocó su cuerpo con el de otra persona que no debia estar parada, sino cruzar en aquel momento por allí, segun se deducia de la violencia del choque.

Ni uno ni otro pronunciaron una palabra ni dejaron escapar el mas leve grito ni exclamacion á pesar de la sorpresa de am-

LÁMINA 14.—Hernando dejó ver tambien una daga de tan buena punta como la del aparecido.

bos; pero se detuvieron, quedaron inmóviles un instante como si meditaran lo que debian hacer, y luego esparciéronse los rayos de una luz bastante viva, que fueron á dar de lleno sobre el rostro de Hernando.

La luz era de una linterna que un hombre habia sacado de debajo de su ferreruelo con la mano izquierda mientras que con la derecha levantaba una daga desnuda y reluciente.

No era posible conocerlo porque bajo el embozo ocultaba la cara.

Hernando dejó ver tambien una daga de tan buena punta como la del aparecido, mientras que con la siniestra mano, colocada en la frente á modo de visera, evitaba que los rayos de luz hiriesen sus ojos.

Hubo otro segundo de completa inmovilidad y silencio, pasado el cual, el de la linterna ocultó la daga y bajó el embozo de su ferreruelo.

Era, como habrán adivinado nuestros lectores, Felipe Augusto.

—¡Vive el cielo!—exclamó Hernando en el colmo de su sorpresa.—¡Vos aquí!...

—¿Y vos?—replicó el barbero.

—Vengo con el rey.

—Al rey esperaba yo.

—Os lo diré luego... Van á perderseme,—dijo el mancebo dando un paso para alejarse.

—Deteneos.

—Ya sé que son...

—¿Para qué quereis seguirlos?

—Para saber el camino de la celda de doña Isabel...

—Eso es cuenta mia...

—Pero...

—Ante todo es preciso salvar á mi hijo, y para ello os envia sin duda el ángel de su guarda.

—¡Señor Hernando!...

—No podemos perder un instante,—repuso precipitada-

mente el escudero.—El rey volverá á casa de doña Margarita...

—Lo que habia previsto el de los anteojos.

—Sí, y es preciso que el rey se convenza de que no hay semejante plan de rapto, porque sino quedaria en una posicion muy falsa doña Isabel, que ha negado, con una entereza admirable y ha dominado heróicamente la crítica situacion en que su padre la ha puesto. Dios sabe lo que la infeliz habrá sufrido, y es preciso pagarle á costa de cualquier sacrificio.

—¿Qué hay que hacer?

—Avisar á Felipe que, como sabeis, estará hasta las doce en punto en la taberna.

—¿Nadie hay á la puerta del convento?

—Los conductores de la litera, que segun lo que ya han visto, no estrañarán que salga un hombre.

—Voy á la taberna...

—Probablemente encontrareis en el camino á Felipe...

—Mejor.

—Os advierto que vuestro tio ha quedado por órden del rey de vigilante á la puerta de la casa de doña Margarita.

—¡Canuto!...

—Sí.

—¡Miserable, traidor!... No se equivocó el de los anteojos... Tendrá su merecido.

—Corred...

—No pierdo un instante,—dijo Felipe Augusto.

Y se alejó apresuradamente, llegando en pocos segundos al postigo y abriendo, saliendo y volviendo á cerrar por fuera sin hacer ruido y con pasmosa lijereza.

Como habia dicho Hernando, los litereros no se movieron porque no estrañaron la salida de un hombre y habian comprendido que aquella era noche de intrigas y aventuras y no tenian que hacer mas que oir, ver y callar.

No habia andado Felipe Augusto cuarenta pasos cuando dieron las doce.

El esquilon del convento interrumpió el silencio de la noche con su metálico y vibrador sonido.

—¡Ah!—exclamó Felipe.—Ahora saldrá de la taberna; pero yo llegaré antes, porque estoy mas cerca y correré.

Y redobló el paso, ó mejor dicho, bajó casi corriendo hácia el arroyo del Arenal y entró sin detenerse en la calle de Bordadores.

Al llegar frente á la casa de doña Margarita, miró á la derecha y vió el bulto de un hombre.

—Ese es Canuto,— dijo para sí.—¡Oh!... ¡Ha sorprendido mi secreto como un villano!...

Siguió el mancebo sin detenerse, pero tranquilo ya, porque la presencia del peluquero le probaba que Felipe no habia llegado.

—Allí parece que hay un bulto... se mueve... se acerca... Debe ser él.

Era efectivamente un hombre que se acercaba.

Al encontrarse ambos, el barbero sacó la linterna y estorbó el paso al otro.

—¡Vive Dios!—exclamó el recien llegado.—¡Atrás!...

Y presentó la punta de su tizona.

—¿No me conoceis?—dijo Felipe Augusto.

—¡Ah!—exclamó sorprendido Felipe.

—Volveos...

—¡Que me vuelva!...

—Sí.

—Han dado las doce...

—Ya es tarde...

—¡Oh!... ¿Qué decís?

—Doña Isabel está en el convento.

—¡Dios mio!—exclamó el hijo de Hernando con acento de desesperacion.

—Preciso es que nos alejemos de aquí...

—Pero...

—Ha sucedido lo que se temia, y ahora debemos evitar que

el rey os sorprenda, haciéndole así creer que lo han engañado al descubrirle nuestro plan.

—¡En el convento!...

—Iremos allí por ella...

—¡Oh!... ¿Qué me importa el rey?

—Os importa disimular para que no se prevengan y nos burlen segunda vez.

—¡Vive Dios!... Os juro que en este momento me dejaria matar con alegría...

—Vamos...

—¿Pero estais seguro de que Isabel?...

—Vengo del convento.

—¡Oh!...

—La he visto entrar con el rey...

—Pronto saldrá conmigo ó perderé la vida en la empresa.

—Triunfaremos, sí, pero entre tanto, calma y prudencia.

—Pero esplicadme...

—Muy poco puedo deciros...

—No importa.

—Vamos á la taberna y allí hablaremos.

—Vamos, sí, puesto que nada podemos hacer.

—El señor Hernando os referirá despues cuanto ha sucedido, porque ha estado presente.

—¡Hernando!

—En el convento se queda, esperando á que el rey entregue su hija á la superiora.

—Me sorprendeis...

—Y no tardarán en salir, porque han dado las doce y su majestad sabe que á esta hora debíais ir á casa de doña Margarita para llevaros á doña Isabel, segun estaba covenido.

—¿Pero quién ha sido el traidor?

—Nos ha vendido un miserable...

—Su nombre¡Oh! su nombre.

—Preguntádselo al de los anteojos verdes que todo lo sabe.

—¡Dios mio! —exclamó Felipe.—¡Dadme resignacion para sufrir y fuerzas para luchar!...

—Señor Felipe, vamos, que aquí no hacemos nada mas que esponernos á empeorar la situacion.

Los dos jóvenes, unidos por el infortunio y la amistad, se alejaron calle arriba y á buen paso.

Entre tanto el monarca salia del convento, donde no permaneció todo el tiempo que hubiera deseado, porque temió llegar tarde á casa de doña Margarita.

CAPITULO LXV.

Donde se convencerá el lector de que la fortuna era muy inconstante con Canuto.

La escena que tuvo lugar entre el rey, su hija y la abadesa, fué breve, como hemos indicado, ya porque el monarca no podia perder mucho tiempo, ya porque Isabel, con su aparente frialdad, no dió ocasion para que se dilatase la conversacion.

La superiora esperaba aquella noche tambien á la puerta de su celda.

—Madre,—le dijo el monarca, presentándole á la jóven,—aquí teneis el precioso depósito que confio á vuestro cuidado.

Isabel se inclinó, besó respetuosamente la descarnada mano de la monja, y volvió á enderezarse con mas dignidad, con mas altivez que nunca, y sin pronunciar una palabra.

Contemplóla por algunos instantes la noble anciana, y cuando estuvieron dentro de la celda, dijo:

—Hija mia, venís á la santa mansion de la paz. Aquí no llega el ruido de la mundanal agitacion; aquí se pasa la vida amando á Dios y rogándole que mire con misericordia á las débiles criaturas que le ofenden cada instante como hijos desnaturaliza-

dos. Las pasiones que devoran á la humanidad, no penetran en este sagrado recinto, y solo la llama de la fé y amor al Señor de cielos y tierra se siente arder en el corazon.

—Lo sé, madre,—respondió Isabel.—Este es el sepulcro de todos los sentimientos, y con lágrimas se riegan los cipreces y flores que le dan sombra.

La frente de la abadesa se contrajo.

—Doña Isabel,—dijo el rey,—pensad...

—Señor,—replicó la jóven,—he dicho lo que para mí es: yo he venido á olvidar y llorar.

—Llorar por vuestras culpas y las de vuestros hermanos es vuestro deber: olvidar las vanidades del mundo será vuestra felicidad, la única felicidad que hay en la tierra, que es la de la paz del alma. Ahora, con el recuerdo de vuestras desgracias recientes, vivo aun el sentimiento de todas vuestras afecciones, no gozareis de toda la dicha que os ofrece este sagrado lugar donde el único pensamiento es Dios, donde no hay recuerdos que atormenten por lo pasado, ni pasiones que agiten por lo presente, ni temores de lo porvenir.

—No me atormentan mis recuerdos,—dijo Isabel;—la agitacion de las pasiones no ha sido ni será en mí mas que la sonrisa de mis ensueños, y en cuanto á lo porvenir, estoy tranquila porque confio en la justicia de Dios: el pecador pagará su pecado, recibirá el justo su premio, y la verdad triunfará.

Felipe IV palideció.

—Advierto,—dijo la abadesa,—un no sé qué de mundanal y amargo en vuestras palabras...

—¿Son nunca dulces los dolores?

—No, pero...

—En cuanto al mundo, lo amo y lo amaré, porque en él dejo afecciones que no pueden borrar se jamás de mi corazon.

—¡Afecciones!

—Mi madre,—replicó Isabel con alguna severidad.

—No os he aconsejado que la olvideis.

—Si aquí vengo, señora, es porque el mundo, ni compaende mis dolores ni los respeta.

La anciana miró al rey como si le preguntase:

—¿Qué clase de novicia me traeis?

—Doña Isabel,—dijo el monarca,—pensad solamente en que pronto sereis esposa de Jesucristo.

—¿Acaso,—preguntó la abadesa,—no habeis venido por vuestra voluntad?

—Yo he rogado á su majestad que apresurase mi entrada aquí.

—Pero si luego os habeis arrepentido...

Isabel sonrió desdeñosamente y respondió:

—Eso aseguran los que me calumnian; pero yo les he contestado, dando á su majestad las gracias porque no ha dejado para otro dia mi clausura. Amo el mundo, buena y respetable madre, pero anhelaba venir aquí para llorar sin testigos que me lo estorbasen y para quitar á mis enemigos toda ocasion de amargar mis dolores con sus miserias.

—Vuestros enemigos son los mios,—dijo el monarca.

—Perdónelos entonces vuestra majestad como yo los perdono.

—¡Oh!... ¡Si me han engañado!...

—Señor,—interrumpió Isabel,—pocos minutos deben faltar para las doce que es la hora señalada...

—Bien, bien,—replicó el monarca con alguna turbacion.—Ya os dejo...

—¿Veré mañana á mi madre?

—Teneis mi licencia para siempre, y puede vuestra madre venir á cualquiera hora de las que os dejen libre los ejercicios religiosos.

—Gracias, señor.

—Buena madre,—repuso el rey,—os recomiendo que seais indulgente con mi hija porque ha sido bastante desgraciada, sufre mucho, y á su edad el dolor suele arrebatar la mente y producir el desden y la amargura.

Dieron las doce y la jóven se estremeció ligeramente.

—Madre,—repuso el monarca,—desearia que concluyésemos la conversacion que tenemos comenzada desde el otra dia, pero no puedo detenerme, volveré mañana.

—Señor,—dijo Isabel con tanta seguridad como si nada tuviese que temer,—yo tambien quisiera que vuestra majestad no perdiese un instante en volver junto al balcon que encontró abierto, porque es preciso que triunfe la verdad.

No podia rayar mas alto el atrevimiento de la jóven. Sabia que Felipe no dejaria de ir por ella, y sin embargo daba prisa á su padre con tanto empeño como si nada tuviera que temer.

Felipe IV se despidió de la abadesa, bendijo á Isabel y se alejó apresuradamente.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó á Hernando que estaba inmóvil y apoyado contra la pared.

—Ninguna, señor,—contestó el escudero.—Me pareció haber oido poco despues de quedarme solo andar por esa parte, pero no tengo seguridad...

—Alguna monja...

—Sin duda.

—Vamos.

—Ya han dado las doce, señor.

—Si Felipe ha sido puntual...

—No se habrá descuidado.

—Afortunadamente Canuto está de observacion, y aunque no sirve para resistir á nadie, me dirá al menos lo que haya visto.

—Mucha es mi impaciencia por saber si han engañado á vuestra majestad.

—Empiezo á dudar, Hernando.

—¡A dudar!...

—Sí, porque mi hija muestra grande empeño en que yo vuelva á su casa, cuando era natural que procurase estorbármelo si temiera que yo sorprendiese á Felipe.

—Esa niña,—dijo el escudero para sí,—tiene mas valor que su abuelo Cárlos V.

Llegaron al postigo y salieron.

—Volveos á palacio,—dijo el rey á los conductores de la litera.

Y luego añadió dirigiéndose á Hernando.

—Aprisa... mas aprisa... así.

Pocos momentos tardaron en llegar á casa de doña Margarita.

—¡Atrás!—exclamó con firmeza Canuto, que por darse los aires de valiente fingió no conocer á los que llegaban y presentó la punta de su tizona.

—Quieto,—dijo el monarca.

—¡Ah!... perdone vuestra majestad, pero no lo habia conocido.

—Bien, bien...

—No me he movido de aquí.

—¿Ha venido alguien?

—No, señor.

—¿Ni siquiera ha pasado una sola persona?

—Eso sí.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, señor; ni se detuvo ni volvió la cabeza hácia este lado.

—¿Iba de prisa?

—Bastante, y creo que ni aun ha reparado en mí.

—Es decir, un transeunte cualquiera...

—Ni mas ni menos, señor.

—Llama, Hernando.

Obedeció el escudero y la puerta se abrió algunos instantes despues, volviendo á aparecer doña Margarita.

—Señora,—le dijo el monarca,—olvidé deciros que os acostáseis, porque ya sabeis que ahora no vengo mas que á esperar, y aunque me es grata vuestra compañía, prefiero sin embargo que descanseis.

—¡Descansar sin saber si mi hija me engañaba!

—Es verdad...

—¡Ah!... Subid, señor. Las doce han dado...

—Ya sé que nadie ha venido; pero aguardaré.

Entonces no se quedó á la puerta Canuto, porque su presencia hubiera estorbado quizás que Felipe se decidiese á escalar el balcon.

Los cuatro entraron en el salon.

Sentóse el monarca y á su invitacion doña Margarita.

Canuto y Hernando, á distancia respetuosa, permanecieron de pié.

Doña Margarita no pronunció una palabra, pero de vez en cuando corrian por sus pálidas megillas algunas lágrimas.

Felipe IV cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó absorto en sus meditaciones.

Reinó un silencio profundo.

Ni en la casa ni en la calle se percibia el mas leve rumor.

Solo la respiracion de aquellas cuatro personas, desigual y agitada, daba indicios de que allí hubiera seres vivientes.

El menor ruido de esos que suelen oirse en las altas horas de la noche, y cuya causa no puede nunca averiguarse, hacia que todas las miradas, menos la del escudero, se fijasen en el balcon.

Escepto Hernando, los demás sufrian mucho en aquellos momentos.

Canuto empezaba á temer que lo hubiese engañado el de los anteojos, en cuyo caso su fortuna recibiria un terrible golpe.

El monarca comprendió que empezaba á hacer un mal papel: su posicion, mas que nada, iba siendo ridícula, y su dignidad de rey, y su amor propio de hombre, estaban horriblemente atormentados.

Gozábase el escudero en su triunfo y lo saboreaba con doble placer porque le allanaba el camino para vengarse del peluquero.

Doña Margarita empezaba á tranquilizarse.

La campana de un relój de péndola que habia en el aposento anunció las doce y media, y su sonido produjo un efecto mágico en el rey.

—¡Oh!—murmuró con voz reconcentrada por el enojo.

Y se contrajo su frente, enrojecieron sus megillas y brillaron sus ojos.

El peluquero tembló como un azogado.

La boca de Hernando se dilató y sus lábios se entreabrieron como si fuera á sonreirse.

Doña Margarita exhaló un suspiro.

Volvió á reinar el mismo silencio.

Pasó un cuarto de hora.

Ni se sintieron pasos ni otro ruido en la calle.

A pesar de que aquella noche era el calor sofocante, Canuto temblaba dando diente con diente, como si tuviese frio, y no cesaba de agitar su larga nariz.

El escudero tuvo que esforzarse para no soltar la carcajada.

No podia ser mas cómica la situacion.

Dió la una.

Felipe IV se levantó como impulsado por un resorte, se asomó al balcon, escuchó y miró; y como nada oyese ni otra cosa que tinieblas se presentase á sus ojos, dijo:

—En vano es esperar... ¡Oh!... ¡Me han engañado!...

Un sudor copioso y frio bañó el cuerpo de Canuto y por algunos instantes huyó la luz de sus ojos. Su descomunal nariz se movió con una velocidad inusitada.

—Señora,—repuso el monarca,—perdonadme.

—La intencion de vuestra majestad,—contestó la dama,—es digna de elogio; si os han engañado...

—Peor para el que lo ha hecho,—replicó el rey.—Podeis ver á vuestra hija cuando os plazca: en el convento de las Descalzas Reales está.

—Gracias, señor.

—Descansad, y que el cielo os guarde...

—Dios dé larga vida á vuestra majestad.

—Vamos, Hernando. Seguidnos, señor Canuto.

Este no acertó á moverse en algunos instantes; habia caido en desgracia con el rey, como se lo probaba el que este le llamase señor.

Cuando aquellos tres hombres estuvieron en la calle, se detuvieron y volvieron á escuchar, pero nada oyeron.

—Idos, —dijo el rey á Canuto.

—Señor, —balbuceó el infeliz peluquero.

Pero no pudo seguir hablando, porque el monarca le volvió la espalda y se alejó con el escudero, preguntándole:

—¿Qué te parece lo que ha sucedido?

—Señor, un chasco pesado.

—¡Y yo, como el mas vulgar de los intrigantes, esperando y teniendo que pedir perdon despues de sufrir semejante burla!

—Puede haber sucedido...

—¡Faltar Felipe á la cita!...

—Parece imposible.

—Gravísimo inconveniente habia de tener...

—Yo lo sabré antes que llegue el dia.

No sucedió como antes: entonces hablaron poco, y llegando á palacio, quedó en su cámara el rey, y Hernando salió para ir á la taberna de Marcelo.

CAPITULO LXVI.

Cañete sigue dando disposiciones.

No fué Hernando el último que llegó á la taberna, pues tuvo aun que esperar buen rato al doctor Cañete, que no se mostró muy satisfecho del giro que se habia dado á la intriga.

Alegó el escudero las razones que tenia, siendo la mas poderosa lo justo que era dejar en buen lugar á Isabel que con tanta firmeza y serenidad habia negado y acusado al peluquero.

—Ya sabeis,—replicó el doctor,—que todo estaba previsto, y el señor Felipe tenia las instrucciones necesarias para el caso en que nuestro plan hubiera sido descubierto y al entrar por el balcon, el rey lo sorprendiera. Poco importaba dejar en buen lugar á doña Isabel; lo que interesaba mucho era conseguir nuestro deseo, y es menester que sepais, señor Hernando, que ese triunfo con que os envaneceis, puede entorpecernos para lo sucesivo. Pero como ya lo hecho no puede deshacerse, es en vano que gastemos el tiempo en discurrir sobre si se obró con acierto

ó sin él. Sírvaos, pues, de gobierno para lo sucesivo, en la inteligencia de que soy tan prevenido que cuando ni aun remotamente puede sospecharse una desgracia, me preparo á combatirla por si viene. Y vos, señor Felipe, que estais ahí entregado al dolor y á la desesperacion, nada temais; doña Isabel será vuestra, os lo he prometido y lo cumpliré.

—Perdonadme, caballero,—replicó tristemente el jóven;—dudo...

—Así os atormentareis; pero si en ello os empeñais, sea como os plazca, que para vos haceis. Estamos en los momentos mas críticos, la menor torpeza, el mas leve descuido puede ser causa de nuestra perdicion, y por eso conviene, mas que dejarse ofuscar por la desesperacion, aguzar el ingénio Antes de ocho dias iremos al convento...

—¡Oh!...

—Y de allí saldreis con Isabel y algo que os interesa mucho.

Felipe miró á Cañete con sorpresa.

—Basta por hoy,—repuso el doctor.—Diré al señor Hernando cuatro palabras y nos iremos á descansar.

Todos guardaron el mas profundo silencio.

—Mañana,—añadió el médico,—recibirá la señora condesa al rey.

Felipe Augusto palideció, su frente se contrajo y fijó en Cañete una mirada penetrante.

—¡Oh!—murmuró.—¿Y sobre ese punto tendreis inconveniente en esplicaros?

—No puedo deciros mas sino que es preciso que el rey sufra una contrariedad que le atormente mucho, que sienta herido su amor propio, se desespere y arda en deseos de vengarse ó castigar, segun el nombre que él quiera darle, á los que le hayan ofendido.

—¿Pero tiene eso relacion alguna con nuestro amigo el señor Felipe y doña Isabel?

—Tanta tiene que sin que suceda no saldrá del convento la hija del monarca.

—No comprendo...

—Ni tampoco importa, —replicó Cañete. —Además, si lo que vos, señor Felipe Augusto, anhelais con tanto afan como el amor de la condesa ha de conseguirse, preciso es que el rey vaya á casa de doña Ana y encuentre quien le estorbe el paso.

—Es,—replicó Felipe Augusto,—que no respondo de mí en tales momentos, porque ver frente á mí al rival que intenta robarme lo único que poseo en el mundo, lo único que puede hacerme feliz...

—No os darán tiempo á que derrameis la sangre de su majestad, porque antes...

—Habrá de medir, su acero conmigo,—dijo Hernando.—Yo acompañaré al monarca, y además una tropa de corchetes nos seguirá y os echará mano en seguida.

—Ya veis pues que no hay peligro.

—Mañana,—repuso el escudero,—os diré del modo que debeis conduciros para escapar á los alguaciles.

—Pero despues...

—Una de dos,—dijo Cañete;—ó su majestad temeroso del escándalo, se volverá á palacio sin ver á doña Ana, ó esta, que ya tendrá mis instrucciones, hará de tal manera que no queden al rey ganas de nuevas visitas.

—Caballero,—replicó severamente Felipe Augusto,—vamos á jugar con lo que hay de mas sagrado en la tierra para mí.

—Descuidad: os digo lo mismo que al señor Felipe; doña Ana será vuestra, y antes de ocho dias...

—¡Oh!—interrumpió el barbero.—Acordaos de la aventura de la plazuela de las Descalzas...

—No la olvido.

—La promesa que entonces me hicisteis...

—La cumpliré.

—Tal espero...

—Aunque no sea mas que por miedo á vuestra espada,—repuso Cañete con acento burlon.

—Sed generoso...

—Aun no me conoceis.

—Ahora,—dijo Hernando,—será preciso avisar á la señora condesa para que no espere á doña Isabel.

—En este momento dormirá tranquilamente.

—¿La habeis visto?

—Sí,—contestó el doctor.

—¿Pero sabiais?...

—¿El resultado de vuestro plan? Sí.

—¿Dónde habeis estado? ¿Cómo habeis podido averiguar?...

—He estado en todas partes: en la calle de Bordadores, en el convento, en palacio, y últimamente seguí á Canuto hasta dejarlo en su casa, yendo despues á la de doña Ana.

—¡Oh!...

—El infeliz peluquero no dormirá esta noche. A cada paso que daba se detenia, lamentándose en voz alta de su mala ventura y pidiendo al cielo ayuda para salir del apuro en que se encontraba.

—Buen sermon me espera,—dijo Felipe Augusto.

—Al contrario, creo que os recibirá mas amistosamente que nunca.

—Lo dudo.

—Veremos quién acierta.

—Bien,—dijo Hernando, que entonces no pensaba mas que en su venganza y queria meditar sobre ella.—Quedamos de acuerdo...

—Sí.

—Entonces lo mas prudente será que nos separemos.

Los sucesos de aquella noche habian hecho tal impresion en el ánimo de Felipe, que tras el primer arrebato de su desesperacion, cayó en una languidez completa, mostrándose indiferente á cuanto veia y oia. Como saben nuestros lectores, estas alternativas eran muy frecuentes en el enamorado mancebo, impresionables en demasía, porque en una hora, en pocos minutos y á veces en un instante solia gastar todas las fuerzas de su espíritu.

Felipe Augusto, mas que por conveniencia estaba interesado por amor propio en los amores de Isabel, pero no hasta el punto de desesperarse.

Hernando estaba preocupado con la idea de su venganza que queria llevar á cabo por sí solo y en secreto, temeroso de que se opusiera el de los anteojos verdes por alguno de los motivos reservados que le impulsaban á hacer en aquella intriga un papel tan importante.

Esto esplica el que despues de sucesos tan graves como los que acababan de tener lugar, y esperándose otros mas graves aun se separasen aquellos hombres con tanta calma, indiferentes y sin dar muestras de lo que sufrian mas que en lo taciturno de sus rostros.

Cada cual tomó el camino de su vivienda.

Hernando dirijió á su hijo algunas palabras de consuelo.

El doctor revolvió una y otra vez en su mente el complicado plan de su intriga.

Felipe Augusto quedó sorprendido al entrar en su casa y ver cómo el peluquero lo recibia tan cariñosamente, que ni un padre el mas tierno hubiera podido competir con él. Empero el jóven recibió con frialdad las dulces palabras de Canuto, y aun dió muestras de que le enojaban.

—¡Ah!—exclamó el desdichado Canuto cuando estuvo á solas con su dolor.—¡Con cuanta indiferencia me recibe el ingrato! No piensa que si aquella noche inolvidable no lo hubiera socorrido mi generosidad, habria muerto helado en la calle de Milaneses junto al guarda-canton, testigo de mi proceder noble y cristiano. Se recoge á la madrugada, no le pregunto de dónde viene y además lo recibo con la ternura de un padre, y sin embargo, me trata con desden, me mira de reojo y me deja con la palabra en la boca. Sin duda presiente que muy pronto será conde, quizás duque y grande de España. ¡Cómo ciega la vanidad!...

Sacudió el peluquero su descomunal nariz, se dejó caer en una silla y quedó inmóvil por espacio de media hora, al cabo de la cual, y aunque no creia poder conciliar el sueño, pensó acos-

tarse siquiera por dar á sus descarnados huesos algun descanso.

No puede caber duda que Canuto era tan mal aventurado como feo.

A desabrocharse el jubon empezaba, cuando oyó que llamaban á la puerta de la casa con recios golpes.

—¿Quién puede ser á estas horas?—dijo sorprendido.—¿Me amenazará alguna desgracia y vendrá el de los anteojos á avisarme?

Felipe Augusto, lo mismo que la vieja Marcela, dormia profundamente.

El pobre Canuto no tuvo mas remedio que asomarse á la ventana para preguntar quién era.

CAPITULO LXVII.

De cómo la noche acabó para Canuto peor que habia empezado.

—¿Quién llama?—preguntó el peluquero sin atreverse á sacar del todo la cabeza.

—Abrid,—respondieron desde la calle.

—¡Abrir!... ¿Pero á quién?

—¿No me conoceis? Sin duda como he corrido y la fatiga me ha puesto algo ronco...

—Así parece...

—Su majestad os espera...

—¡Su majestad!—exclamó Canuto, estremeciéndose.

—Me vuelvo á palacio: si quereis que vayamos juntos, bajad pronto.

—Al momento,—dijo el peluquero, que fingió conocer al que estaba en la calle por no confesar lo que él creia su torpeza, aunque no habia tal, pues que realmente, nunca habia oido la voz de aquel hombre.

—¿Hay cerca de vos alguien que me escuche?

—No.

—Pues os advierto que, segun ha indicado su majestad, se

trata de un asunto reservado y convendria que nadie supiese que os ha mandado llamar.

—Mi sobrino y la criada duermen, de manera...

—Pues daos prisa.

—¡Dios mio!—exclamó Canuto mientras se ponia la capa y el sombrero.—¿Iré otra vez al calabozo donde pasé aquella noche horrible en que me sorprendieron debajo de la cama del de los anteojos verdes?... ¡Ah!... Seguramente el monarca no ha tenido paciencia para esperar á mañana, y quiere esta misma noche desahogar su enojo, mandando que me encierren en una torre donde pasaré el resto de mi vida. ¡Desdichado de mí!...

Sin que Felipe Augusto ni Marcela se apercibiesen, bajó Canuto, abrió y salió, diciendo mientras cerraba al que habia ido á llamarle y que esperaba parado en la acera de enfrente:

—No direis que os he hecho esperar. Si venís un cuarto de hora despues, me encontrais acostado... Soy vuestro... Vamos.

El que aguardaba, sin responder se dirijió hácia la calle Mayor siguiéndole Canuto.

Empero al doblar la esquina, es decir, antes de haber dado diez pasos, vióse el infeliz peluquero rodeado por cuatro hombres que parecian haber salido de la tierra, y cuatro puñales relumbraron sobre su pecho y su cabeza.

—¡Silencio!—dijo el otro, acercándose y levantando tambien su puñal.—Callad y obedecednos y se respetará vuestra vida.

Como se quedó Canuto, pueden figurárselo nuestros lectores. No era menester que le hubiesen prohibido hablar, porque el espanto le hizo enmudecer y quedar inmóvil y aun sin aliento por algunos instantes.

Temblaba el desdichado, dando diente con diente como si sintiera el frio de una terciana, y parecióle que se habian erizado sus cabellos y que no circulaba su sangre.

Momentos de horrible agonía fueron aquellos para el pobre Canuto. Ni aun para suplicar ó pedir esplicaciones tuvo valor. ¿Y cómo tampoco hablar, habiéndole dicho que si de su boca salia

una sola palabra se hundirian en su pecho aquellos cinco puñales que á la vista turbada del pusilánime Rincon parecieron mas afilados y largos de lo que eran?

—Señor Canuto, —le dijo el que habia ido á buscarlo,—os repito que si obedeceis no se os hará ningun daño; pero si os resistís... entonces... aquí mismo quedareis sin vida.

El peluquero logró al fin exhalar un suspiro.

—¿Me entendeis, señor Rincon?

Este, despues de un supremo esfuerzo, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Bien, os mostrais razonable, y así podremos teneros mas consideracion.

—¿Qué hacemos?—preguntó uno de los cuatro aparecidos.

—Ya lo sabeis.

—¿No se resistirá?

—Ya habeis visto que dice que no.

—Ea, pues, señor Canuto, dejad que os vendemos los ojos.

—Y que le tapemos la boca.

—Basta con taparle los ojos y sujetarle las manos.

—Es verdad, si grita...

—Una puñalada y callará para siempre.

—Señor Canuto,—repuso el que parecia ser el jefe de aquella endemoniada tropa,—nuestro objeto es llevaros á una casa donde os esperan para cierto asunto; pero no debeis saber quien la habita ó se encuentra en ella, y para que no lo averigüeis, se os tapan los ojos, así como para que no intenteis defenderos ni huir se os atan los brazos. En cuanto á la boca, hace mucho calor y os dispensamos la incomodidad de que la lleveis tambien tapada: fiamos en vuestra promesa de no hablar ni gritar, y sobre todo en que nuestros puñales imponen silencio mejor que una mordaza.

El peluquero, como las lagartijas de la fábula, creyó que debia valer mucho cuando se ocupaban de él con tanto empeño, y halagada su vanidad, se consoló, aunque poco, de la desgracia que acababa de sucederle.

Los asesinos practicaron bien pronto su operacion, y el pobre Canuto se encontró sin poder ver ni moverse.

—¿Qué hacemos?

—Vamos, — dijo el jefe, poniéndose á la derecha del peluquero.—Dos delante y dos detrás.

—Bien.

—Ya sabeis que á la menor tentativa de fuga ó al mas leve grito...

—Estamos en ello, —respondieron los asesinos levantando sus puñales.

Canuto sintió que sus fuerzas disminuian considerablemente.

Colocados del modo que habian dispuesto, echaron á andar.

—Aprisa, aprisa,—dijo uno de ellos.

—Pero el peluquero apenas podia dar un paso, se doblaban sus piernas, le faltaba la respiracion y por su rostro corria un sudor abundante y frio.

—¿No habeis oido que mas de prisa? Yo os guio, no tengais miedo de caer.

Canuto exhaló un suspiro débil y penoso, y sacando fuerzas de su misma debilidad, y valor de su agonía, se atrevió á decir:

—Me muero...

Y se detuvo porque efectivamente no podia andar.

—¡Qué os moris por llevar los ojos tapados!

—¡Ah!... No puedo mas...

—No nos engañais con esa treta...

—¡Ah!...

—Ya vereis como recobrais las fueszas cuando sintais sobre el corazon...

—¡Por Dios!—murmuró Canuto con voz tan debilitada que apenas se percibia.

Y vaciló su cuerpo.

—¡Ira de Satanás!—exclamó el jefe cogiendo de un brazo al peluquero y sacudiéndole con brutal rudeza.

Pero el desdichado, sin exhalar una queja ni un suspiro, se tambaleó y hubiera dado con su cuerpo en tierra si los asesinos,

comprendiendo que no era fingimiento, no acudieran con prontitud á sostenerlo en sus brazos.

—¡Vive el cielo!...

—Hemos hecho un negocio redondo.

—Se ha muerto de susto...

—No...

—Se ha desmayado.

—¿Qué hacemos?

—¡Truenos y rayos!...

—Dejémoslo ahí, que no faltará quien lo recoja.

—¡Dejarlo!...

—Y noche perdida...

—Lo llevaremos.

—No pesa mucho.

—Pero si nos encuentran con él...

—¿Quién ha de encontrarnos?

—A estas horas no hay rondas.

—Yo no cargo con ese esqueleto.

—Ni yo.

—Cargareis ¡vive el cielo!

—Es que...

—Si no el demonio cargará con vuestra alma,—replicó el que dirijia.

—Nada se habia dicho de eso...

—Tampoco se habia dicho que lo dejásemos por cualquier inconveniente.

—Es verdad, pero...

—Lo tratado es que quede en mi casa sin hacerle ningun mal.

—Sí.

—Y es obligacion nuestra el hacerlo así.

—Tienes razon.

—Bien puede suceder que á un hombre le dé un desmayo...

—Sobre todo si es tan cobarde como este.

—¿Y por tan poca cosa hemos de abandonar la empresa?

—Y perder la buena ganancia que nos ofrece á tan poca costa.

—Y lo que es peor, confesar que para nada servimos.

—No hay mas que hablar...

—Lo llevaremos.

—Cuanto mas pronto mejor.

—Vamos á parecer enterradores,—dijo uno riendo.

—Es un oficio como otro cualquiera.

—No hay que perder tiempo.

—¡Voto á Satanás!...

Canuto no daba señales de vida.

Tomáronlo entre cuatro, y yendo el quinto delante para observar, se dirijieron hácia la plaza Mayor, la atravesaron en medio del mayor silencio y soledad, entraron por la calle de Toledo y tomaron por Puerta Cerrada para buscar la calle de Segovia.

Cuando llegaron á ella y hubieron bajado como treinta pasos, se detuvieron delante de una casa de apariencia miserable que no tenia mas que un cuerpo.

—¡Vive Dios!... Deciais que no pesaba...

—Será que le sobre de pecados lo que le falta de carne.

—¡Torpes!... ¿No pensais que son las narices las que le pesan?

—Es verdad.

—Silencio,—dijo el jefe.

Y sacó una llave y abrió la puerta de la casa.

Un instante despues la calle volvió á quedar solitaria y silenciosa.

¿Qué iba á ser del infeliz Canuto?

¿A dónde lo llevaban?

¿A quién obedecian aquellos hombres, que como se comprende, estaban vendidos á otro que no se habia presentado?

Procuraremos averiguar la causa de esta nueva desdicha del peluquero, pero entre tanto, el lector tendrá paciencia y nos dejará descansar hasta que venga la luz del dia y prosigamos relatando los sucesos de esta historia.

CAPITULO LXVIII.

De come Hernando vió con sorpresa que otros se habian encargado de vengarle.

A las diez de la mañana el escudero Hernando salió de su casa, y con ánimo resuelto de llevar á cabo su venganza, se encaminó á palacio.

Esperábalo el rey con impaciencia, y al verlo exclamó alegremente:

—¡Ah!... ¡Mi buen Hernando!

—Señor,—dijo el escudero,—aquí me tiene vuestra majestad, triunfante y satisfecho como nunca.

—¿Es decir que has logrado hacer hablar al estudiante Cornejo?

—Y su relato me ha llenado de admiracion, porque no puede imaginarse mayor travesura, intriga mas ingeniosa que la inventada por el barbero para burlarse de mí como lo consiguió.

—Esplícate, Hernando, esplícate.

—Señor, el galanteador de la condesa es el sobrino de Canuto.

—¡El sobrino de Canuto!...

—Ni mas ni menos.

—¿Pues cómo aquella noche que lo seguistes hasta dejarlo por la mañana en su casa, resultó que no era él, sino Cornejo el que habia cantado?

—Pues me engañaron.

—Además, segun pudistes ver, el barbero estaba en la cama enfermo desde el dia anterior, y no habia salido aquella noche.

—Eso es lo que se me hizo creer y lo que referí á vuestra majestad; pero ahora diré lo que verdaderamente sucedió.

—Sí, sí, porque no comprendo eso que parece cosa de brujería.

—El barbero,—repuso Hernando,—salió de su casa, y viéndose perseguido por mí, intentó hacerme perder la paciencia del modo que ya sabe vuestra majestad. No lo consiguió, y entonces fué á casa de su amigo Cornejo y cambió con él de vestido. Embozado hasta los ojos y favorecido además por la poca luz, pues aun no habia amanecido, salió el estudiante y lo seguí creyendo que era el barbero; pero mientras nosotros trepábamos por la cuesta que sube hácia la calle de la Almudena, el sobrino de Canuto, buscando la calle de Toledo, se fué á su casa, dió á su tio noticia del suceso y este representó á las mil maravillás su papel.

—Ahora lo comprendo bien,—dijo el monarca,—y no estraño que de esa manera se burlasen de tí. En verdad que la intriga es ingeniosa. Voy convenciéndome de que el tal barbero no es un enemigo despreciable, pero por esta vez, está perdido. Y en cuanto al peluquero...

—Señor, el peluquero, segun se vé, está enterado de todo y protege esos amores, sin duda con la esperanza de ser rico.

—La avaricia lo pierde.

—Tal vez ignoraria...

—¡Oh!... Canuto no debia ignorar nada; tengo razones poderosas para creerlo así. El traidor me engañaba sin miedo á mi enojo... Pero tendrá su merecido.

—Señor...

—No me pidas compasion para él, —interrumpió el monarca.—No me la pidas porque no la merece. Anoche me obligó á representar un papel ridículo á los ojos de doña Margarita, fué causa de que mi hija se espresase como oistes, y... En fin, muchas cosas mas. Ya teme sin duda el castigo de sus culpas, porque hoy no ha venido á peinarme.

—Si no ha venido, puede asegurarse que está enfermo del susto de anoche.

—No está enfermo, porque han ido á buscarlo y habia salido de su casa antes de amanecer, segun cree su sobrino, pues nadie lo ha visto salir.

—Antes de amanecer y no haber vuelto ni venido á peinar á vuestra majestad...

—¿Te llama la atencion?

—Mucho.

—Se oculta, no lo dudes, lo cual prueba que sus delitos deben ser grandes.

—Sin embargo, salir sin que lo vean y no parecer en ninguna parte..

—La conciencia le grita..

—Perdone vuestra majestad, pero no soy de esa opinion, pues si bien ha cometido una grave falta engañando á vuestra majestad, no es como para huir, haciéndose así mas delincuente. Algo que no sabemos debe haber motivado la conducta de Canuto, y ese algo...

—Preciso es averiguarlo...

—Sí, señor, pero difícil.

—No estará el sobrino tan ignorante como aparenta.

—¿Y se esplicará?...

—De grado ó por fuerza.

—No es fácil engañar al mancebo.

—En fin, algo ha de hacerse, porque yo tambien voy sospechando que el peluquero guarda algun secreto importante.

—Señor, haré cuanto pueda, y para ello, mientras es ho-

ra de visitar á doña Ana, iré á ver al sobrino de Canuto.

—Sí, sí.

—Y segun se presente...

—Bien, Hernando, es buena idea: así aprovechas el tiempo. Vé y vuelve antes de ir á ver á doña Ana.

—Ahora mismo, señor.

—El cielo te ilumine, Hernando.

—Falta me hace para entenderme con el barbero.

—Se me olvidaba preguntarte por mi hijo... ¡Ah!... Tengo la cabeza medio trastornada desde anoche.

—Sin novedad, señor.

—¿No has advertido en su semblante ó sus palabras?...

—Nada absolutamente.

—Estoy convencido de que lo del rapto era una invencion...

—Tal creo.

—No te detengas...

—Guarde al cielo á vuestra majestad.

Hernando salió muy pensativo.

—Aquí hay misterio,—decia para sí mientras caminaba hácia casa de Canuto.—¿En qué podrá estar ocupado el peluquero para faltar á la obligacion de peinar al rey? Veremos. Felipe Agusto me dirá la verdad y yo diré al monarca lo que me convenga, guardando cuidadosamente para todos el plan de mi venganza. ¿No tiene sus secretos el de los anteojos? Pues tambien yo tengo los mios. Voy descubriendo cosas que pueden servirme de mucho; ya sé que Canuto ha sido el delator de nuestra intriga: ¿pero cómo ha podido averiguarlo? ¿Quién entre nosotros ha sido el Judas cuando á todos nos interesa callar?

Muchas reflexiones se hizo el astuto escudero, decidiéndose á obrar por sí y ante sí en aquella ocasion.

Llegó á la vivienda de Canuto, llamó, le abrió la vieja Marcela y preguntó:

—¿Está en casa vuestro amo?

—No está ni puedo deciros á la hora que salió.

—Pero no sucederá lo mismo con su sobrino.

—Dentro lo teneis.

—Quiero verlo.

—Pues pasad adelante,—dijo la vieja.—Aun no hace una hora que se ha levantado, mientras que mi señor antes que amaneciera estaba ya en la calle.

—¿Tan temprano han venido á buscarlo?

—No sé. Yo, como tengo por costumbre, antes que el sol saliese estaba fuera de la cama, pero ya no lo encontre; y lo que mas me ha hecho cavilar ha sido la cama que está tan arregladita como yo la dejé.

—¿Es decir que no se ha acostado?

—No, señor, pero... En fin, no sé lo que sucede de algun tiempo á esta parte: mi amo el señor Canuto, que ha sido siempre un hombre tan arreglado, está desconocido: no hay en esta casa horas de comer ni de dormir, y en cuanto á su sobrino es poco cuanto se diga. Os aseguro que si continúan así dejaré la casa.

La vieja hubiera seguido hablando una hora sino le cortara la palabra el escudero ni la interrumpiera Felipe Augusto que desde adentro gritó:

—Señora Marcela, dadme de almorzar.

—Hernando entró.

—¡Vos aquí!—exclamó el doncel al verlo.

—Sí, amigo mio, aquí me teneis.

—Sentaos y decidme qué pasa. Supongo que ya habeis estado en palacio y...

—Sí,—replicó el escudero,—vengo de allí, pero no á traeros ninguna nueva, sino á que vos me la deis.

—¡Yo!—dijo con estrañeza Felipe Augusto.

—Sí, vos, que algo de particular teneis que comunicarme.

—No os comprendo,—repuso el doncel encogiéndose de hombros.—Aun no hace una hora que me he levantado.

—Lo sé.

—Entonces...

—Me refiero á vuestro tio.

—¿A Canuto?

—Creo que no teneis otro.

—Tampoco os comprendo.

—Pues es muy sencillo.

—Lo será, pero mas bien debia esperar que me habláseis de él puesto que habeis visto al rey.

—Bien, pues por lo mismo que lo he visto vengo á preguntaros para salir de dudas, pues ya comprendereis que el caso es para infundir sospechas.

—Señor Hernando, si quereis esplicaros con alguna claridad os entenderé.

—Me sorprendeis...

—La sorpresa es mia, y tan grande, que dudo si estoy soñando. Me hablais de su majestad y de Canuto...

—Es natural.

—Para vos.

—¿Con que no sabeis lo que quiero decir?

—No.

—¡Señor Felipe Augusto!

—Os digo la verdad,—replicó el mancebo con un tono que no dejó duda á Hernando.

—¡Vive el cielo!—exclamó este.—Os hablo de vuestro tio el peluquero

—Sí, ¿pero qué quereis saber de él?

—He supuesto que apenas os lo nombrase comprenderiais...

—¿Qué?—preguntó alarmado el doncel.

—Que me referia á su desaparicion...

—¡A su desaparicion!—repitió Felipe Augusto.

Y fijó en el escudero una mirada de sorpresa.

—Sí,—repuso este:—desaparicion, fuga ó como quiera llamársele...

—¡Desaparicion!... ¡Fuga!—murmuró el mancebo mas aturdido cada vez.—¡Vive Dios!...

—Supongo que ahora...

—Señor Hernando,—replicó Felipe Augusto con alguna im-

paciencia,—si no estais loco, decidme si yo lo estoy.

—Pero...

—¿Acaso ha desaparecido mi tio?

—Vos lo direis.

—Vos que me dais la noticia.

—¿Dónde está? Respondedme y entonces veremos...

—Canuto está en la calle.

—Eso es verdad, pero...

—Supongo que ahora estará peinando al rey.

—Os he dicho que vengo de palacio.

—Puede haber ido despues.

—Lo dudo.

—¡Oh!... Cada vez os entiendo menos.

—¿A qué hora salió vuestro tio?

—Lo ignoro: yo dormia...

—¿Se lo habeis preguntado á vuestra criada?...

—Sí, pero tampoco lo sabe.

—¿Y no os ha dicho que el señor Canuto no se habia acostado?

—Sí, pero eso no debe estrañarse.

—Tengo para mí que salió poco despues que os acostásteis.

—Bien puede ser, pero ni aun esa circunstancia tiene para mí un significado...

—¿Pero no os llama la atencion el que no haya ido todavía á peinar al rey?

—Es estraño...

—Faltar á semejante obligacion...

—Por primera vez desde que es peluquero de su majestad.

—Eso no lo hubiera hecho sin un motivo muy grave.

—Acabareis por hacerme sospechar...

—No tengais duda.

—¡Oh!—murmuró el mancebo.

Y quedó pensativo.

—Señor Felipe Augusto,—dijo Hernando,—vuestro tio ha tenido miedo al rey.

—Puede ser...

—El chasco que por su causa llevó anoche su majestad...

—No es, sin embargo, para temer un castigo de tal naturaleza que obligue á un hombre honrado á dejar su casa y huir.

—Pero sabeis lo que es Canuto...

—Sí, sí...

—Y su imaginacion, que se exalta fácilmente...

—Habrá visto encierros y cadenas...

—Tal vez una horca.

—¡Pobre Canuto!

—Y tal vez su conciencia le acuse de alguna falta grave que ignoremos y tema que se descubra.

—En cuanto á eso os aseguro que no: el mayor crímen que ha cometido en su vida es el de haberse dejado seducir por unos y por otros en esta intriga sin saber lo que hace.

—Poco es eso.

—Muy poco para cualquiera, pero mucho para mi tio.

Hernando meditó.

—¿Habeis visto,—preguntó,—si se ha llevado ropa, ha dejado algun aviso por escrito, ó hay cualquiera otra señal que certifique nuestras sospechas?

—No, pero fácilmente podemos verlo.

—Sí, sí.

Hernando y Felipe Augusto entraron en la alcoba del peluquero, lo examinaron todo, todo lo registraron, pero nada vieron que hiciera sospechar una fuga.

—Creo,—dijo el doncel,—que nos equivocamos.

—Aquí nada indica...

—Para abandonar su casa se hubiera provisto de ropa, siquiera la mas precisa, y nada falta.

—Es verdad.

—Papeles, todo está aquí...

—Entonces...

—Comienzo á creer que le ha sucedido alguna desgracia.

—¡Oh!...

—Esperemos, pues, y si no vuelve ni va á palacio, abriremos el cajon donde guarda el dinero.

—Suspendo mi juicio.

—Es lo mas prudente.

—Pero entre tanto no me esplico el por qué no se ha acostado y á dónde ha ido antes de amanecer.

—Tampoco me lo esplico yo.

Volvieron á quedar silenciosos y pensativos el escudero y Felipe Augusto.

—No hay mas que esperar,—dijo este al fin.

—Vuelvo á palacio.

—Yo me quedo.

—Si dentro de una hora no ha parecido el señor Canuto ni yo, será que ninguna noticia tengo de él.

—¿Y entonces?

—Nos veremos para determinar.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—Bien.

—Y al mismo tiempo os esplicaré mi proyecto para la noche...

—Sí.

—Pues que el cielo os guarde.

—Y á vos tambien.

Salió Hernando.

Felipe Augusto quedó en estremo pensativo.

—¿Qué significa esto?—dijo.—Canuto no se ha fugado porque no tenia motivo para ello, y además, se hubiera llevado alguna ropa. Sospecho que habrá ido á ver á esa persona de quien recibe instrucciones, segun me dijo el de los anteojos. ¿Pero cómo no ha vuelto ni ha ido á peinar al rey? No tengo duda, le ha sucedido alguna desgracia.

Volvió el doncel á meditar y luego repuso:

—Esperaré una hora, segun he convenido con el escudero, y si no vuelve entre tanto Canuto, iré á ver al hombre de los anteojos, que como todo lo sabe, me esplicará este enigma.

Hernando, mientras se dirijia al alcázar, iba tambien diciendo para sí:

—Nada sabe Felipe Augusto, estoy convencido; y en cuanto á su tio, ¿por qué ha desaparecido? No se ha fugado, porque se hubiera prevenido mejor... ¡Oh!... Será preciso creer que le ha sucedido alguna desgracia, porque de otro modo no hubiera dejado de ir á peinar al rey. Lo que no adivino es por qué salió de su casa sin haberse acostado y tan sigilosamente.

El escudero redobló el paso.

—No tengo mas que una hora, —añadió,—y en este tiempo he de ver á su majestad y á la condesa, y hacer algunas averiguaciones sobre Canuto... ¡Oh!... El hombre de los anteojos me sacará de dudas, porque como todo, tambien sabrá lo sucedido con el peluquero. No sé quién se habrá encargado de vengarme... Sin embargo, no deseo que le haya sucedido una desgracia á ese pobre diablo: no llega á tanto mi rencor ni he querido mas que ponerlo mal con el rey para que no pueda hacer daño á mi hijo.

Hernando llegó sudando al alcázar, subió de dos en dos los escalones y se dirijió á la cámara real mientras decia para sí:

—Me falta averiguar quién dió á Canuto noticia exacta de nuestro plan de anoche. Su majestad parece que guarda reserva sobre este punto, y en cuanto al de los anteojos, estoy convencido de que no lo ignora.

CAPITULO LXIX.

Hernando empieza á sentir la desaparicion de Canuto.

—¿Qué has sabido?—preguntó el monarca á su escudero apenas lo vió entrar.

—Nada, señor.

—¡Oh!...

—¿No ha venido Canuto?

—No.

—Es estraño.

—¿Pero has visto al sobrino?

—Lo he visto, pero le sucede lo mismo que á mí.

—¿Te engañará?

—Seguro estoy de que no.

—Cuidado, Hernando...

—Le ha sorprendido la noticia...

—Fingimiento.

—Repito á vuestra majestad que no.

—Bien, ¿y qué opina?

—Que le ha sucedido á su tio alguna desgracia.

—¿Qué clase de desgracia?

—Una de las que todos los dias se cuentan.

—¿Cree que lo hayan asesinado?

—Sí, señor.

—¿Y en qué se funda?

—En que si se hubiera fugado su tio, se hubiera llevado su ropa.

—¿Y la tiene toda en su casa?

—Yo la he visto y he registrado la habitacion, los bolsillos, los cajones...

—¿Y nada falta?

—Nada en cuanto á ropa y papeles.

—¿Y dinero?

—Lo veremos sino ha venido dentro de una hora.

—¡Oh!—murmuró el monarca pensativo.

—Señor...

—Va poniéndome en cuidado esa desaparicion tan repentina y misteriosa.

—Hay mas.

—¿Qué es ello?

—Canuto no ha llegado á acostarse la pasada noche.

—¿Cómo se sabe?

—Por la cama que está como su criada la dejó.

—Esto no puede quedar así, Hernando.

—No quedará, señor.

—Pronto hemos de saberlo: el hecho de haber dejado ó no dinero en su casa, nos dará la esplicacion de cuáles han sido sus intenciones al marcharse.

Felipe IV se levantó, dió algunos paseos por la cámara y luego dijo:

—Vuelven los misterios y las dudas.

—Espero, señor, que muy pronto se aclaren, porque...

—¡Oh!... se aclararán, sí, se aclararán, pues la esperiencia me ha enseñado el modo de conseguirlo así.

Hernando palideció ligeramente.

—Vuelve á enredarse la intriga,—repuso el monarca, cuya frente se contrajo por un momento;—pero no importa, se de-

senredará, y pronto porque yo cortaré el nudo sino puedo deshacerlo.

—Así pienso yo, señor; en estos casos vale mas cortar que desatar.

—¡Ay del dia en que yo conozca á los traidores!

—Señor,—dijo el escudero que por muchas razones no queria seguir la conversacion,—si vuestra majestad no me da otras órdenes...

—¿Te vas?

—Sí, señor.

—¿Vuelves á casa de Canuto?

—Mas tarde.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Y doña Ana?

—¡Ah!... ya se me olvidaba...

—Estará esperándome...

—Sí, sí... estos malditos enredos me trastornan.

—No es estraño.

—Me hacen olvidar de todo, de todo, hasta de esa mujer á quien... ¡Oh!... Si, Hernando, no dejes de visitarla... ¡Ya sabes lo que has de decirle!

Las megillas del monarca se tiñeron de púrpura.

—¡Oh!—exclmó.—Hace algun tiempo que la fatalidad me persigue acibarando todos mis goces.

—Poco falta para vencerla.

—¡Poco!... ¿De qué me servirá estar mañana tranquilo? Hoy creia yo entregarme sin recelo alguno á las ilusiones de mi completa dicha, y un nuevo sinsabor viene á turbarla.

—Señor, no creo que la desaparicion de Canuto tenga tanta importancia.

Sí, ya lo verás, Hernando.

—Puede ser, pero...

—La desaparicion de mi peluquero es el principio de una nueva intriga.

—Tal vez.

—No lo dudes, se han empeñado en provocar mi enojo, y al fin lo conseguirán.

—Pues bien, señor, mientras llega el caso de castigar á los traidores, que no tardaremos en descubrir, no piense vuestra majestad en ellos.

—¡No pensar en ellos!..... ¡Oh!..... Entonces se burlarán de mí...

—¡Burlarse de vuestra majestad!...

—¿Qué han hecho hasta ahora? Se han burlado, ni mas ni menos, y no me sorprenderá si no contentos con engañar á mi hija, intentan tambien contrariarme en cuanto á doña Ana.

—No creo que piensen en semejante cosa.

—Sin que piensen mucho, puede suceder que encontremos al atrevido barbero...

—Es posible, pero no probable.

—Muchas noches ronda la casa...

—Sí, pero...

—Y lo mismo que otra vez quiso estorbarte el paso...

—Ciertamente, gasta pocas palabras y es aficionado á desenvainar el estoque.

—Por eso te digo que no me sorprenderá que nos salga al encuentro.

—Peor para él.

—Y para mí.

—Pero quitaremos para siempre el estorbo.

—No será mas que un acto de justicia.

—Indudablemente, un mancebo tan loco, pendenciero y de mala vida...

—Sabrá lo que cuesta ser atrevidos,—dijo el monarca con acento de profundo enojo.

La conversacion iba haciéndose pesada para el escudero, y ya iba á cortarla, despidiéndose con el pretesto de la condesa, cuando el rey, que habia meditado algunos momontos, dijo:

—Se me ocurre una idea...

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Si Canuto no parece, quiero ver á su sobrino.

—¡A su sobrino!

—Sí, ¿qué te admira?

—Nada, señor, pero honrar hasta ese punto á un loco...

—Deseo conocerlo por lo mismo que tales cosas se cuentan de él.

—Si así lo dispone vuestra majestad...

—Nadie puede estrañarlo; mi peluquero desaparece, y como necesito peinarme, llamo á su sobrino que debe ser tan hábil como su maestro. ¿Qué te parece?

—Un solo inconveniente veo.

—¿Cuál?

—Es imposible formar idea de la audácia del mancebo.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi peinado?

—Supongo que vuestra magestad trata de esplorar el ánimo del barbero.

—Sí.

—¿No puede suceder que pierda el respeto?...

—¡Oh!... Eso sería llenar mis deseos.

—¿Por la ocasion que daba para quitarse el estorbo?

—Eres demasiado astuto para que te lo esplique,—dijo el monarca sonriendo.

—Si parece á vuestra magestad que ese medio puede dar buen resultado...

—Creo que sí.

—Entonces...

—Lo pondremos en ejecucion si llega el caso.

—Como ordene vuestra magestad.

—Ahora ocúpate solamente de doña Ana.

—A su casa voy,—dijo Hernando, dispuesto á no desaprovechar aquella ocasion de salir.

—Que el cielo te guie y te inspire...

—Así lo deseo pera servir á vuestra magestad, señor.

Quedó solo el rey.

—¡Oh!—dijo,—Será casualidad, pero en cuanto ha vuelto

el escudero á entender en este asunto, empiezan los misterios y los sucesos raros á darme que hacer.

Hernando se alejaba entre tanto del alcázar, pensando que la desaparicion de Canuto podia serle fatal, y que variaba el asunto de aspecto porque el monarca empezaba á cavilar mas de lo conveniente y á tomar determinaciones que nadie hubiera esperado de él.

CAPITULO LXX.

Hernando empieza á cavilar y á confundirse como en los primeros dias de la intriga.

Hernando se decidió á recurrir al hombre de los anteojos que era la única persona que podria darle alguna noticia sobre Canuto.

El doctor debia estar en su casa, y á ella fué el escudero, dejando para despues la visita de la condesa.

Efectivamente, el médico se encontraba en su aposento, y recibió como de costumbre á Hernando.

—Alguna mala nueva me traeis,—dijo, mirando á través de los cristales verdes de sus anteojos.

—Ya sabeis,—le contestó el escudero,—que á vos solamente acudo en los lances apurados, y aunque no solo á mí toca el que me trae, puede suceder que la mayor parte del mal me caiga encima.

—Esplicáos, amigo mio, esplicáos, pero sin dejaros arrebatar por la primera impresion que hayais recibido, la cual solo pue-

de perdonarse á vuestro hijo por su poca edad y falta de esperiencia.

—No he perdido la calma.

—Bien, decid...

—¿Teneis algunas noticias del peluquero?

—¡Noticias del peluquero!... No sé lo que quereis decír, señor Hernando.

—¿Con que no sabeis lo que pasa?

—No.

—Se ha escondido... ha huido... en fin ha desaparecido...

—No lo estraño,—respondió Cañete con su calma habitual y sin dar muestras de haberse sorprendido.—Era consiguiente...

—Ahora soy yo quien no os entiende,—replicó Hernando.—¿Consiguiente á qué, esa desaparicion?

A lo que anoche hicísteis.

El escudero quedó mas sorprendido de lo que esperaba ver á Cañete.

—Caballero,—dijo,—sois incomprensible.

—No tal, y sino, recordad lo que os dije anoche en la taberna.

—Que habiamos cometido una torpeza en evitar que el rey sorprendiera á Felipe al entrar en casa de doña Margarita.

—Eso es una torpeza que podia perjudicarnos.

—¿Pero qué tiene que ver?...

—Decidme una cosa.

—Preguntad...

—¿Temeis algo de la desaparicion de Canuto?

—Sí.

—Pues ahí teneis cómo vuestra torpeza de anoche...

—Caballero,—interrumpió vivamente Hernando,—vine con calma...

—¿Y la vais perdiendo?

—Es imposible conservarla hablando con vos.

—Entonces, callemos.

—¡Oh!...

—De todos modos, no me quedaba nada que deciros.

—¿Pero y el peluquero?

—Dices que ha desaparecido...

—Sí.

—Ya sabeis desde anoche, no que hubiera de desaparecer, sino que habia de sucederle alguna desgracia.

—¿Pero por qué?—replicó el escudero con impaciencia.

—¿Quién está interesado en este asunto?

—En eso consiste el secreto...

—¡Vive Dios!...

—No puedo.

—Vos sabeis lo que ha sucedido á Canuto...

—En cuanto á eso estais equivocado,—respondió Cañete con calma.

El escudero se cruzó de brazos con el aire del hombre que á todo se resigna, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso y pensativo.

El doctor calló tambien.

Así pasó un cuarto de hora.

—Caballero,—dijo al fin Hernando,—creo que no me he esplicado bien.

—Lo ignoro, señor Hernando, y en cuanto á la conducta que debeis seguir, os diré una sola cosa: si ha desaparecido Canuto vaya en huen hora y jamás vuelva, puesto que para nada lo necesitamos: olvidaos de él y no penseis por ahora mas que en doña Ana de Rivadeneira, que lo demás queda á mi cuidado.

—Es posible.

—No he querido que me descubrais secretos que os he prometido respetar: mi intencion ha sido daros noticia de lo que sucede, comunicaros mis temores, y pediros consejo. Como la esperiencia me ha probado que no hay para vos nada oculto, supuse que sabiais lo que habia si lo del peluquero, y por eso os pregunté.

—Es que el rey...

—El rey sospechará que la desaparicion de su peluquero es

consecuencia de alguna intriga que no debe despreciar.

—Precisamente.

—¿Y qué os importa?

—Ya sabeis que hace algun tiempo desconfia de mí el monarca,

—Mejor.

—¿Por qué?

—¿Volveis á vuestras preguntas?

—Perdonad...

—Haced cuanto el rey os mande, no mostreis por nadie interés y dejad venir los sucesos, que yo os respondo de todo.

—Pensad que semejante papel no puede sostenerse muchos dias.

—Serán pocos.

—¡Ah!...

Atormentábase Hernando sin acertar á comprender qué relacion habia entre doña Ana de Rivadeneira y la hija del rey, ni qué influencia podia tener en la intriga de los amores de su hijo el que su majestad recibiese un desengaño que debia provocar su cólera hasta la desesperacion. Que el hombre de los anteojos tenia un plan, no era cosa que podia dudarse; ¿pero cuál era este plan? ¿Estaria tan bien combinado que no daria el resultado contrario al que se buscaba? La mitad de su vida hubiera dado el escudero por aclarar sus dudas, pues aunque ya tenia motivos suficientes para confiar en el hombre de los anteojos, al fin era de la felicidad de su hijo de lo que se trataba, y su cariño de padre le hacia ver peligros en todo.

—¿Qué hemos adelantado?—decia para sí.—Nada, absolutamente nada. No he conseguido aclarar mis dudas; es cada dia mas impenetrable el misterio con que este hombre se cubre, y doña Isabel antes en su casa, se encuentra ahora en un convento. Desconfiaba de mí el monarca; hubo ayer un momento en que su desconfianza empezó á disiparse, pero hoy vuelve á sospechar al saber la desaparicion de ese condenado peluquero. ¡Oh!... Creo que en este enredado asunto nos engañamos los unos á los otros,

cada cual con distinta mira: esta es la verdad, y segun voy viendo, Canuto es la persona en quien debo fijar mi atencion, el que de todo tiene la culpa. Bien, pues seguiremos engañándonos, atienda cada cual á su negocio y ruede la bola, que yo en el último apuro descubriré la verdad, que por mucho que se enoje el rey, por grande que sea el castigo que me imponga por la pérdida de su hijo, no he de sufrir tanto como ahora. Me afirmo en mi resolucion; trabajaré por mí y ante mí en cuanto tiene relacion con el nuevo suceso de Canuto, y de los consejos de este hombre tomaré la parte que me convenga.

Mientras Hernando se hacia estas reflexiones, mirábalo el doctor y de vez en cuando sonreia como si le adivinase el pensamiento.

—Bien,—dijo el escudero poniédose de pié,—vuestros consejos los seguiré como si fueran órdenes.

—¿Os vais ya?

—Sí.

—No olvideis que á la noche...

—¡Olvidarlo!...

—Os lo advierto por si ocupado el pensamiento con la desaparicion de Canuto...

—Descuidad.

—¿Vereis á la condesa?

—Tal vez.

—Su amante le dirá ..

—Está bien instruida.

—Y por vuestra parte...

—Cumpliré lo que prometí.

—No lo he dudado.

—¡Ah! —exclamó el escudero.— Se me olvidaba deciros una cosa.

—Os escucho.

—Si el peluquero no parece...

—Lo buscaremos ya que tanto os interesais por él.

—No es eso...

—¿Pues qué?

—Si no parece, repito, quiere el rey hablar con Felipe Augusto.

—¡Oh!...

—De eso puede resultar...

—Dejadme meditar algunos instantes.

El doctor quedó silencioso.

—Bien,—dijo luego, —no importa.

—¿Nada temeis de esa entrevista?

—Nada, porque confio en la clara inteligencia del mancebo.

—Sin embargo, es jóven y...

—No hará lo que vuestro hijo: engañará al rey, ó por lo menos no le dará ocasion de enojo.

—Eso es menester.

—Además yo hablaré á Felipe Augusto y le haré comprender que es preciso evitar el primer golpe.

—Sí, sí.

—Salgamos del dia de hoy, que en cuanto á mañana, poco importa que quiera el rey hacer pasar á su rival por semejante prueba.

—Mañana sabrá su majestad á qué atenerse, porque esta noche no le quedará duda de lo que debe esperar de doña Ana.

—¡Oh!—exclamó Cañete, dejando por un momento la máscara de frialdad que tanto admiraba á enemigos y amigos.—Mañana desaparecerá el último inconveniente que hemos de vencer para entrar en el convento, y quizá dentro de tres dias...

Detúvose el médico y sonrió lijeramente.

—¡Dentro de tres dias!—repitió Hernando con indecible afan y en tanto que palidecia su rostro.

—Sí.

—¡Ah!... Dentro de tres dias... ¡Acabad!...

—Tal vez se verá satisfecha la ambicion del doctor Cañete...

—Y cumplida la mia... realizada la felicidad de mi hijo... ¡Oh!...

—Pero...

—No quiero saber mas,—interrumpió arrebatadamente Hernando.—Cuando vos lo decís...

—Es porque lo espero.

—Es porque teneis seguridad de que sucederá así, caballero.

—Nada tiene seguro el hombre, pues que hasta su vida está pendiente de un leve soplo de viento.

—Podré decirle á mi hijo, ¡yo soy tu padre!... ¡Hijo mio!... ¡Hijo mio!... Y escuchar sus palabras cuando me responda, ¡padre, padre mio!... ¡Ah!...

El rostro del escudero se habia dilatado, y sus ojos, estremadamente abiertos, brillaban como dos luces. La agitacion de su pecho era tal, y de tal naturaleza la emocion que acababa de esperimentar, que casi falto de aliento y de fuerzas, tuvo que dejarse caer en la silla de donde poco antes se habia levantado.

En aquellos momentos, no solo fué para Hernando indiferente la desaparicion de Canuto, sino que se arrepintió de haber pensado engañar al hombre de los anteojos á quien iba á ser deudor de la felicidad de su hijo.

Cañete acababa de dar un golpe de habilidad sorprendente, y ya no tenia miedo de que Hernando, obrando por sí solo, entorpeciese la marcha de la intriga.

—Bien,—dijo para sí,—el padre ha vencido al hombre, y eso me salva.

—¡Ah!—exclamó Hernando.—Ahora comprendo que la felicidad puede quitar la vida...

—Lo mismo mata la alegría que el dolor, porque son la misma cosa, una sensacion violenta que nuestros órganos no pueden resistir mas que hasta cierto grado.

—Perdonad,—dijo Hernando,—si alguna vez he dudado de vos.

—Nada vale eso ni todo lo que ha sucedido.

—¡Oh!...

—Con tal que tengais alguna paciencia los pocos dias que nos quedan de luchar...

—Disponed de mí á vuestro capricho...

—No os pido mas que confianza ciega y que no volvais á alterar mis planes aunque os parezca que todo va á perderse.

—Os juro...

—El momento mas apurado, el suceso que parezca ser la mayor desgracia, será el de vuestra dicha, el que ha de poner en claro esta situacion.

Mas sosegado ya, volvió el escudero á ponerse de pié.

—Voy,—dijo á mi casa,—porque irá á buscarme el sobrino de Canuto.

—Bien, pues decidle de mi parte, que si llega el caso de que lo mande llamar el rey, que antes de ir á palacio hable conmigo.

Hernando estrechó la diestra de Cañete y salió decidido á entregarse á él.

CAPITULO LXXI.

De cómo Felipe Augusto fué á ver á Cañete y salió tan conmovido como Hernando.

Dieron las doce y Canuto no pareció.

Hernando y Felipe Augusto, convencidos de que el peluquero, ó habia huido temeroso de la cólera del rey, ó habia sido víctima de alguna traicion, resolvieron proceder á nuevo reconocimiento de la habitacion y cajones, el cual efectuaron rompiendo las cerraduras y encontrando que papeles y dinero estaban en su lugar.

—Ya lo veis,—dijo el doncel al escudero,—mi tio no se ha fugado: aquí está cuanto dinero podia tener, y si por consideracion hácia mí hubiera dejado alguno, la mayor parte se la hubiera llevado en caso de la supuesta huida.

—¿Entonces qué ha sido de él? No lo han asesinado porque anoche, con sorpresa de escribanos y alguaciles, no ha habido muertes ni robos.

—¡Oh!... aquí hay alguna intriga que es preciso descubrir.

—Sin duda, pero encuentro difícil, muy difícil el poder averiguar algo.

—Sí, difícil es...

—Sin embargo, no pierdo la esperanza, porque segun os he dicho, el hombre de los anteojos está mas animado que nunca y dice que no le sorprende la desaparicion de vuestro tio.

Todos los cálculos del escudero y Felipe Augusto fueron perdidos; cavilaron sin acertar nada.

—Nos cansamos en vano,—dijo al fin el mancebo.—Voy á dar una vuelta por la villa, hablaré con mis amigos, preguntaré disimuladamente, y si nada llego á traslucir, como creo sucederá, iré á ver al de los anteojos.

—De todas maneras debeis hablar con él para estar prevenido por si el rey os llama.

—Ya se vé que el rey no me conoce...

—Ni vos al rey.

Hernando, convencido de que Canuto no volveria á su casa, se despidió del doncel para ir á palacio y dar al rey parte de lo que habia resultado con respecto al peluquero.

Felipe Augusto, triste y cabizbajo salió de su casa, decidido á no dejar resorte que no tocase para averiguar algo.

Empero de nada le sirvieron sus buenas intenciones.

Dos horas anduvo de un lado para otro, averiguando disimuladamente, y al fin tuvo que abandonar su empresa, aburrido y desesperanzado.

—¡Vive Dios!—exclamó.—No me queda mas que el hombre de los anteojos.

Y sin descansar se dirijió á casa del médico que era su áncora de salvacion.

—Supongo,—le dijo este apenas lo vió,—que nada habeis adelantado.

—¡Oh!... Nada...

—Parece que estais triste...

—Mucho.

—¿Y por qué?

—¿Eso me preguntais?

—No será tanto lo que Canuto os interesa...

—Caballero,—interrumpió el doncel,—Canuto me salvó la vida pocas horas despues que nací.

—Comprendió que podia hacer al mismo tiempo una obra de caridad y un buen negocio.

—¿Qué importa? Le debo la vida, he recibido de él un trato cariñoso, y aunque en esto hubiera una mira de puro interés, no por eso deja de obligarme á la gratitud.

—Sin embargo, ha sorprendido un secreto vuestro y lo ha vendido al rey.

—¿No teneis vos ninguna pasion que os domine?—replicó asperamente el mancebo.

—¡Oh!—murmuró Cañete que por primera vez no acertó á responder en seguida.

—Pues bien,—repuso el doncel,—Canuto es esclavo de la avaricia y de la vanidad, y cuando estas le mandan, no le pido cuenta de sus acciones porque no tiene voluntad.

—A pesar de eso...

—Lo perdono.

—Haceis mas.

—Sí, hago mas y haré.

—¿Y qué hareis?

—No lo sé, pero os aseguro que será cuanto pueda.

—Pensad que teneis que atender á doña Ana, al convento...

—Todo lo abandonaré.

—¿Qué decís?

—Antes que mis afecciones de amor es mi deber. ¡Oh!—exclamó enérgicamente Felipe Augusto.—Abandonar en estos momentos al pobre Canuto es una ruin cobardía, un egoismo infame.

—¿Y si perdemos la ocasion?...

—Piérdase todo y quede mi conciencia tranquila.

—¿Todo?

—Sí.

—¡Bien!—exclamó el doctor, tendiendo la mano al doncel.—No se ha equivocado la condesa... Sois digno de ella, mereceis que os entregue su corazon...

—Gracias...

—Tranquilizaos, señor Felipe Augusto.

—Ya os he dicho que no puedo estar tranquilo hasta que no sepa lo que ha sido de Canuto.

—A vos,—repuso el médico,—puedo confiaros secretos que debo guardar para todos.

—¿Sabeis acaso?...

—Lo que ha sucedido al peluquero es consecuencia de lo que anoche hicísteis sin mi conocimiento.

—Eso mismo habeis dicho al señor Hernando Prieto...

—Y es la verdad.

—Pero...

—Escuchadme.

—Sí, esplicadme ese misterio...

—Canuto habia quedado mal con el rey.

—Justo castigo á su proceder.

—Muy justo, pero muy perjudicial para nosotros.

—¡Oh!... Cada vez me confundo mas...

—No importa.

—Proseguid...

—El doctor Cañete necesitaba rehabilitar al peluquero en el buen concepto de su majestad.

—¿Y le han hecho desaparecer?

—Sí.

—¿Con su consentimiento?

—Creo que no.

—Entonces ha sido engañado...

—Para su bien...

—No encuentro eso bastante claro.

—Pues os diré una cosa que no admite duda.

—Ese es mi deseo.

—La vida de Canuto está á cubierto de todo peligro: todas

las necesidades las tiene satisfechas, y aparte del disgusto que debe causarle el encontrarse solo, no tener con quien hablar y no comprender porqué lo han llevado á donde se encuentra, su situacion nada tiene que pueda ofrecer cuidado.

—¡Ah!...

—No puedo deciros otra cosa, pero os juro que esta es la verdad.

—En una palabra, está encerrado.

—Sí.

—Y vos sois quien lo ha dispuesto...

—Ya os he dicho que el doctor Cañete.

—¡El doctor Cañete!... ¡Siempre el doctor!...

—Es el alma de esta intriga.

—Pero como, segun parece, vos sois el agente de ese doctor...

—Os equivocais...

—Ó al contraaio, el doctor es vuestro agente...

—Tampoco.

—Entonces...

—¿No queriais saber lo que habia sucedido á Canuto?

—Sí.

—Pues ya os lo he dicho.

—Comprendo... No debo ir mas allá en mis investigaciones...

—Eso es.

—Me resigno.

—Si no habeis perdido la confianza en mí...

—No.

—Y si os sentís con fuerzas para no perderla mañana...

—Jamás.

—Pocos dias de pesadumbre os quedan.

—¡Quiera el cielo que no os equivoqueis!

—No.

—Esta noche...

—Esta noche,—interrumpió Cañete,—su majestad acabará de desesperarse.

—¡Oh!...

—Supongo que no teneis miedo...

—¡Miedo!—repitió desdeñosamente Felipe Augusto.—Pronto lo vereis.

—Mañana á estas horas, nuestra situacion será muy comprometida; pasado mañana se habran aumentado los apuros; al otro dia llegarán al último estremo, nos echaremos en brazos de la casualidad, pediremos al cielo ayuda, nos lanzaremos á dar el útimo golpe, el último, y cuando llegue el momento del peligro, el momento en que la suerte de todos ha de quedar decidida para siempre...

—¡Ah!—exclamó Felipe cuyo rostro habia ido palideciendo gradualmente.—Entonces, cuando llegue ese momento solemne...

—Nos amenazará una nueva desgracia,—interrumpió el doctor,—la última y mayor que puede sobrevenir, una desgracia que nos colocará en la situacion mas comprometida, mas apurada, mas... horrible...

—¡Oh!... ¡Me estais atormentando!... ¿Qué sucederá entonces?... ¿Qué sucederá, decidlo pronto?...

—Entonces lo dirá vuestro valor.

—¡Vive el cielo!—exclamó Felipe Augusto, cuyos ojos brillaron como dos ascuas.—¡Mi valor!... ¡Oh!... ¡Ponedme entonces delante el infierno, la misma muerte y haré polvo su esqueleto!...

—¡Sangre de fuego!—dijo Cañete entusiasmado á su pesar.—Ó dejo de ser quien soy...

—¡Acabad!... ¡Oh!... ¡Acabad!... ¿Qué ha de suceder en ese instante supremo?...

—En ese instante, el doctor Cañete aparecerá sin entrar por puertas ni ventanas, sin filtrarse por las paredes, sin que lo vomite la tierra ni caer del cielo...

—¡Caballero!...

—No me burlo de vos.

—¡Oh!...

—Así aparecerá Cañete, y si la voluntad de Dios no se opone, pronunciará una palabra...

—¿Y doña Ana será mia y conoceré á mi padre?

—Y doña Isabel será de vuestro amigo.

—¿No me engañais?... ¡Ah!...

—¿Para qué?

—Una palabra del doctor Cañete...

—Sí.

—¿Y vos qué hareis en aquel momento?

—Yo... desapareceré de la misma manera que debe aparecer mi amigo el doctor, y no volvereis á ver estos anteojos que tanto han dado que hablar.

—¡Que no volveré á veros!...

—Cañete me sustituirá...

—¡No veros cuando os debo tanto!...

—El doctor os dará un medicamento para que me olvideis.

—¡Ah!—exclamó Felipe Augusto exhalando un suspiro y limpiándose el copioso sudor que bañaba su frente.—Me parece que estoy soñando...

—Pues no hay semejante sueño, todo es realidad...

—Si os equivocáseis...

—Creo que no...

—Dios os escuche.

—Dejemos eso y hablemos de la entrevista que es posible tengais con su majestad.

—Si me llama no iré.

—¡Que no ireis!

—Soy libre para ejercer mi oficio cuando me convenga...

—Si os llama ireis porque es preciso, absolutamente preciso que el rey sepa lo que valeis como hombre de corazon y de inteligencia.

—Caballero...

—¿Comprendeis lo que quiero deciros?

—Es que se me tiende un lazo...

—Repito que es menester que dejeis convencido al monarca

de que valeis mucho, y si así lo haceis, el lazo servirá para aprisionar en él al que os lo tiende.

—Os obedeceré...

—Ya sabeis que el monarca es vuestro señor, que tenemos la obligacion de respetarlo porque es sagrada su persona.

—Lo sé.

—Entonces...

—Descuidad.

—Estoy tranquilo.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Me voy,—dijo el doncel.

—¿A ver á doña Ana?

—Sí.

—Antes de la noche iré yo tambien á verla.

—Se lo anunciaré.

—Dios os bendiga.

Felipe Augusto se despidió cariñosamente del doctor y salió.

CAPITULO LXXII.

Donde se verá cómo se portó Felipe Augusto en la entrevista que tuvo con el rey.

A las cuatro de la tarde, Felipe Augusto salia de su casa, vestido con mas esmero que otras veces, triste y pensativo.

El rey lo llamaba para que lo peinase, y él obedecia porque así se lo habia mandado el hombre de los anteojos.

Llegó el mancebo al alcázar real, entró, subió, dijo su nombre y le dejaron paso libre hasta la régia cámara.

Felipe IV estaba solo y recibió al doncel con el mas lisonjero agrado, sonriendo levemente con la dulzura que el rey poeta sabia imprimir á su semblante y á su acento.

—Bien,—dijo,—bien, no me engañaba tu buen tio Canuto, y con razon se envanecia de tener un sobrino tan hermoso y de tan gentil apostura.

— Vuestra majestad me honra,—contestó el mancebo.

El monarca se estremeció como si el timbre puro y grato de

la voz del doncel le hubiese herido la fibra mas delicada de su corazon.

—Es estraño,—murmuró.

Y su penetrante mirada se fijó en Felipe Augusto, contemplándolo con interés algunos instantes.

—¿Cómo te llamas?—preguntó al fin.

—Felipe Augusto.

—Como yo,—repuso el rey.—Felipe... y tambien Augusto... sí, Augusto, no porque me pusiesen ese nombre, pero tambien me llaman *Fhilipus Augustus*...¡Rara casualidad! ¿Por qué te dieron ese nombre?

—Creo que para cumplir la voluntad de mi madre que está en el cielo.

—¿Te acuerdas mucho de ella?

—No la conocí,—dijo el doncel con visible conmocion.

—Triste debe de ser no haber conocido madre...

—Queda, señor, en el alma un vacío.

—¡Pobre mancebo!—murmuró el monarca que sin querer, se sintió tambien conmovido y se olvidó en aquellos momentos tanto del motivo aparente, como del reservado que habia tenido para llamar á Felipe Augusto.

—¿Finge esa compasion?—se preguntó este.—¡Oh!..... Si tal hiciera, hablando de mi madre... Pero no, no es posible.

—¿Con que eres huérfano?—dijo el rey despues de algunos instantes.

—Es mi única desgracia, señor.

—¡Tu desgracia única!..... No podrán muchos decir lo mismo.

—Bien, mancebo, bien,—repuso el monarca.—Veo que tampoco me engañó Canuto al hablarme de tu claro entendimiento.

—Señor...

—¿Con que es decir, que aparte del pesar que te causa ser huérfano, eres feliz, sin duda porque vives tranquilo, sin ambiciones...

—¡Ambicion!... Tengo mucha, señor, mucha.

—Entonces no comprendo tu felicidad.

—Es que el tormento de la ambicion está compensado con la dulzura de la esperanza.

—¿En qué la fundas? ¿Con qué apoyo cuentas?

—La fundo en mi voluntad que es mi apoyo, mi fuerza.

—Por quien soy,—dijo para sí el rey,—que el mancebo no tiene un pelo de tonto.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y qué es lo que ambicionas?

—Hacer algo que me sirva de título para decir á los hombres: «Tengo derecho á que no me mireis con desden; si mi nacimiento es oscuro, mis hechos son claros y por ellos me respetareis: dadme, pues, un lugar entre los que en algo se tienen, porque algo soy yo tambien: si me pedis nobleza, miradla, no os la presento en pergaminos, sino en hechos; mi escudo no es un recuerdo de pasadas y agenas glorias, es un libro de ejemplos: el que mas quiera pedirme, haga mas que yo, y entonces haré yo mas que él.

El rey contemplaba á Felipe Augusto con admiracion y sorpresa.

—¡Ah!—dijo.—Gran corazon, grandes ideas; pero cuida de no equivocarte en los medios de conseguir lo que ambicionas.

—Si ruines fueran mis pensamientos,—replicó el doncel con la entereza y dignidad que le caracterizaba,—yo mismo, señor, me quitaria la vida antes que ponerlos en ejecucion.

—Sin dejarse llevar de ruines tentaciones, la falta de esperiencia, la arrogancia de los pocos años, pueden conducirte por torcido camino á un fin funesto.

—Es verdad, pero...

—Sobre todo no te dejes arrebatar por los impulsos de tus pocos años, no te dejes dominar por las pasiones, porque el hombre esclavo de una pasion para nada sirve. Te advierto esto, porque me han dicho que eres aficionado á pasar la noche fuera de tu casa, ocupado en músicas y galanteos.

—A mi edad, señor, los galanteos y la música son la vida y la alegría.

—Pero sabes que la córte está llena de ladrones y asesinos.

—Muchos hay, señor, y raro es el dia que no se lamenta alguna desgracia; pero el arrostrar esos peligros es lo que hace mas sabroso el placer de rondar de noche.

—¿Y qué dice de eso el buen Canuto?

—Mi tio, señor, como todos los viejos, se ha olvidado ó finje no acordarse de su juventud.

—¿Pero sabe que eres aficionado á los galanteos nocturnos?

—Sabe que me gusta respirar de noche el aire libre.

—¿Y nunca te ha preguntado quién es la mujer que ocupa tu pensamiento?

—Nunca.

—Pues él sospecha no sé de quién...

—Lo ignoro, señor,—dijo el mancebo con la mayor naturalidad.

—Y segun mis noticias, ese amor puede ser tu mayor desgracia.

—¿Quién sabe lo porvenir?

—Dios; pero el hombre suele ver los males antes que lleguen.

—Lo que aseguro á vuestra majestad, ya que tanto me honra, ocupándose de mi suerte, es que yo no puedo amar á ninguna mujer que no sea digna de mí y de cualquier hombre honrado y virtuoso.

—No basta.

—He creido que cuando una mujer es digna de quien se estime en algo, como yo me estimo, y corresponde con lealtad al cariño que se le tiene, no habia peligro en entregarse á su amor.

—Hay el peligro de atraerse el ódio de un rival.

—¿Qué me importa?—replicó desdeñosamente el jóven.—Cuando la razon y la justicia están de mi parte, nada temo.

—Es mucho decir,—contestó el monarca, que empezaba á sentirse mortificado.

—Tal vez; pero la prohibicion de un padre, aunque en asun-

tos de amor suele tener algo de arbitraria, me infundiria mas respeto y mas temor que la espada de un rival. A un padre le rogaria yo, le suplicaria humildemente; pero á un rival que quisiera estorbarme el paso sin mas razon que su capricho, no le diria mas que «¡atrás!» y al presentar á su espada mi pecho, con la punta de la mia buscaria su corazon.

Sin perder el respeto ni la compostura, pronunció Felipe Augusto estas palabras con tal firmeza, que el rey, herido en su amor propio, palideció; pero como no podia demostrar su enojo sin rebajarse hasta el punto de tratar de igual á igual, de rival á rival al jóven, disimuló y dijo con aparente calma:

—Eso cuadra á quien con alientos se siente para sostener sus derechos, pero al fin es una desgracia, y los que agenos á ella la ven acercarse, tienen el deber de evitarla.

—Sí, deben evitarla, pero diciendo al rival: «tú te estravias, la razon y la justicia te prohiben seguir adelante: aparta y respeta el derecho de los demas si quieres que respeten los tuyos.»

—¿Y si el rival desoye la voz de la razon?

—¿Y si el amante desoye la voz de la prudencia?

—Entonces...

—Hágase con aquel lo que hubiera de hacerse con este: si al uno ha de obligársele á pesar de asistirle la razon, oblíguese al otro que en contra de la razon camina.

—¡Oh!—murmuró el monarca, que empezaba á arrepentirse de haber llamado á Felipe Augusto.

—Señor. .

—La teoría es bellísima...

—Creo que para poner en práctica lo que mandan la razon y la justicia, hay siempre medios.

—¿Y si Canuto te prohibiera amar á esa mujer?

—¡Esa mujer!... Si no me equivoco, señor, hasta ahora no he hecho mas que suponer; pero en fin, suponiendo que amo y existe ese peligro, si Canuto me prohibiese amar...

—¿Qué harias?

—No le reconozco autoridad para tanto...

—¿Y si yo, interesándome por tu suerte, te lo prohibiera?

—Vuestra majestad no es Canuto,—respondió el mancebo sin detenerse.

—Pues por lo mismo que soy el rey...

—Quiero decir, señor, que vuestra majestad tiene un entendimiento clarísimo y comprende que no está en la mano del hombre, y menos á mi edad, olvidar á una mujer por la que se siente una verdadera pasion. Además, vuestra majestad, que es aun mas justo y recto de lo muy recto y justo que dice la fama, no sacrificaria mi corazon para dar á mi rival el triunfo, premiando así la injusticia y el egoismo. Eso puede hacerlo Canuto que es un hombre vulgar, de inteligencia escasa, y no puede abrigar mas que ideas vulgares; pero yo no quiero ofender á vuestra majestad, creyendo, sospechando siquiera que puede pensar como mi tio, ni que su inteligencia clarísima no le suministra otros medios que los que cada dia vemos que ponen en práctica los hombres de corto entendimiento.

El rey se mordió los lábios, palideció mas de lo que estaba, y no dijo mas que,

—¿Dónde has aprendido eso?

—Me lo dice mi razon, está en mi naturaleza,—contestó el jóven.

Comprendió el monarca que no podia prolongar aquella conversacion sin rebajar su dignidad y sin mortificarse mucho para no demostrar su enojo, pues abria una herida en su amor propio cada palabra del mancebo. Tambien sus celos lo atormentaron como nunca, porque se habia convencido de que el jóven no era un rival despreciable, comprendió que doña Ana pudiese amarlo á pesar de su condicion humilde de barbero.

Así pues, Felipe IV cortó repentinamente la conversacion, llamando á su servidumbre y ordenando á Felipe Augusto que lo peinase.

El doncel demostró su habilidad toda con una lijereza admirable, terminando la operacion delicada del peinado en menos de diez minutos.

—Bien,—dijo el rey, mirándose al espejo,—esta prontitud me gusta mas que todo. Desde hoy no reconozco á tu tio mas mérito que el de haberte enseñado.

—Gracias, señor.

—Vuelve mañana,—repuso el monarca sonriendo maliciosamente,—si no te pierdes como Canuto, en cuyo caso me veré en un aprieto porque no sé á quién habré de acudir.

—Volveré, señor,—contestó Felipe Augusto, sonriendo tambien,—sino cambia la buena opinion que ha formado de mí vuestra majestad.

Salió el mancebo.

El rey mandó que lo dejasen solo y fuesen á buscar á Hernando; pero no fué menester, porque el escudero llegó.

—¿Has visto á la condesa?—le preguntó el monarca cuya frente se habia contraido.

—Sí, señor.

—¿Me recibirá esta noche?

—A las doce en punto.

—¡Oh!...

—He encontrado al sobrino de Canuto...

—Sí, acaba de salir...

—¿Me equivoqué, señor?

—Hernando,—dijo el monarca con acento breve,—ese mancebo debe estar loco.

—Tal vez.

—Su atrevimiento no tiene igual.

—Ya lo sé por esperiencia.

—Es preciso castigar su osadía.

—No pasará de esta noche...

—Sí, sí...

—¿Ha perdido el respeto á vuestra majestad?

—¡Perderme el respeto!... nadie me ha tratado con tanto, pero... ¡Oh!—exclamó el rey apretando los puños.—Se ha burlado de mí...

—¡Que se ha burlado de vuestra majestad!...

—Me ha echado en cara la fealdad de mi conducta como rival suyo, mi injusto proceder, y... ¡Me ha amenazado!...

—¡Señor!...

—Sí, Hernando, sí.

—¿Y ha tolerado vuestra majestad?...

—Lo ha hecho de modo que aun he tenido que prodigarle alabanzas y sonreir... ¡Oh!... ¡Nadie me ha mortificado como él!

—Ese mancebo...

—Ya lo sé, —interrumpió el monarca con amargura,—vale mucho... ¡Ah!... La condesa debe amarlo... ¿Qué mujer no se enamora de un hombre como ese? Ahora que lo conozco no me estraña nada de lo que ha sucedido, y temo que esta noche...

—Esta noche, señor, recibirá el castigo que merece.

—No sé por qué, al escuchar las primeras palabras de ese niño, noté una conmocion estraña, como si su acento hiriese las fibras mas delicadas de mi corazon.

—Estaba prevenido el ánimo de vuestra majestad.

—Es que entonces me olvidé de mis celos y de doña Ana, y... tampoco acierto á esplicarme por qué el nombre que lleva de Felipe Augusto me llamó tanto la atencion...

Hernando miró sorprendido al monarca y dijo para sí:

—Voy convenciéndome de que el travieso barbero vale casi tanto como el hombre de los anteojos.

El rey se cruzó de brazos, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo largo rato.

Las pocas, pero intencionadas palabras de Felipe Augusto, le daban mucho que cavilar, y en medio del despecho de sus celos, de la ira de su amor propio herido, se preguntaba por qué le conmovia tan profundamente la voz dulce de aquel hermoso mancebo.

—Hernando, —dijo al fin, —sea lo que quiera, preciso es acabar de una vez. Hay muchas cosas qne no acierto á esplicarme, pero sí es la verdad que estoy siendo el juguete de mis ene-

migos, y mas verdad que amo mucho á la condesa y que necesito saber á qué atenerme.

—Pocas horas quedan de duda, señor.

—Bien, prepáralo todo para la hora conveniente.

—Nada faltará.

—Ten por seguro que encontraremos al barbero.

—Y á nosotros nos encontrará una ronda.

—Eso es.

—El sobrino de Canuto irá á la cárcel, como es natural...

—Sí, sí...

—Y como todos los dias se hace con los pendencieros de oficio.

—Nada mas justo.

—Ocho alguaciles nos sorprenderán y rodearán en lo mejor de la contienda.

—Y yo....

—Vuestra majestad tendrá la fortuna de escaparse, aprovechando la torpeza de los alguaciles que no podrán atender á vos y á vuestro rival á la vez.

—¿Y tú?

—Yo, señor... Me dejarán libre porque en mí no verán mas que un transeunte curioso que se ha detenido para saber lo que pasa.

—Bien, Hernando, muy bien: el plan es digno de tu ingenio y travesura.

—Siendo de la aprobacion de vuestra majestad...

—Completa.

—Estoy, pues, tranquilo.

—Nada has perdido de tus buenos tiempos, Hernando; de aquellos tiempos en que teniamos que luchar con Quevedo, Villamediana, María Calderon... Malos ratos nos hicieron pasar entonces, pero siempre salimos triunfantes.

—Aquella gente no valia nada en comparacion del hombre de los anteojos y el barbero.

—Y Canuto.

—¡Oh!... Canuto...

—¿Nada has podido averiguar?

—Nada, señor.

Volvió el rey á quedar pensativo, y despues de algunos momentos, dijo:

—Puedes irte, Hernando.

—Yo, salvo lo que ordene vuestra majestad, no volveré hasta las once de la noche.

—No vuelvas si así conviene.

—Quisiera todavía observar, averiguar...

—Bien, bien.

—Y aun visitaré á doña Ana.

—Todo lo que quieras, mi buen Hernando; para todo tienes licencia.

—Gracias, señor.

—Que el cielo te inspire.

—Y á vuestra majestad lo guarde.

El rey quedó solo y se entregó nuevamente á sus nada gratas meditaciones.

CAPITULO LXXIII.

Cuchilladas.

El monarca no sabia si desear ó temer que llegase la noche, pues si la impaciencia de su pasion le hacia anhelar el momento de ver á doña Ana, no creia que esta, amando á Felipe Augusto, le hiciese traicion, y sospechaba que su condescendencia en recibirlo aquella noche fuera para quitarle hasta el último rayo de esperanza.

« Volveré, habia dicho el mancebo, si no cambia la buena opinion que vuestra majestad ha formado de mí. »

Estas palabras podian significar mucho; el barbero no podia haberlas dejado escapar inocentemente, y sin ser muy maliciosos podia creerse que habia preparado algun plan que podia dar mucho que hacer.

Pero como nada pudo adivinar Felipe IV, y al fin era el rey y tenia muchos y muy poderosos medios de aniquilar á sus enemigos, tranquilizóse despues de mucho cavilar, concluyendo por decir:

—No importa, si la cita es una emboscada para hacerme declarar mi amor de un modo tan terminante que dé ocasion á doña Ana para desengañarme de una vez, así sabré á qué atener-

me y obraré segun me convenga. Y si el atrevimiento de ese rapaz llega hasta el punto de querer estorbarme el paso, mejor, porque de esa manera acabará de estorbarme. Me gustan las situaciones claras: dentro ó fuera de una vez... ¡Ah!... ¡Vuela, tiempo, vuela!

Desde que esto pensó el monarca le parecieron larguísimas las horas, y como solo un deseo, una idea tenia, le enojaba cuanto con esta no se relacionase, y permaneció en su cámara sin recibir á ningun cortesano, so pretesto de que tenia que trabajar.

Ni el afan de Felipe IV pudo acelerar la marcha del tiempo, ni este calmar el afan de aquel.

Dieron las once.

—¡No ha venido Hernando!

Pero al pronunciar estas palabras se presentó el escudero.

—Señor,—dijo,—son las once.

—Nada puedo echarte en cara,—contestó el rey con afable tono.—Al sonar la campana del relój te presentas sin dejarme siquiera un segundo para pensar mal de tí.

—Nos sobra el tiempo.

—Gastaremos media hora en hablar de doña Ana.

—Y un cuarto de hora que pasará mientras se pone vuestra majestad la capa y el sombrero, y salimos.

—Llegaremos, pues, á las doce en punto.

—Así se ha convenido.

Este plan se siguió con toda exactitud.

El monarca gozó algunos momentos con las ilusiones que se hizo; pero en cambio se sintió atormentado muchas veces al pensar lo mucho que valia Felipe Augusto, y que por consiguiente era posible que lo amase una mujer como la condesa.

En estas alternativas y en vestirse el rey, dieron las doce menos cuarto.

Nunca mayor silencio habia reinado en la poblacion.

Nunca el aire habia tenido sus alas tan recogidas.

Nunca tantas estrellas habian destellado en el horizonte azul, puro y trasparente.

Pero la luna no habia querido ser testigo de la escena que se preparaba. Sus resplandores se habian esparcido hasta las once: su faz nacarada se habia escondido, pues, antes que el monarca saliera.

—La luna se oculta cuando asoma el sol,—hubiera dicho algun cortesano, ó Canuto, si no fuera Hernando el que acompañára al monarca.

Pero si la atmósfera estaba serena, despejado el cielo y silenciosas las calles, el calor se dejaba sentir como nunca.

—Vamos mas aprisa,—dijo Felipe IV,—que todo buen galan debe acudir á ver á su dama antes de la hora convenida, porque así dá una muestra de su amoroso anhelo.

—Cerca estamos ya y hemos de llegar antes de las doce.

—Así quiero que suceda, porque cuando se solicitan favores es mas conveniente esperar que ser esperado.

Alijeraron el paso y en pocos minutos llegaron á la calle del Sacramento.

Allí, como en todo el camino, á nadie encontraron.

El rey se detuvo.

—¿Estás seguro,—preguntó,—de que en caso de necesidad, los aguaciles acudirán con presteza?

—Ya he dicho á vuestra majestad que los dejé escondidos antes de ir á palacio

—Bien.

—Muy cerca de aquí tenemos dos.

—A nadie veo.

—Están bien ocultos.

—Vamos, pues.

Iba el monarca á dar el primer paso, pero se detevo nuevavamente y murmuró:

—¡Oh!... ¿Qué es eso?

Los sones dulces y acordados de una guitarra habian llegado á sus oidos.

Su corazon palpitó precipitadamente.

—Esperemos un instante, señor,—dijo el escudero en voz muy baja.—Mucho temo que sea ese el atrevido rapaz...

—¡Vive el cielo!...

—Lo sospecho por la habilidad con que tañe.

—¡Van á realizarse mis temores!...

—Pronto lo veremos: cantará y lo conoceré por la voz.

Continuó la grata armonía esparciendo sus ecos dulces en medio del silencio profundo que reinaba.

Algunos instantes pasaron.

Los ojos del monarca relumbraron encendidos por la cólera de los celos.

El hábil músico empezó á entonar una cancion amorosa y tierna sin igual.

Gratos eran los sones del armonioso instrumento; pero mas grata era la voz del galan.

¿Qué mujer hubiera podido escuchar aquella cancion tan apasionada y tierna, cantada con voz tan dulce, sin conmoverse, sentir que el corazon latia con violencia y enviaba al rostro la sangre convertida en fuego?

Esto pensó el monarca, y encendida tambien afluyó á sus megillas toda la sangre de sus venas.

—¡Y estará oyéndolo!—murmuró con voz ahogada.—¡Y lo escuchará y en sus oidos se resbalarán dulcemente esos acentos que llevarán aun los hálitos abrasadores de la pasion que se abriga en el pecho que los deja escapar!

—¡Es él!—dijo el escudero.

—Basta,—repuso arrebatadamente el rey.—Tanto sufrimiento es mengua para mí. ¿Hé de escuchar á ese villano atrevido sin castigar su audácia?... ¡Vive el cielo!... ¡Dejaré de ser quién soy si no vengo tamaña ofensa!

—Esperan los alguaciles,—dijo Hernando con intencion marcada.

—Y aunque no esperasen...

—Estoy á vuestro lado, señor.

—Sí, sí, vamos.

El galan seguia cantando tranquilamente.

Su voz era cada vez mas dulce y mas apasionado su acento.

Sin temor de equivocarse, bien se podia asegurar que nunca habia cantado Felipe Augusto como aquella noche.

El monarca y el escudero avanzaron con rapidez y espada en mano.

El barbero, aunque los vió llegar, no se movió ni interrumpió su trova.

—¡Prosigue sin alterarse!—dijo para sí el rey.—¿Tendré tambien que rebajarme hasta provocarlo?

Y deteniéndose, esperó algunos segundos.

Tampoco dió muestras de alterarse el doncel; por el contrario, acabó la primera parte de su cancion y empezó la segunda con tanta serenidad y descuido como si estuviese solo.

—¡Vive Dios!—exclamó el monarca sin poder ya contenerse.—¿No veis que estamos aquí?

Felipe Augusto calló, avanzó un paso y dijo con voz sosegada:

—Ya lo he visto.

—¿Y seguís cantando?...

—¿Por qué no? Tan dueños sois de pasar por esta calle y deteneros ahí como yo... ¿Por qué no he de respetar vuestro derecho como vosotros habeis respetado el mio, llegando y dejándome tranquilo? No me estorba vuestra presencia, y aun cuando así fuese, ante la razon cederia mi conveniencia.

—Los alardes de juicio suelen ser muestras de miedo,—replicó desdeñosamente el monarca.

—Así como los alardes de valor suelen ser pruebas de falta de juicio,—dijo el mancebo.

—Pues si tanta es vuestra prudencia, alejaos que me estorbais.

—Si es tanto vuestro valor, echadme, por que yo no quiero irme.

—¡Qué no os vais!...

—No.

—Pensadlo bien.

—Pensad vos si sois bastante para hacerme volver la espalda.

—Tengo acero, brazo y corazon...

—No me faltan...

—¡Oh!...

—Calma, caballero...

—¡Atrás! —gritó el rey, dejando ver su reluciente espada.

—No, —dijo el mancebo.

Y tambien sacó su estoque.

Hernando, que sabia lo que habia de suceder, tembló á pesar de la confianza que tenia en el hombre de los anteojos verdes.

Los aceros se cruzaron y los combatientes guardaron silencio.

El rey atacó con ardimiento, pero encontró en el brazo de Felipe Augusto una resistencia sin igual.

Ni avanzó ni retrocedió el mancebo. Su espada giraba sobre su muñeca con pasmosa velocidad, parando los enemigos golpes con tanta seguridad y prontitud que parecia imposible que llegasen á herirle. Segun lo que terminantemente le habia ordenado el doctor, no hacia mas que defenderse, y le hubiera sido muy fácil sostener el combate una hora ó mas haciendo perder la paciencia á su adversario.

No llegó el caso de que asi sucediese.

Dos ó tres minutos despues de haber comenzado la pelea, por ambos lados de la calle, desembocaron repentinamente, en tropel, corriendo, espada y linterna en mano, ocho hombres vestidos de negro, que eran otros tantos corchetes, y gritaron mientras acometian y rodeaban á los combatientes.

—¡En nombre del rey!

—¡En nombre de Satanás! —gritó Felipe Augusto.

Y sobre el que mas cerca tenia descargó tan furioso y certero golpe, que dándole primero en la cabeza y luego en la linterna le hizo caer sin sentido ni luz.

Todos se arrojaron sobre el atrevido que habia descargado sobre un representante de la justicia y el rey tan tremendo golpe, y aprovechando entonces la ocasion el monarca y Hernando, se escabulleron con lijereza y salieron en pocos segundos de la calle, no con intento de irse, sino con el de observar tras la esquina.

Felipe Augusto logró arrimarse á la pared, hizo adarga del músico instrumento, y descargando acá y acullá tajos formidables, logró acabar en pocos segundos con todas las linternas, y poner fuera de combate á otros dos alguaciles que cayeron en tierra mas espantados que heridos.

Cinco quedaban que, si bien cobardes y torpes, no cedian y eran al fin bastantes para acabar con el doncel, cuya improvisada rodela estaba ya hecha mil pedazos.

Grande era la confusion desde que se apagaron las linternas, y los gritos muchos y destemplados, como salidos de bocas que se abrian para chillar de miedo y no para amenazar de coraje.

Si hemos de creer al cronista que estos sucesos refiere, la turbacion de los alguaciles fué tal, que unos á otros se dieron algunos golpes por descargarlos sobre el mancebo. En mi concepto debe disculparles la falta de luz, aunque segun unánime opinion de los escritores de aquellos tiempos, los corchetes tenian el don de ver á oscuras como los gatos, siempre que habian de clavar las uñas, mas no la espada.

Iba á decidirse la victoria: el barbero debia sucumbir al número de sus enemigos sin conseguir mas que inutilizar á algunos de ellos y agravar el delito de haber resistido á mano armada á los representantes de la justicia.

—¡Acabemos con él de una vez!—gritaron los alguaciles,—¡todos á una!

Y formados en semicírculo delante del mancebo, se prepararon á caer sobre él al mismo tiempo, para que mientras de los unos se defendia, lo hiriesen los otros.

No habia, pues, salvacion.

Empero el hombre propone nada mas, y entonces, si bien

propusieron acertadamente los alguaciles, tenia dispuesto otra cosa el escudero.

En aquel instante supremo y decisivo, por el estremo opuesto al en que estaban ocultos el monarca y Hernando, desembocaron cuatro hombres, no corriendo, pero sí á buen paso.

No llevaban linternas, pero sí sendas tizonas de buen temple y mejores filos.

—¡Favor al rey!—gritaron los alguaciles al verlos.

—¿Sois corchetes?—dijo uno de los cuatro.

—Sí, una ronda contra un criminal, un asesino...

—¿Y nos pedís ayuda, mala canalla, polilla del género humano, aves de rapiña, perseguidores de gente honrada y protectores de tahures?... ¡Camaradas, mueran estos lechuzas que en vez de aceite chupan la sangre de los pobres!

Y esto diciendo, con furia espantosa, ímpetu irresistible y sin igual ligereza, cayeron sobre la alguacilesca tropa, que se desordenó á la primera arremetida.

Gente de brios era la que de refresco habia llegado en ayuda del doncel, y con tales veras amenudeó golpes y cuchilladas horriblemente furiosas y admirablemente certeras, que antes de cuatro segundos dieron á correr despavoridos los corchetes, lanzando alaridos lastimeros.

Tres quedaron sobre el campo, no cadáveres, sino heridos ó contusos, aunque se hicieron los mortecinos para evitar que acabasen de molerlos.

Los restos de la guitarra, algunos estoques y las linternas estaban esparcidos en señal de la gran batalla.

—Idos,—dijo en voz baja uno de aquellos hombres á Felipe Augusto.

—Quedo,—respondió este,—en decir á quien corresponde que os habeis portado como héroes.

Y se alejó, desapareciendo á los pocos instantes.

Los favorecedores del doncel se arrojaron sobre los tres alguaciles que habia en tierra, no para ver si estaban muertos ni acabar de matarlos si aun vivian, sino para registrarles los bolsillos.

—Quien roba á ladron,—dijo uno.

—Tiene cien años de perdon,—añadió otro.

Y en un abrir y cerrar de ojos se hicieron dueños de algunos reales sin que los saqueados diesen señales de vida.

Luego se alejaron tranquilamente.

Reinó en la calle el silencio mas profundo, la mas completa calma.

¿Y el monarca y Hernando?

Diremos lo que habian hecho.

Cuando vieron huir á los corchetes, el rey dejó escapar una exclamacion de rabiosa ira.

—Señor,—le dijo Hernando,—permítame vuestra majestad tomar parte en el lance, porque el barbero se nos escapa.

—Nada adelantarias solo contra cinco hombres tan arrojados como esos. Tú no habias de huir, y te matarian. ¡Oh!... ¡Terrible ha de ser mi justicia!...

—Pues si nada hemos de hacer, alejémonos.

—Es lo mas prudente...

Con acelerados pasos se dirijieron al alcázar real.

—¡Vive el cielo!—exclamaba el monarca en el colmo de la desesperacion.—¡Otra burla!...

—¿Y aun tendrá vuestra majestad escrúpulos para castigar á ese rapaz atrevido?

—Lucirá mañana el sol y con él mi justicia.

—Todo es poco para castigar tamaño delito.

—La aparicion de esos hombres no ha sido casual.

—Lo mismo creo.

—Doña Ana debia saber ya lo que iba á suceder.

—¿Es posible?

—Mañana te convencerás, porque iré á verla, no de noche y ocultamente, sino de dia, y si mi amor desdeña, ninguna duda me quedará de que se ha obrado esta noche con su acuerdo.

—Tan loco atrevimiento...

—Lo pagará si lo ha tenido, porque trocando en ira y ódio

mi amor, le enseñaré á respetarme y le probaré que es tan temible mi enojo como noble mi generosidad.

—Bien lo merece.

—¡Oh!... Ya empezamos á ver los efectos de la desaparicion de Canuto.

—¿Pero qué relacion puede haber?...

—El tiempo lo dirá.

—¡Malditos misterios y dudas!

—¡Ay del autor de tan criminales intrigas!—dijo el rey con acento de tan terrible amenaza, que el escudero se estremeció á pesar de acordarse de las palabras tranquilizadoras del hombre de los anteojos.

Llegaron al alcázar.

—Déjame, Hernando,—dijo el monarca, sentándose como quien ha agotado sus fuerzas.

—El cielo dé á vuestra majestad reposo,—contestó el escudero.

Y sin esperar nueva órden salió de la cámara.

Felipe IV se acostó, pero no pudo dormir en el resto de la noche.

No le desveló su amor por la condesa: su orgullo herido le dominaba mas que su pasion.

Lo dejaremos para seguir á Hernando.

CAPITULO LXXIV.

Donde se sabrá con certeza quién dispuso la prision del peluquero.

Hernando se dirijió apresuradamente á la taberna de Marcelo.

Ya estaban allí el doctor y Felipe Augusto, tranquilos y sosegados como si nada hubiera sucedido.

—¿Y el rey?—preguntó el jóven al escudero apenas lo vió.

—En palacio.

—¿No volvió á casa de la condesa?

—¿Pensais que hubiera podido hacer semejante locura?

—Es verdad, pero...

—Estará furioso,—dijo Cañete.

—Nunca lo he visto como esta noche.

—Bien, muy bien.

—La desesperacion lo tiene frenético.

—Sentaos y decidnos lo que piensa del gracioso lance de las cuchilladas.

—¡Gracioso!—dijo Hernando.—Para mí no tiene ninguna gracia.

—¡Bah!...

—Por de pronto me parece que su majestad empieza á mirarme con mas desconfianza que nunca.

—Mejor,—dijo Cañete.

—Como siempre,—repuso Hernando,—estais incomprensible.

—¿Qué os importa? El rey está furioso, que es cuanto podeis desear.

—Aunque no alcanzo la razon, si así conviene, lo hemos conseguido.

—¿Piensa intentar nuevamente ir á ver á la condesa?

—Sí, para convencerse de si ella ha tenido parte en la intriga de esta noche.

—¿Ha comprendido que no era casual la aparicion de los cuatro hombres nuestros?

—¿Cómo no figurárselo?

—Pues mañana acabará de desesperarse cuando hable con doña Ana.

—Entonces no sé lo que va á ser de mí.

—De seguro se aumentarán las sospechas que de vos tiene hace algun tiempo.

—¿Y qué haré?

—Aguantaros, que poco ha de durar esta situacion.

—Pero si antes que concluya...

—Por mas que dude de vos su majestad, por grandes que sean sus deseos de castigaros, nada hará hasta tener pruebas, de que hoy carece, para descargar todo el peso de su justicia, como él dirá, ó el de su desesperacion que es lo cierto.

—Sí, sí, pero no tendrá paciencia para aguardar dos dias, mucho menos perdida la esperanza de obtener esas pruebas.

—¿Y si no falta quien se las ofrezca cumplidas?

—¡Ah!...

—Ya veis...

—Cada una de vuestras palabras es una sorpresa.

—No puedo daros mas esplicaciones...

—Tendré paciencia.

—Ahora,—dijo Felipe Augusto al escudero,—sepamos si el rey ha dejado traslucir sus intenciones con respecto á mí.

—Apenas amenazca...

—Irá la justicia á prenderos,—dijo Cañete.

—Lo habeis acertado.

—Con razon me mandásteis sacar la ropa mas precisa y despedirme de mis Penates.

—¿No dormireis ya en vuestra casa?—preguntó el escudero.

—No.

—Lo tendreis en la mia,—dijo Cañete.

—Hasta mañana no hay peligro.

—Prudente es, sin embargo, la precaucion.

—¿Y en cuanto á Canuto?—preguntó el escudero.

—Ya os he dicho que no penseis en él,—respondió Cañete.

—La situacion va siendo cada momento mas crítica.

—Os lo he anunciado.

—Y me alegro porque el resultado no podrá retardarse.

—Preparaos, pues, amigos mios, que mañana será un dia borrascoso, y pasado mañana...

—¡Acabad!—dijeron á la vez Hernando y el barbero, inclinándose hácia el doctor con muestras de vehemente afan.

—Quiero decir,—repuso el doctor con su calma habitual,—que pasado mañana tal vez andemos mas deprisa que nunca.

—¡Oh!...

—Moderad vuestra impaciencia...

—Forzosamente.

—El plazo es corto.

—Un siglo es para mí...

—Para mí es eterno...

—¿Sabeis la hora que es?—interrumpió el doctor.

—No he pensado en semejante cosa.

—Pues ya debemos irnos á dormir.

Felipe Augusto y el escudero inclinaron la cabeza como quien se resigna porque no puede hacer otra cosa.

—Parece,—añadió el médico,—que quisiérais estaros aquí hasta que amaneciera.

—Lo que quisiéramos seria abreviar...

—¿Qué hemos de hacer ahora?

—Hablar...

—¿De lo que no comprendeis?

—Es verdad, pero...

—¿Qué se os ocurre?

—Deberíamos quedar acordes...

—Una sola cosa tengo que deciros.

—¿Qué?

—Esperad tranquilamente mis avisos, y cuando yo os mande hacer algo, abedecedme con lijereza y exactitud.

—¿Dudais de que así lo hagamos?

—Es cuanto se necesita.

—Entonces...

—Hemos hablado bastante,—replicó el doctor, poniéndose de pié.—Necesito descansar: si vosotros no quereis dormir, haced lo que os plazca, pero no me priveis del reposo.

Ni el escudero ni Felipe Augusto contestaron; pero siguieron á Cañete, saliendo los tres de la taberna.

Despues de algunas palabras y nuevas recomendaciones de estar alerta y prontos á todo, se separaron.

Hernando se dirijió á su casa, y á la suya el doctor acompañado de Felipe Augusto.

Dejaremos á aquel y seguiremos á estos.

—Iré con vos hasta la puerta,—dijo Cañete,—y luego...

—¿Os vais?

—Sí, tengo que hacer. Juan tiene ya mis órdenes con respecto á vos, y encontrareis dispuesta cama y cena.

—Pero á estas horas y solo...

—No tengais miedo por mí.

—Tan urgente puede ser el asunto...

—Bastante.

—Pero os acompañaré...

—No.

—Como gusteis...

—Cuando así lo he dispuesto...

—Por eso callo; pero creo prudente que os vayais desde aquí sin perder mas tiempo.

—Poco nos falta que andar, llegaré hasta la puerta y aprovecharé la ocasion para hacer una advertencia á Juan.

Llegaron á los pocos instantes á la puerta de la casa del doctor.

El negro esperaba como de costumbre, y se presentó apenas habia abierto su amo.

—Ya sabes,—le dijo este,—lo que te he ordenado.

Juan hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Si alguien viniera,—añadió el doctor,—sea quien fuere, no debe encontrar al señor Felipe Augusto.

Un segundo movimiento de cabeza del negro significó que estaba enterado.

—Volveré antes que amanezca.

—Que el cielo os guie.

Alejóse Cañete, y tomando á buen paso el camino por donde habia ido, salió á la calle de Milaneses, atravesó la de la Almudena, y siguió sin detenerse hasta la calle de Segovia.

Afortunadamente no encontró á nadie.

Las calles seguian desiertas, silenciosas y oscuras.

—¿Estará ya durmiendo?—se preguntó.

Y avanzando un poco, se detuvo delante de una casa de miserable apariencia.

Era la misma donde la noche anterior habian encerrado al peluquero.

Llamó el doctor á la puerta, dando primero tres golpes con la empuñadura de su daga, y luego uno.

—Temo que ese bribon esté durmiendo y me haga esperar,—dijo para sí.

Pero se equivocó, porque á los pocos instantes se sintieron pasos en el portal, vióse luz por el ojo de la cerradura, rechinó en esta la llave y la puerta se entreabrió, asomando solamente el brazo de un hombre, armado con un puñal.

—¿Sois vos?—preguntó desde adentro una voz ronca y desagradable.

—El mismo y siempre el mismo respondió Cañete.

La puerta se abrió de par en par, dejándose ver un hombre de robustas formas, aspecto grosero y aviesa mirada.

—Entrad,—dijo.

El médico entró y siguió al que le habia abierto, que dejó atrás el portal, se internó en un patio y empujó una puertecilla que les dió paso á un aposento estrecho, húmedo y casi desamueblado, pues solo habia en él un arca de nogal y una miserable cama.

—¿Cómo está ese hombre?—preguntó el doctor.

—Pasando una vida de canónigo,—respondió el que tenia trazas de asesino, y que para inteligencia de nuestros lectores, diremos que tenia por apodo *Cain*, sin que nadie, ni tal vez él mismo, supiese su verdadero nombre.

—Sin embargo, el miedo...

—Está un poco asustado, á pesar de que al ver que se le trata á cuerpo de rey, debia haberse tranquilizado.

—¿Duerme?

—Como un liron.

—No es estraño.

—Ya veis, lleva dos noches de no cerrar los ojos, y está rendido.

—No importa, quiero verlo por si ha despertado.

—Cuando vine entré y no despertó.

—Ya sé que habeis hecho negocio á costa de los huesos de unos pobres alguaciles que intentaron prender á un hombre en la calle del Sacramento.

—¿Cómo sabeis?...

—Lo he visto.

—Todo lo veis...

—Por casualidad.

—No sé cómo...

—Dejemos lo que no importa.

—Es verdad.

—Debes estar cansado de la broma de los alguaciles, y quiero dejarte descansar.

—Venid, pues, y vereis á vuestro hombre durmiendo tranquilamente.

—Vamos.

El doctor y *Cain* entraron en otro aposento mas espacioso, pero mas sombrío, mas súcio y completamente desamueblado.

Algunas ratas corrieron á esconderse al ver la luz.

—Esto es lo que espanta mas á nuestro hombre,—dijo *Cain*.—A nada en el mundo tiene tanto miedo como á una rata.

—No es la compañía mas agradable.

—Y en su encierro hay mas porque van en busca de lo que suele caer al suelo de la comida.

—Si permaneciese aquí un mes, se moriria el infeliz, solo de aprension.

—Poco le falta y no lleva mas que un dia.

—Veamos, pues, como se encuentra...

—Duerme,—dijo *Cain*, acercándose á una puerta y escuchando por el ojo de la cerradura.

—Y con mucho descuido...

—¿Oís como ronca?

—Sí...

—¿Abro?

—No.

—Como gusteis.

—Volveré mañana.

—¿He de anunciarle la visita?

—No lo pienses siquiera.

—Bien.

—¿Sigue haciendo preguntas?

—No tantas como anoche y esta mañana.

—Va convenciéndose de que es inútil...

—Sí, pero por lo mismo se desespera mas, y unas veces suplica y llora como un niño, otras pide á Dios ayuda, y algunas me amenaza con la cólera del rey.

—¡Pobre!

—Esta tarde me decia que su persona era sagrada porque

sus manos tocaban la cabeza de su majestad. Me eché á reir de la ocurrencia, y acabó por hincarse de rodillas, hacer mil exclamaciones lastimeras y suplicarme con lágrimas en los ojos mientras meneaba las narices de ese modo tan particular que lo hace. Os confieso que no sé cómo no reventé de risa.

—No lo atormenteis con burlas: ya he dicho que ha de tratársele bien.

—Repito que se pasa una vida de príncipe.

—¿Ha comido?

—Poco.

—¿No le gustó la comida?

—Le dije que podia pedir cuanto se le antojase.

—No tendrá apetito.

—Se lo quita el miedo.

Cañete meditó algunos instantes.

—Bien,—dijo,—no quiero saber mas.

—¿Os vais?

—Sí.

—Supongo que ya no volvereis antes del amanecer.

—No.

—Dormiré con tanto descuido como el prisionero.

—No has de moverte de aquí mañana en todo el dia.

—Mala obra me hace...

—No importa.

—Tengo pendiente cierto negocio que puede valerme veinte ducados.

—Yo los pagaré.

—Entonces...

—Quieto hasta nueva órden mia.

—Así lo haré.

—Aunque ya te lo advertí, pero vuelvo á decirte que este secreto...

—¡Vive Dios!... ¿No me conoceis bastante todavía?

—Sí, por lo mismo que te conozco...

—Me ofendeis...

—Bien, bien... Alumbra y abre.

Cain acompañó á Cañete hasta la puerta de la calle.

—Hasta mañana.

—Que os guarde Dios.

Cerróse la puerta y todo quedó en silencio.

—¡Pobre Canuto!—murmuró el doctor mientras se alejaba.—Está pagando agenas culpas, es una víctima inocente sacrificada á la conveniencia de todos. Pero es preciso: sin que unos pierdan no pueden otros ganar. En fin, poco nos queda ya de enredo: todo sale á mi gusto, y si no sobreviene ninguna desgracia, creo que pasado mañana, ó á mas tardar dentro de tres dias, todo habrá concluido.

Cañete aceleró el paso y se dirijió á su casa.

CAPITULO LXXV.

De cómo el amor del rey empezó á debilitarse.

Aunque el rey estaba en estremo fatigado y apenas durmió aquella noche, á las siete de la mañana habia despertado, preguntando en seguida por su escudero.

—Cerca de una hora hace que espera, —le respondieron.

—¿Y por qué no ha entrado?

—Como vuestra majestad dormia...

—No importa... Que venga al instante.

Efectivamente, Hernando, que esperaba desde las seis, se presentó, pálido y ojeroso, encontrando al monarca no menos ojeroso y pálido.

Miráronse ambos por algunos instantes y como si cada uno quisiese adivinar en el rostro del otro lo que en su interior pasaba; pero el rey no vió en el semblante de su escudero mas que las señales del insomnio y disgusto consiguiente á lo sucedido la noche anterior, mientras que el escudero, al observar lo mismo en el rey, pensó que la mirada escudriñadora de este significaba sospechas, dudas ó reserva que debia ser el principio de importan-

tes acontecimientos; por lo cual la prudencia aconsejaba dudar tambien y obrar con reserva para no caer en algun lazo tendido hábilmente.

La intriga del doctor empezaba, pues, á dar el resultado que este deseaba: el rey dudaba de todos y de todas las cosas, y solamente hubiera tenido alguna confianza en su peluquero, cuya repentina desaparicion no podia ser sino uno de tantos medios de que se valian sus enemigos para vencer en aquella lucha estraña.

—Señor, —dijo el escudero, —no he querido despertar á vuestra majestad, porque despues de la noche que ha pasado..,

—Sí, —contestó el rey, —estoy fatigado porque apenas he dormido; pero te hubiera dado algunas órdenes, que ejecutadas mas temprano, podrian haber producido mejor resultado.

—Una cosa he dispuesto sin órden de vuestra majestad, aunque convencido de que era inutil...

—¿Qué has hecho?

—Antes que amaneciese fueron á prender al barbero...

—¡Ah!... Eso era lo que yo deseaba...

—Me alegro haber acertado.

—¿Y han conseguido?...

—Nada, señor, y era de presumir lo que ha cucedido: el astuto mancebo no ha vuelto á su casa.

—¡Oh!...

—Ni volverá.

—No importa: caerá en manos de la justicia tarde ó temprano, muerto ó vivo, porque no ha de renunciar al amor de la condesa y huir para no volver, que era el único recurso que le quedaba.

—Pienso lo mismo que vuestra majestad; pero temo que aun se burle mucho tiempo de la justicia, porque si está protegido por ese hombre misterioso y endiablado de los anteojos verdes...

—¡El hombre de los antesjos verdes! —murmuró el monarca con una intencion que no pudo adivinar el escudero.—¿Pero qué ha sido de ese hombre?

—Ni he vuelto á verlo, ni á saber de él.

—¿Entonces por qué sospechas que tenga parte en esta intriga?

—Tales cosas suceden, señor, que solo el de los anteojos puede inventarlas.

—Sí, —dijo el monarca, cuya frente se contrajo, —suceden cosas muy estrañas, pero ya no sucederán muchas, te lo aseguro.

—Nada hay que temer ya con respecto á los desdichados amores de doña Isabel, que está segura en el convento; pero en cuanto á la condesa...

—La condesa recibirá el castigo que merece sin que nada me detenga, porque ya he recobrado el imperio de mi razon, ya no es mi corazon esclavo suyo.

—¡Señor! —exclamó sorprendido el escudero.

—¿Qué te admira?

—¿Tan pronto el amor?...

—Se ha convertido en desprecio, —interrumpió vivamente el monarca; —sí, en desprecio tal que pudiera confundirse con el ódio. Un desden hubiera avivado el fuego de mi pasion; la resistencia lo hubiera convertido en un volcan; pero la burla... ¡oh!... la burla, Hernando, ha encendido mi enojo, ha convertido en sed de venganza la que era de amor.

—Suele suceder así, señor.

—Siempre sucede. El que ama lucha con teson, no retrocede ante ningun obstáculo, no tiembla ni ante la misma muerte; pero ante el ridículo no hay quien deje de bajar avergonzado la cabeza, volver la espalda y huir. ¡Oh! —añadió apretando los puños.— La burla ha sido completa... No, no ha sido completa, pero lo será dentro de algunas horas, y así lo deseo para dar ocasion de estallar á mi callado enojo. Sí, dentro de tres ó cuatro horas, una sonrisa ó una mirada de la condesa me dirá: «rey de dos mundos, modelo de galanes y envidiado galan, un miserable barbero se ha burlado de tí, te ha hecho volver la espalda y huir avergonzado á la puerta de la casa que habita la mujer á

quien ibas á buscar loco de amor, la mujer á cuyas plantas ibas á poner tu corazon de hombre, tu dignidad de caballero, tu altanería y corona de rey. ¿De qué te ha servido el ingenio sutil, lozano y fecundo que te dió el nombre de real poeta, ni tu poder inmenso, ni tu brazo, al decir de la fama, sin rival?»... ¡Oh!... Eso leeré en sus ojos, eso me dirá una de sus sonrisas.

—Señor, tanto atrevimiento...

—Mas tiene, Hernando, porque le ha dado álas la adulacion y alientos la vanidad.

—Alas que se romperán, alientos que pueden ahogarse con una palabra, con la voluntad solo de vuestra majestad. Todavía, señor, no creo que doña Ana estuviera comprometida en la intriga de anoche; pero si es así, si tan alta ha rayado su audácia loca, sepa que tan tierno como á sus plantas hubiera sido el corazon de vuestra majestad, tan temible es vuestro enojo; sepa que el rey caballero, galan y poeta, es como amante, dulce, pero severo y terrible como monarca, y que si al poner su corona á las plantas de una mujer solo se acuerda de amar, al colocarla en sus sienes sabe castigar como ninguno.

—Sí, Hernando, lo sabrá, y ¡vive el cielo! que no ha de quedarle duda.

—Así cumple á la dignidad altísima de vuestra majestad.

—En un momento de loca ceguedad fuí á postrarme á sus piés... ¡Oh!... á los mios habrá de poner su frente altiva si quiere alcanzar mi indulgencia. Mañana no será la calle del Sacramento teatro de ruidosas aventuras; no resonarán en ella los acordes de suaves músicas, ni los acentos apasionados de misteriosos trovadores, ni las disputas y cuchilladas de galanes atrevidos: yo juro por mi nombre que ha de ser de todas las calles de la villa la mas silenciosa.

—Muchos dias hace, señor, que debiera haberse acabado con ese músico que tantas veces ha escandalizado con sus locuras.

—Y así lo hubiera yo hecho á no detenerme el mal entendido temor de añadir escándalo á escándalo. Pero todo tiene su fin, ya estoy decidido y no retrocederé.

Guardó silencio el monarca y meditó por espacio de algunos minutos.

Luego se pasó las manos por la frente, volvió á contemplar á Hernando que permanecia inmóvil y sin que se advirtiese en su rostro la mas leve alteracion, y dijo:

—¿Y cuántos alguaciles murieron por fin anoche?

—Solamente hubo tres heridos, y no de gravedad, que fueron los que quedaron en tierra, fingiéndose los muertos para que no los matasen.

—¡Oh!... Son mas astutos que valientes.

—Bien pagaron su cobardía, porque no escapó ninguno sin llevar amoratadas señales de los furiosos golpes que sobre ellos descargaron los aparecidos.

—Que serian camaradas del barbero.

—Ó asesinos pagados de los muchos que desgraciadamente hay en la villa, y que por un ducado están prontos á cometer cualquier crímen.

—¡Oh!... Si los alguaciles hubiesen acabado antes con el barbero...

—Antes tambien hubieran acudido los otros, que sin duda acechaban el momento oportuno y crítico del lance.

Volvió el monarca á guardar silencio por algunos instantes.

—Bien,—dijo,—sea lo que quiera, el fin de la intriga ha de verse pronto.

—Así lo espero y lo deseo con un afan que apenas me deja vivir.

—¿A qué hora podré mas oportunamente ver á doña Ana?

—Creo que á las once.

—Falta mucho... iré á las diez.

—Si vuestra majestad me permite decir mi opinion...

—Esplícate.

—Despues de lo que ha sucedido y con la sospecha fundada de que la condesa es tan culpable como el barbero, me parece que convendria mas que vuestra majestad la llamase...

—Al fin es una dama...

—Pero ha hecho una ofensa á vuestra majestad, y eso...

—No tengo pruebas aun, y si es inocente y piensa de buena fé recibirme, como debe, se ofenderia.

—Aun,—dijo para sí Hernando,—alimenta esperanzas, lo cual prueba que no ha desaparecido completamente su amor.

—No, Hernando,—repuso el monarca,—quiero ser prudente hasta el fin, porque así tendrá mayor fuerza mi autoridad, será el castigo mas justo.

—Sea como vuestra majestad ordene.

—A las diez iré.

—Bien, señor.

—Tú me acompañarás, y mientras llega la hora...

—¿Aguardo aquí?

—Mejor será que aproveches el tiempo en averiguar algo sobre el paradero de Canuto y su sobrino.

—¿Nada mas tiene que ordenarme vuestra majestad?

—Nada.

—Guárdeos el cielo, señor.

Salió Hernando.

El rey quedó largo rato pensativo.

—Habla mal del hombre de los anteojos,—dijo,—y por este he sabido lo que contra mí se tramaba, sirviendo de mensajero Canuto... ¡Oh!... Hernando me es traidor y mi pobre peluquero la víctima de mis enemigos... ¡Ay de los que así me ofenden y provocan!

Llamó luego á sus ayudas de cámara para que lo vistiesen.

El escudero habia ido á ver al doctor.

CAPITULO LXXVI.

Cómo se encontraba el peluquero.

Cañete y Felipe Augusto recibieron al escudero, haciendo ambos á la vez esta pregunta:

—¿Habeis visto al rey?

—Sí,—respondió Hernando.

—¿Qué os ha dicho?

—Nada en suma: todo ha sido amenazas á la condesa.

—¿Y qué trata de hacer?

—A las diez irá á visitarla.

—¡A visitarla!—repitió Felipe Augusto, poniéndose colorado como una amapola.

—¿Os sorprende?

—No, pero me desagrada.

—Bien,—dijo Cañete despues de meditar;—á las diez irá el rey á ver á doña Ana... ¿Qué mas podeis decirnos, señor Hernando?

—Que su majestad aparenta tener ahora en mí mas confianza que nunca; pero creo que es todo lo contrario.

—¿Os ha nombrado á Canuto?

—Con mucha indiferencia; solamente para decirme que siga haciendo averiguaciones.

—No hay duda, el ánimo del rey empieza á inclinarse en favor del peluquero.

—De manera,—dijo Hernando,—que si apareciese tan repentinamente como ha desaparecido, su majestad lo escucharia, se entregaria á él...

—¿Quién lo duda?

—¡Oh!... Entonces...

—Puede suceder, pero, como no ha sucedido, es inútil que perdamos un tiempo precioso en hablar de ello.

—Bueno es prevenirse...

—Ya está todo prevenido.

—Entonces decidme lo que debo hacer.

—Antes,—repuso el doctor,—decidme vos si alguna noticia mas teneis que darme.

—Ninguna.

—¿Creeis que el monarca esté decidido á romper con la condesa?

—Si ella no lo recibe como él esperaba y deseaba anoche...

—Pues de seguro no lo recibirá bien.

—En tal caso parece resuelto firmemente á tomar una medida enérgica, á dar un paso concluyente.

—Bien, bien,—dijo el doctor.

—Vos os entendereis,—repuso Hernando.

—¿Y no pensais cuál sea esa medida?

—No, porque nada ha dejado traslucir.

—Importa mucho conocerla.

—Solamente ha jurado que la calle del Sacramento no volveria á ser teatro de galanteos y cuchilladas.

—No se equivoca: las de anoche fueron las últimas: en eso estamos conformes; y para darle gusto trasladaremos á otro lugar las escenas ruidosas.

—Seria conveniente prevenir á doña Ana,—dijo Felipe Augusto.

—No necesita prevenciones ni consejos,—respondió Cañete:—dejadla que saldrá del lance sin desmentir su talento ni su valor.

—Si así lo disponeis...

—¿Qué mas, señor Hernando?

—Es cuanto puedo deciros...

—Pues idos ó quedaos, segun os plazca.

—¿Y vos?

—Voy á salir.

—¿Tardareis en volver?

—Unas dos horas escasas.

—¿Nada teneis que mandarme?—dijo el escudero.

—Nada.

—¿Y á mí?—preguntó Felipe Augusto.

—Que no salgais.

—Entonces,—repuso Hernando,—voy á ver á mi hijo, mientras es hora de volver á palacio.

—Que el cielo os guarde...

—Vamos, pues.

Salieron Cañete y el escudero; fueron reunidos hasta la calle de la Almudena, y allí se separaron.

Hernando entró en su casa.

El doctor se encaminó á la calle de Segovia, llegó á la casa de Cain, llamó cautelosamente, y dando los golpes que parecian ser contraseña, la puerta se abrió y entró, encontrándose con el asesino.

—¿Cómo está?—preguntó en voz muy baja.

—Lo mismo,—respondió Cain en el mismo tono.

—Bien.

—Muy abatido; pero ya no me amenaza con el rey sino con vos.

—¡Conmigo!

—Sí, me preguntó si yo conocia al hombre de los anteojos verdes; sorprendióse porque le dije que no lo entendia, pero me amenazó con vuestro poder sobrenatural.

—¿Qué hicisteis?

—Me reí.

—Bien hecho.

—Le llamé loco, lo dejé, y... nada mas.

—¿No habeis vuelto á verlo?

—Sí, para darle de almorzar.

—¿Ha comido?

—Muy poco.

—Eso es lo peor...

—No sé cómo vive.

—No podremos tenerlo aquí muchos dias.

—Una semana seria bastante para matarlo de hambre y miedo.

—Despues que yo me vaya comerá.

—Pero no le quitareis el miedo que le infunden las ratas.

—Eso es lo que menos importa.

—¡Oh!... si lo vieseis temblar...

—La llave.

—Tomad, —dijo Cain dando una llave al doctor.

—No te muevas de aquí.

—Sereis obedecido.

Cañete atravesó el segundo aposento, llegó á la puertecilla y la abrió.

El cuadro que se presentó á su vista no podia ser mas original, y hubiera hecho reir por largo rato al hombre mas grave y triste.

Era la habitacion á donde entraba poco espaciosa, súcia y sombría, no solo por el color oscuro de sus paredes, sino por la escasa luz que recibia por una ventanilla, practicada cerca del negro techo, y cruzada con dos gruesos hierros.

En un rincon habia en el suelo un colchon con mas tela que lana, cubierto con una manta azul raida y llena de agujeros, y cerca de esta, que no sabemos si llamar cama ó potro, se veia un banquillo de nogal mugriento y medio apolillado.

Nada mas habia en aquel lóbrego aposento, es decir, ningun

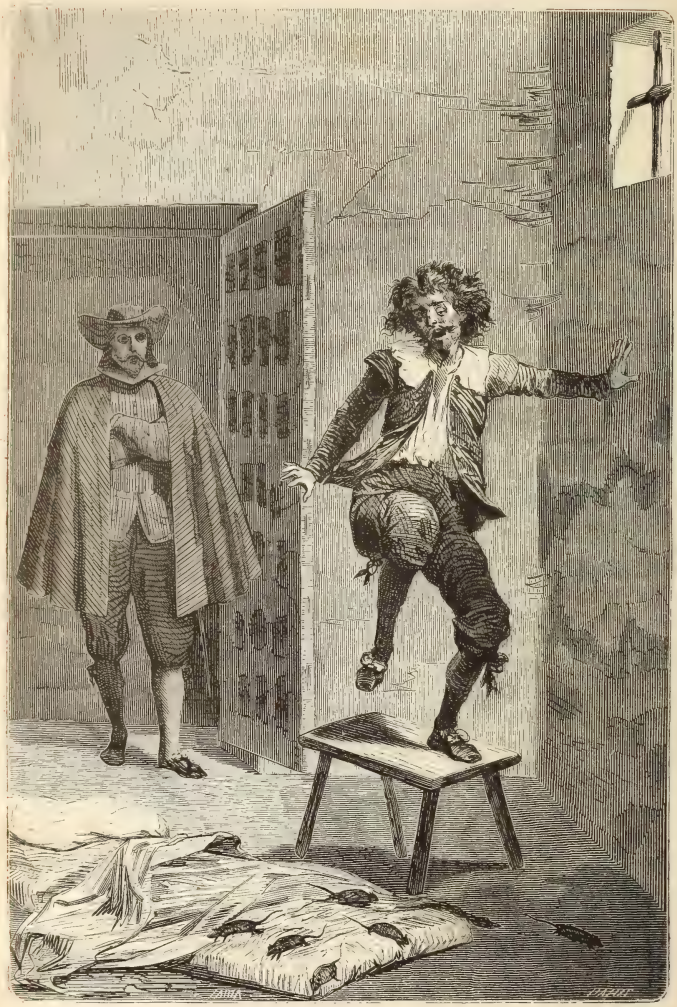


Lámina 15.ª — La causa de su espanto y de haberse subido en el banquillo, no era otra que tres ó cuatro ratas tan atrevidas como hambrientas.

otro mueble; pero sobre el banquillo se veia lo que provocó la risa de Cañete.

Allí, de pié, como una estátua sobre su pedestal, estaba el peluquero, en cuyo rostro cadavéricamente pálido y desfigurado se pintaba el terror. Sus ojos, con la mirada fija en el suelo parecia que iban á saltar de sus órbitas; temblaban convulsivamente sus miembros, castañeteaban sus dientes como si sintiese el frio de una terciana, y su nariz, que nunca habia parecido tan larga, se movia de derecha á izquierda con una rapidez inconcebible. Su tristemente ridícula figura aparecia mas estraña por el desórden de su larga cabellera, no peinada en dos dias, y por el de su ropa que estaba arrugada y súcia, porque no se la habia quitado desde la noche en que lo encerraron allí.

Hay personas que tienen la desgracia de provocar la risa en los lances en que debieran inspirar compasion, que tientan á la burla á los demás en los momentos de mayor apuro, y esto precisamente le sucedia al infeliz peluquero.

La causa de su espanto y de haberse subido en el banquillo, no era otra que tres ó cuatro ratas tan atrevidas como hambrientas, que llevadas del olor de una corteza de queso que en el suelo habia caido al almorzar Canuto, salieron de sus nidos sin miramiento alguno y como quien en su casa está.

Verlas Canuto, exhalar un ahogado grito de espanto, saltar sobre el banquillo, pegarse, puede decirse, á la pared, y quedar inmóvil, fué obra de un segundo, quedando de tal manera aturdido, turbado, poseido, dominado por el terror, que ni oyó el ruido de la puerta al abrirse, ni vió á Cañete.

Este pudo, pues, contemplar á su sabor al desdichado peluquero y dar á su risa libertad completa, hasta que dominándola, acabó de entrar y cerró mientras las ratas huian.

—¿Qué haceis?—dijo cerrando la puerta y adelantándose con calma hácia Canuto.

Este, algo repuesto porque las ratas habian desaparecido, se estremeció al oir la voz de Cañete y fijó en él una mirada de sin igual sorpresa.

—¡Ah! —exclamó saltando del banquillo al suelo.

Y se pasó las manos por la frente y los ojos como para convencerse de que no dormia.

—¿No me conoceis?—repuso el doctor.

—¡Vos!... ¡Mi amigo!... ¡Mi salvador!...

—Sí, yo, el hombre de los anteojos verdes.

—¡Dios mio! —exclamó el peluquero dejándose caer de rodillas.—¡Gracias, Dios santo y misericordioso!

—Sosegaos...

—¡Vos aquí!...

—Calma, señor Canuto, mas calma. Levantaos y hablemos tranquilamente, que tengo contados los minutos.

—¿Venis á sacarme de este calabozo?—preguntó el peluquero, levantandose.

—Sentaos, y...

—Pero si hemos de irnos, cuanto mas pronto mejor.

—Me iré si no me escuchais.

—Os escucharé, sí, pero jurad primero qne no estoy soñando.

—Estais despierto.

—Bien, bien... sentaos... yo tambien lo haré porque me faltan las fuerzas... ya veis, la alegría...

—Sí, lo comprendo,—dijo el doctor, sentandose en el banquillo, mientras Canuto lo hacia en el colchon sin reparar que aplastaba su sombrero que estaba allí con su capa.

—Hablemos... ¡Ah!... El cielo os envia...

—Se lo habeis pedido desde tan alto...

—Sí,—dijo Canuto corrido,—es que...

—Os he encontrado subido aquí, y supongo que estábais tomando medidas para intentar escaparos...

—Precisamente era así... ¿Qué habia de hacer? Despues de dos dias sin que viniéseis en mi ayuda, perdí la esperanza y pensé fugarme.

—Creo que ya no habrá necesidad de que escaleis la pared.

—¡Ah!...

—Ante todo, referidme lo qus os ha sucedido.

—Apenas puedo darme cuenta de ello.

—Lo que recordeis.

—Me hicieron salir de mi casa, diciendo que me llamaba el rey, y en la calle me acometieron repentinamente diez ó doce hombres que me rodearon, y aunque me defendí, como eran muchos consiguieron desarmarme y atarme. ¡Oh!... Si no hubieran sido mas que tres ó cuatro...

—Vuestro valor es bien conocido y por eso fueron muchos.

—¡Cobardes!...

—¿Y luego?

—Me vendaron los ojos, pero aprentando de tal manera, que me hicieron perder el sentido.

—¿Y cuando lo recobrásteis?...

—Me encontré en este calabozo y frente á un hombre horrible que me dijo; «Nada os faltará, señor Canuto; pero ni me pregunteis ni intenteis escaparos, porque perdereis el tiempo inútilmente.

—¿Y os han tratado bien?

—Ya lo veis, esta cama...

—¿Y comida?

—Menos mal en cuanto á eso; ¿pero de qué me servia?

—Señor Canuto, vuestro talento singular es vuestra mayor desgracia: los enemigos de su majestad os temen y han cometido la traicion de que sois victima para hacer triunfar sus planes, porque de otro modo hubieran sucumbido.

—¡No se han atrevido á luchar! —dijo Canuto, agitando la nariz en el entusiasmo de su vanidad.

—¡Luchar con vos!...

—¡Miserables!...

—Saben lo que valeis.

—Por eso me han encerrado aquí.

—Por eso; pero no ha de valerles su traicion.

—No han contado con vos...

—¡Si supiérais qué cosas han sucedido desde que estais aquí!...

—Esplicaos, caballero, esplicaos,—replicó afanosamente el peluquero.

—Poco os diré, porque no puedo permanecer aquí mucho tiempo.

—¡Ah!—exclamó Canuto tristemente.—¿Con que os veré marchar y me quedaré?...

—Sí.

—¡Dios mio!...

—Tal vez mañana habré conseguido arrancaros de las manos de vuestros perseguidores.

—Se me ocurre una cosa,—dijo el peluquero despues de algunos instantes de meditacion.—¿Cómo no ha venido por mí la justicia, una vez sabido mi paradero?

—Nadie lo sabe mas que yo.

—¿Y por qué no habeis dado parte?...

—Apenas hubiera salido de mis lábios el secreto, un puñal habria atravesado vuestro corazon.

—¡Oh!—exclamó espantado Canuto.

—Vuestros enemigos habian tomado bien sus precauciones.

—¡Infames!

—A fuerza de oro he conseguido que me permitan hablaros, y gastando mas y tocando otros resortes lograré devolveros la libertad.

—¿Con que mi carcelero?...

—Nada tiene que ver con la intriga: obedece á quien le paga, y yo lo he comprado subiendo el precio.

—¿Qué habrá imposible para vos?

—Por de pronto una cosa: salvar al pobre Felipe Augusto.

—¡Salvarlo!... ¿Pues qué le ha sucedido?

—Anoche en la calle del Sacramento se encontró con el rey.

—¡Ah!...

—Y cometió la locura de sacar la espada...

—¡Gran Dios!—exclamó el peluquero horrorizado.—¡Hacer armas contra su majestad!...

—Ni mas ni menos. Se cruzaron los estoques, acudió una ronda, mató el señor Felipe tres ó cuatro corchetes, y al fin con la ayuda de unos aparecidos, pudo escapar sano.

—¡Desdichado!...

—La justicia lo busca por todas partes y al fin dará con él.

—Y será su fin una horca...

—No tanto quizás, pero...

—¡Qué horror!

Limpióse el peluquero el abundante sudor que empezaba á bañar su frente, exhaló un penoso suspiro, agitó su larga nariz y quedó silencioso.

—Ya veis,—repuso el doctor,—que la situacion no puede ser mas crítica.

—¿Y qué pensará el rey de mí?

—El rey se desespera y está resuelto á concluir de una vez con sus enemigos, en cuyo número os contará si no le dais una prueba de vuestra lealtad.

—¡Una prueba!... Mil le daré.

—Solo así conseguireis salvaros: de otro modo estais mal, muy mal, porque permaneciendo aquí acabarán vuestros enemigos por asesinaros.

—Pero me habeis prometido la libertad...

—Evitareis un peligro y caereis en otro: cuando no os amenace el puñal de un asesino os amenazará la justa cólera del rey.

—Vos me aconsejareis...

—Sí, os aconsejaré cuando llegue el momento oportuno.

—¡Sois mi salvador!...

—Soy vuestro amigo.

—¿Y el señor Hernando Prieto?

—Al fin tendreis que descubrirlo, porque no renuncia á la criminal empresa de robar á doña Isabel.

—¿A pesar de estar en el convento?

—Ya tienen una llave para entrar en él.

—¡Caballero!—exclamó Canuto, mirando al doctor con espantados ojos.

—Lo que oís.

—¡Una profanacion!... ¡Un sacrilegio!...

—¿Qué puede esperarse de hombres sin conciencia?

—Sin duda estais equivocado...

—Ya lo vereis.

—Temo que suceda lo mismo que la otra noche.

—¿Por qué os dejásteis engañar?

—¡Yo!...

—Vos y el rey.

—No os comprendo.

—Antes que fuese doña Isabel al convento ya estaba allí el señor Felipe Augusto, que entró con la ayuda de la llave falsa.

—Pero...

—Vió llegar al rey con su hija, salió, avisó al amante...

—¿Qué endiablado enredo es ese?—replicó Canuto aturdido y oprimiéndose las sienes.

—¿No vísteis pasar un hombre mientras esperábais á la puerta de doña Margarita la vuelta de su majestad?

—Sí, iba casi corriendo...

—Era el señor Felipe Augusto.

—¡Ah!...

—A los pocos pasos encontró al hijo del rey, le dijo lo que sucedia...

—¿Y volvieron atrás?

—Exactamente.

—Pero todo eso necesita pruebas, porque si no es imposible hacérselo creer al rey despues del chasco que se llevó.

—¿Pruebas?... Podreis darlas.

—¡Oh!...

—Que pregunte su majestad á los criados que llevaban la litera, si pocos minutos despues que él entró con su hija y el señor Hernando, salió un hombre por el mismo postigo.

—Eso seria una prueba evidente...

—Otra podeis presentar.

—Decid...

—El rey tiene un espía que lo sigue á todas partes y á cualquier hora, y la noche en que su majestad fué al convento para hablar á la abadesa, fué observado como siempre.

—Pero eso...

—Esperad, que voy á deciros cómo tiene el señor Felipe Augusto la llave del postigo del convento.

—¿Tambien lo sabeis?...

—Sí.

—Esplicaos... ¡Oh!... Si no acaba pronto este enredo perderé el juicio.

—Su majestad abrió el postigo con una llave que tiene, entró, y cuando salió, al cerrar lo sorprendieron dos hombres, llamándole ladron, sacrílego, y no sé cuantas cosas, y amenazándole con llevarlo á la cárcel ó entregarlo á la primera ronda que encontráran.

—¡Dios mio!—murmuró el peluquero temblando y sacudiendo la nariz.—¡Llamar ladron al rey!...

—Fingieron no conocerlo y creer que por lo menos era algun galan, seductor sacrílego, y haciendo alarde de buenos cristianos y hombres de mucha conciencia, le exijieron que dejase la llave para quitarle los medios de repetir su profanacion.

—¿Y la entregó?

—Resistióse, llamó cobardes á los que de aquella manera le acometian, y ellos, despues de muchas contestaciones, convinieron en que decidiese la espada.

—¡Oh!...

—Uno quedó en el postigo, guardando la llave para entregarla al vencedor, y el otro cruzó su acero con el del rey.

—¡Atrevimiento sin igual!

—Riñeron: el rey creyó dar una estocada á su contrario, y este se dejó caer, figiéndose muerto.

—¿Y la llave?

—El que estaba en el postigo se la entregó á su majestad, suplicándole que se alejase.

—Entonces no comprendo...

—Es muy sencillo: mientras el monarca reñia con el uno, el otro moldeaba en cera la llave.

—¡Ah!...

—¿Que os parece?

—¡Diabólica invencion!

—El que moldeó la llave era el señor Felipe Augusto.

—¿Qué decís?...

—Y ha sido muy torpe el rey en no reconocerlo ayer por la voz.

—¿Y el otro?

—No lo sé, pero tampoco importa mucho.

—Si todo es verdad...

—Os lo dirá el mismo rey.

—¿Con qué os pagaré? ¡Ah!—exclamó el peluquero.—Me salvais la vida, me dais los medios de ganar la voluntad del monarca hasta el punto de ser su mas íntimo privado..

—Pero tendreis al fin que acusar á vuestso supuesto sobrino.

—¿Qué importa si ya está perdido?

—Pensais cuerdamente.

—Además, puedo tener consideraciones mientras no se trate de mi honra y de mi vida.

—Y de vuestros intereses, porque es preciso que sepais que el señor Felipe Augusto al abandonar vuestra casa, ha roto cerraduras y cajones...

—¡Dios mio!—exclamó el peluquero con acento desgarrador.

—Ya veis que...

—¡Me ha robado!...

—No solo el dinero.

—¿Ropa tambien?

—Las pruebas de su nacimiento, de manera que, el dia que encuentre á su padre, no necesitará de vos.

—¡Eso mas!...

—Y lo que no puedo deciros porque me falta tiempo...

—¡Y yo, nécio de mí, cien veces majadero, que lo he criado, sacrificándome por él!...

—Consolaos, amigo mio: el rey os indemnizará de todo.

—¡Pero el desengaño!...

—Es una amargura mas; pero vos sois un gran filósofo y no os dejareis abatir...

—Preciso es todo mi valor para no morirse de repente.

—En vuestra mano está acabar con vuestros enemigos.

—Sí, todo lo sabrá el rey, todo.

—Es lo que os conviene.

—Y le diré que ese loco rapaz no es mi sobrino.

—Por supuesto...

—¡Un criminal que atenta contra la vida de su majestad no puede ser descendiente de los Rincones!...

—Ciertamente: á la limpieza de vuestra honra, de la honra de vuestra familia, cumple aclarar que ese mancebo no se llama Rincon.

—Sí, me llamo Rincon, Meneses, Castañeda y Toledo, y estos ilustres apellidos no pueden ser los de un criminal.

—Bien, señor Canuto; mañana, Dios mediante, saldreis de aquí, y en seguida...

—Iré á mi casa á mudarme la ropa...

—Ireis á ver á su majestad sin perder un momento, porque á la noche se dará el golpe decisivo en el convento de Santa Clara...

—¡Oh!...

—Y si no se acude á tiempo...

—¿Qué sucederá?

—Que doña Isabel se irá con su hermano, y el rey os ahorcaria porque habiais dilatado el aviso.

—Teneis razon.

—Preparaos, pues, para la gran lucha...

—Estoy dispuesto á todo.

—¡Qué gran papel vais á representar!...

—Caballero, —dijo Canuto con grave acento y agitando la nariz en el colmo de su vanidad, —una voz secreta me ha dicho siempre que estoy llamado á ser un hombre de importancia.

—No os ha engañado vuestro corazon.

—¡Llegó la hora de que se cumplan mis sueños!...

—No hay plazo que no se cumpla.

—Y á vos os lo debo todo...

—Me teneis pagado con vuestra amistad, —dijo Cañete, poniéndose de pié.

—¿Ya os vais?...

—Sí.

—¡Qué largas van á parecerme las horas hasta mañana!...

—No olvideis cuanto os he dicho.

—¡Olvidarlo!...

—Comed bien y dormid para que no os falten las fuerzas.

—En punto á comida se muestra muy complaciente mi carcelero.

—Aprovechad, pues la ocasion.

—No pienso comer hoy menos de una polla asada, una longaniza estremeña, un buen trozo de pernil gallego y una tortilla de huevos y bacalao de Escocia, todo remojado con un par de botellas de Valdepeñas añejo.

—¡Bien!

—Así dormiré toda la noche de un tiron y no me parecerá el tiempo tan largo.

—Ni os incomodarán las ratas, que debe haber muchas aquí.

—¡Oh!... ¡Las ratas!—murmuró el peluquero, estremeciéndose.—Las hay como gatos de grandes, y atrevidas como tigres: como que tengo que echarlas á puntapiés, y aun así se hacen las remolonas.

—Si así os divertís...

—Divertirme, no, porque me dan asco; pero...

—Acompañan.

—A veces...

—Escuso deciros que no hableis una palabra de vuestra fuga á Cain.

—¿Quién es Cain?

—Vuestro carcelero...

—¡Oh!...

—¿No sabiais su nombre?

—Lo ignoraba... Bien le cuadra al maldito.

Cañete recomendó otra vez al peluquero la prudencia y el valor, y despues de recibir mil protestas de amistad y gratitud, salió del aposento.

Canuto quedó muy pensativo, pero consolado y lleno de esperanzas tan halagüeñas que le hicieron olvidar su triste situacion.

CAPITULO LXXVII.

De cómo el rey visitó á doña Ana y acabó de desesperarse.

Pocos minutos despues de las diez de la mañana salió el rey del alcázar sin mas compañía que Hernando, y se dirijió en coche á la calle del Sacramento.

Iba el monarca silencioso y meditabundo, dejando ver en la sombría espresion de su semblante la dolorosa agitacion de su espíritu. Aunque su pasion por la condesa habia menguado mucho, como no se habia estinguido, lo atormentaba, luchando con su amor propio de hombre, herido en la parte mas sensible, con su proverbial orgullo de familia, despreciado, con su dignidad de rey, escarnecida y rebajada la noche anterior.

Una herida mas y la pasion de Felipe IV desapareceria por completo; pero tambien, una herida mas, por leve que fuese, y su sed de venganza no se apagaria sino despues de haber aniquilado á todos sus enemigos.

Esto lo comprendia bien claramente Hernando, porque era imposible que se ocultase á su astucia y esperiencia, y no estaba tranquilo á pesar de las reiteradas promesas y seguridades del doctor. La tormenta debia estallar furiosamente de un momento á otro sobre la cabeza del escudero, y si la esperaba con aquella

aparente tranquilidad, era porque se trataba de la felicidad de su hijo y le daba alientos el amor de padre.

Sin romper el silencio llegaron á casa de la condesa.

Hernando entró, subiendo lijeramente la escalera para anunciar al rey, y cuando este llegó arriba se encontró á doña Ana que habia salido á recibirlo.

Nunca habia estado tan hermosa la condesa, ó por lo menos así le pareció á Felipe IV, cuyo corazon palpitó violentamente, sintiendo á la vez reanimarse el fuego de su pasion, de sus celos y su ira, que convertido en púrpura salió á su rostro.

Una sonrisa llena de encanto, dulcísima, arrebatadora, vagó en los sonrosados lábios de doña Ana, y su mirada ardiente, penetrante y espresiva se clavó en el rey poeta, que empezó á arrepentirse de haber ido allí.

—Señor, —dijo la dama con aquel acento que se resbalaba tan dulcemente en los oidos, —tanta honra seria mucha para el mas ilustre vasallo de vuestra majestad, y siendo yo el mas humilde...

—La mereceis, —interrumpió el monarca, procurando dar á su acento la dulzura de costumbre, pero sin perder la noble y majestuosa gravedad de su continente.

—Gracias, señor, —respondió doña Ana.

Y llevó á Felipe IV al salon principal, quedando el escudero en la primera antesala.

Sentóse el monarca, mandó hacer lo mismo á la condesa, y dijo despues de algunos instantes de silencio embarazoso:

—Señora, siento tener que hablaros de cosas desagradables esta primera y quizas última vez que os visito; pero me obliga la necesidad de la justicia y de vuestro mismo decoro.

—Señor, —respondió la dama sin alterarse, —no puede ser sino muy grato lo que salga de vuestra boca... Tengo la honra de escucharos.

—Sí, escuchadme y no tomeis á ofensa...

—¡Ofensa lo que viene de vuestra majestad!... ¡Imposible!

—Hace algun tiempo,—repuso el rey, procurando evitar la mirada fascinadora de la condesa,—hace algun tiempo que se murmura de vos sobre ciertos amores que dicen ser en estremo raros.

—¿Algun tiempo dice vuestra majestad?—replicó alegremente doña Ana.—Mucho tiempo debierais decir, señor. ¿Pero qué me importa si mi conciencia está tranquila, y en último resultado, de cuanto se murmura no se deduce nada verdaderamente ofensivo á mi honra?

Felipe IV miró sorprendido á la dama.

—Algunos,—prosiguió esta,—dicen que soy loca; otros me llaman estravagante, este hipócrita, aquel dospreocupáda, y mientras hay quien asegura que no tengo corazon, no falta quien crea y jure que mi sensibilidad y vehemencia rayan en la exageracion.

—Pues de tan encontradas opiniones,—replicó el monarca,—nada bueno puede sacarse.

—Ni malo tampoco.

—Reunidas todas por un curioso observador...

—Comprenderá que no me conoce nadie, y se reirá de todos mientras procuran conocerme.

—Eso es dudoso.

—¿Qué piensa vuestra majestad de mí?

—Que sois hermosa y nada mas...

—Es cuanto han averiguado todos.

—¿Y estais contenta de que suceda así?

—¿Puedo hacer algo para evitarlo?

—Tal vez

—Callando seguirá el error, y si esplico lo que soy no han de creerme. Al que piensa bien de mí se lo agradezco; al que piensa mal lo miro con el desprecio y compasion que se mira á los ruines de alma mezquina, porque llevan sobrada penitencia en su propio pecado.

—Poco os importa el mundo, señora.

—No tal, señor.

—Eso significan vuestros palabras...

—Me inporta el mundo porque vivo en él, y espero que me haga justicia; de quien no me cuido es de los infelices que no saben juzgar mas que por la primera impresion que reciben.

—Bien, señor, —replicó el monorca, que quería concretar la cuestion á los amores del barbero y al suceso de la noche anterior, —con razon ó sin ella, el caso es que se murmura.

Verdad es.

—Y es preciso evitarlo.

—No acierto cómo.

—Principié diciendoos que se habla de ciertos amores...

—¿Se refieren á mi peluquero?—preguntó la condesa con una serenidad y sencillez admirable.

—Sí,—contestó el monarca algo turbado.

—¿Yqué dicen de esos amores?

—Señora...

—No puede ser mas sino que nos amamos.

—Como desde luego se comprende que es un mero capricho...

—Señor, los sentimientos mas íntimos del alma, las afecciones mas profundas y tiernas no son caprichos.

—¿Pero es cierto?...

—Es muy cierto que amo á Felipe Augusto.

—¡Ah!...

—Y que lo amaré...

—¿Os habeis rebajado?...

—Perdonad, señor, —replicó la condesa con alguna severidad, —yo no me rebajo nunca...

—¡Un barbero!...

—Sí, un barbero que ha sabido elevarse hasta mí.

—¡Basta, señora! —esclamó el monarca sin poder ya contenerse.—Estais manchando vuestro nombre...

—Mi nombre es mio, señor.

—¡Oh!...

—Soy absoluta dueña de mi corazon...

—Los escándalos se suceden cada dia.

—¡Escándalos!... Ninguno doy con amar dentro de los límites del decoro...

—Señora...

—Y si vusstra majestad se refiere al suceso de anoche.

—¿No lo ignorais?

—¿Cómo ignorar que se dieron cuchilladas á mi puerta?

—Sí á tales horas, en vez de escuchar romaces, hubiérais dormido...

—Así lo hubiera hecho, pero no pude acostarme porque esperaba á vuestra majestad.

El rey se mordió los lábios, apretó los puños y clavó una mirada penetrante en doña Ana.

Esta no se turbó.

—Señora, el barbero es un criminal.

—¡Un criminal!...

—Sí.

—Debe castigársele.

—Así se hará sin vuestro consejo y á despecho de vuestro amor...

—Mi amor no proteje crímenes, es un sentimiento noble, tierno y respetable.

—¡Sentimiento noble y respetable llamais al mas loco de los caprichos!—dijo el monarca, cuya cólera iba por instantes en aumento.—¡Sentimiento noble á lo que es motivo de la mas escandalosa murmuracion.

—Esa murmuracion...

—Acabaré con ella,—interrumpió Felipe IV, que habia perdido completamente la calma.

—Yo ganaré en ello.

—Los delincuentes recibirán castigo...

—En buen hora sea.

—Y vos, señora,—repuso el rey con creciente arrebato,—vos que habeis rebajado vuestra dignidad hasta mezclaros en intrigas ruines...

—Yo seré siempre quien soy, valdré lo que valgo,—replicó enérgicamente la condesa.

Y se puso de pié para evitar que el monarca le mandára levantarse.

—Sí, sereis una mujer vulgar en vuestros procederes.

—Quien tal piense se arrepentirá al saber que vuestra majestad me honra con sus visitas.

—¡Oh!—murmuró el rey con voz ahogada.

Y apretó los puños y se mordió los lábios con despecho.

—Si soy criminal,—repuso doña Ana,—que se me acuse, se me juzgue y castigue sin consideracion alguna.

—¿No habeis comprendido toda la gravedad de vuestra falta, de vuestro delito?...

—¿En qué consiste?

—¿Y me lo preguntais?

—Es natural.

—Señora, hablemos con calma...

—Ni la he perdido ni la perderé.

—Os dispensé anoche la honra de venir á visitaros...

—Y por honra grande lo tuve.

—Delante de vuestra casa encontré á un hombre.

—Que me ama, y pacíficamente, sin estorbar á nadie el paso, se entretenia en entonar un romance, lo cual no tiene nada de sorprendente. Ni él cantando, ni yo escuchando, cometiamos ningun delito, puesto que la cancion era honesta en sus palabras.

—Pero yo era el rey...

—Vuestra majestad era un hombre con el rostro oculto bajo la capa y el acero desnudo en la diestra.

—Otro acero se cruzó con el mio...

—Es infiel la memoria de vuestra majestad...

—¡Oh!...

—El cantor vió dos hombres que se detuvieron cerca de él, y los dejó, respetando el derecho que cualquiera tenia de pararse allí. Pero le mandaron alejarse, le amenazaron, le llamaron

cobarde y le enseñaron la punta de una espada. Entonces el músico defendió su vida y su honra, porque tambien los barberos tienen honra, y á los pocos instantes...

—Resistió á la justicia, que no era un embozado cualquiera, hizo armas contra los representantes de mi autoridad.

—Entregarse á los alguaciles que le acometieron, no era honroso ni justo...

—Era su deber...

—En ciertos casos, hay deberes cuyo cumplimiento suele considerarse como una mengua.

—¿Qué estais diciendo?...

—Que no todos los hombres cumplen con sus deberes.

—Señora,—repuso el monarca, esforzándose para dominar su arrebato,—no perdamos el tiempo en hablar de lo que no nos importa. La falta que habeis cometido no puede ir á otro tribunal que al de la razon, no puede haber para juzgarla mas que la conciencia.

—No os comprendo, señor.

—Sabiais anoche que yo vendria...

—Es verdad, así me lo habia anunciado vuestro escudero.

—Pues bien, señora, sin respeto á lo que soy, sin miedo á lo que valgo, intentásteis burlaros de mí...

—¡Burlarme!...

—Sí, de acuerdo con ese rapaz miserable, preparásteis una emboscada...

—Sucedió todo lo contrario, señor: á ese rapaz se le preparó una emboscada, aunque sin contar con su valor y su brazo...

—Habia escondidos cuatro hombres...

—Os equivocais: eran ocho alguaciles los que estaban ocultos, ocho para un solo hombre.

—Señora...

—Eso,—replicó doña Ana con una firmeza que rayaba en temeridad,—eso es lo que se llama traicion y cobardía.

—¡Señora!...

—Esa es la verdad...

—¡Oh!...

—La ayuda de los cuatro hombres llegó cuando no era necesaria, porque el barbero habia puesto ya fuera de combate á tres de sus enemigos.

—Cara habrá de costarle aquella sangre.

—¿Cómo y á qué venia vuestra majestad?

—Esa pregunta...

—Si como rey y á honrarme, con solo descubrir el rostro hubiera caido á vuestros piés el barbero.

—¡Como rey!...

—Si veníais como aventurero galan, debisteis haber peleado como hidalgo sin mas ayuda que la de vuestra espada y vuestro valor, sin esbirros que os guardasen ni favoreciesen.

—Basta, señora...

—No basta...

—Hablais al rey.

—Aquí, señor, soy la reina...

—¡Oh!...

—¿Quereis que yo pague vuestras culpas?

—¿No comprendeis el valor de vuestras palabras?—replicó Felipe IV.—Buscais vuestra perdicion...

—A mí, señor, no se me puede fácilmente encerrar en un calabozo como al barbero, ni se me pueden armar emboscadas de alguaciles.

—A vos,—dijo el rey, poniéndose de pié,—alcanza mi enojo como al último de mis vasallos.

—Pero aun no sé en qué consiste mi delito.

—En cambio sabreis cuál es vuestro castigo.

—Lo deseo.

Felipe IV quedó silencioso por algunos instantes; pareció calmar su agitacion y dijo con acento grave:

—Señora, estoy resuelto á cortar de una vez los escándalos.

—¿Tendrá mi corazon que pedir á vuestra autoridad licencia para amar?—replicó la condesa con ironía.

—No os prohibiré amar, pero quitaré la ocasion de que en vuestra calle se repitan escenas como la de anoche. Hoy no se habla de otra cosa en la córte.

—No es mia la culpa, sino de quien provocó la disputa con el barbero.

—Bien, pero si por vos no fuera...

—Es verdad, señor; yo soy la causa de todo porque he preferido vuestro ódio á vuestro amor, porque he creido que la venganza de vuestra vanidad ofendida me honraba mas que vuestros obsequios...

—¡Doña Ana!...

—¿Habiais pensado que todos los corazones se rendirian al brillo de una corona?

—¡Y os escucho!...

—Se me dijo que vendriais, no como rey para honrarme, sino como galan para manchar mi honra...

—¡Basta!—exclamó Felipe IV, otra vez arrebatado por la ira.

—¡Ah!... Echadme ahora en cara mi amor porque lo puse en un hombre de humilde cuna: veamos, señor, lo que es mas escándalo, qué es lo que mas debe temerse, si el que me llamen esposa de un barbero ó querida de un rey.

—Ni lo uno ni lo otro será.

—Lo primero sí, á despecho de todo vuestro poder...

—El barbero irá á un calabozo de donde no saldrá jamás, y vos...

—¿A dónde?

—A un convento á vivir humildemente hasta que se haya curado vuestra locura.

—¡A un convento!...

—Sí.

—Bien, señor: hoy mismo, si así lo manda vuestra majestad...

—Hoy, doña Ana, hoy... dentro de dos horas.

La condesa no respondió, sino que acercándose á una mesa,

agitó una campanilla de plata que habia sobre un platillo del mismo metal.

—¿Qué haceis, señora?—dijo el rey, cuyas rojas mejillas palidecieron repentinamente.

Un criado se presentó.

—Mi coche,—le dijo la dama,—y que me traigan un manto.

—¡Señora!...

—¿A qué convento he de ir?

—¡Oh!...

—Si vuestra majestad quiere darme la órden de mi prision, yo misma la llevaré.

El rey no pudo contestar: sintióse medio ahogado por el coraje.

—Ahí está vuestro escudero y confidente favorito,—añadió la condesa:—puede acompañarme si temeis que no me presente en el convento.

—Doña Ana...—balbuceó el rey.

—Aquí tiene vuestra majestad lo necesario para escribir...

—¡Oh!—exclamó Felipe IV, clavando una mirada terrible en la condesa.—Preciso es que sepais quién soy... Os arrepentireis, pero será tarde.

Y sentándose delante de la mesa, escribió una carta, ó mejor dicho, órden de prision de doña Ana, dirijida á la superiora de las *Descalzas Reales*.

—Allí,—dijo para sí el monarca mientras escribia,—podré hacerle sentir mejor mi castigo; pero Isabel irá mañana á Santo Domingo, porque seria peligroso que estuviesen juntas.

Y luego añadió en voz alta:

—Tomad, señora: esta carta os abrirá las puertas del convento...

—Me abrirá la puerta de una celda y me cerrará las del monasterio...

—Ese será al resultado...

—¿Y he de ir?...

—A Santa Clara, vulgo *Descalzas Reales*.

Doña Ana miró atentamente el rostro de Felipe IV como si quisiese adivinar el plan que meditaba. La eleccion del convento donde estaba Isabel no era casual y debia tenerse muy en cuenta.

—Allí estareis bien, —añadió el monarca.

—¿He de ir sola?

—Sí, porque estoy seguro de que cumplireis mi mandato.

—Os lo juro por mi amor: antes de media hora estaré en el convento...

—No hay para qué os deis tanta prisa...

—Ningun preparativo tengo que hacer.

—Siento, señora, haberme visto obligado...

—Perdone vuestra majestad, —interrumpió la condesa: —tras la sentencia no debe el juez dar escusas...

—Esa leccion...

—Es una advertencia...

—Que haceis á mi dignidad...

—Sí, señor.

—Acordaos de este dia.

—No lo olvidaré.

—¡Oh!... Guárdeos el cielo, —dijo el monarca.

Y salió del aposento sin mirar á la condesa.

—Vamos, —dijo al escudero al llegar á la antesala.

Y cuando estuvieron en la calle, antes de entrar en el coche, añadió:

—Hernando, ocúltate por aquí, y cuando la condesa salga, síguela: si va al convento de las *Descalzas*, déjala; pero sí se dirije á otra parte...

—Comprendo, señor.

Hernando fué á ocultarse tras una esquina.

Felipe IV entró en el coche.

—A palacio, —dijo.

Y con el rostro contraido y pálido como el de un cádáver, se recostó en los blandos almohadones, cruzó los brazos y dejó caer sobre el pecho la cabeza.

Nunca habia sufrido tanto su amor propio. Entonces sí que podia ya asegurarse que habia desaparecido su pasion.

Entre tanto se preguntaba el escudero:

—¿Qué debo hacer? Para seguir con exactitud las órdenes del hombre de los anteojos, no deberia moverme de aquí; pero tal vez él no haya previsto lo del convento... y podria ser conveniente... ¡Oh!... No me muevo de aquí suceda lo que suceda. En esta ocasion voy á tener una prueba de lo que vale el de los anteojos.

Pocos minutos despues se detuvo á la puerta de la casa el carruaje de la condesa, y esta entró en él sola.

Crujió el látigo del cochero, y las dos blancas y corpulentas mulas que arrastraban el pesado vehículo, partieron hácia la calle de la Almudena.

El camino era el del convento.

La condesa cumplia su palabra y obedecia la órden de Felipe IV.

CAPITULO LXXVIII.

Plan del rey para acabar con la intriga y los intrigantes.

Cuando Hernando vió entrar en el convento á doña Ana, cerrarse tras ella la puerta y alejarse el coche, comprendió que nada tenia ya que hacer para dejar cumplida la órden del rey.

—¿Y ahora?—se preguntó.—¿Iré á ver al de los anteojos ó á su majestad? La prudencia aconseja lo primero, pero es posible que el rey estrañe mi tardanza, aumenten las sospechas y la situacion agrave, lo cual disgustaria al misterioso hombre de los anteojos.

Meditó el escudero algunos instantes sin rosolverse y murmuró:

—¡Vive el cielo!

Luego cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Pocos segundos despues sintió que por detrás le tocaban en un hombro; se estremeció como el que vuelve en sí de un letargo, miró atrás y se encontró con el doctor Cañete.

LÁMINA 16.—Pocos segundos despues sintió que por detras le tocaba el hombre de los anteojos.

—Esa actitud, —dijo el médico en voz baja y con pausado acento, —es sospechosa en vos.

—¡El cielo os envia!

—Sí, para advertiros que estais cometiendo una imprudencia.

—¡Una imprudencia!

—¿Qué diria el rey si supiera que despues de seguir á doña Ana os quedais pensativo?

—¿Qué habia de pensar?

—Que meditábais sobre la conducta que debiérais seguir, pues para obedecer sus órdenes no necesitábais pensar.

—Sí, pero...

—¿Dudábais?

—Dudaba, amigo mio.

—¿Cuál era vuestra duda?

—Si encaminarme á palacio para decir al rey que la condesa quedaba en el convento, ó ir á daros aviso de lo que sucedia.

—No ignoro lo que sucede.

—¡Ah!...

—Doña Ana se ha portado como quien es, y su majestad la castiga encerrándola en el convento.

—Así parece...

—Así es.

—No me atrevo á decir si hemos ganado ó perdido.

—Un resultado parecido esperaba yo, pero no este, y aunque algo trastornó mis planes, saldremos bien en la empresa porque confio que me ayudará la casualidad mi protectora y el doctor Cañete mi amigo,

—¡El doctor Cañete!...

—El rey os espera, señor Hernando.

—A verlo voy; pero antes decidme qué he de hacer cuando me despida.

—Observar, si os es posible quedaros en palacio sin llamar la atencion.

—Así lo haré.

—No es posible que el rey deje por muchos dias, y aun quizás horas, que la condesa y doña Isabel estén juntas, ó de lo contrario, medita algun plan que no habeis adivinado.

—Ya os he dicho que me oculta hasta sus mas insignificantes pensamientos, á la vez que aparenta y quiere hacerme creer que nunca ha tenido mas confianza en mí.

—Mejor.

Hernando se encogió de hombros.

—¿Nada mas teneis que advertirme?

Nada.

—¿Dónde os veré?

—En mi casa.

—Que Dios os guarde.

—Y á vos os dé acierto,—dijo Cañete.

Y tomó camino opuesto al de Hernando.

Este se dirigió al alcázar real, pensativo y triste porque á pesar de la confianza que le inspiraba el doctor, no estaba tranquilo.

—¡Oh!—decia para sí.—Bueno seria que despues de tanto trabajar y arriesgarse me viera obligado á declarar la verdad al rey sin poder justificar mi conducta ni probar satisfactoriamente que Felipe es mi hijo. ¡Vive Dios!... Noche fatal aquella de las desgraciadas equivocaciones, y mas desdichada aun la hora en que yo renuncié al título de padre. ¡Ah!... Mi pobre Catalina, que debe estar en el cielo, no pudo nunca acostumbrarse á no llamar hijo á nuestro Felipe... En fin, así lo quiso mi mala ventura y no hay mas que tener paciencia. Esta situacion no puede durar mucho, y me alegro, porque bien ó mal deseo salir pronto de ella.

Esperaba el monarca á su escudero con toda la impaciencia de au enojo, no satisfecho aun. Su rostro estaba contraido y su mirada era sombría como al separarse de doña Ana.

—¿Está ya en el convento?—preguntó á Hernando.

—Sí, señor.

—¿Te ha visto?

—Puedo asegurar que no.

—Bien, pues déjame, y de aquí á la noche, no descanses un momento hasta averiguar algo sobre el paradero de Canuto.

—Señor, obedeceré á vuestra majestad, pero seguro de no adelantar nada.

—No importa.

—¿Qué me ha quedado por hacer? Nada, señor.

—¡Oh!... Es la primera vez en tu vida que encuentras imposibles.

—Desgraciadamente es la segunda,—respondió el escudero,—porque tampoco pude adelantar nada con respecto al hombre de los anteojos.

—Veo que es tu pesadilla...

—Y lo será eternamente, porque creo que todo lo malo que sucede hace algun tiempo es obra suya.

—Lo que yo creo, Hernando,—dijo el monarca con marcada intencion,—es que cerca de mí, muy cerca hay algun traidor.

—¡Oh!... Si vuestra majestad sospechára siquiera quién es y lo señalára, no tardaria mucho en recibir el castigo que merece.

—No me bastan sospechas, quiero pruebas...

—La conducta del peluquero...

—Estoy casi convencido de su inocencia.

—Sin embargo, en lo de los amores de su sobrino engañó á vuestra majestad.

—Ese es otro misterio que no podemos esplicar. Ten por seguro que tú debes ser el engañado por el estudiante.

—Nada me atrevo á asegurar despues de lo que ha sucedido, porque yo dudo, señor, hasta de mi existencia.

—¡Oh!...

—Pero todas las apariencias condenan á Canuto.

—¡Apariencias!... Una vez te engañó el estudiante y hubieras jurado que él era el amante de doña Ana. ¿Por qué no ha de haberte engañado dos con el fin de hacer que Canuto apareciese culpable? Buscad,—añadió el monarca con tono que no daba lu-

gar á réplica, —busca al peluquero y encuéntralo, que así lo quiero.

Hernando inclinó la cabeza y se despidió del rey sin replicar.

—¡Vive Dios! —esclamó, apretando con rábia los puños cuando estuvo fuera del alcázar. — ¡Y aun me dirá ese brujo de los anteojos que no me acuerde de Canuto!... Veremos cómo me saca del compromiso.

Y se dirijió á casa de Cañete.

Empezaba á sucederle á Hernando lo que al peluquero, que no sabia por qué ni en favor de quien trabajaba, y sin embargo le era imposible escusarse por mas que comprendiera que se comprometia, esponiéndose á perder mucho con la esperanza remota de ganar poco.

Por su parte el monarca se habia decidido á concluir de una vez aquel enredo y salir de dudas, castigando sin compansion á los autores de intriga tan estraña. Se habia apurado su paciencia, y aunque no, su amor propio herido, su dignidad ultrajada, era motivo suficiente para que no dilatase por mas tiempo la terminacion de tan desagradable asunto.

—Ni un dia, ni una hora,—dijo mientras paseaba en su aposento.

Y despues de meditar largo rato, añadió:

—Ya tengo mi plan. Hoy prepararé la traslacion de mi hija á Santo Domingo, y mañana saldrá de Santa Clara. El barbero intentará ver á la condesa, porque es mozo atrevido, y tenaz; el convento estará espiado noche y dia, y su mismo arrojo lo perderá. En cuanto á Hernando, si es traidor, ó abandonára su criminal empresa, ó caerá en el lazo que pienso tenderle. ¿Y Canuto?... ¡Oh!... Canuto me serviria en esta ocasion como nunca, y por eso lo habrán hecho desaparecer: estoy seguro de que al pobre lo tienen encerrado y lo dejarán libre cuando todo haya concluido, sino que lo asesinan para desahogar su desesperacion al verse derrotados. ¡Oh!... Si tal sucediera, juro que ha de costarles cara, muy cara la vida de mi infeliz peluquero.

Dejóse caer el monarca en un sillon, limpióse el sudor que

corria por su pálida y contraida frente, y exclamó despues de algunos instantes:

—¡Ah!... Me han hecho sufrir mucho, pero no se gozarán en su triunfo. Hoy veré á la abadesa de Santo Domingo; mañana sacaré á mi hija de las Descalzas, y al dia siguiente... ¡Ah! —añadió Felipe IV, sonriendo con amargura.—Al dia siguiente haré una visita á doña Ana para preguntarle si se encuentra bien... No levantará la cabeza con tanto orgullo como hace dos horas, porque el castigo pesa y hace doblar la frente mas altiva.

Tal era el plan del monarca, plan que debia poner en un aprieto al doctor Cañete que no contaba con que Isabel fuera trasladada al convento de Santo Domingo. Iba á perderse todo lo que se habia trabajado; de nada serviria la llave del postigo del monasterio, conquistada tan hábilmente y con tan grave riesgo.

Lo peor de todo era que el rey estaba resuelto á obrar por sí solo, guardando el mas profundo secreto sobre su plan, de manera que cuando nuestros amigos fuesen á buscar á Isabel, se encontrarian sin ella, y además sorprendidos por los espías del monarca.

Despues de combinado el plan, pensó Felipe IV en la manera de ponerlo en ejecucion con mas disimulo, y al fin le ocurrió una idea que tuvo por feliz, si la casualidad le ayudaba.

—No seria cosa tan estraña,—dijo.—¿Y quién sospecharia? Nadie, porque no es la primera vez que he hecho lo mismo sin que llame la atencion de nadie.

Y agitó la campanilla de oro que tenia sobre la mesa.

Entró un gentil-hombre.

—¿Sabes,—le preguntó el monarca,—dónde está hoy el jubileo?

—Lo preguntaré, señor.

—Sí, pregúntalo.

El gentil-hombre salió, y pocos momentos despues volvió, diciendo:

—En Santo Domingo el Real, señor.

—¡Ah!—exclamó el rey, disimulando apenas su alegría.—Bien... Cuarenta horas en Santo Domingo...

—Así lo asegura Pacheco que está bien enterado, porque no falta ningun dia...

—Y hace bien en no faltar. Yo, con las graves ocupaciones de estos dias... Pero hoy lo compensaré.

—Si ha de prepararse algo...

—Sí, sí, iré hoy al jubileo, y llevaré á las buenas madres algun regalo... Ya pensaré lo que ha de ser; pero decididamente iré.

—Bien, señor.

—Saldré á las cuatro.

Volvió á quedar solo el monarca y exclamó:

—¡Ah!... ¡Casualidad protectora!... Está visto, la fortuna, que me habia vuelto la espalda, se ha cansado de mis enemigos y vuelve á favorecerme. ¿Qué mas puedo pedirle?

CAPITULO LXXIX.

Preparativos.

No bien amaneció el siguiente dia, cuando Hernando y su hijo corrieron afanosamente en busca del doctor Cañete.

Este y Felipe Augusto se habian levantado ya, y no les sorprendió la visita, porque en la situacion en que se encontraban, era lo natural que todos se apresurasen á consultarse, comunicarse noticias y tratar sobre lo que debian hacer.

El rostro del barbero estaba contraido, sus ojos brillaban con todo el fuego de su mal contenida ira, y en todas sus palabras dejaba entrever el impaciente deseo de luchar, porque para su alma ardiente era una necesidad la lucha en todas las situaciones, y con doble razon en la que se encontraba. Nunca hubiera amado á la condesa á no tener ante sí obstáculos que vencer, empezando por la precision de salvar la distancia que le separaba de la noble viuda, y concluyendo por tener que probar, á una mujer como aquella, que no era un hombre á quien se podian echar en cara las vulgaridades y miserias de los demás. Felipe Augusto luchó, pues, y sus fuerzas crecieron cuanto mas se aumentaban los inconvenientes. Lo que no adquiria en fuerza de un combate

rudo, lo despreciaba; ningun valor tenia para él lo que sin ningun trabajo podia lograr.

Felipe, por el contrario, dotado de un espíritu tranquilo, de un carácter dulce, luchaba, es verdad; pero ante ciertos obstáculos, no por cobardía, sino por principios, se detenia, callaba, sufria y hubiera muerto sin exhalar una queja. En ciertas situaciones, la resignacion era su arma poderosa y con ella se combatia á sí mismo antes que combatir la desgracia que le amenazaba ó le heria. En momentos dados, su ardimiento y su arrojo rayaban en locura, pero como el relámpago, era su enerjía tan ardiente como pasajera. Por eso no debe estrañarse que aquella mañana se le viese pálido y ojeroso, fuese su mirada triste, sus ademanes lánguidos y sus palabras, mas que amenazantes, amargas.

El barbero estaba devorado por su coraje y su desesperacion rabiosa.

Felipe, agoviado por la tristeza y el dolor mas profundo.

El rostro de Hernado estaba tambien descompuesto, pero en sus miradas inquietas, mas que otra cosa, se pintaba el terror. Era padre, y cuando se trata de la felicidad y de la vida de un hijo, todo infunde miedo á los padres, aunque un miedo que acrecienta su valor hasta la fiereza.

Contra su costumbre, parecia algo pensativo el doctor Cañete: sin embargo, conservaba su calma y la frialdad real ó aparente, que le daban superioridad tan ventajosa sobre los demás.

Por espacio de algunos instanes se miraron unos á otros sin pronunciar una palabra, luego abrieron todos á la vez la boca para hablar, pero adelantándose Cañete, preguntó al escudero:

—¿Qué teneis que decirme?

—Anoche vine,—respondió Hernando,—y no os encontré...

—Tuve el capricho de tomar el fresco hasta que amaneció,—replicó con calma el médico.

—No perderíais el tiempo...

—Lo aproveché mas por la tarde.

—¡Ah!... Esplicáos.

—Os toca á vos, señor Hernando. ¿Visteis al rey?

—A las diez.

—¿Le disgustó que no le diéséis noticias del peluquero?

—Mucho.

—¿Qué os dijo?

—¿Quereis que repita sus mismas palabras?

—Sí.

—Fueron estas: «Hernando, si te mueres, difícilmente encontraré un escudero, no mejor, sino tan bueno como tú.»

—Lo cual significa...

—Está muy claro, que no sirvo para nada, que no soy para él mas que meramente un escudero leal y obediente.

—Lo habeis comprendido,—dijo el doctor con calma.

—¡Vive el cielo!... ¿Podia dudarse?

—¿Y estais por eso pesaroso?

—Vos me direis si debo estarlo: tal se ha puesto el enredo que ya no sé decir lo que es bueno ó malo.

—Será preciso buscar á Canuto para que os tranquiliceis.

—¡Ah!—exclamaron á la vez Hernando y su hijo.

—Calma, señores.

—Pero...

—Decidme lo demás que sepais...

—Nada, absolutamente nada: fué muy corta mi entrevista con el rey...

—Lo sé.

—¡Que lo sabeis!...

—Sí, os ví entrar y salir en el alcázar.

—¿Y no me hablásteis?...

—¿Quién sabe si os espiaban por órden de su majestad? Llegásteis tarde á palacio.

—No os comprendo.

—Ayer salió el rey en coche.

—Sí, me dijeron que habia ido á rezar...

—Es muy buen cristiano.

—¿Acaso sospechais?...

—Sí, sospecho que fué á Santo Domingo para tratar con la abadesa algo que pueda interesarnos.

—¡Oh!...

—Tal vez piense su majestad llevar allí á su hija.

—¡Dios mio!—exclamó Felipe.

—Pero hasta ahora no la ha llevado.

—Es preciso...

—¿Espiar al rey?

—Sí.

—Lo está.

—Bien, bien, y...

—He observado que el convento de Santa Clara está tan bien guardado como el alcázar.

—Mejor,—dijo Felipe Augusto.

—¿Por qué es mejor?—preguntó Hernando.

—Porque cuando llegue el momento decisivo encontraré con quién luchar y desahogaré el coraje que me atormenta.

—Aprovechad, pues la primera ocasion que se os presente, porque mañana no tendreis enemigos que combatir, sino amigos á quienes abrazar.

—¿Acaso hoy?...

—Todo quedará concluido,—dijo Cañete.

Un grito unánime dejaron escapar Hernando, su hijo y Felipe Augusto.

—Preparaos pues,—añadió el doctor.

—¡Ah!... ¡Que nos preparemos!...

—Esta noche...

—¿Qué sucederá?

—Iremos al convento por la condesa y doña Isabel.

—¿Y mi padre?—preguntó Felipe Augusto sin acordarse de la reserva que sobre su nacimiento le habia encargado el doctor.

—Vuestro padre,—dijo este con acento muy significativo para el jóven,—aprobará lo que yo haga.

—¡Su padre!—dijo Hernando sorprendido.

—Sí.

—¿Pues no sois huérfano?

—Es un secreto, —repuso el doctor, — como los demás que tendrán su esplicacion en breve. Por ahora contentaos con saber que el señor Felipe Augusto es sobrino del peluquero de su majestad.

—¡Otro misterio! — dijo para sí Hernando.—Si no faltaran tan pocas horas para que todo se aclarase, de seguro se me acabaria la paciencia.

—¿Os dá que pensar?—repuso Cañete.—Asunto es que os interesa por las relaciones que teneis con la familia del señor Felipe Augusto.

—No os comprendo...

—Amigo mio, tambien Canuto tenia sus secretos, y le convenia decir que el señor Felipe Augusto habia perdido á sus padres.

Hernando quedó pensativo.

El barbero y Felipe se miraron sin acertar á esplicarse el por qué, y como si se interrogasen.

—Ha llegado el gran dia, —repuso el médico.

—¡Ah! —exclamó el escudero.

—Convengamos en lo que hemos de hacer.

—Sí, sí...

—Escuchadme con atencion.

Todas las miradas se fijaron en Cañete.

—Vos, señor Felipe Augusto, no os movais de aquí.

—Bien.

—Vosotros, —añadió el doctor dirigiéndose al escudero y su hijo,—hareis de modo que no falte uno en palacio para observar.

—Es fácil hacerlo así.

—Y entre tanto mi vecino *Culebra* y yo alternaremos vigilando fuera del alcázar.

—¿Y el convento?

—Nada tenemos que hacer en él hasta la noche.

—¡La noche! —repitió Felipe exhalando un suspiro y elevando al cielo una mirada.

—¡Oh! —exclamó Felipe Augusto, apretando los puños.— Esta noche...

Y sus negras pupilas despidieron dos centellas.

—Sí, esta noche, —dijo Cañete, —á menos que doña Ana, despues de haber conferenciado con doña Isabel, crea prudente dejarlo para otro dia.

—¿Y cómo lo sabremos?

—¿No habiais pensado en eso hasta ahora?

—¡Vive el cielo!... Teneis razon...

—Pero doña Margarita, para quien las puertas del convento no están cerradas...

—Si no se os ocurre otra cosa, señor Hernando, —dijo Cañete con acento medio burlon, —bien poco adelantaremos.

—¿Acaso?...

—¿No pensais que nuestro plan es un secreto para doña Margarita?

—¡Oh!... ¡Torpe de mí!...

—¿Y qué haremos?

—Hecho está lo que conviene.

—Esplicaos...

—Entre la ropa que han llevado de su casa á la señora condesa, ha ido una carta mia, oculta entre el forro de un vestido, y de la misma manera, en la ropa que ha devuelto, porque no habia de usarla en el convento, habrá venido ó vendrá una carta suya.

—¡Ah!...

—¿Y habrá tenido con qué escribir?—preguntó Felipe Augusto.

—Sí, —respondió Cañete, —porque ya fué prevenida de papel y un lapiz.

—Caballero, —dijo Hernando, —nada valemos comparados con vos...

—Todo esto, que tiene sus peligros, pudiera haberse escu-

sado si la noche que fué al convento doña Isabel hubierais dejado al señor Felipe Augusto que averiguara la celda que destinaban á la jóven.

—Por evitar un mal...

—Nos habeis hecho caer en otro peor.

—Perdonadme...

—No hablemos de eso. Supongo que ya no desconfiareis de mí...

—¡Ah!... Mandadme hacer lo que mas contrario parezca á la realizacion de mis deseos, y me vereis obedecer sin vacilar, sin haceros una sola pregunta.

—No de otro modo podrán ser felices estos jóvenes, hasta ahora juguetes de la caprichosa fortuna.

—Continuad, pues, disponiendo...

—Nada mas tengo que deciros, porque es escusada la advertencia de que vengais á participarme cualquiera cosa que ocurra.

—¿Con que ahora?...

—Cada cual á su puesto.

—¿Y si nada de particular sucediese?

—Todos aqui á las once y media de la noche.

—¡Dios nos proteja!—exclamó Felipe poniéndose de pié.

—¡Oh!—murmuró el barbero con voz reconcentrada.—Triunfaremos ó moriremos.

—Sí

—Que el cielo os guíe,—dijo Cañete con su calma habitual.

Y estrechó las manos del escudero y su hijo, que salieron con el pecho palpitante y la cabeza ardiente.

Media hora despues salió tambien el doctor para ir á ver á *Culebra* que espiaba cerca del alcázar real, y despues de hablar con él largo rato, se dirijió á casa de la condesa.

Una doncella de esta, que si de traviesa tenia mucho, no tenia nada de tonta, recibió al médico, entregándole un papel.

—¿Nada mas?—preguntó el doctor.

—Nada, —contestó la doncella.

Cañete desdobló el papel y leyó lo siguiente, escrito con lápiz:

«Esperaremos á las doce.

«La cuarta puerta á la derecha en la primera galería que encontreis á la izquierda despues de subir.

«Sobran ánimos á mi compañera: es una mujer sin igual.

«Decid á Felipe Augusto que nada, absolutamente nada me arredrará.

«Estamos muy vigiladas, pero no importa.»

No decia mas el papel, pero era bastante para el doctor.

—Gracias, —dijo este guardando la carta.—Eres fiel y astuta, Lucía, y no quedarás sin recompensa.

—¿He de hacer algo mas?

—No acostarte esta noche por si viene tu señora.

—Descuidad.

Cañete salió, y mientras se dirijia á su casa, dijo para sí:

—Bien, solo me falta ocuparme del buen Canuto. ¡Ah!..... se acerca la hora de mi triunfo... Ya era razon... ¡Diez y ocho años!... No se me acusará de falta de paciencia. Quiso el astuto y hábil cortesano burlarse del pobre médico; pero no pensó que este habia sido estudiante en Alcalá y Salamanca, donde habia comido mucha sopa de los conventos.

CAPITULO LXXX.

De cómo el peluquero salió de su prision.

A las seis de la tarde entraba el doctor Cañete en la lóbrega habitacion de *Cain*.

—¡Por Satanás!—exclamó al ver al médico.—Me habeis hecho pasar un dia de todos los diablos, teniéndome aquí metido.

—¿Y el preso?

—No tengais cuidado por él.

—¿Está mas contento?

—Ayer y hoy ha comido lo que parece imposible que quepa en cuerpo humano, y ha dormido á pierna suelta. ¡Por el infierno!... He gastado en los dos dias cuatro ducados, porque no ha querido sino pollas asadas, jamon, vino añejo y otras cosas por el estilo.

—Bien.

—Y cuando las ratas lo dejan tranquilo, canta y rie con el mayor contento.

—Dáme la llave.

—Tomad.

Cañete se acercó á la puerta del encierro de Canuto y escuchó.

—Se pasea, —dijo, —tal vez impaciente porque no he venido ya.

Y abrió, entrando apresuradamente.

—¡Señor Canuto! —dijo.

Este dejó escapar un grito de alegría, sacudió su larga nariz, y levantando los brazos con ademan cómico, preguntó:

—¿Venís por mí?

—Sí, amigo mio.

—¡Dios os bendiga!...

—Y no hay que perder tiempo.

—Ahora mismo.

—Los enemigos del rey ganan terreno y triunfarán...

—¡Oh!...

—Esta noche, es decir, dentro de algunas horas...

—¿Qué sucederá?

—Irán al convento.

—¡Santo Dios!

—Allí está tambien la condesa de Fuensanta desde ayer.

—¡La condesa! —repitió Canuto, cada vez mas sorprendido.

—Sí, encerrada de órden del rey, que se ha visto obligado a castigarla. El escándalo que últimamente se dió en la calle del Sacramento ocupa hoy la atencion de todo el mundo.

—¿Y Felipe Augusto?

—Tambien irá al convento por doña Ana, con el hijo del rey y el escudero.

—¿Qué va á suceder?... ¡Ah!... ¿Qué va á suceder, amigo mio?

—Una cosa horrible...

—¡Muy horrible! —exclamó el peluquero, limpiandose el sudor que corria por su frente y agitando la nariz.

—Solo vos podeis evitar...

—Y lo evitaré.

—Vuestra fortuna...

—Y mi conciencia.

—Pero es preciso obrar sin consideracion.

—¡Consideraciones!

—Habeis de decírselo todo al rey.

—Sí, todo, y que pague cada cual su delito. Para ninguno habrá compasion.

—Ni el escudero, ni Felipe Augusto...

—Ninguno se escapará.

—Eso es; vos sois primero.

—A nadie conozco. ¡Oh! —exclamó el peluquero con sentencioso tono. —¡La justicia tiene los ojos vendados.

—Por eso, —dijo Cañete para sí —suele andar desacertada.

Y luego añadió en voz alta:

—Si veis que su majestad, para frustrar los planes de sus enemigos, se inclina á sacar del convento á su hija antes que vayan por ella, hacedle comprender que de este modo perderia la ocasion de conocer á los traidores.

—Pero bien puede sacarla primero, y despues...

—No, porque así que ellos supieran que doña Isabel no estaba en el convento, no se presentarian.

—Sacandola sigilosamente...

—El rey tiene un espía.

—¡Oh!...

—¿Habeis olvidado lo de la llave?

—Es verdad... La indignacion me tiene aturdido: no estrañeis...

—Vamos, pues, señor Canuto.

Este se puso su capa y su sombrero, y dijo con la entonacion sublime que en los lances de apuro daba á sus palabras:

—¡Canuto del Rincon, vas á representar un gran papel; no desmientas tu ingenio ni tu valor, pregonados por la fama!.... ¡Adios, sombrío calabozo, donde me encerraron la traicion y el miedo, te dejo mis suspiros, me llevo tu recuerdo!...

—Que el tiempo vuela, —interrumpió el doctor, que apenas podia contener la risa.

—¡Adios para siempre!—exclamó el peluquero.

Y sacudiendo con fuerza su descomunal nariz, se embozó en la capa y siguió al médico.

—Señor Cain, os perdono,—dijo al pasar junto al asesino.

—Lo mismo me dá,—respondió este encogiéndose de hombros.

Salieron á la calle.

—¿A dónde vamos?—preguntó Canuto.

—A palacio.

—Sin lavarme ni peinarme...

—No importa.

—Sucio y roto...

—Cada momento es un tesoro.

—¿Y qué hareis vos?

—Dejaros en la puerta del alcázar.

—¿Cuándo volveré á veros?

—A la noche, en el convento.

—¡En el convento!

—Allí me encontrareis si vais con su majestad.

Con sorpresa del doctor no hizo mas preguntas el peluquero.

Redoblaron el paso y en pocos minutos llegaron al alcázar.

—Dios os dé acierto,—dijo Cañete.

—Y á vos os bendiga,—contestó Canuto.

Desapareció el doctor.

El peluquero, en estremo agitado, y con el rostro pálido y descompuesto, entró en la morada real.

Empezaba á ponerse el sol.

—¿De dónde salís, señor Canuto?

—¿Cómo tan despeinado y sucio?

—¿Qué os ha sucedido?

—Pasais como si no me conocieseis.

Estas y parecidas preguntas y observaciones oyó el infeliz peluquero al subir escaleras y atravesar galerías y aposentos. Empero á nadie respondió ni miró, sino que, apresurando cada vez mas el paso, no se detuvo hasta llegar á la cámara del monarca.

—¿Y su majestad?—preguntó á los gentiles-hombres y ujieres de servicio.

—¡Señor Canuto!—exclamaron estos.

—¿Y su majestad?—volvió á decir el peluquero con impaciencia.

—¿Pero qué os ha sucedido?

—No me detengais, os lo ruego...

—Su majestad está solo, pero vá á salir.

—No importa.

—Está de mal humor...

—¡Oh!... Avisadle mi llegada, ó entraré sin esperar.

—Mucha prisa es esa...

—Negocios de Estado...

—Esperad.

Pocos instantes despues entraba Canuto en la réjia cámara.

—¡Ah!—exclamó el monarca.—¡Canuto, mi buen Canuto!...

—¡Justicia, señor, justicia!—dijo el peluquero dejándose caer de rodillas.

Y agitó la nariz y fijó en el rey una mirada suplicante.

—Alza... ¿Qué te ha sucedido?

—Me han sorprendido traidora y cobardemente al salir de mi casa, y me han tenido encerrado en un oscuro calabozo, entre ratas é insectos asquerosos y dañinos, sin cama ni casi alimento...

—¡Oh!... ¿Y quién ha sido el miserable que ha cometido tal infamia? ¿Con qué fin y cómo te has librado?

—¿Quién ha de ser? Los enemigos de vuestra majestad que han tenido miedo á mis revelaciones. Pero no contaron con el hombre de los anteojos verdes, que es el que me ha sacado de mi encierro y me ha referido cuanto ha pasado.

—¡El hombre de los anteojos!... Ya te engañó una vez.

—¡Engañarme!... No, señor: me ha esplicado por qué no sorprendió aquella noche vuestra majestad á los traidores...

—¿Pero quiénes son esos traidores?

—El escudero Hernando, mi sobrino, es decir, el que ha pasado por sobrino mio, pero que no es mas que un desdichado á quien recogí en la calle acabado de nacer.

—¿Otro secreto?

—El ingrato, que me debe la vida, el pan que ha comido y los paternales cuidados que le he prodigado... ¡Hora desdichada aquella en que lo encontré en brazos de un hombre á quien acababan de matar en la calle de Milaneses, junto á un guardacanton!...

—Bien, Canuto, lo mismo dá, —interrumpió el monarca.— ¿Qué te ha dicho el hombre de los anteojos?

—Lo que ha sucedido en la calle del Sacramento, y la prision de la condesa de Fuensanta...

—¿Nada mas?

—¡Oh!... Cosas muy importantes...

—Repítelas, pero sé breve.

—Señor, los enemigos de vuestra majestad tienen una llave del postigo del convento de Santa Clara...

—¡Una llave!—repitió sorprendido el rey.

—Daré pruebas á vuestra majestad...

—Sí, sí, pruebas,—dijo afanosamente el monarca.

—¿Ha ido vuestra majestad solo una noche al convento?

—Sí.

—¿Entró vuestra majestad por el postigo, valiéndose de una llave que llevaba?

—Sí.

—¿Y al salir lo sorprendieron dos hombres, llamándole ladron y seductor?

—¡Oh!—exclamó el monarca, levantándose como si un resorte lo hubiese despedido del sillon.—Todo eso es verdad..... ¿Quiénes eran aquellos hombres y con qué fin se me acercaron?

—Mientras vuestra majestad se batia con uno, el otro moldeaba en cera la llave...

—¡Vive el cielo!...

—Se finjió muerto el que peleaba...

—¡Se burlaron de mí!—exclamó Felipe IV, apretando los puños con desesperacion.—¿Pero quiénes eran?

—El que moldeó la llave, mi sobrino, es decir...

—¡Siempre ese rapaz miserable!...

—Otra prueba, señor,—repuso el peluquero.

—Prosigue...

—Pregunte vuestra majestad á los criados que llevaron la litera en que fué doña Isabel, si pocos minutos despues que vuestra majestad entró en el convento, salió por el postigo un embozado...

—¿Era tambien el barbero?

—Sí, señor, que estuvo hablando con el traidor Hernando, y fué á dar aviso al amante de doña Isabel...

—¡Tengo pruebas, tengo pruebas!—exclamó el monarca, cuyos ojos brillaron como dos luces.

—Otra puede tener vuestra majestad.

—¿Cuál?

—Esta noche á las doce...

—¿Qué ha de suceder?

—El escudero, Felipe Augusto y el amante de doña Isabel irán al convento por esta y doña Ana.

—¡Oh!...

—Puede sorprenderlos vuestra majestad.

El rey quedó silencioso, dió algunos paseos por la habitacion, y luego acercándose á la mesa, tocó la campanilla.

Un gentil hombre entró.

—Ya no necesito el coche,—dijo el monarca.

—Perdone vuestra majestad,—dijo Canuto,—si no me he detenido á vestirme con mas decencia.

—Bien, bien... ¿Qué mas te ha dicho el de los anteojos?

—Que tambien irá al convento para aclarar todas las dudas y decir su nombre.

—Me has presentado pruebas de cuanto has dicho.

—Todo es verdad, señor.

—Solo un cargo tengo que hacerte.

—¡Un cargo!—repitió Canuto agitando la nariz.

—Sí, tú sabias que tu fingido sobrino era el amante de la condesa.

—¡Señor!

—Y le ayudastes á engañar á Hernando, cierta noche, ó mas bien cierta mañana, en que un estudiante llamado Andrés Cornejo...

—Amigo de Felipe Augusto.

—Trocaron la ropa, poniéndose el uno en lugar del otro.

El miedo infundió á Canuto valor para mentir.

—Señor,—dijo,—han engañado á vuestra majestad, lo juro...

—Es posible... para que yo no me fiase de tí... No importa; dentro de pocas horas todo quedará en claro.

—¡Ah!...

—Vé á tu casa, múdate de ropa, descansa y vuelve á las diez y media en punto.

—No faltaré.

—Si tus noticias salen falsas, pagarás con tu cabeza los crímenes de todos.

El peluquero se estremeció y estuvo á punto de perder el sentido.

—¡Ah!—murmuró.

—Si resulta verdad cuanto me has dicho, has hecho tu fortuna.

—Las pruebas...

—Luego veremos.

—Señor...

—Vete.

Salió Canuto.

Las piernas le temblaban, copioso y frio sudor corria por su frente, y su rostro estaba desfigurado.

Poco se habia alejado del alcázar cuando sintió una voz que decia:

—Señor Canuto...

Volvióse y vió al doctor.

—¡Ah!...

—¿Qué ha determinado el rey?

—Ahorcarme si son falsas las noticias que le he dado.

—Podeis estar tranquilo.

—¡Oh!...

—¿Pero irá á las doce al convento?

—Sí.

—Ha variado de opinion, porque ya habia mandado que le pusieran un coche...

—Es verdad: delante de mí ha dicho que desenganchen otra vez. ¿Pero cómo sabeis?...

—Por casualidad.

El doctor lo sabia porque Felipe habia ido á decírselo.

—Me ha citado para las diez y media.

—Obedeced.

—¿Ireis?

—Sí.

—¡Dios nos proteja!...

—Idos á descansar, —replicó él doctor.

Y se alejó rápidamente.

Canuto, algo mas tranquilo porque habia visto al hombre de los anteojos, se encaminó nuevamente á su casa.

Cerró la noche.

CAPITULO LXXXI.

De cómo el rey temió que en vez de concluir, empezase el enredo aquella noche.

Puede figurarse el lector las exclamaciones, quejas y ayes que exhalaria el buen Canuto cuando entró en su casa y encontró cerraduras rotas y cajones abiertos. La escena que entre él y Marcela tuvo lugar, no pudo ser mas cómica, y hubiera hecho reir por largo rato á la persona mas grave.

Media hora gastó el peluquero en pronunciar un discurso sobre la ingratitud de Felipe Augusto, y no menos tiempo estuvo la vieja Marcela haciendo preguntas, observaciones y comentarios, acabando por jurar que dejaria la casa si volvia el loco y libertino mancebo, causa de tantos trastornos.

Al fin Canuto, sin fuerzas para hablar y consolado por la esperanza de ser rico, sosegóse, tomó algun alimento, se lavó, peinó, perfumó y vistió con la mejor ropa que tenia, poniéndose la mas ancha y almidonada valona y grandes lazos amarillos

en los calzones verdes y eligiendo entre todos un jubon de tafetan encarnado.

En tal guisa partió á la hora conveniente para ir á palacio, no sin que Marcela murmurase á media voz, afirmándose en su propósito de dejar á semejante amo que á la vejez se lanzaba como un mozalvete á toda clase de aventuras, desapareciendo á lo mejor de su casa.

A pesar de que las diez y media no eran todavía, el rey esperaba con impaciencia. Le parecian interminables las horas, y hubiera hecho cualquier sacrificio por apresurar el curso del tiempo.

Hacia pocos minutos que habia despedido á Hernando, diciéndole que no lo necesitaba, pero ordenando á la vez á su hijo que no saliese de palacio hasta mas tarde.

Esta órden puso en cuidado al escudero, pero como no podia desobedecerla, se fué y quedó Felipe.

El peluquero entró en la régia cámara despues de echar una ojeada á sus lazos y arreglar su valona, y sacudiendo la nariz, dijo:

—Señor, aquí me tiene vuestra majestad esperando sus órdenes.

—Me alegro que te hayas adelantado, —contestó el rey, cuyo pálido rostro y sombría mirada revelaban el estado de dolorosa agitacion de su espíritu.—Quiero ir temprano por si se presentan antes de las doce.

—Aun no son las diez y media...

—¡Oh!... Voy á salir de dudas, ya no habrá misterios.

—Los misterios, señor, los misterios son los que me tienen aturdido.

—Tú los has aumentado con lo que me has dicho del mancebo loco que todos tenian por sobrino tuyo.

—No corre por sus venas la sangre hidalga de mis abuelos, señor.

—¿Quién sabe, —dijo el rey con amargura, —si será muy noble la suya? Desde que he visto á la condesa enamorarse de un barbero...

—Segun asegura el hombre de los anteojos, señor, Felipe Augusto es hijo de un noble de clase elevada.

—¿Tambien sabe?...

—Nada ignora.

—¿Y el mancebo no conoce á su padre?

—Lo conocerá cuando todo se desenrede, segun afirma el de los anteojos.

—¿Y qué tienen que ver sus amores con su nacimiento?

—Lo ignoro: es uno de tantos misterios...

—Díme lo que sepas,—repuso el monarca movido por la curiosidad. Los instintos que se revelan en ese jóven...

—Su orgullo no tiene igual, se avergüenza de ser barbero, y se avergonzará mas si sucede lo que dice el de los anteojos.

—Sepamos...

—Asegura que Felipe Augusto será conde, marqués, y quizás duque y grande de España...

—¡Canuto!—exclamó sorprendido el rey.

—Señor, un dia me dijo: «el padre de Felipe Augusto es poderoso, y á su lado ninguno se atreveria á decir que era el primer noble de España.»

—¡Oh!...

—Pero todo lo he perdido, mis cuidados y afanes, lo que he gastado en criarlo...

—¿Y esta noche?...

—Todo debe descubrirse.

—Me pones en cuidado...

—¿Qué importa á vuestra majestad el padre de Felipe Augusto?

—Lo que acabas de decirme tiene mucha importancia.

—Para el huérfano...

—Y para mí.

—Puede ser, pero...

—¿Qué hay de comun entre los amores de mis hijos y el padre de Felipe Augusto?

—No acierto...

—¿Por qué espera el doctor el desenlace de lo uno para descubrir lo otro?

—Puede ser un capricho...

—¿Y qué fundamento tiene lo de que ha de ser ese jóven marqués, duque... ¡Oh!... ¿Empezaremos esta noche en vez de concluir?

—¡Ah!—exclamó el peluquero, agitando la nariz.—No diga vuestra majestad semejante cosa.

El rey meditó algunos instantes, diciendo luego:

—¿Y no has podido nunca averiguar nada de la familia de Felipe Augusto?

—Nada, señor.

—Dices que lo encontrastes una noche en la calle de...

—Milaneses.

—Y que lo tenia un hombre...

—Sí, señor, un hombre que estaba tendido en el suelo, y á quien supongo que habian asesinado.

—Debístes haberlo registrado por si le encontrabas algun papel que diese indicios de quién era.

—¿Y si mientras llegaba una ronda y me tomaban por el asesino? Solo me detuve para cortar un pedazo de la capa del muerto, como contraseña, y tomar el niño que estaba medio helado.

—¿Era invierno?

—El tercer dia de la Pascua de Navidad del año 1637.

—¡Oh!—murmuró el monarca.—Estraña coincidencia... ¿Y no tenia la criatura ninguna señal?...

—En el pañal finísimo en que estaba envuelta, tenia bordado el cerco de una corona y una F.

—¡El cerco de una corona!—murmuró el rey, cada vez mas pensativo.

—Lo cual, segun la opinion de Felipe Augusto, significa que su padre es conde, marqués ó duque, pero que se dejó á medio hacer la corona porque no puede él heredarla en razon á la ilegitimidad de su nacimiento.

—Tal vez no se equivoque.

—Y en cuanto á la letra...

—Esa F será inicial del nombre del padre.

—Del hijo, y esta opinion lo confirma un papel que llevaba metido entre la faja, escrito con letra menuda, y en que decia: «Felipe Augusto, Juan, Francisco, María.»

—Sin duda los nombres con que debian bautizarle.

—Lo mismo pensé yo, y así lo hice.

Volvió á meditar el monarca algunos instantes, y dijo:

—Canuto, vuelve corriendo á tu casa y trae ese pañal, y el papel...

—¡Ah!—exclamó el peluquero.—El ingrato rapaz, al desaparecer de mi casa, se ha llevado con su ropa las pruebas de su nacimiento.

—¿Y no tiene en su cuerpo ninguna señal?

—No... Ninguna...

—Piénsalo bien...

—Una cosa he advertido, pero la he visto á otros y la tengo por natural...

—¿Qué es?

—En el lado derecho de la parte posterior de la cabeza, tiene un redondelito poco mas grande que un escudo de oro...

—¿Sin pelo?

—¿Cómo lo sabe vuestra majestad?

—¡Ah!... ¡Otra coincidencia!...

—Siempre he tenido para mí que era un lunar...

—Y el hombre de los anteojos verdes,—dijo el monarca como si hablase consigo,—y Hernando... y la condesa... y... ¡Oh!... Mis ideas se trastornan...

El rey se pasó las manos por la frente y añadió:

—Han hecho creer á mi hija... No... no... Mas vale no pensar en ello porque acabaria por volverme loco... ¡Oh!... Preciso es aclarar cuanto antes estos misterios... ¿Qué hora es?

—No han dado aun las once.

—¡Con cuanta pesadez camina el tiempo!

Canuto miró sorprendido al monarca.

Este llamó y preguntó á un gentil-hombre.

—¿Se ha ejecutado cuanto ordené?

—Sí, señor,—respondió el sirviente.

—¿Con reserva?

—Respondo de que nadie se ha apercibido de ello.

—¿A qué hora han ido?

—A las diez, como dispuso vuestra majestad.

—Llamad á mi paje Felipe.

—En la antecámara está.

Pocos segundos despues entró el hijo de Hernando.

—Voy á salir,—le dijo el rey.

—¿He de acompañar á vuestra majestad?—preguntó el mancebo con voz lijeramente alterada.

—Al contrario, me esperarás.

—Bien, señor,—dijo Felipe, cuyo rostro palideció aun mas de lo que estaba.

—Y no os movereis de la antecámara por ningun motivo, ¿lo entendeis? por ninguno.

—Esta noche,—se atrevió á decir el doncel,—me siento algo indispuesto...

—Que llamen al médico si lo necesitais, pero no os vayais de aquí.

Esta inesperada órden desbarataba en un instante todos los planes del doctor.

Felipe sintió que le faltaban las fuerzas, comprendió que le seria imposible disimular, y se apresuró á decir:

—¿Nada mas tiene vuestra majestad que ordenarme?

—Nada.

Apenas salió de la cámara el doncel, se dejó caer en un sillon, falto de fuerzas y aliento, y sus límpidos y azules ojos dirigieron al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Sufria horriblemente.

No podia dudar que el peluquero, como la vez pasada, habia descubierto al rey la proyectada fuga de Isabel; ¿pero cómo

dar aviso á sus amigos y protectores? Escribir hubiera sido una imprudencia, porque habia que decir al portador de la carta dónde estaba el doctor.

Felipe IV pidió su capa y su sombrero, y sin mas compañía que la de Canuto, salió del alcázar, triste, meditabundo y mas aturdido y confuso que nunca.

Eran las once.

CAPITULO LXXXII.

Donde se verá el medio que la abadesa proporcionó al rey, para que sorprendiese á los amantes y sus cómplices.

Nada habia olvidado el monarca para dar con seguridad el golpe que debia frustrar los planes de sus enemigos y acabar con ellos. La superiora de Santa Clara tenia ya aviso y esperaba á las once la régia visita.

Felipe IV y el peluquero entraron por el postigo, subieron y encontraron á la anciana en la puerta de su celda.

—Madre,—dijo el rey,—esta noche no puedo venir solo, como comprendereis cuando os esplique el objeto de mi visita. Permitid, pues, que mientras os hablo me espere aquí mi sirviente. Es grave, gravísimo el asunto de que hemos de tratar, y la prudencia aconseja obrar así.

—Señor,—contestó la abadesa sorprendida,—haré lo que desea vuestra majestad, aunque se infringen las reglas del convento.

—Se trata de la salvacion de dos almas...

—Entrad, señor, y que espere vuestro sirviente. No os movais de aquí,—añadió la anciana, dirijiéndose á Canuto.

Y entró en su celda con el rey.

—Señora,—dijo este despues de sentarse y reflexionar algunos momentos,—Dios, cuya misericordia es infinita, no ha querido permitir que se consume el mas horrible pecado.

—¡Ah!—exclamó la abadesa, estremeciéndose y cruzando sus manos descarnadas.—Sin duda se refiere vuestra majestad á doña Isabel...

—Sí.

—¿Qué nueva desgracia puede amenazarle?

—Su hermano, ciego aun por la fatal pasion que abriga, insiste en llevar á cabo su criminal proyecto.

—¡Dios mio!

—Esta noche es, buena madre, la destinada para profanar este santo retiro.

—¡Aquí!—exclamó la anciana con espanto.—¡Intenta venir!...

—Vendrá dentro de una hora.

—¡Ah!... Deben haber engañado á vuestra majestad...

—Desgraciadamente es cierto.

—¿Cómo habia de atreverse á profanar la santa casa del Señor?...

—Madre, el hombre se atreve á todo cuando las pasiones dominan su razon, y cuando loco y ciego dá el primer paso en la senda del mal, no se detiene hasta caer en el abismo de su eterna perdicion.

La abadesa, trémula de espanto, elevó al cielo una mirada de súplica angustiosa y no acertó á pronunciar una sílaba.

—Mi hijo,—prosiguió el rey,—alentado y ayudado por el desleal servidor á cuyos cuidados lo confié, está decidido á entrar aquí esta noche y llevarse á su hermana.

—¿Pero cómo han podido ponerse de acuerdo si doña Isabel no tiene comunicacion con nadie?

—Conozco los medios de que se han valido, y no me detengo á daros esplicaciones porque perderiamos un tiempo precioso.

—¡Oh!...

—Hay mas.

—¡Señor!...

—Para castigar los escándalos que uno y otro dia ha dado sin cesar la condesa de Fuensanta, dispuse que la tuviéseis aquí.

—Está vigilada, espiada puede decirse, como doña Isabel.

—El amante de la condesa, que es un barbero...

—¡Un barbero amante de esa dama!—exclamó la abadesa.

—Sí, madre, preguntádselo que os lo confesará sin avergonzarse, hasta con orgullo...

—¿A qué tiempo hemos llegado?... ¡Ah!...

—Ese barbero,—repuso el monarca,—que es un mancebo atrevido y loco, que nada respeta, se ha unido con mi hijo, y ambos deben venir, no sé si con algun otro de sus cómplices.

—¿Y qué ha pensado hacer vuestra majestad?

—Castigar á los miserables que han hecho desgraciadas á esas infelices criaturas.

—¡Y yo que ignorante de todo eso, he permitido que doña Isabel y la condesa pasen algunas horas hablando sin testigos!...

—No os pese, madre; ya estaba hecho el mal, y lo mismo hubiera sucedido prohibiéndoles que se viesen.

—Dice vuestra majestad que á las doce...

—Entrarán en el convento.

—¿Por dónde?

—Por el postigo, valiéndose de una de esas llaves maestras que usan los ladrones y sirven para todas las cerraduras.

—¡Ah!... Tiemblo...

—Tranquilizáos, hemos acudido á tiempo.

—¡Invadido este lugar santo por esa gente sacrílega!...

—Pagarán su crímen.

—¡Señor Omnipotente!...

—Madre, se acerca la hora.

Como para responder al monarca, dieron las once y media.

—¿Oís?... Pueden adelantarse...

—¿Y qué he de hacer?—dijo la anciana en el último grado de su angustiosa turbacion.

—Es preciso que nos oculteis en un sitio desde donde yo pueda observar y ver si entran en la celda de mi hija.

—Está inmediata á la que ocupa la condesa...

—Mejor... la casualidad nos favorece...

La abadesa meditó algunos instantes, y poniéndose luego de pié, dijo:

—Seguidme...

Salieron de la celda.

—Ven,—dijo el rey á su peluquero.

Atravesaron una galería, entraron en otra, y á los pocos pasos se detuvo la anciana.

El rey la miró.

Ella estendió un brazo, señaló á dos puertas poco separadas y luego abrió otra que habia enfrente.

Sobre esta última, que como las otras era pequeña, habia una ventana cerrada solamente con vidrios y que debió practicarse para dar entrada á la luz mientras la puerta estuviera cerrada.

La abadesa, el monarca y Canuto entraron en un aposento reducido y completamente desamueblado.

—Ahora,—dijo la abadesa al rey en voz muy baja,—traeré una silla, y subido en ella y sin luz podreis observar cuanto suceda en la galería.

Felipe IV hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Salió la anciana, y pocos minutos despues volvió con una silla.

—Creo,—dijo siempre en voz baja,—que nada mas necesita vuestra majestad.

—Gracias, madre.

Quedaron solos el monarca y Canuto.

Algunos minutos permaneció Felipe IV con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

Luego se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho.

Su rostro se contraia mas cada momento y su mirada era mas sombría.

Exhaló un suspiro penoso.

Acercó la silla á la puerta y subió mientras hacia seña á Canuto para que ocultase la luz de la linterna.

Reinó el silencio mas profundo.

Pocos minutos despues volvió á sacar el relój.

Eran las doce menos cuarto.

CAPITULO LXXXIII.

Hernando empieza á desconfiar.

Mientras el rey conferenciaba con la abadesa, el escudero entraba en casa del doctor.

Al ver que no estaba allí su hijo, palideció, su frente se contrajo, y preguntó:

—¿Y Felipe?

—No ha venido,—respondió el barbero,—y lo estraño porque el tiempo debe hacérsele tan largo como á mí.

—¿Por qué no ha venido?—preguntó el doctor á Hernando.—Si no lo sabeis, lo sospechareis.

—¡Oh!—exclamó el escudero, apretando con rábia los puños.—Otra vez la traicion...

—Esplicaos y no os desespereis.

—Cuando el rey me despidió á las diez, ordenó á Felipe quedarse, y es posible que aun lo tenga allí.

—¡Vive el cielo!—exclamó el barbero.

—No hay que dudarlo, el rey sospecha...

—Fácil será si ha parecido Canuto.

—¡Ah!... Vos debeis saberlo.

—Nada sé, —repuso friamente el doctor.—Solamente sospecho.....

—¡Por el infierno!... Esplicáos...

—Me han dicho, aunque sin asegurarlo, que han visto entrar en palacio al peluquero.

—¡Oh!...

—¡Estamos perdidos!...

—No hemos de retroceder por tan poco.

—¡Retroceder!—exclamó Felipe Augusto.—Iré al convento y moriré allí...

—Veremos lo que conviene, —repuso el doctor.

—¿Y cuándo hemos de verlo?—replicó Hernando.—Nos esperan á las doce...

—Son las once y media...

—¿Y en tan poco tiempo?

—Puede hacerse mucho, —dijo Cañete.

—Bien, pues disponed: por mi parte...

—¿Empezais á desconfiar?

—Si he de hablaros con franqueza, sí.

—Peor para vos.

—Pero entre tanto, y á pesar de vuestras palabras tranquilizadoras...

—Señor Hernando,—interrumpió Cañete,—creo que debeis ir á palacio á preguntar al señor Felipe la causa de su tardanza.

—Por esta vez al menos, os habeis equivocado, no os mostrais tan previsor como de costumbre.

—Es posible, —contestó tranquilamente el doctor;—estoy sujeto á errores, como todas las criaturas; pero decidme en qué os fundais para llamarme imprudente...

—Si voy á palacio, —repuso el escudero,—el rey sospechará, porque como me despedí hasta mañana...

—Pero como no está en palacio el rey...

—¡Ah!... Si eso hubieseis dicho...

—Señor Hernando,—saltó Felipe Augusto,—estamos perdiendo un tiempo precioso. No es esta ocasion de disputar, sino de obrar.

—Teneis razon... Voy á buscar á Felipe.

—Os esperamos aquí.

—Ya sabeis que no tenemos mas que media hora...

—Pocos minutos tardaré en volver.

Salió el escudero y corrió hácia el alcazar á donde llegó jadeante de fatiga, entrando sin detenerse y subiendo.

Felipe se habia retirado á un aposento inmediato á la antecámara, y allí, sin mas compañía que su dolor, se habia entregado á sus atormentadores pensamientos.

—¡Padre mio!—exclamó al ver entrar á Hernando.

—¿Qué haces? ¿Por qué no has acudido á la cita?—preguntó el escudero precipitadamente.

—¿Ignorais acaso que el rey me detuvo?

—Pero el rey ha salido...

—Sí, con el peluquero...

—¡Con el peluquero!... ¡Oh!... ¡Por Satanás!... —exclamó Hernando con desesperacion.—¡Todo se ha perdido!...

—No he podido avisaros...

—Ya lo sospechaba el hombre de los anteojos.

—El rey me ha mandado que no me mueva de aquí... Es en vano que intentemos nada...

—¡En vano!...

—Al menos por esta noche, pero mañana...

—El de los anteojos dice que no debemos retroceder, y vengo por tí...

—¡Oh!... ¡No puedo salir!...

—¿Por qué?

—La órden del rey...

—No estamos en el caso de respetar nada.

—Imposible, mi deber...

—¿Te quedarás?—preguntó Hernando sorprendido.

—¡Oh!... sí, me quedaré,—respondió el mancebo con acento breve.

—¡Felipe!...

—Sufro mucho, padre, mucho... ¡No aumenteis mi dolor!...

—Te espera Isabel...

—¡Oh!...

—¡Mi deber, caballero, mi deber!—exclamó el desdichado jóven con acento de rabiosa ira.

Y sus ojos centellantes se levantaron al cielo, mientras que por sus megillas parecia que iba á brotar sangre.

—¡Tu deber!—murmuró Hernando con amargura.

—¡Lucha horrible!...

—Decídete.....

—Idos...¡Ah!... Idos...

—Que es forzoso entrar esta noche en el convento; no puede dejarse para mañana, porque ya sabes que no se trata solamente de Isabel...

—Lo sé, tambien doña Ana...

—Y no es justo sacrificar á tus escrúpulos la felicidad de nuestro leal amigo.

—Pues bien, id al convento por la condesa...

—¿Y doña Isabel?

—Os seguirá tambien, y si me acusa de cobarde, decidle que he necesitado mas valor para obedecer al monarca y quedarme aquí, que para ir al convento y morir á su lado.

El tiempo volaba.

Hernando conocia bien á su hijo y se convenció de que nada adelantaria.

—Adios, hijo mio,—dijo con voz ahogada y abrazando al jóven.

—¡Dios os proteja!...

Salió el escudero con los ojos húmedos por el llanto. Aquella despedida podia ser eterna.

—Me alegro, murmuraba mientras se alejaba del alcázar.—Sí, debo alegrarme de que se quede, porque no sabemos lo que

puede suceder, y quizás se libre de alguna desgracia horrible... ¡Oh!... Bien dispuesto está lo que Dios dispone.

Dieron las doce menos cuarto en el reloj del alcázar.

—¡Un cuarto de hora! —exclamó el escudero.

Y corrió como si lo persiguiesen.

Cuando llegó á casa del doctor encontró á este y á Felipe Augusto á la puerta.

—¿Y Felipe?—preguntaron.

—No saldrá de palacio, porque el rey le ha mandado esperarlo allí, y antes que todo considera que es su deber.

—Su deber es salvarse...

—Juró ser fiel al rey...

—¡Oh!...

—No importa, replicó Hernando;—de todos modos estamos perdidos.

—¡Perdidos! —repitió Felipe Augusto.

—Sí, vuestro tio ha estado en palacio...

—¡Vive el cielo!...

—Y ha salido con su majestad.....

—¡Traidor!...

—Calma, amigos mios,—dijo Cañete.

—Habran ido al convento...

—Vamos nosotros tambien,—repuso el doctor.

—Sí, sí.....

—Van á dar las doce...

—¡Al convento! —exclamaron Hernando y Felipe Augusto.

Y los tres bajaron aceleradamente la calle de las Hileras, atravesaron la del Arenal, subieron lo que era entonces derrumbadero y hoy calle de la Bodega de San Martin, y se encontraron en la plazuela de las Descalzas.

Reinaba allí un silencio profundo y la oscuridad era completa.

Iban nuestros amigos provistos de linternas, pero las ocultaron.

—¿Estais ya dispuestos?—preguntó Cañete en voz baja.

—Sí, —respondieron Hernando y el doncel.

Acercáronse al postigo y escucharon.

Nada se oyó.

El médico sacó la llave y abrió.

—Entrad, —dijo, —que dentro de pocos instantes me reuniré con vosotros.

—¿Os quedais?

—Sí, un buen general, antes de acometer al enemigo, por segura que parezca la victoria, debe mirar la retirada.

Ni el escudero ni Felipe Augusto estaban para reflexionar sobre lo que hacian, y entraron sin detenerse.

Dieron las doce.

—¡Llegó la hora! —murmuró Hernando.

—¡Vencedores ó muertos! —dijo el jóven.

Entre tanto el monarca seguia inmóvil en su sitio de acecho.

Cuando la campana del reloj sonó doce veces, estremecióse convulsivamente Felipe IV, y el peluquero tembló y sacudió la nariz á cada campanada.

—Esta es la hora, —dijo para sí el rey.

Pero cuando trascurrieron cinco ó seis minutos y nadie se presentó en la galería, añadió:

—¿Se habrán burlado de mí como la otra noche?... ¡Oh!

Esperó algunos minutos mas, y como su impaciencia le hacia tan pesado el tiempo, empezó á temer.

—No se oye ni el mas leve ruido, —dijo.

Pero calló, se abrieron estremadamente sus ojos y miró con afan.

La galería se habia iluminado repentinamente.

Por uno de sus estremos, con el silencio de dos sombras, entraron dos hombres.

—Ahí están, —dijo para sí el monarca con viva alegría.

Y tuvo que oprimirse el pecho, porque su corazon palpitó con desigual violencia.

Los dos hombres adelantaron con la ayuda de la luz de sus linternas.

No se percibia el ruido de sus pasos: mas bien hubiera podido oirse el de su agitada respiracion.

Cuando llegaron frente á la puerta del aposento donde estaba el rey se detuvieron.

—¡Es Hernando!—dijo para sí el monarca, apretando los puños con fuerza convulsiva.—¡Y el otro el barbero!... ¡Oh!...

Y brillaron sus ojos como dos ascuas.

—¿Y mi hijo?—añadió.—¿Habrá hecho el sacrificio de obedecerme?... ¡Pobre hijo mio!

Hernando y Felipe Augusto no se detuvieron mas que el tiempo preciso pera reconocer el lugar y asegurarse de cuál era la puerta de que la condesa hablaba en su carta.

Se contrajo hasta desfigurarse el rostro del escudero, y su mirada sombría se fijó en el doncel como interrogándole.

Por toda contestacion, el barbero se adelantó hácia la celda.

CAPITULO LXXXIV.

De cómo el asunto empezó á tomar muy mal aspecto.

Tenemos que retroceder un cuarto de hora para saber cómo se encontraban la condesa y la hija del rey.

La celda de esta, punto de reunion de ambas, era un aposento espacioso y amueblado, sino con lujo, tampoco con la sencillez y humildad que los demás del convento. Además de la cama habia tres ó cuatro sillones, una mesa de nogal con piés tallados, un reclinatorio con almohadon de terciopelo morado y un cuadro de lienzo, donde estaba representada la Madre de Dios al subir al cielo.

Isabel, con el hábito religioso, estaba sentada en uno de los sillones, y la condesa, vestida de negro, á su lado y tambien sentada.

Apesar del calor que allí se sentia, las dos ventanas del aposento, que caian á la huerta, estaban cerradas.

Una bujía que ardia en una palmatoria de plata, colocada sobre la mesa, iluminaba la habitacion con sus débiles resplandores.

Ambas jóvenes estaban en estremo pálidas.

En sus rostros se pintaba su angustioso afan.

Habian hablado mas de media hora de su amor, de sus esperanzas, de los peligros de la situacion en que se encontraban y de cuanto con ella tenia relacion. Pero cuando se acercó el momento, callaron, escucharon y quedaron inmóviles, con la mirada fija en la puerta, mientras que ponian sobre el corazon una mano como para apreciar por sus latidos el tiempo que pasaba.

Cuadro mas interesante no podia concebirse.

Sonó un leve ruido en la galería, y ambas se inclinaron como para escuchar mejor.

Ripitióse el ruido mas fuerte, y se estremecieron, cogiéronse de una mano y se la apretaron como si quisiesen infundirse mútuamente valor ó tuviesen miedo.

Empero nada volvió á oirse, y entonces se miraron sin decirse una palabra, y sus ojos encendidos se volvieron otra vez hácia la puerta.

El ruido era el que habian hecho el rey, la abadesa y Canuto.

En medio del silencio profundo que reinaba allí se percibia clara y distintamente la agitada respiracion de las dos jóvenes.

No los minutos, sino los instantes, contaban.

¡Instantes de afan atormentador, de angustia dolorosa!

La situacion no podia ser mas grave, y el doctor habia anunciado á la condesa que seria horrible.

Esta adivinaba lo que podia suceder, porque era la única persona á quien Cañete habia hecho revelaciones; pero por lo mismo comprendia los peligros que á todos amenazaban.

Con la lentitud que pasa un año para los niños, pasó un cuarto de hora para aquellas dos mujeres.

Dieron las doce.

Estremeciéronse convulsivamente.

—¡Ah!—exclamaron á la vez.

Y por instinto se acercaron la una á la otra hasta quedar únidas mientras se apretaban fuertemente las manos y se oprimian el pecho.

—¡Ha llegado la hora!—murmuraron tambien á la vez.

Y como si las dos no tuviesen mas que una sola alma, un solo pensamiento, levantaron la cabeza y fijaron la mirada en el rostro de espresion dulcísima y divina de la Madre de Dios.

Imposible les hubiera sido espresar con palabras lo que con los ojos en aquel instante.

Luego volvieron á mirar á la puerta y á escuchar.

Su respiracion se hizo mas desigual y trabajosa.

Pasaron algunos minutos.

Oyóse nuevamente un leve ruido en la galería...

Algunos instantes mas...

La puerta se abrió...

Las dos jóvenes exhalaron un grito sordo y se pusieron de pié como impulsadas por un resorte.

Hernando y Felipe Augusto entraron, cerrando tras sí la puerta y adelantándose.

—¡Doña Ana!—exclamó el mancebo.

Isabel no pronunció una palabra, pero fijó en el escudero una mirada tan significativa, que este respondió:

—En palacio: el rey le ha prohibido salir.

Felipe Augusto besó las trémulas manos de la condesa, y esta le pagó con una mirada de sin igual ternura.

Hubo algunos instantes de silencio y en que unos á otros se contemplaron como si no supiesen qué decirse ni hacer.

—Vamos,—dijo al fin la condesa resueltamente.

—¡Oh!... Sí,—repuso el doncel.—Cada momento es un tesoro inapreciable... Salgamos de aquí pronto...

—Supongo,—dijo Hernando á Isabel,—que no dudareis para seguirme.

—¡Dudar!—repitió la hermosa niña.—¿Temeis que me falte el valor?

—No, pero como Felipe no ha venido...

—No importa.

—Tarda nuestro amigo,—dijo Felipe Augusto.

—¿Ha de venir alguien mas?—preguntó Isabel.

—Sí, el de los anteojos...

—¿Y el doctor?

—¡El doctor!—repitió Hernando sorprendido.—¿De qué doctor hablais, doña Isabel?

—De Cañete...

—¡Ah!... ¿Qué sabeis de él?

—Me curó...

—Pero...

—Señor Hernando,—interrumpió el doncel con impaciencia,—no es tiempo de esplicaciones que nos harian retardar nuestra salida...

—Es verdad, vamos...

—Pero si el de los anteojos ha prometido venir,—replicó daña Ana,—debemos esperarle.

—Se quedó en la puerta...

—No nos detengamos,—repuso el escudero precipitadamente.—Ya sabeis que Canuto...

—¡El peluquero!—exclamó Isabel.

—Sí...

—Aguardemos algunos instantes...

—¿Quién sabe lo que puede suceder en un minuto?

—¡Vive el cielo!...

—Esta duda...

—Es horrible...

—Será nuestra perdicion...

—Pues vamos, y que Dios nos proteja...

—Lo encontraremos al salir...

—Sí, sí...

—Poneos el manto...

—Aun dudo...

—¡Oh!...

—Nunca ha faltado á sus promesas el hombre de los anteojos...

—Si ha prometido venir, esperemos,—dijo la condesa.

—Señora...

Sonó ruido en la galería.

—¡Silencio!...

Crujió la puerta.

—Ahí está...

—Sí, aquí estoy,—dijo una voz.

Y abriéndose la puerta, entró el rey seguido del peluquero.

Isabel y la condesa exhalaron un agudo grito y quedaron inmóviles.

Hernando no acertó á dar un paso ni á hablar.

La linterna se escapó de sus manos y quedó como una estátua.

Felipe Augusto lanzó un rujido de rabiosa ira, arrojó lejos de sí la linterna y llevó la diestra á la empuñadura de su espada.

CAPITULO LXXXV.

Ultimo apuro del peluquero

Trascurrió largo rato de silencio profundo.

El monarca, con los brazos cruzados, la cabeza erguida con imponente altivez, y contraida la frente, contemplaba á su escudero y á los enamorados jóvenes como si aun no creyese lo que veia ó se gozase en su triunfo.

Hernando, con la cabeza inclinada sobre el pecho, no se atrevia á mirar de frente al rey, y pensaba de qué modo descubriria el secreto de que Felipe era su hijo; pero se detenia porque esta revelacion, aun siendo creida, no salvaba á Felipe Augusto, que para atenuar el delito de la profanacion que acababa de cometer, no tenia nada que alegar mas que la violencia de su pasion.

El mancebo se habia colocado delante de doña Ana como para defenderla, y sin quitar la mano de la empuñadura de su tizona, miraba al rey con una serenidad, con un atrevimiento temerario, como si fuese un rival cualquiera, un igual suyo el que tenia de frente.

La condesa, con los lábios entreabiertos y la frente levantada con el orgullo de una reina, clavaba en Felipe IV una mirada de amargo y punzante desden que debia herir en su parte mas sensible el amor propio del rey galan y poeta.

Isabel habia retrocedido un paso, y grave, majestuosa, sin mas alteracion que la palidez mate que cubria su rostro, ligeramente contraido, parecia esperar sin afan ni temor, como quien tiene la conciencia tranquila y cuenta para resistir la desgracia con un espíritu fuerte.

Entre tanto el peluquero, cuyo rostro estaba inundado de sudor, temblaba de miedo, sacudia sin cesar la nariz, y miraba á todos lados, porque echaba de menos al hombre de los anteojos, con ayuda del cual contaba en caso de apuro. ¿Qué seria de él si Felipe Augusto sacaba al fin la tizona y Hernando hacia lo mismo? Pensó el pobre Canuto fingir un desmayo, como si fuese producido por el calor sofocante que allí se sentia, para escusarse así de tomar parte en la contienda, si de las miradas se pasaba á las palabras y de estas á las manos; pero temió que armada la pelea, mientras él estuviese en el suelo, porque ninguno se cuidaria de levantarlo ni llevarlo á la cama, al avanzar ó retroceder, con intencion ó sin ella lo aplastase alguno de los combatientes.

—¿No me conoceis, miserables?—dijo al fin el monarca con reconcentrada voz.—Soy el rey... ¡De rodillas!...

—¡Oh!—exclamó Felipe Augusto con acento firme.—¡Vos el rey!... No, no... Sois mi rival, desesperado por los celos, atormentado por vuestra misma impotencia... Hace dos noches, á esta misma hora, con el rostro oculto como el ladron, fuisteis á llevar la deshonra á una casa guardada por mí, á robar el honor de una dama que está bajo mi amparo, y os rechacé, os hice huir como huyen los cobardes, y ahora venís, no á castigar como rey, sino á vengaros como hombre, respirando el ódio que el asesino respira contra el que burló su golpe traidor...

—¡Miserable!—gritó el rey fuera de sí.

—¡Paso!—replicó Felipe Augusto con creciente enerjía.—¡Paso ó yo me lo abriré con la espada!...

—¡De rodillas!... ¡Oh!... ¡De rodillas!—exclamó el monarca, cuyos ojos, inyectados en sangre, despidieron dos centellas.

—¡Vive Dios!... ¡Atrás!—dijo el doncel.

Y dió un paso tan resueltamente, que no dejó duda de sus intenciones.

—¡Felipe Augusto!—gritó entonces el peluquero dominado por el terror.—¡Mancebo ingrato y loco!... ¿Qué intentas?... ¡Desdichado!... Arrójate á las plantas de tu señor, que es generoso y compasivo...

—Silencio,—interrumpió el doncel, mirando despreciativamente á Canuto.—Sois un traidor cobarde, una víbora que aplastaré...

—¡Ah!—exclamó espantado el peluquero.

Y se separó á la izquierda temeroso de que fuera para él la primera cuchillada del jóven.

Hernando permanecia inmóvil y mudo, dudando, pensando cómo salvaria á Felipe Augusto, pues no era bastante para conseguirlo la revelacion del nacimiento de Felipe. Su apuro no podia ser mayor, sufria horriblemente, y se habia olvidado de su peligro para ocuparse solamente del que corria el barbero.

La condesa dudaba. No parecia el doctor, y no sabia si decir al rey que Felipe Augusto era su hijo.

Felipe IV y el doncel se miraron, como midiéndose con la vista, como se contemplan dos enemigos antes de acometerse.

—Juré salir de aquí muerto ó con doña Ana,—dijo el doncel,—y yo cumplo lo que prometo.

Y se adelantó un paso mas mientras sacaba la tizona.

—¡Oh!—exclamó el rey.

Y desenvainó su acero.

Lo mismo hizo Canuto con intencion de acometer al jóven por el costado derecho ó por la espalda y herirlo impunemente.

Esto fué cosa de un segundo.

Isabel, doña Ana y Hernando dejaron escapar un grito unánime.

Estos dos se adelantaron para ponerse entre los combatientes y decir cada cual lo que sabia.

Al mismo tiempo se cruzaron las espadas y se abrió la puerta de la celda, entrando precipitadamente el doctor.

Este, la condesa y Hernando gritaron á la vez:

—¡Deteneos!...

Pero al pronunciar esta palabra, la espada de Canuto penetró en el costado del mancebo.

—¡Oh!—exclamó este con acento terrible.—¡Traidor, cobarde!...

Y se revolvió velozmente hácia el peluquero.

Pero su cuerpo vaciló, escapóse la espada de su mano, y cayó al suelo.

La condesa y doña Isabel lanzaron un grito agudo y desgarrador.

—¡El hombre de los anteojos!—exclamó el monarca.

—¿Qué habeis hecho?—gritó Cañete, sacando su espada y dando un paso hácia el peluquero.

—¿Qué habeis hecho?—repitió Hernando, desenvainando tambien su tizona.

Pero el rey se puso delante de Canuto para defenderlo, y replicó:

—Lo ha castigado... ¡Atras!...

—¡Oh!—exclamó el medico, arrojando al suelo la espada.

—¡Es vuestro hijo!...

—¡Mi hijo!—repitió Felipe IV.

Y tiró tambien su acero.

—¡Su hijo!—dijeron á la vez el escudero y Canuto, cuyos estoques se escaparon de sus manos.

La condesa, con el rostro horriblemente desfigurado, se habia arrojado sobre su amante y le habia levantado la cabeza, colocándola sobre sus rodillas.

—Mi padre,—murmuró Felipe Augusto con voz desfallecida,—Mi padre... es el rey...

Y no pudo decir mas.

Su rostro lívido se desfiguró...

—¡Oh! —exclamó Cañete, hincando en tierra una rodilla, y desabrochando, ó mas bien desgarrando la ropilla y jubon del mancebo.—Es vuestro hijo, señor; el hijo de doña Inés de Carbajal...

—¡Es él!—gritó Hernando.

—Mi hijo!... ¡Mientes!..,

Canuto se sintió desfallecer. Quiso huir y no pudo: intentó hablar y no acertó mas que á decir con voz ahogada:

—Es hijo... del rey... y lo he matado.

Y sus ojuelos verdes se abrieron como si fueran á saltar de sus órbitas, y se disfiguró su rostro y se crisparon sus miembros.

Isabel, con los brazos estendidos, quedó inmóvil y horrorizada.

Enmudecieron todas las lenguas y todas las miradas se fijaron en el doctor, esperando el fallo, sin que ninguno pensara en averiguar si el hombre de los anteojos era competente para apreciar la gravedad de la herida.

—¡Vive! —exclamó Cañete apenas tocó al doncel.

—¡Vive!—repitieron los demas, exhalando un suspiro.

El médico reconoció la herida, hizo algunas observacones, y repuso con alegría:

—¡Lo salvaré!...

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó la condesa, elevando al cielo una mirada de gratitud.

Canuto exhaló un suspiro, pero tampoco acertó á moverse.

—¿Y quién sois vos para salvarlo?—preguntó el monarca al doctor.—¿Por qué decís que ese jóven es mi hijo?... ¡Ah!... Entonces, Felipe...

—Es hijo mio y no de vuestra majestad, —dijo el escudero.

—¡No es mi hermano!—exclamó Isabel.

Y cruzando las manos se dejó caer de rodillas.

—Trapos, vendas,—dijo Canuto.—Vos, doña Isabel...

La hija del rey enjugó dos lágrimas que habian brotado de sus ojos y salió de la sala mientras decia:

LÁMINA 17. — Trapos, vendas, — dijo Canuto.

—Ponedlo en mi cama...

—Antes le haré la primera cura... Valor, señora condesa...

—No me faltará.

—¡Oh! —replicó el rey con impaciencia. —Pero esplicaos...

—Vuestro escudero os esplicará...

—Señor, —repuso Hernando, —cuando llevaba vuestro hijo á mi casa la noche que nació, me lo robaron mientras estuve tendido en tierra, porque me habian derribado unos pendencieros, dándome un golpe en la cabeza que me hizo perder el conocimiento; y temiendo la justa cólera de vuestra majestad...

—¿Pusistes á tu hijo en lugar del mio?

—Sí...

—¿Sucedió en la calle?...

—De Milaneses, señor.

—¿Y te cortaron?...

—Un pedazo de la misma capa que estais viendo, y que traigo esta noche por órden de este hombre misterioso...

—¿Y la señal de la cabeza?...

—Se la hizo á mi hijo el doctor Cañete, sin mas diferencia que colocarla en el lado opuesto, es decir á la izquierda...

—¿Pero ese doctor?...

—Aquí está, —replicó el médico, quitándose los anteojos.

En aquel instante Isabel entró con las vendas y trapos, y al mirar al doctor, exclamó sorprendida:

—¡El doctor Cañete!

—¡Sí, sí! —repuso Hernando.—Es el mismo... ¡Ah!... ¡Y os he tenido tan cerca!...

Canuto hizo un esfuerzo, se adelantó hácia el monarca y dijo con voz balbuciente:

—Señor, todo eso es verdad... yo lo recogí aquella noche... junto á un guarda-canton que... existe todavía... y con esta tijera...

El peluquero sacó de una de sus faltriqueras su inseparable bolsa de cuero y de esta una tijera.

—¡Ah!—exclamó, abriendo el cortante y punzante instru-

mento.—Yo creí que esta cruz que forma... seria el anuncio de... la del hábito de Calatrava... y ha sido la de una cruz... de martirio... ¡Perdon, señor, perdon!...

—Aparta, cobarde,—replicó el rey, volviendo la espalda al infeliz Canuto.

—¡No fué mi intencion matarlo!...

—Traidor, lo has herido alevosamente...

—Quise castigarlo...

—¿Quién te lo mandó?

—Mi lealtad... ¡Perdon!...

—Mi hijo pronunciará tu sentencia,—replicó Felipe IV.

—Mandará que me ahorquen...

—Se cumplirá su fallo.

—¡Dios mio!—exclamó el peluquero con voz desfallecida. Y cayó al suelo sin sentido.

—Señor,—dijo Cañete mientras vendaba la herida del mancebo,—suplico á vuestra majestad que suspenda su juicio con respecto mí hasta que yo me esplique.

—Doctor, erais dueño del secreto y habeis podido evitar esta desgracia.

—Vuestro hijo, señor, me prometió obedecerme: le prohibí sacar la espada.

—¿Pero cómo os justificareis por haber dejado que se llegue á tal estremo?

—Señor, me esplicaré, pero no ahora, porque vuestro hijo reclama toda mi atencion: su herida ofrece gran peligro, dos líneas mas de profundidad y media pulgada mas á la derecha...

—¡Oh!...

—Y todo se hubiera perdido.

—Padre mio,—dijo Isabel, arrodillándose á los piés del monarca,—no me levantaré sin que me otorgueis una gracia... Suspended el castigo de los que lo merezcan hasta que mas sosegados, pueda cada cual esplicar su conducta.

—¡Hija mia, ven á mis brazos!...

—¡Padre mio!

Un estrecho abrazo unió al padre y á la hija.

Esta derramó abundante llanto.

Dos lágrimas de ternura empañaron los ojos del rey.

—¡Quiero ver á mi madre!...

—¡Yo á mi hijo!—esclamó Hernando.

—No tardarán en venir,—dijo el doctor acabando de vendar la herida de Felipe Augusto.—Antes de entrar mandé que fuesen á llamarlos de parte de su majestad.

—¡Ah!...

—Ayudadme... Es preciso colocar en la cama al paciente y volverlo á la vida.

Todos acudieron con prontitud, y el mancebo fué colocado en la cama de Isabel.

Doña Margarita y Felipe entraron con la abadesa.

—Señor,—dijo la anciana.

Pero al ver el suelo lleno de sangre y espadas y al jóven en el lecho de la novicia, dejó escapar un grito de horror y quedó inmovil y muda.

Otro grito lanzaron la madre de Isabel y el hijo del escudero.

—¡Hijo mio!—esclamó este,—ven á mis brazos, yo soy tu padre!... Dame este nombre dulce!...

—Vos... mi padre...

—Sí,—dijo el rey.—Ese es vuestro padre, y doña Isabel será vuestra esposa...

No se oyó mas que un solo grito de sorpresa y alegría, y luego reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por suspiros y sollozos.

El llanto corrió en abundancia.

Largo rato permanecieron abrazados, Hernando y Felipe y doña Margarita y su hijo.

Entre tanto el monarca, la condesa y el doctor se agrupaban al lado del lecho.

Nadie se acordaba del infeliz Canuto.

Pasados aquellos momentos, doña Margarita y Felipe se acer-

caron á la cama, pidiendo afanosamente esplicaciones; pero Cañete los interrumpió diciendo:

—Silencio. La fiebre se desarrolla con rapidez...

¡Ah!...

—Idos á otro aposento, porque el mas leve ruido puede matarlo.

Todas las cabezas se inclinaron tristemente.

Al fin se humedecieron los negros ojos de doña Ana de Rivadeneira, y sus lágrimas regaron la abrasada frente de Felipe Augusto.

No hubo ninguno que quisiera salir, porque á todos interesaba mas la salud del valeroso jóven que el aclarar sus dudas, y satisfacer su curiosidad; pero el doctor les dijo:

—Os ruego que salgais: yo os avisaré cuando el paciente recobre el sentido, y os diré el estado en que se encuentra. Y llevaos á Canuto, echadle agua en el rostro, ponedlo donde le dé el aire fresco y que huela vinagre... Yo iré por si es preciso sangrarlo... El infeliz es el mas inocente.

Hernando y su hijo cargaron con el peluquero y salieron seguidos de doña Margarita, Isabel y la abadesa.

Felipe IV y doña Ana quedaron con el doctor, mudos, inmóviles y con la mirada fija en el rostro lívido y desfigurado de Felipe Augusto.

Este recobró el conocimiento cinco minutos despues.

—Señor,—dijo Cañete al monarca,—os respondo de la vida de vuestro hijo.

—¡Salvadlo, salvadlo!—esclamó la condesa.

—¡Sí, salvadle la vida!—añadió el rey.—Salvádsela y mi recompensa...

—Hablemos de eso otro dia,—interrumpió Cañete.

—¡Ah!...

—Dejadme... que no os vea en este primer momento.

A su pesar obedecieron el monarca y la condesa y fueron á reunirse con los demás en la celda de la superiora.

Dos horas permanecieron allí, hasta que el doctor ase-

guró nuevamente que el mancebo se curaria.

El monarca estampó un tierno beso en la frente pálida y abrasada de Felipe Augusto y dijo:

—¡Hijo mio!... ¡El cielo te bendiga!

—¡Padre mio!—murmuró el jóven con voz débil.

Felipe IV, su escudero y doña Margarita salieron del convento.

Isabel y la condesa obtuvieron la gracia de permanecer allí para asistir al herido.

A Canuto tuvieron que sangrarlo, y tambien quedó en el convento para dar lugar á que se repusiesen sus fuerzas y se sosegase su espíritu. El desdichado tenia una fiebre que lo abrasaba y sacudiendo sin cesar su larga nariz, no hablaba en su delirio mas que de calabozos, ratas, horcas, hogueras y cruces de Calatrava y Santiago, recordando tambien la partida de ajedrez que jugó con Hernando en la taberna de Marcelo y que habia sido el principio de todas sus desgracias.

Su suerte era muy dudosa.

CAPITULO LXXXVI.

Que es el último de esta peregrina historia.

Pasó un mes.

Eran las seis de la tarde.

Las ventanas de la celda de Isabel estaban abiertas de par en en par, y por ellas entraba un vientecillo fresco y suave que llevaba al aroma de las flores que bordaban una parte de la huerta del convento.

Menos el rey, los principales personajes de esta historia se encontraban allí reunidos.

Felipe Augusto se habia curado de su herida, pero aun estaba su rostro pálido y algo débil su cuerpo. Estaba sentado entre el doctor Cañete y la condesa, y hablaba con ambos alegremente.

Isabel, que habia dejado ya el hábito religioso, hablaba tambien con su madre y Felipe, mientras que el peluquero, triste y abatido, escuchaba las palabras consoladoras de Hernando y sacudia con frecuencia su larga nariz.

Aquel dia era el destinado para que el monarca pronunciase la sentencia que debia decidir de la suerte de todos.

Sonaron pasos en la galería; todos guardaron silencio; la puerta de la celda se abrió, y anunciado por la superiora, entró Felipe IV.

Canuto se estremeció convulsivamente mientras los demas sonreian al ponerse de pié.

Sentóse el rey sin demostrar en su semblante ni enojo ni alegria, meditó algunos momentos y luego dijo:

—He querido pronunciar aquí mi fallo, porque aquí tuvo lugar el desenlace de la estraña comedia que hemos representado, sin que ninguno mas que el doctor Cañete pudiera decir qué papel hacia. Mucho me ha hecho sufrir la intriga: sin embargo, vengo dispuesto á ser generoso y clemente si al que ha sido causa de mis disgustos no le ha movido un fin bastardo. No necesito mas esplicaciones que las del sábio doctor, por que ya sé todo lo demas. Y en cuanto á Canuto mi peluquero, aunque quisiera castigarle por su avaricia que tanto ha contribuido á darme qué hacer, pronunciará su sentencia Felipe Augusto, que es el mas agraviado por la herida que recibió. Os escucho, pues, doctor Cañete.

—Señor,—dijo el médico con su natural tranquilidad,—en dos palabras esplicaré mi conduta. La ambicion ha sido el móvil de mis acciones, pero no ambicion de oro ni de honores que halagasen mi vanidad. El señor Hernando Prieto, que es un cortesano maestro en la intriga, quiso engañarme hace diez y ocho años, y yo, que fuí estudiante sopista, quise probarle que en Alcalá y Salamanca se aprende mas que en la córte. Pero como á nadie le gusta trabajar de valde, pensé que la ocasion que se me presentaba, era la mejor para lo único que ambicionaba en el mundo, y entonces emprendí mi tarea. Desde el primer dia hubiera podido ponerlo todo en claro, diciendo en donde se encontraba el hijo de vuestra majestad, ¿pero qué obligacion tenia yo de trabajar para otro, ni con qué derecho podia el señor Hernando pedirme esplicaciones cuando él no me habia dado ninguna y hasta el rostro se ocultó con un antifaz al presentarse á mí? ¿Y qué sacaria yo? No mas que algun puñado de oro, que

no lo quiero. Para conseguir mi deseo era preciso llevar las cosas á tal estremo de apuro, que mis revelaciones se tuviesen por servicio tan señalado que nada se me negase al pedir la recompensa.

—Basta, doctor,—interrumpió el monarca,—os comprendo, y si ese deseo, esa ambicion es noble, os perdono.

—Noble es, señor, porque una vez satisfecho padre trabajar, estudiar para que acreciente el caudal de mi ciencia.

—Ciertamente es noble.

—Señor, no quiero oro, quiero cadáveres que destrozar, enfermos que curar, libros que leer, porque todas mis afecciones estan concentradas en una, el amor á la ciencia.

—¿Y quereis?

—Ser médico de vuestra majestad.

El rey médito algunos instantes y luego dijo:

—No me deis las gracias ninguno de vosotros, porque no voy á atorgar mercedes, sino á reparar agravios. Ligerezas de mi juventud hansido la causa de vuestros dolores. Doctor Cañete, sois mi primerer médico. Felipe Augusto, tendras los títulos de conde, marques y duque para unirte á doña Ana. Felipe Prieto, mi fiel paje, por tu sacrificio al obedecerme la noche en que mi hija te esperaba, te hare tambien merced del título de conde. Y tú, Canuto, escucha la sentencia que pronuncia mi hijo.

—Señor Canuto del Rincon,—dijo Felipe Augusto,—dadla tijera con que cortásteis la capa del señor Hernando.

El peluquero obedeció temblando y sin atreverse á pronunciar una palabra.

—Señor,—añadió el mancebo, abriendo la tijera,—un peluquero es un hombre, y de un hombre se hace un caballero: es cuanto sé, y pido á vuestra majestad perdon porque no soy mas entendido en esto de noblezas. Canuto es peluquero, y como tal hombre, y yo autorizado por vuestra majestad, lo hago caballero, y para que quede memoria de los sucesos que tanto nos han hecho sufrir, pero que han acabado por hacernos felices, tomando por simbolo de ellos la tijera, y haciendo de esta una

cruz, se la doy á Canuto del Rincon con el hábito de Santiago y y cuatro mil escudos de oro.

Lo mismo puede matar la alegría que el dolor.

El peluquero estuvo á punto de perder el sentido. No acertó á pronunciar una palabra, y solo pudo dejarse caer de rodillas delante del monarca y el jóven.

Felipe IV se puso de pié.

—Levantad,—dijo,—don Canuto del Rincon, caballero del hábito de Santiago.

Y cuando los demás iban con llanto y palabras de ternura á demostrar su agradecimiento, el rey salió de la celda.

Hubo algunos instantes de silencio.

Canuto sacudió la nariz, exhaló un suspiro y esclamó:

—¡Ah!... yo añadiré á mi escudo un cuartel donde en campo de gules se vea una tijera de oro.

Iba el peluquero á pronunciar un discurso en tono sublime; pero el llanto tierno de los unos y los alegres plácemes de los otros no lo dejaron.

Quince dias despues se casaba Felipe Augusto con la condesa y Felipe con Isabel.

Canuto recibió los cuatro mil escudos prometidos, y desde por la mañana á la noche no hacia mas que pasear por la villa para que todo el mundo le viese la cruz que llevaba bordada en su ropilla y en su capa.

Esta es, lector, la historia del peluquero del rey don Felipe IV, que saqué de unos papeles antiguos que la casualidad puso en mis manos y conservo tan cuidadosamente como Canuto su tijera.

FIN.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Láminas.	Páginas.
Portada.	1
1.ª	32
2.ª	82
3.ª	165
4.ª	247
5.ª	292
6.ª	443
7.ª	492
8.ª	562
9.ª	626
10.ª	687
11.ª	717
12.ª	741
13.ª	787
14.ª	805
15.ª	901
16.ª	924
17.ª	976

ÍNDICE.

		Páginas.
Prólogo.—	I. Dos cartas.	4
	II. Dos diálogos.	8
	III. Dos inconvenientes.	19
	IV. Dos equivocaciones.	29
	V. La reina sigue cuidando de la salud de sus doncellas.	37
	VI. Resolucion de Inés.	41
	VII. Empieza á dar que hacer la equivocacion.	57
	VIII. Cuchilladas y tijeretadas.	68
	XI. El cambio.	72
	X. Empieza á peligrar el secreto.	79
Capítulo	I. Por entre hierros.	88
	II. De cómo Felipe supo con sorpresa que su felicidad dependia de un pedazo de paño.	98
	III. Quién era el peluquero del rey.	112
	IV. Una carta de cinco renglones y una respuesta de cinco palabras.	127
	V. Donde volveremos á ver á doña Margarita.	133
	VI. La madre y la hija.	140

VII. El escudero reconoce que aun le queda travesura para intrigar. 148
VIII. Una partida de ajedrez. 156
IX. Una serenata, un papel y una disputa. . 173
X. Buenas disposiciones que el peluquero demostró para la intriga. 183
XI. Mas sospechas. 192
XII. Siguen aumentándose las sospechas y las dudas. 204
XIII. Donde se dá á conocer á doña Ana de Rivadeneira, condesa de Fuensanta. . 213
XIV. De la alienza ofensiva y defensiva que concertaron el peluquero y Felipe Augusto. 231
XV. De cómo Felipe Augusto dió pruebas de mucho ingénio y mas travesura. . . 243
XVI. Cómo tomó Isabel el consejo de Felipe. 252
XVII. De cómo el escudero siguió enredando el asunto. 259
XVIII. Donde daremos algunas esplicaciones para intelijencia del lector. 273
XIX. Quien era el hombre de los anteojos verdes, con lo demás que se dirá. . . 279
XX. Donde se dá cuenta del plan que ideó el barbero para burlar á Hernando. . . 297
XXI. Donde se verá el resultado de la travesura de Felipe Augusto. 303
XXII. Todos se esplican y ninguno se entiende. 312
XXIII. De cómo el doctor Cañete empezó á cumplir su promesa. 332
XXIV. De cómo se trocaron los papeles entre Isabel y Canuto. 352
XXV. De la entrevista que el doctor y Hernando tuvieron. 359
XXVI. De cómo el doctor sorprendió nueva-

mente á Felipe Augusto. 372
XXVII. Lo que adelantó Cañete en sus averiguaciones. 383
XXVIII. Sigue la confusion y las tribulaciones del peluquero. 398
XXIX. De cómo Hernando se convenció de que tenia que obrar con mas energía. . . 408
XXX. El rey tambien empieza á cansarse de no entender lo que pasa. 421
XXXI. Esplicaciones del doctor. 426
XXXII. De cómo pagaron justos por pecadores. 435
XXXIII. Sigue Hernando en desgracia. . . 445
XXXIV. De cómo el doctor, en vez de huir de Hernando, lo perseguia. 451
XXXV. De la visita que Hernando y Cañete hicieron á Canuto. 463
XXXVI. La fortuna empieza á favorecer á Canuto. 479
XXXVII. De cómo es imposible que el amor esté oculto. 486
XXXVIII. Lo que decidió el rey. 492
XXXIX. De las pruebas de franqueza y consejos que dió Cañete á Hernando. . . 503
XL. Cañete sigue dando consejos y pruebas de franqueza y amistad. 512
XLI. De como el peluquero no encontró el camino tan fácil con Hernando, ni este con aquel. 524
XLII. Canuto empieza á recibir pruebas de su privanza. 538
XLIII. Un aviso del cielo. 545
XLIV. ¡Mi hermano!. 553
XLV. Un médico llovido del cielo. . . . 564
XLVI. De cómo el peluquero empezó á tener malas tentaciones. 573

XLVII. Cuál es el medicamento prodigioso del doctor Cañete. 583
XLVIII. Donde se verá que el doctor Cañete no desperdiciaba el tiempo. 597
XLIX. El triunfo de la ciencia del doctor Cañete. 602
L. El rey vuelve á pensar en que su corazon es vasallo de una reina. 608
LI. De cómo á Hernando le sucedió lo que siempre con el doctor. 618
LII. Apuros de Canuto. 624
LIII. De cómo Canuto empezó á tranquilizarse. 631
LIV. Esplicacion.. 642
LV. De cómo Hernando quedó contentísimo de doña Ana. 653
LVI. De cómo el doctor iba aumentando el número de los resortes de su intriga. . . 661
LVII. Lo que se trató en la taberna de Marcelo. 675
LVIII. De cómo doña Ana puso en ejecucion los planes de Felipe Augusto. . . . 683
LIX. De como la condesa recibió un auxiliar inesperado. 689
LX. Cañete empieza á deshacer lo hecho. . 696
LXI. De cómo el peluquero habló al rey, y lo que este determinó. 705
LXII. Para lo que pueden servir un cuadro y una empanada. 712
LXIII. Sigue la intriga. 718
LXIV. De la entrevista que tuvieron Felipe IV y la abadesa. 723
LXV. Donde se verá el resultado que dieron las trazas del doctor. 736
LXVI. De cómo el muerto resucitó y estuvo á punto de volver á morir. 744

LXVII. De lo que se determinó en el consejo. 753
LXVIII. El doctor sigue su sistema de deshacer lo que ha hecho. 758
LXIX. Plan de campaña. 765
LXX. De cómo empezó á ejecutarse el plan de Cañete. 772
LXXI. Quién engaña á quien. 779
LXXII. Hernando sigue haciendo de tripas corazon. 788
LXXIII. Donde acabará de convencerse el lector de que Isabel no era niña mas que en la edad. 794
LXXIV. De cómo el escudero varió el plan de campaña. . , ... 804
LXXV. Donde se convencerá el lector de que la fortuna era muy inconstante con Canuto. 810
LXXVI. Cañete sigue dando disposiciones. . 818
LXXVII. De cómo la noche acabó para Canuto peor que habia empezado. 824
LXXVIII. De cómo Hernando vió con sorpresa que otros se habian encargado de vengarle. 830
LXXIX. Hernando empieza á sentir la desaparicion de Canuto. 840
LXXX. Hernando empieza á cavilar y á confundirse como en los primeros dias de la intriga. 846
LXXXI. De cómo Felipe Augusto fué á ver á Cañete, y salió tan conmovido como Hernando. 854
LXXXII. Donde se verá cómo se portó Felipe Augusto en la entrevista que tuvo con el rey. 862
LXXXIII. Cuchilladas. 872

LXXXIV. Donde se sabrá con certeza quién dispuso la prision del peluquero. . . 882
LXXXV. De cómo el amor del rey empezó á debilitarse. 891
LXXXVI. Cómo se encontraba el peluquero. 897
LXXXVII. De cómo el rey visitó á doña Ana y acabó de desesperarse. 912
LXXXVIII. Plan del rey para acabar con la intriga y los intrigantes. 924
LXXXIX. Preparativos. 932
XC. De cómo el peluquero salió de su prision. 939
XCI. De cómo el rey temió que en vez de concluir, empezase el enredo aquella noche. 948
XCII. Donde se verá el medio que la abadesa proporcionó al rey para que sorprendiese á los amantes y sus cómplices. . 955
XCIII. Hernando empieza á desconfiar. . . 960
XCIV. De cómo el asunto empezó á tomar muy mal aspecto. 967
XCV. Ultimo apuro del peluquero. . . . 972
XCVI. Que es el último de esta peregrina historia. 982

LS
0773p
235547
Author Ortega y Frias, Ramon
Title El peluquero del rey.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU